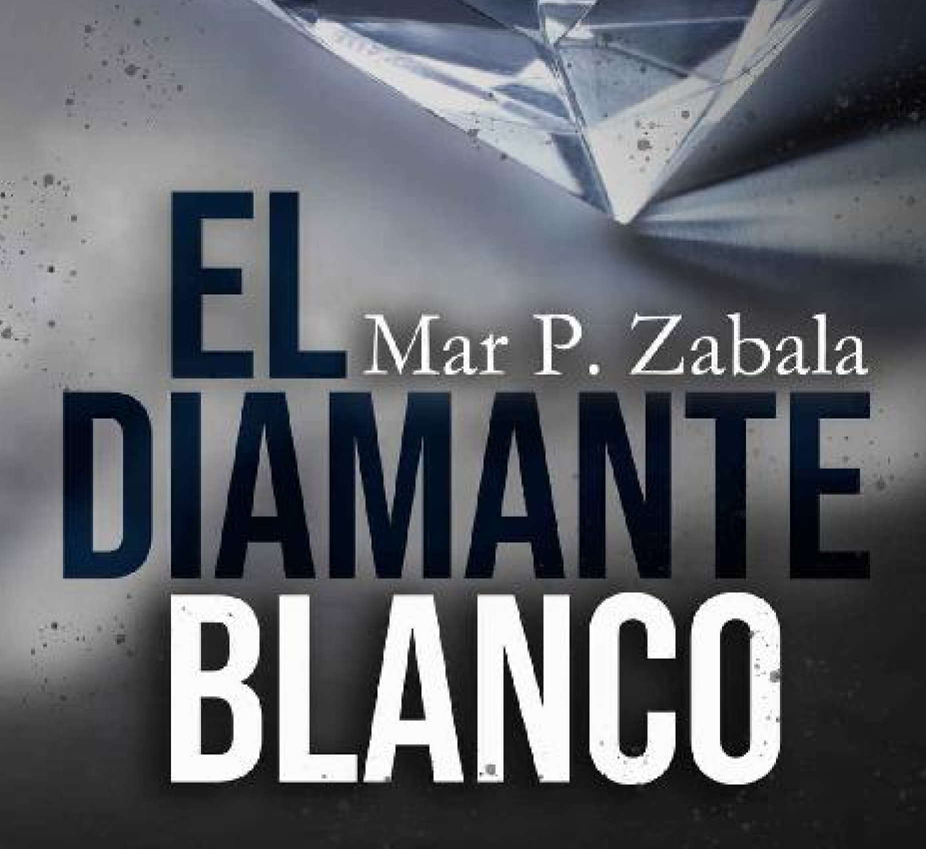
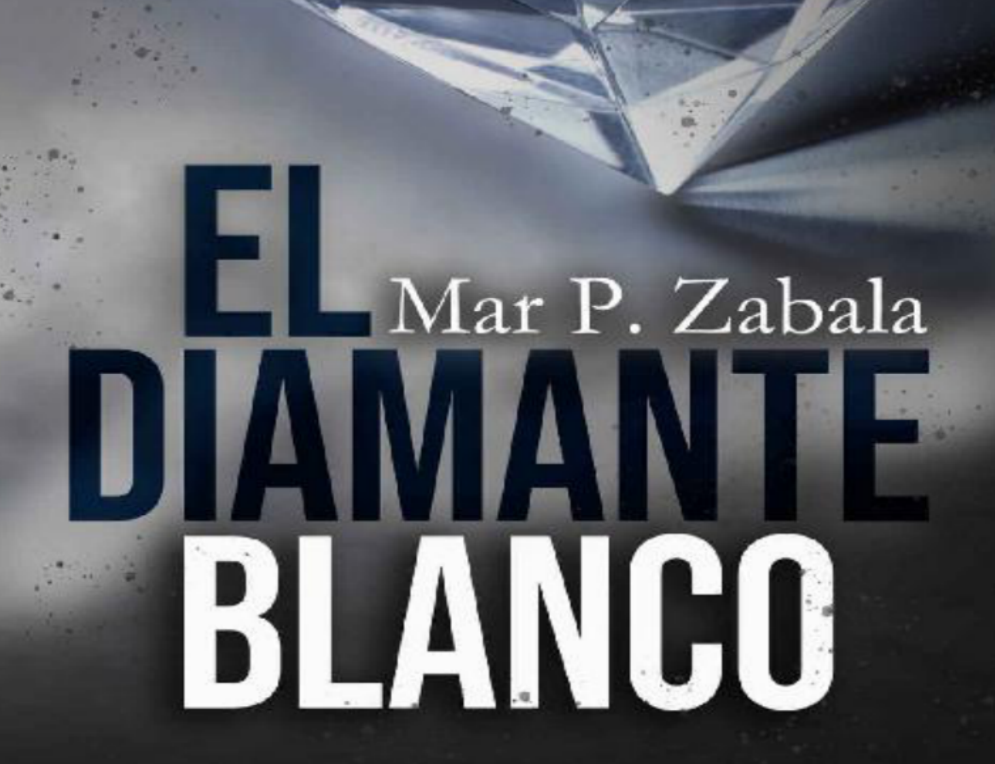

EL
Mar P. Zabala
DIAMANTE
BLANCO


EL
Mar P. Zabala
DIAMANTE
BLANCO

EL DIAMANTE BLANCO

Mar P. Zabala

Título original: El diamante blanco.

Diseño de portada: Adyma Design.
Maquetación: Adyma Design.
Corrección: Correcciones Nox.

A veces la vida no es lo que deseamos.
El destino y el karma se alían para darnos lo que no queremos, pero que al final necesitamos.

Índice



CAPÍTULO 1

El despertador había sonado. Estaba segura, pero se estaba tan a gusto bajo las sábanas que no tenía ganas de levantarse. Por cinco o diez minutos no pasaba nada. Ya se daría un poco más de prisa al vestirse o al desayunar. Volvió a deslizarse en el mundo de los sueños con suavidad, buscando las oníricas imágenes que habían poblado su mente hasta que saltó la alarma.

—¡Mamá! ¡Despierta! ¡Ponme los dibujos!

Ya era tarde. Su pequeño terremoto se había levantado y le gritaba al oído para que atendiera sus demandas. ¿Por qué no podía ser como los demás niños que remoloneaban sin ganas de ir al colegio? Debía tener al único al que le gustaba ir a clase y no quería que llegaran las vacaciones. No era justo.

—Estoy despierta —aseguró sin sacar la cabeza de debajo de la colcha. Con un poco de suerte, a lo mejor se iba solito al salón y se ponía la televisión.

—No lo estás. No has abierto los ojos —insistió a la vez que zarandeaba a su madre.

Sofía estiró los brazos, y de un rápido movimiento, agarró a su pequeño y lo metió con ella en la cama. Las risas y las carcajadas inundaron el dormitorio. Fernando, Nando, cómo solía llamar al niño, tenía cinco años y era una copia a su imagen y semejanza. Los ojos verdes, el pelo castaño ondulado; la sonrisa de forma permanente en sus labios, que mostraba su perpetuo buen humor. Igual que ella, no se enfadaba casi nunca.

La vida era muy corta para hacerlo. Las preocupaciones ya venían solas, no hacía falta amargarse por lo que no tenía remedio; y si lo tenía, ¿para qué disgustarse? Las circunstancias podían cambiar en un minuto. Algo que había averiguado con aquella fatídica llamada a las tres de la tarde, al acabar su turno, que le avisó de que el padre de Nando había tenido un mortal accidente.

Un trozo de una valla metálica, suelta en un lateral de la carretera, que una ráfaga de viento de una borrasca llamada Miguel había arrancado de cuajo, había volado hasta chocar con la cabeza de Fernando. «Murió en el acto, no se enteró», fueron las palabras de consuelo que le repitieron una y otra vez. ¿Cómo iba a poder seguir viviendo sin él?, se preguntó entonces.

Pero pudo. Ya hacía tres años de aquello. Su hijo tenía dos recién

cumplidos cuando ocurrió. No podía permitir que a ella también le sucediera un desafortunado percance haciendo su trabajo, así que había dejado su puesto de inspectora en la Policía Local de Basema, para crear su propia agencia de detectives. No había tanta emoción persiguiendo a cónyuges cornudos o caraduras que trataban de estafar al seguro, sin embargo, sabía que al terminar el día regresaría a su hogar para arropar a su niño.

A su padre no le pareció bien. Igual que tampoco le había agradado que, en lugar de seguir sus pasos en la carrera militar, optara por formarse como policía y presentarse a las oposiciones del cuerpo.

—¡Una vulgar detective privada! —exclamó al enterarse de su decisión.

Sus hermanos y su cuñada la apoyaron. Comprendían que Nando se había convertido en el motor principal de su existencia y debía hacer lo mejor para ambos. El tiempo había mitigado el enfado de su padre, aunque de cuando en cuando le recordaba cómo había tirado por la borda su formación y su esfuerzo. Sofía prefería callar en esas ocasiones, no hacerle caso.

—¡Mami! ¡El cole! —gritó nervioso el chiquillo.

—Vamos a desayunar, venga. ¡A la cocina! —exclamó Sofía. Miró el reloj. O espabilaban o llegarían tarde.

Unos tazones de leche con cereales no se podían igualar a las tortitas que le gustaba preparar los fines de semanas, pero aquel jueves no tenían tiempo para más. Tenían que vestirse e ir a buscar a la hija de su hermano, Marta, de cuatro años, que era la fiel compañera de juegos y travesuras de Nando.

Eran inseparables. Aunque iban a diferentes clases, en los recreos se buscaban para jugar juntos. Al mediodía era Ana, la cuñada de Sofía, quien los recogía y se los llevaba a casa de Andrés, el abuelo de ambos niños. Era un cascarrabias militar retirado, que con los pequeños tenía una paciencia que nunca había mostrado con sus propios hijos.

Les dejaba jugar con sus medallas y calarse su gorra. Incluso una vez Nando se había puesto la casaca del uniforme y había desfilado ante ellos con tal gracia y salero que no pudieron reñirle. Demasiadas lágrimas vertidas desde que Laura, la madre de Sofía, muriese al poco de alcanzar esta la mayoría de edad. El cáncer que se la había llevado en solo tres meses desde el diagnóstico, había dejado a la familia desbastada.

Mario y Guillermo, los hermanos de Sofía, por aquel entonces eran unos jóvenes adolescentes que necesitaban cariño y saber que la vida debía de continuar. Andrés guardó sus lágrimas para la soledad del dormitorio y con ahínco sacó a sus hijos adelante. Veinte años más tarde seguían siendo una familia unida que se había visto aumentada con la mujer de Mario y los dos chiquillos.

El calor de primeras horas de aquella mañana era el presagio del verano que estaba a la vuelta de la esquina. Ana y Sofía habían acordado apuntar a los niños a un campamento urbano para que estuvieran entretenidos y tenerlos unas horas ocupados con sus amiguitos. De esa forma, coordinando horarios y haciendo malabares, lograrían que nunca estuvieran solos y desatendidos.

—Esperad, dadme un beso —les pidió antes de dejarlos en la puerta del colegio, donde la marabunta de escolares se peleaba por ser el primero en entrar aquel último día del curso escolar.

Sofía se enterneció al ver a Nando cargando con una mochila para recoger los útiles que tenía en su pupitre, y a la pequeña Marta con una bolsa de plástico del supermercado, porque ella quería hacer lo mismo que su adorado primo.

—Se nos hacen mayores —le comentó una abuela que había acudido a llevar a su nieto a clase. Era un compañero de su propio hijo, con el que se llevaba bien y que también acudiría al campamento de verano.

—Demasiado —suspiró.

El sonido del móvil la interrumpió. Era su secretario, Fabián, que la llamaba desde la agencia.

—¿Dónde estás? Te espera la señora García desde hace diez minutos.

—Ya voy, Fabi. Estaba dejando a los niños en el cole, enseguida estoy allí. De todas formas, se ha adelantado. La reunión era a las nueve y media y son las nueve y diez.

—A las nueve, guapa. Era a las nueve.

—¿Estás seguro?

—Pero ¿tú miras la agenda alguna vez? Tengo tu calendario del móvil actualizado. Solo tienes que ver las alertas.

—Lo hago —mintió Sofía. Había bloqueado las notificaciones y en el correo entraba cuando se acordaba, que era más bien nunca.

—Y yo me lo creo. Corre, que se está impacientado.

Desanduvo el camino que había hecho momentos antes, ya que la agencia de detectives estaba ubicada en una oficina en el mismo edificio donde vivía. De hecho su hermano y su cuñada, junto con su sobrina, residían en el piso que compartía rellano con el suyo. Era muy cómodo y conveniente poder subir a casa cuando su hijo la requería, y podía trabajar hasta que llegaba la hora del baño de Nando: las ocho.

A esa hora, sin retraso, Sofía y Fabi cerraban la agencia y se despedían hasta el día siguiente. Era un momento mágico. El niño le contaba lo que había hecho por la tarde, mientras jugaba con sus barcos en el agua de la bañera. No importaba que después de darle la cena y acostarle, tuviera que recoger el baño y limpiarlo de arriba

abajo casi a diario. Por nada, ni por nadie, cambiaría esos momentos de risas y juegos.

Tras la cena venía la hora de los cuentos. Nando escuchaba atento intentado luchar contra el sueño. Incluso alguna vez, madre e hijo habían terminado durmiendo juntos en la cama del pequeño, vencidos por el cansancio. La noche anterior había ocurrido eso. Sofía se había despertado a las tres, acurrucada junto a su niño, y en modo zombi, como decía su cuñada, se había ido a su habitación. Le costó un poco volver a dormirse, motivo por el cual se le habían pegado las sábanas aquella mañana.

Fabi la miró con gesto de reproche al verla entrar en la oficina.

—¿Podías haberte vestido un poco mejor? —le preguntó desaprobando la cazadora vaquera mal puesta que llevaba, encima de una camiseta con una calavera de colores y unos vaqueros oscuros. Unas zapatillas azules completaban su atuendo, junto con el bolso en el mismo tono pero desgastado, que le había regalado su hermano pequeño por su cumpleaños el año anterior.

—¿No te gusta mi camiseta?

—Para un concierto o ir a la compra está genial, pero *niña,* para venir a currar y entrevistarse con una clienta no. ¿No me ves a mí? —preguntó tras colocarse bien el cuello de su camisa a rayas.

Sofía rio al escuchar el «*niña*» con el que su secretario la había llamado. Ella le sacaba diez años al joven, delgado y pizpireto, que ocupaba una mesa en la recepción. Cuando decidió contratar al alumno aventajado del que su marido le había hablado tanto, sabía que era el más adecuado para ocupar el puesto. Era único navegando por la red para descubrir todo lo que esta podía ofrecer sobre un cliente o un tema en concreto. De igual modo que no había nadie mejor para atender a las personas que se acercaban hasta su agencia buscando ayuda.

Fernando, el padre de su niño, compaginaba sus clases de informática con sus labores como asesor en la policía. De hecho, se habían conocido trabajando codo con codo en un caso. Había sido amor a primera vista. A los cuatro meses de empezar a salir se fueron a vivir juntos. La llegada de Nando fue el culmen para su felicidad.

Al morir su esposo e ir a recoger sus cosas a su despacho de la Universidad, se encontró con el famoso Fabi en la puerta.

—Si necesita ayuda con lo que sea, no dude en decírmelo.

Le aseguró aquel joven de camisa floreada y pantalones ajustados, con el pelo de punta y aire indolente. De modo que cuando abrió su agencia y descubrió que necesitaba a alguien que se quedara en ella mientras investigaba un caso, y que además le ayudara con las tediosas búsquedas en la red, no lo dudó y le llamó. Claro que entonces no sabía que había contratado a un veinteañero con vocación

de madre y una obsesión por el orden que le iba a sacar de sus casillas más de una vez.

Si hubiera recordado que tenía aquella entrevista, habría cambiado su camiseta por una blusa; pero como no había sido así y no tenía tiempo para enmendar su error, tendría que valer.

La señora García aguardaba en la sala de espera. Sofía entró a buscarla, y la mujer se levantó y la siguió hasta su despacho, con paso firme sobre sus tacones de diez centímetros. Llevaba un vestido de seda azul, que acompañaba con una chaqueta tipo bléiser en un impoluto color blanco.

—Lamento el retraso —comenzó diciendo Sofía—. ¿En qué puede ayudarla?

—Mi marido me engaña con una mujer del gimnasio al que va —respondió su nueva clienta con la voz llena de odio y amargura—. Quiero fotos. Pruebas de lo que ese canalla hace cuando tiene una de sus «reuniones».

—Entiendo.

—Voy a sacarle hasta el último céntimo en el divorcio. Me las va a pagar.

La dueña de la agencia suspiró con resignación. Estaba aburrida de hacer guardia enfrente de moteles y hoteles de poca monta, aguardando con su cámara para pillar a maridos y esposas que ponían los cuernos a sus parejas. No había emoción, ni tensión ni ninguna de las sensaciones que la embargaban cuando era inspectora. Sin embargo, como le solía recordar Fabián, tenía facturas que pagar y no podía decirle que no a unos ingresos seguros y sin riesgo.

La señora García sabía, por el extracto bancario, dónde habituaba a encontrase su todavía marido con su amante. La detective cogió el papel y pensó que era un trabajo que hasta su clienta hubiera podido hacer sola. Sin embargo, optó por permanecer en silencio. Si quería gastarse su dinero, ella no se lo iba a impedir.

A última hora de la tarde tenía todas las pruebas que necesitaba; podía irse a casa y recoger a Nando para ir a cenar fuera, ya que al día siguiente el niño no tenía que levantarse temprano.

—Toma, Fabi —le dijo a su ayudante dándole la tarjeta de memoria de la cámara de fotos—. Redacta el informe y concierta una cita mañana.

—Antes de que te vayas llama a este número.

—¿De quién es?

—De un tal Cristomo González. Ha telefoneado tres veces con gran insistencia por hablar contigo.

—No lo conozco.

—San Google me ha informado de que es el dueño de una joyería. De esa tan cara y lujosa que hay en la Plaza Mayor, a la que no te

puedes ni acercar al escaparate porque te cobran con solo mirar.

—Exagerado —rio ella.

—En las vitrinas no hay nada que no baje de las tres cifras, así que tú dirás.

—Pues tendrá que esperar a mañana, hoy me voy a casa.

—Tarde, ya he marcado.

Sofía puso los ojos en blanco y cogió el teléfono que Fabi le tendía.

—Joyería González, dígame —respondió una voz edulcorada de mujer.

—Buenas tardes, soy Sofía Valverde. Creo que querían hablar conmigo.

—Le paso con el señor González.

—Gracias.

Escuchó como su interlocutora dejaba el auricular en alguna superficie y se alejaba caminando. Al poco volvió a escuchar los pasos, esta vez acercándose, seguidos de otros más pesados.

—Señora Valverde, necesitó que venga a verme lo antes posible —exigió una voz acostumbrada a mandar.

—Son casi las ocho, tendrá que esperar a mañana. Tengo un compromiso ineludible —afirmó la detective pensando en la carita de su pequeño, que ya estaría listo y preparado, aguardándola en casa de su hermano.

—Es un tema importante y delicado. Es preciso que nos veamos hoy mismo —insistió Cristomo.

—No va a poder ser.

—Le pagaré el doble o el triple de su tarifa habitual, lo que usted quiera. Me da igual la hora, pero tiene que ser hoy.

Fabián, que no perdía detalle de la conversación por el altavoz, agitaba la cabeza instándola a aceptar. La oficina era un horno en verano, y quería instalar un aparato de aire acondicionado que refrescara el ambiente en las horas centrales de los calurosos días estivales. En su mano derecha sostenía el catálogo de unos grandes almacenes de electrodomésticos, y le indicaba a su jefa el artículo que deseaba comprar. De hecho tenía guardado el folleto en un cajón, y rara era la jornada que no se lo enseñaba un par de veces.

—Quizás pueda pasarme más tarde. A las once —sugirió Sofía. Confiaba en que el joyero se negara a ello, aceptando verla al día siguiente. Fabi respondió a sus palabras con una gran sonrisa de oreja a oreja.

—Perfecto. Más intimidad. La discreción es muy importante en este caso —dijo Cristomo colgando el teléfono, dando así por finalizada la conversación

—Genial, jefa. Dile que te tiene que pagar antes de fin de mes. Así podré comprar está maravilla y…

—…Y te espero en casa a las diez y media para cuidar a Nando. Estará dormido en su camita, no te dará guerra. Puedes aprovechar el rato y arreglar la cafetera que hace un ruido raro.

—Pero… —protestó el joven ante la mirada divertida de su jefa.

—El que algo quiere algo le cuesta.



CAPÍTULO 2

Sofía se cruzó con grupos de adolescentes que celebraban el fin de las clases. Pensó que en un futuro sería su niño el que, con sus compañeros de bachillerato, llenaría las calles e iría de bar en bar. Sin embargo, faltaban muchos años para eso, y si por ella fuera nunca pasaría. Dejaría a Nando encapsulado en el tiempo, siempre niño y siempre dispuesto a dejarse achuchar por ella. Esos mofletes poblados de pecas eran su perdición.

Durante la cena, el pequeño engullía su menú infantil como si no hubiera comido en días. Ella hacía lo mismo con el suyo. Ambos con los labios manchados de kétchup y mostaza. Ana los miraba horrorizada. Ella pinchaba las hojas de lechuga de su ensalada de manera cautelosa. Llevaba contando calorías desde mayo en plena operación bikini.

—No sé cómo puedes comerte una hamburguesa de dos pisos y esa montaña de patatas. Son hidratos de carbono y grasa. Engordan y no alimentan nada.

—Es fácil. Tengo hambre. Además la carne tiene proteínas, y el tomate y la lechuga son verduras.

—Y encima no aumentas de peso —apuntó con resignación la cuñada de Sofía.

—¡Están muy buenas, mami! —aseguró la pequeña Marta, que al saber que su primo iría a cenar fuera de casa, no había parado hasta que su madre había aceptado unirse al plan.

—Eres una mala influencia, Sofi. No puedo enseñarles a los niños lo que es una dieta equilibrada, si después tú los atiborras a hamburguesas y helados.

—¿Luego vamos a comer un helado? —quiso saber Nando esperanzado.

—Hoy no, mi amor, mañana. A tu tía Ana le da algo si lo hacemos. Por la tarde iremos al parque y nos tomaremos uno bien grande.

—¡Y yo también!

—Por supuesto, Marta. Tú madre puede tomarse un agua fresquita si quiere —aseguró Sofía, sin hacer caso de la mirada asesina que la mujer de su hermano le dedicaba en ese momento—. Al fin y al cabo, es leche y fruta triturada —rio divertida.

Tenía que agradecer a sus genes de herencia materna su capacidad para comer cuanto se le antojaba sin engordar un gramo. El que fuera

inquieta e hiperactiva ayudaba también. En su trabajo había momentos de estar sentada durante horas, o bien aguardando para tomar una instantánea, o bien para estudiar las pruebas recopiladas. Sin embargo, prefería cuando tenía que ir de puerta en puerta buscando pistas o hablando con testigos. Por eso se felicitaba por haber contratado a su secretario. Le ahorraba muchas horas de tedio.

Terminada la cena regresaron a casa dando un tranquilo paseo.

—¿De verdad te tienes que ir ahora a ver a un cliente? ¿No puede esperar a mañana?

—Al parecer no. Mi querido y eficiente ayudante «me ha ordenado» quedar con el señor González, porque quiere comprar no sé qué para la oficina.

—¡Me encanta! Tu secretario es lo más.

—Así que le he dicho que, si quiere que trabaje horas extras, él tiene que quedarse con Nando.

Fabi llegó puntual a la hora acordada para hacer de canguro.

—Está dormido en su cama. Con lo cansado que está, no creo que se despierte antes de que yo vuelva.

—Tranquila. Tarda lo que necesites. Por lo que he averiguado, el señor González tiene una abultada cuenta corriente. El negocio le va fenomenal. Tiene tres tiendas más repartidas en otras ciudades, las cuatro con una buena lista de clientes. No va a regatear horas facturadas —aseguró con un guiño el joven.

—Luego te cuento.

Sofía consultó su reloj y aceleró. No podía evitar retrasarse siempre cinco o diez minutos cuando quedaba con alguien. No sabía cómo lo hacía, pero no lograba evitar los contratiempos. En esta ocasión se había entretenido hablando más de la cuenta con Fabi, y en un escaparate viendo una cazadora que seguro que le quedaba genial. Si de verdad conseguían ganar algo más que para cubrir gastos con el caso, tal vez pudiera darse un capricho y comprársela.

En la puerta del establecimiento aguardaba un hombre gordo, con bigote y pelo engominado que debía ser el dueño. Aunque no los veía por la chaqueta, estaba segura de que llevaba los pantalones con tirantes. No es que ella fuera una entendida, pero su aspecto era desfasado y anticuado.

—Buenas noches, ¿Sofía Valverde?

—Esa soy yo. Buenas noches.

—Soy Cristomo González. Sígame por favor.

La joyería olía a lujo por todas partes. La suave moqueta dorada lucía inmaculada a pesar de las pisadas de la gente. Para mantenerla así, tendrían que cambiarla con bastante frecuencia. Las vitrinas y mostradores estaban llenos de joyas refulgentes. El oro, la plata, los diamantes y las esmeraldas competían por atraer la atención de los

clientes.

Sofía observó que las superficies estaban limpias, inmaculadas, sin una huella o mancha que rompiera la belleza inalcanzable del lugar. Eso quería decir que la persona encargada de mantenerlas así, había hecho su trabajo tras el cierre de la tienda, borrando el paso de cualquier comprador que hubiera estado en ella.

El dueño la guio hasta una sala oculta por una puerta de madera, después de cerrar de nuevo la joyería por dentro. Una mesa de caoba y palosanto, con un tapiz de piel verde ribeteado en dorado incrustado en su superficie, atrajo su atención al entrar. Dos sillas, tapizadas en terciopelo verde, con altos respaldos de madera, ocupaban posiciones opuestas junto a ella. Una lámpara dorada, con colgaduras de cristal, iluminaba la estancia con estudiada precisión. Ningún brillo o reflejo empañaría lo que fuera a mostrarse en aquella habitación.

—Bien, este es el lugar —comenzó a explicar el señor González—. Aquí recibimos a los clientes que buscan algo especial, o que quieren intimidad para comprar una joya. Siéntese, por favor.

Sofía siguió las explicaciones y las indicaciones sin dejar de observar cuanto les rodeaba.

—Es un lugar para mostrar los objetos más exquisitos que no están al alcance de todos los bolsillos.

La detective se contuvo para no preguntar si pensaba que los artículos que había en la entrada, se podían pagar con los escasos novecientos euros que la mayoría de las personas cobraban como sueldo mínimo. A ella ya le parecían lo suficientemente exclusivos y caros.

—Detrás de esa puerta —le indicó el dueño del establecimiento—, hay una cámara acorazada con varias baldas donde, en bandejas de madera forradas de terciopelo, se hallan piedras preciosas y perlas de incalculable valor, engarzadas en oro de 24k. Cuando un cliente está dentro de esta sala, se activan unas cámaras disimuladas en el techo que graban lo que se dice y hace aquí dentro.

—¿Y un hipotético comprador que esté aquí sentado puede acercarse a esa puerta?

—No. Como observa desde su posición, no se ve lo que hay dentro. A simple vista es una vulgar lámina de madera, si se levanta y viene hasta este otro lado se lo mostraré.

Sofía estaba segura de que entre los cristales de la lámpara había un dispositivo de grabación. Era un buen lugar para ocultarlo, porque la luz de las bombillas hacía que fuera molesto mirar hacia ella, con lo cual no llamaría la atención y pasaría inadvertido con facilidad.

Detrás del panel había unas estanterías hechas del mismo material y una gran caja fuerte, que el señor González estaba abriendo para que ella la viera. Paredes y techo estaban recubiertos de metal que el

contrachapado ocultaba.

—Veo que se ha fijado. Arriba hay oficinas y no quiero correr el riesgo de que hagan un butrón; así que, incluso bajo la escayola de la tienda, hay planchas metálicas invisibles para ojos indiscretos.

—¿Quién tiene copia de las llaves?

—Solo yo y la encargada: Francis Marín. Ninguno de mis otros empleados puede acceder a lo que le voy a enseñar sin que estemos al menos uno de los dos presentes.

Sofía contuvo un gemido. ¡Eran lingotes! Como en las películas. Una docena de barras doradas del oro más puro, apiladas en perfecto orden. Pequeñas bandejas con lo que sin duda eran diamantes de diversos tamaños, ocupaban la segunda balda. En la tercera, collares con grandes piedras de los colores más maravillosos que había visto nunca, se disponían en círculos. Rojos rubís, azules zafiros y verdes esmeraldas esperando a que una mujer los luciera en su cuello. ¿Aún había gente que compraba ese tipo de cosas? Salvo en las alfombras de las entregas de premios de cine o en las fotos de posados artificiales de las revistas de corazón, nunca había visto cosa igual en la vida real.

—Sí —afirmó Cristomo con tono pomposo contestando a la pregunta que ella no había formulado.

—Sí, ¿qué? —preguntó Sofía confundida.

—Tengo una lista de clientes que adoran obsequiar a sus esposas, amantes o amigas de turno, con joyas que usted no podría pagar ni con el sueldo de un año entero.

Cada vez le caía peor aquel hombre. No era tan gentil ni tan educado como le había resultado por teléfono. Era alguien acostumbrado a complacer a los poseedores de abultadas cuentas bancarias, y a ser complacido por el resto. Algo que ella no iba a hacer por mucho que su secretario quisiera tenerlo como cliente. Además, alguien como él tendría amigos en la policía, y si no había acudido a ellos en busca de ayuda con el robo, ni a alguna de las agencias de detectives de renombre de Basema, era porque había algo turbio en todo aquello que quería ocultar. Tendría que asustarle un poco para que lo dijera. Debía saber qué era.

—Mire, ni quiero ni deseo nada de lo que expone en su fabulosa caja fuerte ni en su tienda. Si me ha hecho venir dispuesto a pagar el triple de mi tarifa habitual, será porque desea contratarme a mí de forma expresa por algo. No he dejado a mi hijo con un canguro para pasearme entre vitrinas —le espetó, pensando que si al final llegaban a un acuerdo le iba a cobrar más que al resto de sus clientes, que al menos venían a verla con humildad, sin soberbia, y con muchas ganas de ser ayudados.

El estallido de furia de Sofía agradó al señor González, que hasta entonces había dudado si la recomendación que había recibido para

contratar los servicios de aquella agencia de detectives había sido equivocada. No era la mujer insignificante y mal vestida que había creído. Se había percatado de que desde que se habían encontrado en la acera, no había cesado de analizar lo que le rodeaba. Había llegado el momento de darle las explicaciones que requería.

—¿Ve esa bandeja de la cuarta balda? La que está forrada de azul oscuro y tiene un hueco en el centro.

—¿La que tiene una piedra rosa a la derecha y otra amarilla a la izquierda?

—¡Piedras! Ojalá lo hubieran sido, no estaría en este lío —respondió el hombre mostrando por primera vez inseguridad en su voz—. Son diamantes. Junto con el que falta, de un blanco tan puro que casi permite ver lo que hay al otro lado de él, forman la colección más famosa de todos los tiempos: los diamantes Lancaster.

Sofía ahogó un suspiro de reconocimiento. Hasta ella, que no tenía más joyas que su alianza de boda y su anillo de pedida, que no se ponía porque le traían tristes recuerdos, sabía de lo que estaba hablando el dueño de la joyería. Los había visto en fotos, engarzados en collares que habían lucido miembros de la realeza, actrices cotizadas y modelos de pasarela. Ana y ella habían comentado y repasado las revistas de cotilleos, admirando la elegancia con que lucían aquellas joyas, bellas féminas cuyo aspecto ellas nunca llegarían a tener. Al fin y al cabo, esas beldades eran maniquís de carne y hueso, y ellas eran mucho más, eran mujeres reales.

—¡Creí que eran más pequeños! ¿Y dónde está el tercero?

—Ahí radica el problema. Ha desaparecido.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Para eso la he llamado, debe averiguarlo usted.

—¿Son suyos? —preguntó extrañada Sofía.

Por lo que veía, al señor González no le faltaba de nada, pero dudaba que tuviera suficiente dinero como para haber comprado los diamantes. Y lo que era más extraño, ¿qué hacían en una vulgar caja fuerte con unas medidas de seguridad tan simples? Aunque estaban bien para una joyería, unas piedras preciosas como aquellas deberían tener un sistema de vigilancia dotado de alta tecnología, e incluso, varios guardas custodiándolos.

—¡Ojalá! No es por lo que usted piensa —se apresuró a aclarar Cristomo al ver como la detective achicaba los ojos para mirarle—. Si fueran míos, daría cuenta al seguro. Al menos de esa forma tendría una abultada compensación que amortiguaría la deuda. Son un préstamo, un... amigo me pidió que se los guardara en mi caja fuerte mientras estaba en la ciudad.

—Pues se ha lucido —afirmó la detective conteniendo la risa. Le estaba bien empleado, ¡por listo!

—¡Creía que era una profesional! —exclamó él, indignado al ver la mofa con que sus explicaciones eran recibidas.

—Y lo soy, pero el hecho es que le han robado. En cualquier caso, ya que ha mencionado al seguro, supongo que todo lo que contiene su tienda estará cubierto. Esta no será su práctica habitual, me imagino.

—Bueno… hay veces que, de modo discreto, tengo algún artículo que requiere saltarse algún trámite —confesó Cristomo con voz titubeante. Aquella mujer le estaba haciendo unas preguntas que prefería no tener que contestar. Demasiado inquisitoriales para lo que él deseaba que ella supiera.

—¿Joyas robadas? —insinuó Sofía, a quien el nerviosismo del dueño de la tienda no le había pasado desapercibido.

—¿Por quién me toma? —preguntó enfadado. Aquella mujer se estaba pasando. Comenzaba a arrepentirse de haberla llamado.

Aunque Sofía no dudaba de la integridad de su interlocutor, si las Joyerías González habían llegado hasta donde estaban y tenían la popularidad que tenían, era por su lista de clientes conocidos y no tan conocidos. Una tienda como aquella suponía mucha inversión, pero cuatro, como le había informado Fabi, requerían una fuerte inyección monetaria, que algo le decía, no había salido de los bolsillos de su interlocutor en su totalidad.

—Por alguien con dinero, bien situado en la sociedad, con un negocio de prestigio que se ha expandido a otras ciudades. Con amigos entre la clase política del país, la nobleza y los banqueros. Comprar y lucir una joya de su establecimiento, demuestra el poder y el estatus de la persona que la luce. Sin embargo, no todo es «tan legal» como pretende hacerme creer. Mi agencia no es la primera en aparecer en los buscadores de internet, porque no tengo dinero para pagar que así sea. No me anuncio en prensa y mi número no sale en la guía de teléfonos. Los clientes acuden a mí por el boca a boca, mi discreción y mi saber hacer. ¿Qué le parece si nos dejamos de rodeos y me cuenta el motivo por el que estemos aquí a medianoche?

Según había ido ella hablando, él había ido empalideciendo y rompiendo a sudar de forma copiosa. A mitad de la perorata de Sofía, Cristomo sacó un pañuelo del bolsillo con el que se secó el sudor. Tragó saliva, bajó la cabeza, y se dispuso a contarle la verdad a la detective. Si quería que le sacara de aquel entuerto en que estaba metido, no tenía más remedio que hacerlo.

—¿Sabe quién es el jeque Abil?

—He leído noticias suyas en la prensa alguna vez, e incluso he visto fotos de él en alguna recepción oficial.

—Visita Basema en tres o cuatro ocasiones al año por negocios. Su emirato tiene petróleo y eso le abre las puertas de muchos despachos. Además, suministra armamento a países árabes para pelearse entre

ellos en sus guerras de siglos.

—No solo entre ellos. Los atentados en ciudades europeas no son algo lejano. Según el mapamundi del libro de mi hijo, seguimos siendo parte del continente y en nuestro país ha habido más de un ataque con bomba. El jeque Abil se paseará en las alfombras rojas y pisará la moqueta de ilustres despachos, pero es un canalla. No es ningún santo.

Por lo que a ella se refería no sentía lastima por el propietario del diamante robado. Seguro que lo había pagado con la sangre de numerosos inocentes. Por no hablar de cómo era la situación de las mujeres en su país. Él mismo tenía varias esposas y concubinas. Tentada estaba de no aceptar el caso. Sin embargo, respiró hondo, y recordó lo que un instructor de la academia de policía le había dicho en varias ocasiones: «Tú labor a partir de ahora es ayudar a las personas, sin importar quiénes son ni lo que hacen».

—No voy a entrar en discrepancias morales. Si él no se las vendiera, otro lo haría. El caso es que la mayor parte de los pagos los hace a través de transacciones bancarias.

—En paraísos fiscales.

—Puede, no se lo voy a negar.

—¿Usted tiene una cuenta en el Caribe? —quiso saber Sofía que no podía evitar dejar de pinchar a su nuevo cliente.

—¡Eso no viene al caso! —exclamó el señor González, nervioso y poniéndose de nuevo colorado. Una vena empezó a marcársele en la sien izquierda. Le latía con un ritmo cada vez mayor a medida que su enfado iba en aumento.

—Vale, vale, solo era curiosidad —aseguró la detective, que había descubierto que lanzar pullitas al dueño de la joyería era divertido. Tenía que parar o aquello terminaría mal.

—Hay una pequeña parte de sus negocios, que para que se lleven a cabo, requieren por parte del Jeque aportar algún tipo de aval; para que, en caso de impago, el vendedor no pierda su dinero.

—Los diamantes lo eran en alguno de ellos. De ahí que estén «en depósito» en su joyería.

—En efecto. Tenía tres meses para efectuar una serie de transacciones cuyo plazo termina la semana que viene. Durante ese tiempo, los diamantes Lancaster han permanecido en la caja fuerte. La deuda será subsanada el próximo jueves y el jeque Abil vendrá a por ellos.

—Se ha metido en un buen lío. Falta uno, no le va a gustar y por lo que sé, no es un hombre que se distinga por su paciencia. ¿Quién era el vendedor? ¿A quién se supone que le pertenecerán si no se abona el dinero en su totalidad?

—La discreción me impide hablar —respondió Cristomo con visible incomodidad.

—Más se lo impedirá la muerte —alegó Sofía. Su comentario hizo dudar al dueño de la joyería—. No creo que el jeque Abil se quede muy conforme con recuperar solo dos de los diamantes. Venga, no me haga perder el tiempo. Dígame el nombre.

—Alexander Petrovich.

—Lo recuerdo de mi época en la policía —rememoró Sofía pensando en un hombre de grandes entradas, ojos verdes y finos labios en perpetua línea recta—. Además de con armas, trafica con drogas y está metido en temas de prostitución y trata de blancas.

—¿Por qué no está en prisión? —quiso saber Cristomo con genuina curiosidad. Era algo que siempre se había preguntado. Las influencias del jerarca ruso debían llegar hasta cargos muy elevados de la judicatura o la política, para que siguiera fuera de la cárcel.

—Falta de pruebas. Él no se mancha nunca las manos. Para eso tiene a testaferros que actúen por él. Además de buenos abogados, que se saben la ley al dedillo para librarle de todos los delitos. Sin contar a sus amigos poderosos. Sin embargo, no creo que fuera él.

—Por lo que me cuenta es buen candidato para ello. Pudo enviar a alguien para que robara el diamante.

—Si hubiera sido así, no se habría llevado solo uno. Ahora mismo en su tienda no habría más brillo que el de las luces y los metales de las lámparas. Cuando Alexander quiere algo no se conforma con una porción del pastel, se come la tarta entera.

—Quizás tengan planeado regresar.

—No lo harán. Por otra parte, en estos instantes, los diamantes son suyos en realidad. Hasta que el Jeque pague lo que le debe, son de su propiedad.

—Se podría decir así.

—Creo que le interesa más seguir haciendo negocios con el Jeque, que boicotear un trato robando un diamante. Tiene más que perder que ganar si ha sido su gente la responsable del hurto.

Cristomo suspiró aliviado al escuchar a la detective. No le gustaba la idea de tener que enfrentarse a la mafia rusa para recuperar la piedra preciosa que faltaba en su caja. Alexander como amigo era peligroso, pero como enemigo, mucho más.

—Debería llamar a la policía. Está en un buen lío. Cuando lo descubran, ni el Jeque ni los rusos van a estar muy contentos. Engañarles u ocultárselo tampoco es una gran idea.

—No voy a avisar a nadie. Si usted lo encuentra antes, ellos no lo sabrán. Quiero discreción, es un tema delicado y…

—Y no quiere que sea del dominio público que actúa de intermediador entre personajes de dudosa honorabilidad. Algunos de sus clientes podrían dejar de serlo, al averiguar cuáles son sus otros negocios. Seguro que se lleva un buen pellizco por hacer de

depositario de la mercancía. Dígame, de todo lo que hay en esa caja, ¿cuántas cosas están aquí «de paso»?

—Lo de las dos baldas inferiores y los lingotes —confesó él. Había comprendido que era mejor no engañarla. Lo iba a descubrir antes o después, y taparlo solo haría que la investigación se ralentizara.

—De acuerdo. ¿A qué hora abre mañana?

—A las diez.

—A las ocho estaré aquí con dos personas de mi confianza. Un miembro de la policía científica ya retirado, que coopera conmigo en estos casos, y un experto en informática que analizará las imágenes de las cámaras de vigilancia.

—Ya hemos perdido un día, supongo que unas horas más no van a cambiar nada —dijo resignado.

—Son las doce. Descanse un poco. Mañana volveremos. Cuando llegue la hora de abrir la tienda, le prometo que nos habremos ido.

Sin otra opción más que hacer lo que le decía la detective, Cristomo cerró la joyería y se fue a su casa a dormir.

Sofía encontró a Fabi acurrucado en su sofá, roncando de forma poco glamurosa. No se resistió y lo grabó unos segundos para enseñárselo al día siguiente cuando se despertara. Lo tapó con una manta, apagó la televisión que seguía encendida y se fue a ver a su hijo dormir abrazado a su oso de peluche. Tras besarle en la frente, se tumbó en su propia cama, sin cambiarse siquiera. Estaba tan cansada, que en pocos minutos se quedó dormida.



CAPÍTULO 3

Algo le hacía cosquillas en la nariz. Si no se movía dejaría de molestarle y se iría. Apretó los párpados y se relajó, en un vano intento por seguir sumergido en la piscina con Lucifer (el actor de la serie, no el diablo) y el modelo de ropa interior masculina del último catálogo de Armani. Era su sueño, podía deleitarse con las ensoñaciones que deseara, y esos dos eran justo lo que su cuerpo pedía. Agua calentita —¿o era su piel la que tenía la temperatura elevada? No lo sabía bien—, colmado de atenciones y mimos por ambos hombres.

—¡Despierta! ¡Despierta! —exclamó una voz infantil con insistencia en su oreja derecha. El niño en una de sus manos sostenía un bolígrafo, que terminaba en una bola rosa, suave y rematada con tres plumas, que había estado pasando por las fosas del joven de forma insistente durante un rato—. Mami, no se despierta el tío Fabi.

—Súbete encima y tírale del pelo, ya verás como funciona. O si no, dale palmaditas en la cara. Un poco fuertes para que se espabile. Puedo traerte una jarra de agua también o…

—¡No! —gritó Fabián abriendo los ojos de golpe, pero era tarde.

Nando se había encaramado a su espalda y con sus manitas intentaba agarrar mechones de la corta cabellera del secretario de su madre. Este, al ver que no podía detenerle, hizo lo único posible en esas ocasiones: cosquillas, muchas y rápidas. El contraataque debía ser implacable, para minar la resistencia del pequeño diablillo.

—Parad ya, o Marta oirá los gritos desde su casa. Luego sus padres vendrán y me reñirán a mí. Fabi, tú eres peor que el niño. A veces es como si tuviera dos hijos. Uno pequeño, y otro crecidito que se comporta peor que este.

—Ha empezado él —se defendió su secretario.

—No importa, mami, así juego con ella —afirmó Nando, al que la idea de ver a su primita le parecía genial.

—Hemos acordado que te quedarías con la tía Ana sin hacer ruido, hasta que tu prima se despierte. Puedes llevarte algún tebeo para leer allí, o algún juguete.

—O tu *tablet* —afirmó él esperanzado con ojos de corderito, a los que su madre era incapaz de resistirse.

—Vale. Cógela.

—¡Bien! —exclamó contento.

Sofía se odiaba a sí misma por haber tenido que hacer madrugar al niño en su primer día sin colegio, pero no podía dejarlo solo y necesitaba a Fabián con ella en la joyería. Eso le recordaba que aún no se lo había dicho.

—Fabi, cariño, hay una cosita que no te he contado. Cuando llegué estabas dormido. No quise despertarte.

—Me das miedo. Solo me llamas cariño cuando me vas a pedir algo que no me va a gustar. ¿Qué paso ayer? ¿Perdiste el cliente? Mira que te dije que fueras profesional y cortés…

—El señor González es nuestro nuevo cliente. Nos necesita a tiempo completo y…

Mientras desayunaban una taza de café y unas galletas, Sofía fue poniendo al día a Fabián de los detalles del caso.

—Así que tenemos que ir pronto, antes de que abran la tienda, para revisar hasta el último rincón.

—¡Qué ganas!

—Piensa en el aparato de aire acondicionado que vas a tener. ¡El mejor!

Fabi no respondió. La miró por encima del borde de su taza, algo escéptico. Por lo que su jefa le había explicado, ella y el joyero no se habían caído bien. Si no tenían cuidado, lo perderían. De momento a él le había costado hacer de canguro una noche y un madrugón. Pero el aparatito que se quería comprar, lo merecía. Iba a estar la mar de fresquito ese verano.

Nando había vuelto a quedarse dormido, hecho una bola en la cama de su madre, rodeado de los cómics y la *tablet* que se quería llevar. De modo que Sofía lo cogió en brazos, y así lo llevó a casa de su tía.

—Siento hacerte esto el primer día sin cole, Ana. Te prometo que por la tarde estaré libre y me ocuparé de ellos.

—Mejor no prometas nada, que nos conocemos. Si a estas horas vas con Fabi a algún sitio, es que es importarte.

—¡Eres la mejor cuñada que nadie puede tener! No hay otra como tú.

—No me hagas la pelota y vete a trabajar. Luego me compensas con un refresco al borde de la piscina.

En el portal, Sofía se volvió hacia su subordinado.

—¿Has traído coche, Fabi?

—Sí, lo aparque a la vuelta. ¿Y el tuyo, jefa?

—En el taller.

—¿Otra vez se te olvidó echarle gasolina, líquido de frenos, aceite? —preguntó Fabi enumerando varias de las sucesivas causas por las que Sofía se había quedado parada en medio de una calle más de una vez.

—No, de todo eso tenía.

—¿Entonces qué has hecho?

—Estaba jugando con Nando en un semáforo. No sé cómo uno de sus muñecos terminó dentro de la rejilla del aire acondicionado. Intenté sacarlo, pero no hubo manera. Se coló por una ranura, hizo un ruido extraño y empezó a oler a quemado.

—No fue el niño. Fuiste tú.

No tenía sentido negar la evidencia. Era un desastre para todo lo que no fuera el trabajo. El coche era un objeto grande que le servía para trasladarse de un lugar a otro. Que requiriera cierto mantenimiento no dejaba de asombrarla. Siempre había creído que con echarle gasolina de tanto en tanto valía, exactamente cuando Nando le avisaba de que había salido la lucecita roja detrás del volante.

En aquella ocasión había ocurrido tal y como Fabi suponía. Jugaba con su hijo y el muñequito que había dejado sujeto en la rejilla del aire, en un frenazo se había ido dentro. Lo tenía en el taller, así que la única forma de ir a la Joyería González con el material que iban a necesitar, era el coche de su amigo.

—Tenemos que pasar por la oficina para que cojas tus cachivaches electrónicos, tienes que piratear un sistema de vigilancia.

—¡No son cachivaches! ¿Por qué piratear? ¿No es nuestro cliente? Nos lo dará de buen grado.

—El señor González tiene cierta parte del negocio que no es tan legal como aparenta. Creo que no va a darnos todas las grabaciones de buen grado, pero hemos de verlas para descubrir quién robó el diamante.

—¿Crees que está implicado?

—No, se juega mucho. Y no solo por la parte económica. Con la gente que está relacionada puede perder hasta la vida.

Llegaron a la joyería a la vez que un BMW granate donde un hombre, de pelo canoso y rizado, esperaba en su coche fumando un cigarrillo tras otro. Era Ricardo Pérez, un policía retirado, antiguo miembro de la científica, que de tanto en tanto hacía algún trabajo para Sofía. Siempre vestía un impecable traje gris con camisa y corbata. Fabi decía que se asemejaba a un personaje de cine de negro. Ricardo se limitaba a encogerse de hombros e ignorar el comentario de aquel muchacho espigado, al que había llegado a respetar. Algo que no reconocería en voz alta.

Sofía lo había avisado, antes de ir a su casa, la noche anterior. Su ayuda iba a ser esencial para resolver el caso.

—Es medianoche, Sofía. ¿Pretendes que a primera hora esté listo para trabajar?

—Exacto.

—En un escenario que ha sido limpiado, y por el que han pasado varias

personas desde que ocurrió el robo.

—Por eso te necesito a ti. En situaciones peores te has visto y has logrado sacar pistas válidas. Confío en ti, seguro que puedes encontrar algo que nos sea de utilidad en la investigación.

Ricardo había terminado aceptando ayudar a la detective. Al fin y al cabo, no tenía otra cosa que hacer y antes de las siete solía estar ya despierto. O le dolía la espalda, o la rodilla, o cualquier otra parte del cuerpo, fuese la que fuese, le impedía seguir durmiendo. Al menos se sacaría un dinero que completaría su mísera pensión.

El señor González apareció caminando, un par de segundos después, en una perfecta sincronización con el resto de los presentes. Sofía hizo las presentaciones y, a continuación, el dueño de la joyería sacó un llavero de su bolsillo. Abrió una pequeña portezuela que había en la pared, y tecleó un código que hizo que la chapa metálica que franqueaba la tienda se levantara.

Dos puertas de cristal, con sus correspondientes cerraduras, separaban la calle del interior de la joyería. Al desconectar el sistema de alarma, parte de las luces se encendieron.

—¿Ven así bien o quieren que encienda el resto?

—De momento nos vale —respondió Sofía.

—¿Dónde se almacenan las grabaciones? —inquirió Fabi, que estaba impaciente por echar un vistazo al sistema de seguridad de la tienda.

—En mi despacho. Acompáñenme.

El aire vetusto y antiguo de la joyería, con su moqueta, su madera y sus dorados, poco tenía que ver con la decoración moderna e informal del lugar que hacía las veces de oficina. Una mesa lacada en blanco, con una silla ergonómica a juego, sobre la que descansaba un moderno ordenador. Un disco duro del tamaño de un libro, con un cable conectado, cuyo extremo se perdía tras una pared.

—¿Tiene alguna contraseña? —preguntó el secretario de Sofía, al mismo tiempo que sacaba unos cables de la bolsa negra que llevaba colgada al hombro.

—¡Espere! —ordenó Cristomo contrariado al ver como Fabián hacia intención de sentarse en la silla—. Yo encenderé el ordenador y le buscaré lo que quieran ver.

—Trabajaremos más rápido si nos deja a nosotros —intervino la detective al ver el gesto de susto de su joven ayudante, ante el tono de voz de su cliente.

—Señorita Sofía, tendrán acceso a lo que juzgue necesario, ni más ni menos —replicó el dueño de la joyería a sus peticiones. Había cosas que no quería que aquellos dos vieran. Ni ellos ni nadie. Bajo ningún concepto debían ver la luz determinados documentos.

La detective hizo un gesto de asentimiento a su secretario, cuando

el hombre de los tirantes estaba dado la vuelta, dándole permiso para que «hiciera de las suyas» y hackeara el ordenador del reticente joyero. Contaba con sus recelos, pero ella sabía que aquellas medidas eran necesarias. En lo que de forma tan celosa ocultaba, quizás estaba la clave para encontrar al ladrón.

—Les pondré la grabación de la tarde del robo.

Ricardo continuó tomando muestras de la moqueta y huellas del resto de superficies, siendo el único de los presentes que no se agolpó enfrente de la pantalla. En las imágenes pudieron ver como un hombre y una mujer entraban en la habitación destinada a los clientes especiales.

—Ella es Francis Marín, mi encargada. De la más absoluta confianza. Mis otros dos dependientes no tienen acceso a esa sala. Cuando hay que mostrar las joyas más selectas, solo ella o yo podemos hacerlo.

—¿Quién es él? —quiso saber Sofía.

—Lucas Gascón. Un abogado que pretendía devolver una alianza que había comprado para su novia —comenzó a explicar el señor González—. Le explicamos que era imposible hacerlo.

—¿Por qué?

—Nuestro anillo era perfecto, si su novia decidió rechazar su propuesta no es cosa nuestra.

El hombre, que en la imagen discutía con la encargada, era atractivo. Bastante, a decir verdad. Uno noventa por lo menos, pelo negro y ojos también oscuros. De unos cuarenta años. El traje que llevaba le hacía lucir como un modelo masculino. Debía de estar hecho a medida, permitiendo adivinar que el cuerpo que había por debajo de la tela, estaba en forma y bien constituido.

—Pobre. Parece majo. ¿Por qué le diría que no? —preguntó Fabián enternecido con la historia. Era un romántico empedernido. Nada le llegaba más al corazón que los amores imposibles y no correspondidos. No podía creerse que una mujer hubiera podido decir que no a un hombre como aquel, puesto de rodillas, en un restaurante caro con música en directo sonando de fondo. O, al menos, él se imaginaba una pedida de mano así. Imposible negarse a semejante petición.

—¡Se queda solo! —exclamó Sofía al observar como la encargada de la tienda salía de la habitación, y el novio despechado se acercaba hasta la caja fuerte, ¡qué estaba abierta!

—Ante la insistencia del señor Gascón, la señorita Marín salió en mi busca. Con los nervios, no se percató de que la caja no estaba cerrada del todo. Ese fue un fallo mío. Recibí una llamada. Allí dentro, por el recubrimiento metálico de las paredes, no hay buena cobertura, así que vine aquí, a mi despacho, para hablar con comodidad.

—¿Cuánto permaneció sin compañía en esa habitación?

—Un par de minutos. Al informarme mi ayudante de lo que ocurría, fui a hablar con él para explicarle que no podíamos aceptar el anillo de nuevo.

—Tiempo suficiente para meterse el diamante en el bolsillo y salir por la puerta sin que se dieran cuentan.

—Jefa, ¿no pensarás que ese pobrecillo robó el diamante? Bastante tiene con que su novia le dijera que no.

—Tendremos que hablar con él —afirmó Sofía sin hacer caso de las protestas de Fabián—. ¿Tiene sus datos?

—Sí, claro. Solemos abrir una ficha a todos los clientes que lo desean, a fin de mantenerles informados de la llegada de nuevas colecciones y de las ofertas en campañas especiales como las de Navidad o San Valentín.

—También quiero hablar con la señorita Marín y sus dos dependientes. ¿Conocen que ha habido un robo?

—Antes de las diez estarán aquí —aseguró Cristomo—. Saben que falta una piedra preciosa de la caja fuerte, pero no de cuál se trata en concreto, ni de quién es su dueño.

—Y me imagino, que de sus negocios tampoco están al tanto. Ni la señorita Marín siquiera.

—No, ella no sabe nada de Alexander Petrovich, ni del jeque Abil. Cuando me reúno con ellos, no suele ser aquí. Envían a gente suya para traer las joyas o el dinero, y siempre cuando mi personal ya se ha ido. Si tengo que hablar en persona con alguno de los dos, soy yo el que debo ir a verlos.

—Podemos usar esta oficina para las entrevistas, ¿verdad? —inquirió con aire inocente Sofía. Tal vez de esa forma podrían tener algo de privacidad para curiosear en el ordenador o en los cajones del escritorio.

—Hay otro despacho junto a este que pueden utilizar. Es el de la encargada. No le importará que utilicen su mesa.

—Estoy segura, pero el despacho del jefe intimida más, prefiero quedarme en este. Fabián grabará las conversaciones para poder analizarlas después.

—¿En mi despacho? No me gusta demasiado la idea.

—Señor González, necesito que me ayude con las muestras —pidió Ricardo, apareciendo de repente junto a ellos y agarrando, de forma gentil pero firme, el brazo del dueño de la joyería, haciéndole salir de la habitación. Él y Sofía intercambiaron una mirada de complicidad. Con su traje y sus canas, solía lograr que colaboraran los clientes más arrogantes mejor que con ella y su aspecto desaliñado—. Puede indicarme los lugares donde se suelen ubicar los dependientes, para descartar….

—Venga, Fabi, tienes unos minutos antes de que vuelva.

Sin decir ni una palabra, el joven se sentó en el sillón e introdujo un pendrive en el puerto USB. El programa espía, diseñado por él, se instaló en menos de un minuto en el disco duro, sin dejar ninguna señal visible. Solo un informático avezado, capaz de rastrear los archivos ocultos para el común de los usuarios de ordenadores, tendría el conocimiento necesario para descubrirlos. Se sentía muy orgulloso de su aplicación. No podía comercializarla o se metería en problemas, pero en muchas ocasiones, como en aquel robo, les era de mucha utilidad.

Su misión consistía en enviar información *online* al terminal de Fabi de cualquier acción que realizara la persona que se sentara ante el teclado. Sofía tendría conocimiento de las webs que Cristomo visitara, los correos electrónicos que enviara y recibiera, los archivos que se descargara, etc., sin que él sospechara nada. Fabián quitó el pendrive y lo sustituyó por un disco portátil donde, a gran velocidad, copió el contenido de la memoria de los dispositivos de seguridad de la joyería. Cuando terminó le envió un mensaje a Ricardo para que cesara de entretener al señor González. Ya tenían lo que querían.

Su regreso al despacho coincidió con la llegada de los tres trabajadores de la joyería. Los dependientes fueron a cambiarse, pero la detective le pidió a Francis Marín que se quedara con ella. De mala gana Cristomo abandonó la oficina seguido de Fabián, dejándolas solas.

—Vamos a telefonear al señor Gascón, señor González —le pidió el secretario de Sofía, caminando hacia donde estaba Ricardo recogiendo un pelo de una estantería—. Podemos hablar con su empresa de seguridad para que nos confirmen que no han registrado ninguna incidencia estos días. Un fallo eléctrico o cualquier detalle, por nimio que fuera, puede darnos la clave.

—¿Le parece si nos tuteamos, Francis? —le preguntó la detective a la encargada de la joyería, cuando las voces de los dos hombres se alejaron.

—No veo inconveniente —respondió la mujer sin entender qué estaba ocurriendo. ¿Quiénes eran esas personas que estaban en la tienda?

—Yo soy Sofía —continuó con cordialidad—. ¿El señor González le ha informado del robo?

—Sí, ayer por la tarde; cuando descubrió que el diamante Lancaster blanco no estaba. Le aseguro que no tuve nada que ver —afirmó nerviosa la encargada de la tienda. ¿Serían policías? No tenían aspecto de serlo. Habría un coche blanco y azul en la calle, y no había ninguno.

—Tranquila. Sé por su jefe que goza de su total confianza. ¿Qué

puede decirme de Lucas Gascón? —le preguntó en tanto le mostraba la imagen congelada del hombre que parecía el principal sospechoso.

—No es un cliente habitual. De hecho, la primera vez que vino fue para comprar la alianza que luego quiso devolver.

—¿Es algo común?

—No. La política de la joyería es que no se admiten cambios ni devoluciones. Solo en contadas ocasiones, cuando es alguien que nos lo pide en casos especiales, y si suele comprar en la joyería, aceptamos hacer un cambio, pero nunca se devuelve el dinero. Tenga en cuenta que una joya puede ser lucida y devuelta sin que se note que ha sido utilizada. Sin embargo, a nadie le gusta llevar algo que otra persona ha usado antes —añadió con un deje de soberbia que no pasó desapercibido a Sofía.

Ella intercambiaba ropa con su cuñada e incluso, en algunas ocasiones, con sus hermanos. A ninguno le molestaba que fuera de otro. A aquella mujer se le había subido a la cabeza el hecho de trabajar en una joyería de tanto postín. Su ropa era cara. Vestía con buen gusto y estilo. Debía gastarse casi la mayor parte de su sueldo en tiendas de moda para poder aparentar lo que no era. Por no hablar del perfume que llevaba. Para el gusto de Sofía, algo denso y pesado. Ella no sería capaz de usar algo así, estaría mareada todo el día. Prefería los aromas más frescos y ligeros.

—La caja estaba abierta cuando entró con el señor Lucas en la habitación —apuntó la detective observando la reacción de Francis a sus palabras—. ¿No se dio cuenta de ello?

—No. Ignoraba que el señor González la había dejado abierta, en caso contrario la hubiera cerrado.

—En la grabación se ve que regresan los dos juntos, intercambian unas palabras con el cliente y después este se va. ¿Se fue enfadado?

—Disgustado tal vez. El anillo de pedida era valioso, y si su supuesta novia no lo aceptó, tendrá que rehacerlo en algún taller en otra pieza que pueda utilizar, o guardarlo en un cajón.

—¿Ustedes no tienen taller de joyería?

—No. Si hay que reparar algún defecto, como un cierre estropeado por el uso o la pérdida de una piedra, lo enviamos fuera.

—¿Cuánto vale la alianza que quería devolver?

—6.500 euros

—¿¿Qué?? ¿Y la gente paga tanto por algo así? —preguntó Sofía asombrada. Para ella era algo inconcebible. Los pendientes que llevaba se los había comprado en una tienda de ropa, no le habían costado ni cinco euros, y el reloj en un chino. Funcionaba a la

perfección y nunca se paraba. Eso era más que suficiente.

—No es de las más caras, se lo aseguro —respondió la encargada con un deje de prepotencia en la voz. La detective notó como su interrogada la miraba de arriba abajo, arrugando la nariz. Le dio igual. Iba cómoda. Se sentía a gusto con su imagen y su forma de vestir. A la que le tenía que gustar era a ella, lo que pensaran los demás no le importaba lo más mínimo.

—¿Cuánto puede valer el diamante robado? —quiso saber al intuir que el robo implicaba una cuantía económica más allá de lo que había imaginado.

—¿En euros?

—Por ejemplo.

—Una cifra con ocho ceros mínimo —respondió la encargada con seguridad.

—¡Sofía! —exclamó Fabi entrando en el despacho e interrumpiendo la conversación—. Siento molestarte, pero he hablado con Lucas Gascón. Solo puede venir a las diez y media a hablar contigo. Tiene que ir luego al juzgado. Es abogado.

—¿Cuál es su especialidad?

Tal vez lo conociera de su época de policía. Durante aquellos años había coincidido con abogados que acudían a la comisaría para defender a las personas que ella había detenido. Con el tiempo, las caras se repetían y había terminado por acostumbrarse a verlos por los pasillos.

—Civil. Creo que está mañana debe ir con un cliente por un tema de herencias a una vista. Eso me ha dicho su secretaria, que es con quien primero he hablado.

La detective miró su reloj, faltaban diez minutos para la hora. Le hizo un par de preguntas más a la encargada y decidió dejar el interrogatorio a los dependientes para más tarde. Su principal sospechoso estaba a punto de llegar. Quería estar preparada.



CAPÍTULO 4

Era más alto de lo que se había imaginado al ver las imágenes de seguridad. Llevaba un traje azul oscuro, con camisa azul clara y corbata en el mismo color que la chaqueta con unos diminutos lunares grises. Bien afeitado. Sofía podía oler el aroma del *aftershave* mezclado con el de su colonia. Agradable y varonil, pero sin ser demasiado almizclada. Con el pelo tan negro tendría que rasurarse dos veces al día si quería mantener esa perfección. Estaba segura de que, si pasaba uno de sus dedos por su cara, estaría suave al tacto. Unos ojos negros, bajo un ceño fruncido, la observaban con una mezcla de intriga y animosidad. Le había dicho a Fabián que tenía mucho trabajo, pero la insistencia de este y la petición del dueño de la joyería, habían terminado por ablandarle.

Llevaba un maletín de cuero marrón entre las manos. Fuertes, de dedos largos, y cuidadas. Parecía serio, algo tímido quizás. Sin embargo, en su mirada podía detectar que la estaba estudiando con la misma atención con que lo estaba haciendo ella. Carraspeó algo incómoda, y decidió empezar el interrogatorio. No lo conocía. ¿Por qué de repente estaba tan nerviosa? Nunca se dejaba intimidar por ningún sospechoso. Y eso que había tenido que interrogar a algunos que emanaban peligro por cada uno de sus poros. Aquel hombre la hacía sentir insegura.

—Me llamó Sofía Valverde —se presentó la detective complacida porque su voz sonara firme, sin ninguna nota titubeante—. La persona que le llamó trabaja para mí. Estamos ayudando al señor González en un asunto delicado.

—Usted dirá —respondió el abogado sin demostrar incomodidad alguna. Como si que le hicieran ir a una tienda en la que había comprado un artículo para hacerle unas preguntas, fuera algo cotidiano en su vida.

—Ha habido un robo. Justo el día que vino a devolver la alianza.

Un destello de debilidad cruzó por el rostro sereno e imparcial del abogado al oír la palabra «alianza». Por el contrario, la palabra «robo» no le había alterado ni causado ninguna reacción en él.

—Algo que no me permitieron hacer —indicó con el ceño fruncido y apretando de forma ligera los puños de las manos, que descansaban sobre la superficie del escritorio del dueño de la joyería.

—¿La conserva? —quiso saber curiosa. ¿Qué hacia un hombre

cuando una mujer rechazaba su proposición? ¿Guardaba el anillo para una futura candidata? Le parecía de mal gusto cortejar a una nueva esposa con algo que otra antigua novia no hubiera querido. Aunque apostaría a que más de un novio despechado lo había hecho sin avergonzarse.

—Sí. No iba a tirarla. Está en un cajón de una mesilla de mi dormitorio. ¿Importa? ¿Tiene algo que ver con el robo?

—No, no es relevante para el caso —negó Sofía para, a continuación, continuar con el interrogatorio—. ¿Vio algo que llamara su atención ese día? Tal vez alguien vigilando el exterior, un coche extraño, algo en la joyería…

—Nada. A excepción de que toda la amabilidad y gentileza que me dispensaron cuando compré el anillo, parecía haberse esfumado la segunda vez que vine. He visto jueces y fiscales menos arrogantes y nerviosos que el señor González y la señorita Marín.

—¿Le parecieron inquietos?

—La encargada estaba más bien confusa por mi petición. Se ve que no es muy habitual.

—Supongo que cuando uno compra un anillo de ese valor espera que la respuesta a su pregunta sea un «sí, quiero».

—Le aseguro que ese era el caso.

—¿Y el dueño de la joyería? ¿Cómo definiría su estado? Aparte de sorprendido por su petición.

—Ahora que lo pienso, no creo que mi ruego de devolver el anillo fuera lo único que le preocupara. Cuando vino a hablar conmigo, diría que su mente estaba en otra cosa. Dudo que en circunstancias diferentes hubiera aceptado mi propuesta, pero desde luego ese día menos aún.

—¿Por qué compró aquí el anillo? Por lo que me han dicho no era cliente habitual de esta joyería. Podía haber ido a cualquier otra.

—Mi antigua novia siempre decía que deseaba tener algo de esta tienda. Se ve que atendí tarde su deseo. Otro había tenido más suerte al pedirle matrimonio.

Sofía no esperaba una respuesta así. De modo que aquel había sido el motivo por el que la mujer había dicho que no. Jugaba a dos bandas, y un segundo candidato había sido el que había logrado ponerle su anillo en el dedo.

Lucas miró su reloj. Vio que eran casi las once menos cuarto. A en punto tenía que estar en el juzgado.

—Tengo que irme ya. Me esperan. Al juez no le hará gracia si llego tarde. Y a mi cliente tampoco.

—Una última pregunta, ¿qué hizo cuando se quedó solo en la habitación?

—No sé. Supongo que mirar el móvil y curiosear un poco. Lo

normal. Lo que hacemos todo el mundo cuando nos vemos obligados a esperar.

—Claro. Gracias por haber venido —afirmó ella.

Se puso de pie y le tendió una mano al abogado. El apretón con el que se despidieron envió pequeñas descargas por la piel de la detective, que ella decidió ignorar.

Sofía vio marcharse al gallardo hombre pensando que era una pena que al final le hubiera mentido. En las imágenes se veía como no consultó su móvil ni un segundo, sino que se dirigió hacia la caja fuerte, abrió la puerta e introdujo la cabeza dentro. Aunque no se veía si cogía algo, era una posibilidad que no podían descartar. Dada su altura y su envergadura, su espalda tapaba toda la abertura, con lo que no se sabía si fue él quien robó el diamante. En un futuro cercano tendría que volver a hablar con él y preguntarle sin ambages. Era una pena, porque hasta ese instante había respondido a sus preguntas con sinceridad. Había sido al final cuando le había mentido, con la misma tranquilidad que hasta entonces había dicho la verdad.

—Ya tengo lo que necesito, Sofía —le anunció Ricardo acercándose a ella después de que Lucas Gascón se marchara—. Desde ya te digo que no esperes gran cosa.

—¿La de la limpieza borró todas las huellas anoche?

—No es tan buena limpiando. Más bien lo contrario. Pasan muchas personas por aquí y hay demasiadas. He tomado muestras de las de los empleados y del señor González para descartarlas.

—Aunque fueran culpables su presencia estaría justificada —reflexionó Sofía—. ¿Cuándo me dirás algo?

—Si pertenecen a alguien que esté fichado por el sistema por algún delito o por algún motivo, podré decirte a quién pertenecen.

—Quedarán algunas sin que sepamos a quién pertenecen.

—Eso seguro. La mayoría. Los bancos de datos a los que tengo acceso no son como los de las series americanas. Ni el laboratorio trabaja a la velocidad que ellos. Tendrás que esperar un poco.

—De acuerdo —asintió Sofía. El señor González debería conformarse y aguardar—. Me llamas y me vas diciendo. Voy a hablar con los dependientes.

Además de Francis, la encargada, Jorge y María eran los otros dos empleados de la joyería.

Jorge tenía cara de niño, con sus inmensos ojos azules que parecían mirar con inocencia cuanto le rodeaba. Sin embargo, tras hablar dos minutos con él, la detective tuvo claro que estaba ante un casanova, de pelo tan negro como su corazón. Era un *pseudopijo* como decía su secretario. Un joven con ganas de aparentar que pertenecía a una clase elevada y acomodada, que vestía ropa de marca y complementos, pero que apenas podía pagarlos sin ayuda de sus

padres.

—Mire, llevo tres meses trabajando en esta joyería porque mis viejos son amigos del dueño. Era esto o de camarero. Prefiero frecuentar los bares como cliente y no como barman.

—Ya. ¿Y qué has estudiado?

—Terminé la secundaria y hasta ahí. Perdí un año haciendo formación profesional. Un grado de nutrición. Pero no era lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo?

—No lo sé aún. Tengo que encontrar mi vocación en la vida —afirmó sin el menor decoro.

Fabi, que había estado presente durante la entrevista, en apariencia absorto en su ordenador, levantó la vista del monitor para hablar con Sofía después de que el dependiente saliera del despacho.

—Jefa, este chico lo que busca es engatusar a una clienta rica. Su vocación es ser un mantenido y no trabajar.

—Puede ser, Fabi, no te digo que no.

—No da golpe, lo tienen por su cara bonita. Hay más personas como él de las que te piensas, y más mujeres que necesitan un hombre al lado a toda costa, de las que te imaginas.

La otra dependienta era María. Una joven delgada, con el pelo recogido en una coleta alta y de sonrisa perenne en el rostro.

—No vi nada raro. Nosotros no tenemos acceso a la caja fuerte. No sabemos qué hay dentro. Cuando un cliente pasa a esa habitación es acompañado por la señorita Francis o el señor Cristomo. Nosotros siempre nos quedamos en la tienda.

—¿Qué tal con tus compañeros?

—La encargada es seria, no obstante, trabaja tanto como yo. El dueño impone con su vozarrón cuando se enfada, pero es buen jefe. Paga bien, las horas extra aparecen en mi nómina sin que yo diga nada. ¡Y eso ya es mucho! No regatea días cuando tenemos las vacaciones que nos corresponden. No es un mal sitio para trabajar.

—¿Cuánto llevas currando aquí?

—Cuatro años. Antes solo éramos la señorita Francis y yo. Hace unos meses llegó Jorge. Es un enchufado —continuó bajando el tono de voz—. No hace nada. A la hora de recoger y limpiar suele escaquearse, pero para atender a las clientas que llegan con sus abrigos de piel y su ropa de marca, es el primero.

—Se las camela —afirmó Sofía recordando lo que le había dicho Fabi que, por lo que oía, había estado acertado en sus conclusiones.

—Del todo. Alguna ha pedido que le llevaran lo que había comprado a su casa, «porque le daba miedo». ¿Y lucir las joyas no les da miedo? Lo que quieren es que Jorge vaya a verlas cuando no están sus maridos. Por supuesto él no protesta por tener que ir. Además, aquí en la tienda, le dejan propinas que él esconde con disimulo en el

bolsillo de su americana, cuando cree que nadie le ve. El jefe y la encargada saben lo que pasa, pero mientras eso suponga ingresos en la tienda y más clientas, no dicen nada.

—¿Crees que puede ser el responsable del robo?

—No —negó María—. Puede ser muchas cosas, pero entre el sueldo, las propinas y sus padres tiene todo lo que desea. Aunque no sea el trabajador del año, tampoco quiere perder su puesto.

A Sofía cada vez le caía mejor aquella joven. Era la más accesible de los trabajadores de la joyería, la menos soberbia y con los pies en la tierra. De familia humilde, se había ganado su puesto por su saber estar, su amabilidad y su dulzura a la hora de vender. Fabián la había investigado, y había confirmado que vivía en un piso alquilado cerca de la floristería de sus padres. Sin grandes lujos, ni gastos desmedidos. Una mujer con los pies en la tierra.

—¿Puedo preguntar algo?

—Adelante —la animó la detective—. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué han robado exactamente? Solo nos han dicho que contestemos sus preguntas porque ha habido un robo. No han querido explicarnos nada más. ¿Piensan que puedo haber sido yo? Le juro que nunca haría algo así. Estoy a gusto aquí. No pondría en peligro mi trabajo por nada. Se lo prometo.

—La creo —le respondió Sofía para tranquilizarla.

—Gracias.

—Ha desaparecido una piedra preciosa muy valiosa, que el señor González guardaba en la caja —le explicó sin entrar en detalles, tal y como el dueño de la joyería le había pedido—. ¿Alguna vez Jorge o tú habéis visto el contenido?

—Por Jorge no puedo hablar, yo lo máximo que he visto ha sido el interior de la habitación. Cuando el dueño o la encargada atienden a un cliente allí, tenemos orden estricta de aguardar fuera.

La detective se despidió de la joven sin haber sacado nada en claro que pudiera ayudarle con la investigación. Esperaba que sus ayudantes hubieran tenido más suerte que ella.

Los clientes comenzaban a llegar, por lo que su presencia era difícil de explicar, además entorpecían el habitual discurrir de la mañana. Era el momento de recoger sus cosas y marcharse. Ricardo fue el primero en irse. Pasadas las once lo hicieron Sofía y Fabi después de prometer a Cristomo que le llamarían más tarde.

—Esta tarde quiero saber quién robó el diamante —ordenó el señor González cuando se iban.

—Quizás tenga que esperar para saber quién fue —afirmó Sofía a quién los malos modos del joyero no le influenciaban—. Le llamaré a última hora con mis primeras deducciones.

Hasta que Ricardo no le enviara su informe, y Fabi curioseara en el

ordenador de la joyería desde la seguridad de su oficina, poco o nada podía hacer Sofía. De modo que decidió recoger a su hijo y llevárselo al parque con su primita, para que Ana pudiera hacer sus cosas tranquila, sin tenerla a ella mirando por encima de su cogote pidiéndole jugar.

Incluso se permitió el lujo de preparar algo de comer para los dos. Su padre se había ido a la playa con unos amigos y no volvería hasta mediados de julio. Tendría que arreglárselas unos días sin su canguro gruñón y protestón. En el fondo sabía que el abuelo de Nando esperaba ansioso que llegaran sus dos nietos a comer con él. Por mucho que se quejara de que aquello no era un restaurante en el que aparecer al mediodía y tener la comida servida en la mesa, contaba los minutos que faltaban para que llegaran; y azuzaba a Teresa, la asistenta que le ayudaba en casa, para que tuviera listos los platos que iban a degustar.

Después de recoger la cocina, Sofía llamó al taller y le dijeron que aún tardarían una semana en tener su coche, porque necesitaban cambiar una pieza que habían tenido que pedir a Alemania. Le iba a tocar utilizar el transporte público, o caminar para ir de un lugar a otro. Era un fastidio. Pero visto de otro modo, así impedía que se le quedaran en las caderas los helados que se zampaba con su niño, ahora que había llegado el calor.

Estaba tumbada en el sofá, con Nando jugando a sus pies, pensando en que tal vez debería recoger la casa, sobre todo los dormitorios, cuando Fabi la llamó.

—Jefa, ya tengo algunos resultados, y Ricardo me ha avisado de que en media hora vendrá por aquí.

—¡Genial! Enseguida bajamos.

Ordenar se quedaría para otro momento. No era culpa suya. Eran las circunstancias. Tampoco esperaba visita, así que no importaba si había alguna prenda de ropa por el suelo, o cosas del pequeño diseminadas por doquier. Con no dejar que su cuñada Ana pasara de la puerta de entrada, no habría problemas. Le echaría una buena bronca si viera el lío que tenía en su apartamento.

—Cariño, coge un juguete que nos vamos a la agencia.

—¿Pueden ser dos? —preguntó picarón.

—Ja, ja, por supuesto que sí.

Al entrar en la oficina una bocanada de calor les golpeó la cara. Al final su secretario iba a tener razón y necesitaban un equipo de aire acondicionado. El joven había abierto la ventana de atrás y había dejado sin cerrar el acceso a la agencia, para que hubiera algo de corriente que hiciera más llevaderas las altas temperaturas.

Sofía cogió una botella de agua fría que Fabián le tendió y se sentó en su silla giratoria, detrás de su escritorio, obligando a que él

ocupara la que solían usar las visitas, dispuesta a escuchar lo que habían descubierto. El niño se metió debajo de la mesa de su madre, ajeno a lo que ella y sus dos colabores hablaban.

—Ricardo, empieza tú —pidió la detective al mayor de los dos hombres, que tenía varios documentos delante.

—He encontrado huellas del dueño y de sus empleados, así como de la limpiadora, en numerosos lugares.

—¡Si no estaba allí cuando fuimos! ¿Cómo has obtenido con qué compararlas? —quiso saber ella arqueando las cejas.

—Las saqué del cubo de la fregona —explicó el técnico como si fuera un hecho obvio—. Dudo que ninguno de los otros lo toque alguna vez.

—La verdad es que no me los imagino. Salvo María, la dependienta, dudo que los demás sepan cómo usar una.

—En la caja fuerte, por dentro, he encontrado las del señor González y las de la encargada, junto con otro juego de huellas de origen desconocido.

—¡Tenemos al ladrón! —exclamó Fabi eufórico. Su mente se llenó de imágenes de aparatos de aire acondicionado y de él refrescándose debajo.

—Sé a quién pertenecen —continuó el antiguo policía jubilado, sin hacer caso de la euforia del informático—. A Lucas Gascón.

—¿Está fichado? —preguntó Sofía a quien le había sorprendido la noticia. Sabía que les ocultaba algo, pero no lo tenía por un delincuente.

—A los dieciocho años fue detenido por el robo de un coche. Lo detuvieron con otros dos jóvenes acusados de haber sustraído un auto al tío de uno de ellos. Luego parece que se aclararon las cosas, no se presentaron cargos y fueron puestos en libertad. Sin embargo, sus huellas quedaron en el sistema.

—Tengo que hablar de nuevo con él. Hoy es tarde —afirmó mirando su reloj de pulsera—. Fabi, llámale antes de irte para concertar una cita con él mañana temprano. ¡Sin falta! Que no te ponga ninguna excusa. Si es posible en su despacho, me gustaría ver su entorno.

—Eso está hecho, jefa. Ahora mismo lo llamo —dijo el secretario apuntando en su móvil lo que le había pedido Sofía.

—Ricardo, ¿has encontrado algo en el resto de las dependencias que nos pueda ser de utilidad?

—Estoy pendiente del análisis de unas muestras que tomé en la entrada de la joyería y en el despacho de dueño. Como es fin de semana, dudo que en el laboratorio se pongan con ellas. Hasta el lunes nada.

—Fabi, es tu turno. ¿Has podido acceder al contenido de su

ordenador? ¿Qué hay del sistema de seguridad?

—La mayor parte de los archivos son listados de clientes, proveedores, facturación y temas administrativos.

—¿Era el único terminal que había en la tienda?

—No. Hay otros dos incrustados en los mostradores de la joyería, que están destinados a servir de apoyo a los dependientes. Con ellos controlan cosas como las piezas que tienen en su *stock*, las que envían a algún taller a reparar, un programa para gestionar los cobros…

—Nos hacemos una idea.

—Francis, la encargada, tiene un portátil en su despacho. Con él se comunica con los proveedores, además de realizar algún tema de gestión y facturación. En sus ratos libres le gusta navegar por webs de muestras gratis de perfumería y maquillaje caros. Se gasta un montón en paletas de sombras e iluminadores. Suele comprar un champú que tengo que probar, porque con el pelo tan fino se me encrespa y…

—Fabi, céntrate. En estos momentos no nos interesa tu cabello.

—Para nada —añadió Ricardo que estaba deseando irse a casa para tomarse un par de cervezas, viendo jugar a España un partido de fútbol por la televisión. ¡Que para eso se había comprado una bien grande de cuarenta y dos pulgadas!

—Cómo sois. Bueno, el caso es que, salvo que dedica medio sueldo a cosmética, no hay nada extraño en su ordenador.

—¿Y en el de Cristomo?

—Eso es otra cosa. Por una parte, tiene los programas y archivos que cabe esperar en el dueño de cuatro joyerías, si bien, por otra, tiene unos documentos guardados en la nube, en concreto en Dropbox. Con una contraseña que he tardado tres segundos en descubrir, por cierto —recalcó haciendo una pausa dramática, que sus dos compañeros aguantaron con estoicismo—. Vale, veo que mis dotes informáticas ya no os asombran. Os tengo mal acostumbrados.

—¡¡¡Fabi, que juega la selección!!!

—Los diamantes Lancaster no son las primeras joyas que guarda en su caja a modo de depósito o fianza para el jeque Abil. Por lo que he encontrado, a la mafia rusa le gusta acudir a González como intermediario en numerosas transacciones. A mayor montante económico o mayor tiempo que pasen las piedras preciosas o los lingotes en su tienda, más cobra él. En realidad, su negocio legal de joyería no da tantos beneficios como para tener cuatro tiendas diseminadas por España.

—Los rusos están detrás —afirmó Sofía.

—Eso es. Ellos han financiado el alquiler de locales, el pago a empleados y proveedores y todos los demás gastos. Son los socios en la sombra de Cristomo. La tienda de aquí, la de Basema, es la única que es propiedad suya en su totalidad.

—Tendré que hablar con él mañana también. No ha sido tan sincero con nosotros como decía. Eso explica por qué no ha acudido a la policía y quiere tanta discreción.

—Bueno, chicos —dijo Ricardo poniéndose de pie—. Yo os dejo, me espera una cervecita fría. Cuando estén los análisis que he enviado al laboratorio, os aviso.

—Fabi, en cuanto hagas las llamadas puedes irte. ¡Nando, nos vamos!

Como hacía bueno, Sofía se fue con su hijo a un parque cercano a jugar con él, para cerca de las diez, regresar a casa a tiempo de darse una ducha y cenar.

Con Nando ya dormido, sacó de la carpeta la documentación del caso y repasó lo que tenían para preparar su entrevista con Lucas Gascón al día siguiente. Miró de nuevo la foto que Fabi había adjuntado a su expediente. Era de su web de empresa. Lucía serio y formal, vestido con un traje gris oscuro y una camisa blanca. El pelo negro, brillante y algo rizado. Ojos negros y profundos. Estaba soltero, sus padres aún vivían y tenía una hermana más pequeña que él.

Aunque su despacho estaba en el centro de la ciudad, residía en un chalet en una urbanización en las afueras. Un lugar idílico en el que huir del tráfico y de las prisas de la ciudad. Seguro que tenía un inmenso jardín donde un niño podría jugar y correr. Su pequeño Nando tendría que conformarse con el parque de arena y los columpios de madera.



CAPÍTULO 5

Era sábado por la mañana y la agencia estaba cerrada. Se había prometido a sí misma, desde que abandonó el cuerpo de policía, no trabajar más que de lunes a viernes. ¡Y allí estaba! Disponiéndose a ver a un sospechoso y a un cliente en su tiempo libre. Sin embargo, aquella no era la primera vez que incumplía su promesa. Esperaba que fuera la última. Dejó a Nando en casa de su hermano, con su cuñada y su sobrina, y con paso ligero se encaminó hacia la dirección del despacho de Lucas que Fabi le había dado.

Era un edifico de acero y cristal, con inmensos ventanales que dejaban pasar la luz. Grandes empresas y algunos organismos oficiales llenaban las oficinas de las doce plantas. El bufete se ubicaba en la quinta, ocupándola por completo.

Aquel sábado estaba vacía. Ni funcionarios, ni trabajadores bajaban por sus escaleras, ni entraban y salían acelerados de los despachos. El horario al público no incluía los fines de semana, pero estaba visto que no era la única que lo incumplía. Por lo que la secretaria del abogado le había dicho al suyo, no era raro que los fines de semana Gascón acudiera para trabajar un rato sin ser molestado por algún cliente, alguna llamada o alguno de sus empleados. En dos horas podía sacar adelante la tarea que le llevaría cuatro un día normal.

El hombre que había en recepción se limitó a apuntar su nombre y preguntarle el despacho al que iba.

—Puede pasar. A la derecha tiene los ascensores.

Cuando se abrieron las puertas al llegar a la planta correspondiente, Sofía sintió algo de resquemor ante el silencio que encontró. Unas pisadas sobre el mármol del suelo, que se iban acercando hasta el lugar donde se encontraba, le indicaron que no estaba sola. Lucas caminaba hacia ella vistiendo unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca que le hacían parecer un modelo de ropa masculina y no un reputado leguleyo.

Si se hubiera cruzado con él por la calle, no habría reconocido en aquel adonis al hombre con el que se había entrevistado el día anterior. Tenía que centrarse. Era un sospechoso. No debía olvidarlo.

—Buenos días, señorita —la saludó el hombre, a la vez que le tendía la mano y le dedicaba una arrebatadora sonrisa—. ¿Tal vez podíamos tutearnos? Nos hemos visto dos veces en pocas horas, ya somos viejos conocidos.

—Me parece bien —respondió ella pensando que el guarda de seguridad de la entrada había tardado menos en avisarle, que ella en subir en el ascensor.

No veía ningún inconveniente en dejar el trato formal. Durante una conversación distendida, sería más fácil que él se relajara y ella pudiera pillarle en un renuncio. Como solía decir su padre: «con miel se atrapaban más moscas que con hiel».

—Vamos a mi despacho, aunque hoy no nos molestará nadie. Estamos solos y el contestador está activado. No es mi costumbre atender citas los sábados por la mañana, pero tu secretario puede ser muy insistente.

—Me imagino que no se puede acceder a esta zona sin tu visto bueno o de la persona que ocupe en ese momento la recepción —quiso saber Sofía, sin darse por aludida por el comentario de él, y tomando nota mental para felicitar a Fabi.

—No. Como no es horario de oficina, el ascensor pasaría de largo por esta planta. Sin una llave de acceso, es inútil pulsar el cinco. Cuando nos vamos por la noche, queda bloqueada para cualquier persona salvo las que se encargan del mantenimiento del edificio. Al llegar les dije que vendrías, y por eso te han dejado pasar. A cualquier otra persona que llegara con las mismas intenciones, le dirían que no estoy y que no hay nadie en el bufete que pueda atenderla. Tendría que regresar el lunes.

Aquel sitio era caro. Costaría mantenerlo varios miles de euros al mes, pero ¿tanto como para arriesgarse a robar un diamante tan famoso y tan difícil de vender? ¿Qué ganaba el abogado haciéndolo?

—Dudo que hayas venido a verme para hablar de la seguridad de mi despacho —le espetó Lucas tras sentarse en el sillón que presidia su despacho. Parecía que la cordialidad se había quedado en el vestíbulo. Si pretendía intimidarla, no lo iba a conseguir.

—¿Puedes explicarme esto? —preguntó Sofía poniendo ante él una instantánea obtenida de los vídeos de seguridad de la joyería González. En ella se veía cómo Lucas examinaba el interior de la caja fuerte.

—No sabía que había cámaras. Pensé que Cristomo no querría guardar registro de lo que ocurría en esa habitación.

—¿Qué buscabas? ¿Cogiste alguna cosa? ¿Tal vez una piedra preciosa?

—¿¿¿Qué??? ¡No! ¿Para qué iba a hacerlo? Solo eche un vistazo para ver qué había dentro.

—Seguro que conoces gente a la que podrías vender una joya de origen dudoso. Como por ejemplo un diamante.

La cara del abogado pasó de la incredulidad más absoluta al enfado fiero y feroz.

—No robé nada. ¿Es lo que ha ocurrido? ¿Por eso te ha contratado? Si de verdad ese maldito joyero creyera que robé algo, habría venido la policía a interrogarme y no una detective privado.

—El señor González quiere resolver el asunto en la intimidad. No desea ningún escándalo —añadió ella inclinándose hacia delante, en un gesto cómplice—. ¿Sabes?, no pasa nada si devuelves lo que cogiste de forma discreta. Quedará entre nosotros. Ya somos amigos.

—Señorita detective, te repito que no cogí nada. Me limité a examinar el contenido de la caja fuerte.

—Sabías que existía. Por eso fingiste lo de la devolución del anillo. Para que te llevaran a esa habitación.

—Me encantaría decirte que tienes razón, pero no es así. Mi novia o, mejor dicho, mi exnovia, rechazó mi propuesta de matrimonio. Esa parte de la historia es cierta. —Lucas hizo una pausa en su relato. Se removió en su asiento con visible incomodidad, antes de continuar hablando—. Un cliente, un amigo en realidad, acudió a mí hace unos meses, a este despacho, y se sentó en la misma silla en que lo estás haciendo tú. Le gusta jugar a las cartas, no la típica partida entre amigos después de comer una tarde de domingo. Me refiero a esas timbas donde el dinero en grandes cantidades vuela de mano en mano y se apuestan ingentes sumas, que a veces son mayores que los presupuestos de algunos países.

—Y tu amigo perdió —afirmó Sofía imaginando el resultado. Lo había visto cuando era policía. Gente arruinada en una noche, en una partida en la que creían que era imposible perder.

—En efecto. Es un buen jugador, uno de los mejores que conozco. Está seguro de que pasó algo extraño aquella noche. Alguien hizo trampas o, tal vez, varias personas se compincharon para hacerlas.

—¿Qué perdió? Algo más que dinero, ¿me equivoco? —preguntó ella, aunque sabía que la respuesta sería afirmativa.

—No. Estás en lo cierto. Apostó su casa. El hogar de su familia.

—No me da ninguna pena —afirmó Sofía sin comprender cómo alguien podría apostarse el lugar donde sus hijos vivían. Su techo, su comida, su sustento. El amigo de Lucas era un descerebrado.

—Todo lo que dices y piensas ya se lo he dicho yo. Créeme. El caso es que le ofrecieron una alternativa. Depositar la escritura de su casa en las manos de un hombre de toda confianza por parte de los organizadores de la partida de póker.

—Cristomo González —apostilló Sofía, al comprender dónde estaba la conexión entre la historia que Lucas le estaba contando y el robo.

—El mismo. «Con generosidad», le han dado tres meses para conseguir el importe equivalente al precio en el mercado actual de su piso.

—¿Que es…?

—300.000€

—¡Eso es una fortuna! ¿A qué se dedica? ¡No lo va a conseguir! —exclamó Sofía, para a continuación mirar con detenimiento al hombre que tenía delante, que también la observaba sin disimulo.

Llevaba un vestido de corte veraniego en azul, con unas bambas en el mismo tono. Tenía pensado irse con Nando y Marta a la piscina. Esa tarde le tocaba ejercer de canguro de la niña porque sus padres tenían una boda a las cinco. Una idea surcó su mente. No podía ser. Parecía un hombre respetable y serio incapaz de hacer nada ilegal. Aunque en su juventud hubiera «tomado prestado» un coche. Aquello era muy diferente.

—¡Estabas buscando la escritura!

—Además de cliente es un amigo. Cuando Amanda dijo no a mi propuesta de matrimonio, me encontré con un anillo en las manos que no iba a necesitar más. Un despilfarro de dinero fruto de un amor no correspondido —añadió con pesar Lucas—. Aunque sabía que Cristomo se negaría a devolverme lo que pagué por él, no perdía nada por intentarlo y curiosear un poco en su tienda. Suponía que, ante mi insistencia, me llevarían a algún lugar discreto para hablar, sobre todo si había público, como así era aquel día, y tendría la oportunidad de preguntarle por sus «otros negocios».

—¿Quién más había en la tienda? —quiso saber la detective.

Habían estado tan centrados en las imágenes de la cámara de seguridad, que habían obviado las del resto del establecimiento.

—Una madre y una hija que querían comprar unos pendientes para una hermana.

—¿Quién les estaba atendiendo?

—Una chica joven.

—Sería María. Continúa por favor.

—Elevé un poco el tono, y así logré que la encargada me hiciera pasar a aquella habitación. El que la caja fuerte estuviera abierta fue un golpe de suerte. Ni siquiera sabía que allí había algo así.

—¿Qué viste dentro? No te quedaste mirando alrededor y la pantalla del móvil como me dijiste ayer. Come ves, una cámara te captó cotilleando el interior de la caja —quiso saber la detective, inclinándose interesada hacia delante.

—Tendría que haberme imaginado que habría vigilancia —dijo el abogado más para él mismo que para Sofía—. Había varias bandejas con joyas y lingotes de oro, nada de papeles. O al menos no a la vista. Quizás tenga un escondite secreto en otra parte.

—Tal vez en su despacho —especuló Sofía—. ¿Te fijaste en las bandejas de joyas? ¿Alguna que te llamara la atención?

—¿En los diamantes Lancaster?

—¡Los conoces!

—Como todo el mundo que alguna vez tenga en sus manos una revista del corazón. Mi madre las adora. Le encantan las fotos de las fastuosas fiestas, a las que acuden bellas damas luciendo modelos de importantes diseñadores, que complementan con joyas deslumbrantes. La he oído hablar de esos diamantes con asiduidad. Actrices, miembros de la realeza, modelos y cualquier mujer con suficiente poder y prestigio, los ha portado alguna vez de un modo u otro. Tendrías que hablar con ella, es una experta.

—¿Cuántos había?

—Tres. Blanco, rosa y amarillo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es lo que han robado? ¿Los diamantes? —inquirió Lucas asombrado.

Cuando los había visto en la caja, había llegado a la conclusión de que el dueño de la joyería era mucho más de lo que parecía. No eran piezas para vender en una tienda de Basema, por muy exquisita que esta fuera. Ese tipo de transacciones se hacían bajo el anonimato, y desde luego no se guardaban esa clase de joyas en cajas fuertes sin más seguridad que la habitual de una joyería.

Sofía asintió pensativa. Si de verdad estaban los tres diamantes cuando Lucas miró dentro, Cristomo había hecho que desviaran su atención hacia donde no debían, era a partir de la visita del abogado a la joyería cuando había ocurrido el robo.

—Por eso has venido. Crees que yo robé los diamantes —afirmó él enfadado.

—El diamante, en singular. El blanco. Es el único que falta.

—Es valioso, pero debería tener en cuenta que un coleccionista que se precie querría la colección entera. No se conformaría con uno solo. Cuando fui estaban los tres, y puestos a llevarme algo, habría cogido todos.

—Podrías fragmentarlo en piezas más pequeñas y venderlos por separado —especuló Sofía.

—¿Querrías una porción del lienzo de las Meninas si lo dividieran en trozos? Por supuesto que podrías obtener dinero por él, pero no sería lo mismo que poseer todo el cuadro. Por otra parte, ¿por qué robar solo los diamantes? ¿Y el oro? ¿Y las otras joyas?

—No, no tiene sentido. Salvo que el ladrón buscara conseguir algo más que el valor material de la joya. Una venganza personal. ¿A quién le debe el dinero tu cliente?

—A la mafia rusa. A Alexander…

—…Petrovich. Es la misma persona que se quedará con la colección Lancaster si el jeque Abil no satisface su deuda.

—¿También están los árabes implicados? Esto se complica. Quizás Alexander es la verdadera víctima, o tal vez lo sea Cristomo González. Dudo que, si los rusos o el propio Jeque se enteran del robo, él salga indemne de esta situación.

Sofía fijó sus ojos verdes en los negros del abogado. Un aleteo en su estómago que no sentía desde hacía tiempo la sorprendió. Era su sospechoso número uno hasta que no encontrara pruebas que confirmaran su afirmación de que los diamantes permanecían intactos tras su visita a la joyería. Sin embargo, su mente ágil, su mirada despierta y su increíble atractivo, hacían que le resultara complicado mantener el distanciamiento que solía tener con las personas implicadas en los casos que investigaba.

Lucas apretó con más fuerza de la necesaria el bolígrafo que sostenía en sus manos. Debería estar ofendido de que sospecharan de él como responsable del robo. Solo había querido ayudar a un cliente, y el rechazo a su propuesta matrimonial por parte de Amanda le había parecido la ocasión perfecta para averiguar algo más sobre el lío en el que su amigo se había visto envuelto.

Aquella bella mujer de ojos verdes con el pelo ondulado, que llevaba colgado al hombro un bolso por el que asomaba una jirafa de juguete, le había desestabilizado. Era como un soplido echando por tierra el castillo de naipes que era su vida.

Por una parte, le acusaba de haber robado aquel diamante. Había sido un tonto al pensar que no le habían grabado, y que no se habían dado cuenta de su intento frustrado de examinar el contenido de la caja fuerte. Tenía que haberse dejado de engaños y haber hablado con Cristomo sin rodeos.

Por otro lado, la detective le atraía y le desestabilizaba como no lo había hecho ninguna mujer en su vida. Ni siquiera su antigua novia. Lo suyo había sido una unión de conveniencia. Él se había enamorado como un tonto de alguien que no correspondía a sus atenciones, sino que estaba más interesada en su cuenta corriente y en sus amistades en las altas esferas. Había sido un vulgar pelele en manos de una bruja sin escrúpulos, como sus amigos Juan y Diego la llamaban. Tenía que haberles hecho caso cuando le aconsejaron alejarse de ella.

—Debo irme. Me esperan —anunció Sofía levantándose de la silla, e interrumpiendo sus cavilaciones.

—¿Otro sospechoso? —inquirió Lucas con sorna. La atractiva mujer había interrumpido su tediosa mañana. No deseaba regresar a su montaña de papeles. Era como si le hubieran quitado un caramelo que estaba disfrutando; uno con el que había estado soñando días, esperando el momento oportuno para comérselo.

—Eso es secreto —respondió ella con un guiño.

Debía darse prisa o no llegaría a su cita con Cristomo. Si se retrasaba, su hijo y su sobrina no se lo perdonarían. Se despidió con un apretón de manos de Lucas, que le erizó la piel aún más que el escalofrío que la recorría cada vez que él pronunciaba su nombre. No sonaba igual que cuando lo hacían otras personas. En su boca parecía

meloso y seductor. Casi como cualquier palabra que decía. Al fin y al cabo, era un abogado acostumbrado a convencer con sus discursos.

Consiguió estar en la joyería González con solo quince minutos de retraso. El dueño la miraba con cara de pocos amigos y la encargada con visible desdén. Percibió como arrugó la nariz cuando pasó junto a ella camino del despacho de Cristomo. Sofía no pudo evitar olerse. Estaba acalorada, pero no olía a sudor. A Francis Marín no le caía bien y punto. Los dos dependientes, Jorge y María, aparentaban estar ocupados en sus quehaceres, cuando en realidad la estaban observando entrar en la tienda con genuina curiosidad. El día a día en aquel establecimiento podía ser muy monótono, y aquel cambio en las rutinas era a la vez inquietante y excitante.

—¿Ya tiene pruebas fehacientes? ¿Fue Gascón? —preguntó el dueño de la tienda después de intercambiar las formalidades habituales, y que Sofía rechazara una taza de café.

—En caso de que las tuviera, ¿qué haría con ellas? ¿Ir a la policía?

—No. El Jeque quiere una solución al margen de los cauces leales. Más en la «intimidad».

—Igual que usted y sus socios —afirmó Sofía logrando con sus palabras que Cristomo se envarara y la mirara con cierta aprensión.

—No entiendo lo que quiere decir —replicó él haciéndose el despistado. ¿Qué había descubierto aquella detective? Había determinados asuntos, que solo le concernían a él y a los rusos, que no deberían saberse. Podían acabar con la impecable fachada que intentaba mantener.

—Digo que me ha mentido, o que me ha ocultado parte de la realidad, si prefiere decirlo así. Alexander Petrovich es su socio en la sombra. Gracias a su dinero ha abierto las tres joyerías que tiene por distintos puntos del país. Todas en ciudades importantes, en zonas de alto poder adquisitivo y con la mafia rusa establecida y trapicheando en ellas.

El señor González tragó saliva. Su aparente rostro de impasibilidad, mutó en otro bien diferente, cercano al miedo y a la inseguridad. Aunque tardó unos segundos en recuperarse, lo hizo. Algo que no dudó Sofía en ningún momento que pudiera hacer.

—*Esta* joyería es mía y solo mía —aseguró con firmeza.

Comenzaba a plantearse que tal vez no hubiera sido tan buena idea contratarla. Le habían hablado de su perspicacia a la hora de resolver los casos, y de que, como policía, no había sido tenida en demasiada estima por sus compañeros. La acusaban de desordenada, desorganizada y de haber perdido alguna prueba por sus habituales despistes. Ya no estaba tan seguro de que, bajo esa fachada de mujer algo estrafalaria y distraída, no hubiera una cabeza más aguda y rápida que lo que la gente podía pensar en un primer momento.

—Lo sé, pero sus amigos pueden estar detrás del robo. El jeque Abil no sería el único afectado si el diamante no es encontrado. La confianza que sus socios tienen depositada en usted desaparecería de un plumazo. Perdería algo más que sus tiendas. ¿Me equivoco?

No podía ser. ¿Y si aquella detective estaba en lo cierto y sus amigos rusos no lo eran tanto? Habían respetado sus decisiones y su independencia en la dirección de la tienda de Basema, si bien, en las otras, había tenido que ceder mucho a cambio de ser la cabeza visible al mando de la cadena de joyerías González. Le había reportado enormes beneficios y una inmejorable publicidad. Actrices y famosos acudían a él para que les prestara sus majestuosos collares, con el propósito de portarlos en entregas de premios e inauguraciones. Incluso una condesa, para realizar un posado en una revista del corazón de gran tirada, había lucido diversos artículos de su joyería.

Los rusos sonreían ante la buena marcha del negocio. Era una forma discreta e inmejorable de blanquear dinero y realizar sus negocios al margen de la ley. Cristomo no era tonto. A excepción de la de Basema, en los otros locales, por la noche, las trastiendas se usaban para algo más que para guardar piedras preciosas. Le habían recomendado no visionar las imágenes de las cámaras de seguridad, y así lo había hecho. En esas tres joyerías, estaba a cargo de la vigilancia una empresa que pertenecía a Alexander Petrovich. Incluso las personas que realizaban la limpieza a diario habían sido contratadas por el mafioso ruso.

Un fin de semana que fue a Olvido, una de las ciudades donde tenía sucursal de su joyería, invitado por el concejo local, al regresar al hotel pasó por la calle donde estaba ubicada esta. Las puertas metálicas estaban echadas, pero desde lejos, pudo ver cómo se abrían unos minutos para dejar salir a dos hombres, vestidos de negro, que se metieron con rapidez en un coche de lunas tintadas. No hizo preguntas. Mientras sus cuentas corrientes, tanto la oculta como la legal, siguieran aumentando, a él le daba igual todo lo demás.

¿Habrían tramado el robo para jugársela y hacerse con la tienda de Basema? No. No podía ser. El responsable era otra persona.

—Mis socios rusos no saben nada, y así va a seguir siendo.

—¿Por qué se ha empeñado en culpar a Lucas Gascón? ¿Tiene algo en contra de él?

—Las imágenes son claras, se queda solo en la habitación y se acerca a la caja fuerte.

—Pero él afirma que estaban los tres diamantes y que no robó ninguno.

—¿Le creé?

—Es un abogado respetable. Para mí tiene la misma credibilidad que usted. Y su honorabilidad está fuera de toda duda, ¿verdad?

—Recuerde —le dijo Cristomo en tono duro—, tiene hasta el jueves para encontrar el diamante y al responsable.

—Haré lo posible, pero los milagros no existen.

—En su lugar, rezaría para que se obrara uno y resolviera con acierto la tarea que le he encomendado.

—¡No me amenace! —exclamó Sofía, a la que las segundas intenciones que implicaban sus palabras no le habían gustado.

—No lo hago, me limito a recalcar un hecho —aseguró él con una perversa sonrisa. La detective le había puesto contra las cuerdas con sus preguntas. Bueno, al final la situación se había vuelto contra ella.

Sofía salió furiosa del despacho de Cristomo sin despedirse a penas, ni de él ni del resto de personal, que permanecía detrás de los mostradores con algunos clientes. Se estaba arrepintiendo de haber aceptado el caso. Hasta el momento le había quitado tiempo de estar con su hijo, obteniendo a cambio más de un quebradero de cabeza.

Se fue a su casa a por los niños. Tenía por delante el fin de semana y pensaba disfrutarlo con los pequeños. No iba a dedicar ni un solo pensamiento a los diamantes Lancaster. Si el joyero volvía a amenazarla, llamaría a sus antiguos contactos de la policía, para contarles lo que ocurría y que ellos le hicieran una visita. Estaba segura de que había más de un tema por el que tendría que dar explicaciones.

Aquel caso se estaba convirtiendo en un regalo envenenado.



CAPÍTULO 6

¡Qué bien se estaba en la tumbona al sol! No le había dado tiempo de comprarse un bikini nuevo y el que llevaba estaba algo descolorido. En cuanto comenzaran las rebajas, iría sin falta con Nando para equiparse los dos de cara a la temporada estival. Su pequeño estaba cada vez más alto. Los pantalones, que el año pasado le llegaban por el tobillo, aquel verano le quedaban por la rodilla. Crecía rápido y veloz. Poco tenía que ver ya con la pequeña bolita, suave y llorona, que había llevado en su vientre.

Con el calorcito del sol casi podría quedarse dormida. Solo casi. Tenía que vigilar a los dos primos, que con las pistolas de agua se peleaban en la piscina con otros niños. Se lo estaban pasando en grande corriendo de un lado a otro. Les había hecho ponerse unos manguitos, por si terminaban en el agua donde les cubría. Se lo había prohibido, pero mejor prevenir con aquellos dos pillastres.

Las otras madres estaban tan tranquilas como ella. Aprovechando el rato para leer un libro o charlar con las amigas. Aunque no toda la gente estaba igual. Le había parecido escuchar los murmullos de protesta de dos rubias teñidas que lucían palmito cerca de ella. Por el color de su piel, debían pasarse horas tostándose bajo los rayos del astro rey.

¡Que se fastidiaran! Seguro que ellas podían ir cada tarde a la piscina, mientras que Sofía tenía que conformarse con algún día suelto. Las miró de reojo. No tenían barriguita. Ella a su edad tampoco la había tenido. Antes del embarazo, cuando estaba en forma por su trabajo de policía, tenía un cuerpo sin michelines y sin grasa. En los últimos meses, o más bien años, se había descuidado un poco. ¡Los helados y las patatas fritas estaban tan ricos! Ni loca se ponía a hacer dieta como su cuñada. Prefería disfrutar de la comida, y del placer de compartir un dulce con su niño.

—¡Mami! Tengo hambre —afirmó su pequeño dando un grito en su oído. Debía ser el karma haciendo de las suyas, por haberle alentado a hacer lo mismo el día anterior a Fabi.

—¡Y yo! —coreó Marta.

«*Se acabó la paz*», pensó Sofía. Había durado mucho el rato de relajación. Debería intentar cogerse alguna tarde libre ese verano para poder repetirlo.

Con pereza se incorporó y secó con sus toallas de dibujos a los

chiquillos. La de Nando con un gran Spiderman impreso en el centro, y la de su sobrina con Minnie Mouse. Les había llevado una muda, para que pudieran cambiarse en los vestuarios y no estuvieran incómodos con la humedad. Ella se limitó a encasquetarse el vestido de nuevo.

Entre risas y carcajadas, consiguió que se vistieran para irse a cenar a una pizzería cercana a sus casas. Confiaba en que la comida, y el cansancio de una tarde de juegos en el agua, les hiciera caer rendidos a la hora de dormir. Por experiencia sabía que no sería así. Parecían dos pilas alcalinas llenas de potencia inacabable.

—Tita, te suena el móvil —le avisó la niña mientras le ataba los cordones de las zapatillas.

—¿Tú crees, cariño? —preguntó Sofía que no se había dado cuenta. El hilo musical de la piscina estaba tan alto que, aún resguardados en los vestuarios, se escuchaba fuerte y claro.

—Sí, mami. Está en tu bolsa —afirmó Nando poniendo los ojos en blanco, en un gesto calcado al que solía hacer su padre, cuando daba por perdido poner orden en el caos que siempre rodeaba a Sofía. ¡No era culpa suya que dejara las cosas en el primer sitio que pillaba! ¡Qué más daba! Ya las encontraría más tarde. O al menos eso esperaba. Y si no las encontraba, es que estaban bien guardadas. Como era el caso de su teléfono, que sonaba, pero no había manera de encontrarlo. Se había escurrido dentro de un gorro de lana del niño. Debería volcar el contenido en una mesa y quitar lo que no era necesario que llevara.

—Dígame —respondió Sofía a la llamada, sin reconocer el número de móvil que aparecía en su pantalla. Si era un comercial le colgaría en cuanto dijera una palabra. ¡Qué pesados! Entendía que los pobres que llamaban no eran los responsables, sino las compañías de teléfono o seguros que estaban detrás, pero eran demasiado molestos e insistentes.

—Buenas tardes. Soy Lucas. Hemos hablado estaba mañana —respondió una voz de hombre algo titubeante. No, a él no le iba a colgar. No creía que el abogado fuera consciente de lo seductor que sonaba por el auricular.

—Oh, sí. ¿Ocurre algo? —preguntó extrañada, a la vez que con sus manos instaba a los niños a recoger sus cosas para regresar a casa.

—Se me ha ocurrido una idea. Es un poco «arriesgada», pero creo que puede funcionar.

¿Qué se proponía hacer? ¿No podía estarse tranquilo y dejar que los profesionales hicieran su trabajo? Los investigadores aficionados no solo entorpecían la labor de los policías y los detectives, también ponían en riesgo su vida y la de los demás.

—¿Arriesgada? ¿Qué se te ha pasado por la imaginación? Ten cuidado. No hagas ninguna locura —le advirtió muy seria.

—Por eso te llamaba. Quería comentártela. Tal vez podamos colaborar juntos. ¿Cenamos esta noche? Así te explico todo con detenimiento.

¿Le estaba pidiendo una cita? Tenía tres llamadas perdidas del mismo número. No las había oído y, de no ser por los niños, hubiera seguido sin enterarse. Le diría que no. Si quería hablar, mejor en su oficina.

—Esta noche ya tengo planes y mañana es domingo. Puedes pasarte el lunes por la agencia y comentamos tu idea… ¡Nando! ¡Marta! No corráis, que vais a hacer caer a alguien.

—¡*Pizza*! —exclamaron los dos niños a la vez ensordeciendo a Sofía y a las personas que tenía alrededor. Nada de refrescos excitantes para ellos. Por mucho que le rogaran.

—Primero tenemos que pasar por casa a dejar las bolsas y luego nos vamos a cenar —le indicó Sofía—. Lo siento, Lucas, pero tengo conmigo a mi hijo y a mi sobrina, y les he prometido llevarlos a un italiano —respondió ella sorprendiéndose a sí misma por dar tantas explicaciones a un completo desconocido, que además era su principal sospechoso en una investigación en curso. Aquel hombre la ponía nerviosa y no actuaba con la cabeza. Su boca decía cosas antes de que pudiera impedírselo su mente.

—Ya los escucho. Está bien. Nos vemos. Adiós.

¿Le había colgado? ¿Sin concretar una hora para verse el lunes? Abogado tenía que ser. Bueno, pues que fuera a su despacho y ya hablaría con él si tenía tiempo. No iba a estarse toda la mañana de brazos cruzados aguardando a que viniera.

«*Lo estarás, bonita*», se dijo a sí misma sabiendo que, en cuanto apareciera Lucas por la puerta, apartaría lo que estuviera haciendo para hablar con él.

Dejó la bolsa con las cosas de la piscina en un rincón de la cocina. Ya las colgaría luego, los niños daban saltos a su alrededor impacientes. Su cuñada la llamó para asegurarse de que estaban bien.

—¿Han merendado? ¿Se lo han comido todo?

—Sí, el bocadillo de jamón y queso que les dejaste preparados y el tetrabrik de zumo de naranja —respondió Sofía, omitiendo el paquete de galletas de chocolate que se habían zampado entre los tres con apetito.

—¿Has colgado las toallas? Mira que si no se quedan húmedas y acaban oliendo mal. A los bañadores dales un aclarado en el lavabo para quitarles el cloro.

—Por supuesto —mintió. Si se daba prisa, antes de irse a cenar le daría tiempo a vaciar la bolsa. Pensaba hacerlo al volver, si bien, por las palabras de Ana, se veía que no daba igual. Lo de darles un lavado a mano al llegar a casa debía ser la clave para que los suyos perdieran

el color, en tanto los de su cuñada permanecían inalterables semana tras semana—. Lo primero que he hecho al llegar a casa.

—Están en la bolsa, en el suelo de la cocina junto a la mesa, ¿verdad? —afirmó Ana que conocía los hábitos de Sofía. Cuando llegaba a casa, iba dejando lo que traía en las manos donde le pillaba. De esa forma le había tocado tirar más de una vez a la basura, algo de comida que había comprado y se le había olvidado meter en la nevera. Pasados unos días, un extraño olor proveniente de debajo de alguna mesa, hacía que encontrara las naranjas, que estaba segura de que había comprado y no encontraba en ninguna parte.

—Casi aciertas. La he dejado al lado de la nevera. Te prometo que las saco ahora mismo y las cuelgo en el tendedero. Nando y Marta me ayudarán —aseguró al observar cómo los niños se estaban poniendo de puntillas, para intentar alcanzar una bolsa de gusanitos que Sofía había colocado sobre el microondas.

—Me llama tu hermano. Tenemos que ir a hacernos una foto con los novios. Luego hablamos.

No había terminado de colgar el teléfono, cuando los dos chiquillos impacientes se acercaron hasta ella.

—¿Nos vamos ya, tía?

—Tengo que cambiarme, pero mientras, tenéis que hacer algo muy importante que solo vosotros podéis hacer.

—¿Qué es? —preguntó Nando emocionado.

—Tender las toallas y los bañadores en el tendedero que hay en el cuarto de la lavadora. Ha dicho la mamá de Marta que sin hacerlo no podemos irnos a cenar *pizza* —aseguró riendo. Los pequeños harían lo que fuera con tal de ir a la pizzería, y ella tendría tiempo de ponerse otra ropa. Llevaba con la misma desde que había ido a ver al abogado.

Sofía se dio una ducha rápida, remojó su bañador y lo dejó en la bañera. Después se puso unos pantalones sueltos y finos, en blanco con dibujos en azul, y una camiseta en el mismo tono. Un bolso de esparto, muy a la moda aquel verano, que a ella le había dado Fabi, era el complemento ideal. Lo había obtenido como regalo al comprar una revista, como él no lo iba a utilizar, había decidido que sería un buen obsequio para su amiga y jefa.

Desde su dormitorio se oían las voces de los niños en el salón. Conociéndolos habrían dejado las toallas de cualquier manera, algo que no podía reprocharles porque ella habría hecho lo mismo, y estarían jugando con la *tablet*.

—Chicos, me voy. ¿Ya sabéis qué *pizza* queréis pedir? —les preguntó con las llaves en la mano.

Las carreras de dos pares de pies no se hicieron esperar. En diez minutos estaban los tres sentados en la mesa que tenían reservada. Había sido su hermano Mario el que había llamado al restaurante. Era

una pizzería dirigida por una autentica familia italiana procedente de Niza. No había tardado en adquirir una buena fama por sus *pizzas* caseras, de masa fina y suave, elaboradas en un horno de leña en el mismo local.

Además, por si eso fuera poco, la matriarca de la familia era una fabulosa repostera que creaba postres deliciosos. Ni los menos golosos podían resistirse a ellos. Una sola cucharada y estabas perdido. Hasta que no te lo terminabas no eras capaz de parar.

Los niños habían elegido compartir una *pizza* carbonara, mientras ella había escogido una de atún con cebolla. Estaban esperando que se las sirvieran, cuando un hombre se sentó a su mesa. Nando y Marta enmudecieron y se quedaron mirando fijamente al extraño, con una mezcla de asombro y susto en sus ojitos. Sofía se giró para encontrarse cara a cara con Lucas Gascón.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo nos has encontrado? —quiso saber ella.

Miró alrededor esperando ver a alguna mujer, o a algunos amigos del abogado, aguardándole en otra mesa, pero no vio nada parecido.

—Escuché unas voces infantiles cuando hablamos que gritaban: ¡*Pizza*! —explicó sonriendo a los pequeños—. Sabía dónde estaba tu agencia. Bueno, lo supe gracias a Google, no pongas esa cara. No seré detective, pero hasta ahí llego. Había oído hablar de un nuevo restaurante en la zona. De modo que decidí probar suerte viniendo hasta aquí.

—¿Y si no nos hubieses encontrado?

—Mala suerte. Tenía que intentarlo.

—¿Es tu amigo, mami? —preguntó el chiquillo arrugando la nariz. Salvo sus tíos, Mario y Guillermo, y Fabi, nunca había visto a su madre con un hombre. Y menos cenando.

—Soy Lucas —respondió el abogado al ver que Sofía se ponía roja y no sabía qué decir—. Trabajo con tu mami en un caso. ¿Vosotros cómo os llamáis?

—Yo Marta —contestó la niña pizpireta con un gesto de coquetería.

Su tía no la podía culpar. La atractiva sonrisa del guapo moreno tenía el efecto de conquistar los corazones de las mujeres de cualquier edad. Incluidas niñas pequeñas. No sabía si sería un ladrón de diamantes, pero tenía el aspecto de ser un ladrón de corazones.

Iba vestido con los mismos vaqueros que por la mañana, pero con una camiseta azul oscuro con una bicicleta blanca bordada. Tenía el pelo húmedo, debía de haberse dado una ducha antes de ir en su busca. La piel igual de bien rasurada que a primera hora del día, con el mismo aroma que la había embriagado en su encuentro matutino. En los pies, unos náuticos de ante, sin calcetines.

Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, vio como conseguía entablar conversación con su hijo que, al cabo de unos minutos,

charlaba por los codos de su tema favorito: Spiderman y el resto de superhéroes del universo Marvel. Ella, a excepción de Thor, y debido al increíble atractivo del actor que lo encarnaba en el cine, se perdía en aquel mundo de personajes ficticios. Nando era tan fan, que la mayoría de sus camisetas llevaban estampado algún motivo alegórico de las películas o los cómics.

Marta no se había quedado atrás. Había decidido que aquellos seres eran mucho más interesantes que las princesas de los cuentos. Ella quería ser como la Mujer Maravilla y pelear como la reina de las amazonas. Ya le había pedido a su madre que le buscara una toalla de piscina con su imagen, porque ya era mayor para la otra.

—No sé qué decirte, Nando, a mí Superman me gusta mucho. Vi las películas cuando era niño y desde entonces es mi favorito.

—¿El señor va a cenar? ¿Le traigo la carta? —inquirió un camarero sonriente, que se había acercado a su mesa con un platillo con aceitunas.

—No, él no va… —La detective interrumpió sus protestas al percatarse de que tres pares de ojos la contemplaban con reproche—. Vale, está bien. Puedes cenar con nosotros.

—Para mí una cerveza bien fría y una de pepperoni.

«*¡Qué remedio!*», pensó Sofía.

Tendría que aguantar a un hombre atractivo, con el que los niños congeniaban, enfrente de ella toda la noche. ¡Lo que había que hacer para resolver un robo!

Pese a los recelos iniciales de Nando y su madre, Lucas resultó ser una grata compañía. Aunque le había parecido un abogado serio y aburrido al conocerle en la joyería, en la intimidad, sin el traje, era todo lo contrario. Buen conversador y de trato afable y agradable. Con los niños consiguió sintonizar de un modo que a Sofía le enterneció. Había sabido ganarse a los chiquillos con su naturalidad. Cuando accedió a compartir con ellos su flan de chocolate, terminaron de caer rendidos a sus pies.

Al salir del restaurante decidieron dar un paseo, con el que bajar la cena que llenaba sus estómagos, y disfrutar de la cálida temperatura de aquella noche estival. Nando perseguía a Marta, jugando a ser el más rápido y el que más aguantaba caminando por el bordillo sin caerse al suelo.

—Ahora que estamos solos dime qué quieres —pidió la detective a la que la irrupción de Lucas en el restaurante seguía sin parecerle normal—. Dudo que hayas cruzado la ciudad para cenar conmigo y los niños.

—A lo mejor solo quería probar una deliciosa *pizza* casera. La nevera de un soltero puede ser muy solitaria. Ya sabes. Una lechuga marrón en una balda, un bote de mahonesa en otro. Una caja de leche

caducada…

—Lucas…

—Está bien. No soy el ladrón, y no me gusta el modo en que parece que las pruebas te han dirigido a mí.

—No me preguntes el motivo, pero te creo. Alguien ha aprovechado tu proverbial visita a la joyería para endosarte el hurto.

—Por otra parte, mi cliente va a perder su casa si no encuentro algo que dé validez a su afirmación de que la partida estaba amañada.

—¿Y qué propones?

—Colarnos en la joyería y revisar el contenido de la caja. La que se supone que he robado, y la otra que debe haber en su despacho. No vi ningún documento. En alguna parte debe guardarlos Cristomo.

—De acuerdo, ¿cómo lo hacemos? No será fácil.

Aquella pregunta hizo que el abogado detuviera su marcha y se girara para observar a Sofía. Había esperado protestas tipo: «Eso es una locura», «Déjalo para los profesionales», «Hablemos con la policía», «Cristomo es mi cliente y debo serle leal». La aceptación en los ojos verdes que lo contemplaban desde abajo, ya que con su metro noventa solía sobrepasar las cabezas de los que le rodeaban, le dejaron sin palabras.

—Vaya. Pensé que intentarías disuadirme de la idea. Que me dirías algo como que ese es tu trabajo y no el mío.

—¿Por qué iba a hacerlo? Es una buena idea. Lo único que lamento es que no se me hubiera ocurrido a mí antes.

—Había pensado que podíamos aprovechar algún momento en que el dueño salga de la tienda —explicó Lucas más animado al saber que la guapa detective no solo creía en su inocencia, sino que estaba dispuesta a ayudarle—. Distraer a los empleados, sobre todo a la encargada, y con cautela ir hasta la habitación privada y…

—Nos encontraríamos la caja fuerte cerrada. Cristomo no va a ser tan tonto como para dejarla dos veces abierta.

—Usar un señuelo. Una falsa clienta que se quedara sola en aquel lugar como me pasó a mí.

—Habrán aumentado los niveles de seguridad, y ten por seguro, que el enfado y la reprimenda de Cristomo habrán sido tan grandes, que no volverá a pasar semejante descuido. Los dependientes y la encargada estarán ahora advertidos de que deben extremar las precauciones y vigilar a los clientes. Nada de deambular por su cuenta.

—Se me acaban las ideas y a ti el tiempo. Has dicho que tenías solo hasta el jueves para encontrar el diamante.

—Necesitamos estar dentro sin prisas —aventuró Sofía al detenerse en el portal del edificio donde vivía—. Si hay que abrir dos cajas y examinar su contenido, tenemos que poder hacerlo sin miedo a ser

descubiertos. No puede haber nadie en la joyería cuando lo hagamos.

—¿Cómo lo logramos?

Lucas tenía su nariz casi rozando la de Sofía. Estaban una frente al otro, intercambiando ideas como dos cómplices bien avenidos. Los niños se habían sentado en un banco y balanceaban sus piernas parloteando sin descanso.

El abogado podía deducir que los engranajes de la mente de la detective trabajaban contra reloj. ¡Estaba bellísima! Era como si de su rostro surgiera un resplandor que aumentaba a medida que una idea tomaba forma en su cabeza. ¡Y sus labios! Rojos como una fresa madura, listos para ser saboreados, lamidos y mordidos. Había tenido que distraerse compartiendo su flan con los pequeños, porque la visión de su boca lamiendo con el mayor de los deleites una cucharada del helado que ella se había pedido, le había ocasionado un bulto en sus pantalones que la servilleta blanca apenas había logrado cubrir.

Tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de pensar en otra cosa más que en Sofía bajo su cuerpo, envueltos en sábanas de satén. Estaba seguro de que el ardor de su rostro habría sido visible, si la iluminación del restaurante hubiera sido un poco más intensa.

—Sé quién puede ayudarnos —aseguró Sofía con una sonrisa traviesa—. Hoy ya es tarde. Lo haremos mañana.

—Mañana es domingo —le recordó él, extrañado por sus palabras. ¿Qué se le habría ocurrido?

—Por eso mismo. Deja que perfile los detalles. Te mandaré un mensaje con el punto de encuentro —dijo la joven. Después se dio la vuelta y miró hacia el banco—. ¡Niños! Venid, es tarde.

Lucas se despidió del alegre trío y encaminó sus pasos hacia el *parking* donde había dejado aparcado su coche. Quizás se había precipitado. Debía de haber quedado con sus amigos como hacía todos los sábados. Pero las ganas de volver a ver a Sofía le habían hecho actuar de forma irreflexiva.

¿Dónde iba a meterse? Era una locura.

Maldecía el día en que su cliente entró por la puerta de su despacho en busca de ayuda. Tenía que haberse desentendido. Haberle enviado a la comisaría más cercana. ¿En qué había estado pensado? Él era un simple abogado, no un superhéroe.



CAPÍTULO 7

Era la una de la madrugada. Estaba tiritando bajo su cazadora vaquera negra, que no abrigaba nada más allá de quitarle la sensación de fresco, producida por el viento que se había levantado al anochecer. Había bajado mucho la temperatura después de la tormenta que durante toda la tarde había azotado con sus rayos y sus truenos Basema. Se le había ido dos veces la conexión a internet mientras trabajaba, y no había podido enviar el escrito que quería. Además, tenía sueño. Debería estar en su cama durmiendo, descansando para el juicio que tenía al día siguiente a primera hora, en lugar de estar apostado en una esquina, como un delincuente.

Un rotundo «no» a su cliente hubiera bastado. Enfrentarse a unos mafiosos rusos no era buena ocurrencia. Sin embargo, su idea de que el bien debía prevalecer y su incapacidad de permanecer indiferente ante las injusticias, le habían metido en un buen lío. Ya se lo decía su exnovia Amanda: «De puro bueno eres tonto». ¡Y tanto que lo había sido! Había creído que ella lo amaba, pero lo que amaba era su cuenta corriente, y cuando encontró otro incauto con más ceros en ella, cambió su amor y sus sentimientos.

Sus amigos habían procurado hacerle ver que Amanda no era tan maravillosa como él creía. Desde fuera, ellos eran conscientes de cómo él iba detrás de ella, como un cachorro buscando una caricia de su ama.

—Tío, deberías darle las gracias por haberte dicho que no —le dijo Juan al saber que su propuesta de matrimonio había caído en saco roto—. Ahora estarás por los suelos un tiempo, pero te ha hecho un favor.

—La quería —respondió él con pena.

—Estabas encoñado —afirmó Diego con su habitual franqueza—. Si te hubieses casado con ella, te habría puesto los cuernos en poco tiempo. Serías el cornudo de Basema.

Aunque algo bueno había tenido aquel embrollo en el que estaba envuelto. Conocer a Sofía. Era lo contrario a Amanda en todos los aspectos. Desordenada, caótica, pasota, inquieta. A pesar de ello, o precisamente por ello, había sido capaz de criar un increíble niño, que le había encandilado desde el primer momento en que lo había visto. Era una adorable réplica en miniatura de su madre, si bien, tenía un carácter más tranquilo que ella. Incluso algunas veces parecía la voz de la conciencia de la detective. Era divertido ver como el pequeño le

recordaba a su progenitora que no dejara olvidado el móvil, o que tenía que responder alguno de los mensajes que su tía Ana le enviaba.

Escuchó unos pasos acercándose por detrás de él. Eran Sofía y sus dos colaboradores: Fabi y Ricardo. Habían aparcado el coche un par de calles más abajo, a fin de que ninguna cámara de vigilancia de algún local cercano a la joyería, pudiera captar la matrícula y llevarlos hasta ellos, en caso de ser descubiertos.

—Hola. Creía que ya no veníais —les reprochó el abogado. Llegaban con veinte minutos de retraso sobre la hora acordada. Por su mente había pasado el fugaz pensamiento de que le habían dado plantón, sin avisarle de que ya no seguían con el plan.

—Sofía que no terminaba de bajar —comentó Fabi. Ellos estaban acostumbrados a las impuntualidades de ella. Era normal que llegara tarde a sus citas. Siempre con alguna excusa más o menos creíble.

—Tenía que esperar a que Nando se durmiera. Él y Marta estaban sobreexcitados esta noche. Mi hermano se ha puesto en plan sargento, y los ha mandado a la cama sin hacer caso de sus súplicas de «cinco minutos más».

—Ya te he dicho que no les des refrescos de cola —le dijo Ricardo por enésima vez desde que Nando había nacido—. La cafeína y el dulce los ponen como una moto, sobre todo pasadas las ocho. Luego no se duermen. A mis nietos les pasa. Su madre, mi hija, me regaña cuando alguna vez me he descuidado y les he dado chocolate antes de acostarse. Parecen *gremlins*, te lo prometo.

—Eres una blanda —afirmó su secretario—. Hacen de ti lo que quieren. Le daremos las gracias a Mario. Si dependiera de ti, aún estábamos esperándote.

—Una conversación muy interesante, pero démonos prisa —replicó Sofía, sin hacer caso de lo que decían. A ellos los querría ver negándose a las peticiones de una carita con los ojos del gato con botas de Shrek.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Lucas.

—Voy a desconectar la electricidad de la calle unos segundos para que podamos violar el sistema de seguridad de la joyería —respondió Fabi.

—¿Vas a provocar un apagón? ¡Estáis locos!

—Tranquilo, abogado, será pequeñito —aseguró Sofía con gesto condescendiente hacia Lucas.

¿Con quién se había juntado? ¡Estaban locos!

A la una y siete minutos, las farolas y las luces de los comercios que permanecían encendidas, vieron cortado su suministro eléctrico. Cuatro figuras se acercaron a la carrera, alumbradas por la linterna de sus móviles, hasta la puerta de la joyería. Ricardo sacó un juego de ganzúas y en unos segundos abrió la puerta metálica. No mucho, solo

lo suficiente para que pudieran escabullirse dentro. Al no haber luz, la cerradura eléctrica de la segunda puerta había quedado desactivada. Fue un juego de niños para Fabi y Ricardo abrirla.

Una vez en el interior de la tienda, volvieron a dejar los cierres exteriores como estaban, por si alguien que pasara por allí avisaba a la policía al verlos sin candar.

—No os mováis. Voy a restablecer la electricidad, tendré unos segundos, antes de que se inicie el sistema, para manipular las grabaciones y que repitan en bucle lo que han grabado la hora antes. Así no quedará constancia de nuestro paso por la joyería.

Lucas permanecía en silencio. ¿Aquellos eran los miembros de una banda de delincuentes, o los detectives de una agencia de investigación? Si les descubrían, su carrera estaría acabada. Perdería su licencia. Nadie le contrataría. Tantos años de estudio tirados por la borda. Era como una película de cine negro hecha realidad. Esas cosas solo ocurrían en los libros o en la gran pantalla, no en la vida real.

—¡Listo! —exclamó satisfecho Fabi.

—Tú y Ricardo a la habitación privada. ¿Podréis abrir la caja fuerte? —preguntó Sofía.

—Tienes unas preguntas… —masculló el policía veterano según caminaba al lado del joven informático.

—Vamos, Lucas. Nosotros al despacho.

Al cabo de unos minutos, la sensación de que le estaban observando y espiando se diluyó, y el abogado se animó a ayudar a Sofía en el registro. Golpeando las paredes y retirando los libros y archivadores de una estantería, dieron con un panel móvil que ocultaba una caja gris, más pequeña que la otra que ya conocían. Un teclado numérico invitaba a introducir la contraseña.

—¡Bingo! La hemos encontrado.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Lucas desilusionado. Aquella aventura se complicaba por momentos.

—Avisar a Fabi —replicó Sofía—. Ven —ordenó tras marcar una tecla en el móvil—, necesitamos tus juguetes.

El aludido trajo consigo un portátil, que con un cable conectado al puerto USB unió a la cerradura. Unos dígitos azules, que se movían a gran velocidad, aparecieron en una pequeña pantalla anexa al teclado.

—Lo que estás viendo, Lucas, es uno de mis fantásticos programas haciendo su magia —comentó Fabi en voz alta, dirigiendo su atención al abogado.

—¿Y es legal?

—¿Crees que es el momento de ponernos quisquillosos? —inquirió Sofía.

Ella y su ayudante intercambiaron una mirada de complicidad. El pobre hombre era un pardillo. Sería buen abogado, pero seguía sin

darse cuenta de que Cristomo se la había jugado señalándole como sospechoso del robo. Para unas cosas tan listo, pero para otras tan cortito.

Tras un clic, se encendió una luz verde en la puerta y, acto seguido, se abrió unos milímetros. Sofía no esperó ni un segundo. Alargó la mano derecha enfundada en un guante. Ricardo les había obligado a ponérselos a todos antes de entrar, a pesar de las protestas del informático de que así no iba a poder teclear bien. No quería que dejaran una huella que permaneciera como mudo testigo de su presencia, invisible a ojos vista, pero no a un posible escrutinio policial o de otro tipo. La detective creía que, si de verdad los rusos no estaban implicados, procederían a investigar el robo por su cuenta en cuanto lo supieran. No se iban a conformar con esperar a que Cristomo les diera noticias. Tenían demasiado dinero en juego.

—No hay joyas —afirmó para que sus dos acompañantes la oyeran —. Solo hay documentos. Tendremos que examinarlos de forma cuidadosa para que González no sospeche nada cuando venga a buscar algo.

—No tenemos toda la noche para que lo hagas. Lo mejor será que tome fotos a los papeles, y al aspecto que tiene ahora el interior, para asegurarnos de que lo dejamos igual. Tal vez algunos documentos no parezcan importantes, pero pueden ser relevantes más tarde.

—Buena idea, abogado —dijo Fabi con admiración—. Después de todo hay un alma de delincuente dentro de ti.

Esta vez Sofía ya no pudo contenerse y rompió a reír. Lucas procuró mantenerse imperturbable tomando instantáneas de todo. Si bien, era solo apariencia. La risa de aquella mujer de pelo ensortijado era cristalina y fresca, natural y espontánea. Calaba sin remedio hasta el fondo de su corazón. Nada que ver con las carcajadas artificiales de Amanda, que fingía divertirse con sus torpes intentos amorosos, cuando en realidad solo buscarse aprovecharse de él.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué cualquier gesto de Sofía provocaba en él la sensación de que le llevaba por delante un tsunami?

—Creo que eso es lo que buscabas. Es la escritura de tu amigo. No —negó al ver como el hombre de pelo negro alargaba la mano para cogerla—. Si te la llevas, Cristomo sabrá que hemos estado aquí.

—¡No tendremos otra oportunidad! —exclamó con desesperación. Era lo que necesitaba. Sin ella los rusos no tendrían nada en contra de su cliente. ¿Cómo iba a dejarla otra vez allí?

—Tranquilo. Me dijo que tenía hasta el jueves para descubrir al ladrón, antes de que el jeque Abil supiera lo que había ocurrido. Deduzco que lo mismo puede aplicarse para los rusos. Cuando le entregue al culpable, le pediré a cambio que me la dé. Estará tan

aliviado de haber recuperado el diamante, que hará lo que le digamos.

—¿Tendrás tiempo para desenmarañar el misterio? —quiso saber él.

Lucas estaba preocupado. Había un sinfín de cosas que podían salir mal. ¿Y si el dueño de la joyería no quería pactar? ¿Y si la detective no era capaz de descubrir quién era el ladrón? ¿Y si a pesar de todo su cliente perdía su casa? Demasiados «y si» para su conciencia.

—Sí —afirmó ella categórica.

Algo en su voz hizo que él la creyera y se relajara. Encontrarían al culpable, su amigo se libraría de los rusos, y él conseguiría una cita con ella sin perseguirla hasta un restaurante con dos niños por testigos.

Sofía se reprendió por hacer una promesa que no sabía si podría cumplir. Haría todo lo que estuviera en su mano. Sin embargo, resolver el caso no implicaría necesariamente ayudar al cliente de Lucas, por mucho que lo deseara. Estaba segura de que entre aquellos documentos estaría la pista que necesitaban. Alguien con suficientes motivos como para elaborar un robo con tanto riesgo, y por un botín que, sin duda, tenía más valor para su legítimo dueño que para cualquier otro posible comprador.

Al menos ahora tendrían nombres de sospechosos con los que poder trabajar. Tenían huellas dactilares y fibras que no podían comparar con nada. Era como dar vueltas en círculo sin encontrar la salida. Necesitaba unas horas para examinarlos con tranquilidad y daría con la solución.

Eran las tres de la madrugada cuando salían de la joyería igual que habían entrado. Un apagón de unos segundos que, junto al anterior, traería en jaque a la empresa que suministraba la electricidad a Basema durante semanas, incapaces de encontrar el origen de la avería.

—Necesito que me pases las fotos que has hecho con tu móvil. Puedes enviármelas por WhatsApp.

—¡Noooo! —exclamó Fabi sobresaltando a un adormilado Ricardo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó extrañada Sofía.

—Esa aplicación comprime los archivos para poder enviarlos. Pierden calidad y definición. Es mejor que los suba a la nube y desde allí los cojo de nuevo. De esa manera podrás verlos en el ordenador. ¿Sabes cómo funciona Dropbox, abogado?

—Sí, listillo. Lo uso para guardar algunos de mis archivos. Sobre todo, cuando colaboro con otros colegas en algún caso.

—Ya sabes más que mi jefa. Sin mí no podría vivir. Sería capaz de borrar las fotos antes de verlas.

—¡A que te bajo el sueldo!

—Subírmelo es lo que tendrías que hacer.

—Dormiré un rato —afirmó la detective pasando por alto el comentario de su secretario—, y mientras Nando va al campamento urbano con Marta, los estudiaré.

—Bien. Sé cuál es tu portal. Dime el piso y allí estaré a las nueve de la mañana —pidió Lucas.

—¡Eh! No, de ningún modo —se negó Sofía ante Fabi, que miraba de un lado a otro como si presenciara un partido de tenis. Estaban los tres solos, Ricardo ya se había ido a su casa para intentar dormir unas horas antes de que amaneciera.

—Soy abogado, te seré de ayuda. Además, ya sabes, cuatro ojos ven mejor que dos —aseguró Lucas con una sonrisa en los labios, que no sabía hasta qué punto nublaba el juicio de Sofía.

Aquella sonrisa no tenía nada de timidez. Era la de un hombre que sabía lo que quería y estaba seguro de conseguirlo. No, se mantendría firme y no le permitiría salirse con la suya. De ningún modo iba a aceptar que fuera a su casa. Le diría un categórico «NO». Por la tarde le enviaría un correo electrónico contándole si había algo de interés para su cliente y punto. Nada de visitas a su piso.

—Llevaré cruasanes de mantequilla recién hechos de la pastelería portuguesa de la esquina, con café caliente. ¿Te gusta con azúcar?

—Eso es jugar sucio —respondió ella. Aquellas delicias de masa casera eran su perdición. Evitaba pasar cerca de la tienda, porque sabía que entraría a comprar para que Nando y ella desayunaran o merendaran, según la hora del día que fuera. Y de paso, ella saldría comiendo alguna otra cosa.

—Lo sé —se jactó Lucas que se había percatado de lo golosa que era la detective. Tenía que conseguir volver a verla, y aquellos documentos eran su única baza.

—Es el segundo B. Ven a las nueve y media mejor —le informó Sofía sin hacer caso de las risitas de Fabi, que se iba andando hacia su coche.

Media hora más tarde, tumbada en su cama, pensó que había cedido con demasiada facilidad a la sugerencia del abogado. Lo atribuyó a que estaba cansada y necesitaba dormir. Suspiró y cerró los ojos, tenía que levantarse a las ocho para llevar a los niños al colegio. Tenía que dormir deprisa si quería descansar un poco.

Solo tomó un zumo de naranja mientras veía desayunar a Marta y a Nando con glotonería. No era que no tuviera hambre, sino que esperaba tener en sus manos una bolsa de papel calentita y olorosa, en poco menos que una hora.

—Nos van a arruinar —le susurró Ana al oído, al ver tomar a los pequeños su segundo tazón de cereales—. Parecen termitas.

—Y ya se han comido un donut de chocolate cada uno, mientras les

vertías la leche.

—Les prepararé un táper con fruta fresca para compensar tantas grasas y azúcares.

—Vale —respondió Sofía sin levantar la vista de su vaso. Ana tenía un radar para detectar las mentiras. Más le valía centrase en su bebida, si no quería que la descubriera, algo que sufrirían los niños.

Ella había metido en cada mochilita un paquete de galletas en forma de ositos. Su cuñada era una ilusa si pensaba que unos trocitos de melocotón y de melón, iban a saciar el estómago de aquellos dos diablillos hasta la hora de comer. Se comerían la fruta, las galletas y todo aquello que sus compañeritos quisieran compartir con ellos.

—Y tú, ¿no quieres algo más? —preguntó suspicaz la madre de Marta. La detective ocultaba algo y no sabía qué era.

—Anoche cené mucho —afirmó. Luego salió de la cocina y se fue al baño. Tenía que evitar que siguiera cuestionándola.

Estaba soñando con los cruasanes que Lucas le iba a traer. Eran una delicatesen. Aunque la idea de compartirlos con él era igual de atrayente, y eso los hacía aún más deliciosos.

Desde que murió su marido, era la primera vez que iba a compartir un desayuno para dos con alguien que no fuera de su familia. La psicóloga, sus amigos, sus hermanos e incluso su padre, insistían en que debía volver a salir. El cascarrabias militar no quería que la soledad fuera la compañera de su hija. Él lo había sufrido desde que se quedó viudo. Ninguna mujer había logrado conquistar su corazón y ocupar, si no el lugar de su querida Laura, sí un sitio junto a él. Su carrera y sacar adelante a sus hijos habían llenado cada una de sus horas. No deseaba lo mismo para Sofía.

Pasaban cinco minutos de y media. Su hermano y su mujer estaban trabajando y Nando y Marta en el colegio. La planta estaba en silencio, sin ojos indiscretos que pudieran ver llegar a Lucas. La detective se paseaba inquieta por su cocina incapaz de concentrarse en las fotos y en los datos que Fabi y Ricardo habían recopilado. El abogado se retrasaba. Quizás no fuera ella la más indicada para quejarse por algo así, ya que solía llegar quince o más minutos tarde a la mayoría de sus citas.

¡Por fin! ¡El timbre! Se miró en el espejo. Se había puesto unos vaqueros blancos y una camiseta azul, estampada con una calavera de flores de colores delante. Había recogido sus rizos con una pinza. Era imposible hacerse una coleta. No se mantenían sujetos por la goma, de modo que tuvo que optar por una sujeción de plástico con más agarre. El maquillaje escaso. Una *BB cream* y un gloss en un rosa claro. Unas sombras tenues y nada de mascara de pestañas. La odiaba. Se le metía en los ojos y hacía que le lloraran. Por no hablar de que, cuando se secaba, le dejaba pintitas negras por las mejillas y los párpados.

—Buenos días —la saludó Lucas, que llevaba unas gafas de ver puestas, de montura metálica, que con el traje de chaqueta que llevaba, le conferían un aire de hombre serio y formal.

—Hola. ¡Qué bien huele! —exclamó la dueña del piso cogiendo la bolsa de papel con su mano derecha, para acto seguido abrirla y aspirar el aroma a mantequilla que despedía su contenido—. Quítate la chaqueta, te la vas a manchar. Puedes dejarla en un sillón del salón.

—Tengo un juicio en un par de horas, iré directo desde aquí —le explicó haciendo lo que le había sugerido.

El aire estaba inundado de notas de café provenientes de la cocina.

—¿Cómo te gusta? —le preguntó la detective agitando una taza de café y un cartón de leche.

—Sólo, con una gota de leche y sin azúcar.

—Vale. Mientras lo preparo puedes conectar el móvil a mi ordenador y pasar las fotos, así las podremos examinar mejor en una pantalla más grande.

—De acuerdo.

En cincos breves minutos habían realizado los preparativos oportunos y desayunaban juntos, en tanto examinaban las instantáneas.

—¡Qué rico está! —exclamó Sofía tras dar un mordisco a uno de los cruasanes. Las migas llenaron traviesas su camiseta.

Lucas tuvo que contenerse para no alargar la mano y retirárselas. A la vez, debió de cambiar de posición sus piernas para disimular la erección que había provocado en él la cara de placer de la detective, al beber un sorbo del *cappuccino*, que se había preparado en su cafetera de cápsulas, y acompañarlo de un trocito del rico dulce.

Ambos procuraron mantener la compostura, sin querer dar muestras de la zozobra que la presencia del otro causaba en ellos. A Sofía le constaba un triunfo no distraerse al captar la fragancia de la colonia de él. Nerviosa, chocó su mano con la de Lucas al dejar la taza en la mesa. Además, al ser zurda y estar sentada a la derecha del abogado, no podía evitar que sus dedos se rozaran al ir a señalar algo de la pantalla, o al pulsar una tecla en el portátil.

—Mira, esto es interesante —dijo Lucas señalando unas facturas de hotel y unos recibos de unos billetes a Viena—. En marzo Cristomo viajó con Francis, la encargada, a la ciudad europea. Pasaron dos noches en una habitación doble.

—¡Es su amante! Por eso se da esos aires de superioridad. Bien. Eso nos da un as en la manga para conseguir que hablen, y nos cuenten las cosas que nos están ocultando.

—Tienes razón, no creo que les gustará que la señora González se enterara de su *affaire*.

—Pero un animal herido puede ser muy peligroso. Habrá que tener

cuidado —advirtió Sofía.

—Sigamos. Tiene que haber algo más que nos pueda ser de ayuda.

—Esta es la escritura de tu amigo, y veo que hay tres más. No fue a él al único que engañaron. Apunta los nombres y habla con él, quizás los conozca. Si fue en la misma partida o en circunstancias similares, tendrías las pruebas que necesitas para demostrar la inocencia de tu amigo. Aunque no su tontería a la hora de dar su casa como aval.

—Gracias. Sin ti no lo hubiera conseguido —afirmó el hombre fijando sus ojos en la bella tez de ella.

—Ahora tenemos que encontrar al ladrón para librarte de la acusación de Cristomo. Si sigue viéndote como el único posible culpable, y llega a los oídos del Jeque o los rusos, tendrás problemas.

La cara del abogado pasó de la alegría por haber encontrado datos exculpatorios para su amigo, a la mayor desazón al escuchar los razonamientos de la detective. A ella le dio pena. Era un buen hombre que se había visto involucrado en algo que le sobrepasaba. Se le veía tan seguro de sí mismo y de las leyes, vestido con su traje y con su maletín de piel; que nadie diría que debajo de esa sobria apariencia, había alguien capaz de ponerse a hablar de superhéroes con dos niños durante horas y de colarse en una joyería de madrugada.

Fabi le mandó un mensaje a su jefa avisándole de que le había enviado un correo electrónico, en el que venía un listado de joyas que llenaban la caja fuerte del joyero y no debían de estar allí. De hecho, algunas habían sido robadas de museos y colecciones privadas hacía tiempo, y no se sabía nada de ellas desde décadas atrás.

—Los implicados en los sucios negocios de Cristomo con los rusos estarán al tanto de lo que guarda en su caja fuerte —apuntó Lucas—. No han llegado ahí por casualidad. Puede haber sido cualquiera.

—Alguien con un interés especial en causarle problemas con el Jeque y Alexander. Unos vulgares ladrones se habrían llevado todo.

—El motivo es más personal.

—Exacto.

Continuaron trabajando en silencio hasta que la hora en que el abogado tenía que marcharse llegó.

—Debo irme. Me espera mi cliente en el juzgado —recordó Lucas con escasas ganas de salir de aquel salón. No quería separarse de Sofía. Allí sentado en su sofá, mirando juntos las fotos en el ordenador, había olvidado lo tedioso que podía resultar a veces su trabajo.

—Claro, ya has perdido demasiado tiempo. No te preocupes que seguiré revisándolo todo y si descubro algo más te lo haré saber.

Ella le acompañó hasta la entrada. Antes de irse, él se volvió y se acercó a ella. ¡Era tan bonita! Tan natural, tan fresca, sin artificios.

Y entonces ocurrió. Fue cosa de los dos. Algo instintivo, surgido de

las sensaciones que llenaban el espacio entre ambos. Lucas agachó la cabeza y Sofía se puso de puntillas. Sus bocas se acercaron, sus labios se buscaron, y sus manos asieron con desesperación el cuerpo del otro. La pinza que sujetaba el pelo de ella se soltó, dejando sus rizos sueltos hasta la espalda, donde acariciaron los dedos de él. Las manos de ella se posaron en sus brazos, ya cubiertos por la chaqueta.

¡Cómo besaba el leguleyo! El aire se escabulló de sus pulmones en un esfuerzo por alargar el momento.

—Tengo que irme —volvió a decir Lucas, colocándose las gafas que se habían quedado pendiendo de una de sus orejas, sin llegar a caerse al suelo.

Él estaba acalorado y había perdido la pátina de perfección que tenía con su traje de abogado.

Ella respiraba acelerada sin entender del todo qué acaba de pasar.

Sofía cerró la puerta y miró su imagen en un espejo que había junto a ella. Tenía el rostro arrebolado, los labios hinchados y los ojos vidriosos. Como pudo se recompuso y se obligó a seguir trabajando. Nunca le había costado tanto concentrarse como aquel día.



CAPÍTULO 8

Lucas llegó a su despacho cerca de la una del mediodía. Su secretaria le saludó y le dio la escasa correspondencia que aún le era entregada en papel. Tras intercambiar un par de comentarios sobre el caso que le ocupa esos días, abrió la puerta de su despacho y entró. Era como si hubiera pasado un ciclón.

—¡Beatriz! ¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el abogado enfadado, al ver el contenido de su escritorio volcado en el suelo, los archivadores abiertos y las carpetas con los casos pendientes pisoteadas.

—¡Oh! Esos hombres dijeron que venían a comprobar la instalación de aire acondicionado.

—¿¿¿Y los dejaste pasar???

—Los de seguridad de la entrada les dieron el visto bueno. Han entrado en todos los despachos del edificio. Han estado aquí desde las ocho de la mañana. Estaba ocupada con la correspondencia y los *emails* que han llegado durante la noche al correo electrónico. Pensé que eran de confianza y no me preocupé por ellos —explicó Beatriz, que según hablaba se iba poniendo pálida al comprender que había cometido un gran error.

Las personas que acudían al bufete, y dejaban documentación importante, lo hacían pensando que ellos la custodiarían de forma apropiada. Si aquello se sabía tendrían problemas, incluso demandas.

—Ponme con recepción. ¡Rápido! —gritó Lucas enfadado. Era una violación de la seguridad muy grave. ¿Quién estaría detrás de algo así?

Los supuestos trabajadores de la empresa de mantenimiento tenían las credenciales en regla, así como los uniformes. Habían aparecido conduciendo una furgoneta con los logotipos correspondientes. De hecho, en el registro venía marcada la visita como prevista desde hacía meses.

—Eran dos hombres. Uno ya ha venido otras veces, el otro era nuevo, o al menos no lo había visto nunca —confesó el guarda de la entrada que los había recibido—. No me extrañó. Con las vacaciones, recortes de las empresas y demás, no es raro que cambien las caras. Hacen una revisión cada mes de los conductos, tanto del aire frío como del aire caliente. Es algo habitual.

—¿Algo peculiar en su comportamiento? —preguntó el dueño del

bufete.

—No. Bueno, el que no conocía tenía un acento extraño; de Europa del Este, quizás ruso.

—La policía ya está aquí, señor Gascón —anunció Beatriz a su jefe.

Estaba abrumada por lo que había ocurrido. Ese día había tenido mucho lío, tal y como solía ocurrir los lunes tras los dos días de descanso del fin de semana. Si hubiera estado más atenta no les habría dejado pasar, pero otras veces lo había hecho y no había ocurrido nada. Se culpaba por su imprudencia.

—Hablaré con ellos, pero antes voy a llamar a alguien.

Lucas se fue a un rincón y marcó el número de Sofía. Tras un par de tonos contestó. En breves pinceladas le explicó lo que había ocurrido.

—Alexander Petrovich está detrás —conjeturó la detective. Había sido un plan demasiado elaborado para unos vulgares rateros. El que coincidiera con el robo del diamante lo hacía más sospechoso todavía.

—Eso creo. ¿Puedes venir?

—En estos momentos, con la policía tomando declaraciones y los despachos llenos de trabajadores no sería conveniente. Más tarde, cuando los agentes se hayan ido y te quedes solo en la oficina, iré con Fabi y Ricardo.

—De acuerdo —dijo el abogado no muy convencido. Le hubiera gustado que ella estuviera allí. Dudaba que la policía supiera qué buscar.

—No les digas nada de tu cliente, ni de las partidas de póker, ni de la joyería ni…

—¿Y qué voy a hacer? ¿Mentirles? —preguntó Lucas exasperado. Por el auricular ella estaba tranquila, pero a él no le pasaba lo mismo. Sentía que era un volcán a punto de estallar. Le gustaba controlar lo que le rodeaba, y en los últimos días había tantas cosas que escapaban de sus manos, que se sentía como un funambulista subido en su trapecio.

—Tú di la verdad sin entrar en detalles. Diles que, aunque llevas muchos casos, no puedes creer que ninguno de tus clientes sea capaz de algo así. Que estás desolado por lo que ha ocurrido.

—Lo estoy —masculló al ver como se acercaban, hasta el lugar donde estaba hablando por teléfono, varios agentes.

—¿Ves? No vas a mentir. Solo se trata de ocultarles algunos detalles, que pueden resultar perjudiciales para ti si se saben.

El inspector al cargo no permitió que Lucas volviera a entrar en su despacho. Así que no le quedó más remedio que esperar fuera.

Desde el recibidor, observó el ir y venir de agentes y personal de seguridad del edificio. Contestó un sinfín de preguntas y prometió enviarle un listado a la policía con los casos que llevaba esos días. Como la mayor parte de su trabajo lo hacía en el ordenador, y se

comunicaba con las diversas administraciones de justicia por vía telemática, tenía todo lo que necesitaba para seguir con los expedientes abiertos, sin perjuicio para sus clientes.

El día se le hizo largo y eterno. Su cuerpo estaba agarrotado y sus músculos tensos al final de la tarde. Lo poco que había comido al mediodía le había dado sensación de saciedad al principio, pero su estómago acuciaba la falta de alimentos.

A las siete envió a su secretaria a casa. Mientras no se quedara solo, no podría llamar a la detective y a los suyos.

—No, señor, hay mucho que colocar todavía —se negó la buena mujer, echando una mirada a su alrededor.

—Nada que no pueda esperar a mañana, el daño ya está hecho. Váyase a descansar.

—¿Y usted se irá también? —preguntó, preocupada por la cara de cansancio de su jefe.

Lucas sonrío con afecto a Beatriz. Próxima a jubilarse, actuaba como una madre en algunas ocasiones, no en vano era amiga de su progenitora. Lo primero que había hecho había sido bajar a la cafetería y subirle un bocadillo de queso y bacón con una botella de agua, para que comiera en tanto esperaba que la policía saliera de su despacho. Se culpaba por haberlos dejado pasar, algo de lo que Lucas se alegraba. Si la mujer se hubiera enfrentado a ellos, habría salido mal parada. Tenían un propósito y lo iban a cumplir pesara a quien pesara. Conociendo a su madre, primero le habría reñido por poner en riesgo la vida de su amiga, y luego se hubiera preocupado por el asalto a su despacho.

—Termino un escrito que tengo que presentar mañana y me voy — le aseguró a su secretaria para que se fuera tranquila. No quería que estuviera presente cuando apareciera Sofía. Impaciente, le había enviado un mensaje al móvil diciéndole que ya podían ir.

No eran ni las siete y media cuando desde recepción le comunicaron que unas personas querían verle. Había ordenado que todas sus citas, y las de los dos abogados que trabajaban con él, fueran pospuestas, y al mediodía le había dicho a todo el mundo que ese lunes el bufete se cerraba antes. Una vez que su secretaria salió, se refrescó en el baño de su despacho, que una puerta de caoba disimulaba, e incapaz de sentarse, paseó nervioso de un lado a otro.

—¿Estás bien? —le preguntó Sofía nada más verle, preocupada por el aspecto del abogado. Tenía unas ojeras bajo los párpados y una arruga en la frente que delataban su intranquilidad.

—No. Estoy enfadado. Primero lo del diamante y el intento de Cristomo de culparme por su desaparición. Y ahora esto.

—¿Falta algo? ¿Han robado alguna cosa?

—Nada, Ricardo. El equipo informático está intacto. No falta ni un

pendrive. Creo que ni siquiera llegaron a encender el ordenador.

—¿Dinero?

—No guardo efectivo aquí —le explicó haciendo un movimiento con la mano que abarcaba toda la planta—. Nadie lo hace, más allá del cambio para un café en la maquina y poco más. En la actualidad los pagos se realizan con transferencias bancarias. Y cuando algún cliente lo realiza en efectivo, mi secretaria lo ingresa en la sucursal que hay enfrente del edificio ese mismo día. Nunca permito que sea de otra forma.

—¿Has echado en falta algún documento?

—Eso es más difícil de saber, Sofía. Hemos recogido parte del desorden, pero es imposible recordar cada papel que guardamos en nuestras oficinas. Puede que tardemos tiempo en descubrir qué han robado. Quizás hasta que un cliente nos reclame alguna documentación entregada, o necesite consultar un dato que no tengamos escaneado, y no encontremos el original.

—¡Tu contraseña es penosa! No he tardado ni dos segundos en averiguarla —aseguró Fabi.

—La he cambiado está tarde, al irse los policías —replicó Lucas molesto. Había estado pensando un rato, creía haber encontrado una combinación de números y de letras, mayúsculas y minúsculas, de doce dígitos, difícil de descubrir. Incluso había tenido que desechar la idea de usar el nombre de la detective. Parecía que su mente era incapaz de formar otra palabra que no fuera esa, incluso a la hora de pensar una clave informática.

—No le hagas caso. Es un hacker experto y tiene programas para todo. Y antes de que preguntes, ninguno es legal —añadió Sofía al ver la expresión de desconfianza de Lucas.

¡Pobre! Se veía que estaba agobiado. Le hubiera encantado abrazarle y decirle que todo saldría bien. Pero no. Era un cliente. Delante de sus empleados no iba a permitir que un gesto afectuoso los llevara a pensar que había algo entre ellos dos. Nada más lejos de la realidad.

No obstante, un estremecimiento la sacudió al pensar en lo que podría haberle pasado. Sin duda había sido gracias a que habían estado trabajando juntos esa mañana, que los falsos operarios no lo habían encontrado sentado tras su escritorio. Prefería no imaginar qué hubiera ocurrido en ese caso. Imágenes de su cabeza golpeada, sangrando en el suelo, le vinieron a la mente y las desechó de un plumazo.

—Tú tranquilo, Lucas —aseguró Fabi—. Luego te dejo yo instalado un cortafuegos antitroyanos, virus, *malware* y demás. La contraseña te dejo la misma, como dice Sofía, la he descubierto porque soy lo más de lo más, pero un vulgar pirata no lo hará. No era tan mala al fin y al

cabo.

Mientras ellos rastreaban el despacho, él continuó poniendo orden. La detective trató de ayudarle, pero tenía mucha buena voluntad y escasa idea de cómo colocar los folios diseminados por doquier, más allá de ponerlos en un montón. El abogado se lo agradeció, si bien, con un educado: «No te preocupes, ya lo hago yo. Ayuda a Ricardo y a Fabi», la hizo desistir. Estos se rieron por lo bajinis. Sofía y la palabra «orden» poco o nada tenían en común.

De repente Ricardo les hizo un gesto para que guardaran silencio, y los conminó a acercarse a la estantería junto a la que estaba situado. En una esquina de una balda, disimulado en un pisapapeles con forma de cabeza de caballo, había un diminuto dispositivo de escucha.

Lucas le hizo señales para que lo quitara, pero se negó. La detective los llevó fuera, a la zona de recepción. Bajando la voz a un susurro apenas audible expuso sus ideas.

—Está claro. Han disfrazado de robo la instalación de escuchas. Quizás alguna cámara también.

—¿A qué esperamos para desactivarlas y tirarlas a la basura? —quiso saber el abogado. Sin esperar respuesta, hizo un intento de regresar a su despacho para hacerlo él mismo. Ricardo lo retuvo y le pidió que escuchara a Sofía.

—Si lo hacemos, sabrán que los hemos descubierto y puede que tomen medidas más peligrosas para tu integridad física o la de los tuyos, Lucas. No han tenido reparos en colocarlos cuando las otras oficinas y los pasillos estaban llenos de gente. Por las malas no habrá nada que los pare. Dejando las cosas como están, podremos transmitirles la información que deseemos, y hacerles creer lo que nos interese.

—No van a ser tan tontos.

—Tontos no son, desesperados sí. Hacer lo que han hecho a pleno día ha sido una locura. Sabían que el equipo de seguridad del edificio iba a captar sus rostros y no tardaríamos en saber quiénes eran.

El móvil de Sofía comenzó a sonar, y ella se apartó del grupo para atender la llamada. Era un antiguo colega suyo de la comisaría, que le debía un par de favores. Llamaba para contarle que habían localizado al compañero habitual del hombre de mantenimiento que había acudido esa mañana al edificio, maniatado en su cocina junto con su mujer y su hijo de quince años. No tenían daños físicos, más allá de los cortes producidos por las ataduras en su esfuerzo por desasirse de ellas.

Unos extraños habían aparecido en su puerta al poco de despuntar el día. Querían la identificación de él y que ninguno saliera de casa. Hasta que un par de agentes habían acudido a su domicilio para hablar con él, a primera hora de la tarde, habían pasado por un

suplicio. Habían sufrido hambre, sed y mucho miedo, llegando a orinarse encima. Sin dejar de temer por su vida un instante.

—¿Y el otro? El que ha venido con el ruso —preguntó Fabi cuando ella les contó lo que le habían dicho.

—Estaba en su casa. No ha hecho el menor intento de marcharse de la ciudad. Debe dinero a Alexander de una partida de póker que perdió y le dijeron que, si lo hacía, su deuda quedaría saldada.

—¿Y cómo lo ha sabido la policía? —inquirió el abogado.

—Él mismo se lo ha contado cuando han ido a detenerle. Tiene más miedo a los rusos que a las leyes españolas.

—Venga, chicos —les instó Ricardo—. Sigamos.

Regresaron al despacho y continuaron registrándolo, pero ahora buscando algo que no estuviera antes del asalto. Encontraron otro micrófono oculto en el teléfono y una cámara enfocada hacia la puerta, disimulada en un adorno. Para que las personas que estuvieran al otro lado de los dispositivos no sospecharan que los habían pillado, siguieron hablando con desenfado de fútbol, política y el tiempo.

A las nueve dieron por finalizado el registro. Lucas había logrado ordenar los papeles diseminados por el suelo con mayor o menor precisión. Beatriz debería dar un repaso al día siguiente y asegurarse de que todo estaba donde se suponía que debía de estar.

Se despidieron con cordialidad del personal de limpieza y de los guardas de seguridad de la entrada. Hasta que no estuvieron en la calle, a varios metros de la puerta del edificio, no se sintieron cómodos para hablar.

Ya no se fiaban de nadie. Cualquiera podía ser un títere en manos de Alexander y los suyos.

—¡Maldición! —exclamó Sofía enfadada—. Ya saben que trabajamos con Lucas. Nos han filmado con la cámara, han grabado nuestras conversaciones…

—Algo me dice que desde que viniste el sábado a verme, están al tanto de que colaboramos y de que mantenemos a Cristomo al margen —especuló Lucas.

—Puede que no seamos los únicos. Me da que a él tampoco le han contado nada. Quizás este embrollo sea para perjudicar al dueño de la joyería, y a ti te ha pillado en medio. Una víctima inocente.

—Es probable que tengas razón. No tenían forma de saber que iba a devolver el anillo de mi prometida justo ese día. De hecho, había pensado hacerlo hoy, pero un cliente suspendió su cita y decidí aprovechar esa hora libre inesperada. Me quemaba en el bolsillo. Deseaba librarme de él.

—¿Todavía lo tienes?

—Sí, Fabi. No es algo que puedas tirar a la basura. Tal vez lo venda en una de esas tiendas que compran oro.

En realidad no había pensado aún qué hacer con él. Lo tenía guardado en un cajón de su mesilla. Al fondo. Detrás de una caja de analgésicos y un paquete de preservativos. No quería verlo. Su cerebro bloqueaba los recuerdos de Amanda diciéndole que no se casaría con él, porque «estaba enamorada» de otro hombre. Se negaba a rememorar las sensaciones de incredulidad y engaño que se habían apoderado de su ser aquel día. Incluso se había planteado venderlo en alguna de las webs de artículos de segunda mano que poblaban internet.

—Es buena idea. No creo que a ninguna mujer le agrade que le regalen el anillo que otra rechazó. Sería de muy mal gusto. Una joya con esa carga sentimental, debe estar comprada de modo único para la persona que lo va a recibir. Si vuelves a pedírselo a otra chica, tendrás que elegir una nueva alianza.

—Para eso falta mucho. Puede que toda la vida —aseguró el abogado de forma taxativa.

—No sé yo —replicó el joven divertido. Aquel adonis le ponía ojitos a su jefa, y ella tonteaba con él sin darse cuenta. Era como ver una película romántica en vivo y en directo. Solo le faltaba tomar asiento y hacerse unas palomitas en el microondas.

—Te llevo a casa —le interrumpió Ricardo antes de que dijera algo más. No le había pasado inadvertida la incomodidad de Lucas y cómo el rostro de Sofía se había teñido de rojo. Pasó un brazo por los hombros de Fabi y le obligó a caminar hacia el coche.

Él también se había percatado de las miradas que el abogado y ella se cruzaban.

Lucas le gustaba. Era un buen tipo. Su jefa se merecía alguien como él en su vida. Un hombre que la quisiera y le hiciera olvidar a su marido fallecido. Era hora de que fuera feliz.

—Nos han dejado solos.

—No han sido muy discretos. Hablaré con mi secretario mañana. Tal vez lo despida por cotilla.

—No lo harás. Sabes que te aprecia. Ambos lo hacen. Es bueno estar rodeado de gente así. Pasamos mucho tiempo en el trabajo, y saber que con quien estás obligado a compartir buena parte de tu vida, es casi de la familia, lo hace más llevadero. Beatriz, mi secretaria, puede ser un poco cotilla a veces, y quizás se extralimita en alguna ocasión con sus comentarios, pero sé que me aprecia.

—Tengo que volver a casa. Nando me espera —anunció Sofía.

Las insinuaciones de Fabi la habían puesto un poco nerviosa. La arrolladora presencia de Lucas hacía que de repente el aire pareciera más espeso y le costara respirar. Tenía que alejarse de él. Necesitaba volver a la seguridad de su casa.

—Ah… ya… lo entiendo. Pensé que tal vez… bueno, que descanses.

Le hubiera gustado irse con ella a algún bar y tomar algo juntos, sentados en una mesa tranquila. Tal vez fuera mejor no hacerlo.

—A las doce suele estar ya dormido —se disculpó la detective—. Sé que es tarde, pero…

—No, está bien. Luego nos vemos.

Lucas se giró sintiendo la cara ardiendo. ¿Qué le estaba haciendo Sofía? Se sentía como un adolescente con las hormonas en plena ebullición. Esa no era su forma de ser. Él era serio y formal; no salía entre semana, trabajaba hasta tarde en casa y se acostaba antes de medianoche. Sin embargo, desde que la conocía, su mundo se había vuelto del revés. No podía hacer nada para impedirlo. Era superior a él. Su corazón le decía que se dejara llevar. Ya era tiempo de olvidar a Amanda. Con paso firme volvió al edificio para bajar al sótano donde tenía aparcado su coche.

La detective había preferido dar un paseo hasta su casa que le despejase la mente y aclarase sus ideas. Aunque podía haber cogido un autobús, no le apetecía estar rodeada de extraños en un espacio tan reducido. Una caminata que le permitiera estirar las piernas era lo necesitaba.

Las palabras de Lucas no habían sido capaces de ocultar la ligera desazón que había surcado su rostro. Estaba segura de que él hubiera querido prolongar el tiempo a su lado tomando una cerveza y picoteando algo en un bar. Algo que ella misma deseaba, si bien, una voz interior le había dicho que no lo hiciera. En lugar de aceptar, había inventado una excusa que había sonado tan falsa a sus oídos como a los de él. Había estado toda la tarde con su hijo, y sabía que estaba bien cuidado con su hermano. Cuando llegara, los dos primos estarían jugando ajenos a su ausencia.

Era lo más sensato. No debía mezclar el trabajo con el placer.



CAPÍTULO 9

Le había costado, pero tras leerle su cuento favorito tres veces, había logrado que su pequeño se durmiera. Estaba agotado. Por la mañana, en el colegio, había asistido al campamento de verano con un montón de actividades divertidas, y por la tarde, no había salido de la piscina más que para merendar algo. Tanto en su piel como en la de su prima Marta se apreciaba ya un ligero color tostado, que hacía que sus ojitos verdes resaltaran más. Sus manitas abrazaban un peluche con fuerza y su respiración era tranquila y acompasada.

—¡Oh, no! —exclamó Sofía al darse cuenta de la hora que era, tras fijarse en el reloj de agujas luminiscentes que adornaba la mesilla del cuarto del niño. Eran los brazos de un Mickey Mouse vestido de mago.

¡Se había despistado!

Había perdido la noción del tiempo contemplando dormir a su hijo desde la puerta. Había pensado en ponerse algo más sexi que no fuera aquel pantalón bermuda azul deshilachado, y la camiseta de tirantes rosa que llevaba para estar cómoda mientras cenaba y acostaba a Nando. Pero ya era tarde. Esa ropa gastada y arrugada tendría que valer. ¿Dónde había tenido la cabeza? Un segundo timbrazo la obligó a reaccionar. Descalza, corrió hacia el vestíbulo.

Una hora antes, cuando estaba abriendo con su llave la puerta de hierro y cristal del portal, su móvil había empezado a sonar. Extrañada, rebuscó en su bolso hasta dar con él. Le sorprendió ver el número de Lucas en la pantalla, tanto, que sus nerviosos dedos apenas atinaron a deslizar el icono verde para responder la llamada. Pensó en no contestar. Fingir que no había oído la melodía por tenerlo en silencio. Hubiera sido creíble. El teléfono podía haber quedado olvidado en un rincón porque estaba centrada en su hijo.

Sin embargo, no pudo hacerlo. Un imán invisible tiraba de ella hacia él. ¿Por qué la llamaría? ¿Querría comentarle algo relacionado con el robo? Tenía que responder. Podía ser algo importante.

—Hola. ¿Todo bien?

—Buenas noches, Sofía. Sí. Tranquila. Solo es que me gustaría verte y hablar contigo de todo este lío del diamante.

—Mañana nos podemos ver en mi despacho, y conversar allí en un rato que tengas libre.

—¿Te gustaría compartir un helado conmigo? —preguntó de pronto Lucas sin hacer caso del comentario de Sofía.

—No puedo dejar a mi hijo solo —respondió bloqueada la detective, por la inesperada propuesta—. Tengo que darle la cena y quiero estar un poco con él. Hace rato que no le veo y me estará echando de menos.

Hasta ella misma podía notar el titubeo en su voz. La inseguridad con la que le había respondido era palpable. No había hecho más que balbucear respuestas tontas. El abogado sabía que había ganado.

—En dos horas estoy allí. Tendrá que acostarse pronto para ir mañana a la escuela de verano. Podemos hablar mientras duerme.

—Está bien —cedió ella sin ganas de seguir oponiéndose a la visita de Lucas. Le apetecía volver a verle. Debía de reconocerlo.

¿Conversar comiendo un helado? Imágenes eróticas de ellos dos haciendo mucho más que hablar lamiendo el postre frío llenaron la febril mente de Sofía. Tanto, que se vio obligada a darse una ducha con el agua menos caliente de lo que había pensado en un principio.

Disfrutó de cada minuto con su hijo, centrándose en él y en sus comentarios durante la cena, viendo dibujos animados en la televisión. El chiquillo reía al ver a sus personajes favoritos corriendo de un lado a otro de la pantalla. Tras una taza de chocolate con leche le había convencido para acostarse. Y en su cuarto habían estado hasta que había llegado la hora de su cita con el abogado. Aunque no era una cita en realidad. No iban a salir solos a cenar o al cine. Iban a verse en su casa para comentar juntos el caso. Fijo. Aquello no era «una cita».

Se estiró la camiseta, se ajustó la cinturilla del pantalón y abrió la puerta. Esperó impaciente a que Lucas subiera los escalones que separaban el portal del segundo piso donde vivía.

Si pensaba que el abogado no podía estar más atractivo, se equivocó. Había dejado el traje en casa, y lo había sustituido por un vaquero de esos que le sentaban tan bien y un polo verde. Portaba una bolsa en la mano, de una heladería de la Plaza Mayor.

—¿Qué has traído?

Su estómago emitió sonidos de placer al imaginar el cremoso dulce.

—Hola a ti también —dijo el abogado divertido, al ver como la detective fijaba su mirada en la bolsa que llevaba, olvidándose de saludarle. Iba descalza, llevaba las uñas de los pies pintadas de un vibrante color rojo. Sus piernas eran morenas, preciosas y en apariencia suaves—. Helado de ron y pasas. He supuesto que Nando estaría dormido y podríamos tomarlo.

Sofía sonrió y le hizo pasar. Era su sabor favorito, sin duda la noche que cenaron con los niños lo habían comentado, y el abogado lo había recordado. Ese tipo de detalles le calentaban el corazón. Bajo la apariencia de empollón que tenía, se traslucía un hombre perspicaz y atento. Cada día que pasaba le gustaba más Lucas. Estaba el pequeño

asunto de que era un cliente, no podía olvidarlo. Era muy difícil. Aunque debería mantener las distancias, era incapaz.

—Siéntate en el sofá, voy a por unas cucharas y unas servilletas —le invitó Sofía. La bella mujer se marchó dando divertidos saltitos a la cocina.

Lucas hizo lo que su anfitriona le sugería. Al sentarse, sintió una leve punzada en el muslo. Era un muñeco de Nando, un dinosaurio. Entre los cojines se habían escabullido dos figuras de aquellos animales prehistóricos, hechas en un plástico verdoso, que le recordaron a los dibujos de los libros con los que él se divertía de pequeño. Las películas de la saga *Jurassic Park* eran sus favoritas cuando tenía la edad de Nando.

En una silla había ropa, que debía de ser de Sofía, tirada sin ningún cuidado, mezclada con alguna prenda infantil. En realidad, allí donde fijaba la vista, se veía un juguete del niño abandonado, una taza de café vacía, un cepillo para el pelo o cualquier otra cosa. La casa de la detective era un caos. Hasta hacía parecer a su despacho, tras el asalto de esa mañana, ordenado y recogido.

—¿No has abierto aún el envase?

—Ahora lo hago —respondió Lucas bajando la vista y cambiando incómodo de postura las piernas. Un sospechoso bulto se había levando en su entrepierna. Su cuerpo no había sido capaz de mantenerse indiferente ante la visión de aquella mujer con unas piernas de infarto, y un busto más que generoso, que la camiseta y el sostén blanco que llevaba apenas lograban mantener en su sitio. Ese tirante que se caía por su hombro, sin que su dueña se diera cuenta, iba a ser su perdición.

—¡Uhm! ¡Qué rico! Tiene muchas pasas, el toque justo de licor y se ve que es bueno, no tiene ningún trozo de hielo.

Aquello era superior a él. Ver cómo la lengua de Sofía salía de su boca para lamer y chupetear la cuchara con deleite, le hacía imaginar cómo sería sentirla tocando su piel. Se metió una cucharilla hasta arriba de helado en la boca para intentar moderar el calor que sentía. Se iba a atragantar. No le importaba con tal de que la detective no se percatara de su turbación.

Sofía no era tonta. Desde que él había llegado y la había mirado como si fuera un dulce de chocolate expuesto en un escaparate, sabía que repasar juntos los datos que tenían sobre el robo iba a ser tarea imposible. A ella misma le temblaban las piernas mientras iba a la cocina, y había tenido que buscar el apoyo de la encimera para no caerse. Consiguió dar hasta cuatro cucharadas de aquella ambrosía que le había traído, pero ya no podía más. Lanzó la cuchara contra la mesa, dejó el bol en precario equilibrio en el brazo de sofá, y de un rápido movimiento colocó sus piernas en la cintura de él y se sentó en

su regazo. Con ambas manos sujeto su rostro. Y le besó.

No le importó que el helado de él quedara aplastado entre sus cuerpos, y que Lucas no fuera capaz de soltar su cuchara. Podía sentir el metal en la mano con la que le abrazaba la cintura. Nunca le había sabido mejor aquel helado, que lamido desde la misma boca de aquel hombre.

—¿Nando? —preguntó Lucas echando una mirada furtiva al pasillo, no fuera a aparecer la pequeña figura del niño por allí.

—Duerme como un tronco. No se despertará. Pero vamos a mi dormitorio, tendremos más intimidad. Por si acaso.

—¿Y el helado? —preguntó él poniéndose de pie y sosteniéndola fuerte contra él con una mano, sin soltar el bote que había traído. Lo hacía más por no perder el contacto de su cuerpo que porque fuera a caerse. Sofía había enroscado sus piernas en su cintura y los brazos en su cuello. Eran dos imanes pegados.

—Tráelo. Se está derritiendo. Se me ocurren un par de ideas para que no se desperdicie.

De un tirón retiró Sofía la colcha que cubría la cama, y se sacó la camiseta de tirantes por la cabeza. Lucas la depositó sobre las sábanas, y dejó con cuidado la cuchara en la mesilla de noche. Miró su polo, tenía una gran mancha con restos del postre pegado en la tela de la pechera.

—¿No iras a preocuparte por una manchita? —quiso saber Sofía que, con movimientos hábiles, se había desprendido de su pantalón—. Deja que te ayude.

La ropa del abogado terminó en un montón revuelto junto con la de la detective. Había permitido que la mujer le quitara todas sus prendas. Cuando había llegado el momento del calzoncillo, su pene había saltado enhiesto, listo para la batalla.

—Lo siento. Me hubiera gustado durar más…

Lucas no pudo terminar sus palabras. Sofía había abierto su boca e introducido en ella su polla en toda su magnitud. Con sabios lengüetazos la recorría de la punta al glande, una y otra vez. Tal como temía se corrió en unos segundos.

—No está mal, pero prefiero el helado —afirmó ella relamiéndose.

¡Se había tragado su semen! Eso hizo que, en lugar de adormecerse en el sopor agradable del orgasmo, volviera a notar un delicioso hormigueo en la parte baja de su vientre.

—Bueno, ahora sí que voy a durar —aseguró Lucas con una mueca ladina.

Esparció el helado que quedaba sin verter por el cuerpo de la mujer, y a continuación comenzó a degustarlo de forma concienzuda, deteniéndose de manera más paciente en la vagina, en concreto en aquel diminuto botón del placer que se había revelado bajo sus

húmedos toques.

Sofía agarró la almohada y la mordió con fuerza para contener sus gritos. No quería despertar a Nando, algo que ocurriría si el maldito abogado que tenía entre las piernas continuaba con su exquisita tortura. Estaba claro que no era tenaz y persistente solo en el trabajo o en los estudios, lo era en todos los aspectos de la vida. Había tenido amantes divertidos, audaces, imaginativos e incluso insaciables, sin embargo, Lucas era un poco de cada uno, mezclado de tal forma que la hacía enloquecer.

Tras tres orgasmos que le hicieron pensar que era multiorgásmica y no lo había sabido hasta entonces, Lucas se incorporó y la miró.

—¿Tienes preservativos? ¿Tomas la píldora?

—No, deje de tomarla cuando… el padre de Nando murió. Creó que en algún bolso tengo alguno.

—Espera, yo tengo en los bolsillos —afirmó él. Se levantó de la cama, brindándole a Sofía una magnifica vista de su perfecto trasero y su potente verga.

—Venías provisto. Así que pensabas que iba a caer en tus tretas de abogado —dijo al volver a tenerlo sobre ella.

—No. Los traje porque sabía que yo iba a caer en las tuyas, detective —aseguró él, introduciéndose en ella, profunda y certeramente.

Cuando los primeros rayos del alba entraron por la ventana, la dueña del piso se despertó, pero no abrió los ojos. Sentía el calor del cuerpo de Lucas enredado en el suyo. El suave peso de su brazo en su cintura. Se giró un poco para mirarle a la cara. Dormía, tranquilo y relajado. Su pelo negro estaba despeinado. Un atisbo de barba se asomaba por su barbilla. Recordaba el cosquilleo que su roce había producido en la suave piel de sus muslos.

Desde que Fernando murió, había tenido algún rollo pasajero de una noche. O para ser más exactos de unos minutos contra una pared en algún bar. No había traído a ningún tío a casa, ni tampoco había ido ella a la de ninguno. En parte por Nando, y en parte por ella misma. Solo era sexo, sin sentimientos. Era demasiado difícil recuperarse tras la pérdida de un amor tan fuerte como el que ella había sentido por el padre de su hijo. No creía que fuera posible volver a experimentar algo igual.

Sin embargo, aquel abogado se había filtrado bajo su piel desde que lo vio en su despacho. Pensó que se encontraría a un ser prepotente y engreído. Escondido tras su gran mesa, sus influyentes clientes y su abultada cuenta corriente. Pero no. Era un hombre sencillo, con sus defectos y sus virtudes. ¡Y un gran amante! Eso no lo podía negar. Ahogó una risa tonta bajo las sábanas. Al mirar el despertador se dio

cuenta de que faltaban unos minutos para las ocho. Con pesar acarició la espalda de su acompañante.

—Despierta, tienes que irte. No, para —le riñó con suavidad cuando empezó a besarla con pasión—. No tenemos tiempo.

—Seré rápido —aseguró él con prepotencia.

—No, no puede ser ahora. Tengo que lograr que Nando se levante, vestirle, darle el desayuno, recoger a su prima y llevarlos a la escuela de verano. Son las ocho menos diez. Debes marcharte ya.

—Eres mala. Por cinco minutitos de nada.

—¿Tú no tienes que trabajar?

—Sí, tengo una vista a las diez, pero prefiero quedarme aquí contigo.

La cordura y el deber se impusieron en la mente del abogado. Reticente hizo lo que la detective le pedía. Había dejado su ropa encima de una silla. Cuando Sofía vio como, al ir al baño, había doblado el calzoncillo, coronando una pulcra pila con los pantalones y camisa plegados, tuvo que contener una carcajada. La suya estaba tirada por el suelo, allí donde había caído en su precipitación por quitársela. Lucas pasó una mano por la mancha de helado que había quedado marcada en su pechera. Tendría que lavarla, aunque era un buen recordatorio de una magnifica noche.

En el portal se cruzó con Fabi que llegaba a la agencia para trabajar en unos datos que unos amigos hackers le habían pasado. Su sorpresa al verle salir del inmueble fue mayúscula.

—¿Tú y la jefa? —preguntó dando palmas—. ¡Qué emoción! ¡Por fin! Sofi enamorada. Con lo que ella se mofa de mí cuando yo lo estoy, la que le espera.

—No. De ningún modo. No le vas a decir nada. Te vas a quedar calladito como si no me hubieras visto. No es amor, es otra cosa —le dijo temeroso de la reacción de la mujer de la que se estaba enamorando. No quería que un comentario indiscreto de aquel joven pudiera hacerla recapacitar sobre lo que sentía. Estaba seguro de que a ella no le era indiferente y no quería que las prisas lo estropearan. Si Fabi le hablaba de un sentimiento tan fuerte, ella podría asustarse y no querer verle de nuevo.

—¿Qué me ofreces por mi silencio?

Fabi se estaba riendo a su costa. La cara de susto de Lucas no tenía precio. Le gustaba aquel leguleyo de modales formales y trajes aburridos para Sofía. Eran lo opuesto el uno del otro, blanco y negro, el día y la noche, y por eso mismo eran perfectos como pareja.

—¿Qué quieres? No te voy a dar dinero. No he aceptado un chantaje nunca y no voy a hacerlo jamás.

—Tranquilo, hombre, que con un pase VIP a la Basema Week me vale. He visto una foto de tu madre en tu despacho, ella es la que lo

organiza. Si tú no los puedes conseguir, nadie puede. Me muero por ir y sentarme en la primera fila con lo más *in* de la ciudad. Venga, porfi —imploró Fabi haciendo pucheritos.

Lucas cedió. De hecho no le sería complicado conseguirlos, su madre siempre le pedía que fuera y él pasaba, alegando que tenía trabajo. Se había tenido que contentar con la compañía de Amanda, a pesar de que a su madre nunca le había gustado. Al final se había visto que tenía razón. Con un poco de suerte, cuando se celebraba la gala de la moda por excelencia, en unos tres meses, iría con una guapa pelirroja del brazo. Y por lo que suponía, con el loco de su secretario escoltándoles.

Corrió hacia su coche, que había dejado aparcado en una calle cercana. Se le había hecho tarde a él también, debía espabilar o llegaría tarde al juicio. Menos mal que guardaba ropa de repuesto en su despacho y no tendría que ir hasta su casa a cambiarse. En el baño de su oficina tenía incluso una maquinilla eléctrica con la que afeitarse.

Concentrado en ponerse el cinturón de seguridad no vio el coche gris que estaba detrás del suyo, con un hombre calvo al volante, y otro con barba en el asiento del copiloto. Al arrancar el suyo, le siguieron manteniendo una pequeña distancia. Dudaban que se diera cuenta. No parecía ser muy espabilado el tal Lucas Gascón.

—Ya era hora, no me siento el culo —le dijo el de la barba al conductor, cambiando por enésima vez de posición en el asiento. La tapicería era de plástico y, después de tantas horas, se le había pegado el pantalón.

—Avisa a los chicos. Ellos que se queden vigilando a la mujer, nosotros nos vamos.

—Irá a llevar al niño y volverá al edificio. Su lugar de trabajo está allí también.

—Tú limítate a hacer lo que te he pedido.

—Ya, jefe, pero…

—¡Hazlo!

—Vale —asintió sacando el móvil de su chaqueta.

Al mover el brazo la culata de un arma asomó en su cinturón. Al volver a caer la tela sobre ella, la ocultó en su totalidad. Él sabía que estaba ahí solo por si acaso. El abogaducho no parecía de los problemáticos, pero nunca se sabía. Mejor ser precavido.



CAPÍTULO 10

Sofía se balanceó en su silla y revolvió los papeles que tenía delante. Consultó una vez más las notas que le había pasado Fabi. En una de sus manos tenía un bolígrafo de punta retráctil, y con insistencia pulsaba sin parar el botón de la parte de arriba. Su secretario se contenía para no arrancárselo de un tirón. Estaba nerviosa, y no solo por el robo que investigaba. Gracias a sus amigos de la red profunda, habían averiguado que el jeque Abil, con un séquito discreto de cincuenta personas, estaba ya en Basema.

—¿De verdad te parece que cincuenta acompañantes es discreto?

—Sí, Sofi. Cuando viene «de manera oficial» puede venir con cien personas, entre personal de seguridad, esposas, secretarios, hombres de confianza, cocineros…

—Vale, me hago una idea —aseguró la detective, sin entender cómo alguien podía necesitar tanta gente a su alrededor para el día a día. Suponía que eso era algo típico de los multimillonarios, como ella no lo sería nunca, no debería preocuparse. Le agobiaría tener a alguien siempre pendiente de sus deseos y de lo que hacía.

—Ya tienes la dirección del hotel en que se hospeda y el número de su suite, que en realidad ocupa todo el ático. Tiene diversas estancias para el Jeque y las personas a las que quiere tener cerca.

—¡Y parte del resto de habitaciones de las demás plantas! Para albergar a ese número de viajeros se necesitan muchas estancias.

—¿Recuerdas todo lo que te he dicho? —preguntó Fabi a quien la idea de que fuera sola a ver a Abil seguía sin gustarle.

—Sí, sí, tranquilo. Tengo todo controlado. Si fuera con más gente no lograría pasar del vestíbulo. Como lo hemos planeado lograré hablar con él.

—Eso si no se niega y te pone de patitas en la calle. O algo peor. Te descuartiza, y no me entero hasta que uno de sus hombres te saque hecha trocitos en una bolsa de basura, y te tire al contenedor.

—No va a pasar nada de eso. No seas tan dramático. Dentro de unas horas estaremos de vuelta y, sentados en estas mismas sillas, comentaremos lo que he averiguado.

—Hasta que no te vea salir de allí no voy a ser capaz de respirar. Tienes dos horas antes de que llame a la policía.

—No será necesario —negó Sofía. Atada al tobillo llevaba una pequeña pistola que no figuraba en ningún registro oficial, pero que a

ella le daba seguridad. Fabi sacudió la cabeza. Si su jefa pensaba que un arma así podía servirle de algo contra un Jeque enfadado, era una ilusa.

Enfrente del hotel había un parque infantil, que esa mañana de vacaciones veraniegas estaba llenó de niños correteando entre los columpios y jugando con la arena. Sus abuelos y padres los veían divertirse felices. Fabi se sentó en uno de los bancos, que permanecía vacío por estar demasiado lejos de la zona de juegos, con su portátil sobre las rodillas, y un diminuto auricular idéntico al que llevaba su jefa en el oído. Con él podría saber lo que ocurría dentro del hotel y asegurarse de que ella estaba bien. No era detectable a simple vista, de hecho, para extraérselo de la oreja tendrían que usar un imán especial que guardaba a buen recaudo en uno de los bolsillos de su pantalón. El micrófono estaba disimulado en el sujetador de Sofía. Parecía un lazo colocado a modo de adorno entre las dos copas.

—Odio este chisme —protestó ella mientras Fabi le introducía el dispositivo. Al principio le hacía cosquillas, pero según descendía por su canal auditivo se iba convirtiendo en una molesta presión.

—Lo sé, pero es por tu seguridad. No me fío del jeque Abil. Yo también llevó uno y no protesto —aseguró Fabi señalando su oreja izquierda.

Ella arrugó el entrecejo. Estaba segura de que cuando se diera la vuelta, el informático sacaría unos cascos de última generación de su bolso, a ser posible en algún color brillante, y se los pondría tan tranquilo. La tonta era ella por hacerle caso. A veces parecía que Fabi creía que ella era una espía a lo James Bond, y gozaba ideando artilugios, a cuál más inverosímil, para en teoría ayudarla en su cometido. La mitad no los usaba, y terminaban estorbándole en el bolsillo.

Caminó con aparente indiferencia hasta la puerta de entrada de mercancías del hotel, que daba a un callejón situado en la parte trasera del edificio. Un hombre vestido de cocinero estaba apoyado en un contenedor, fumando un cigarrillo en lo que debía ser su rato de descanso. Tenía un trapo de cuadros rojos colgando de la cinturilla del pantalón, y un pañuelo anudado a la cabeza cubriéndole el cabello. Sofía se acercó hasta él y le preguntó:

—¿Eres Manuel?

No conocía a aquel tipo de nada. Había sido Ricardo el que le había pasado el contacto. Al parecer era un antiguo confidente de un amigo policía del de la científica. Siempre era bueno tener ojos y oídos en los grandes hoteles de la ciudad, donde algunos delincuentes se camuflaban a la vista de todos.

—Llegas tarde, ya me iba —afirmó el hombre. Tiró la colilla al suelo y regresó por donde había salido hacía un rato.

—Un minuto o dos, no es para tanto —protestó ella. Aquel tipo no se iba a ganar el premio al simpático del año.

—Sígueme —bramó él, cortando el discurso de la mujer. Tenía prisa. Debía hacer la salsa para la carne, preparar la crema para el pescado y dar los primeros toques al postre estrella de la carta. Iba retrasado, y esa detective le iba a hacer perder un tiempo que no tenía.

Había aceptado ayudarla por cien euros, que pensaba emplear en una buena cena con su chica. Siempre se quejaba de que no tenía detalles románticos con ella. ¡Mujeres! Se mataba a trabajar. ¿Qué demonios quería? Tenía dos días libres a finales de semana y la llevaría a un restaurante pijo, en el que el chef era amigo suyo. Tendría que conformase. Una buena cena con un buen polvo después y listo. Él no era un hombre de paseos a media tarde y excursiones en pareja. Ya lo sabía cuando se fueron a vivir juntos. Debería haberle dicho que no cuando ella se lo propuso. ¡Con lo a gusto que estaba sin nadie detrás de él riñéndole porque no había bajado la tapa del váter o porque había dejado los calcetines sucios en el salón!

La cocina del hotel era un hervidero de gente vestida de blanco, cortando y picando verdura, batiendo huevos y aderezando fuentes, que irían a parar a alguno de los hornos con los que estaba equipada. Estaban centrados en su trabajo. Con el miedo que tenían al chef no osaron levantar la cabeza a su paso. Si les resultó raro que entrara Sofía con él, no lo demostraron.

La guio hasta una especie de almacén. De un saco de harina extrajo un uniforme de camarera, que le lanzó para que lo cogiera.

—Cámbiate ahí dentro. Voy a por el carrito con lo que ha pedido el Jeque. Tienes suerte. A todas horas está llamando, requiriendo algo de beber o comer para él, o alguno de los que le acompañan. De ese modo podrás subir hasta la planta. Luego es cosa tuya.

—Está bien —respondió Sofía sacudiéndose el polvillo que se había pegado a la tela. Mejor darse prisa o aquel energúmeno la echaría con cajas destempladas de allí. La pena era que la pistola en el tobillo no la podía llevar. Intentaría disimularla en la cintura.

—Qué simpático —susurró Fabi en su oído.

—No puedo hablar. Si está apoyado en la puerta me va a oír.

Ocultó su ropa en una bolsa de plástico, en la balda inferior del carrito rematado con un mantel blanco que debía empujar. La comida estaba cubierta por una tapadera metálica, servida sobre un plato de porcelana fina con ribetes dorados y el anagrama del hotel. Los cubiertos eran de oro y la cristalería brillaba bajo la luz del techo.

Chasqueó la lengua con preocupación al ver un jarrón de cristal, largo y estrecho, con una rosa, que adornaba el servicio. Cuando saliera del alcance de la vista del cocinero lo tumbaría, o terminaría

tirado en el suelo de un pasillo o de un ascensor. No quería ni pensar en lo que ocurriría si lo rompía. Debía de valer la mitad de lo que ella ganaba al mes.

—¿Qué pasa? Te recuerdo que solo oigo y hablo. No puedo ver qué te ocurre si no me lo explicas.

—Demasiadas cosas que se pueden romper —explicó Sofía molesta por las risas de Fabi. Su secretario solía llamarla «manitas de oro» por su facilidad para destrozar tazas, vasos y cualquier otro artículo delicado que tocara.

El uniforme consistía en un vetusto vestido negro de manga corta, con un incómodo largo por la rodilla, al que un delantal blanco ponía la guinda. Cuando el tal Manuel se lo tendió, pensó que le estaba gastando una broma. Pero no. De camino al ascensor se topó con otras cuatro mujeres vestidas como ella. Los camareros lucían un aspecto similar. Tanto unas como otros, parecían salidos de la mansión de Downton Abbey. Debía de ser de lana, porque sentía un picor muy molesto por toda su piel. Seguro que, al quitárselo, descubriría que le había salido alguna roncha. Al menos ella solo lo iba a llevar un rato, no como las otras pobres, que debían trabajar ocho o más horas al día con aquella tortura puesta.

No había estado nunca en el hotel antes. Tenía un aire a rancio abolengo venido a menos a primera vista. Con sus techos altos, su moqueta gruesa y sus cuadros antiguos. Sin embargo, un observador más atento, podía detectar que las cerraduras de las habitaciones tenían un teclado numérico, que había conexión a internet en todos los rincones, y que estaba dotado de los últimos adelantos disfrazados de conservador glamur. Por no mencionar las cámaras de vigilancia que se veían, y las que se intuían ocultas en los detectores de humo o en los adornos de las paredes.

Para llegar al ático había tenido que utilizar un ascensor destinado al personal del hotel, y una tarjeta con un código de barras impreso sobre uno de sus lados. En el cuadro de mandos había un pequeño lector, por el que la había pasado para desbloquear el acceso a las habitaciones del Jeque.

—Estoy en el ascensor —informó Sofía. Había fingido colocar un doblez del mantel para que no notaran que movía los labios. Aunque no veía la cámara, sentía como la observaban.

Al abrirse las puertas, Sofía agarró con firmeza el asidero del carrito y volvió a enderezar el jarrón. No quería que los hombres de seguridad sospecharan algo hasta estar en presencia del Jeque. Algunos vestían trajes negros, que los hacían asemejarse a modelos, y otros iban a la usanza árabe, con la cabeza cubierta con un tocado tradicional. Los primeros sin duda eran parte del personal contratado en Europa, y los segundos habrían viajado con el Jeque desde su país.

Decidió que era mejor fingir seguridad y no titubear. Fabi le había enseñado un plano de la planta, indicándole cual era la habitación principal y, por tanto, el lugar más probable para que Abil estuviera. Lo había memorizado, y su mente se lo mostraba indicándole el camino. Pasó al lado del vigilante sin mirarle siquiera. Como si hubiera hecho aquel recorrido un millar de veces.

Podía notar como la veían pasar, pero no le prestaban excesiva atención. Como si fuera parte del mobiliario. Estaba de suerte. Consiguió llegar hasta una salita donde había unos sofás con dos mujeres conversando, cubiertas de cabeza a los pies con ropas oscuras, y un niño jugando en el suelo. Para él era lo que llevaba Sofía. Cerca había un balcón entreabierto por el que pasaba el aire fresco de la mañana, que hacía ondear las cortinas blancas como plumas llevadas por el viento.

Un hombre permanecía junto a los ventanales observando la calle. También vestía con un atuendo estilo árabe, pero en su caso en tono dorado. Como si notara la vista de Sofía fija en él, se giró. Tenía el pelo muy negro, como el azabache, a juzgar por sus cejas y su barba, puesto que una tela sujeta con una cinta por la frente, lo tapaba. Pero eran sus ojos lo que más llamaba la atención, azules, fríos y duros. Una vez que captaban la mirada, era imposible apártala.

Tragó saliva con inquietud. Era el jeque Abil. No había esperado encontrarlo en aquella salita. Pensaba dejar la comida, y buscarlo con disimulo por el resto de la planta. Aunque no hubiera leído el expediente que Fabi había elaborado para ella, y visto varias fotos suyas, lo habría reconocido. Sin embargo, había algo más perturbador. Lo supo por la forma en que le sonrió. Él sabía quién era ella. Tal vez había engañado a los hombres de la puerta, pero a Abil no.

—Señorita Valverde, un placer conocerla.

En lo que ella se irguió aún con la tapadera de la fuente, donde descansaba una hamburguesa con patatas fritas que le traía al niño, en la mano, tres hombres la rodearon, uno de ellos apuntándola con una pistola.

—¡Quietos! —bramó el Jeque.

Todos los presentes en el inmenso salón se quedaron inmóviles, incluso el niño dejó de jugar con los cochecitos que le rodeaban. Si aquel hombre decidía acabar con ella, nadie lo sabría. Poco podría hacer Fabi desde el banco del parque donde la aguardaba. Habían sido unos ilusos al pensar que podrían salirse con la suya.

—¿Me acompaña? —le pidió él, con un tono de voz cortes y educado, en un español perfecto, sin rastro de acento extranjero.

Estaba segura de que en cualquier idioma que él hablara, no se captaría ningún resto ajeno. Aquel hombre hacía cualquier cosa que se propusiera a la perfección. Como en ese momento, en que le tendía

una mano con exquisita manicura, a modo de caballero inglés solicitando un baile a una joven debutante.

Sofía hizo lo que le pedía. Dejó la tapadera en el carrito y estiró su brazo hasta que sus dedos rozaron los de él. Los de seguridad no le quitaban la vista de encima, ella hizo que no le importaba y, recobrando el aplomo que había perdido unos segundos antes, caminó junto al Jeque. Notaba el calor de su mano en sus hombros, lugar donde la había colocado una vez que se alejaron unos metros de sus escoltas.

La llevó hasta una habitación contigua, un pequeño recibidor con un tresillo y una mesita para el té. Él se sentó en unos de los sillones y ella en el sofá, hundiéndose unos centímetros por su peso, de forma que quedaba en una posición más baja que él. Por su sonrisa ladina supo que lo había hecho a propósito. Para marcar su superioridad de nuevo.

—Me esperaba —afirmó Sofía. Cruzó las piernas y contuvo el impulso de tocarse la oreja para comprobar si el diminuto auricular seguía en su sitio. Rezaba para que Fabi estuviera grabando la conversación.

—Esperaba que, dadas las circunstancias, en algún momento antes del jueves, nuestros pasos nos llevarían a un encuentro. El que se presentara en mis habitaciones vestida de camarera, no entraba en mi imaginación.

—Mi secretario ha intentado contactar con usted y no lo ha logrado.

—Solo habló con quien me interesa. No le quepa duda de que, si no tuviera, digamos, cierta curiosidad por lo que pueda decirme, de la cocina no hubiera pasado.

—Manuel trabaja para usted.

—Como todos los que están empleados en este hotel. Es de mi propiedad. Ellos saben a quién deben su lealtad.

—Está al tanto del robo —dijo Sofía que de pronto encajaba las piezas del puzle en su cabeza.

—Desde que ese tonto de Cristomo la llamó para que lo investigara. No me fío ni de él ni de Alexander. En cuanto supe lo que había ocurrido en su joyería y quiénes eran los implicados, pedí que me elaboraran un informe sobre todos ustedes. No debería extrañarle. Usted tendrá uno mío. Por lo que he podido averiguar, su secretario, ese tal Fabián, es muy eficiente.

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Estaría bien su secretario? Sin duda Abil sabía que la aguardaba fuera. No creía que hubiera mandado a algún hombre para impedirle realizar su cometido. Desde la distancia podían vigilar cada uno de sus movimientos sin que Fabi se diera cuenta.

—¿Por qué no ha dicho nada? El diamante es suyo. Cualquier otro en su lugar hubiera ido a la joyería de inmediato.

—Yo no soy «cualquier otro». Los diamantes Lancaster son míos. Los tres —aclaró de forma cortante el Jeque—. He hecho mis averiguaciones. Igual que usted me ha investigado, yo la he investigado. Parece lista.

—¿Eso es un cumplido? —preguntó Sofía con chulería.

No tenía nada que perder. No iba a mostrase asustada ante él, eso era lo que buscaba. Pues bien. No lo iba a lograr. Si quisiera que dejara de investigar, habría encontrado la forma de obligarla a hacerlo. Puesto que no lo había hecho, él tenía interés en que siguiera con sus pesquisas.

—E insensata —continuó el Jeque como si no la hubiera oído—. ¿No ha pensado que los rusos podrían estar vigilando la joyería, y estar al tanto de su excursión nocturna?

No, no lo había pensado. Creía que Cristomo no les habría avisado, y si lo había hecho, que no se molestarían en controlar las idas y venidas de quienes iban al lugar del robo. Pero estaba visto que no solo la gente de Alexander estaba al tanto, también la del Jeque lo estaba. Habían sido unos ilusos al no darse cuenta de ello.

—Por su cara deduzco que no. No se preocupe, mis hombres me informaron de que la noche de su excursión a la joyería, solo ellos estaban apostados cerca del establecimiento.

—¿Qué quiere de mí? ¿Y de Cristomo? No lo ha desenmascarado por algo.

—No puedo acudir a la policía ni a las autoridades, porque mis negocios con los rusos no les gustarían —le explicó Abil con fastidio —. Quizás tampoco fue muy ética la forma en que conseguí la colección Lancaster.

—¿Se los robó a alguien? —preguntó Sofía suspicaz. Para aquel hombre un robo no sería nada fuera de lo común.

—Los gané en una apuesta —aseguró mirándola a los ojos. Por el tono de su voz, supo que decía la verdad.

—Si estaba organizada por Alexander, sería haciendo trampas. Sus partidas nunca son limpias.

—No, fue en mi país. Ni él, ni sus hombres, estuvieron implicados. Le puedo asegurar que tengo los mismos recelos y dudas hacía la mafia rusa, que pueda tener usted.

—Pues según mis informes tiene varios negocios con ellos. Tan mal no le deben caer.

—Una vez que aparezca el diamante, mi intención es terminar mis tratos con ellos. Sé que para usted soy igual de despreciable que Petrovich, pero tengo mis principios y mi honor. Ellos carecen de cualquier rastro de honradez.

La detective dudaba que aquello fuera cierto, si bien, no iba a mostrar su escepticismo ante el Jeque.

—Sospecha que están tras el robo —apuntó ella.

—Sería una forma de hacerse con los diamantes y lograr mi descrédito, algo que los beneficiaría a la hora de realizar determinados negocios, que yo también puedo ofrecer a posibles clientes.

—Y de paso lograr el control de la Joyería González de Basema, quitando a Cristomo de en medio —añadió la detective—. Es una tapadera perfecta para sus transacciones.

—Eso no se lo voy a negar.

—¿Y qué pasa con Lucas Gascón? Él no tiene nada que ver con la desaparición del diamante. Su presencia en la tienda fue circunstancial.

—Veo que se han hecho buenos «amigos». Una lástima, usted y yo podríamos haber intimado —continuó el Jeque con voz oscura y seductora.

—¿Y convertirme en una más de su harén? No, gracias.

—Es una pena, la cubriría de joyas. Tendrían todo lo que pudiera desear. A mis esposas y mis concubinas no les falta de nada.

—Tienen de todo menos su libertad. Gracias, pero no. El velo no me favorece.

—Me gusta. Es usted osada. Sabe que puedo hacerla desaparecer con un chasquido de mis dedos, pero no se amilana. Me gustaría que alguno de mis hombres fuera como usted. A veces pienso que sería agradable tener entre los míos, a alguien que se atreviera a decirme de verdad lo que piensa y no lo que cree que quiero oír.

Sofía no hizo ningún comentario a la última afirmación del Jeque. A pesar de estar rodeado de esposas, hijos, hermanos y personal de seguridad, estaba solo en su palacio de oro. Si bien, no tenía ningún escrúpulo para vender armas, comerciar con drogas o con vidas humanas si se terciaba.

—La dejaré sola para que se ponga su ropa. En esa carpeta —dijo Abil señalando un portafolio de cartón, que uno de sus hombres había colocado delante de la detective—, tiene el nombre de varias personas que han perdido dinero, o sus casas, como el cliente de su amigo, y que estarían encantados de hacer algo que perjudicara a los rusos. Tal vez ellos sepan qué ocurrió con mi diamante.

—Gracias —dijo Sofía. Cogió la bolsa con sus cosas, que habían dejado junto la carpeta, y se puso de pie.

—Un momento, deme su móvil.

—¡No! —negó la detective. ¿Qué pretendía hacer? ¿Quitárselo? Tenía fotos de su hijo. Eran privadas y personales. Por nada del mundo iba a dárselo. Lo llevaba disimulado en la cinturilla del vestido, oculto con el delantal, junto con su pequeña arma. La actitud

protectora de su brazo al taparse esa zona, ante la petición del Jeque, la delató.

Abil levantó la ceja a modo de respuesta y tendió la mano hacia la mujer. La detective resopló, pero no podía hacer otra cosa más que lo que le ordenaba. Porque aquello no era un ruego, era una imposición. Sacó su teléfono y se lo dio. Vio que el hombre tecleaba algo. Luego, se lo devolvió.

—Si necesita algo de mí, tiene grabado mi número. Es una línea privada. Solo puede llamarme usted, ninguno de sus empleados. Y dígale a su amiguito informático que, si sigue husmeando en mis negocios, le cortaré los dedos para que no pueda seguir tecleando. No le estoy amenazando, me limito a constatar un hecho.

—Lo haré —aseguró ella. Con tal de salir del hotel, le prometería lo que quisiera. Más tarde, vería qué hacía o dejaba de hacer.

—Puede cambiarse en el baño que hay aquí al lado. Después Omar la acompañará hasta el ascensor.

Sofía asintió y fue derecha a quitarse el uniforme. Estaba deseando irse de aquella habitación, o mejor dicho del ático. No se molestó en llevarse el carrito consigo, estaba segura de que alguien se encargaría de recogerlo. Dudó al pulsar el botón del ascensor. ¿Salía por las cocinas tal y como había entrado? Pensó que, después de todo, no importaba. Era una tontería disimular.

—¡Cuánto has tardado!

—¿Lo has oído?

—¡Hasta la última palabra! Te dije que en el sujetador no iban a buscar el micrófono.

—He sudado tanto dentro de esa tela negra tan incómoda, que pensé que lo había inutilizado.

—Cuando oí que me cortaría los dedos si seguía investigándole, he cerrado el portátil de golpe. Había dos niños jugando cerca de mí. Incluso ellos me daban miedo.

—Es muy posible que supiera que tú estabas aquí fuera.

—¿Cómo es el Jeque en persona? Tiene una voz muy seductora. Lo que dice no lo es tanto, pero el tono con que me ha amenazado me ha puesto.

—¡Fabi!

—En las fotos de las revistas parece muy atractivo. Tienes mucho que contarme. Los hombres con un aura de peligro son muy *sexys*.

—Aquí no —le pidió Sofi interrumpiendo el torrente de preguntas. En eso su secretario era igual que su hijo: incansable e infatigable—. Vámonos. Si no sabían que me estabas esperando, ten por seguro que ya lo saben.

La detective permaneció en silencio hasta que llegaron a su oficina. Su acompañante había desistido de seguir con el interrogatorio, al

comprender que no iba a obtener ninguna respuesta.

—Venga, suelta —le pidió tras quitarse los auriculares de los oídos y el micrófono—. No puedes seguir sin decirme nada.

—Después —le dijo, para a continuación sacar un detector de dispositivos electrónicos del cajón superior del escritorio de Fabi.

—Estarás bromeando.

—¿Tengo cara de estar haciéndolo?

El joven hizo lo que su jefa le pedía y, para su sorpresa, encontró un micrófono de similares características a los que habían hallado en el despacho de Lucas, escondido en un portalápices. Como hicieron con aquellos lo dejaron donde lo habían encontrado. La mujer tiró de él hasta su piso, y le pidió por gestos que repitiera el proceso en cada una de las habitaciones.

Oculto en un libro del salón encontraron uno, y otro en el dormitorio de ella, en un muelle del somier de su cama.

¡Habían estado en su casa! ¡Donde vivía su pequeño! Que hubieran encontrado escuchas en la oficina entraba dentro de lo normal, pero haberlo hecho en su hogar solo podía significar que sabían que ella y Lucas tenían una relación. ¿Desde cuándo llevarían allí? ¿Les habrían oído la noche anterior? Esperaba que no, que los hubieran instalado esa mañana. No le apetecía saber que sus jadeos y gritos de placer habían tenido indiscretos oyentes.

—Las cerraduras no tienen signo de haber sido forzadas. Son unos artistas —afirmó Fabi, que no podía menos que alabar la destreza de los rusos.

Estaban encerrados en el baño, con el grifo de la ducha abierto. Sofí se había sentado en el inodoro, y él en el suelo.

—Son todos iguales, ¿verdad?

—Sí, sí, jefa. No hay ninguna duda. Son típicos de Europa del Este. No son del Jeque —aseguró él con una mirada retadora en la que la animaba a que le contara qué había pasado en el hotel, algo que ella hizo con detalle.

—…y salí por la puerta principal sin más.

—¡Qué hombre! Vale, no me mires así. Abil es malo, malísimo, pero está bueno, buenísimo. Y me da que le haces tilín.

—¿Recuerdas la parte en la que oíste cómo te amenazaba?

—Bueno, Sofí, es normal. Estoy metiendo la nariz en sus negocios. Me estaré quietecito.

Ella lo observó unos segundos sin creerse que hubiera aceptado tan rápido hacer lo que se le decía. Eso no era propio de él.

—Ya tienes todo lo que necesitas descargado en el ordenador, o en algún otro sitio —afirmó sin preguntar, puesto que ya sabía la respuesta—. Puedes consultarlo sin conectarte a la red y sin llamar la atención.

—Suponía que podía pasar algo así —replicó con una sonrisa de satisfacción—. Aunque por parte de los rusos y no del Jeque.

—Tengo que ir a por Nando y Marta al colegio —dijo ella al ver que ya era la hora de comer—. ¿Qué voy a hacer? Quizás lo más sensato sería hablar con Cristomo y decirle que no continuaré con la investigación.

—Me da que es tarde para eso.

—¿Y si te llevas a Nando a tu casa? Lejos de este edificio.

—Mi piso es como una caja de cerillas. No hay sitio para un niño, y despertaría las sospechas de Alexander.

Salieron cabizbajos del baño. Fabi recuperó su portátil de la mesa de la cocina, donde lo había dejado, y se fue con ella del piso. Se despidieron hasta por la tarde. Él haría lo que Abil les había sugerido: averiguar quiénes estaban en la lista de enemigos de Cristomo.

Al volver la esquina, lejos de los ojos curiosos de su ayudante, Sofía se apoyó en la pared y respiró hondo. No estaba más cerca de encontrar al ladrón de lo que lo había estado el primer día. Tenía que descubrir quién era, como fuera. Había mucho en juego. Para empezar la seguridad de su hijo.



CAPÍTULO 11

Lucas apenas había podido concentrarse en su trabajo. Su mente se veía asaltada de imágenes de un bello rostro de ojos verdes, enmarcado por un pelo ondulado, que olía a coco y miel. Cuando había entrado en el baño de Sofía, había mirado sus productos de aseo para confirmar que ese era el aroma de su champú. Su piel tenía otro olor, más avainillado. ¡Y era tan suave! Los artículos eran de una conocida marca de lencería femenina. Se moría por averiguar si también tenía otras cosas de esa franquicia. Prendas íntimas que resaltaran sus ya de por si apabullantes curvas.

Habían acordado que, al caer la noche, cuando Nando se durmiera, iría a verla como la noche anterior. No podía estarse quieto con la emoción y la excitación de volver a tocarla y besarla. ¡Esos labios! Habían sido creados para ser mordidos, besados y acariciados.

Unos golpes en la puerta le avisaron de que alguien iba a entrar en su despacho. Eso le hizo darse cuenta de que debía centrarse si quería salir a tiempo para su cita. Era Beatriz que, como de costumbre, alargaba su jornada de trabajo para ayudarle; aunque él le dijera que no lo hiciera. La buena mujer afirmaba que no podía dejarle solo con la montaña de documentos que había en su mesa, que para estarse en casa viendo la televisión, prefería quedarse por si la necesitaba.

—¿Todavía no te has marchado? Son las siete y media, recoge ya tus cosas —le dijo con cariño. Con su habitual diligencia había conseguido que el despacho luciera como antes de la intrusión de los rusos. Al menos en apariencia. Los dispositivos seguían instalados. Lucas había dudado si contárselo a Beatriz, pero como eso implicaría hablarle del robo, al final decidió no decirle nada.

—Ya me voy, «no quiero molestarte» —afirmó con una sonrisa cómplice—. Tienes visita.

Lucas miró por encima del hombro de su secretaria para descubrir, que la mujer en la que no había podido dejar de pensar en todo el día, estaba entrando en su despacho. Sin embargo, había algo en su rostro que la noche anterior no vio. Una sombra de preocupación e incluso miedo.

—¿Ocurre algo, cariño? —quiso saber él cuando se quedaron solos—. Habíamos quedado en tu casa.

Se lo preguntó al oído mientras la abrazaba. No se sentía cómodo diciéndole ternuras sabiendo que estaban siendo grabados.

—Sí, ha surgido algo que quería comentarte —respondió ella en voz alta—. Unos nombres de personas a las que Cristomo también podía estar extorsionando. Los tengo aquí apuntados.

Sofía le tendió una libreta, pero en lugar de una lista de nombres, Lucas encontró un relato pormenorizado de lo que Fabi y ella habían encontrado en su oficina y en su piso.

—He pensado que es mejor que dejemos de vernos fuera del trabajo —comenzó a decir con voz temblorosa—. Eres un sospechoso y no está bien que estemos tonteando si eres objeto de mi investigación.

Lucas sintió que un abismo se habría a sus pies. Miró a Sofía. ¿Le estaría diciendo la verdad o solo lo que quería que oyeran los rusos? Cogiendo la libreta garabateó un par de frases y se la devolvió a su dueña.

—¿Tienes miedo? ¿Los rusos?

—NANDO —escribió ella en letras mayúsculas.

El abogado pareció quedarse sumido en sus pensamientos. El que ella estuviera en el punto de mira de árabes y rusos no le gustaba nada. Y mucho menos que el niño se viera salpicado por ello. Si le pasaba algo, él no se lo perdonaría. Así que no podía reprocharle a la madre de la criatura que estuviera asustada. La detective se giró para marcharse cuando una mano en su cintura la detuvo.

—Demos un paseo —le pidió él.

Salieron del edificio sin hablar, y así continuaron hasta que se hubieron alejado varios metros. Llegaron a una plaza con una fuente y unos bancos, y se sentaron en uno de ellos. El sol aún calentaba, de modo que buscaron refugio a la sombra de un gran olmo centenario.

—Aquí no nos pueden oír —aseguró Lucas—. Yo siento algo por ti. No sé qué es, pero me gustaría averiguarlo y para eso tengo que seguir viéndote —añadió con una sonrisa tímida. Se había sincerado. Ya estaba. Le había dicho lo que sentía, abriendo su corazón en canal, dispuesto a que le rechazara por miedo o por haber confundido la atracción por algo más intenso.

—¿No has leído lo que te he puesto en la libreta? —inquirió ella desesperada. Él le hablaba de sentimientos y ella solo podía pensar en la seguridad de su niño—. Han estado en mi oficina y en mi casa. Han tocado y manipulado las cosas de mi hijo. ¿Y si él hubiera estado allí? ¿Qué habría pasado? ¿Se hubieran detenido?

—Tengo una solución, pero antes necesito que me digas si tú también te sientes atraída hacia mí. Dime que lo de la otra noche no fue un calentón pasajero.

Sofía quiso mentirle. Decirle que no significó nada para ella, a excepción de un buen rato en la cama. Entonces recordó cada una de sus caricias, el sabor de sus besos, las sensaciones que creía olvidadas y habían vuelto a recorrer su cuerpo, desde el día en que se habían

conocido.

—Aunque no puedo decirte que solo fuera sexo, tampoco sé cómo definir lo que hay entre nosotros —respondió ella al cabo de unos segundos de vacilación.

—Entonces te voy a decir lo que vamos a hacer.

Esa noche, mientras le leía un cuento a Nando, no podía creerse lo que había ocurrido en las últimas horas. Había sido demasiado rápido. Como si de repente hubiera llegado un tornado y hubiera arrasado su vida.

La propuesta de Lucas fue del todo inesperada e imprevista: irse a vivir juntos a la casa del abogado. ¡Esa misma tarde noche! ¡Con Nando! Una decisión que a las parejas les llevaba tiempo tomar, y a la que llegaban después de conocerse, saliendo y descubriendo poco a poco cuáles era sus sentimientos hacia el otro. ¡Y él pretendía que se decidiera en un minuto!

Ellos solo habían salido una vez, y había sido para ir a robar una joyería. ¿Contaba como primera cita? Lo dudaba. La noche que cenaron con los niños, él se presentó por sorpresa, sin previo aviso. ¿Dónde estaba la seriedad y la racionalidad, que un abogado de su prestigio, se suponía que debía de tener? ¿Y ella? Una madre soltera, con un niño al que cuidar, había cometido en unas horas, más infracciones que muchos de los delincuentes a los que había detenido cuando trabajaba en la comisaría como policía.

Luego había ido a su piso para hablar del caso y no sabía cómo habían terminado acostándose. Bueno, sí sabía, un beso del abogado y una caricia, y su cerebro racional se había fundido. Sus manos deberían estar clasificadas como artículos peligrosos. Podían volver loca a una mujer en pocos segundos.

Apenas veinticuatro horas más tarde estaban viviendo juntos. ¡De forma temporal, por supuesto! Ella había acudido a su despacho para decirle que debían distanciarse, y había vuelto a su casa a preparar las maletas.

Los argumentos de Lucas habían sido bastante sólidos. No le extrañaba que fuera tan bueno en los juicios. Era capaz de convencer a cualquiera de lo que quisiera.

- Vivía en una urbanización, con seguridad día y noche en las zonas comunes y en la entrada.
- No podía acceder nadie no autorizado. (Sofía se había mostrado escéptica respecto de ese punto. En el despacho habían irrumpido los rusos sin que nadie los parara, a pesar de que el edificio estaba vigilado por una empresa privada de seguridad. Él contraatacó prometiéndole contratar hombres de seguridad para la casa desde esa misma noche.)

- Piscina particular. Nando podía invitar a su prima Marta y a su tía Ana siempre que quisiera.

Solo con pensar en las horas de diversión que el pequeño pasaría en ella, seguro y a salvo, había desechado los contras de un plumazo. La otra opción hubiera sido encerrarse en el piso con su hijo, hasta que el dichoso diamante apareciera. Una prueba para la paciencia de ambos por la que no estaba dispuesta a pasar.

Habían ido los dos a casa de Sofía para hacer una maleta con cosas de la madre y el hijo, y mientras Lucas la llevaba hasta el coche, ella había recogido a Nando en casa de su cuñada.

—Cariño, ¿te gusta Lucas? El amigo de mamá —le preguntó al niño tras darle un beso en su cabecita.

—¿El que cenó con nosotros el otro día? Le gustan los superhéroes como a mí —respondió el chiquillo con una mirada reprobatoria hacia su madre. Sofía lo había intentado, pero se perdía en el universo con el que su hijo soñaba cada día.

—Ese mismo. Nos ha invitado a su piscina. Tiene una casa muy grande, con una para él solo. Me ha dicho que vayamos, me ha dado pena decirle que no. Pobrecito, se tiene que aburrir —aseguró la detective apelando al buen corazón del chavalín.

—¿Me puedo llevar los dinosaurios?

—Dos —concedió ella. Si se quería llevar toda la colección, les haría falta otra maleta.

—¿Y puede venir Marta a la piscina también? —inquirió Nando cada vez más seducido con la idea de ir a la casa de Lucas.

—Claro que puede —intervino Ana, que había permanecido en una esquina de la habitación escuchando sin ningún disimulo la conversación de madre e hijo—. Yo iré a veros con ella. *Pobre Lucas*, tan solito.

Las dos cuñadas se miraron en silencio. Sofía conocía lo suficiente a Ana, como para saber que, al día siguiente, le tendría que contar lo que pasaba. Era perspicaz, y no tenía un pelo de tonta. En el instituto en que trabaja como administrativo tenía las tardes libres, de modo que al día siguiente la invitaría a la casa de Lucas, y tendrían una charla en la que su amiga no se conformaría con nada que no fuera la verdad.

—Tienes un gran corazón, cuñadita.

—No te pases que no te invito. Y sé que te mueres de ganas de ir y conocer la «casita» en las afueras de Lucas.

En el breve trayecto en coche de una casa a la otra, Nando y Lucas parlotearon sin descanso sobre el último cómic que había caído en manos del pequeño. El mayor lo había leído hacía tiempo, y los dos intercambiaron comentarios sobre las aventuras del Capitán América y

los suyos. Habían instalado en el asiento trasero la sillita del niño, que la detective había tenido la precaución de dejar en su piso antes de llevar el coche al taller. Desde allí, hablaba con el amigo de su mami, que le dedicaba miradas y sonrisas cómplices a través del retrovisor.

Sofía los escuchaba de fondo, concentrada en la lista que le había pasado Fabi, de personas que podían tener en su punto de mira a Cristomo. Hombres y mujeres de distintos estratos sociales habían caído en sus redes. Algunos en partidas de cartas, otros en negocios en los que él había actuado como intermediario, y unos pocos por no ser capaces de hacer frente a los pagos de las joyas adquiridas en alguna de las Joyerías González. Era hábil manteniendo en secreto semejante cantidad de trapos sucios. Para la gran mayoría de la sociedad de Basema era un empresario de reputación intachable. ¡Pura fachada!

—Hemos llegado —anunció el conductor del vehículo ante una cancela de piedra y ladrillo, con una bonita verja blanca cuajada de flores rosas.

¿Aquella era la urbanización donde Lucas vivía? Al ver su lugar de trabajo había supuesto que corto de dinero no estaba, pero eso era demasiado. No solo era privada y tranquila, como él le había asegurado, era lujosa y cara. Mucho. Una casa allí valía lo que todo el edificio en que Nando y ella moraban, y se quedaba corta. Era de esos lugares cuyas mansiones salen en las revistas, con gente famosa y de la nobleza posando con aparente naturalidad, llevando modelos de cotizados modistos.

Ahora entendía la cara de perplejidad de Ana. Ella sabía cómo era el lugar donde iban a alojarse unos días. Como de costumbre, la que estaba en la inopia era ella.

La de Lucas estaba separada de la calle por un muro encalado en blanco, por el que colgaban ramas de hiedra y buganvilla de flores rosas y brillantes. Unas puertas metálicas grises cerraban el acceso, e impedían las miradas indiscretas. Con un mando a distancia, las abrió para que el coche entrara en la propiedad.

—¿Y la piscina? —preguntó Nando, al no ver el codiciado objeto de sus deseos por ninguna parte. Eso sí, había mucho césped para jugar al fútbol. ¿Le gustaría a Lucas? Su mami jugaba con él, pero era una portera muy mala. Aunque Fabi era algo mejor, Ricardo era con el que prefería practicar. ¡Era muy bueno! Le había enseñado algún que otro pase con el que había deslumbrado a sus amigos del colegio.

—Está detrás de la casa, por eso no la ves desde aquí —respondió el abogado contagiado por la alegría de su pequeño invitado.

—Mami, ¿podemos bañarnos ahora? —imploró tirando del pantalón de su madre, que sacaba bolsas del maletero.

—Hoy es un poco tarde. Tenemos que colocar las cosas y cenar, pero mañana podrás hacerlo. Te lo prometo.

Nando arrugó su naricita en gesto de fastidio. Aún era un poquito de día. Por un bañito corto no iba a pasar nada.

—Si quieres te pongo una película de Marvel en la televisión —le sugirió Lucas enternecido al ver la desilusión de chiquillo—, mientras tu mamá y yo organizamos todo.

—¡Vale! —exclamó emocionado. Una película tampoco estaba nada mal. Al fin y al cabo, a la piscina ya había ido.

Sofía volvió la cabeza para mirar a su anfitrión. Él le dedicó un guiño pícaro. No creía que estuviera pensando en deshacer la maleta. Vaya con el abogado. Estaba visto que las apariencias engañaban. No era tan serio y formal como parecía.

La casa tenía dos plantas. En la de abajo se encontraba el salón, el despacho de Lucas, la cocina y un pequeño aseo. En la superior dos amplios dormitorios, dotados de baño propio, y uno más pequeño, con un ventanal, por el que se veía la piscina. Era rectangular con un trampolín de un metro de altura en un lado. El agua limpia y cristalina dejaba ver en el fondo un mosaico de alegres colores, que representaba el lecho del mar.

—¿Te gusta? —le preguntó Sofía, que se había colocado junto a Lucas, el cual sostenía en brazos a Nando para que pudiera ver bien el objeto de sus deseos.

—Mucho, mamá. Es mejor que la del barrio. Esa es solo azul. Esta es más divertida.

—Me alegro de que te guste, Nando, porque tú dormirás aquí —le explicó el hombre.

—¿Y mamá? ¿Dónde va a dormir ella?

Estaba preocupado. La cama no era muy grande. Para él era suficiente. Aunque si no tenía una para ella, él le haría un sitio en la suya.

—Eso, ¿dónde duermo yo? —inquirió la detective con cara de inocencia y sonrisa de diablesa.

—Al lado —contestó el dueño de la casa con evasivas.

Flanqueando el que iba a ser el provisional dormitorio del niño estaban los otros dos cuartos. Uno era el del abogado, decorado en tonos marrones, con alguna nota en verde aquí y allá. El otro, en un delicado beige con toques de un suave melocotón, era el destinado para la detective. Al menos de cara al niño. Lucas albergaba la secreta esperanza de que Sofía compartiera su cama, y sus pocas ganas de dormir.

Al final, el dueño de la casa, ayudado por Nando, fue el encargado de preparar la cena para los tres; y Sofía la responsable de colocar sus cosas en los armarios. No quería ponérselo tan fácil a Lucas, de modo que colgó su ropa en el dormitorio beige y dejó su neceser en el baño correspondiente. Sin embargo, de puntillas, sin hacer ruido, se coló en

el de él. El aroma de su colonia, y de su fragancia para después del afeitado, se dejó sentir en cuanto puso un pie dentro de los dominios privados del abogado. En cuanto su nariz lo captó, un estremecimiento la recorrió. Su cuerpo recordaba haberlo olido en otra ocasión, piel con piel, durante horas.

Las risas de Nando filtrándose por la escalera la hicieron reaccionar y regresar sobre sus pasos para ir a su encuentro. El niño estaba jugando con sus dinosaurios entre un bol de ensalada y otro de patatas fritas. El anfitrión daba los últimos golpes de calor a una sartén con pimiento, cebolla y pollo troceados. Además de cotizado abogado y experto amante, era un excelente cocinero. Algún defecto tenía que tener, porque tanta perfección era imposible.

La cena discurrió con la misma alegría que la del sábado anterior en la pizzería. Solo hacía tres días de aquello, y habían sucedido tantas cosas, que parecía que hubieran vivido una vida entera.

—¿Está rico? —preguntó de forma retorica Lucas, al ver que madre e hijo comían a dos carrillos y no dudaban en repetir.

—¡Mucho! —exclamó Sofía.

—Cuando mamá lo hace le queda más churruscadito.

¡Sería sinvergüenza! Quizás se le hubiera quemado un poco un par de veces. Puede que alguna más. Tenía que reconocer que no estaba acostumbrada a cocinar. Cuando su padre estaba en Basema comían en su casa, o si no en la de Ana. Aparte de la cena, poco más preparaba en sus fogones.

Pasadas las once, el cansancio y las emociones del día comenzaron a hacer mella en Nando, que no podía evitar cerrar los ojos.

—Vamos, campeón —le dijo su madre cogiéndolo en brazos—. Es hora de dormir, que mañana tienes que ir a la escuela de verano.

—¿Me lees un cuento? —le pidió minutos más tarde acurrucado en su cama. No parecía asustado. Había temido que, al encontrarse en una casa extraña, la diversión de la tarde diera pasa al miedo de la noche. Sin embargo, no era el caso. Estaba tan tranquilo, abrazado a su peluche, y más dormido que despierto.

—Claro —respondió Sofía cogiendo de la mesilla el cuento preferido de su hijo, que no se había olvidado de llevar consigo.

Enfrascada en la lectura no se había dado cuenta de que Lucas la escuchaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, fuera del dormitorio. No fue hasta que salió del mismo cuando se percató de su presencia. El hombre no había podido evitar quedarse prendado de la dulce voz de la madre leyendo a su hijo. Ecos de su infancia, mezclados con su creciente atracción hacia la detective, le habían conminado a quedarse en la puerta.

—No está bien escuchar conversaciones ajenas.

—Pagaré mi penitencia —afirmó él, poniéndose de pie y

rodeándola con sus brazos.

Ella no pudo contestar porque unos labios ajenos tapaban su boca. Sus lenguas se buscaron y se encontraron. Cualquier idea de trabajar en el caso, o de mantener las distancias con Lucas, se esfumó como por arte de magia. Era el poder de sus besos y de sus caricias. Eran hechiceros y le hacían perder el control.

Lucas la cogió en brazos y la llevó hasta su cama. Allí se amaron conteniendo los gemidos para que Nando no los escuchara.

—Vamos a tener que insonorizar las paredes para que puedas gritar. Me muero por escucharte gemir mientras estoy dentro de ti. Quiero oír cómo suena mi nombre en tu boca cuando te corres.

—Solo van a ser un par de días —le recordó ella. Aún no había recuperado el aliento tras su último envite amoroso. Pronunciaba sus palabras de forma entrecortada, mientras recuperaba la respiración—. Hasta que se solucione este embrollo y los rusos nos dejen en paz.

—O los hombres de Abil. También han podido ser ellos.

—No creo. Es todo un personaje. Está muy seguro de sí mismo y de su poder. Si lo hiciera, me lo diría. No le supondría un problema. No te digo que no nos controle en la distancia, pero no necesita poner dispositivos ocultos. Tiene gente infiltrada que le informa. Incluso alguno de mis vecinos trabajaría para él a cambio de una generosa gratificación.

—No me gusta la idea, pero seguro que alguien de mi despacho puede haber sucumbido a la tentación.

—Quien menos te lo esperes. A mucha gente le viene bien una inyección de dinero por observar lo que pasa a su alrededor. Y en tu bufete trabajan casi veinte personas, entre abogados, secretarios, pasantes…

—¿Tienes la lista que te pasó Fabi? Quizás conozca algún nombre y pueda darte algún dato que te sea útil.

—Voy por ella.

Sofía miró a su alrededor y vio la camiseta de Lucas tirada sobre el brazo de una butaca que había en la habitación. Se la puso encima, sintiendo como unos ojos masculinos se deleitaban recorriendo cada centímetro de su anatomía. Era excitante y estimulante saberse tan deseada.

Había dejado el sobre que le dio su secretario en su habitación, o al menos la que se suponía que lo era; porque estaba segura de que salvo para guardar la ropa, no la iba a utilizar mucho más. No pudo evitar echar un vistazo fugaz a Nando. El niño dormía tranquilo abrazado a un muñeco de Spiderman del que no se despegaba. El poder de adaptación de los pequeños era increíble. Con naturalidad había aceptado el cambio de casa.

La detective suspiró y cogió la carpeta. Había inspeccionado la casa

y sus medidas de seguridad antes de la cena. Tenía que reconocer que era una fortaleza, si bien, se alegraba de que el abogado hubiera contratado a dos hombres que velarían por ellos desde ese miércoles a primera hora. Uno de ellos le acompañaría a él al trabajo y otro, tras dejar a Nando en la escuela, se iría con ella a la agencia.

Con los pies descalzos caminó por el suelo de madera hasta el dormitorio del dueño de la casa. Lucas se había puesto las gafas y tenía un portátil sobre las sábanas. Con una sonrisa, dio un golpe en el colchón animándola a ocupar un lugar junto a él.

—Ven. Te he guardado un sitio.

Estuvieron trabajando hasta la una de la madrugada. Entre los dos cribaron la lista, tachando a los que no estaban en la ciudad cuando ocurrió el robo, algo que lograron averiguar gracias a las redes sociales y la manía de subir fotos de la gente de cada cosa que hacían. Eliminaron al cliente de Lucas y a otro par que, como él, eran jugadores compulsivos, con visos de ludópatas y que no ganarían nada robando el diamante Lancaster. No sabrían qué hacer con él si lo tuvieran en su poder.

—Ya no podemos hacer más. Con el resto tendré que hablar mañana.

—De acuerdo, pero ten cuidado —le rogó Lucas.

El atractivo hombre se quitó las gafas, cerró el portátil y se tumbó. Sofía no se lo pensó dos veces y aceptó la tentadora invitación a acurrucarse en sus brazos. Aunque creía que no podría dormir, preocupada por el bienestar de Nando, lo hizo. Cómoda y feliz.



CAPÍTULO 12

Sofía se balanceaba pensativa en su sillón de la oficina, haciendo rodar las ruedas de un lado a otro. Había sido una mañana tan agotadora como improductiva. Fabi se las había arreglado para convencer a tres hombres y una mujer, que podían tener algo contra Cristomo, para que fueran a verla a su agencia. Los cuatro habían perdido dinero o incluso algún inmueble por sus deudas con los rusos. De hecho, la detective creía que así era como lograban hacerse con los locales en los que luego instalaban sus negocios. No pagaban por ellos, los adquirían a cambio de saldar las cuentas de los incautos que caían en sus redes.

No todos habían accedido a ir a su oficina. Si quería hablar con algunos de ellos, debía ir a visitarles ella. Ese era el caso de un matrimonio que había perdido una casa en la sierra, en un turbio acuerdo en el que habían intentado eludir a los bancos. Era una pareja de dentistas que había logrado una buena posición social con su cadena de clínicas dentales.

—Mi mujer se encaprichó del chalet —le explicó el marido cuando Sofía acudió a su piso en la ciudad a verlos, poco antes de la hora de comer—. En nuestro círculo de amigos es habitual tener una segunda residencia para los fines de semana y el verano.

—A mí no me eches la culpa —intervino la aludida enfadada—. Tú querías un lugar donde escapar del calor estival, más allá de los quince días de vacaciones en la playa.

—El caso es que nos ofrecieron la posibilidad de adquirir un chalet con piscina y un gran jardín, donde hacer reuniones con familia y allegados —continuó él—. El precio era algo exorbitado, y nos hacía falta renegociar la hipoteca de piso. En el banco nos dijeron que no era posible. Fue entonces cuando unos conocidos nos hablaron de Cristomo González. Él nos puso en contacto con Alexander Petrovich.

—¡Ese maldito ruso! En buena hora hicimos caso a Marieta. Es una envidiosa. Seguro que lo hizo aposta.

—A ellos les fue bien —replicó él cabizbajo—. El interés era más alto que en el banco, pero los plazos de devolución eran cómodos, y nos facilitaban el dinero en el momento que quisiéramos. No pensamos que fuéramos a tener ningún problema. El verano se acercaba y la idea de tenerlo ya, resultaba muy atractiva.

—Y su aval fue el propio chalet —dijo Sofía. Las historias que había

escuchado a lo largo de la mañana se parecían. Un ansia desmedida por poseer algo inalcanzable, que había terminado de forma abrupta.

—Los primeros pagos los abonamos con regularidad. Luego las clínicas empezaron a ir mal. Tuvimos un par de demandas de pacientes descontentos. Si hubiéramos logrado llegar a un acuerdo fuera de los tribunales habría sido diferente, pero te pudo el orgullo —le recriminó él a su mujer.

—Eran un par de chantajistas. No iba a darles lo que pedían —se defendió ella.

Los proveedores chinos les habían parecido tan buenos como los españoles. El tiempo se había encargado de demostrarles que solo lo eran en el aspecto estético, los materiales eran defectuosos y de baja calidad. Las prótesis se rompían y causaban alergias a sus pacientes. Las demandas comenzaron a llegar al poco de empezar a utilizarlos. Su orgullo les impidió reconocer que, aunque su trabajo era impecable, las piezas no lo eran. Los fabricantes se desentendieron alegando que era su culpa no saber lo que compraban.

—De haberlo hecho, el escándalo no hubiera terminado en la prensa —remarcó él. Si su mujer no hubiera insistido en abaratar costes, aquello no habría pasado—. Nos vimos obligados a cerrar las clínicas para hacer frente a las deudas a las que las sentencias judiciales nos avocaron.

—Con lo que dejaron de pagar a Alexander —conjeturó la detective.

—El contrato era claro a ese respecto, el impago de una mensualidad implicaba el aumento de un 15% en la siguiente, un segundo impago, la pérdida de la casa.

—Le suplicamos a Cristomo que nos ayudara, pero se negó. ¡Con la de joyas que le compré! ¡Tuve que venderlas en un local de mala muerte de compra venta de oro, para poder adquirir este piso!

Tras la entrevista con el matrimonio, Sofía llegó a la conclusión de que, si bien tenían motivos de sobra para estar resentidos con Cristomo, no tenían la suficiente astucia como para robar el diamante Lancaster, y tampoco el dinero para contratar a alguien que lo hiciera por ellos. Eran otros dos nombres que podía tachar de su lista de sospechosos.

En la acera donde se ubicaba el domicilio de los dentistas, le aguardaba el hombre de seguridad que la acompañaba por orden de Lucas. Había acudido a buscarla con un vehículo propio.

—Nada de transporte público —le dijo el abogado, mientras desayunaban con Nando en la cocina.

—Tengo el coche en el taller. No puedo ir de un sitio a otro andando. Y a golpe de taxi menos.

—No te preocupes. Algo se me ocurrirá.

De modo que de un plumazo tenía guardaespaldas y chófer, todo en uno, en la figura de un serio exmilitar con cara de malas pulgas. En silencio la había llevado a entrevistarse con los dentistas, y de igual modo la llevaba de vuelta.

Desanimada por sus infructuosos encuentros de la mañana, ella tampoco tenía ganas de hablar. Debía de hacer un esfuerzo. No podía recoger a Nando y a Marta en el colegio con cara de disgusto. A pesar de su buena voluntad, fue incapaz de evitar estar distraída, sumida en sus pensamientos, sin lograr prestar atención a lo que los pequeños le contaban.

—¡Mami! ¡Mami!

—¿Qué pasa cariño? —le preguntó al niño, al ser consciente de que llevaba un rato hablándole.

—Lucas está allí. Nos hace señas con la mano. ¿No le ves?

Sofía miró hacía donde su hijo le señalaba y un agradable sentimiento de alegría recorrió su cuerpo. El abogado estaba con el nudo de la corbata desabrochado, apoyado en un vehículo cerca del portal de su edificio. Al volante, estaba uno de los hombres que había contratado a modo de seguridad, en tanto el de la detective les seguía de cerca, sin dejar de observar lo que les rodeaba.

No se podía estar más guapo, era imposible. Aunque ella siempre había creído que le iban más los hombres con un punto canalla, el abogado había roto sus esquemas. Parecía el típico empollón, con la cabeza enterrada en los libros, y sin saber cómo divertirse. Lucas era un profesional, diligente en su trabajo y con una fe ferviente en las leyes y la justicia. No obstante, no había dudado en jugársela por su cliente, en su increíble afán de ayudarle. Un hombre así sabía valorar lo que de verdad era importante en la vida.

Lucas se alegraba de haberse quitado la chaqueta. Su temperatura corporal había subido varios grados al ver a la detective acercarse hacia él. Aquellos ojos verdes eran capaces de hacerle olvidar hasta su nombre. Había pensado que nunca viviría una pasión de verdad. Se había hecho a la idea de que Amanda era lo que más le convenía y se había conformado. Se había acostumbrado a amarla sin hacerlo en realidad. Nunca se hubiera imaginado, que intentar devolver el anillo con el que le había pedido matrimonio a su expareja, podría llevarle hasta alguien que pondría a prueba los cimientos de su existencia.

Esa tarde tenía que haberse reunido con sus amigos Juan y Diego en casa del último para ver el partido, con una buena provisión de cervezas y unos bocadillos de lomo con pimientos de su bar favorito. No había dudado ni un instante en llamarlos con el fin de anunciarles que no acudiría a su cita.

—¿Cómo que no vas a venir? Tío, es el partido del año. No puedes faltar. Tengo todo preparado en casa.

—Lo siento, Diego, pero hoy no puedo ir. Me ha surgido «un tema» —dijo Lucas eludiendo darle una respuesta sincera.

—¿Trabajo? —preguntó el oculista. No sería la primera vez que la complejidad de un caso, le obligaba a trabajar hasta altas horas de la noche.

—No —negó sin querer entrar en demasiados detalles. Pensó no decirles nada, si bien, cambio de idea. Podía encontrarse a sus amigos en cualquier parte y se enfadarían si les ocultaba la realidad—. He conocido a alguien.

—Espera que llamo a Juan y lo añado a la conversación. Si no lo hago, tendré que repetirle lo que me cuentes y se me olvidará algo.

—Déjale, estará en algún juicio —pidió Lucas, asustado al ver cómo una conversación de un minuto para excusar su ausencia, se transformaba en una confesión telefónica a tres bandas.

Su amigo era juez en una población cercana. Prefería vivir en Basema, donde no corría el riesgo de encontrarse por la calle a algún acusado que hubiera tenido ante él en un juicio; o algún abogado que intentara que intercediera por su defendido. Allí podía salir a comer a un restaurante, sin temer que alguien se acercara a su mesa.

—¿Qué pasa? ¿No tenéis que trabajar? —preguntó extrañado por la llamada de sus amigos en horario laboral.

—Juan, Lucas tiene novia.

La afirmación de Diego hizo que dejara los documentos que estaba leyendo en la mesa y prestara toda su atención a lo que le contaba.

—No es mi novia —replicó el moreno enfadado—. Solo he dicho que he conocido a alguien. Estamos tonteando. No es nada serio.

—No viene al partido por ella —apuntó el oculista para resaltar la importancia de sus palabras.

—Entonces es serio —concluyó Juan—. ¿Has quedado hoy con ella? ¿Vais a cenar? ¿Dónde la vas a llevar?

—¡No vamos a ir a ningún sitio! Nos quedaremos en casa tranquilos con los niños —Lucas dejó de hablar. Sabía que acababa de meter la pata. El enfado por la curiosidad desmedida de sus amigos le había hecho contar más de lo que debía.

—¿Niños? —preguntó Diego.

—¿Quedarnos en casa? —inquirió Juan.

—Es largo de explicar. Cuando nos veamos en persona seré más explícito —aseguró, al recordar que, aunque estuviera hablando en la calle, y desde un móvil limpio según Fabi, no podía fiarse de que le estuvieran escuchando oídos indiscretos. No quería implicar a sus amigos en el robo del diamante, ni con los rusos—. Solo os puedo decir que se llama Sofía, y que, por un tema delicado, está pasando unos días en casa con su hijo Nando. Y ahora os tengo que dejar.

Lucas cortó la llamada sin prestar atención a la lluvia de preguntas

que desde el otro lado de la línea le estaban llegando. Horas más tarde, asfixiado por el calor sofocante del mediodía, a la puerta de la agencia de Sofía, estaba seguro de que no se iba a arrepentir de haber cambiado sus planes. Cuando vio a Nando corriendo hacia él, se agachó y abrió los brazos para recibir al niño en ellos. Una niña, aquejada de pronto de un conato de suprema vergüenza, se apretaba contra las piernas de Sofía, que en vano trataba de animarla a saludarle.

—Hola, Marta. ¿Qué tal estás? No nos vemos desde la noche de la pizzería—afirmó el hombre sin apartar la mirada de la pequeña.

Desde arriba, unos ojos verdes lo observaban con anhelo y deseo. Para la detective, estaba *sexy* hasta cuando mostraba su lado tierno con los chiquillos. Parecía una adolescente con las hormonas alborotadas, era ver al abogado y se ponía a babear. Se había cruzado con hombres guapos y atractivos en otras ocasiones, pero Lucas era diferente. ¡Era lo más! Como diría Fabi.

—Tu primo y tu tía van a venir a jugar a mi piscina esta tarde, ¿quieres venir tú también?

—¿Y mi mamá puede venir con nosotros? —quiso saber la niña atreviéndose a volver la cabeza hacía él. Si su mami iba, ya no tendría nada que temer. Nando le había hablado de su «amigo grande». Decía que era guay, pero era un mayor, al fin y al cabo. El día que habían cenado juntos, él había sido simpático. Aunque con aquel traje, se le veía muy serio y poco divertido, por mucho que dijera su primo.

—Por supuesto —le aseguró él.

—¡¡¡Bien!!! —exclamaron contentos los primitos.

Antes de ir a recoger a los niños, Sofía le había llamado para decirle que a su cuñada le gustaría acompañarlos. Aunque ella no trabaja esos días por la tarde, su marido Mario, el hermano de Sofía, sí debía hacerlo. Sin los niños, sería una tarde aburrida sola en la piscina pública. La idea de disfrutar de un lugar para nadar y tomar el sol, solo para ellos, sin niños corriendo alrededor con pistolas de agua y zambulléndose de golpe, era de lo más atrayente. Ana no había parado de pedirle a Sofía que le preguntara a Lucas si podía ir, y la detective no había podido negarse. De esa forma después de cenar, la madre y la hija podrían regresar a casa en el coche juntas, y si Nando se dormía pronto, ellos dos tendrían un rato para hablar sobre el caso entre otras cosas.

—Ya estoy aquí. Hola, chicos. Creo que lo traigo todo.

La cuñada de Sofía salió del portal cargada con las bolsas de piscina. Había regresado del instituto donde trabaja unos minutos antes, que había empleado en coger los bañadores, toallas, manguitos y demás objetos que pudieran necesitar. El abogado sonrió. Estaba claro que las dos jóvenes habían hablado, y ya tenían planeado que los

acompañarían esa tarde. Ahora sí que se iban a reír sus amigos, tarde familiar en la piscina. Él mismo lo hubiera hecho la semana anterior.

—Hola, Ana. Soy Lucas. Deja que te ayude —se ofreció el hombre galante. Observó con detenimiento a la recién llegada. Sin duda la niña que parloteaba con su primo se parecía a su madre.

La amiga y cuñada de Sofía había salido del portal, cargada con dos bolsas de piscina, ya que la madre de Nando no había tenido tiempo de ir a recoger la suya, y una mochila a la espalda. De constitución delgada y baja estatura, el peso parecía que la iba a hacer caer al suelo de un momento a otro. Marta había heredado sus ojos marrones y su pelo liso, aunque su sonrisa era Valverde. Los genes paternos se dejaban ver en ella. Tenía ganas de conocer al hermano de Sofía, estaba seguro de que al menos en eso, sería como ellas dos.

—¿Entraremos en el coche? —preguntó Ana al ver que, junto con los dos hombres de seguridad, hacían un total de cinco adultos y dos niños.

—Es para siete plazas —respondió divertido Lucas al ver la cara de sorpresa de Sofía, cuando abrió la puerta para que se subieran—. Además, tenemos otro coche, por si preferís viajar separados.

—¡No! —exclamó Marta.

—¡Juntos! ¡Porfi! ¡Porfi! —rogó Nando, al que no le resultaba tan emocionante ir cada uno en un vehículo.

El biplaza deportivo se había quedado aparcado en el garaje junto con el BMW con el que solía ir a trabajar. El monovolumen con el que había ido a recoger a las mujeres y a los niños, no solo tenía suficientes plazas para ellos y sus guardaespaldas, sino que venía equipado con carrocería blindada y cristales antibalas, algo que no pasó inadvertido para la detective.

—Entonces, está decidido. Todos dentro —ordenó Lucas sonriendo.

—Pelín paranoico —le susurró Sofía al abogado, al sentarse junto a él en la segunda fila del vehículo. Los niños, con Ana, iban en la última fila, y en la primera, los de seguridad—. Ni que fuéramos jefes de estado o ministros.

—Con los rusos no se sabe —le respondió, para a continuación robarle un beso, aprovechando que los demás estaban ocupados abrochándose los cinturones.

—¿Qué crees? ¿Qué nos van a lanzar un misil?

Lucas prefirió no contestar y mantenerse en silencio, sin mencionarle las otras medidas que había tomado. Había pecado de ingenuo al colarse en la joyería, y al no proteger su despacho de manera adecuada, igual que no había considerado en ningún momento la posibilidad de que hicieran lo mismo en el lugar de trabajo de Sofía. El que lo hubieran hecho en su piso, donde aquel pequeño que charlaba sin descanso detrás de ellos con su prima, vivía



feliz, no lo iba pasar por alto.



CAPÍTULO 13

Sofía le había contado a Ana que la casa estaba en las afueras y era bastante grande. Se había imaginado una casa de una planta con un coqueto jardín, pero sencillo. No estaba preparada para semejante lujo. Era como si hubiera sido abducida por uno de esos programas de televisión, en los que la gente compraba una de esas inmensas edificaciones, que después reformaba y decoraba una simpática pareja sin reparar en gastos.

—No pongas esa cara —le susurró su cuñada—. Te dije que era en esa urbanización tan exclusiva. ¿Qué creías?

—Pensé que querías decir que estaba en la zona, no dentro de ella. Ya sabes, en los alrededores.

Un jardinero estaba guardando la máquina de cortar el césped en un cobertizo aledaño al garaje. El aire olía a hierba recién cortada, mezclada con fragantes aromas de flores.

—Lo conozco —afirmó Lucas al percatarse del envaramiento de los hombres de seguridad—. Viene dos veces por semana desde hace cinco años. Cuando me mudé aquí, lo contraté. Trabaja también para otros propietarios. Es de absoluta confianza.

Una mujer de unos sesenta años acudió a la puerta a recibirles con una sonrisa. Llevaba un uniforme azul, tipo pijama, con un impoluto delantal blanco.

—Buenos días, Dolores.

—Ya casi tardes, señor. Es la hora de comer. Se han retrasado un poco, la paella no estará tan buena —rezongó haciendo reír con ternura a Sofía. Su comportamiento casi maternal con el abogado era entrañable.

—Te he dicho que me llames Lucas —la reprendió con cariño él —. Ellos son Sofía y Nando, nuestros huéspedes. Ana y Marta serán nuestras invitadas hoy. Son amigos, puedes tutearme, como siempre.

—Espero que no seamos mucha molestia para usted —dijo la detective a modo de disculpa.

—Para nada, mi niña —respondió la buena mujer acariciando el pelo del pequeño, que pasó por su lado a la carrera tirando del brazo de su prima para enseñarle la piscina. Los otros hombres debían de ser los miembros del equipo de seguridad, que el dueño de la casa le había dicho que había contratado. Esos dos sí que la incomodaban. Nunca habían tenido gente así allí. Era una situación muy extraña y

difícil de comprender para ella.

—¡Chicos, quietos! Primero hay que comer —les regañó Ana, yendo detrás de ellos.

—Sin Dolores no sé qué sería de mí —aseguró el dueño de la casa, para orgullo de la aludida—. Viene de lunes a viernes a hacerme la comida y dar un repaso al dormitorio y al baño. Con Lucía, una asistenta que viene tres veces por semana, mantiene así de resplandeciente el resto de las habitaciones.

—La comida y la cena. ¡Que bien que te gusta que te deje la nevera llena de táperes para la noche y el fin de semana!

—Es que como tú no cocina nadie —afirmó él zalamero.

—¡Adulador!

Por más que insistieron, Dolores no se marchó a su casa hasta asegurarse de que la comida era del agrado de todos. Incluso hizo unos bocadillos para los guardaespaldas antes de que cambiaran de turno. Por mucho que le desagradara su presencia, no iba a dejarlos sin comer. Nadie se quedaba con hambre si ella estaba presente. Antes de irse, Nando le hizo prometer que le haría una fuente de arroz con leche para él solo al día siguiente.

—Mamá no sabe, y el del supermercado está muy malo —aseguró para sonrojo de su madre.

Se había comido dos raciones de natillas, y no habían sido tres porque ya no quedaban más. ¡Estaban riquísimas!

Lucas tenía que terminar de preparar unos escritos que debía hacer llegar a diferentes juzgados en los días venideros, de modo que se encerró en el despacho de su casa, en lugar de regresar a la ciudad por la tarde. De alguna extraña manera, le relajaba escuchar los gritos de los niños al jugar en el jardín, y el ronroneo de la conversación que Sofía y Ana mantenían a lo lejos. No captaba sus palabras, pero era agradable sentir que la alegría y la vida llenaban la casa en lugar del silencio habitual, que a veces podía resultar más ensordecedor que una radio a todo volumen.

—Te gusta el abogado.

—Somos amigos, nada más.

—Con derecho a roce, diría yo. ¿Os habéis acostado? Está como un queso. No me irás a decir que no te pone, porque no me lo voy a creer. Te he pillado mirándole varías veces cuando él estaba distraído.

—Sí, hemos tenido sexo —respondió Sofía bajando la voz. No quería que los niños ni el objeto de su conversación oyeran nada.

—¿Y qué tal? —quiso saber Ana con interés—. Cuenta, cuenta. No te hagas de rogar.

—Muy bien —respondió escueta. Era demasiado pudorosa como para explayarse con los detalles de sus fogosos encuentros con Lucas.

—Lo sabía —rio la madre de Marta—. Sé que quisiste a Fernando

con locura, y que durante estos años has guardado su ausencia, salvo algún rollete fugaz. Sin embargo, eres joven. Es hora de que rehagas tu vida. Además, por lo que he visto, Nando y Lucas se llevan a las mil maravillas.

—Los dos están locos por los cómics y los superhéroes. Se pasan horas hablando sobre ellos. Me traen de cabeza con tanto nombrecito. Que si no sé quién es amigo de no sé cual, pero enemigo de aquel otro. ¡Puf! Un lío.

—Caray con el abogado. Con lo serio que parece, resulta que es una fiera en la cama y un friki de los tebeos.

—¡No he dicho eso! —exclamó sonrojándose Sofía.

—La sonrisa de bobalicona que pones cuando hablas de él, y la luminosidad de tu piel, dicen lo contrario. Has follado y bien. Es el mejor tratamiento de belleza. Se estimula el riego sanguíneo por cada centímetro del cuerpo. Por no hablar de que se ejercitan todos los músculos. Es como una clase intensiva de aeróbic, pero mucho más satisfactoria.

—¡Serás bruta! —exclamó Sofía muerta de risa.

Ana no tuvo ocasión de responder a su amiga, porque el dueño de la casa hizo su aparición en el jardín con un bañador, que permitía apreciar su cuidada anatomía. Sofía le hizo un guiño cómplice a su cuñada. Lucas no solo se reunía con sus amigos para ver partidos de fútbol, también iban juntos a jugar al tenis con frecuencia al terminar de trabajar por las noches. Incluso algunos domingos hacían rutas por la sierra cercana con sus bicicletas. Ambos deportes hacían que su cuerpo se mantuviera fibroso, sin un gramo de grasa, y con cierto tono muscular que hacía que el bañador le sentara igual de bien que los trajes con corbata.

—¡Vamos, chicas! ¿A qué estáis esperando? —les preguntó Lucas desde el agua con los dos niños peleándose por subirse a su espalda. Cuando vio a Sofía con su escueto bikini verde, pensó que moriría de combustión espontanea allí mismo. Gracias a que el agua estaba más fría que el exterior, pudo bajar su temperatura corporal y el abultamiento surgido entre sus piernas. Había sido rápido, y esperaba que ni los niños ni las mujeres se hubieran dado cuenta de nada.

Las dos cuñadas no lo dudaron y aceptaron el reto. Se levantaron de sus tumbonas y se lanzaron a la piscina. Fueron horas de diversión, chapuzones y sol. Sofía no recordaba la última vez que había desconectado tanto de su trabajo y se había divertido de ese modo.

Ana no se quedó a cenar pese a las súplicas de su hija, quería reunirse con su marido y pasar un rato juntos. Mario en julio y agosto tendría tardes libres, pero hasta el treinta de junio seguía con sus turnos habituales. Él estaba deseando disfrutar de su familia unas horas.

—Mañana por la tarde repetimos —le aseguró a su hija.
—Un poquito más…
—Cariño, papá nos espera en casa con una tortilla de patata de las que te gustan, y helado de chocolate.
—¡Bien! —exclamó contenta la pequeña olvidando su disgusto por marcharse de aquella casa en la que se lo estaba pasando en grande.
Eran las once cuando, un dormido Nando, era subido en brazos a su habitación por su madre. Esa noche no habría cuento porque el pequeño era incapaz de mantener los ojos abiertos, de lo agotado y extenuado que estaba. Ni pestañeó al ponerle el pijama y taparle con la sábana. Satisfecha, salió del cuarto sin hacer ruido.
El sonido de su móvil rompió la tranquilidad del momento. La planta de arriba de la casa de Lucas estaba en silencio, así que hasta sus oídos llegó con claridad el tono de una llamada entrante. La detective lo había dejado olvidado en su bolso, en la habitación donde tenía sus cosas. No se había acordado de él ni un segundo desde la hora de la comida.
Era Cristomo González. La había estado llamando con insistencia. Tenía ocho llamadas perdidas de él. Aquella era la novena y se cortó nada más abrir ella el bolso. No tenía más remedio que averiguar qué deseaba.
—Tendré que responderle —dijo a modo de excusa ante la cara de fastidio de Lucas, que subía por la escalera a buscarla, ya que quería jugar a otro tipo de juegos, más de adultos, con ella.
Sofía pasó a su lado como una exhalación y salió al porche. Había conversaciones que prefería tener al aire libre y a solas. El dueño de la joyería respondió al segundo tono.
—¿Dónde se ha metido? —preguntó sin saludarla. Estaba visto que la buena educación la guardaba para sus refinados clientes.
—He estado ocupada —respondió ella.
Debía de reconocer que esa tarde se había olvidado de todo lo que representaba trabajo y se había dedicado a ser una madre, jugando con su hijo en el agua, acompañada de buenos amigos. Sin embargo, durante la mañana se había entrevistado con tantos posibles sospechosos, que sus caras se confundían en su mente. No podía reprocharle que no hubiera dedicado tiempo a la investigación.
—Ya sabrá quién es el responsable —gruñó Cristomo.
—Casi —mintió Sofía—. Su lista de enemigos es larga. Con sus turbios negocios y las extorsiones a las que somete a sus clientes, hay un buen número de candidatos a ser el ladrón que entró en su negocio. Pensándolo bien, tendré que cobrarle un plus por kilometraje. Algunos no pueden venir a mi agencia y tengo que ir a verlos a sus casas o lugares de trabajo.
—Ya le dije en quién debería centrarse. Ese abogaducho…

—¡Lucas no fue! —exclamó ella al perder los nervios. Estaba cansada de que el joyero siguiera insistiendo en culparle. Aunque no tuviera una relación con él, sus explicaciones de lo que había ocurrido al quedarse solo en la habitación de la caja fuerte, habían sido más que satisfactorias. El allanamiento de su despacho no hacía más que confirmar que era tan víctima, como el propio Cristomo.

—Lo niega porque tiene una aventura con él —afirmó sibilino. A Sofía no le gustó ni un pelo que estuviera al tanto de su acercamiento con el abogado. Sin duda los rusos habían sido los encargados de informar al joyero.

—Le creía más inteligente. ¿De verdad piensa que alguien con su posición y su dinero haría algo así? ¿Aún no se ha dado cuenta de que lo han hecho para fastidiarle? Si fuera una simple cuestión monetaria, su caja fuerte estaría vacía. Al llevarse solo uno de los diamantes, han demostrado que se trata de una venganza personal. Hacia usted, sus amigos rusos o el jeque Abil. Quizás contra los tres.

—El plazo se acaba mañana. Recuérdelo —le dijo el joyero en un tono de voz que parecía más una amenaza que un recordatorio. Sin esperar una réplica por parte de Sofía, cortó la llamada.

La detective se quedó algo preocupada. Se había implicado demasiado en el caso, o mejor dicho con su principal sospechoso, hasta el punto de que su propio hijo, lo que más quería en la vida, estaba durmiendo bajo su techo. ¿Y si los árboles no le dejaban ver el bosque? Lucas podría haberle mentido con lo de su cliente. Haber fabricado una excusa creíble para hacerse con el diamante. ¿Pero qué ganaba con ello? A tenor del lujo que le rodeaba, nada.

El calor de unas ardientes manos en sus hombros le hizo darse cuenta de que se había quedado algo fría tras hablar por teléfono. Unos labios de fuego besaron su cuello, allí donde se iniciaba el nacimiento del pelo detrás de la oreja. Apoyó su espalda contra el pecho de él, deleitándose en su aroma. Sus dudas se evaporaron, o al menos, se quedaron agazapadas en un rincón de su subconsciente. Si aquel hombre la estaba engañando, era el mismo demonio disfrazado de tentación. Como Adán mordió la manzana que le tendió Eva, ella se giró y mordió los labios de Lucas. Sabían a menta y a regaliz.

—Deberíamos entrar —sugirió él, cogiéndola en brazos y llevándola al sofá del salón.

—Fuera no se estaba tan mal —protestó la detective al notar bajo su espalda un juguete de Nando. No sin esfuerzo, porque el guapo hombre que tenía sobre ella trataba de quitarle la camisola que llevaba, a la vez que ella sacaba el coche de bomberos de su escondite, consiguió ponerse cómoda.

—Tienes la piel fría —aseguró al acariciar su pecho derecho con su mejilla—. Por cierto, te recuerdo que no estamos solos. En el jardín

hay un hombre de seguridad vigilando la casa.

—¡¡Qué!! —exclamó ella intentando incorporarse y cubrirse con una toalla que descansaba en el respaldo, algo que él no permitió.

—Tranquila —rio él—. Cuando tú estabas fuera, él estaba en la puerta delantera. No ha visto cómo te «he secuestrado» y te he reducido con mis besos.

—Me «he dejado secuestrar». No seas prepotente. Si yo no quisiera, no estarías jugando con mis pechos y tampoco…

Sofía no puedo continuar hablando. La boca de Lucas había ido descendiendo desde sus senos, por su estómago, recorriendo y lamiendo su ombligo, hasta llegar a la cinturilla de su pantalón. De un tirón había logrado deshacer el nudo del cordón que lo sujetaba, aflojándolo, permitiendo así el acceso a sus braguitas. Estaban húmedas y empapadas. Aquel hombre lograba hacer que se derritiera al menor contacto.

Con manos ágiles y diestras, el resto de su ropa siguió el camino de su camisola, apilándose en un montón sobre la alfombra. No veía la cara de su amante, que permanecía enterrada entre sus piernas. Sus besos habían encontrado su objetivo. Su lengua embromaba su clítoris, llevándola al éxtasis más devastador y enloquecedor.

Sin fuerzas, con los miembros desmadejados en los cojines, incapaz de moverse, dejó que Lucas volviera a tomarla en brazos para llevarla desnuda hasta su dormitorio. Una pequeña luz en su mente le recordó que aquello era lo más apropiado, ya que tanto los de seguridad, como su propio hijo, podían encontrarlos en una actitud algo embarazosa para ojos ajenos.

—Llevas demasiada ropa —enfatizó Sofía tirando de la camiseta de Lucas con el fin de quitársela, una vez que estuvieron a salvo de ojos indiscretos. Con rapidez él hizo lo mismo con su pantalón y sus calzoncillos, mostrando su miembro enhiesto y viril—. ¿Eso quiere decir que te gusto? —preguntó con picardía.

—Mi cuerpo me traiciona. Habla por sí solo.

—Entonces haré caso a tu cuerpo, y me olvidaré de tu cabecita de leguleyo.

No, definitivamente, él era inocente. En caso contrario estaría perdida.



CAPÍTULO 14

Como dos zombis, Lucas y Sofía se arrastraron hasta la cocina para desayunar con Nando. Decir que habían dormido poco sería un eufemismo, no habían dormido nada. Y en cuanto a trabajar, mucho menos aún. El diamante Lancaster y Cristomo habían quedado olvidados en un rincón de la mente. Era como si no se cansaran el uno del otro, y se estuviesen disputando el primer puesto por conocer el cuerpo ajeno, hasta el último pliegue de la piel.

—¿Zumo? —le ofreció el abogado, después de abrir la nevera y sacar un envase de cartón.

—Para el niño sí, para mí un café doble bien cargado. Mejor triple, y un ibuprofeno.

—¿Agujetas? ¿Has hecho ejercicio anoche?

La detective lo fulminó con la mirada. Ni de una clase de aeróbic o *spinning* salía tan agotada. Él debía de estar igual, aunque presumiera de lo contrario. Las pequeñas ojeras, que las gafas de ver que se había puesto no lograban disimular, le delataban.

—¿Cereales o tostadas? Yo me voy a hacer unas, ¿quieres tú?

Lucas encendió la cafetera y llenó el filtro de café tostado, que sacó de una bolsa plateada. El agradable olor llenó la estancia de inmediato.

—Sí, por favor —le respondió sentándose junto a su niño.

Al cabo de diez minutos, la detective tenía ante ella un rico desayuno. Creía que no tenía hambre, pero las tostadas con mantequilla y mermelada estaban deliciosas. Estaban hechas con una hogaza de pan reciente, que Dolores traía por las mañanas del panadero de su pueblo. En la capital no había panes así. Ese en concreto era del día anterior y, sin embargo, estaba tierno. Los de los supermercados los comprabas por la mañana, y a la hora de la cena ya estaban duros.

—Mami, no quiero ir a la escuela de verano, quiero quedarme jugando en la piscina —imploró el pequeño entre cuchara y cuchara de leche con cereales. Tenía un adorable bigote blanco encima de su labio y migas por la barbilla.

—A mí también me gustaría quedarme, cariño, pero tengo que ir a trabajar.

—Puedo quedarme aquí yo —aseguró Nando.

—Lucas se tiene que ir a su despacho. ¿No querrás quedarte aquí

solito?

Su madre podía ver como la férrea determinación del niño empezaba a resquebrajarse.

—Tu prima Marta estará allí —añadió la joven al ver que sus argumentos no terminaban de convencer al pequeño. Mencionar a la niña era un golpe bajo, pero decisivo para que accediera de buen grado a ir al colegio—. Venga, que luego te quejas porque durante el curso no podéis ir juntos a clase. Ahora no pasa eso. Tienes que aprovecharlo, y contarles a tus amiguitos lo bien que te lo pasaste ayer.

—Valeee, voy al cole.

—Venga. Termina el desayuno, nos lavamos los dientes y nos vamos.

El abogado había asistido en silencio a la conversación de los dos. Eran igual de adorables y tenían el mismo buen carácter. Se parecían tanto en lo físico como en la forma de ser. No se podía negar que eran madre e hijo. ¡Y aquellos malditos rusos los tenían en el punto de mira! En buena hora entró su cliente en su despacho. Lo único bueno de aquel embrollo era haber conocido a la detective.

La casa de Lucas estaba a unos veinte minutos del centro, por lo que se habían visto obligados a levantarse más pronto aún. Sofía soñaba con echar una cabezadita en el sofá de su oficina, pero no podría hacerlo. Debía ir a la joyería a entrevistarse con Cristomo. Quería enseñarle la lista de «clientes descontentos» con la que habían estado trabajando. Tal vez él pudiera darles una pista sobre algún detalle que desconocían. No entendía por qué seguía siendo tan hermético. Sus turbias relaciones con los rusos ya habían salido a la luz.

Primero pararon en el portal del hogar de la detective para recoger a Marta, y luego, llevaron a los niños al colegio. Al bajarse del coche, Sofía evitó mirar hacia Lucas para no ver como Nando le daba un abrazo y un sonoro beso a modo de despedida. Incluso la tímida niña se colgó con cariño del cuello del abogado. Algo en su interior se removió al recordar situaciones parecidas con su marido, al llevar al niño a la guardería. De forma inconsciente era como si el abogado ocupara el lugar de Fernando, cosa para lo que no sabía si estaba preparada.

Lo que si vio fue cómo las madres de los otros niños que compartían aula con su hijo, se quedaban con la boca abierta observando al pedazo de hombre que tenía a su lado. Su traje de chaqueta y su corbata no hacían más que aumentar su de por sí elevado atractivo. El coche con el guardaespaldas de conductor, le daba un aire a lo protagonista de las novelas románticas que su cuñada leía con avidez, y no dejaba de comentarle en sus

conversaciones. Ella era más de novelas de intriga y series policíacas, pero tenía que reconocer, que alguna que otra vez, había caído en la tentación y le había pedido a Ana que le pasara algún ejemplar de su biblioteca personal. Era relajante no pensar en los problemas del día a día, y dejarse atrapar por las vicisitudes por las que pasaban los personajes.

Para sus adentros se alegró de la envidia que veía en sus ojos. Las madres y padres del AMPA la miraban a menudo con una mezcla de lástima, por ser viuda, y de reproche por sus continuos despistes y olvidos. Si no fuera por Ana, Nando no llevaría almuerzo la mitad de los días, y no tendría la mayor parte del material escolar que necesitaba. No es que Sofía no quisiera comprárselo, es que se le solía olvidar por estar enfrascada trabajando en algún caso. Por mucho que le asegurara a su cuñada que no volvería a pasar, era Fabi el que acudía con frecuencia a su rescate, impidiendo que se convirtiera en la peor madre del año por goleada.

De las excursiones se enteraba porque el niño la perseguía por las habitaciones con la solicitud de la aprobación en la mano, hasta que la firmaba. Pobrecillo, en algunos casos era más responsable que ella. Su padre le decía:

—Aprende de tu hijo. A veces tiene más cabeza que tú.

Al cascarrabias militar no le podía quitar la razón cuando afirmaba eso. Nando era su pequeño hombrecito.

De repente, Lucas la atrajo hacia él y le dio un beso en los labios que duró más que de lo que las buenas maneras en la puerta de un colegio aconsejaban.

—Estamos dando un espectáculo —se quejó ella en voz baja, de forma poco fehaciente, debido a las risas que llenaban su afirmación.

—Quiero que a ese padre de las gafas, que está dejando a ese niño de rizos rubios, le quede claro que eres mía.

—¡Serás troglodita! —exclamó Sofía separándose de Lucas y golpeándole el pecho con las manos.

—No has visto cómo te mira. Estos vaqueros ajustados y esa camiseta roja, atraen demasiado la atención masculina —repuso como buen abogado haciendo un alegato, para acto seguido abrirle la puerta del coche.

La detective entró en el vehículo a fin de recorrer los escasos metros que separaban el colegio del edificio donde estaba la agencia. Se guardó la protesta que estaba a punto de salir de sus labios, al notar un ligero tono de celos en la afirmación de Lucas. Aquel era un sentimiento que hacía años que nadie sentía por ella. De repente se sintió más vital que en mucho tiempo.

Con un rápido gesto atrapó el rostro del hombre, que tenía sentado junto a ella rebuscando en su maletín, entre sus manos y lo besó con

pasión, sin importarle que los guardaespaldas que los acompañaban los vieran.

—Teníamos que haber hecho caso a Nando y quedarnos en casa —dijo Lucas cuando los labios de ella se separaron de los suyos.

—Tú tienes clientes esperando en tu bufete y yo a un joyero enfadado con el que tengo que hablar.

—No vas a ir sola. No me fío. El responsable de tu seguridad va contigo. Sin protestas.

—Te recuerdo que he sido policía varios años. No soy una mujercita indefensa que necesite que la defiendan.

—Y yo te recuerdo que han entrado en tu casa, en tu oficina y en mi despacho. La mafia rusa está enfadada, y un jeque que tiene comprada a media ciudad tampoco está muy contento.

Para no discutir le dijo que le haría caso. La agencia tenía una salida trasera, que pensaba utilizar para acudir a su cita sin ser vista. Darle esquinazo al grandullón que tenía pegado al cuello por culpa de Lucas no sería complicado. Sin embargo, el abogado parecía adelantarse a sus triquiñuelas antes incluso de que las pensara.

—¿Dónde vamos? —preguntó al percatarse de que pasaban de largo el portal, donde un confundido Fabi los veía pasar con dos vasos de café en las manos —. La agencia está ahí mismo.

—Me queda de camino. Os llevó a ti y a Boris a la joyería. Así no tienes que ir yendo y viniendo.

—Eres un desconfiado.

—Te voy conociendo. ¿O crees que no he visto como ponías los ojos en blanco cuando te he aconsejado ir acompañada?

De modo que esa mole de músculos y testosterona que tenía sentada delante suya se llamaba Boris. Tenía pinta de haber servido en el ejército de algún país de Europa del Este. Incluso en Rusia. Eso no le gustaba. Podía ser amigo de Alexander y como tontos habían dejado que un infiltrado de los rusos se colara en sus filas, pero si Lucas se fiaba de él, por algo sería. En esos últimos días había descubierto que el abogado era puntilloso y detallista hasta el extremo. No dejaba nada al azar como solía hacer ella.

Además, era ordenado. Un par de veces había dejado una taza en la cocina mal colocada, o le había movido un artículo de aseo de sitio en el baño. Divertida, había visto como no pasaba ni un minuto sin que Lucas fuera detrás de ella, y volviera a ponerlo donde debía estar. Cuando habían subido a su piso a recoger sus cosas para irse a vivir unos días con él, sus ojos se habían abierto de forma desmesurada al ver el caos de su hogar, si bien, había hecho un esfuerzo para no decir nada. Había pensado recoger la casa al volver de trabajar antes de cenar. Sin embargo, hasta ella tenía que reconocer, que esa tarde parecía que había pasado un vendaval por allí.

—Hemos llegado. Suerte con las entrevistas.

—Gracias. Este caso me está empezando a cansar —confesó Sofía—. Demasiados intereses cruzados.

—¡Ánimo! Ya verás como hoy encuentras al culpable.

Lucas se despidió de ella con un rápido beso en los labios que hizo sonreír a la detective.

—Luego te llamo —le dijo cuando se bajó del coche seguida por su guardaespaldas.

Empujó la puerta de la joyería y encontró a la encargada, Francis, colocando unos collares en una vitrina. María estaba haciendo una somera limpieza con un plumero, y el otro dependiente, Jorge, se afanaba en ordenar por tamaños una bandeja de alianzas. Como fue el único que no la miró con desagrado al ver que no era una clienta, fue a él a quien se dirigió.

—Quería ver al señor González. ¿Está en su despacho?

—Sí. Voy a avisarle —dijo con diligencia el joven.

—No hace falta, Jorge —ordenó la encargada—. Sigue con lo que estás haciendo, ya voy yo.

La adusta mujer se estiró la chaqueta, se alisó la falda y se quitó una inexistente mota de polvo de la manga. Subida en unos tacones de infarto, miró las zapatillas azules con lunares blancos, de la tienda de ropa de la esquina, que completaban el atuendo de la detective. Cómodas, sencillas y prácticas. Le hizo un gesto con la mano para que esperara. La detective pudo detectar una pizca de curiosidad en sus fieros ojos al ver a Boris a su lado. Tenía pinta de matón, eso no se podía negar, y su presencia era cuanto menos inquietante.

En unos segundos estuvo de vuelta con una falsa sonrisa de amabilidad adornando su rostro.

—Sígame. *Solo* usted —añadió remarcando la palabra «solo» con énfasis. Sofía estaba segura de que, si por ella hubiera sido, no hablaría con Cristomo. Se veía que se había quedado con ganas de echarla de allí.

—Tranquilo, no pasa nada. Enseguida vuelvo —le dijo a Boris al ver que este no tenía intención de hacer caso a la encargada.

—El señor Lucas me ordenó que no la perdiera de vista —aseguró el guardaespaldas sin perder la compostura.

—Pero…

—Dónde usted vaya, voy yo —afirmó mirando alternativamente a Sofía y a Francis.

La detective se encogió de hombros y se volvió hacia la encargada. Reconocía esa determinación. Nada, ni nadie, le harían cambiar de opinión. No se quedaría en la tienda tan tranquilo. Iría con ella con o sin permiso.

—Ya le ha oído. No perdamos más tiempo. Su jefe nos espera.

Francis no dijo ninguna palabra, si bien, la forma con la que hacía sonar sus tacones sobre el suelo de madera del pasillo, indicaba que estaba cuanto menos molesta por «su desobediencia».

Aunque los dos dependientes seguían concentrados en sus quehaceres sin levantar la vista, se escucharon unas risas ahogadas en un vano intento de disimularlas. Esa mujer tenía vocación de sargento. No sabía cómo sería atendiendo a las clientas, pero para los visitantes no deseados guardaba grandes dosis de hiel.

Por el rabillo del ojo vio como Boris caminaba detrás de ellas. Si los comentarios de la encargada le habían molestado, no lo demostraba. Sofía no dudaba que hubiera oído cosas peores, y que estuviera acostumbrado a no hacer caso de las negativas de sus protegidos.

Al aproximarse al despacho de Cristomo, se llevaron una sorpresa. El dueño de la tienda estaba fuera con cara de enfado y malhumor, con unas gafas de sol ocultando sus ojos.

—Francis, regresa con los demás. Gracias por todo —le dijo obligándola a marcharse.

—De nada, señor González —respondió sin evitar desviar la vista al interior de la habitación, donde se podía adivinar la presencia de tres hombres.

—Él no puede pasar —gruñó el cliente de Sofía al ver al guardaespaldas que la acompañaba.

Si Boris escuchó la orden, no hizo amago de obedecerla. Se estaba empezando a cansar de tanta insistencia para que se quedara esperando fuera como un buen perrito. Aquella detective se estaba metiendo en la boca del lobo ella solita, como una tonta. ¡Niñatas! Al menos el abogado parecía un hombre cabal, pero aquella mujercita no sabía a qué estaba jugando. Había reconocido a Alexander nada más ver a sus acompañantes. Eran los gemelos que le acompañaban desde hacía años. Desde que huyeron de la cárcel de Siberia donde los tres estaban recluidos por el mismo Putin.

Alexander había sido su mano derecha, su hombre en la sombra, hasta que se volvió peligroso en exceso. Estaba dotado de una inteligencia capaz de perpetrar los planes más oscuros. Tuvo miedo de él. Quiso alejarlo lo más posible. Donde no pudiera influir en su entorno. Debería haberlo matado, pero eso era algo que ni siquiera el dirigente ruso se atrevía a hacer. Habría sido firmar su propia sentencia de muerte.

Los gemelos le eran leales. Nunca traicionarían al hombre que los había sacado a ellos, y a sus familias tiempo más tarde, de la fría estepa siberiana. No hacían preguntas, se limitaban a hacer lo que Petrovich les pedía, y a asegurarse de que nadie atentaba contra él.

Aunque Sofía estaba asustada, controló sus nervios y solo un imperceptible tic en el párpado inferior de su ojo izquierdo la

delataba. Sin embargo, ninguno de los presentes tenía una vista tan aguda como para detectarlo. Levantó la cabeza y miró al jefe de la mafia rusa, que ocupaba la silla de Cristomo como si fuera el dueño de la joyería, algo que en el fondo era cierto.

—Así que al final se lo ha contado a sus amigos rusos —dijo en voz alta, sabiendo que el sudoroso hombre estaría detrás de ella, justo en la puerta por la que acaba de entrar.

—Nadie me roba sin que yo lo sepa —afirmó Alexander en un español con fuerte acento de su país natal.

—Eso explica el ojo morado y las dos uñas que le faltan en la mano derecha —asintió Sofía—. Debe doler.

La detective había logrado ver el moratón en la cara de González asomando por debajo de las gafas. Los dos apósitos en sus dedos, que había tratado de ocultar metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta, en un movimiento no lo suficiente rápido, le habían dado la pista de lo que había ocurrido. Como había sospechado desde que encontraron los dispositivos electrónicos de grabación en el bufete de Lucas, Petrovich no era ajeno a la desaparición del diamante blanco.

—Entiendo por qué la contrataste —afirmó Alexander con un gesto ladino que no le gustó nada a la detective—, aunque el trabajo le ha venido grande.

—No tengo la culpa de que la lista de estafados por ustedes sea tan larga. Tal vez si no hubieran enfadado a tanta gente, no tendríamos a tantos sospechosos que investigar.

—Además respondona. Toda una joya como las que vendes aquí, amigo Cristomo.

—¿Hubieras preferido que acudiera a la policía? —inquirió el aludido, cansado de aguantar los comentarios del patriarca ruso.

—Las disputas conyugales las dejan para cuando estén solos. ¿Por qué me han hecho venir? Estoy perdiendo unas horas preciosas teniendo esta conversación —preguntó Sofía. Chasqueó la lengua en un intento por mostrar fastidio y desgana.

—¡Quiero recuperar lo que es mío! —exclamó el ruso. Para remarcar sus palabras, se puso de pie y colocó sus manos, con un fuerte golpe, en el tablero de la mesa que tenía delante.

—Que yo sepa, todavía no lo es. Pertenece al jeque Abil, salvo que no pueda hacer frente a su deuda.

Sofía se había inclinado hacia delante y puesto sus palmas en la misma posición que las del ruso, de modo que su cara quedaba a unos centímetros escasos de la del mafioso. En su época de policía se había tenido que ver con tipos así. Tanta testosterona mal encarada hacía que pasara de estar asustada a estar enfadada, algo que sucedía pocas veces, pero que cuando ocurría, la convertía en un volcán en ebullición.

—A las doce de esta noche —dijo apretando los dientes Petrovich —. Ni un minuto más. A esa hora quiero el diamante y al culpable.

—Tengo una serie de nombres —afirmó la mujer a la vez que extraía su móvil del bolsillo trasero del pantalón. Lo inesperado de su gesto hizo que los gemelos sacaran sus armas apuntándola, a la vez que Boris sacaba la suya y hacía lo mismo, pero encañonando la desnuda cabeza rapada de Alexander—. Venga, chicos, que esto no es un concurso para ver quién la tiene más larga. Ahora nos vamos a sentar. Señor González, pase también. Les diré los nombres, y si de alguno tienen algo que contarme, me paran.

Cuando salieron de la joyería y dieron la vuelta a la esquina, Sofía tuvo que pararse, apoyarse contra la pared y tomar aire varias veces. Tenía los músculos de la espalda y los hombros tan contraídos que parecía una tabla. Toda la adrenalina que había sacudido su cuerpo la había abandonado de golpe. Necesita algo dulce. Chocolate. Fabi guardaba una tableta en su mesa. Siempre tenía una. Tendría que dársela. Su aire acondicionado le estaba costando más de lo pensado.

—Está loca. ¿Lo sabe? —le preguntó Boris. El hombre tenía un paquete de cigarrillos en la mano del que extrajo uno, para a continuación encenderlo y darle una calada con deleite.

No fumaba mientras trabajaba, consideraba que no daba buena imagen ver a un guardaespaldas haciéndolo si estaba cuidando a su protegido. Sin embargo, aquella joven de la camiseta roja, había roto sus esquemas esa mañana.

No, no era una damisela en apuros, ni una chiquilla indefensa. Había demostrado valor al enfrentarse a Alexander sin amilanarse. No había titubeado ni un instante al entrar en el despacho de aquel tal Cristomo y encontrarse al jefe de la mafia rusa en compañía de los gemelos. Había visto hombretones, con decenas de delitos a sus espaldas, aflojar los esfínteres cuando Petrovich se dirigía a ellos. De haberlo sabido, le habría cobrado tarifa doble al abogado por velar por su seguridad.

—Me lo dicen a menudo —respondió Sofía.



CAPÍTULO 15

Al regresar a su oficina tras su entrevista con Alexander, llamó a su cuñada para pedirle que esa tarde se hiciera cargo de los niños. Lucas y ella comerían con Nando en una pizzería, pero luego tendrían que ponerse a trabajar para repasar con Fabi uno a uno los nombres que tenían, contrastando los datos que habían hallado por su cuenta, y la información que Cristomo y su siniestro socio le habían dado. Cuanto antes encontrara al culpable, antes los sacaría de su vida.

—¿No te importa? —le preguntó Sofía a Ana por teléfono.

La había llamado al instituto donde trabajaba mañana y tarde, aunque desde el final del curso escolar tenía horario reducido de 9 a 14. Si por ella fuera, no lo cambiaría en todo el año.

—¿Ir a la mansión de un multimillonario para cuidar a dos niños en su piscina privada, y tomar una merienda exquisita elaborada por una cocinera, que secuestraría para que me hiciera dulces todos los días? Es un sacrificio, pero por una amiga se hace lo que sea.

Sabía que, aunque las circunstancias fueran otras, siempre podría contar con ella en lo que concernía a Nando. Era genial. Mario le había dado la hermana que tanto había deseado tener de pequeña. Adoraba a sus hermanos, pero la complicidad que tenía con Ana era diferente. Desde la muerte de su marido se había acentuado más todavía. No concebía la vida sin aquella alegre mujer a su lado.

—A la hora de la cena estaremos allí. Mi hermano ha dicho que se apunta, así que cenaremos los seis juntos. Nosotros lo llevamos cuando salgamos de la agencia.

—Con los guardaespaldas cachitas paseando por el jardín con esas camisetas negras ajustadas, que marcan la tabla de lavar que tienen por abdomen a la perfección, voy a estar muy entretenida.

—Mejor que no te oiga Mario —rio Sofía al escuchar a su amiga.

—Estoy casada, pero no ciega. Para tu información, mi maridito está de toma pan y moja. No tiene tripa y está en forma. Tiene los mismos músculos que Boris, pero desinflados.

—Lucas los tiene marcados. Un poco menos, pero los tiene.

—Me fijé ayer. El abogado no está nada mal en bañador. Cuerpo, dinero, inteligencia. Te has echado un buen novio.

—Te recuerdo que es un sospechoso —aseguró Sofía en un tono de voz que indicaba que ni ella se creía lo que estaba diciendo.

—Y por eso lo «interrogas» cada noche.

—Te dejo que tengo mucho lío. Algunas tenemos que trabajar.

¿Cómo iba a decirle a Ana lo que Lucas significaba en su vida, si ni siquiera ella lo sabía?

La realidad era que había metido en su cama a alguien al que todavía no conocía. Las veces que había tenido sexo fortuito en un bar no habían sido más que una experiencia satisfactoria para ambas partes. Sin sentimientos ni emociones de por medio.

Mientras no resolviera el caso, y no se vieran obligados a estar juntos, no podría saber qué es lo que realmente sentía por el abogado. Las circunstancias eran extrañas, y llevaban a la confusión. Se habían visto obligados a una convivencia peculiar que nunca antes había tenido con nadie. Era difícil ser objetiva.

Tras salir a buscarlo y llevarlo a su despacho agarrado de la oreja, la detective consiguió que Fabi le hiciera caso. Tenían que trabajar, aunque ella no pudiera dejar de pensar en Lucas; y su ayudante, contemplara con pavor a su guardaespaldas.

—Fabi, céntrate. No te va a hacer nada —le dijo Sofía para tranquilizarle—. Está aquí para protegernos.

—¿Has visto su brazo? Podría aplastar con él nuestras cabezas juntas como si fuesen nueces.

—Supongo que esa es la idea —repuso ella encogiéndose de hombros—. Intimidar.

—Pues lo ha logrado. ¿Sabes que me ha pedido que le cuente con detalle quiénes son los vecinos?

—Necesita saber cuándo entra alguien ajeno a la casa en el edificio. Mira lo que pasó en el despacho de Lucas. Trata de evitar algo parecido aquí.

—¿Un poco tarde, no? —preguntó el secretario haciendo referencia a los dispositivos que habían encontrado. Sofía se encogió de hombros. No había nada que pudiera hacer al respecto más que descubrir al ladrón. El resto escapaba a su control. Aunque no le gustara, las cosas estaban como estaban.

A las dos hicieron un descanso para comer. Nando se quedó algo triste al saber que no pasarían la tarde jugando los dos en la piscina. No obstante, la perspectiva de cenar con sus tíos y su prima en la gran casa de Lucas, le hizo ponerse a saltar nervioso en la silla en la que estaba sentado.

—¡Qué guay! ¡Como una familia de verdad! —exclamó contento dejando a Sofía perpleja.

—Cariño, tú tienes una familia. Me tienes a mí, a los titos, a los abuelos —le explicó la madre al niño limpiándole una mancha de tomate de la punta de la nariz.

La llegada del camarero con el postre: *panna cotta* de caramelo, interrumpió el incómodo momento que el comentario del pequeño

había creado. El abogado no dijo nada, pero desde ese instante empezó a valorar si su relación con Sofía iba demasiado rápido, y si la convivencia forzosa a la que se habían visto abocados, podía hacerles confundir los sentimientos a los tres implicados en ella.

¿Quería él una relación duradera con la detective? Tenía un niño que necesitaba amor, atención y cuidados. La bella mujer le gustaba. Lo que sentía por ella no podía calificarse con una simple palabra como amistad. Era algo más. ¿Pero qué? Una relación así, suponía convertirse en «padre» de un crío de cinco años. ¿Quería ser padre? Sí. ¿En ese momento? No lo sabía.

Decidió aparcar sus dudas hasta que aquel embrollo del diamante blanco quedara resuelto. Les esperaba una tarde de arduo trabajo en la agencia. Alexander les había dado valiosa información, que tenían que contrastar con los datos obtenidos por Fabi y sus contactos en la red. Aquel delgaducho joven sería capaz de colarse hasta en el mismo Pentágono si se lo propusiera.

Le había ofrecido colaborar alguna que otra vez en algún caso en el que necesitara averiguar algún dato que el cliente no le facilitara. Al principio sus rectos principios le habían hecho rechazar la propuesta. No era concebible que un abogado actuara de esa manera. Si bien, empezaba a valorar desde otra perspectiva su posible colaboración con el bufete.

Había instalado un sistema de «contraespionaje», según sus palabras, para evitar que ningún oído ajeno pudiera enterarse de lo que decían en el despacho de Sofía. Los dispositivos que los rusos habían ocultado en la oficina estaban encerrados en una caja, junto con una radio que emitía música clásica, en la mesa de Fabi. Para dar credibilidad a la treta, la detective y su secretario conversaban sobre temas intrascendentes abriendo la tapadera de tanto en tanto.

Boris y su compañero habían sido sustituidos por otros dos hombres que aguardaban en el coche, disfrutando del aire acondicionado y aparcados en el mismo portal del edificio. Estaban aburridos, y deseaban que la pareja a la que custodiaban saliera de la agencia de una vez, y tener un poco de actividad. Era un trabajo cómodo pero tedioso.

Sofía miró el reloj, faltaban cinco minutos para las ocho. Cerró la carpeta que tenía en las manos y miró a sus dos acompañantes. Fabi y Lucas habían estado con ella trabajando sin descanso durante cuatro horas. Consumiendo varias tazas de café y botellas de agua.

—Lo hemos reducido a cuatro nombres. No está nada mal.

—Sí, jefa, pero ninguno responde al teléfono. Uno está de vacaciones y puede ser que lo tenga desconectado, pero los demás lo dudo.

—Mañana por la mañana hablaremos con ellos —afirmó categórica

—. Ahora nos vamos a casa a cenar y a descansar.

—El plazo que te dio Alexander termina a las doce de la noche. No creo que le guste que no tengas nada nuevo para él.

—Lo sé, Lucas, pero no hay nada más que podamos hacer hoy. Quiero pasar unas horas con Nando. Además —añadió haciendo una pausa—, puede que ninguno de ellos sea el responsable. Ni siquiera ese que tiene varias penas por robo y asalto a sus espaldas. Me niego a perder más horas yendo ahora en su busca para interrogarlos. Quizás sea otro callejón sin salida.

—Sigues pensando que es algo personal.

—Sí. De esos sospechosos, dos tienen los medios para realizar un robo así, pero carecen de un motivo importante más allá del económico. Y los otros dos, aunque no tienen ni a Cristomo ni a Alexander entre sus personas favoritas, no sabrían cómo hacerlo. Llamaré al dueño de la joyería y le contaré cómo están las cosas. Tendrá que conformarse.

Ni Fabi ni Lucas creyeron, al escuchar los gritos que se filtraban a través del auricular, que González se hubiera quedado contento con las explicaciones de Sofía. Sin embargo, no dijeron nada. Ella era la detective, sabía mejor que nadie qué hacer. Si decía que podían dejarlo hasta el día siguiente, lo harían. Así que, a las ocho, apagaron la luz, y se fueron de la agencia.

El secretario se fue con unos amigos al cine, y la pareja se subió al coche para alivio de los hombres que les aguardaban. Cinco horas de inactividad podían resultar extenuantes. Recogieron a Mario, el hermano de Sofía, en su lugar de trabajo y pusieron rumbo a la casa de Lucas.

Su mujer Ana ya le había hablado de él y lo había puesto por las nubes. Aun así, el guarda de seguridad torpedeó a preguntas al abogado.

—Mario, tranquilo, para ya. La detective soy yo —le pidió Sofía en voz baja a su hermano, mientras Lucas atendía una llamada de uno de sus amigos—. Te recuerdo que ya soy mayorcita para saber con quién salgo.

—¿Estáis saliendo? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es una forma de hablar —respondió exasperada.

—Has arrastrado a mi mujer y a mi hija a tu «no relación» o lo que sea. Ten cuidado.

—Es un buen hombre.

—Eso dice Ana. Y según mi hija, en su casa hay muchas cosas ricas para comer y una piscina «flipante». Es su nueva palabra favorita.

Sin darse cuenta habían llegado a la urbanización. Dos pequeños torbellinos, mojados y con caras felices, salieron a recibirles. Marta se tiró a los brazos de su padre, y Nando hizo lo propio con su madre.

Ambos pugnaban por ver quién les contaba antes lo que habían hecho durante la tarde.

—Niños, tranquilos —pidió Ana acercándose a ellos—. Dejad que se cambien. Ya podréis jugar luego.

La niña se quedó con su madre para dejar que su padre se pusiera el bañador, pero Nando no se despegó de los brazos de la suya. Lucas acudió a su rescate con un cómic, para distraer un rato al niño y que Sofía pudiera quitarse la ropa con la que había estado trabajando todo el día.

Al ser comienzo de verano las noches eran largas y daba pena meterse en casa. Aprovecharon la luz del día hasta tarde, jugando en la piscina y riendo tumbados en las hamacas que había por el jardín.

—Cenemos fuera —sugirió Lucas—. Estaremos más frescos que dentro. Puedo conectar la luz antimosquitos, creo que nos dejarán tranquilos.

Un coro de voces respondió de forma afirmativa a la proposición. Con diligencia sacaron platos, vasos y cubiertos a una mesa del porche. Mario estaba en la cocina haciendo una ensalada ayudado por su hermana.

—Sofi, este tío te gusta, ¿verdad? —le preguntó un momento que se habían quedado los dos solos.

—Hermanito, no te metas. Te lo he dicho en el coche. Nos hemos hecho amigos, y por seguridad estamos viviendo juntos.

—No me gusta un pelo eso de que hayáis tenido que iros de casa. Te recuerdo que nosotros también vivimos allí. Nos has puesto a todos en peligro —le dijo Mario enfadado, agarrándola por los hombros como cuando eran pequeños.

—Eso ha sido mi culpa, no la suya.

—Y, además —añadió bajando el tono de voz—, a mí no me engañas. A ti te gusta Lucas, y tú le gustas a él. Si entras en la habitación en que él está, lo buscas con la mirada. No te quedas tranquila hasta que no lo localizas. Y él no tiene ojos para nada más que para ti si estás cerca de él.

—¿Desde cuándo eres tan maruja? —replicó ella levantando la vista para mirarle. Aunque le sacaba tres años, en cuanto pegó el estirón y le sobrepasó una cabeza en altura, Mario se había comportado con ella como si él fuera el mayor de los tres hermanos.

El pequeño, Guillermo, iba por su lado. Soltero, con un trabajo estable como profesor de Lengua en un instituto de Basema, seguía viviendo cual Peter Pan. Era el típico profesor joven, cómplice con sus alumnos, al que sus pupilos adoraban, y al que acudían en busca de ayuda para que actuara de mediador en sus conflictos. Con sus gafas y sus músculos, que mantenía acudiendo a un gimnasio cada tarde, era un conquistador nato.

—Tengo que llamar a Guille para ponerlo al día.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó la detective clavándole su dedo índice en el pecho—. Cuando tú empezaste a salir con Ana, te guardé el secreto ante papá y nuestro hermano todo el tiempo que me lo pediste.

—Es diferente —alegó socarrón, después de retirar el dedo acusador de su hermana y meterse un trozo de lechuga en la boca—. Tendremos que tener una charla con Lucas. Ya sabes, en plan: es nuestra hermana, si le haces daño a ella o a Nando te partimos las piernas. Cosas así.

Mario se fue riendo de la cocina sin hacer caso de las protestas de Sofía. Le encantaba hacer rabiar a su hermana mayor. No pensaba amenazar de ningún modo a Lucas, era un buen tipo que no solo se veía que estaba prendado de ella, sino que su sobrino le arrancaba risas y carcajadas, que hacían que su envaramiento de abogado desapareciera como por arte de magia. Sin embargo, sí que iba a llamar a su hermano pequeño para informarle de las novedades en la vida de su hermana. Ambos habían esperado con anhelo que Sofía recuperara la ilusión tras la muerte de su marido, y por fin empezaba a hacerlo.

Esa noche fue Lucas el encargado de leerle un cuento a Nando, mientras su madre se daba una ducha, tras dar por concluida la cena. Al pequeño se le cerraban los ojitos, pero luchaba contra el sueño. No quería perderse una sola línea de la historia que le estaban contando.

—…y con esto se ha acabado. Es hora de dormir, campeón —le dijo Lucas. Cerró el libro, y le dio un beso en la frente al niño.

—Lucas —le llamó bajito Nando.

—Dime.

—¿Tú quieres ser mi papá? Quiero tener uno, como antes —suplicó con voz triste y temblorosa.

—Cariño, no todos los niños tienen uno. No pasa nada —respondió Lucas sin saber muy bien qué decir—. Tienes a tus tíos y a tu abuelo.

—Pero yo quiero uno —insistió adormilado el chavalín.

—Mañana lo hablamos. Es tarde.

El abogado salió de la habitación confundido. Tendría una conversación con Sofía y verían el modo de hacerle entender a Nando que ellos no eran una pareja, pero que eso no implicaba que no le quisiera. Con un nudo de desasosiego en el estómago, se fue a su habitación donde la detective ya le aguardaba seductora, tumbada en la cama sin ropa. Aquella lujuriosa visión hizo que su mente se quedara en blanco. Otra parte de su anatomía tomó el control y así continuó hasta el amanecer.



CAPÍTULO 16

Aquel viernes desayunaron solos Sofía y Nando en la cocina de la casa de Lucas. Él se había tenido que marchar a su despacho de la ciudad para recoger unos documentos, que necesitaba en un juicio que le tendría ocupado toda la mañana. O al menos esa era la excusa que les había dado. La realidad era que necesitaba distanciarse de la entrañable estampa que madre e hijo representaban.

Dolores había llegado un poco antes de su hora habitual de entrada, porque quería traerle a Nando un bizcocho de chocolate que había horneado la noche antes.

—Con unos cereales habría bastado —afirmó por cumplir Sofía, que ya iba por su tercera porción.

Esponjoso, en su punto justo de dulzor sin empalagar. Era una obra de arte de la repostería. No había comido nada tan bueno en su vida. Tenía que tener cuidado de que las migas no le cayeran en el vaquero blanco que llevaba. En la camiseta azul oscuro no se notarían, pero en el pantalón, la obligarían a tener que cambiarse de ropa y ya no tenía tiempo.

—Eso son aditivos y conservantes. Un niño debe comer cosas sanas. Al cabezota de Lucas le he dicho que no son buenos, que se deje de tonterías. No me hace ni caso.

—Tineges gazon —dijo Sofía de modo ininteligible con la boca llena.

—La bollería casera, con ingredientes naturales y de confianza, siempre ha sido lo mejor para desayunar como es debido —aseguró la cocinera tras depositar sendos vasos de zumo de naranja casero, para la madre y el hijo, sobre la mesa.

Podría acostumbrarse a aquellos lujos, pero no debía hacerlo. En breve regresarían a su piso y tendrían que volver a comer los dulces de la panadería del supermercado. No tenía tiempo ni mano para hacerlos ella. Si los otros niños los consumían, no debían de ser tan malos. O al menos eso prefería pensar.

Nando balanceaba sus piernecillas desnudas sentado en su silla. Llevaba un peto vaquero con una camiseta verde, a juego con la gorra que debían ponerse los niños de la ludoteca cada día. ¡Estaba para comérselo! En su mochilita, a buen recaudo, un zumo y un bocadillo de jamón y queso, que Dolores le había preparado para media mañana. Aquel día las monitoras habían programado una excursión a

un museo de la ciudad, donde los chiquillos conocerían las obras pictóricas de la mano de unos actores, en una visita guiada teatralizada que prometía ser divertida.

De nuevo era Boris el guardaespaldas encargado de acompañarla allá donde fuera. Esa tarde hablaría con Lucas. Era innecesario. Por mucho que protestaran, Alexander y Cristomo eran los primeros interesados en que continuara con la investigación. Ella no cesaba en su empeño de descubrir al ladrón, solo que las cosas llevaban su tiempo y no se podían acelerar siempre que uno quería. Tener a aquel hombretón pegado a ella la retrasaba en sus tareas. Además, con los recursos con los que contaban, podían haberlo hecho a las malas mucho antes. Estaba segura de que querían discreción. Cualquier revuelo indeseado, haría que el tinglado que tenían montado llegara a oídos de la policía.

Nando saltó del coche de un brinco, casi sin despedirse de ella, emocionado al ver a su prima y a sus amiguitos en la puerta del colegio. La idea de hacer una actividad fuera de las cuatro paredes de la clase los tenía a todos excitados.

—¿Dónde está el «macizorro»? —le preguntó Ana con guasa al darse cuenta de que llegaba sola. Se había acostumbrado a ver al abogado cerca de su cuñada todo el día. La noche anterior había estado hablando con Mario, y ambos creían que la pareja tenía futuro más allá de la resolución del caso. Él era bueno para ella y el niño. Con eso les bastaba. Verla feliz de nuevo era la mejor recompensa. Tenían ganas de ver la cara del adusto Andrés, su padre, cuando lo conociera.

—Trabajando. ¿Y tú desde cuando lo llamas así? —inquirió molesta —. Se llama Lucas. A ti no te gustaría que te llamaran «la buenorra».

—No es cosa mía. Antes de que vinieras he estado hablando con dos madres que estaban aquí ayer cuando trajiste a Nando con él. Ellas son las que me han preguntado, con la baba colgando, por tu abogado. Se han puesto todas monas para que él las viera.

Sofía echó un vistazo a las dos mujeres de las que hablaba Ana. Era cierto que habían venido a traer a sus hijos demasiado peripuestas, siendo una hora tan temprana. Como decía su padre: «si la envidia fuera tiña, cuántos tiñosos habría». Se volvió hacia su cuñada e intercambiaron comentarios jocosos a su cuenta durante un rato.

—Me voy, que tengo que ir a ver si encuentro a cuatro sospechosos que no responden a mis llamadas.

—¿Recoges tú a los niños? Hoy hay reunión del claustro de profesores y quizás salga más tarde del instituto.

—Sí. Yo me encargo. Después de comer en casa, tenemos que ir a comprar las zapatillas para Nando y el bañador para Marta.

—Y alguna cosa para nosotras. Ropa interior mona que ahora la

necesitas. Ya sabes, de esa con encaje y puntilla, que enseña más que tapa.

La detective pensó que aquel era un buen momento para marcharse. Desde luego Mario y Ana eran tal para cual. Les encantaba emparejar a todos los solteros, divorciados o viudos que se cruzaban en su camino. Si algún día se quedaban sin trabajo, podrían montar una agencia matrimonial. Experiencia ya tenían. Aunque con ella habían errado el tiro las dos veces que habían tratado de organizarle una cita a ciegas sin decírselo. Los había pillado y se había escabullido antes de que el supuesto pretendiente pudiera decir nada.

Fabi aguardaba nervioso, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, en la puerta de la agencia. Sofía había insistido en que fuera con ella a los domicilios de los sospechosos a los que querían interrogar. Si algún posible cliente acudía a verla, tendría que volver otro día. No podría estar en dos sitios a la vez. Debía darle un empujón decisivo al caso.

—Jefa, desde la oficina te puedo ayudar —le dijo por enésima vez al entrar en el coche y ver a Boris al volante. Aquel hombre le daba mucho miedo. Prefería no estar cerca de él ni un segundo más de lo estrictamente necesario—. Tú me llamas, y yo te voy indicando por dónde buscar.

—Eso sería muy lento. Te necesito conmigo. Tenemos a Boris con nosotros. Tú tranquilo.

El aludido miró por el retrovisor a Fabi que iba sentado en el asiento trasero del coche. El secretario de la detective, incómodo por el escrutinio, bajó la cabeza y se puso a teclear en su portátil. El coche tenía WIFI, así que podía permanecer conectado a la red todo el rato, algo que agilizaba y facilitaba su labor.

El primer nombre de la lista era un antiguo empleado de Cristomo, que había sido hecho detener por el dueño de la joyería al encontrarle robando unos pendientes. Tenía una condena anterior por hurto en unos grandes almacenes. Aquella vez no había ingresado en prisión, pero González se había encargado de mover los hilos necesarios, para que no ocurriera lo mismo tras el robo en su tienda. Por ese motivo, el ladronzuelo había cumplido dos años y medio, su mujer lo había dejado y se había llevado a sus hijos con ella. No los había vuelto a ver. Cristomo había destrozado su vida.

Con las indicaciones de Fabi llegaron a un barrio en las afueras de la ciudad, conocido por su alto nivel de delincuencia. Dos prostitutas se acercaron hasta el coche. Al ver a Sofía se dieron la vuelta. En un rincón unos tipos los observaban desde un banco, mientras unos adolescentes compraban pastillas a un barbudo de unos veinte años.

—Fabi, quédate en el coche. Los seguros bajados. Ni se te ocurra salir —le ordenó Sofía.

—Jefa, te voy a cobrar un plus por traerme a un sitio así. Lo mío son los ordenadores, no el trabajo de campo. Sentado en mi mesa, con mi música, tranquilito, y no aquí.

La detective no escuchó la perorata de Fabi. Aquel sitio no le daba miedo. Conocía a parte de los que estaban allí por su antiguo trabajo de policía. Y ellos la conocían a ella. Sabían que no se iba a meter en sus «negocios» y que, si había acudido a ese barrio, era por otra cosa.

A costa de mantener los ojos cerrados ante los delitos que no tuvieran que ver con lo que la había llevado a aquellas calles en otras ocasiones, había logrado, sino el respeto de ellos, al menos, cierta disposición a serle de ayuda en lo que necesitara.

—Está muy lejos de su oficina, señora policía —le dijo el que parecía el líder del grupo, cuando se acercaron a ellos.

—Ya no soy policía, Raúl. Puedes decirles a todos, que no vengo a interferir en sea lo sea que se traigan entre manos. Vengo por otro motivo.

—Usted dirá —replicó el sujeto, aliviado de no tener a una agente husmeando en sus cosas.

—Tienes por vecino a un tipo con el que quiero hablar. Es muy descortés y no me devuelve las llamadas —dijo Sofía. Le mostró la pantalla del móvil, donde se podía ver una foto del hombre al que estaban buscando.

—Es el Chapas. En el tercero B. Ese edificio con la fachada marrón. No hay ascensor.

Boris arrugó la nariz. Aquel sitio olía peor que un estercolero. A la mujer que llevaba delante parecía no importarle. Poco a poco iba conociéndola más, y se iba ganando su respeto. Aunque había algo que seguía sin gustarle: parecía no tener miedo a nada, y eso podía ser peligroso.

—Aquí es —anunció al llegar al rellano de la tercera planta.

No obtuvieron respuesta a los timbrazos. Se quitó una horquilla del pelo y, con facilidad, abrió la cerradura. El piso estaba aún más sucio y desordenado que lo que habían visto hasta ese momento. En el dormitorio, tirado sobre la colcha, con unas cochambrosas zapatillas en los pies y a medio vestir, roncaba el hombre que estaban buscando.

—¡Despierta! ¡Despierta! —gritó Sofía zarandeándole.

—¡Dejadme! —protestó con la boca pastosa.

De repente un chorro de agua fría cayó sobre él. Boris había ido a la cocina y había llenado un cubo con ella, que después había vertido sobre la peculiar bella durmiente. La detective sonrió, aquel tipo tenía buenas ideas.

—Quiero hacerte unas preguntas, luego podrás seguir durmiendo la mona —aseguró ella al ver las cajas de cartón y las botellas de vino barato que rodaban por el suelo.

—No sé nada.
—Aún no te he preguntado.
—Es igual, no sé nada.
—¿Qué hiciste el jueves pasado?
—No me acuerdo de lo que hice ayer, ¿cómo quiere que me acuerde de lo que hice la semana pasada?
—No me vengas con tonterías o te hago una cara nueva —le ordenó Boris tras cogerle del cuello con una mano ante la incredulidad de la detective.
—Vale. Estaba en Olvido con unos colegas. Fuimos… —titubeó al mirar a la mujer con pinta de poli que tenía delante, pero ante la presión que aquel energúmeno ejercía sobre él se decidió a continuar —…a robar una sucursal bancaria.
—¿La del Banco Castor? —inquirió Sofía al recordar haber oído algo en las noticias.
—Sí, esa.
—¿Dónde está el dinero?
—Debajo de la cama.
Un fugaz vistazo le confirmó la veracidad de lo que aquel hombre le decía. Tenía una bolsa de deporte con varios fajos de billetes, y cuatro bolsitas con lo que sin duda era cocaína. Era un ladrón, pero no el que buscaban. Le mandaría el chivatazo a un inspector amigo de la comisaría de Olvido.
—Vámonos —le ordenó a Boris—. Dejémosle seguir durmiendo.
Con disgusto volvieron sobre sus pasos hasta el coche. Fabi casi estalla de alegría al verlos. Solo le faltó aplaudir cuando entraron en el vehículo.
—¡A mí no me volváis a dejar solo! ¿Y si me asaltan? ¿Y si me violan y me torturan?
—Anda, no seas teatrero.
—Me han estado mirando todo el tiempo.
—¿Con las ventanillas tintadas? —preguntó Boris ahogando una carcajada.
—¡Quejica!, danos la siguiente dirección —le pidió Sofía.
Su segundo destino era la casa de un hombre que estaba de viaje en el extranjero. No podía haber sido él porque ese mismo día su cara había llenado los periódicos y las webs por un asesinato. En un restaurante italiano había clavado el cuchillo con el que debía haber comido, en el cuello de un camarero, porque había tardado demasiado en servirle la cena que esperaba. Le habían atrapado cuando trataba de cruzar la frontera. Permanecía en prisión esperando que llegara el juicio.
—Otro nombre tachado de la lista —comentó en voz alta Sofía sintiendo por primera vez cierta desesperación. Si no era uno de

aquellos cuatro, se quedaba sin pistas. No quería volver a tener que ver a Cristomo con las manos vacías.

La tercera era una mujer. Vivía en un pequeño pueblo cerca de Basema, a ocho kilómetros en coche. Era una antigua directora de banco, que se había quedado sin su casa, su trabajo y su prestigio, en una partida de cartas organizada por uno de sus queridos clientes: el señor González.

Durante las primeras manos había perdido una pequeña cantidad de dinero, sin embargo, le había servido para estudiar los tics y manías de sus contrincantes. O eso al menos había creído. Cuando la suerte se tornó, y ganó dos partidas, pensó que era su momento. Apostó fuerte porque según la forma en que uno se pasaba la mano por el pelo, el otro se aflojaba la corbata, y la mujer de su lado resoplaba, estaba segura de que era la única que poseía una mano ganadora. No tenía suficiente dinero, ni con sus joyas valía. Así que hizo lo que único que podía: jugarse su casa. No le importó, iba a ganar y sería rica, muy rica.

Al descubrir las cartas, comprobó que no era así. El cruce de miradas que percibió entre el ganador y uno de los jugadores que se había dado por vencido dos manos antes, le dio la pista. La habían engañado. Nunca había tenido ninguna posibilidad, era lo que le habían hecho creer y ella había ido con todo como una ingenua.

Alexander Petrovich se presentó al día siguiente en la puerta de su casa, antes de que saliera hacia su trabajo en el banco, y le quito las llaves que llevaba en la mano para echar el candado.

—Ahora es mía. No las necesitas.

—Pero ¡¿qué se ha creído?!

—Que soy el nuevo propietario de este precioso piso. Quizás no lo alquile y me lo quede para mí. Puede coger una maleta con sus cosas. Las joyas no, querida, también son mías, ¿recuerda?

A la hora del café todos en su oficina sabían lo que había pasado. Cuando vio aparecer al supervisor de zona poco antes del mediodía, dedujo que tenía las horas contadas en su despacho.

—No podemos permitir que la credibilidad del banco se vea perjudicada. Alguien con la reputación comprometida no puede ser la directora de una de nuestras sucursales. ¿Qué dirían nuestros clientes si supieran que un alto cargo pierde dinero jugando a las cartas con mafiosos rusos? ¡Sería un escándalo!

En menos de veinticuatro horas había pasado de desempeñar un buen trabajo y vivir en una de las mejores zonas de la ciudad, a tener que refugiarse en un hotel. Llamó a sus amigas, esas que se peleaban por comer con ella e ir de tiendas juntas, en busca de un asilo temporal. Ninguna respondió a su llamada.

—Los niños ya sabes como son. Si te vinieras a casa, hablarían en el

colegio de mis hijos de su tía. Los estigmatizarían. Nadie querría estar con ellos. Me entiendes, ¿verdad? —le dijo su hermano, cuando la vio en su puerta con una maleta, a la hora de comer.

El dinero en su cuenta empezó a mermar, puesto que carecía de fuentes de ingresos y grandes ahorros. Había pensado que aún le faltaban años para la jubilación y ya tendría tiempo de apretarse el cinturón. En dos meses tuvo que abandonar su lujoso alojamiento por otro más modesto.

Nadie se atrevía a contratarla. Su orgullo le impidió buscar un puesto con un sueldo inferior al que había tenido en la oficina bancaria. ¡Ella valía mucho! Harta de recibir negativas, se presentó en la joyería de Cristomo.

—Me lo debes. Por tu culpa perdí todo en aquella partida amañada. Devuélveme mi dinero.

—Yo solo te invité a jugar. No me culpes por tu avaricia. Si crees que te engañaron demuéstralo, pero te recuerdo que tendrás que enfrentarte a Alexander.

—¡Hablaré con él!

Y lo hizo. Lo encontró en la trastienda de una peluquería donde una noche se jugaba al póker altas sumas de dinero. Él no participaba. Se limitaba a observar lo que ocurría, sentado en un rincón. Controlándolo todo. De Petrovich recibió una inesperada propuesta de trabajo.

—A los hombres importantes le gustan las mujeres guapas, y no siempre las quieren tontas. Una acompañante culta con la que poder hablar de la última exposición del museo, o con la que acudir a una cena privada, es muy valorada.

—¿Acompañante? ¡No soy una puta!

Meses más tarde, harta de comer comida envasada, y de verse obligada a buscar una casa cuyo alquiler pudiera permitirse, volvió a acudir al ruso. Para entonces su pelo ya no era brillante, su piel había dejado de ser lustrosa, y unas violáceas ojeras se habían instalado de forma permanente en su rostro.

—Tal vez tenga algo para ti, pero ya no estás en condiciones de elegir.

Y no lo hizo. Se vio obligada a aceptar las migajas que le ofrecía aquel hombre al que odiaba y que deseaba ver muerto alguna vez. A él y a Cristomo, con su pelo engominado y su grasiento bigote.

Sofía se encontró con una mujer avejentada, con el cuerpo cansado y molido a golpes, por el último cliente que había tenido un día antes del robo. No había consentido por voluntad propia a sus exigencias sexuales, y optó por obligarla por las malas. Hasta el viernes por la noche había permanecido ingresada en el hospital.

—¿Ha ido a la policía? Puede denunciar a Petrovich por proxenetismo, y al hombre que le pegó por malos tratos.

—¿Y qué lograría a cambio? Mire dónde vivo. No puedo caer más bajo. Tengo que comer y pagar el techo que cubre mi cabeza.

—Hay hogares para mujeres maltratadas. Déjeme ayudarla —insistió Sofía que sentía pena por su sospechosa, y cada vez más resquemor hacia su cliente y su socio.

—Los rusos me encontrarían, aunque me fuera a la otra punta del mundo. Váyase. Seguro que saben que ha venido a verme. No quiero problemas.

El mundo podía ser muy cruel. La maldad humana no tenía límites. Las segundas oportunidades eran escasas, y las manos tendidas no eran frecuentes.

—¿No podemos hacer nada por ella? —preguntó Fabi cuando volvieron al coche con un regusto amargo en la boca.

—Hoy no —respondió la detective. No se podía ayudar al que no quería ser ayudado.

—¿Cuándo? —insistió el joven sin darse por vencido. Era incapaz de darle la espalda a la mujer con la que acababan de estar, después de ver su estado físico y el lugar tan penoso donde vivía.

—Primero encontraremos al ladrón del diamante, y después nos ocuparemos de Cristomo y su socio —respondió con fría calma.

—No podrá hacerlo, detective —negó Boris tras oír la conversación entre aquellos dos—. En eso tiene razón esa pobre mujer, con Alexander no se juega.

—Ni conmigo tampoco. Ahora vamos a por mi hijo que necesito abrazarlo.

Tenía que ver algo bonito y agradable, como la sonrisa de su pequeño, para sacudirse esa sensación de ahogo y desazón que la consumía desde que habían empezado esa mañana a trabajar. Nunca se hubiera imaginado que el caso que empezó en una joyería, rodeada de opulencia y riqueza, pudiera llevarla a lo más bajo de la dignidad humana.

—Nos queda un nombre en la lista, jefa.

—Luego iremos a verle. Después de comer.



CAPÍTULO 17

Lucas jugueteaba con su bolígrafo dando golpecitos en una carpeta de cartón color marrón. Estaban en un receso de la vista a la que había acudido con su cliente, aún faltaban tres testigos por declarar y no terminarían hasta la hora de comer. Podía notar el móvil apagado en el bolsillo de su chaqueta. Una ligera presión constante que le recordaba cómo había huido a la hora de desayunar. Antes de que llegara el juez tenía tiempo de llamar a Sofía, pero no sabía si quería hacerlo.

Esa mañana se había ido de casa antes de que Nando se levantara. Mintió al decir que tenía que recoger unos papeles en su despacho. Desde la tarde anterior tenía todo lo que iba a necesitar en su maletín, pero había sido un cobarde. Un niño de cinco años había logrado desarmarle.

—*¿Vas a ser mi nuevo papá?*

Aquellas seis palabras retumbaban en su cerebro de un modo ensordecedor. ¡Solo hacia una semana que conocía a Sofía y a su hijo! ¡No podían ir tan rápido! ¿Qué le había llevado a pensar eso? Eran solo amigos. Aunque amigos que vivían juntos a los dos días de conocerse. Habían compartido buenos momentos. En una mente infantil podían confundirse los deseos con la realidad. Pero ¿qué disculpa tenía él? Un adulto que, en teoría, sabía cómo desenvolverse en la vida.

Uno de sus ayudantes había entrado a avisarle de que el juicio se iba retomar en unos minutos. Más tarde hablaría con la detective y le pediría que le explicara a Nando la situación. Sí, eso haría. Todo quedaría solucionado. Se había preocupado por nada. Esa misma tarde se aclararía aquel embrollo. Con paso firme regresó a la sala de vistas, dispuesto a demostrar que su cliente tenía la razón.

Sofía iba en silencio. Ni siquiera Fabi amenizaba la vuelta a la ciudad con su habitual parloteo. Boris no despegaba la mirada de la carretera. Los tres iban sumidos en sus pensamientos y en el recuerdo de la imagen de la mujer destrozada cuya casa acababan de dejar. Conocía un par de asociaciones que podrían ayudarla. Enviaría un mensaje a sus gerentes para que, de forma discreta, la sacaran de aquel piso y la ocultaran de los rusos.

Ya habían hecho cosas similares protegiendo a esposas maltratadas, cuyos maridos eran poderosos hombres de negocios con influencias. Podían lograr que desapareciera de la ciudad, incluso del país. No

podía decírselo a Fabi y mucho menos delante de Boris. Era un entramado que funcionaba con la colaboración de agentes de policía, médicos, enfermeras y conductores de autobús que hacían la vista gorda ante viajeras sin pasaporte, con la cara oculta por grandes gafas.

—A las cuatro y media te espero en la puerta de la agencia. ¿De acuerdo? —le preguntó cuando lo dejaban en su casa.

—Sí, jefa. No sé si voy a comer, tengo el estómago revuelto.

Tal vez no hubiera sido buena idea llevarse al influenciable de su secretario a ver a los sospechosos, pero su afán de resolver el caso cuanto antes le había hecho tomar aquella decisión. Necesitaba la rapidez de búsqueda de datos de Fabi a su lado, y no a través del hilo telefónico. Pesándolo bien, esa tarde le pediría que le mandara al móvil toda la información que pudiera reunir sobre el hombre al que iban a ver, y le dejaría quedarse en la oficina. Más tarde le mandaría un mensaje por WhatsApp para decírselo.

Boris la llevó hasta la puerta del colegio de Nando. Él se quedó dentro del coche y ella se bajó de él. Se acercó unos pasos hasta sumirse en el reguero de niños alborotando y riendo que salían del edificio. ¿Dónde estaba el suyo? ¿Y Marta? Tampoco la veía. Decidió hablar con una de las monitoras.

No eran los profesores habituales de la escuela. Ellos estaban de vacaciones. La dirección había contratado a cuatro jóvenes recién licenciados, para hacerse cargo de los talleres de verano. Tres chicas y un chico dispuestos a poner en práctica los conocimientos adquiridos durante la carrera.

—Hola. Soy la madre de Nando —le dijo a una joven con gafas y el pelo rubio recogido en una coleta alta.

—¡Ah! Hola. ¿Qué tal?

—No veo a mi hijo, ni a su prima. Marta. Es una niña un poco más pequeña. ¿Quizás ha venido su madre, mi cuñada, a por ellos?

—No recuerdo haberlos visto salir. Espera que pregunte a mi compañera. ¡Rosa! ¿Dónde están los dos primos? Son inseparables ese par —añadió volviéndose a Sofía, que empezaba a notar un cosquilleo en la nuca. Aquello no le gustaba nada. ¿Dónde estaban los niños?

—Se fueron. ¿No te acuerdas? —le preguntó la joven volviéndose hacia ellas—. Vino un hombre a buscarlos cuando estábamos saliendo del museo. Su padre.

—¿Mario? ¿Mi hermano? ¿El padre de Marta?

—No, no. El padre del niño. Estoy segura.

—¡No puede ser! Él murió hace años.

Las dos monitoras se miraron nerviosas. Deberían haberle pedido la documentación, pero los niños se fueron en sus brazos y no parecían irse nerviosos. Es más, recordaban que tenían la cabeza apoyada en el cuello del hombre en lo que pensaron que era un gesto de cariño.

Sofía sacó el teléfono del bolso y llamó a Lucas. Pudiera ser que él se hubiera pasado a buscar a los niños antes. Desesperada, escuchó como una y otra vez se repetía la misma locución: «Móvil apagado o fuera de cobertura». El abogado le había dicho algo de un juicio. Si él estaba trabajando, no había podido ser quien recogiera a los niños. Podía ser que la monitora no hubiera entendido bien el parentesco. Había confundido al padre de Marta con el de Nando. Eso era. Seguro. Llamaría a su hermano y se arreglaría todo.

—¿Qué quieres? —preguntó a modo de saludo Mario en voz baja. Le faltaba una hora para terminar su jornada laboral, pero ante la insistencia de su hermana había acabado por responder al teléfono. Ocho llamadas perdidas serían por algo cuando se iban a ver en un rato comiendo. Querría que comprara el pan según iba a casa, o algo similar.

—¿Has recogido tú a los niños en el museo?

—¿Museo? Estoy todavía en el trabajo. Teníais que ser tú o Ana quienes fuerais a por los niños a la escuela de verano.

—¡No están! —gritó desesperada—. He venido a por ellos y no están aquí. Me han dicho que «su padre» les había ido a buscar y se los había llevado.

—Voy para allá —afirmó Mario dejando a su compañero con la boca abierta, al verle salir de detrás de la planta donde se había escondido para atender la llamada, y correr hacía los vestuarios.

Algo ocurría. La detective tardaba demasiado en regresar con los chavales al coche. ¿Qué hacía hablando con las monitoras? Se estaba formando un corrillo de gente a su alrededor. Boris no aguantó más y fue hacia ella.

—¿Tampoco están contigo? —escuchó que la mujer preguntaba por el móvil a alguien—. Llamaré a Lucas y si no están con él, avisaré a la policía.

—Sofía —dijo llamando la atención de ella—. ¿Y Nando?

—Se lo han llevado —respondió con un sollozo.

Sus dedos parecían no saber que tecla pulsar. Se había equivocado dos veces, y en lugar de llamar a Lucas había llamado otra vez a Mario. El abogado no contestaba, seguía con el teléfono apagado. Iba a llamar a la policía cuando la pantalla se iluminó y anunció una llamada entrante.

—Cójalo —le instó Boris—. Son ellos.

—¿Qué dice?

—¡¡Responda!!

—Sí. Soy Sofía Valverde. ¿Quién llama?

—¡Mami!

—¡¡¡Nando!!! ¿Dónde estás? ¿Quién está contigo?

—Le dije que el plazo se acaba ayer a las doce de la noche. No me

hizo caso.

—¡Alexander! Si le hace algo a mi hijo le juro que le mato.

—Son unos niños muy monos. Algo llorones, pero han comprendido que no me gustan los gritos y tienen que estar calladitos. ¿Verdad, niños?

Desesperada escuchó como Marta y su hijo la llamaban desde lejos, al otro lado del hilo telefónico. Gritaban su nombre, el de su hermano y su cuñada. Temblando se dejó caer de rodillas al suelo. Un dolor atenazó su corazón. Era como si una mano lo apretara y lo apretara, cada vez más fuerte. El aire no entraba en sus pulmones.

—Creo que con un incentivo adecuado encontrará a mi ladrón hoy mismo. Digamos que antes de las nueve de la noche. Tiene casi siete horas. Soy generoso.

—¡Maldito bastardo!

—No gaste saliva. Me han llamado cosas peores y todas ciertas. Si no me da la respuesta que quiero antes de esa hora, no volverá a ver ni a su hijo ni a su sobrina. ¿Sabe?, tengo clientes con gustos especiales que no son fáciles de saciar. Ya me entiende. Y no meta a sus antiguos compañeros de trabajo en esto. Si lo hace, no se moleste en buscar el diamante, ya será tarde.

Petrovich cortó la comunicación. Sofía se quedó arrodillada en el suelo con la mirada perdida. Boris había oído palabras sueltas. No necesitaba nada más para saber que los rusos estaban implicados. Se sentía culpable. No había puesto vigilancia al niño pensando que estaría seguro en el colegio, y que Alexander se centraría en el abogado y en la detective, ya que ellos eran los que estaban buscando al ladrón. Había subestimado la inteligencia del mafioso, y le había dado donde menos se lo esperaba.

—¡Levántese! —le gritó a una aturdida Sofía—. ¡Ahora!

Se agachó y la tomó de los brazos, obligándola a hacer lo que le decía. La agarró de la cara y le hizo mirarlo.

—Tiene que reaccionar. No hay tiempo para lloros ni lamentos. ¿Me entiende? Tenemos que dejar los sentimientos a un lado y mantener la cabeza fría. Hay que pensar, razonar y ser más listos que los rusos.

—Sí —respondió la mujer con un hilo de voz, como si despertara de un sueño. Con una mano se limpió las lágrimas que habían humedecido su rostro. Inspiró y se recompuso la ropa.

—¿Los han encontrado? ¿Se los llevó su padre? —inquirió una de las monitoras acercándose hasta ellos. No le gustaba aquel tipo que se tomaba esas libertades con la madre del niño. ¿De dónde había salido? Parecía un matón. No era ningún padre, estaba segura. No tenía pinta de ello.

—Mi hermano —mintió Sofía—. Salió pronto de trabajar y fue a

por ellos para darles una sorpresa. Están en casa esperándome.

Fría. Tenía que ser fría. Alejar las sensaciones que invadían su cuerpo. Guardar sus miedos en un reducto de su mente y cerrarlo con llave. Nando y Marta habían sido secuestrados por los rusos. Prefería no pensar en si tendrían hambre, miedo o sed. Esos pensamientos la debilitarían y debía ser fuerte, por ellos y por ella.

Boris observó cómo la mujer temblorosa y hundida que tenía delante se recomponía. Su rostro, crispado por el dolor, se destensó para transmutarse en otro de ojos brillantes, fieros y determinados. Sin hablar la siguió hasta el coche, una vez dentro, a salvo de oídos indiscretos, la detective le expuso los pasos a seguir.

—Alexander ha secuestrado a los niños —dijo el guardaespaldas.

—Correcto. Nada de avisar a la policía. Mi hermano viene hacia aquí, así que vamos a su casa y allí aguardaremos su llegada con mi cuñada. Alguien debe quedarse con ellos. No podemos dejar que llamen a comisaría o hagan alguna tontería. Ni tampoco dejarlos al alcance de Alexander.

—La casa de Lucas Gascón tiene más medidas de seguridad. Tanto la urbanización donde está, como el mismo chalet. Podemos trasladarlos allí y poner dos hombres a custodiarlos y protegerlos.

—No he conseguido hablar con él en toda la mañana. No responde al teléfono. ¿Le habrán hecho algo también? —quiso saber Sofía de repente alarmada de nuevo. ¿Y si habían secuestrado al abogado?

—Tranquila. Sigue en los juzgados, mi compañero me lo ha dicho. Le llamaré y le diré que en cuanto salga de la sala de juicios le ponga al tanto de la situación.

—Necesitaré a Fabi y a Ricardo para que me ayuden.

—El joven informático limpió su oficina de micros y cámaras. Pueden reunirse allí. De hecho, creo que eso ha hecho que Petrovich se ponga nervioso. No es tonto, y ha imaginado que le ocultan información.

Justo en ese momento vieron como Mario llegaba a la puerta del colegio corriendo, dando largas zancadas. Tenía el pelo sudoroso, pegado al cráneo. Jadeaba por el esfuerzo.

—¡Mario, aquí! —le llamó Sofía a través de la ventanilla bajada del coche.

—¿Dónde está mi Marta?

—Sube. Vamos a por Ana.

—No me voy a ningún lado sin mi hija, yo…

El hermano de la detective no pudo continuar la frase que estaba diciendo. El hombretón que acompañaba a Sofía, tan sigiloso como un gato, se había bajado de su asiento de conductor y había noqueado a Mario, metiéndolo en el asiento trasero.

—¡Te has pasado! —exclamó al ver cómo le ponía el cinturón a su

inconsciente hermano y le colocaba la cabeza con cuidado contra el respaldo—. No hacía falta dejarle grogui. Si me hubieras dejado hablar con él, le hubiera convencido.

—Nos iba a dar problemas. Las madres y profesoras del colegio todavía están cuchicheando y mirándonos.

Eso era cierto. Había un grupito de gente en la puerta de la escuela que no les quitaba ojo. Con una falsa sonrisa, Sofía las saludo con la mano cuando pasaron junto a ellas con el coche. Esperaba que a Ana no tuvieran que «obligarla» a acompañarlos también.

Su cuñada estaba sentada en la mesa de la cocina, mordisqueándose las uñas y tamborileando el pie contra el suelo sin parar. Al ver entrar a la madre de Nando paró de hacerlo y la miró.

—¿Ha sido por el caso que tienes entre manos? ¿Por eso os fuisteis a casa del abogado?

—Sí —respondió. No tenía sentido mentir ni ocultarle lo que pasaba. Era inteligente y había atado cabos—. Creí que ellos estaban a salvo. No tienen nada que ver con el robo ni con la investigación. No pensé que fueran a utilizarlos contra mí.

—Quiero que me expliques todo. TODO.

—Vale, pero no aquí. No tenemos tiempo. Abajo nos está esperando Mario en el coche con Boris. Vamos a la casa de Lucas, os quedaréis allí. Yo buscaré a los niños. Te contaré lo que pasa de camino, te lo prometo —añadió Sofía, a la vez que levantaba las palmas de las manos para implorarle a Ana tranquilidad, y que hiciera lo que le pedía.

A regañadientes su cuñada cogió el bolso y la siguió hasta el portal. Al subirse al vehículo pensó que su marido estaba dormido, pero al sentarse a su lado se dio cuenta de que no estaba consciente.

—¿Qué le habéis hecho?

—Ha sido por su bien.

La mujer arrugó el ceño y miró a Sofía esperando una explicación. Durante los veinte minutos que tardaron en llegar a la casa de Lucas fue poniéndola al día de los acontecimientos de la última semana, sin omitir ningún detalle. Solo se guardó para ella sus sentimientos hacia el guapo abogado y sus escarceos de alcoba. No iba a comentarlos en alto. Boris no tenía por qué enterarse de lo que no le interesaba.

—No sé si podré perdonarte alguna vez que hayas puesto la vida de mi hija en peligro. ¡Y la del tuyo! ¿En qué estabas pensado? Eres una inconsciente. Al descubrir que la mafia rusa estaba detrás, tenías que haber renunciado a seguir con la investigación.

—Créeme si te digo que no pensé que a los niños les fuera a pasar nada malo —aseguró con ojos llorosos.

—Encuéntralos.

—Lo haré.

—Hoy, no mañana.
—Tenlo por seguro.
—Esta noche quiero a mi hija durmiendo en su camita. Como le hagan algo no van a tener que preocuparse por la policía.
Mario eligió ese instante para despertarse. ¿Notaba la cabeza pesada? ¿Qué había pasado? ¡El energúmeno que iba con Sofía a todas partes! Estaba en un coche. ¿Qué hacía? ¡Estaba abriendo la puerta y venía a por él!
—Sin rencores. ¿Vale, tío?
—Boris, le estás asustando. Venga, hermanito, sal de ahí que no tenemos tiempo para tonterías —le pidió la detective desde el asiento delantero del vehículo.
Ana, de un empujón, echó al guardaespaldas a un lado y metió la cabeza en el coche. Alargó la mano y cogió la de su marido. Estaba fría y sudorosa, como la suya. ¿Cómo estarían las de su pequeña?
—Vamos, cariño. Nuestra hija nos necesita.
Dolores no estaba, pero había dejado preparada comida para un regimiento, aun sabiendo que en teoría no irían a esa hora a la casa. Los acontecimientos lo habían cambiado todo. Boris insistió en que comieran y bebieran algo, iban a necesitar las fuerzas para poder afrontar la tarde de angustia y desazón que les aguardaba.
Lucas salió de la sala de vistas hablando con la fiscal que había llevado el caso. Aunque solían verse las caras en los juzgados, fuera de ellos, eran amigos desde que estudiaron juntos la carrera de derecho. Sus vocaciones los habían llevado por caminos opuestos, pero habían terminado por volver a encontrarse. Distraído con la conversación acerca de la última escapada que la fiscal y su marido habían realizado el fin de semana, no se dio cuenta de que su guardaespaldas le hacía señas. El hombre tuvo que acercarse hasta él, y llamar su atención dándole unos golpecitos en el hombro. Al ver la expresión de apuro con la que le miraba, supo que algo malo había ocurrido mientras estaba en el juicio.
Sin cambiarse la toga corrió hacia el coche. Dentro del mismo se la quitó y la dejó en el asiento de cualquier manera. Encendió su teléfono y vio el sinfín de llamadas perdidas de Sofía. Estaban llegando a su casa, de modo que desistió de llamarla él. En unos minutos la vería en persona. Su guardaespaldas le había dicho que estaban todos allí, incluidos los padres de Marta.
—¡Sofía! —gritó Lucas en cuanto atravesó la puerta de entrada de su vivienda. Desde el vestíbulo escuchó el coro de voces que surgía desde la cocina.
—¡Lucas! —exclamó la detective, dejando la cuchara que tenía en la mano y saliendo en busca del abogado.
Corrió hacia él y se dejó abrazar con fuerza. Hasta ese instante no

había sabido cuánto lo necesitaba. Su sola presencia, sentir su corazón latiendo bajo su piel, le daba fuerzas y tranquilizaba su alma.

—Tenía el teléfono apagado. Al finalizar la vista, el compañero de Boris me ha dicho lo que ha ocurrido. Pensé que era mejor venir directo y no perder el tiempo llamándote.

—Sigo sin entender por qué no avisamos a la policía —intervino Mario—. Fueron tus compañeros, seguro que nos ayudan. Serán discretos.

—No, no lo serán —negó Sofía—. Al saber que la mafia rusa está implicada, querrán ponerse la medalla de la detención de Petrovich. El secuestro les valdrá como excusa para llegar hasta él y puede alargarse días si las autoridades se enteran. No queremos eso. Es cosa nuestra.

—Tiene razón, Mario —intervino Ana—. En comisaría no pueden saberlo.

Los dos hombres de seguridad que debían de hacer el turno de tarde habían hecho su aparición en la cocina. Ellos dos se quedarían con los padres de Marta. El abogado rehusó permanecer en el chalet de brazos cruzados. Recordaba la pregunta sin respuesta de Nando la noche antes, y como había sido incapaz de enfrentarse a su carita esa mañana. Se cambió el traje por unos vaqueros y una camiseta, y bajó de nuevo al lugar donde estaban el resto congregados.

—Tal vez debería quedarse aquí, señor —sugirió Boris.

—Y tú deberías haberte ido a casa al terminar tu turno. Me da que ninguno vamos a hacer esta tarde lo que se supone que tendríamos que hacer.

El compañero de Boris intercambió con él un gesto de asentimiento. Tampoco se iría a casa sin que aparecieran los niños.

—Bueno, Sofía, tú dirás —le dijo Lucas a la detective—. ¿Qué hacemos ahora?



CAPÍTULO 18

Fabi lloraba, sentado en su silla, desde que su jefa le había contado que habían secuestrado a los niños. La llamada que le había hecho, cuando estaba comiendo tranquilo en casa de sus padres, le había dejado inquieto y preocupado.

—*Ven a la oficina. ¡Ahora!*

Nada más. Ni un saludo, ni una explicación. La angustia que destilaba la voz de Sofía le hizo dejar el tenedor en el plato y a su madre asustada.

—¡Fabi! No te vayas. He hecho sanjacobos. Tus preferidos.

—Déjalo, cariño —intervino el padre del joven. Puso con ternura una mano en el brazo de su mujer, para impedir que siguiera insistiendo—. Le ha llamado Sofía. Debe ser algo urgente.

En el portal del edificio donde se ubicaba la agencia se había topado con Ricardo, que igual que él, lo había dejado todo y venía al acuciante requerimiento de la detective.

—¿Sabes qué ha pasado?

—No, Fabi. Estaba tomando un bol de gazpacho cuando me ha llamado. Algo muy grave debe ser. No recuerdo ninguna otra vez que nos interrumpiera a la hora de la comida.

Juntos entraron en la agencia. Su jefa y el abogado ya estaban allí. El gigante que tenían por guardaespaldas estaba a su lado. Fabi le dijo un fugaz «hola» al pasar junto a él, para ocupar su silla detrás de su escritorio. Ricardo se sentó en el borde de la mesa dispuesto a oír lo que Sofía tuviera que explicarles.

—Tenemos que actuar rápido, no nos valen de nada los lloros ni dejar que la angustia nos pueda —afirmó la mujer al concluir la narración.

La detective camina en círculo por su despacho como un león enjaulado. Se había recogido los rizos con una pinza, en una especie de moño en lo alto de la cabeza.

—¿Vamos a hablar con el cuarto sospechoso? —preguntó su secretario secándose las lágrimas.

—Iréis tú y Ricardo. Tenéis la dirección. Él está al mando, Fabi, tu labor será ayudarle en lo que necesite.

—¿Nosotros solos? —quiso saber asustado.

—Un guardaespaldas irá con vosotros —le respondió Sofía. El compañero de Boris asintió ante su mirada. El de la científica tenía un

arma y sabría defenderse de un ataque por sorpresa, pero el informático no. Era mejor que no fueran solos, en prevención de lo que pudiera pasar.

—¿Crees que es el responsable del robo?

—No, Ricardo. Hay algo más en este tema que no estamos viendo, aunque lo tenemos delante. Sin embargo, hay que hablar con él. No quiero dejar ningún cabo suelto. Ningún «y si…» pendiente.

—¿Qué haremos nosotros? —preguntó una voz masculina que llenaba sus sueños más eróticos.

La mujer sonrió. No pudo evitarlo. Lucas lucía tan preocupado como ella. Ya no le preocupaba que su nombre quedara limpio de las sospechas de hurto. Aquel embrollo se había convertido en algo tan personal para él, como para los demás.

—Encontrar a Nando. No voy a esperar más, ni voy a perder un minuto de mi tiempo en buscar al esquivo ladrón. Mi prioridad es mi hijo.

—¿Por dónde empezamos, jefa?

Aquella pregunta no vino de la boca de Fabi, que era el único hasta aquella tarde que la llamaba así. Había surgido de los labios de Boris que, puesto en pie con los brazos cruzados y las piernas separadas, parecía Hércules dispuesto a la batalla. Sofía era ahora su capitana y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para encontrar a los niños. Dudaba que al abogado le gustara mancharse las manos, pero a él no le importaba.

—Vamos a hacer una visita a un «amigo» mío.

Lucas no dijo nada. Se limitó a seguirlos hasta el coche. ¿Quién sería esa misteriosa persona a la que Sofía quería ir a ver con tanta urgencia?

El guardaespaldas se puso al volante y siguió las indicaciones. Había poco tráfico, puesto que la mayoría de los habitantes de Basema estaban haciendo un descanso de sus tareas diarias para comer. Máxime cuando no había colegios a los que ir, y en el cielo brillaba un sol abrasador impropio de últimos de junio. Era la hora de sentarse en una terraza de alguna placita, y tomar un café con hielo a la sombra.

—Es un hotel.

—Sí, Lucas. Aquí se hospeda el único hombre en la ciudad que no teme a Alexander y puede ayudarnos.

—¿Quién es?

—El jeque Abil.

—¿El dueño de los diamantes Lancaster?

—Ese mismo. Y además el enemigo acérrimo de Petrovich.

—No me convence demasiado. Va a ser como el ruso, un lobo con piel de cordero. Con distintas vestiduras, pero igual.

—Espero por el bien de los niños que te equivoques.

—¿Crees que puede haber tenido algo que ver con el secuestro?

—No. No creo que sea su estilo.

Los tres se bajaron del coche, que dejaron aparcado en una calle lateral cercana al hotel. Sofía iba un paso por delante. Los dos hombres la seguían, uno a cada lado, mirando a su diestra y siniestra. Se sentían observados por decenas de ojos. Boris no creía que el personal del hotel, con el que se cruzaban en su camino hacia el ascensor, fuera tan inocente como fingía ser.

Aquella camarera, que estaba sacando el brillo a un pasamanos que ya no podía relucir más, era muy extraña. El recepcionista había hecho un discreto amago de impedirles la entrada, pero la resolución de Sofía lo había dejado con la palabra en la boca.

—¿Puedo ayudarles, señores? —preguntó el hombre en voz alta, en un vano intento por hacer que se detuvieran.

—Vamos a ver al Jeque. Avísele de que subimos —le dijo la detective sin dejar de avanzar hacia el ascensor.

Un par de clientes curiosos volvieron sus cabezas al verlos pasar. Ella irradiaba resolución y determinación, con una expresión de furia surcando su rostro. Ellos altos, silenciosos, uno más musculoso que el otro, pero con la misma seguridad en sus andares. Un hombre con traje y corbata, con un periódico bajo el brazo, iba a entrar en el elevador con ellos, pero un fugaz vistazo a las tres figuras, le llevó a concluir que podía esperar a que llegara el siguiente. No tenía tanta prisa.

—¿Nos recibirá?

—Eso espero, Lucas.

—¿Y si no está?

—No abandonará Basema hasta que no aparezca el diamante blanco.

Una figura vestida de negro en su totalidad los aguardaba cuando las puertas se abrieron. Sofía creía recordar que era uno de los hombres que estaban con el Jeque la otra vez que había ido a verle. Solo habían pasado unos días y era como si hubiera sido en otra vida.

—Síganme.

El hombre llevaba un diminuto auricular en su oído, por el que debía de estar recibiendo instrucciones. Boris reconoció en él a un exsoldado. Alguien forjado en las fuerzas armadas, que por un motivo u otro había abandonado el ejército, cansado de obedecer órdenes sin sentido dictadas por unos superiores que nunca se mancharían sus impolutos uniformes en el barro. Llegaba un punto en que la idea de jugarse la vida por un sueldo mísero se hacía insoportable. En las empresas privadas de seguridad, hombres como ellos tenían un puesto asegurado con el que se garantizaban un bienestar económico en el futuro.

No les habían registrado, cuando era algo evidente que tanto él como la detective portaban armas. Boris estaba seguro de que Sofía tenía una pistola oculta bajo la camiseta, y quizás otra en el bolso cruzado que llevaba. Él también llevaba varias consigo. Si no les habían pedido que las entregaran al entrar, solo podía significar dos cosas: o eran tan tontos como para pasar por alto ese detalle, lo que dudaba; o la seguridad era tan alta allí dentro, y había tantos hombres armados, que no tendrían nada que hacer en un intercambio de disparos. Votaba por la segunda opción.

—Esperen aquí.

Estaban en un pequeño salón con una televisión apagada y un par de sofás tapizados con añejo terciopelo, en los que no hicieron amago de sentarse. Los tres permanecieron de pie observando lo que les rodeaba.

—¿Aquí fue donde viste al Jeque la otra vez? —quiso saber Lucas.

—En otra habitación algo más grande que esta. Es una suite gigantesca que ocupa la planta entera del hotel.

—Cabrían tres pisos como el mío —apuntó Boris.

—¡Y cómo el mío! —corroboró Sofía.

—¿Y viniste sola?

—No. Fabi me esperaba fuera.

Lucas meneó la cabeza, atónito por la inconsciencia de la detective. El guardaespaldas disimuló una carcajada. ¿Aquel jovenzuelo, que se asustaba por la pulverización de un ambientador eléctrico, era toda la ayuda que llevó? Estaba claro que aquella detective no terminaba de percatarse de la maldad de las personas con las que el dueño de la joyería la había obligado a relacionarse.

Un ruido de telas rozándose al caminar hizo que se giraran hasta la única entrada del saloncito. El Jeque en esa ocasión vestía una túnica en color azul claro, a juego con sus ojos, con rebordes dorados. Lucas se envaró. Aquel moreno miraba a Sofía con aires conquistadores, si bien, ella no parecía darse cuenta de la atracción que causaba en el hombre que habían ido a ver.

—Señorita Valverde, ¿a qué debo este honor? ¿Ha encontrado mi diamante? —preguntó el Jeque sentándose en uno de los sofás.

Tres hombres con aspecto de matones se quedaron detrás de él, y otro con vestimenta árabe permaneció en el quicio de la puerta en una muda indirecta: «si intentáis algo contra mi jefe, no salís vivos de aquí».

—Siento decirle que estoy tan lejos de hallar al ladrón como al principio. No he venido por eso. Es mi hijo, Alexander lo ha secuestrado; y a mi sobrina también, como incentivo para encontrar al responsable del robo. Necesito su ayuda.

—Es un buen incentivo, no es mala idea.

—Si le pasa algo a los niños, haré que sus negocios sean investigados —afirmó Lucas posicionándose al lado de Sofía, ajeno a como los matones que estaba detrás del sofá se llevaban una mano a la chaqueta—. No le valdrán de nada su dinero, ni sus influencias, acabaré con usted.

—Vaya, vaya, señor Gascón, nunca imaginé tanto arrojo por su parte —aseguró el Jeque con una mirada apreciativa hacia el hombre que le acaba de hablar—. Me habían dicho que en los juicios no perdía la calma, que era un hombre tranquilo. Está claro que se equivocaban.

—Por desgracia, esto no es un juicio que se guíe por las leyes establecidas que todos cumplimos. Aquí, se han vulnerado mandatos muchos peores. Como apartar a niños pequeños de los brazos de sus padres.

Los hombres de seguridad del Jeque y Boris retomaron sus posiciones de descanso al ver que las aguas volvían a su cauce. El árabe no parecía haberse tomado a mal el exabrupto del abogado. Permanecía tranquilo, sentado en un sillón, observándolos con una mirada evaluadora.

Sofía no se giró para mirar a Lucas, pero su mano rozó la de él, que igual que la suya permanecía en un costado de su cuerpo. Un dedo se enroscó en su meñique. El suave tacto estuvo a punto de hacerla estremecerse, pero se contuvo. No quería dar apariencia de fragilidad ante Abil, que por otra parte daba la sensación de percatarse de todo lo que ocurría entre aquellas cuatro lujosas paredes.

—Lamento si le he ofendido, mi único deseo es recuperar a los niños. Me he dejado llevar.

—No se preocupe, abogado, le entiendo. La familia es y debe ser lo primero. Mis colegas rusos anteponen los negocios a cualquier cosa. Nuestras mujeres y nuestros hijos son lo más importante en esta vida.

¡Mujeres! Por lo que Sofía había leído el Jeque tenía cuatro. Ya en su visita anterior había dado signos de querer añadir una más a su harén. Lo llevaba claro si pensaba que iba a caer en sus brazos, por muy seductor que fuera. Ocultar su rostro, y bajar la cabeza cada vez que un hombre se acercara a ella, no era algo a lo que pudiera adaptarse. No concebía vivir en un país donde la igualdad entre hombres y mujeres no fuera un hecho. Y mucho menos casarse con alguien que ya compartía su corazón con otras cuatro personas. Aunque dudaba que Abil amara a ninguna de ellas.

—Podría haberme llamado en lugar de venir hasta aquí. Tiene mi teléfono.

Al oír la afirmación del Jeque, Lucas retiró el contacto de su mano del de la detective. ¿Por qué tenía su número? ¿Había algo entre los dos y no se lo había dicho? Torció su cara, para mirarla y ver la

expresión de su rostro ante las palabras de Abil.

—Quería averiguar si usted había tenido algo que ver con el secuestro de los niños. Para eso me hacía falta verle la cara cuando se lo dijera.

—¿He pasado la prueba? —inquirió arrogante el árabe.

—Sí —respondió ella, para a continuación contarle el verdadero motivo de su visita—. Sus hombres me han estado siguiendo a todas partes, quizás ellos sepan algo. Pueden haber visto alguna cosa que me sirva de ayuda en estos momentos.

Ahora llegó el turno de Boris para sorprenderse. Había visto a los rusos. Sabían que además de los micrófonos y las cámaras ocultas en los despachos y en la casa de la detective, les seguían de cerca. Ya eran rostros conocidos para Boris y los suyos, e incluso tenían expedientes de la mayoría de ellos. Todos exconvictos, con más músculo que cerebro. Capaces de cualquier cosa a cambio de dinero, y de permanecer lejos de las autoridades de su país natal.

Sin embargo, a los hombres del Jeque no los había visto. Le habían pasado inadvertidos. Eran buenos. ¡Maldita sea si no lo eran! Se la habían jugado y no se había percatado de nada.

El Jeque hizo un movimiento hacia el árabe que permanecía impasible en la puerta. Este le respondió de modo afirmativo con un asentimiento de su cabeza, y salió en busca de algo o alguien. Sofía no lo sabía a ciencia cierta.

—Detective, ¿por qué no se sientan usted y su amigo abogado?

Ambos hicieron lo que Abil les pedía. En la medida de lo posible era más sensato atenerse a sus deseos. Se instaló un incómodo silencio en la habitación. Los ojos azules del Jeque no se apartaban de ellos dos, cambiando de uno a otro con una sombra de sonrisa en los labios. Boris dedujo que a aquel árabe le gustaba la detective. Eso era algo que podía serles útil, pero también podía volverse en su contra si veía a Lucas como una amenaza para sus intereses.

Un segundo hombre, vestido con una túnica larga y un pañuelo anudado a la cabeza, entró en compañía del otro árabe que hasta hacía unos momentos había estado con ellos.

—Este es Hasim. Él se encarga del dispositivo de seguimiento de su persona, detective, y de la suya, abogado. Pueden preguntarle lo que deseen, que él les responderá.

Sofía miró con interés a su interlocutor. Era alto, delgado, con ojos marrones que estaban llenos de suspicacia.

—¿Ha seguido a mi hijo también estos días?

—Cuando estaba con usted, sí. No era nuestro objetivo, él no ha robado el diamante —respondió altanero el árabe.

—Pero los rusos sí lo han hecho. ¿Vio a los hombres de Alexander vigilando el colegio de mi hijo y mi sobrina?

Antes de responder a la pregunta Hasim miró a Abil. Hasta que este último no hizo un gesto de conformidad, Sofía no obtuvo su respuesta.

—Ayer por la mañana había una pareja de esos sucios y apestosos rusos en un coche, enfrente del edificio donde vive y tiene la agencia. Cuando usted dejó al niño en el colegio, uno de ellos se bajó del vehículo y fue hasta allí. Se puso a tontear con la madre de una niña pecosa con coletas. Después volvió al coche.

—¿Sabes de quién habla? —inquirió el abogado.

—Sí —afirmó Sofía—. Está en la clase de Marta, sus padres se han separado porque él le ha puesto los cuernos con una compañera del gimnasio. Ella está rebotada y llena de despecho. Si pensó que el ruso trataba de ligar, seguro que le contó los horarios y cualquier otro dato que quisiera averiguar. ¿Qué más puede decirme?

—Esta mañana también estaban. Cuando usted se fue a entrevistar a los sospechosos, un coche se fue detrás del suyo, pero otro se quedó. Mi gente los vio antes de seguirles a una distancia prudencial.

—Así que íbamos en caravana —dijo Sofía. Boris permaneció en silencio. Había visto a los rusos y logró darles esquinazo, pero al librarse de ellos, no se percató de que un segundo coche estaba tras el suyo. Los hombres del Jeque eran buenos. Pocas personas conseguían acercarse tanto a él sin que se diera cuenta, y seguían vivas para contarlo.

—Le dije que tengo ojos en todas partes —intervino Abil.

—¿Y alguno de sus «ojos» vio cómo se llevaban a los niños?

—Me temó que no —negó Hasim—. Solo puedo decirle, que cuando regresó a por los niños y se dio cuenta del secuestro, los rusos ya no estaban en el colegio.

—De acuerdo. Tenemos claro que averiguaron lo de lo excursión y aprovecharon la circunstancia para cogerlos. ¿Dónde pueden haberlos llevado? ¿A algún piso franco, almacén o local que tengan controlado, Hasim? ¿Por dónde empezamos?

Las notas del tono de llamada del móvil de Sofía interrumpieron su torrente de cuestiones, algo que hizo que el hombre de Abil arrugara la nariz.

—No me mire así. No voy a apagarlo cuando me pueden llamar los secuestradores de mi hijo. Lucas, ¿puedes seguir tú? —le pidió al abogado, a la vez que le hacía una señal a Boris para que no perdiera detalle de lo que Hasim les dijera.

La detective les dio la espalda y respondió. Era Fabi, su secretario.

—¿Qué ocurre? Estamos con el Jeque. Te llamo cuando salgamos.

—¡Espera! —gritó el informático al darse cuenta de que su jefa iba a colgar—. Está muerto, Sofía. Le han asesinado.



CAPÍTULO 19

Ricardo y Fabi habían hecho lo que les había pedido Sofía: localizar al cuarto sospechoso. Un antiguo socio de los rusos en algunos negocios, que no estaba contento con el reparto de beneficios. Se había desligado del grupo de Alexander usando los contactos de este, algo que al gerifalte siberiano no le había gustado nada. No solo le había dejado tirado, sino que pretendía lucrarse a su costa.

La dirección que tenían era de un piso de lujo en el centro; en una comunidad formada por cuatro edificios, con un patio central dotado de piscina y zonas ajardinadas. Un conserje permanecía apoltronado en la garita de la entrada, pendiente de una carrera ciclista en la televisión. A su paso se limitó a levantar la cabeza uno segundos, para volver a bajarla con rapidez.

—Pocas ganas de trabajar —comentó Ricardo cuando dejaron atrás al portero.

—Ninguna, diría yo. Ni siquiera nos ha pedido los carnets. Le podíamos haber dicho que íbamos a otro bloque, que no se hubiera enterado.

—Quizás haya cámaras.

—Te digo yo que no —afirmó Fabi con seguridad.

—¿Qué piso es? —preguntó el de la científica mirando el panel con los botones.

—El último —respondió Fabi—. ¿Crees que Sofi estará bien?

—Lucas está con ella. Entre esos dos hay algo más que una relación detective cliente. Es su afecto y su apoyo lo que más necesita ahora. No responde nadie.

—Llama a todos los pisos, siempre hay alguien que abre sin preguntar. Además, con el conserje fuera, pensarán que si él nos ha dejado pasar no hay nada que temer.

Ricardo hizo lo que le sugirió el informático y comprobó que tenía razón. El zumbido que les indicaba que alguien había desbloqueado el acceso, llegó claro a sus oídos. Llamaron al ascensor. Era un receptáculo no muy grande forrado de madera, del mismo tipo que la que recubría las paredes del portal.

—¿Y Nando? —insistió el joven con los ojos llorosos apoyado en el espejo.

—Estará bien. Tiene que estarlo —afirmó el técnico con determinación.

En cada planta había dos viviendas. La que buscaban era la de la derecha. Un felpudo negro, con un desgastado «Bienvenidos» estaba bajo sus pies. Nadie contestó al timbre.

—No se oye nada dentro —afirmó el más joven de los hombres, con la oreja apoyada en la puerta.

—Déjame, Fabi.

El expolicía se arrodilló y con una ganzúa abrió la cerradura. El guardaespaldas que iba con ellos arqueó las cejas. Aquellos dos no eran tan timoratos como pensaba. Iban a allanar una casa y no daba la impresión de que les importara. Menudo par de perlitas estaban hechos.

El piso estaba en penumbra, con las persianas a medio bajar y las ventanas cerradas. Al aproximarse a una habitación al fondo de un pasillo, que debía de ser un dormitorio, un olor dulzón inundo sus fosas nasales.

—Oh, oh.

—Espera aquí —ordenó Ricardo a Fabi.

Desenfundó su arma de la riñonera e hizo un gesto al hombre que los acompañaba, para que se pusiera enfrente de él en el pasillo. Con cautela empujó la puerta de la habitación y entraron los dos en el dormitorio. De un rápido vistazo comprobaron que no había nadie aguardándoles en la oscuridad.

Tumbando en la cama estaba su sospechoso en un charco de sangre. Le habían cortado el cuello y arrancado la nariz, la cual descansaba a su lado en la almohada. Varias moscas volaban por el dormitorio atraídas por el olor.

—¿Está muerto? —inquirió Fabi desde el pasillo.

La curiosidad le había podido y había hecho caso omiso de la orden de su compañero. Su pelo pincho asomaba, coronando su cabeza por el quicio de la puerta.

—Uy, sí. ¡Qué asco! ¿Está fresca la sangre?

Ricardo le miró. En lugar de encontrarse con la cara de susto que esperaba ver, se topó con otra de repugnancia por el olor. Fabi no parecía estar para nada asustado por el espectáculo que tenía ante sus ojos.

—Yo diría que sí. Espera.

Del bolsillo de la chaqueta extrajo un guante de plástico blanco, que se puso con la práctica que daba hacerlo varias veces al día. A continuación, tocó con su dedo índice la mancha de la almohada. Al tacto se notaba la humedad del líquido rojo, que había abandonado al hombre ahora cadáver.

—Está pegajosa, no ha pasado mucho tiempo desde el asesinato.

—Voy a llamar a Sofi.

La detective les dijo que hicieran fotos, tomaran muestras y se

fueran del piso sin llamar la atención. Si avisaban a la policía, deberían explicar el motivo por el que habían acudido a ver al hombre asesinado. El robo del diamante Lancaster saldría a la luz y con ello el secuestro de Nando.

—Cuando encontremos a mi hijo y a mi sobrina, veremos qué hacemos, pero, al fin y al cabo, ya está muerto. No podemos hacer nada por él. Dudo que alguien lo eche en falta.

—¿Qué quieres que hagamos, jefa?

—Ricardo que se vaya a su laboratorio a analizar las pruebas, y tú mejor ve con él. No quiero que te quedes solo en la agencia. Con el portátil puedes trabajar en cualquier sitio. ¿Sigue el amigo de Boris con vosotros?

—Sí. Aquí está.

—Bien. Que os acompañe. Daos prisa en salir de allí. Cuanto más tiempo estéis, más restos podéis dejar.

Sofía colgó el teléfono y se dio cuenta de que varios pares de ojos masculinos la observaban. Hasim había dejado de hablar al ver que la atención de la detective no estaba enfocada en él.

—Tal vez quiera ilustrarnos y explicarnos por qué esa llamada es más importante que la vida de su hijo —dijo el hombre de seguridad del jeque Abil, que cada vez le gustaba menos.

—Eran mis compañeros de la agencia —comentó ella. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, para no dejar salir de sus labios la réplica mordaz que le había venido a la mente. Era un prepotente, pero lo necesitaban. Con la mejor y más falsa de sus sonrisas continuó—: El cuarto sospechoso, el ruso colaborador de Alexander, está muerto. Lo han asesinado en su propia cama. Y por lo que parece no hace mucho rato.

—Ha sido Petrovich —apuntó Abil—. Sabía que iban tras él. Solo a un tonto se le ocurre abandonar la mano que te da de comer, para poner en marcha un negocio propio con clientes de tu antiguo jefe. Yo tampoco lo habría consentido. Y si además había robado el diamante…

—¡Pero no sabemos que fuera el ladrón! —exclamó Sofía—. Lo más seguro es que no. Que otra persona sea la responsable.

—No importa. Para los rusos era como tener una china en el zapato que hay que eliminar. Antes o después hubieran acabado con él. Si además era uno de sus sospechosos, tenía los minutos contados.

La mujer sintió un escalofrió por su espalda que acabo asentándose en su estómago. ¿Había sido ella la causante del asesinato al incluirlo en su lista? ¿Tendría que llevar una muerte a sus espaldas toda su vida? ¿Su hijo sería un estorbo para ellos? ¿Y si no llegaban a tiempo? De repente, una mano cálida cogió la suya, un pulgar acarició con dulzura el dorso, y un tenue apretón la ayudo a recomponerse. Fijó sus

verdes ojos en otros negros que la miraban con cariño, llenos de ternura. Otros azules, no fueron ajenos a esa conexión.

El Jeque suspiró, no tenía ninguna posibilidad con la detective. Lo había cautivado desde su primera visita al hotel, cuando se había colado en su suite creyendo que burlaba la seguridad. Las mujeres le temían. Solían comportarse ante él como cervatillos asustados, algo que agradecía la mayor parte de las veces, pero que en ocasiones le provocaba tedio y aburrimiento. Sofía había sido un revulsivo en su monótona vida. Con su arrojo y su temeridad lo había conquistado. Soñaba con hacerla suya en la cama. Sentir ese fuego bajo su cuerpo. ¡Oh, sí! Debía ser igual de ardiente y fogosa entre las sábanas, que en la vida real. Sin embargo, no tenía nada que hacer si el abogado estaba cerca. No quedaba otra opción. Tenía que eliminarlo, pero sin que ella sospechara que él estaba implicado. A la mínima duda que tuviera, en lugar de buscar consuelo en sus brazos, saldría huyendo en dirección contraria.

—Hasim les acompañará con dos de sus mejores hombres —anunció Abil, en un tono de voz que no dejaba ninguna duda sobre que era una orden, y no una sugerencia. Complacido observó como la pareja de amantes daba un pequeño respingo.

Sofía apartó su mirada del atractivo rostro de Lucas para girarse hacia el Jeque. El simple contacto de su mano había hecho que su mente se calmara.

—Puede darnos una lista de lugares en los que quizás retengan a los niños e iremos a inspeccionarlos. Seguro que sus hombres conocen los escondites de los rusos por la ciudad. Sitos donde puedan retener a dos niños durante horas sin llamar la atención. No necesitamos escolta. Podemos hacerlo solos —se atrevió a decir la detective, a la que no le agradaba tener intrusos con ella que la estorbarían en lugar de ayudar.

—Con él tendrán acceso a locales en los que de otro modo no podrían entrar aun sabiendo que existen. Habrá gente que, por miedo a Alexander, no quiera hacerles caso, pero por temor a mí, sí se lo harán.

—Está bien —concedió ella. No podía permitir que el desagrado que pudiera sentir hacia Hasim fuera un estorbo a la hora de encontrar a su hijo—. Vámonos. Son casi las cinco y nos queda poco tiempo.

—Nos veremos más tarde —se despidió Abil. Ignoró a Lucas y a Boris. Ellos dos no le interesaban. Esperaba que cuando volviera a reunirse con la mujer de rizos rebeldes que deseaba conquistar, no estuvieran en su compañía.

Los tres se dirigieron hacia el ascensor que daba acceso a las habitaciones del Jeque. Dos hombres a los que Hasim había avisado

previamente, los aguardaban con cara de pocos amigos. Vestían a la europea, pero sus rasgos eran claros indicativos de su ascendencia árabe.

Lucas se sintió aliviado cuando recuperaron su intimidad en el interior del coche. Hasta Boris emitió un suspiro exhalando el aire que había estado conteniendo.

—No me gusta ese Jeque, Sofía. Ni un pelo —aseguró el abogado. Había notado cómo miraba a la detective. La repulsa hacia su persona no le había pasado inadvertida. Abil haría todo lo que estuviera en su mano para conseguirla.

—Ni a mí —añadió el guardaespaldas.

—Ya sé que es tan peligroso como Alexander, pero es la única baza con la que contamos. Con él y sus contactos tenemos una posibilidad de dar con Nando y Marta sin que la policía intervenga.

Ninguno de los hombres respondió. Boris agarró el volante con fuerza, y se dispuso a seguir al coche negro en el que Hasim y sus dos compañeros se habían subido. Aquel hombre se había reído de él, burlando su dispositivo de seguridad durante días. No iba a dejarse amilanar por él.

La detective llamó a su hermano para decirle que aún no habían hallado a los niños, pero que estaban cerca de hacerlo.

—Tenemos ayuda y nuevas pistas. ¡Los encontraremos!

—Eso espero, hermanita.

Las calles, llenas de comercios y de gente, fueron quedando atrás, siendo sustituidas por otras menos atractivas a ojos de los ciudadanos de Basema. Primero fueron a un polígono industrial en las afueras de la ciudad. Alexander tenía varios almacenes en él. En ellos encontraron desde fruta, comida enlatada y otro tipo de alimentos, a ordenadores y grandes electrodomésticos. Unos parecían legales y en regla, pero la mayoría carecían de los permisos sanitarios y oficiales para vender la mercancía que guardaban.

—Esperen en el coche. Nosotros no oleremos a policías metiendo las narices donde no les interesa, como ustedes —les ordenó Hasim. El árabe se había bajado de su vehículo y se había acercado al de la detective. Había asomado la cabeza por la ventanilla antes de que pudieran hacer el mínimo intento de abrir las puertas. A Boris le dio la impresión de que el comentario iba dirigido a él. Incluso detectó un matiz de burla en su tono.

Sofía le ignoró e hizo lo contrario de lo que le habían dicho.

—¿Dónde cree que va?

—Hay muchos almacenes. Ustedes vayan por allí, nosotros visitaremos estos. Ni una palabra más —añadió enfadada sin darle opción a replicar—. Es mi hijo. No voy a quedarme quieta esperando a que me lo traigan.

Lucas la siguió, orgulloso de ver cómo la detective había puesto en su sitio a aquel tipo al que empezaba a detestar. Boris disimuló una carcajada sin poder evitar que sonara una especie de resoplido que llegó a los oídos de Hasim, algo que hizo aumentar su enfado. ¡Cómo una *mujer* se atrevía a hablarle así! No sabía qué había visto el jeque Abil en ella. De lo que estaba seguro, era de que les iba a traer muchos problemas.

La actividad mercantil por la tarde era menor que por la mañana. Algunas naves estaban vacías y pudieron colarse dentro para husmear. En otras, solo había un hombre vigilando al que eludieron sin dificultad. En unas pocas sí que estaban trabajando. Esas fueron las que dejaron para Hasim y sus hombres. No era aconsejable que Alexander descubriera que, en lugar de seguir sus indicaciones, estaban buscando a los niños.

Antes de salir del hotel el abogado sugirió hacer un cambio de medio de transporte, con intención de despistarlos. A todos les pareció una buena idea. Hasim lo organizó con una profesionalidad, que hasta Boris no tuvo más remedio que alabar en silencio. Tenía los medios y los hombres necesarios, y sabía cómo usarlos. Para nada le daría el gusto de decirle un cumplido en voz alta.

Acordaron que, al girar en un callejón, una furgoneta cortaría de forma oportuna el camino al coche de los rusos. Antes de salir del tráfico de la circunvalación de Basema, era el lugar apropiado. Sofía, Boris y Lucas se bajaron con rapidez de su coche, y se subieron a un cuatro por cuatro con el que siguieron su camino sin despertar sospechas. Su lugar lo ocupó gente de Hasim, a la que los rusos siguieron ajenos a su error.

—Ha sido buena idea —le dijo Sofía, aprovechando un instante en que estaban ellos dos solos registrando un almacén de muebles.

—Tengo mis momentos —respondió Lucas.

El abogado se quedó mirándola, le pasó un brazo por la cintura y acercó su rostro al de ella para a continuación besarla. La detective se puso rígida y tensa al primer contacto. Pensó molesta que no era la situación adecuada para dejarse llevar por la pasión. Colocó sus manos en el pecho del hombre para obligarle a separarse de ella, pero de repente sus miembros se volvieron de gelatina. Era como si a través de sus labios le transmitiera un dulce y agradable calor, que pronto recorrió todo su cuerpo. Fue un beso lleno de pasión, demandante y exigente. Lucas sabía besar. ¡Vaya si sabía! Estaba perdida si no aprendía a mostrarse indiferente al poder de su boca.

Fue él el que puso final al beso, separando sus labios, pero manteniendo el contacto del resto de su cuerpo. La miró satisfecho. Aquel sonrojo y aquella hinchazón eran por causa de él. Incluso diría que la mirada verde de ella estaba algo perdida.

—No has debido besarme —afirmó Sofía, mientras intentaba recuperar la compostura.

—Diría que te ha gustado.

—Esa no es la cuestión. Tenemos poco tiempo, no podemos distraernos de nuestro objetivo.

—Ya sabes, a veces es conveniente hacer un descanso para recuperar fuerzas —replicó él ufano.

—Si Hasim o sus hombres nos ven, perderemos su confianza. Pensarán que no nos preocupa lo suficiente encontrar a los pequeños.

—¿No será que te agobia otra cosa?

—¿Otra cosa? —preguntó ella perpleja—. ¿Por qué ese tono de enfado?

—Tal vez lo que no quieres es que Abil se disguste. Al fin y al cabo, es un hombre muy atractivo, con todo ese poder y ese aire árabe tan misterioso.

—No te entiendo. A mí el Jeque no me interesa lo más mínimo. Es un medio para encontrar a Nando.

—Pues te garantizo que tú a él sí. ¿Crees que tendríamos a Hasim y a los otros dos ayudándonos, si no fuera porque le gustas?

—Eso son tonterías.

—¡Estás ciega! Te quiere a ti. Tú eres la recompensa que busca.

—Solo quiere fastidiar a Petrovich. No busca nada más.

—Hacer daño a Alexander es algo secundario. Tú eres el gran premio. No va a parar hasta conseguirlo. Te quiere a ti en su cama, y de paso en su harén, con sus otras esposas.

—Te equivocas. Tiene una deuda con los rusos que debe abonarles. Por no mencionar que el diamante es suyo.

—No seas ilusa. Abil tiene dinero de sobra para satisfacer el pago pendiente. Y el robo de la joya se lo hará pagar a Cristomo con creces. Eres tú lo que busca obtener con todo esto.

—¡Sofía! ¡Lucas! Nos vamos —gritó Boris entrando en el almacén a avisarles.

Si ella pudiera lanzar cuchillos con su acerada mirada, él estaría muerto. Al abogado le quedó claro que a la mujer que se había derretido con su beso un minuto antes, no le habían gustado sus palabras. No obstante, eso no impedía que fueran ciertas. Había reconocido en los ademanes del Jeque, y en la forma de dirigirse a ella, que sus intenciones eran llevársela a la cama. ¡Cómo si no tuviera suficiente con las esposas y concubinas de su harén!

El dolor que Sofía, sentía por el secuestro de los pequeños, no le permitía comprender que nadie se acercaba tanto a Abil como ella lo había hecho. Si el árabe no quisiera que fuera así, del ascensor no habría pasado el primer día que fue a verle. Estaba seguro de que Boris desconfiaba tanto de sus nuevos compañeros, como lo hacía él.

Al menos contaba con el guardaespaldas para cuidar a la detective de su peor enemigo: ella misma.



CAPÍTULO 20

Eran más de las siete cuando abandonaban un bloque de pisos al que les había llevado un chivatazo de un drogadicto. Lo habían encontrado a punto de picarse la droga, que acaba de comprar a un camello ruso. Los hombres del Jeque lo persuadieron de malas formas para que dijera dónde la había conseguido. A Lucas le daba pena. Era un chico joven que no tendría aún la mayoría de edad. Si por él fuera, lo habría llevado a un hospital y habría llamado a sus padres.

—No puede hacer nada por él —le dijo Boris al ver sus intenciones.

—Aquí en la calle va a terminar muerto. Sus padres lo estarán buscando.

—Tenemos que irnos. Le prometo que cuando nos hayamos ido, y haya pasado un tiempo prudencial, enviaré a alguien de mi gente a por él.

—Quizás sea tarde entonces.

—Abogado, tal y como está, creo que ya lo es.

En los pisos habían encontrado más de lo mismo. Drogadictos, prostitutas, sin papeles. Todos ellos indefensos en las manos de los rusos, que los utilizaban como peones en sus turbios negocios. A cambio les ofrecían un hogar para vivir, en el que ni las ratas querrían pasar una noche.

—Hasim, estoy cansada de dar vueltas —afirmó Sofía encarándose al hombre de confianza del Jeque, en el portal del edificio del que salían sin haber encontrado a Nando—. O me das una pista que nos sea útil ya mismo, o vuelve al hotel y no nos estorbes más. Nos estás haciendo perder el tiempo.

«*¡Vete!*», gritó en su mente Lucas.

No estaba a gusto con aquel tipo. Le daba la impresión de que, en lugar de buscar a los niños, había ido para vigilarlos a la detective y a él. Era como tener dos ojos como espadas fijos en su espalda. De forma inconsciente, procuraba mantenerse cerca de Boris. No se fiaba ni un pelo de Hasim.

Al árabe no le gustó nada que aquella mujer le hablara así. Por mucho interés que su jefe tuviera en ella, él no estaba dispuesto a soportar su falta de respeto hacia los hombres. Tal vez a aquel abogaducho le diera igual, pero él estaba acostumbrado a que las mujeres le respetaran. Ella no iba a ser una excepción, y menos delante de sus subordinados. Iba a replicarle, cuando uno de ellos

llegó corriendo desde una calle lateral. Le susurró al oído unas palabras en árabe que ninguno fue capaz de entender. Al cabo de unos segundos, transmitió en voz alta lo que le había comunicado.

—Si quiere nos vamos, pero un tipo ha visto a alguien que ha oído, que unos rusos han entrado con unos sacos que se movían, en una tienda de una calle a dos manzanas de aquí.

Hasim se quedó observando a Sofía con expresión de suficiencia. Tendría que disculparse para oír más detalles de la información que acaba de obtener. Así se le bajarían los humos y la insolencia.

Lucas decidió que tenía que intervenir. Ella estaba tensa y ofuscada. Era capaz de saltarle encima a aquel incauto, que pensaba que la mujer que se enfrentaba a él en aquel duelo de miradas, era fácil de doblar. Se tragó su orgullo, y habló por ella.

—Vamos, vamos, al jeque Abil no le gustaría que nos peleáramos —aseguró con verdadero dolor al pronunciar cada letra del nombre de aquel que había despertado unos celos en su interior, que le habían hecho comprender cuán importante era la detective en su vida ahora.

La mención del hombre al que debía lealtad, hizo que Hasim se diera por vencido y dijera en voz alta la dirección a la que debían acudir. Una carnicería pequeña de barrio, en una zona controlada por la mafia rusa.

El grupo volvió a dividirse en dos, y cada trío regresó a su vehículo. Boris arrancó sin esperar a ver si los árabes le seguían. Prestando escasa atención a las señales de tráfico y los semáforos, condujo decidido hasta su destino. El abogado se agarró a su asiento para no perder la verticalidad en cada una de las curvas que tomaba aquel loco que estaba al volante. Estaba claro que compartía con él su animadversión hacia sus acompañantes.

Al parar, el conductor alargó una mano para asir el brazo de Sofía antes de que se apease del coche.

—No puedes entrar como un vendaval en la tienda. No sabemos a cuántos hombres tiene Alexander dentro, ni si es verdad lo que nos ha dicho Hasim.

—¡Déjame! ¡Voy a por mi hijo!

—¡Quieta! No te precipites. Podía ser una trampa. No me fío ni de los rusos ni de los árabes.

—¿Qué propones, Boris? —preguntó Lucas sacando la cabeza entre los dos asientos.

—Entrarás en el local como si fueras a comprar carne para la cena —le indicó el guardaespaldas al abogado. Este tragó saliva. Una cosa era ir juntos y otra meterse solo en la boca del lobo. ¿Y aquello era lo mejor? Tendría que fiarse de él, pero no lo veía muy claro—. Sofía, tú iras por detrás. Fijo que hay otra entrada para la mercancía. Así podrás acceder sin que te reconozcan.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—En cuanto salga esa clienta a la que están despachando, entraré. Hasta entonces me quedaré cerca, observando lo que ocurre dentro, pero sin levantar sospechas. Si entráramos los dos juntos, sería extraño.

—¿Y Hasim dónde está? —inquirió Sofía al ver que el coche de los hombres de Abil no les había seguido.

—No lo sé —replicó con tono inocente—. Tal vez al girar la llave de contacto, el coche no arrancara. No estoy seguro, pero diría que este cablecito es importarte.

La pareja vio como los dedos de Boris sujetaban un trozo de plástico verde del que salían unos alambres cobrizos por los extremos.

—Eres lo más —afirmó Lucas apreciativo. Tendría que pagarle el doble. Se había librado de los árabes de una forma sencilla pero eficaz. Punto para Boris.

—A mí tampoco me gustan esos tipos —alegó con un encogimiento de hombros el guardaespaldas.

—¿Os puedo recordar que nos están ayudando? —preguntó Sofía de forma retórica.

Ninguno de los dos le respondió. Suponían que cuando encontrara a los niños, y no le cegara la necesidad de ayuda, vería cómo era en realidad el Jeque. De momento era inútil decirle nada.

Siguieron sus indicaciones al pie de la letra. La detective dio la vuelta a la casa de dos pisos, en cuya planta baja estaba la tienda. Enseguida estuvo en un callejón con varios cubos de basura malolientes que contenían despojos de la carnicería. Una puerta de madera, pintada de un verde deslucido por la lluvia y el sol, con un picaporte mal ajustado, daba paso a lo que debía ser un almacén. No estaba candada. El dueño de la carnicería debía de entrar y salir de continuo para echar restos en los contenedores, y tener que estar abriendo y cerrando con llave le dificultaría el trabajo.

Estaba oscuro, pero aun así distinguió una puerta metálica de un gran congelador a su derecha, y una escalera de piedra, de escalones desgastados, a la izquierda. Hasta ella llegaban las voces de un hombre, que debía de ser el carnicero, y de la mujer que había estado comprado, despidiéndose. Luego escuchó como otra voz masculina pedía unos filetes. Era la de Lucas.

—¿De babilla, tapa o de espalda?

—Esto… de babilla —titubeó el abogado. ¿Había de varios tipos? Él se limitaba a comerlos cuando se los ponían delante en un plato. ¿No eran todos iguales? Una vaca era una vaca, qué más daba de dónde fuera la pieza.

La campanilla de la puerta volvió a sonar, haciendo que el carnicero levantara la vista del trozo de carne roja que tenía en las

manos. Un hombretón había entrado en la tienda con cara de malas pulgas. No parecía un cliente. En lugar de mirar el mostrador donde exponía el género, le miraba a él. En sus ojos se leía una palabra: «problemas». Aquel tipo iba a complicarle la tarde.

¡Maldita sea! No debía haber consentido que aquellos rusos tomaran prestada la parte de arriba de su carnicería. Sabía que no le traería nada bueno, antes de aceptar la petición. Aunque no había podido hacer otra cosa. Era lo que pasaba cuando te metías en tratos con Alexander. Él siempre se cobraba «los favores» con algo más que con dinero. Había podido abrir su negocio saltándose los permisos necesarios para hacerlo; aquel inspector de sanidad era demasiado estricto. Petrovich le consiguió el certificado que precisaba, y él no había preguntado cómo lo había logrado. Debió de hacerlo, pero la tentación fue grande. Las facturas se acumulaban en su mesa. El alquiler del local, el recibo de la luz, alimentar y vestir a su familia… Era un lujo seguir con la tienda cerrada por un asunto tan nimio como una ventilación inadecuada.

De aquello había pasado más de un año. Se confió. Pensó que ya no le reclamarían nada, que la deuda estaba saldada. Hasta la noche anterior a las once, cuando uno de los lugartenientes rusos le había llamado al móvil. No le había pedido que hiciera nada, se lo había exigido.

—Mañana, desde primera hora, el piso de arriba de tu tienda queda cerrado para ti. Oigas lo que oigas, no subas. Te limitarás a coger de la cámara frigorífica lo que necesites, pero nada más. No seas curioso o lo lamentarás.

La mala suerte quiso que aquella clienta quisiera más hamburguesas de las que tenía en el mostrador, y tuviera que ir a la parte de atrás a buscarlas. Si no hubiera sido por eso, no habría visto a aquellos dos hombres con un saco al hombro, del que salían unos pies pequeños con zapatillas de colores.

No había podido comer nada al mediodía en casa, al ver a sus tres hijos con calzado similar jugando en la cocina. Allí arriba había dos niños. Una cosa era guardar mercancía de origen dudoso o incluso drogas, pero unos críos era algo muy diferente. Si su mujer lo supiera le reprendería por ello. Le diría que la familia estaba por encima de todo. Unos padres estarían desesperados. Era su culpa que siguieran así. Si no se resolvía antes de cerrar la carnicería, tendría que hacer algo. No podría dormir sabiendo que los pequeños seguían en poder de los rusos.

Por eso cuando vio a aquellos tipos en su tienda, supo que no venían a comprar carne. Apostaría y ganaría a que aquel moreno alto con pinta de pijo, no había entrado en su vida en una carnicería. Miraba la carne cruda con cara de susto, y había arrugado la nariz al

percibir el olor a sangre. Suspiró. Había sido bonito tener una casa y un negocio propio durante un año. Sin embargo, aquel cuento había llegado a su fin.

—Arriba. En el segundo piso —les dijo después de dejar el cuchillo que tenía en la mano sobre el mostrador—. Por el ruido de pisadas creo hay tres personas con los niños. No puedo asegurárselo.

Lucas abrió los ojos de par en par. ¡Los habían encontrado! ¡Estaban allí! Tuvo que contenerse para no empujar al carnicero y subir por la escalera a la carrera.

—De acuerdo —asintió Boris tomando la iniciativa—. Ahora vamos a despedirnos en voz alta. Haremos que crean que el supuesto cliente ha salido. Lucas, tú te quedarás aquí por si sale alguno de ellos sin que pueda detenerlo.

El abogado dudaba que eso fuera a ocurrir, pero aceptó de buen grado el cuchillo que el tendero le dio. No estaba muy seguro de qué haría si ocurría algo así, pero lucharía, aunque no supiera hacerlo, por salvar a los niños.

—Usted salga de la tienda y asegúrese de que no entra nadie en ella.

El carnicero fingió despedir a un comprador y se escurrió entre ellos dos con rapidez. Apoyó la espalda en la puerta de cristal que había cerrado tras salir y rezó para que no causaran destrozos irreparables en su carnicería. Quizás, todo se saldara con una multa de sanidad.

Sofía había oído la conversación desde el almacén sin ser vista, ni por los ocupantes del piso de arriba ni por sus amigos. Miró a su alrededor. Subir uno tras otro por aquella escalera de piedra no tenía sentido. En cuanto uno de ellos asomara su cabeza, los rusos le verían y se acabó el factor sorpresa.

Antes de entrar había divisado una ventana con una persiana rota sobre el acceso al almacén. Era tipo veneciana, pintada en el mismo verde que la puerta y con un cordón del que si se tiraba, se podía subir y bajar según se quisiera. Si acercaba uno de los contenedores de basura, y se encaramaba a lo alto, podría alcanzarla sin problemas.

Boris vio la silueta de la detective oculta entre las sombras. Por señas le indicó lo que se proponía hacer. Podía funcionar si coordinaban sus movimientos y entraban a la vez.

—Oirás el ruido de la persiana cuando tire del cordón —le susurró Sofía al guardaespaldas—. Luego el sonido de los cristales de la ventana al romperse. Eso atraerá su atención. Podrás llegar hasta la habitación sin que se den cuenta.

—De acuerdo.

El contenedor hizo ruido al empujarlo. Más del que había pensado ella. Eso pondría en alerta a los rusos. Debía ser rápida. Ayudándose

de una caja de madera, consiguió ponerse de rodillas sobre la tapadera de plástico. Estaba algo inclinada, por lo que no era muy estable, pero tendría que valer. En cuclillas, procuró que su cabeza no asomara por la ventana. El cordón pendía hasta rozar el alfeizar. Lo asió con los dedos de la mano en la que no llevaba la pistola. Esperaba que Boris estuviera en posición.

—Tengo hambre. Quiero ir con mi mamá.

¡Era la vocecilla sollozante de Nando! Fue como inyectarse un chute de adrenalina. Cada músculo de su cuerpo se desperezó y se preparó para la acción. Dio un fuerte tirón y la persiana subió hasta arriba. Apoyó su peso en el pie izquierdo y levantó el derecho para proyectarlo contra la ventana, rompiendo el cristal en decenas de pedazos. Alguno se le incrustó en la fina piel del tobillo. No le importó. Con furia se lanzó dentro de la habitación rodando por su espalda.

Hasta entonces los secuestradores y los niños habían permanecido en una suave penumbra. Al entrar Sofía la luz cegadora del sol le acompañó. Había dos hombres y una mujer custodiando a los pequeños. Uno de ellos se tapaba los ojos con la mano, deslumbrado por la claridad de la tarde. La detective apuntó su arma hacia uno de sus brazos. El impacto de la bala lo obligó a soltar el arma que tenía a medio desenfundar. Boris lo golpeó con su puño desde detrás, haciendo que perdiera la consciencia.

La madre de Nando se había lanzado con furia sobre la secuestradora, derribándola con su cabeza. Forcejeó con ella sin hacer caso de los golpes y ruidos que oía a su espalda. Cuando logró reducirla, y atarle las manos con su cinturón y los pies con el de ella, se giró.

Nando y Marta la miraban con los ojos llenos de lágrimas y la boca abierta. Se reprendió a sí misma. Les habría asustado con su violencia, pero no había otra forma de hacerlo.

—¡Mami!

—¡Tía!

—¡Suéltanos! Duele mucho —pidió Nando tendiendo sus brazos hacia su madre sin dejar de sollozar.

Aquellos malnacidos les habían atado las manitas con una brida que se clavaba en sus muñecas. Desesperaba buscó a su alrededor algo con que cortarla.

—Usa esto —dijo una voz masculina perteneciente a cierto abogado, que le tendía un cuchillo.

—¡Tío Lucas! —exclamaron contentos los dos niños a la vez.

¿Tío Lucas? ¿Desde cuándo su hijo y su sobrina lo llamaban de esa manera? ¿Y qué hacía allí arriba? Debería estar abajo junto a la puerta. Vigilando.

—Yo les sujetaré las manitas para que no las muevan mientras tú cortas el plástico —sugirió Lucas arrodillándose al lado de los chiquillos.

Después se enteró de que el tercer secuestrador había tratado de huir por las escaleras y que el abogado lo había impedido poniéndole la zancadilla. Lo que había ocasionado que el agresor rodara escaleras abajo, y se hiciera una gran herida con el borde de un escalón. Había sido una maniobra típica de peleas de niños, pero había funcionado.

—El carnicero se quedó fuera de la tienda y yo cerré la puerta con un cerrojo que tiene. Nadie podía entrar, así que pensé que podría ser útil aquí arriba. Con vosotros dos, los secuestradores y los niños, no cabía nadie más aquí dentro, decidí que sería mejor quedarme fuera. Ese tipo no me vio al salir, y tampoco se percató de mi pierna extendida en su camino.

—¿Y si hubiera llevado un arma? ¿Qué habrías hecho con un cañón apuntándote? —inquirió Sofía asustada.

—Lo mismo que tú, si cuando entraste por esa ventana, te los hubieras encontrado a punto de dispararte. Jugármela por ellos.

Sofía bajo la vista y no pudo evitar sonreír al ver a Marta enroscada como un monito al cuerpo de Lucas. Lo apretaba tan fuerte que estaba segura de que no dejaba respirar al hombre. Nando estaba cubriendo su cara de besos dulces y pegajosos. Emocionada volvió la mirada hacia su pequeño. Había estado a punto de perderlo. Unas delatoras lágrimas llenaron sus ojos.

—¿Estás bien, tesoro?

—Ahora sí. Tenía mucho miedo.

—Lo sé, mi amor.

—Y me dolía la cabeza. Ahora ya no —explicó Nando.

Más tarde averiguaron que los dos primos se habían quedado rezagados del grupo de niños del colegio, viendo una escultura. Un hombre había aparecido de repente a su lado y les había puesto un pañuelo en la nariz, impregnado de cloroformo. Cuando se despertaron estaban en aquella habitación, con la cabeza pesada, hambre, sed y ganas de ir al baño. Los secuestradores les habían obligado a hacer pis en un cubo en un rincón. Les habían dado de beber agua y para comer un bocadillo de queso reseco. Al menos en eso habían demostrado cierta humanidad.

Un fuerte brazo la rodeó por los hombros atrayéndola hacia un pecho duro y firme. Sin poder evitarlo, hundió su rostro en él y dejó que el llanto la sacudiera por completo. Los labios de Lucas rozaron su pelo con ternura. Los cuerpecitos de los niños estaban entre los dos, sanos y seguros.

Un estruendo les alertó de que algo pasaba en el piso de abajo. Boris se colocó en la puerta, como si fuera una barrera humana

infranqueable. Suponía quién había entrado así en la carnicería y no se equivocó. Eran Hasim y sus hombres.

—Llegáis tarde —les saludó con tono de sorna.

—*Algo* le ha pasado a nuestro coche —contestó el árabe muy enfadado—. Hemos tenido que venir a pie.

—Un poco de ejercicio nunca viene mal.

—Dejad de pelearos como dos gallitos —les reprendió Sofía que se había acercado hasta ellos con Nando en brazos, seguida de Lucas que cargaba a Marta—. Tenemos que irnos antes de que lleguen los rusos. Aunque el carnicero guarde silencio, estamos en un barrio controlado por Alexander. Alguien los habrá llamado ya.

—Vamos al hotel con el Jeque Abil —sugirió Hasim con aire inocente—. Allí estarán seguros. No entrará nadie que no queramos que entre.

—¡Quiero ir con mi mamá! —se quejó llorosa Marta. A la pequeña todavía le dolía la cabeza. Al ser más pequeña, el efecto de la droga estaba aún latente en sus venas. Tenía el estómago revuelto y muchas ganas de vomitar y de ir al baño. Sentía la boca pastosa.

Lucas le acarició la espalda y le besó con mimo los mofletes. Sacó un pañuelo de su bolsillo para sacarle los moquitos, y le dijo:

—Eso es lo primero que vamos a hacer. Ir con tus papis.

Sofía estuvo de acuerdo. Sabía que su hermano y su cuñada estarían tan ansiosos como ellos por ver a los niños sanos y salvos. Además, necesitaba una ducha y curarse los cortes del tobillo. Empezaban a dolerle bastante. El pantalón blanco había mudado su color en la parte baja de las piernas por un rojo oscuro.

El árabe no tuvo otro remedio más que asentir. Sus órdenes eran ayudar a la detective y llevarla al hotel como fuera. Aquella cabezota no iba a ponerle las cosas fáciles. No le quedaba más remedio que seguirles hasta su domicilio y asegurarse de que los rusos no le metían una bala entre sus rizos. Porque una cosa tenía clara, le habían ganado la partida a Alexander, pero no la guerra. El ruso iba a dictar su sentencia de muerte en cuanto descubriera que había pasado de encontrar el diamante, y se había dedicado a buscar a los niños.

Cuando salieron de la tienda el dueño había desaparecido. Boris suponía que, si había sido un poco inteligente, habría cogido a su mujer y sus hijos y se habría ido lejos de allí. No les había ayudado con los secuestradores, ni había impedido su entrada en la carnicería, y tampoco había avisado a la gente de Alexander. Si fuera él, correría todo lo rápido que sus piernas le permitieran.

Como Nando y Marta no querían separase de ellos, Lucas y Sofía se subieron al asiento trasero con ellos dos abrazados como koalas. La niña se había quedado dormida con una chocolatina en la mano, que Boris le había dado. Por lo visto su guardaespaldas guardaba un

arsenal de ellas en la guantera. ¡Quién iba a decirles que el grandullón tenía un punto débil!

—Hay que limpiarles las heridas de las muñecas —dijo la detective acariciando la mano libre de su hijo que comía a dos carrillos un pedazo de chocolate con leche—. Las bridas les han cortado la piel en algunos trozos.

—Y tu tobillo. No tiene buena pinta. Debe de dolerte.

—Como un infierno. Creo que tengo algún cristal clavado. Pero ahora eso no es lo importante.

—¡Claro que lo es! Llamaré a mi amigo Diego. Es oftalmólogo, estudió medicina. Echará un vistazo a los niños, curará tus cortes y lo más importante: será discreto. Si le pido que no le diga nada a nadie, no lo hará.

—Está bien. Es buena opción. Avísale.

—Dame un minuto.

Lucas cogió el móvil y tecleó un mensaje para su amigo. Sabía que no le fallaría. Dejaría lo que estuviera haciendo y acudiría a su domicilio con celeridad.

—Listo. ¿Y ahora qué hacemos? Hemos recuperado a los pequeños, pero esto no se ha acabado.

—Lo que tenemos que hacer es pensar en un sitio seguro donde Ana, Mario y los niños, puedan refugiarse mientras arreglamos cuentas con los rusos.

—El hotel de Abil no es una opción —afirmó Lucas en un tono que no admitía lugar a dudas. El Jeque no le gustaba, no se fiaba de sus intenciones y no iba a dejar a Sofía ni a los niños bajo su cuidado.

Para el abogado, tanto Alexander como Abil, estaban cortados por el mismo patrón. Los dos eran hombres acostumbrados a salirse con la suya, a mandar y ser obedecidos. A conseguir lo que deseaban a cualquier precio. Sin embargo, el primero era claro en sus intenciones, no ocultaba sus deseos ni andaba con subterfugios. El segundo, por el contrario, era sibilino, taimado, y falso como una moneda del mismo chocolate que se estaban tomando los primitos.

Marta se espabiló en cuanto llegó a su casa y pasó de los brazos de su tía a los de su madre. Nando tuvo también su ración de mimos y besos por parte de sus tíos.

Diego llegó diez minutos después, con un maletín en la mano, y con la lengua fuera por la carrera. Aún llevaba el pijama verde con el que recibía a sus pacientes. Lucas nunca le había pedido nada como aquello. Tenía que ser algo grave para que lo hubiera hecho, en lugar de acudir a un hospital.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es toda esa gente que hay fuera? Me han registrado dos tipos con cara de matones.

—Sin preguntas. Te necesito como amigo. Hay dos niños asustados

y una mujer con heridas en el tobillo. Mucha gente extraña y cansada. Ha sido un largo día.

—Ya me explicarás más tarde en qué lío te has metido. Ahora llévame hasta mis pacientes.

Los pequeños en unas horas estarían bien, tras comer y descansar. Las heridas de las muñecas eran cortes limpios que curarían con el tiempo, dejando alguna cicatriz. Su mente iba a precisar otro tipo de tratamientos para los que Diego no estaba cualificado. Solo hacía falta verles unos segundos para saber que habían pasado por un trauma grave.

Con unas pinzas extrajo los cristales que habían quedado incrustados en la piel de aquella bella mujer, de la que su amigo Lucas no se separaba. Allí había una historia que contar. Un diminuto desgarro, cerca del hueso, precisó un par de puntos.

—Hoy te cubro las heridas con una venda, pero mañana quítatela. Durante dos días, mejor que no te dé el agua para que no se reblandezcan las lesiones. Después, lávatela a diario con jabón. Los puntos se caerán solos.

—¿Una cerveza? —le ofreció el dueño de la casa al improvisado sanitario.

—Sí, gracias.

—En la nevera las tienes, ya sabes dónde están.

Lucas cogió la mano de Sofía y se la llevó al baño, dejando al oftalmólogo confundido. Allí le contó su idea a salvo de oídos extraños. Hasim había accedido a quedarse fuera de la casa si Boris hacia lo mismo. El abogado le hizo un sutil gesto pidiéndole que lo hiciera. El guardaespaldas accedió, no era momento para entrar en conflictos.

La detective miró al abogado. Tenía el mismo aspecto de necesitar una ducha caliente que ella. Los dos estaban sudados, manchados de grasa y sangre, y cansados. Muy cansados. No obstante, en las imágenes que llenaban su mente de ellos dos en una cama, no estaban durmiendo. Notaba como su entrepierna se estaba humedeciendo. Eso estaba mal, muy mal. ¡No era el momento!

—Puede funcionar. ¿Cómo lo haríamos?

—En la parte de atrás del jardín hay una puerta para que el jardinero saque los residuos vegetales.

—¿No tiene rejas? —quiso saber Sofía.

—No. Solo es una puerta con un cerrojo por dentro —respondió él sin saber dónde mirar.

Desde su posición, delante de la mujer, tenía una vista privilegiada de su escote. Al ahuecarse la camiseta, podían ver sus suaves y apetecibles pechos, incapaces de ser contenidos por el sujetador. Y aquellos ojos verdes, cuyas largas pestañas se agitaban con cada

respiración de ella.

Incapaz de contenerse por más tiempo, cogió su bello rostro entre sus manos y la besó con desesperación. Ella respondió enredando su lengua con la de él. Uno a otro se robaron la respiración como dos nadadores que hubieran emergido a la superficie tras horas bajo el agua. Un tímido golpe en la madera de la puerta, seguido de un carraspeo, los obligó a separarse.

—Voy a hacer algo de cena para los niños, ¿os apetece comer un poco?

Era Mario, ruborizado por ver a su hermana en esa íntima situación. Cuando alguna noche habían salido juntos, y Sofía se enrollaba con algún tío, le daba vergüenza verla abrazándose o besándose con él. ¡Por Dios! Era su hermana mayor, había cosas de las que no necesitaba enterarse. Y allí estaba, en el baño de aquel tipo, llena de sangre, morreándose con ese abogado al que su hija llamaba tío Lucas.

—Algo rápido —respondió la detective con las mejillas arreboladas.

—¿Una tortilla y una ensalada?

—Perfecto. Eso valdrá.

—Y preparad unos paquetes con agua y unos bocadillos —añadió el guapo moreno al salir del baño—. Nos vamos en cuanto comamos algo.

—¿A dónde? —quiso saber Mario, que por respuesta obtuvo una sonrisa misteriosa del hombre que, como si tal cosa, se iba caminando por el pasillo.



CAPÍTULO 21

Una casita en una isla. El eufemismo del siglo. Ya tenía que conocer a Lucas para saber que su concepto de un «pequeño retiro de verano», no era el mismo que el suyo. Nada de una habitación económica en un hostal, y una playa en la que era necesario ponerse de lado para pasar entre las tumbonas. Se veía que defendiendo a ricos clientes excéntricos que perdían sus hogares en partidas de cartas, se ganaba más de lo que ella se imaginaba.

—Hay playa, mami —le explicó su hijo por videoconferencia a través de una aplicación del móvil—. Los tíos dicen que vamos a ir a nadar y a pescar. ¡Voy a hacer un castillo de arena gigante!

Sofía sonrió con pena. Tenía que haber sido ella la que estuviera jugando con los cubos y las palas con Nando, en el diminuto pueblo costero al que pensaba llevarle la primera quincena de julio.

Su niño estaba con su primita y sus tíos en una casa, en una isla en el mar Tranquilo. Tanto la edificación, como el suelo donde se asentaba, eran propiedad de Lucas. ¡Una isla! Pensaba que solo los famosos actores o cantantes multimillonarios las tenían. Los abogados que ganaban miles de euros, que además provenían de una familia de ricos empresarios, por lo que se veía, también las poseían. Le había contado que su hermana era la encargada de una tienda de ropa, lo que se le había olvidado especificar, era que la tienda formaba parte de una franquicia que sus padres habían creado hacía años, a partir de una mercería en un barrio humilde.

—Allí estaréis a salvo —les aseguró Lucas la noche anterior sentado en la cocina, con Ana y Mario como testigos, mientras comía un delicioso trozo de tortilla de patatas con calabacín. Diego se había marchado a regañadientes. No querían poner en riesgo su vida haciéndole permanecer más tiempo con ellos—. Solo se puede acceder por aire o por mar. Es casi una fortaleza. Habrá gente de seguridad que velará por vosotros.

—No puedo ausentarme de mi trabajo así como así. Me despedirán si lo hago —afirmó Mario confundido.

—Debes hacerlo, no hay otra opción —le aseguró su hermana. No quería que nadie de su familia se quedara en Basema, al alcance de rusos sedientos de venganza y árabes extraños.

—Es fin de semana, hasta el lunes no tendrás que volver a tu puesto —añadió Lucas—. Son dos días. Si no lo hemos solucionado para

entonces, iré a hablar con tu jefe. Le diré que eres testigo clave en un juicio o algo así. Déjalo en mis manos.

Terminaron de cenar y se dispusieron a partir. Antes prepararon una maleta con ropa de Sofía y Nando, que pudiera valer también para Ana y Marta. Lucas hizo lo mismo y seleccionó prendas de su armario que se adaptasen al cuerpo de Mario. No podían permitirse el lujo de ir a su casa a por sus cosas, porque eso alertaría a Hasim y sus hombres.

—Por mi culpa han secuestrado a Nando y a Marta. He puesto a la familia en peligro, por no valorar bien las consecuencias de no hacer caso a las amenazas de un loco mafioso ruso —se lamentó la detective mientras guardaba una sudadera para el niño en la maleta.

—No te martirices, Sofía —le dijo Ana—. Cuando eras policía te las tenías que ver con gente igual de peligrosa y desequilibrada. Nunca fue tu culpa que ellos fueran así. Ahora tampoco lo es. Ese tío está loco. No podías imaginarte que se le iba a ocurrir hacerte chantaje con algo como eso.

—Si les hubieran hecho algo, yo no podría seguir viviendo. Ni miraros a ti y a mi hermano a la cara.

—Pero están bien gracias a ti. Y a Lucas, que parece que además de hacer alegatos, se le dan bien otras cosas.

La despedida había sido dura. Después de la angustia vivida durante las últimas horas, tener que separarse de nuevo de su hijo era lo más difícil que había hecho nunca. Hubiera querido dormir con él, inspirar su olor, hundir su rostro en su pelo, tan rizado como el suyo. No había podido hacer nada de eso. Era consciente de que cada hora que pasaba con los niños y su familia, aumentaba la posibilidad de que Alexander les hiciera daño.

Nando había protestado al principio, incluso había llorado, lo que había incrementado la desazón de Sofía. Se sentía fatal por dejarle de nuevo. Pero tenía que ser así.

Por el bien de los niños lo plantearon como si fuera una aventura. Los pobres estaban demasiado asustados y no tenían ganas de nada.

—Vamos a ir a un lugar mágico —les explicó Mario con un pequeño sentado en cada una de sus rodillas.

—¿Hay hadas? —preguntó Marta abrazada a su padre. Seguía con el miedo metido en su pequeño cuerpecito. Temía que, si no se agarraba fuerte a él, los hombres malos la volvieran a apartar de sus papis.

—Mejor —afirmó su padre para que la sensación de secretismo fuera mayor—. Hay sirenas y un tesoro escondido que tendremos que encontrar.

—¡Ohhhhhh! ¿Hay piratas? —quiso saber Nando cada vez más interesado. Sorbía chocolate por una pajita sin descanso desde que

habían llegado. Estaba muerto de sed. Diego les había dicho que les dejaran beber todo lo que quisieran. Estaban algo deshidratados. Los zumos y batidos serían una solución eficaz y menos traumática que inyectarles suero por vía intravenosa.

—Hace tiempo que se fueron, pero dejaron atrás un cofre lleno de monedas en alguna parte de la isla.

Boris, que lo estaba oyendo desde la habitación de al lado, puso los ojos en blanco. Lo que les faltaba. Ya veía a sus compañeros detrás de dos adultos y dos niños jugando a la búsqueda del tesoro. No podían quedarse en un piso franco como solían hacer los testigos protegidos habitualmente. El abogado y la detective iban a acabar con él. Después de aquello se iría a descansar a un lugar aislado, lejos de rusos, árabes, niños y expolicías locas.

Había aprovechado que Hasim se había ido al hotel del Jeque a descansar, para entrar en la casa. El lugarteniente de Abil parecía convencido de que iban a quedarse a dormir allí todos. No iba a pasarse la noche apostado en la puerta como un vulgar vigilante. Para eso dejaría un par de sus mejores hombres, y él regresaría al día siguiente.

En silencio y de puntillas, dejando luces encendidas para que desde fuera pensaran que estaban en las habitaciones despiertos, salieron al jardín. Los críos habían vuelto a quedarse dormidos, agotados por las horas interminables que habían pasado en aquel cuarto que olía tan mal, rodeados de hombres malos que daban mucho miedo, lejos de sus padres.

Al abrir el cerrojo, ya estaba un coche tipo furgoneta con las lunas tintadas esperándolos. Los llevaría hasta un aeródromo privado donde un avión, a nombre de una empresa de un amigo de Lucas, los aguardaba.

—Tienes dos días para salir de este lío, hermanita. Por mucho que diga tu novio, no voy a perder un trabajo. Quiero que la vida de mi familia vuelva a ser la de antes. Sin secuestros, ni huidas a medianoche.

—Eso está hecho —aseguró Sofía dispuesta a cumplir su promesa a cualquier precio—. Cuida de él.

—Como si fuera mi hijo. Sabes que lo haré.

El cansancio les había podido, y en cuanto se habían tumbado en la cama, se habían quedado dormidos. No se habían despertado hasta bien entrada la mañana y en cuanto lo habían hecho, Sofía había buscado en su móvil la aplicación que le permitía hablar con su pequeño a través del teléfono de su cuñada.

—¿Has desayunado?

—Sí, mamá. Aquí también hay una señora que cocina, pero no hace cosas tan ricas como Dolores. ¿Nos la podemos llevar a casa cuando

volvamos?

—¿¿¿Qué???

—Es que, mami, a ti se te quema la comida y no sabes hacer bizcochos —explicó aquel bribón que tenía por hijo.

El que no le gustara lo que ella le cocinaba la hirió como madre, pero el que estuviera feliz y contento, y no mencionara lo del secuestro, la llenaba de calma. Ana le había dicho que salvo que no querían quedarse solos ningún momento, no presentaban más traumas. Esperaba que con el transcurrir de los días la situación se normalizara.

—Ven conmigo —le susurró Lucas al oído, sacándola de la ensoñación en la que se había sumergido tras despedirse de Nando.

La mano de él tiró de la suya, y la hizo levantarse de la cama y seguirle hasta el baño. Allí abrió el grifo del lavabo, tiró de la cisterna y dejó correr el agua de la ducha.

—Me muero por tocarte, besarte, lamerte, estar dentro de ti —le dijo al oído mordisqueando su oreja y colando su mano en su pantalón —, pero no quiero que nos oigan. Así que dime, ¿te apetece ducharte conmigo?

¿Que si le apetecía? Iba a entrar en combustión del calor que sentía dentro de su cuerpo. Se quitó la camiseta y los pantalones en unos segundos. Él la detuvo cuando iba a desabrocharse el sujetador. En sus ojos vio una muda petición. Sonriendo, sintiéndose poderosa y deseada, se giró para facilitarle el acceso al cierre. Notó sus manos temblorosas al quitarle los tirantes. Cuando llegó el turno de sus braguitas, la que temblaba de ansiedad y anticipación por lo que vendría a continuación, era ella.

Se metieron en la cabina de cristal y cerraron la puerta.

—No puedo esperar —se disculpó él.

Ella tampoco podía. Luego habría tiempo de mimos y caricias, pero lo quería ya. Su vagina estaba húmeda, lista y preparada para su verga. Se apoyó en la pared, dejó que la ayudara a colocar sus piernas en su cintura, y de una sola estocada la penetró. Sus movimientos de caderas se acompasaron y fueron aumentando el ritmo, hasta que un orgasmo fuerte y devastador sacudió sus cuerpos. Se quedaron unidos unos segundos. La cabeza de ella descansando en el pecho de él. Sus respiraciones agitadas se fueron calmando.

—Deberíamos vestirnos. Son las once, tenemos que atrapar a un ladrón antes de que los rusos nos atrapen a nosotros —dijo Sofía con pena. Estaba tan a gusto en los brazos de Lucas que se hubiera quedado todo el día, pero si no querían convertirse en dos pasas, más valía que salieran de la ducha.

Se secaron y se vistieron con ligereza. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos llevaban unos *jeans* y camisetas grises.

—¡Vamos conjuntados! —rio Lucas al ver cómo salía Sofía vestida de su habitación.

—Es que somos un equipo —respondió ella.

Cogidos de la mano y seguidos por Boris se habían ido con Hasim al hotel del Jeque. El árabe había mostrado extrañeza al no verlos con los niños, pero aceptó de buen grado la explicación de que se habían quedado en la casa, custodiados por la gente de Boris. Mejor para él. No tenía ganas de hacer de niñero. Bastante les habían complicado ya el día aquellos mocosos. Su jefe quería a la detective, y en cuanto aquel gigante que les seguía se despistara, el abogado dejaría de ser una china en el zapato de su jefe.

Les habían asignado una habitación en una planta inferior a la que ocupaba el Jeque, y a Boris una en el primer piso. La de ellos la custodiaba un hombre de Hasim sentado en una silla como en las series americanas. Estaban seguros de que era puro teatro, puesto que tanto en una habitación como en otra habría micros, y en los pasillos varias cámaras. Por no hablar de que parte del personal e incluso algún huésped en apariencia inocente, serían miembros del equipo de seguridad de Abil. En cuanto asomaran la nariz fuera, Abil lo sabría.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Lucas a Sofía.

—Esperar.

Allí permanecieron durante una hora hasta que un hombre de Hasim vino a por ellos, y les hizo meterse en un ascensor para ir a la *suite* de Abil. Cuando llegaron notaron el ambiente enrarecido y la mirada hostil que el Jeque les dirigió al verlos tan unidos. Lucas estaba seguro de haber visto un destello de odio, que le hizo comprender que estaban en desventaja en aquella habitación, y que al todopoderoso árabe no le caía bien. Por cómo observaba a Sofía, la mujer le atraía y la deseaba. ¡Eso no iba a pasar! Ella era suya. No sabía de dónde le salía un instinto tan posesivo. Sería un resto de sus genes de hombre de las cavernas.

La detective permanecía ajena al cruce de miradas de aquellos dos machos alfa en pleno duelo. A Boris no se le pasó, y sonrió para sus adentros. El abogado había despertado. Bien, estaba harto de cuidar a un pardillo.

—¿Han descansado? —preguntó Abil, con un tono de voz que indicaba que sabía que habían hecho algo más que dormir en la casa del abogado. La forma en que los cuerpos de ellos dos se buscaban de forma inconsciente, hacía que fuera evidente su cercanía.

—Muy bien, gracias —respondió resuelta Sofía, que no estaba dispuesta a dar ninguna explicación—. ¿Sabemos algo de Alexander y su gente?

—Hemos ido a su casa —dijo Abil mirando a Lucas—. Me mintió, detective. Allí no estaba su familia —le dijo enfadado el Jeque.

—Tenía que protegerlos —afirmó Sofía sin dejarse amilanar por la furia del árabe. Sospechaba que en cuanto se marcharan de la urbanización, la gente de Hasim no dudaría un instante en entrar en el hogar de Lucas. Al ser sábado, Dolores no iba a hacer las tareas domésticas, y no tenían que temer por ella. Por si acaso, le habían enviado un mensaje diciéndole que se iban de vacaciones y que hasta que no la avisaran no hacía falta que fuera por allí.

—Aquí hubieran estado a salvo. ¿Dónde están? —insistió el mandatario árabe. Una vez más aquel abogado le había fastidiado la jugada. Si el niño estuviera en el hotel, obligaría a la detective a que se quedara con él, por el bien de su hijo. Se había quedado sin la baza con la que esperaba hacerse con el control.

—Eso no importa ahora. Tenemos que descubrir, de una vez por todas, quién robo el diamante blanco, y arreglar este lío con los rusos —intervino Lucas.

Abil no estaba dispuesto a dejar las cosas así. Había comprendido que, para llegar a la detective, tenía que quitarse de en medio al abogado y, puesto que aquel guardaespaldas llamado Boris no lo dejaba ni un momento a solas, debía de hacerlo de otra forma. Menos física y fulminante, pero más efectiva. El diamante había pasado a un segundo plano. Ya daría con él. Quería a la mujer, y la quería ya.

—Usted puede hablar con Alexander, al fin y al cabo, son amigos —sugirió el Jeque, sabiendo que estaba lanzando un dato que menoscabaría la relación de la pareja que tenía enfrente.

No se equivocó. La detective soltó la mano de Lucas y, poniendo unos centímetros de distancia entre ellos, se giró y lo encaró con los ojos echando chispas.

—¡¿Amigos?! ¿Tú conoces a Petrovich?

—¿No se lo había contado? Eso está muy mal.

—No consideré que fuera importante —dijo Lucas. Abil se la había jugado, sabía que no era trigo limpio. Había llegado el momento que tanto temía. Pensó que Fabi lo averiguaría antes, no que el árabe se fuera de la lengua. Inspiró, resuelto a convencer a la mujer que le había robado el corazón, de que él era inocente.

—Alexander secuestró a mi hijo. ¡Mi hijo! Y durante todas esas horas de angustia ¿no se te ocurrió decirme que lo conocías? Podías haberle llamado. Quién sabe, a lo mejor lo hiciste a mis espaldas —aventuró la enfadada mujer con los ojos entrecerrados. Eran solo dos rendijas de un verde refulgente. Y a medida que su enfado aumentaba, aumentaba su brillo.

—Nunca fue mi amigo. Le asesoré en un par de negocios, y quiso que participara en una adquisición inmobiliaria. Rehusé porque no lo veía claro. Aunque sí que fui a un par de sus partidas de póker. En la primera gané, no mucho, pero sí lo suficiente como para animarme a

repetir la experiencia. En la segunda, hubiera perdido hasta la camisa, si no me hubiera llamado mi hermana en ese instante porque a mi padre le había dado un infarto. Él se recuperó. Y doy gracias por ello, pero también porque sin su proverbial ataque al corazón no sé qué hubiera pasado en aquella partida.

—Qué tal vez habrías perdido alguna de tus «casitas» —le espetó Sofía—. Como tienes muchas, tampoco hubiera pasado nada.

—Fue mi culpa que mi cliente acudiera a la partida —reconoció Lucas con pesar—. Le hablé de ellas después de ganar en la primera. No lo volví a ver después, y no supo la desigual suerte que tuve en la segunda.

—Todo eso no me importa, Lucas. El caso es que ayer tal vez pudiste hacer algo por mi niño, aunque fuera ahorrarnos una hora de sufrimiento a todos, y no lo hiciste.

—Mi relación actual con Alexander es inexistente —se defendió el abogado. ¿Cómo podía pensar que, si hubiera estado en su mano hacer algo por los niños, no lo habría hecho? ¿Tan vil le creía?

—Vete. No te quiero a mi lado ahora.

—Puedo ayudarte.

—No. ¿Y si se te ocurre llamar a tu amiguito Alexander? No me fío de ti. Puedes haber estado espiándonos durante estos días.

Abil sonreía sin ningún disimilo. Era perfecto. El abogado estaba tocado y hundido. Satisfecho, lo observó marcharse de la *suite* cabizbajo. Estaba visto que, si quería un trabajo bien hecho, debía hacerlo él.

—Quédate con ella —le pidió Lucas a Boris antes de irse del hotel. Si él no podía estar con Sofía, al menos que lo estuviera su hombre de confianza—. Abil desea algo más que ayudarla y ella no lo ve.

—De acuerdo. Sabe que tiene razón, ¿verdad? Nos lo debió contar. A ella y a mí. Ocultó datos vitales para su seguridad.

—No era mi intención favorecer a Petrovich. Creí que no era necesario que lo supierais. Yo… no sé qué decir.

—Estoy seguro de que no tiene nada que ver con los negocios sucios de los rusos y que ayer Alexander ni siquiera se hubiera puesto al teléfono. Pero no es a mí a quien debe convencer.

¿Qué había hecho? ¿Había perdido a la mujer que había empezado a amar para siempre? ¿Qué iba a hacer ahora?



CAPÍTULO 22

¿Cómo podía haber sido tan tonta de pensar que la vida le daba una segunda oportunidad? Se había estado riendo de ella. Era un espía de Alexander infiltrado en su cama. ¿Le habría dicho él que se metiera en sus bragas? Seguro. Petrovich era capaz de eso y más.

—No digo que el abogado se encuentre entre mis personas favoritas en estos momentos, pero no es tan malo como te estás imaginando —le dijo Boris cuando iban juntos y a solas en un coche rumbo a la joyería González. Él también estaba enfadado. Odiaba cuando alguno de sus clientes le oculta información por vergüenza o por inocencia. Era algo que le impedía hacer su trabajo de forma efectiva al cien por cien.

Sofía hizo que no le escuchaba. Había admitido su compañía porque lo conocía de oídas de antes y sabía que no estaba con los rusos. Aunque no había colaborado nunca con él, sabía que el famoso Boris era un guardaespaldas y hombre de seguridad reputado en el oficio. Sin embargo, como siguiera defendiendo a Lucas le obligaría a bajarse del coche.

—Vale, no me mires así —se resignó el conductor—. Cuéntame por qué vamos a ver a Cristomo cuando le hemos estado evitando estos días.

—No vamos a verle a él —respondió la mujer de forma enigmática. Ella era capaz de guardarse datos, igual que los demás. Y el que poseía, le iba a ser decisivo para resolver el caso. Para ello debía centrarse en el robo, y no prestar atención a las ganas de llorar que le ahogaban la garganta. Sentía algo por Lucas que tendría que obligarse a reprimir tras saber su engaño. Lo peor sería explicarle a Nando que ya no vería más al hombre del que se había encariñado.

En el coche de atrás, Hasim oía lo que decían por el micrófono instalado en el salpicadero. Supuso que ninguno de los dos iba a permitir que ni él ni uno de sus hombres fuera con ellos en el vehículo, así que se había asegurado de tener oídos dentro. La detective estaba enfadada con el tal Lucas; bien, eso favorecía sus planes. El Jeque había sido muy astuto.

Quedaban unos minutos para la hora de cerrar la joyería y los dependientes se iban a ir a comer para regresar a la tarde. Jorge despedía en la puerta a una clienta, que sonreía complacida al guapo hombre de ojos azules, con el que había quedado luego para enseñarle

cómo le quedaba el collar que había comprado. Su marido era un tacaño que prefería pasar la tarde con sus amigotes jugando a los dados. Ella también iba a jugar a algo con el moreno: a ver quién se quitaba la ropa más rápido. Solo tendrían una hora entre que su esposo se iba a la cafetería y su ligue a trabajar. Sería suficiente. Sumida en sus pensamientos no vio a la dispar pareja que se aproximaba a ella.

Una esbelta mujer morena, con rizos y ojos verdes, escoltada por un gigantón que abultaba el doble que ella. Con poca delicadeza, la hicieron a un lado y empujaron al dependiente al interior de la tienda.

Al entrar, encontraron a María limpiando las huellas que unos niños habían dejado en el mostrador, bajo la atenta mirada de la encargada que le iba indicando dónde tenía que frotar más. La dependienta levantó la cabeza al ver llegar a la detective, iba a saludarla cuando Francis se le adelantó.

—¿Qué quieren? El Señor Cristomo está ocupado, no creo que pueda atenderles. Será mejor que vuelvan en otra ocasión.

—Vosotros dos —dijo Sofía a Jorge y a la joven que tenía una bayeta en la mano—. Es la hora de cerrar. Coged vuestras cosas y marchaos. ¡Rápido!

—¡Quietos! No puede entrar aquí dando órdenes. Ellos no se van —ordenó la encargada, molesta con la detective por su atrevimiento.

—¡FUERA! —El grito lo dio Hasim, que había bloqueado la puerta con el pie antes de que se cerrara, y desde allí había escuchado las palabras de ambas mujeres.

Los chicos no lo dudaron un segundo. María dejó la bayeta y fue a la trastienda a coger su bolso. Jorge la esperaba sudando asustado. ¡Al cuerno con cambiarse! Se iban con el uniforme. Ya recogerían sus cosas por la tarde. ¿Quiénes eran esos tipos? Tenían pinta de matones. A él no le pagaban lo suficiente como para enfrentarse a ellos. Su misión era tontear con las ricas clientas que no sabían cómo gastarse el dinero de sus cuentas, como la que acababa de atender. Su compañera se reunió con él y salieron los dos, esquivando a aquellos tres hombres de pelo oscuro y tez olivácea.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —preguntó Cristomo, que había escuchado las voces desde su despacho. Había encontrado a su encargada en el pasillo al salir a averiguar qué ocurría, y esta le había hecho un gesto para que se acercara.

—Le alegrará saber que he averiguado quién se llevó el diamante —respondió la detective para asombro del resto de ocupantes del establecimiento.

—¿Lo sabía? —inquirió enfadado Hasim—. ¿Y no se lo ha dicho al Jeque? Él es su legítimo propietario. *Debía* saberlo antes que nadie.

—Él también tenía sus secretos y ha esperado a esta mañana para

decirme la verdad —alegó con ironía Sofía—. Por cierto, alguien debería asegurarse de que no se fuera mientras hablamos.

La atención de todos estaba en la detective y no se habían dado cuenta de que la encargada poco a poco se había ido deslizando hacia la parte de atrás. Estaba a punto de escurrirse por la ventana del baño cuando Boris la alcanzó, después de derribar de una patada la puerta del servicio que ella había cerrado por dentro. La agarró por la cintura y, pataleando, la llevó de vuelta a donde estaba la detective, que se había sentado en uno de los mostradores y balanceaba las piernas.

—Podía haber ayudado —le espetó Hasim a la detective, al verla con actitud indiferente ante lo que sus palabras habían ocasionado.

Sofía se estaba hartando de aquel pesado que no hacía más que gritarle por cualquier cosa que decía o hacía. Tal vez con otras mujeres esos humos de machito funcionarían, pero con ella no.

—Con el exceso de testosterona que hay aquí, no creo que me necesiten para atrapar a una fugitiva. Bueno, para pensar sí. Las neuronas las tengo yo.

—Parad de discutir —intervino Boris aún con la mujer colgando de su costado—. Y tú de berrear. Ya puedes decirnos qué has hecho con el diamante, para que podamos irnos a casa de una vez.

—Nunca lo diré —chilló desde la silla donde el guardaespaldas la acababa de sentar, cansado de su pataleo.

—Lo tiene en su bolso o entre su ropa de calle. Nunca lo ha sacado de aquí. Sabe que es imposible venderlo, y más cuando se ha corrido la voz de que pertenece al jeque Abil, y que Alexander Petrovich también lo quiere —explicó Sofía.

Hasim le hizo una seña a uno de los suyos para que fuera al despacho de Francis Marín y revisara sus cosas. Al cabo de unos minutos regresó, portando en su mano el diamante Lancaster, que tantos quebraderos de cabeza les había causado.

—¿Por qué lo robaste? ¿Qué pretendías?

—Fastidiarte, Cristomo. Hacerte daño y que tuvieras problemas con tus socios. Es lo que te merecías.

—No lo entiendo, Francis —afirmó el orondo propietario de la joyería, sin poderse creer que su más íntima colaboradora, hubiera sido capaz de algo así.

—¡Me relegaste! —exclamó la encargada frustrada—. Mientras solo estábamos los dos, con esta tienda tuviste bastante. Te ayudé a convertirla en el lugar con más clase de la ciudad, donde la gente podía comprar las joyas con los diseños más exclusivos. Pero te pudo la ambición. Te asociaste con los rusos y abriste tres tiendas más sin contar conmigo. Y no solo eso. De repente, me dejaste en un segundo plano y contrataste a ese par de jovenzuelos que no saben ni atarse los zapatos.

—Las caras jóvenes y frescas atraen a los clientes. No fue personal. A los clientes les gusta ser atendidos por alguien atractivo.

—Cuando me pedías que fuera contigo de viaje para hablar con proveedores de Viena o Londres, no te parecía tan mayor. Supongo que en la cama, a oscuras, mi cuerpo valía como cualquier otro para satisfacerte.

—Siempre fui claro. No ibas a tener otro papel más que el de encargada en la tienda, y mi amante en el extranjero. Quiero a mi mujer y saber que le he sido infiel la destrozaría.

Hasta Sofía sintió un poco de pena por ella. Aunque al recordar que el secuestro de Nando y Marta había sido por su culpa, se le pasó rápido.

—Te di mis mejores años. He trabajado en «tu tienda» de lunes a sábado, e incluso algunos domingos venía para hacer inventario y papeleo. Perdí a mis amigos y me distancié de mi familia. Nunca me lo agradeciste. Claro, era tu mujercita la que tenía los contactos entre la gente acaudalada de Basema. Tenerla colgada de tu brazo es algo a lo que no puedes renunciar.

—Pero ¿por qué el diamante? No lo entiendo. Podías haber robado cualquier otra pieza y falsificado el inventario. No lo hubiera sabido. Habrías ganado mucho dinero de esa manera.

—Tenía que ser algo que te doliera. Si no te enterabas del robo, no sufrirías tanto como yo quería. Ese tonto de abogado me dio la oportunidad. Fue fácil convencerte de que él era el culpable.

—¡Estás loca!

Sofía había ido atando cabos. Ninguno de los sospechosos a los que investigaba era el responsable. Podían tener motivos, pero no la ocasión, ni los medios, para lograr hacerse con el diamante. Una y otra vez volvían a su mente las imágenes de las grabaciones. Solo se veía a Lucas cerca de la caja fuerte abierta. Hasta que pensó que en realidad no estaba solo en esa habitación. Alguien había entrado con él. Francis Marín. La supuesta encargada perfecta de absoluta confianza.

La tarde anterior, cuando ya habían recuperado a los niños, le pidió a Fabi que investigara sus finanzas, y descubrió que le gustaba vivir un tanto por encima de sus posibilidades. Lo más curioso era que había reservado pasajes de avión para un viaje a Satovia. Un país cuyo principal atractivo eran sus bancos, donde un cliente podía tener una cuenta opaca, oculta a los ojos de la hacienda de su país de origen. Era un paraíso fiscal para personajes de todo tipo. Desde hombres de negocios que querían esconder parte de sus riquezas, a mafiosos como Alexander o jeques como Abil.

—A lo mejor le gustan sus playas —había apuntado Fabi al contarle lo que había averiguado.

—No creo que sea eso por lo que planea viajar allí.

—Pero, jefa, es dentro de cinco meses. En noviembre. Falta mucho tiempo. ¿Por qué no vender la joya antes?

—Es cuando tiene sus vacaciones de invierno. Para entonces el robo del diamante Lancaster estaría olvidado, y le sería fácil venderlo a algún coleccionista. Seguro que por su labor en la joyería conoce a alguno. Aunque no podría hacerlo en los principales circuitos de subastas, siempre existiría la red oscura. Allí lo lograría.

—Así que no hay dudas de que Lucas es inocente —había dicho su secretario con una amplia sonrisa, que Sofía pudo percibir al otro lado del hilo telefónico.

—Sí, lo es —había respondido ella.

—Esta noche en su casa, en su gran cama, podrás deleitarte de ese bombón sin recelos.

—Hasta mañana, Fabi —se despidió la detective dispuesta a hacer precisamente lo contrario de lo que su secretario le había sugerido. Cuando se acostara esa noche, sería sola. Sin ningún abogado traidor durmiendo a su lado.

Solo habían tenido que pasar unas horas para que descubriera que no era tan inocente como parecía. Era un mentiroso, miserable y ruin, que había jugado con ella y sus sentimientos.

—Devuélvame el diamante. Es del jeque Abil —ordenó Hasim extendiendo la mano hacia Cristomo, que daba vueltas a la joya con visible satisfacción.

—Tenga —respondió el joyero remolón. Acaba de recuperarlo y ya lo perdía de nuevo.

—¡Y los otros dos! —exigió el hombre de confianza del Jeque.

—Primero debo hablar con Alexander y asegurarme de que su jefe ha pagado su deuda con él. Los negocios son los negocios —replicó volviendo a cerrar el puño de su mano con la piedra dentro.

—Hablando de eso —intervino Sofía—, le haré llegar mi factura, que no será barata. Ha habido ligeros contratiempos que han aumentado mis honorarios.

—¿Se va? —preguntó Hasim. Estaba dispuesto a retener a la joven como fuera, pero la visión de Boris colocándose al lado de ella, le detuvo.

—Sí. Me contrataron para encontrar el diamante. El resto es cosa suya. Cristomo, puede llamar a la policía y decir que Francis le ha intentado robar otro diamante.

—La policía no —negó el aludido. No quería que ningún inspector metiera la nariz en sus asuntos.

—Usted sabrá, pero si aprecia en algo a su, hasta ahora leal encargada, no la dejará en manos de Hasim y sus hombres. Ni en la de los rusos.

Sofía se bajó de un salto del mostrador y seguida por Boris, que caminaba de espaldas a la salida, a fin de no dejar de ver lo que ocurría en la tienda ni un segundo, salieron de la joyería. Eran las cuatro de la tarde y había poca gente por la calle. Si los árabes intentaban algo, habría pocos testigos. Debían irse de allí con rapidez.

—Bueno, ¿alguna idea de cómo podemos llegar hasta la isla? Quiero ver a mi hijo. No aguanto ni un minuto más sin verle.

—Yo os llevaré —afirmó una voz masculina que tenía el efecto de que su cuerpo traicionero se estremeciera al oírla.

—Lucas. ¿Qué haces aquí?

—Supe que venías a la joyería. Boris me envió un mensaje. Vine con refuerzos por si los necesitabas —respondió señalando a cuatro tipos armados hasta los dientes, que esperaban en una furgoneta detrás del abogado.

—No soy ninguna damisela en apuros —gritó Sofía.

—¿Te he dicho que estás muy guapa cuando te enfadas?

Boris bordeó a la pareja para ir a hablar con los hombres del coche. A él no le habían contratado para lidiar en riñas de enamorados. Aquellos dos eran los peores clientes que había tenido a su cargo nunca. Le iban a salir canas con ellos.

Dejaron el coche del Jeque aparcado cerca de la joyería. Si se lo había prestado él, era porque tenía algún dispositivo de seguimiento o escucha. Por nada del mundo iban a seguir conduciéndolo. La proverbial llegada del abogado les había solucionado el problema de cómo irse de allí con prontitud.

Lucas les guio hasta el aeródromo privado donde horas antes habían visto como los niños y los padres de Marta cogían un avión. Ahora era el momento de que ellos hicieran lo mismo. Como allí ya había seguridad privada, Boris se quedó en Basema para disfrutar de un merecido descanso.

En esta ocasión era un avión pequeño, casi una avioneta. Cuando Sofía vio que se cerraba la compuerta miró hacia la cabina extrañada.

—¿Y el piloto?

—Lo tienes delante.

—¿Qué pasa? ¿Tienes complejo de señor Grey venido a menos? —preguntó con socarronería Sofía sentándose en el asiento del copiloto.

—Si tú quieres que lo sea, lo seré —replicó seductor Lucas—. Para empezar, abróchate el cinturón.

—Sigue soñando.

La detective estaba cansada y terminó quedándose dormida en el asiento. Él sonrió con pesar. Sabía que su cobardía a la hora de contarle su verdadera relación con Alexander había sido un traspié imperdonable en su relación.

Se sintió atraído desde el principio por aquella bella mujer de

magnéticos ojos verdes. Sin embargo, lo que pensó que solo sería un tonteo intranscendente se había convertido en algo más. Hasta la noche anterior creía que los sentimientos eran recíprocos. Aún estaba convencido de ello. ¿Por qué si no se iba a haber enfadado tanto ella?

Tenía que arreglarlo como fuera. Intentaría convencerla de que se quedara en la isla unos días más. Sol, playa, descanso… Se relajaría, bajaría la guardia y seguro que volvía a conquistarla.



CAPÍTULO 23

¿Descansar? ¡Qué ilusa había sido! Salvo las tres horas que se había quedado dormida en el avión al ir a la isla (algo que no quería recordar, porque se había despertado babeando, y estaba segura de que había roncado de un modo muy poco femenino) no había tenido un momento de paz.

Desde el lugar donde habían aterrizado, una pequeña pista en la playa, se divisaba una enorme casa blanca en lo alto del acantilado. Era preciosa. El abogado no tenía mal gusto. Era un mentiroso, sí, pero con clase.

—Despierta, cielo, hemos llegado —le había susurrado con voz profunda y ronca, en un tono que la hacía estremecer.

Un coche les esperaba para conducirlos hacia la edificación. Antes de entrar pudo oír los gritos de los niños, y de su hermano y su cuñada. Los cuatro estaban dando saltos en una cama elástica en el jardín, poniendo a prueba los oídos del personal de la casa.

—¡Mami!

Nando saltó de la plataforma y corrió a su encuentro. No llevaba ni un día allí y ya tenía buen color, aunque las heridas de las bridas con las que habían atado sus manitas, eran aún visibles. Su piel olía a sal y a arena, estaba fresco y mojadito. Sofía hundió su nariz en el suave pliegue del cuello de su hijo. Era como regresar al hogar después de un largo día de trabajo.

—¡Lucas! —gritó en su oído. Había visto al abogado. Marta corría hacia él, después de que su padre la hubiera ayudado a bajar de la cama. Su primo quería imitarla y se agitaba para soltarse de los brazos de su madre.

No quería disgustarle, así que tuvo que dejar que abrazara y besara a aquel traidor atractivo que estaba a su lado. Hasta Ana siguió el mismo camino, tras darle a ella un fugaz beso.

—¿Ya está todo solucionado? —quiso saber su hermano, que era el único que aún continuaba junto a ella.

—Sí. Ladrón encontrado. Ahora es cosa de los rusos y los árabes ponerse de acuerdo. Tienen lo que querían. Nos dejaran en paz —aseguró Sofía, sin ver la duda que cruzó por un momento la cara de Lucas.

Era la hora de cenar, así que los niños con sus madres subieron a cambiarse. El abogado se fue a su despacho para hablar con los de

seguridad, y Mario se dio un último baño en la piscina. Cuando el lunes les contara a sus compañeros que había pasado el fin de semana nadando y tomando el sol en una isla privada, no le iban a creer.

Aquella noche el dueño de la casa durmió solo en su cama, añorando la suave y cálida compañía de las noches anteriores. La detective había rechazado uno tras otro sus intentos de acercamiento. Es más, la muy ladina había procurado no quedarse a solas nunca con él para evitar que Lucas pudiera acercarse.

La necesitaba. No iba a poder vivir sin ella. Estar a su lado era como acariciar las estrellas. Había tocado el cielo y no iba a ser capaz de vivir de nuevo en la tierra sin ella. No sabía qué hacer para arreglar su relación. Quizás su hermano o su cuñada pudieran darle algún consejo. Les preguntaría al día siguiente.

Sofía observaba cómo el pecho de Nando subía y bajaba. Dormía tranquilo en la cama de su habitación. Le había propuesto acurrucarse juntos, para evitar que el dueño de la casa se colara en su dormitorio. El niño había aceptado encantado la proposición. Estaba muy enfadada con Lucas. Se sentía traicionada. Sin embargo, su cuerpo no pensaba lo mismo y bastaba su sola presencia para que las mariposas aletearan en su estómago.

Y no solo eso. Cuando lo había visto pasearse por la cocina mientras cenaban, con una camiseta y unas bermudas; oliendo al fresco aroma del gel de lavanda que había utilizado, un estremecimiento había recorrido su piel. De repente, el fino vestido que llevaba le había dado calor. Mucho calor.

—¿Quieres agua fría? Te estás poniendo roja —le dijo Ana con picardía alargando hacia ella una jarra de agua con mucho hielo.

—Es que hace una noche tropical. No ha bajado nada la temperatura.

¿Había sido una sonrisa de prepotencia lo que había visto en los labios de Lucas? ¡Era un cretino presuntuoso! Además de un mentiroso. Y encima tenía que soportar a su cuñada haciendo de celestina. Hasta su hermano se llevaba con él de maravilla. A pesar de haberse visto en un par de ocasiones, ya charlaban como si fueran amigos de toda la vida. Toda su familia se había puesto del lado del abogado. Eran unos traidores que se dejaban comprar por un baño en la piscina.

No, ella no se iba a dejar embaucar. A partir del lunes cada uno haría su camino. Se había acabado el cuento de hadas. Debía volver a la realidad, a su pequeño pero acogedor piso, y a esperar a que maridos adúlteros salieran de habitaciones de moteles para hacerles una foto comprometedora. Nunca más se quejaría de las horas de tuviera que pasar en un coche vigilando una puerta de hotel. Al menos tendría la seguridad de que su hijo estaría a salvo.

—No he encontrado el tesoro todavía —se quejó Nando, con los pies llenos de arena y con el pelo mojado por su reciente chapuzón en el mar.

—Mañana os ayudaré a buscarlo —aseguró Lucas, que había hecho que una de las personas que se encargaban del mantenimiento de la casa enterrara una caja de madera, que usaba para guardar los mandos a distancia de la televisión y el reproductor de DVD, con varias monedas de chocolate, unas conchas y un par de baratijas que tenía de adorno. Lo había ocultado en una gruta en una preciosa cala, en el otro lado de la isla. En una zona a la que le hubiera gustado llevar a Sofía a solas. Aunque con su enfado esta vez no sería posible. Tenía que conseguir que se quedara un poco más en la isla en lugar de irse el lunes. Si pasaba más tiempo con ella, estaba seguro de que terminaría ablandando su corazón.

—Marta, Nando, ¿os lo estáis pasando bien aquí? —les preguntó a los niños con una sonrisa cómplice.

—¡Sííííííííí! —afirmó contento Nando dejándose coger en brazos por el abogado, y plantándole un sonoro beso en la cara.

—Aquí no hay hombres malos —afirmó Marta con voz temblorosa.

El comentario de la niña hizo que los mayores se quedaran callados. Los pequeños habían pasado por un infierno y los responsables no iban a pagar por ello. Eso era algo que la detective no estaba dispuesta a permitir. Alexander era su objetivo y debía buscar la manera de hacerle pagar por el secuestro.

—Princesa, sabes que te puedes quedar en esta casa todo el tiempo que tú quieras —aseguró Lucas de rodillas delante de la pequeña con Nando en sus brazos.

—Me gusta hacer castillos con la arena —le dijo en tono confidente a su amigo grande.

—Y no hay que vestirse —continuó Nando al que le gustaba estar en bañador y zapatillas, sin aquellas camisetas que tanto calor del daban—. Nos quedamos más días, ¿verdad, mami?

—Eso, eso, ¿nos quedamos? —preguntó Ana con cara de cachorrito.

La mujer miraba alternativamente a su marido y a su cuñada. Aquello era como unas vacaciones de lujo con todo incluido. Playa, piscina, comida hecha y lo mejor, que los niños podían estar al aire libre durante horas. Había notado que tras el secuestro se mostraban inquietos si estaban en lugares cerrados o con poca luz. Albergaba la esperanza de que allí, entretenidos, sustituyeran los recuerdos amargos por otros más felices.

Mario se encogió de hombros, sabía que la batalla estaba perdida. Si su mujer estaba de parte de los niños no había nada más que hablar. Además, estaba el hecho de que en la isla la seguridad era mayor y los rusos no podrían acercarse. Conocía lo suficiente a su

hermana como para deducir que ella no dejaría las cosas como estaban. Mientras siguiera agitando el avispero, prefería que se quedaran allí.

—Supongo que podemos volver Sofía, Lucas y yo a Basema de lunes a viernes para currar, y volver el fin de semana. ¿Qué dices, hermanita?

Lucas contuvo la respiración. Aquello sería más que perfecto. La detective estaría sola en su piso y él podría pasar a «hacerle compañía». Volvió su rostro hacia ella. Vio como abría la boca, en lo que creía que sería una inicial negación, y la cerraba de nuevo. Se imaginaba su cerebro como la maquinaria de un reloj con decenas de ruedas y engranajes girando, sopesando las alternativas.

—Está bien.

—¡Yupi! —gritó Nando dando palmas.

—Pero solo una semana. El fin de semana que viene a lo mejor ya estáis cansados de no hacer otra cosa más que nadar y tomar el sol, y queréis volver a la ciudad.

—¿Tú crees? —preguntó su cuñada con un guiño.

Por las caritas de los niños supo que les había dado una alegría con esa decisión, y que no tenían ninguna gana de irse de allí. Con una semana no tendrían bastante, querrían pasar el verano entero. Algo que no iban a hacer puesto que no quería ver a Lucas. De momento, para asegurarse de que su familia estaba protegida, dejaría las cosas como estaban.

El vuelo de vuelta habría sido tan tenso como el de ida si no hubiera ido Mario con ellos. Lucas había contestado las mil y una preguntas que el padre de Marta le había hecho sobre el instrumental de vuelo primero, y sobre su trabajo después. Al abogado le recordó a uno de esos condes de la antigüedad, que se preocupaba por si el novio de su hija tenía la suficiente solvencia económica y era de la clase adecuada para mezclarse con ellos. Por el golpe amigable que le dio en la espalda al bajarse del avión, imaginó que había pasado el examen.

—Sofía, ¿comemos juntos? —preguntó esperanzado Lucas a la esquiva mujer que se colocaba una mochila al hombro.

—Me temó que no va a poder ser. Tengo mucho trabajo, mis otros clientes están abandonados. Vamos, Mario.

El aludido negó con la cabeza. Desconocía qué había pasado entre aquellos dos, pero confiaba en que lo arreglarían. Eran tal para cual. No había visto tan feliz y radiante a su hermana como en los últimos días. Aquel hombre la había cambiado, aunque ella se negara a reconocerlo. Según su mujer, Ana, habían tenido alguna riña de «enamorados», aunque ninguno de los dos era capaz de reconocer que

lo fueran. Cuando ellos eran novios tuvieron unas cuantas, que terminaban de forma apasionada y romántica. Seguro que a Sofía y Lucas les pasaba lo mismo.

Fabi estrechó con fuerza a su jefa cuando llegó a la agencia. Con sus delgados brazos la rodeó y la acercó a su cuerpo.

—Me vas a aplastar —afirmó la detective sorprendida por la intensidad del abrazo de aquel delgadito jovenzuelo.

—¿Cómo está mi chiquitín? —le preguntó el informático aflojando su amarre y fijando sus ojos en los de su jefa.

—Jugando con su prima y su tía en el mar —respondió ella—. Tiene pesadillas —añadió con tristeza—, espero que se le pasen.

—Dale tiempo, y si hace falta, buscad un psicólogo infantil para los dos. Aunque yo creo que, el que sea verano, no tener que ir al colegio y no estar entre las cuatro paredes de un piso, les ayudará. Quizás a Mario y a ti tampoco os iría mal. Sé que fuiste al morir Fernando, pero has pasado por una experiencia terrible: el secuestro de un hijo. Algo así te deja huella en la mente.

Sofía admitió para sí misma que su secretario daba buenos consejos. Había hecho bien en contratarle como ayudante. Tal vez no debería dejar caer en saco roto su consejo, y buscar un especialista para los pequeños. Hablaría con Ana y Mario sobre ello.

—¿Con qué caso quieres ponerte ahora? Tenemos varias solicitudes. Dos adúlteros, un fraude al seguro…

—Van a esperar en tu mesa un poco más —le cortó la detective. Aún quedaba un cabo suelto por atar.

—¿Qué vas a hacer? Mira que ya no estoy para tanto susto. Quiero quedarme sentado en mi mesa, tecleando, sin vérmelas con rusos y árabes mal encarados.

—Asegurarme de que Alexander paga por el secuestro de los niños. ¿No pensarás que voy a estar de brazos cruzados sabiendo que él está libre?

—No has visto la prensa de hoy todavía, ¿verdad? —inquirió el informático. Su jefa había permanecido casi 48 horas en una solitaria isla, reponiéndose con Nando. Lucas también la habría tenido entretenida, así que no era de extrañar que no estuvieran al tanto de las noticias.

—No. ¿Por qué? ¿Debería? —quiso saber Sofía asustada. No tenía redes sociales, por lo que no se conectaba a internet si no era por trabajo. Que ella supiera, su familia tampoco lo había hecho. Así que no sabía de qué le estaba hablando Fabi.

El joven alargó la mano y cogió el periódico que tenía preparado para su jefa. En portada se podía leer en grandes letras: “Múltiple asesinato en una carnicería”. Sofía ahogó una exclamación de sorpresa y se sentó en una silla a fin de leer con más comodidad.

Según el periodista que había escrito el artículo, en la madrugada del domingo los basureros habían encontrado el cuerpo sin vida de un carnicero en un contenedor. Al acudir a su negocio en busca de alguna pista, habían descubierto tres muertos que, según los tatuajes que portaban, pertenecían a la mafia rusa. La mujer y los hijos del comerciante habían desaparecido, como si se los hubiera tragado la tierra. La policía pedía la colaboración ciudadana de los vecinos y amigos del asesinado para esclarecer los hechos.

—¿Vosotros tuvisteis algo que ver? —preguntó Fabi de repente, asustado porque su jefa estuviera implicada.

—Cuando nos fuimos estaban vivos. Inconscientes quizás, pero no los matamos. Del carnicero se habrá encargado Alexander. Prefiero no pensar qué habrá pasado con su familia. Espero que les diera tiempo a huir.

—Tal vez ordenó asesinar también a los secuestradores por dejarlos escapar —aventuró él.

—No hubieran encontrado los cuerpos. Es mala imagen para la mafia rusa que aparezcan hombres de su gente muertos. Les haría vulnerables a ojos de sus enemigos. Eso acabaría con su halo de superioridad. Espera, ¡tengo una idea!

Sofía sacó el móvil de su bolso y, tras pulsar un par de teclas, dio con el número de teléfono al que deseaba llamar. Después de recuperar a Nando, estuvo tentada de borrarlo de sus contactos, pero no se había decidido a hacerlo. Enseguida obtuvo respuesta.

—Buenos días, detective.

—Buenos días, jeque Abil. ¿Ha sido usted?

—No sé. Si no me da una pista, no sé por qué me pregunta —respondió con ironía el hombre.

—Por el asesinato de los rusos que secuestraron a mi hijo y a mi sobrina —le explicó ella con fingida tranquilidad. Estaba segura de que sabía de qué le estaba hablando desde un primer momento.

—¡Oh! Eso. Es mi forma de darle las gracias por haber recuperado mi diamante. Sabía que apreciaría el detalle.

—Una caja de bombones habría sido suficiente, o un ramo de flores. Como hace la gente normal.

—Yo no soy gente normal, por si no se había dado cuenta —afirmó soberbio el Jeque.

—Espero que haya arreglado con Alexander el tema de la deuda pendiente. No sea que vaya a perder otra joya.

—Por supuesto. Hemos hablado como caballeros y el asunto ha quedado zanjado. No tiene de qué preocuparse. Estoy seguro de que los rusos no volverán a molestarla.

En la mente de Sofía saltaron todas las alarmas ante la afirmación del Jeque. Conocía a Petrovich lo suficiente como para saber que no le

perdonaría que se hubiera dedicado a buscar a los niños en lugar de entregarle a Francis. No podía decirle a nadie que desde el segundo día había sospechado que era un robo interno, y que ninguno de los sospechosos era culpable. Quería estar segura y agotar todas las pistas antes de acusarla. No había contado con que los impetuosos rusos harían algo tan desesperado como secuestrar a los niños.

—¿Qué le parece cenar conmigo esta noche? Hasim puede pasar a recogerla a las nueve.

El Jeque había seguido hablando mientras los pensamientos de Sofía iban por otro lado. ¿Qué le acaba de pedir? ¿Cenar con él? ¡Ni loca!

—Lo siento, pero estoy cansada, han sido unos días muy intensos —se excusó de forma compungida.

—Pero tendrá que comer, no puede sobrevivir a base de café —insistió él, con tono exasperado.

—Abil, no insista. No salgo con hombres casados y usted lo está, y varias veces —afirmó con rotundidad la detective.

—Por ellas no debe preocuparse. Son las madres de mis hijos. Nada más. Usted es distinta, aunque ¿se imagina la mezcla de nuestros genes? Mis ojos azules en una niña con sus rizos o sus ojos verdes en un niño moreno como yo.

¿Hijos? Ese hombre estaba mal. Le iba a costar aceptar un no por respuesta. Tenía que ser clara y quitárselo de encima de una vez.

—Ni voy a salir a cenar con usted, ni voy a tener hijos suyos tampoco. Con Nando tengo suficiente.

—Entonces no tendremos hijos, ya tengo muchos. La cubriré de joyas. Los diamantes serán suyos. A su niño no le faltará de nada. Crecerá rodeado de lujo y podrá ir a los internados más exclusivos.

—No es no. Tal vez no esté acostumbrado a que las mujeres de su país se lo digan, pero aquí es diferente. Voy a bloquear su número. Y en la agencia haré lo mismo. Agradezco «su ayuda» con los rusos, pero nuestra relación «profesional» termina aquí y ahora.

Sofía colgó el teléfono e hizo lo que le había dicho al Jeque. Fue a su lista de contactos, lo bloqueó y lo eliminó.

—Fabi, no quiero recibir ni una sola llamada más de ese hombre. Bloquea su acceso a nuestros teléfonos. Si envía algún paquete se lo devuelves. No quiero saber nada de él.

—Sí, jefa —aseguró su secretario que no había podido evitar oír la conversación entre Sofía y el Jeque.

—Voy a hacer unas llamadas a mis antiguos compañeros de la policía. Entre la sarta de insensateces que me ha dicho, ha mencionado a los rusos. Hay algo que me chirría.

La detective se lo pensó mejor y decidió dar un paseo hasta la antigua comisaría donde trabajó tantos años. Al llegar notó una

actividad febril, muy distinta al trasiego habitual de delincuentes de poca monta. Los altos cargos estaban reunidos en un despacho con la puerta cerrada, y el resto de compañeros iban y venían atendiendo sus teléfonos.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó al agente que estaba en una mesa junto a la impresora. Un chico joven con el que había coincidido durante sus últimos meses en la policía.

—Se supone que es secreto, pero eres una antigua compañera, y la prensa no va a tardar en saberlo, si no lo sabe ya —le respondió en tono cómplice.

—Venga, suéltalo. Lo estás deseando.

—Han asesinado a Alexander Petrovich y toda su camarilla —le dijo el joven procurando bajar la voz para que el resto de agentes no le oyera—. Creen que ha sido un ajuste de cuentas con alguna mafia rival o un negocio que salió mal. ¿Te imaginas qué poder debe de tener alguien para hacer algo así?

—Bastante —acertó a comentar Sofía, que de repente entendió las palabras del Jeque cuando le dijo que no tendría que preocuparse más por los rusos.

¿Qué hacía? ¿Permanecía callada sin desvelar ningún detalle del robo y el secuestro o hablaba con su antiguo superior? Aunque se arriesgaba a perder la licencia, sentía que era su deber. Si callaba, pondría en peligro la vida de muchas personas.

Inspiró y se armó de valor. Con paso firme anduvo hasta el despacho acristalado donde estaban reunidos miembros de diversas agencias de seguridad y representantes del Ayuntamiento y el Gobierno. Abrió la puerta y tragó saliva al ver como varios ojos se centraban en ella.

—No puede estar aquí. Salga —ordenó una mujer, que Sofía creía que pertenecía a los servicios secretos.

Sin hacer caso de la orden, entró en la habitación y cerró la puerta.

—Deberían cancelar los compromisos que tengan luego, tengo algo que contarles y voy a tardar un rato.



CAPÍTULO 24

Cuando salió de comisaría, veinticuatro después de haber entrado, la luz del sol calentando su piel le resultó una grata sensación. Se moría de ganas de meterse en la ducha, y dejar caer el agua caliente por su contracturada espalda. Habían querido «entrevistarse» con ella, que era un eufemismo para no decir «interrogarla», desde su antiguo jefe en la comisaría, hasta el ministro de Justicia en persona, bien entrada la madrugada. Fabi la esperaba sentado en el vestíbulo con dos vasos de café con leche, humeante y oloroso.

—Hola —le saludó tras dar un buen trago de aromático néctar—. Era justo lo que necesitaba.

—Como si no te conociera, jefa.

—Me imagino que han hablado contigo también.

—Dos horas después de irte de la agencia, llegaron un montón de policías y agentes de la científica. Llamé a Ricardo y me dijo que les diera todo lo que teníamos. Se han llevado los ordenadores, los archivadores y hasta la *tablet* de Nando que estaba en tu mesa.

—Lo siento. No había otra opción. La situación nos sobrepasaba. Si permanecíamos callados, nuestra implicación con los rusos iba a terminar sabiéndose y podía ser peor.

—No te preocupes, jefa. Has hecho lo que debías. Pero no te negaré que ser interrogado por un inspector con cara de malas pulgas no tiene nada de divertido.

—Lamento que hayas tenido que pasar por ello. Lo importante es que ha acabado todo y estamos fuera.

—Lucas se ha portado genial. Él no podía venir porque era parte interesada. Así que envió a un colega suyo del despacho que se encargó de controlar el registro, y de que tú y yo estemos ya en la calle. Supongo que tu novio seguirá dentro. Le estarán interrogando también.

—No lo sé. No lo he visto —negó Sofía confundida—. Y no es mi novio.

—¿Y a Cristomo y a Francis? Los han detenido a los dos. Ayer por la tarde los trajeron a comisaría.

—De la sala de interrogatorios no he salido más que para ir al baño. Necesito una ducha, comer algo y hablar con mi hijo.

—¿Y con Lucas no vas a hablar? ¿Lo vas a dejar aquí?

—Él solo se las puede arreglar, vámonos.

Aunque Fabi no dijo nada, Sofía sabía que reprobaba su comportamiento. Hasta una parte de ella lo hacía, y le decía que debería hablar con el abogado. Quizás más tarde, tenía que pensárselo.

—¡Señorita Sofía!, espere.

Estaban a unos metros de distancia del edificio donde había pasado las últimas horas, cuando una voz femenina los detuvo. Era Beatriz Román, la secretaria de Lucas. Su, otras veces impecable, moño estaba deshecho, con mechones sueltos y horquillas a punto de caerse al suelo. Las gafas torcidas y el traje de chaqueta arrugado. Los faldones de la camisa asomaban fuera de la cinturilla.

—¿Qué quiere? No voy a hablar con su jefe por mucho que me lo pida —afirmó la detective sin dejar de caminar.

—El señor Gascón ha desaparecido. Nadie sabe dónde está desde ayer —dijo la buena mujer echándose a llorar.

—Hablé con él por la mañana —dijo Fabi—. Envió a un abogado a la agencia. Estaba bien.

—Y justo después de hacerlo salió del bufete rumbo a la comisaría, pero no llegó. Llamaron preguntando por él, y fue cuando supe que algo había pasado. Nadie me dice nada.

—¿No está ahí dentro? —preguntó Sofía que empezaba a alarmarse.

—No. Es más. Creen que ha huido por su relación con Alexander. Le aseguro que solo era un cliente —recalcó Beatriz—. No podía ni ver al ruso, pero le daba miedo ser grosero con él y que luego tuviera complicaciones.

—¿Ha llamado a la isla? Quizás ha vuelto a ella.

¿Habría huido de la justicia? No era propio de él y, además, su conducta había estado dentro de los límites de la ley.

—Sí, y hablé con su cuñada, ¿Ana Gil? Está con los niños allí, pero no sabe nada de él.

—No entiendo nada —negó Sofía confusa. Había pensado que Lucas iría a la comisaría en cuanto supiera lo que había pasado. Le extraño no verlo, pero tampoco creyó que pasara nada malo. Podía ser tan simple como que quisieran mantenerlos separados—. Él no eludiría sus responsabilidades con la ley.

—No, no lo haría. Mire, aquellos son sus amigos. Puede hablar con ellos. Son buena gente.

Se acercaron a dos hombres que conversaban por teléfono, sin dejar de pasear de un lado a otro. Uno de ellos, al verlos, colgó el móvil y les observó. Su mirada era seria y escrutadora.

—Hola. Soy Sofía.

—Su novia —le dijo el segundo hombre al primero—. La chica a la que Lucas me hizo ir a curar a su casa.

—No soy su novia —replicó molesta.

—Te ha llevado a la isla, ¿verdad? —preguntó el primero—. Es su rincón sagrado. Donde va a descansar —añadió sin apartar los ojos de ella—. A nosotros tardó en invitarnos y somos sus mejores amigos.

—Este cascarrabias es Juan —le presentó Diego, tras saludarla dándole dos besos en las mejillas—. ¿Los niños están bien?

—Parece que sí. Las heridas les están cicatrizando sin problemas.

—Es asombrosa la fortaleza de los pequeños. Aunque debes estar atenta por si tienen pesadillas o algún comportamiento extraño.

La detective sabía quién era Juan, había oído hablar de él a Lucas. Era un juez divorciado con tres hijos. El que ninguno de los dos tampoco supiera nada de Lucas era muy preocupante.

—Tienes algo en mente. Sabes dónde puede estar —aseguró Juan taladrándola con los ojos.

—Tío, deja de mirarla como si fuera uno de los delincuentes que sueles tener en tu juzgado —dijo Diego conciliador—. Puedes confiar en nosotros, Lucas es nuestro amigo. Haremos lo que sea por él. Hasta saltarnos la ley.

—¡Habla por ti! —exclamó Juan.

—Ni caso —dijo Diego a la vez que movía la mano como si apartara un mosquito pesado.

—Tengo una ligera sospecha de quién puede saber algo —apuntó Sofía, que empezaba a pensar que alguien a quien no deseaba volver a ver, había tenido algo que ver con todo aquello.

—¿Los rusos? —inquirió Juan. Era extraño, porque Alexander y su camarilla estaban muertos, aunque pudiera ser que algún lugarteniente de él buscara venganza por el asesinato de su líder.

—Los árabes —concluyó Sofía.

—¿Ir al hotel otra vez? Eso es una fortaleza. Nos van a pillar fijo. No podemos entrar sin que nos vean —negó Fabi.

—Entonces será mejor que no nos vean.

—¡Boris! —exclamó aliviada Sofía al reconocer la voz del recién llegado. No había mencionado su nombre en ninguno de los interrogatorios. Había hablado de «hombres de seguridad contratados por Lucas» sin especificar más. No quería complicar la vida a alguien que les había sido leal más allá de su deber.

La detective sonrió. Con él tal vez tendrían una oportunidad de aventurarse en los dominios de jeque Abil, y salir con vida y con el hombre que ahora sabía que amaba. El simple pensamiento de que le pudiera haber pasado algo malo había hecho que las defensas que había construido en torno a su corazón se cayeran. Había sido injusta al apartarle de su lado. Si por ello, él moría, no se lo perdonaría nunca. Iba a encontrarle, e iba a decirle lo que sentía por él. Solo esperaba que no fuera tarde.

Era de noche. Le palpitaba la cabeza en el lado derecho. Notaba algo húmedo y pegajoso en la oreja y el ojo. Estaba seguro de que era su sangre, de la brecha que aquel tipo, Hasim, le había abierto al darle un golpe cuando iba a coger el coche para ir a la comisaría donde Sofía estaba declarando. Después se había hecho la oscuridad, y se había despertado tirado en el suelo de aquella habitación, sobre la moqueta.

Tenía el ojo derecho hinchado y cerrado, pero por lo que acertaba a ver con el izquierdo, estaba convencido de que estaba en el hotel del jeque Abil. Habían sido sus hombres. ¿Qué querían de él?

Habían acabado con los rusos. Se había enterado a través de Juan. Aunque ese día no estaba de guardia, uno de los administrativos que trabajaban con él hacía turno de oficio para sacarse un dinero extra, y le había llamado en cuanto llegó el aviso al juzgado.

La policía quería hablar con él porque les había defendido en un par de ocasiones. Era cierto que había conocido a Alexander y que trató de engatusarle para que invirtiera con él en uno de sus negocios, pero no lo había visto claro y había rehusado. Esa había sido toda su relación con la mafia rusa, y así pensaba contárselo a los inspectores que llevaban el caso.

No entendía por qué Abil le retenía allí. Salvo… ¡Oh no! ¡Sofía! Ese malnacido la quería a ella, y él era el cebo para atraerla hasta el hotel. Luego le mataría. Era un estorbo en su camino hacia la detective. Al menos Nando estaba lejos de allí, en un lugar inaccesible para nadie que no fuera bienvenido a la isla. Si no, él estaría en su lugar.

Lucas intentó levantarse, apoyándose en la cama y en una mesilla que había a su lado. Fue imposible. Una sensación de mareo y náuseas le recorrió de pies a cabeza, obligándole a tumbarse sobre la colcha. Notaba la boca seca y pastosa. Creía haber visto un teléfono, si bien, estaría controlado por Hasim. Tal vez si lograba llegar hasta la ventana, pudiera abrirla y gritar.

Con movimientos lentos, sin prestar atención a las ganas de vomitar, se aproximó a las cortinas. Sin embargo, al descorrerlas tuvo que ahogar un grito de frustración. Daban a un patio interior. Enfrente tenía una gigantesca pared sin una sola ventana. Aunque lograra asomarse al exterior, nadie le vería. Las fuerzas le fallaron, las rodillas se le doblaron y tuvo que sentarse en el suelo. Cerró los ojos para no ver cómo la habitación giraba a su alrededor. ¿Qué iba a hacer? Estaban perdidos.

Unas cuantas plantas más abajo, Juan y Diego se habían puesto sus mejores trajes, habían cogido unos maletines de piel y, arrastrando unos inmensos baúles que pertenecían a Fabi, habían entrado en el hotel. Era increíble lo que habían conseguido organizar en una hora.

De la puerta de comisaría se habían ido al piso del secretario.

Estaba cerca y suponían que allí no tendrían escuchas y estarían tranquilos. La primera parte del plan requería unas maletas grandes y dos voluntarios. Para sorpresa de Sofía, Fabi tenía la solución.

—¿Dónde lleváis vosotros la ropa cuando viajáis? —preguntó el secretario de Sofía al ver la cara de asombro con la que le miraban todos, cuando dijo que tenía dos baúles de piel y tela y a veces se le quedaban pequeños.

—En maletas, como todo el mundo —replicó Diego divertido. Aquel joven era un punto. Desde luego con él no se aburría nadie.

—¡Qué horror! ¿Y no se os arruga? Llegará de pena. ¿Y los complementos? ¿Qué hacéis con ellos? ¿Dónde guardáis los sombreros?

—Cariño, hay una cosa que se llama «plancha de viaje» —respondió Sofía—. Es pequeña, abulta poco. Además, mis gorritos son de punto y se pueden doblar. Bien estirada la ropa en la maleta, no llega tan mal.

—Hay prendas que no se pueden planchar. ¡Se os estropearán!

El caso era que para sus planes eran perfectos. Así que fue a buscarlos al trastero donde los tenía guardados, en un sótano de la casa donde vivía. Boris le acompañó porque no veía a aquel enclenque capaz de cargar con ellos. Resultó que, aunque tenían un diseño antiguo, intemporal, venían equipados con unas prácticas ruedas para llevarlos rodando con comodidad. Con orgullo, Fabi tiró de ellos y se reunió con sus amigos.

—Vale, ahora necesitamos que alguien, a quien Hasim no asocie con nosotros, se registre en el hotel del jeque Abil, como un huésped que ha venido a Basema a pasar unos días por trabajo. Boris, tal vez podemos contratar a algún compañero tuyo —sugirió Sofía.

—No será necesario —negó Juan—. Lo haré yo. A mí no me conoce.

—Iré contigo —dijo Diego al escucharle.

Los amigos de Lucas rehusaron permanecer de brazos cruzados sabiendo que su amigo estaba en peligro. De nada valieron las protestas de Sofía y las negativas de Boris.

—O vamos con vosotros o le damos el chivatazo a la policía.

—Para ser un juez, Juan, eres tan sinvergüenza como los rateros que tú juzgas.

—Ya sabes, Sofía, de todo se aprende.

—¡Vosotros sois los amigos con los que Lucas fue detenido robando un coche! —exclamó Fabi.

—No lo robamos, se lo «cogimos prestado» a mi tío —se defendió Diego.

—No deberías saber eso —negó Juan—. El expediente está archivado porque los tres éramos menores.

—No para mí —se jactó Fabi.

De modo que allí estaban, en los dominios de Abil, fingiendo ser un par de comerciantes de artículos de piel que habían acudido a la ciudad, para conseguir clientes para una nueva marca que representaban. De ahí un equipaje tan voluminoso, las prendas debían ir protegidas de forma conveniente para evitar su deterioro.

—¿No tienen reserva? —preguntó el recepcionista.

—Íbamos a quedarnos en otro hotel —respondió Juan nombrando uno de una cadena hotelera rival—, pero nos han hecho una faena.

—Algo imperdonable —afirmó Diego.

—Cuando hemos llegado nos han dicho que nuestra reserva no les constaba. Les hemos enseñado la confirmación que nos enviaron, pero no ha valido de nada —explicó Juan, serio y enfadado, como si estuviera en su sala juzgando a un delincuente.

—No es formalidad, lo más seguro es que los demandemos —añadió Diego—. Es una pena porque haremos viajes frecuentes y estaba muy bien situado.

—En nuestro hotel serán atendidos a la perfección —aseguró el recepcionista con amabilidad. Unos clientes fijos siempre eran bienvenidos. Sobre todo entre semana, cuando tenían menos reservas y varias habitaciones sin ocupar—. Estamos más céntricos que el otro, y nuestras instalaciones son más modernas. Por mi parte estaré encantado de ayudarles en todo lo que necesiten.

—De momento solo queremos darnos una ducha y descansar un poco del viaje. Luego saldremos a dar una vuelta.

El servicial hombre le hizo una seña a un botones, que se acercó con rapidez. Al ver los baúles fue a buscar un carro metálico en el que colocarlos y llevarlos con más comodidad. Al levantarlos vio que no podía solo y avisó a otro compañero. ¿Qué llevaban dentro? ¿Piedras? No sabía que unos abrigos de piel pudieran ser tan pesados.

Les habían adjudicado dos habitaciones contiguas, comunicadas a través de una coqueta salita, en la que podrían recibir a los dueños de las tiendas que quisieran ver sus artículos de peletería. Estaban situadas justo debajo de la planta que ocupaba el jeque Abil. Habían solicitado que estuvieran en un piso elevado para poder apreciar mejor las vistas, y les habían dado las más altas posibles.

—Tenga —dijo Diego, dándole un billete de diez euros a cada uno de los botones que habían subido su equipaje. Se lo habían ganado. Ambos hombres se iban con la cara roja y sudorosa por el esfuerzo. Esperaban que cuando los huéspedes se marcharan, no estuvieran ellos de turno y fueran otros los que cargaran con el equipaje.

Una vez que se quedaron sin compañía, Juan sacó las llaves de los baúles de su bolsillo y los abrió.

—¡Qué calor! Una botella de agua por favor —pidió Sofía saliendo de uno de ellos.

—¡Ay, mis piernas! —exclamó Boris, que tras permanecer encerrado en el otro casi media hora, tenía calambres en las extremidades.

La idea había sido de la detective. ¿Cómo entrar sin ser vistos y sin levantar sospechas? Escondidos en el equipaje de algún huésped. Claro que no contaban con que tardarían varios minutos en salir de su encierro, y que el calor estival haría que allí dentro fuera como estar en una sauna. Sin mencionar el traqueteo, que les había golpeado contra las paredes una y otra vez. Aunque acolchadas, les habían ocasionado varios moratones.

Los amigos de Lucas cambiaron sus elegantes trajes por unos vaqueros y unas camisetas, que se adaptaban mejor a la siguiente parte del plan. Tenían que llegar hasta las habitaciones del Jeque. No podían hacerlo por el ascensor, ni fingiendo ser personal del hotel como había hecho Sofía la otra vez. Debían hacerlo sin ser detectados por las cámaras. De nuevo fue ella la que encontró la solución.

Los conductos del aire acondicionado los llevarían hasta allí. En el techo del baño había una salida, a través de la cual Juan, Diego y Sofía ayudados por Boris podrían acceder. El guardaespaldas aguardaría a que le dieran la señal y subiría en el ascensor. Él era demasiado grande como para pasar por los estrechos tubos. Tendría que esperar en el vestíbulo un poco más.

La detective iba en primer lugar, seguida por el oftalmólogo, y el último era el juez. Olía a moho y humedad. Dudaba que los hubieran limpiado en mucho tiempo.

—Vamos a coger la legionela —se quejó Diego al tocar algo blando y viscoso de color parduzco.

—¡Chist! —le ordenó Juan dándole un golpe en el muslo.

Para ascender tenían que separar las piernas, poniendo un pie en cada lado del conducto y lo mismo con las manos. Poco a poco lograron llegar a su objetivo. A través de las rendijas se apreciaba que el cuarto de baño estaba a oscuras. Se oían voces a lo lejos, pero no en la habitación que estuviera al lado. Sofía empujó con todo su cuerpo y logró mover la trampilla lo suficiente para agarrarla sin que cayera de golpe, alertando a los hombres de Hasim.

De un salto estuvieron los tres en el suelo. Caminaron despacio hacia el dormitorio contiguo. En una silla había ropa de caballero abandonada, en concreto una túnica típica del atuendo árabe. Juan abrió el armario. Dentro encontró más colgadas y ropa de mujer.

—¡Genial! Vistámonos con ellas —sugirió Sofía.

Se pusieron una cada uno a fin de disimular su aspecto occidental. Y ella ocultó su rostro con un velo, que le permitía observar sin ser reconocida.

Diego se asomó y vio un grupo de hombres reunidos a la derecha

en un salón grande. Uno de ellos vestía un atuendo similar al que él llevaba en ese instante, pero más lujoso.

—Ese es Abil —afirmó Sofía tras echar un rápido vistazo.

—Mirad hacía la izquierda, al fondo.

Hicieron lo que Juan les pedía, y supieron que habían encontrado a Lucas. Un hombre estaba de pie, delante de una puerta, escribiendo y leyendo mensajes por el móvil.

—¿Creéis que está ahí?

—Yo diría que sí. Voy a avisar a Fabi. Es el momento.

Su secretario aguardaba la señal, impaciente, para hacer saltar la alarma de incendios. Gracias a sus amigos hackers había logrado colarse en la intranet del hotel. Le había bastado un minuto, para hacer que un detector de humos de una *suite* del Jeque creyera que captaba humo.

Guarecidos en la habitación, escucharon las carreras y los gritos que comenzaron a inundar el pasillo. Exclamaciones de auxilio en árabe, rápidas pisadas y puertas que se abrían, les hicieron comprender que la gente de Abil huía asustada. Poco después Boris, en el *hall* del hotel, vio como los ascensores se abrían y varias personas salían con presteza. El recepcionista se sorprendió al verlos. Hasim se dirigió hacia él en busca de información.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el incendio? No huelo nada.

—No sé decirle, señor.

El guardaespaldas se camufló entre la multitud que llenaba el vestíbulo, y se coló en un elevador. Antes de llegar escuchó un disparo. Preparó su arma. No sabía qué se iba a encontrar.

Por una rendija vieron como el hombre que custodiaba la habitación era uno de los primeros en abandonar la planta del Jeque. No podían esperar más. Los tres salieron de su escondrijo y con pasos ligeros llegaron hasta su objetivo.

—¡Lucas, Lucas!, ¿estás ahí dentro? —preguntó Sofía con ansiedad. Intentó girar el picaporte, pero la cerradura estaba echada. Se subió la túnica para sacar su juego de ganzúas. Con los nervios las manos le temblaban y le dificultaban la tarea.

—No hay tiempo para eso —le dijo Juan echándola hacia un lado.

De una patada derribó la puerta haciendo saltar astillas por todas partes.

—¿Cómo has hecho eso? —quiso saber su amigo Diego.

—Practico kárate para liberar adrenalina.

La detective no los escuchaba. Había entrado sin dudarlo en la habitación. En una esquina, entre la cama y la ventana, vio un bulto. Era Lucas, que se había hecho un ovillo. Aunque la brecha había dejado de sangrar, se le veía muy pálido.

—¡Lucas! Despierta, cariño. ¡Lucas!

—Esa herida tiene mal aspecto —dijo Diego compungido.

—No responde. Tenemos que sacarlo de aquí antes de que vuelvan los hombres de Hasim. No tardarán en darse cuenta del engaño.

—Pero, Sofía, por el conducto del aire no va a poder bajar.

—Tendremos que sacarlo por el ascensor o la escalera, Diego.

—¡Alto! —gritó un hombre con fuerte acento árabe. No lo habían oído acercarse y cuando quisieron ver, los estaba apuntando con un arma.

Esta vez fue el oftalmólogo el que los sorprendió. Se lanzó contra él, directo a su estómago, haciéndole caer al suelo y disparar el arma al techo. De un golpe lo noqueó y se volvió hacia ellos.

—Venga, chicos. Daos prisa que pueden haber oído el tiro —instó la detective a los amigos del abogado.

Juan y Diego se pasaron un brazo de Lucas por los hombros y, arrastrando sus pies, fueron hacia los ascensores. Sofía abría el camino con el arma del hombre al que habían dejado inconsciente. La detective iba a intentar que salieran por la puerta de la cocina, por la que había entrado la primera vez que visitó a Abil. Confiaba en que estuviera menos vigilada que la entrada principal al hotel. Sin embargo, antes tendrían que vérselas con los ocupantes del ascensor que subía hasta ellos. Sofía sabía que no lo habían llamado y ascendía directo hacia allí.

La detective posicionó sus pies con firmeza y apuntó hacia las puertas metálicas. Los tres amigos se habían quedado parapetados en un lateral. Al ver como bajaba el arma y sonreía suspiraron aliviados. Era Boris con un tipo amordazado a sus pies.

—Tiene mal aspecto. Hay que llevarle a un médico —dijo al ver el estado en el que se encontraba el abogado.

—Tenemos que salir de aquí para eso. Quizás por la cocina —sugirió Sofía—. Por el conducto del aire es imposible llevarle.

—No hará falta —respondió Boris con una enigmática sonrisa—. Entrad.

En lugar de pulsar el botón del sótano -1 donde estaba la cocina, pulsó el botón del piso superior. Allí no había habitaciones, solo una terraza que los meses de julio y agosto el hotel abría al público en general, con música *chill out* y cómodos cojines distribuidos por doquier. Aunque el acceso estaba restringido, el guardaespaldas tenía una tarjeta que habría todas las cerraduras del hotel.

—¿De dónde la has sacado? ¿Quién es este tipo? —quiso saber Juan.

—El director del hotel, por eso me he entretenido un poco —explicó Boris. Sin mirar a sus compañeros, volvió a usar la tarjeta en el lector electrónico, pero esta vez para bloquear las puertas y que nadie pudiera sorprenderlos allí arriba.

—Vale, ¿y ahora qué hacemos? No hay más salidas. Nos hemos metido solos en una ratonera.

—Tranquila, detective. Mira al cielo.

La mujer hizo lo que le pedía y descubrió un helicóptero militar aproximándose hacia ellos.

—¿Y esto? —inquirió Diego girándose hacia su misterioso salvador.

—Unos amigos. Venga, hay que mover los sillones, las mesas y todo lo que hay por aquí en medio, para que pueda aterrizar.

Dejaron a Lucas sobre unos cojines, y los cuatro se pusieron a hacer lo que Boris les había indicado lo más deprisa que podían. Unos fuertes golpes metálicos les sobresaltaron. Eran los hombres de Hasim que habían llegado hasta el ascensor. Por las cámaras de seguridad, habían descubierto que no había ningún fuego y que su rehén había sido rescatado.

—Tenemos que irnos antes de que sea demasiado tarde —dijo Diego asustado—. Están muy cerca.

—Tendrá que valer así, Sofía —afirmó Juan—. Esas puertas no van a resistir más.

—¡Atentos! —gritó Boris—. Nos van a lanzar una escalera de cuerda. El piloto no tiene espacio suficiente para posarse en el suelo con las hélices.

—Pero Lucas no puede escalar —apuntó Sofía preocupada. La cara del abogado mostraba unos feos moratones, y su respiración se estaba haciendo más tenue cada vez. Había perdido mucha sangre.

—Subid vosotros. Yo lo subiré conmigo.

Primero escaló Diego, luego Juan colocó a Lucas sobre la espalda de Boris y le obligó a trepar por la escalera. Caballeroso, se volvió hacia Sofía, pero ella rehusó.

—Yo soy la que tiene el arma. Sube tú, que los detendré si se acercan.

Apenas había llegado el juez al helicóptero, cuando un tropel de hombres hizo su aparición en la terraza. La detective apretó el gatillo y una ráfaga de disparos barrió sus cabezas haciendo que retrocedieran, momento que aprovechó para girase y agarrarse con fuerza a la escalera.

—¡Vámonos! —ordenó Boris al piloto.

—¡Falta Sofía! —gritó Diego para hacerse oír sobre el ruido del rotor.

—Tendrá que sujetarse a la cuerda y la izaremos nosotros.

La joven no miró hacia abajo. Podía escuchar la voz de Hasim gritando, y los silbidos de las balas pasando cerca de ella. Estaba aterrada. Cerró los ojos y con las manos y piernas se enroscó en la escalera. No levantó los párpados hasta estar sobre el suelo del helicóptero. Al hacerlo vio la cara de Lucas a su lado.

—Estás loca —escuchó que decía con los ojos entreabiertos.

—Sí, pero por ti —respondió ella, para a continuación besarle ante los vítores de sus amigos y la sonrisa complacida de Boris.

EPÍLOGO

Sofía estaba tumbada en una cómoda hamaca en el borde de la piscina. El sol calentaba sus piernas, haciendo que se relajara hasta el punto de quedarse dormida. Había pasado la noche despierta repasando la información que Fabi le había enviado del caso que estaban investigando. La desaparición de un cuadro de incalculable valor de la pinacoteca de un coleccionista privado amigo de Juan. El problema era que la pared donde estaba expuesto pertenecía al edificio de una fundación sin ánimo de lucro, por la que transitaban cientos de personas al día, y era tan pequeño que cabía en un bolso un poco grande.

El programa de reconocimiento facial, creado por su secretario, había contrastado los rostros de las personas que habían estado ese día en las instalaciones, con numerosas bases de datos, públicas y privadas. Aun así, la lista de sospechosos era bastante larga. Fabi había elaborado un pequeño informe de cada uno, a fin de facilitar la tarea a su jefa. Algo que había estado haciendo mientras acunaba a su hija Carlota, de un año, que seguía teniendo cólicos casi cada noche.

—Esta noche me encargo yo de ella —se ofreció su marido Lucas tras leer con Nando un cómic, hasta que se había quedado dormido.

—Tengo que estudiar la información que me ha enviado Fabi. No puedo permitirme el lujo de dormir.

—Puedes hacerlo mañana —alegó él a la vez que acariciaba con mimo su vientre, donde crecía su segundo hijo en común. Estaba en su tercer mes de embarazo y todavía no sabían si sería niño o niña—. No te quedes levantada hasta muy tarde.

—Lo intentaré, pero me espera una jornada complicada. A primera hora tengo que llevar a Carlota a vacunar, y a Nando a la consulta de Diego para que le revise la vista. Creo que va a necesitar gafas.

—Me da que sí. Cada vez que lee algo pega la naricilla a las páginas. Y eso explicaría que tenga tantos errores en los ejercicios de matemáticas. No ve lo que copia de la pizarra.

—No le va a gustar nada.

—Le compraremos unas y estará tan gracioso. En unos días se habrá adaptado a ellas.

—Ya podemos empezar a hacer una hucha para todas las que romperá jugando con su prima y su hermana a los superhéroes, o practicando kárate con Juan.

Cuando el niño había sabido como el amigo de Lucas había derribado una puerta de una patada, había querido aprender el mismo

deporte que el juez. Marta se había unido a la petición. Así que todos los sábados por la mañana, Juan se iba con los dos niños a su gimnasio y ayudaba a un monitor a enseñarles las diversas llaves a sus sobrinos postizos. Tras varios meses de práctica, los pequeños no parecían cansarse de las clases, así que ya se había convertido en una rutina verlos practicando llaves por los rincones de la casa.

—En cuanto tenga edad para usar lentillas se las ponemos, que nos será más rentable —sugirió Lucas.

Le dio un beso a Sofía, que a los dos les supo a poco, y subió al piso de arriba. El que debía de haber sido el dormitorio de su mujer en aquella primera visita a la casa, cuando buscaron refugio huyendo del alcance de la mafia rusa, se había convertido en una habitación llena de peluches y decorada en rosa. En el centro, una cuna de madera blanca, donde la pequeña Carlota dormía tranquila.

La detective se había quedado sentada en la cocina, con el portátil y una taza con una deliciosa infusión de arándanos con mandarina. Había visto como su marido se iba, y suspiró al recordar los tres días en que había estado en coma inducido a fin de que el hematoma intracraneal que tenía, disminuyera. No se había separado ni un segundo de su lado, ni cuando los padres y la hermana del abogado habían insistido en relevarla. Quería estar junto a él en cuanto abriera los ojos para decirle cuánto le quería, y pedirle que la perdonara por haberse enfadado con él sin ningún fundamento. Se reprochaba haber desconfiado de él por su relación con Alexander. Si no le hubiera echado de su lado, quizás no lo habrían secuestrado.

Y lo había logrado. Los médicos y las enfermeras la obligaron a salir de la habitación cuando despertó, pero había conseguido decirle lo que quería. En realidad, su subconsciente la había traicionado y había hablado por ella al decirle:

—Te quiero. Cásate conmigo.

Debió armarse de paciencia porque Lucas no tuvo ocasión de responderle hasta que le permitieron volver a entrar en la habitación. Estaba totalmente despierto, y ansioso por verla de nuevo.

—No sé si fue efecto de la sedación o fruto de mi imaginación. ¿Me preguntaste algo antes de que te echaran de aquí?

—Puede —contestó Sofía con las mejillas rojas—. Depende de la respuesta.

—Si es un «sí»…

La joven se lanzó sobre él, ocupando el sitio que el abogado le había dejado en su cama, y lo besó con ardor y pasión, sin inmutarse por el carraspeó de la auxiliar que entró para administrarle la medicación. No sería la única vez. Las enfermeras tuvieron que acostumbrarse a verlos acaramelados en cuanto los dejaban solos. Los llamaban «los tortolitos del hospital».

Tendida junto la piscina, una tarde de verano, levantó la mano del brazo de la hamaca, para contemplar la sencilla alianza que lucía en su dedo. Con lo del robo del diamante y los problemas que les había ocasionado, no quería ninguna piedra preciosa en ella. Era un anillo con oro blanco y dorado entrelazado. Nada aparatoso y fácil de lucir. Desde el día que Lucas se lo había puesto, no se lo había quitado ni un segundo.

Nando y Marta estaban jugando en la piscina. Los dos se habían recuperado de la terrible experiencia del secuestro por parte de Alexander y los suyos. Daba gracias a sus antiguos compañeros de la policía, y a tener un juez como amigo. Entre unos y otros habían conseguido que Abil y sus secuaces fueran acusados de varios delitos, no solo en el país sino a nivel internacional. Pasarían lo que les quedaba de vida entre rejas.

El Jeque que había ocupado su puesto, desaprobaba los métodos de su antecesor y había querido marcar una clara diferencia en su comportamiento, ya que incluso la manera en que su país era considerado por otros mandatarios y posibles inversores, se había visto salpicada.

Con ayuda de un psicólogo y mucho cariño, las pesadillas de ambos niños habían desaparecido por completo. Unas suaves marcas en sus muñecas eran el único recordatorio de las aciagas horas que pasaron secuestrados.

El sonido de su teléfono la hizo espabilarse, era Boris. El guardaespaldas había dejado su trabajo en la empresa de seguridad en la que estaba empleado, y había aceptado un puesto en la agencia de detectives de Sofía. Algo que había hecho muy feliz a Fabi. ¡Quién lo iba a decir! Aquellos dos se habían enamorado y eran una pareja estable que se había casado a los dos meses de vivir juntos. El jovencito enclenque había conquistado al hombretón de pocas palabras, con su energía desbordante y su vitalidad.

—Boris, ¿encontraste al tipo que buscabas?

—Sí, ya tengo las pruebas que necesitamos. No te llamo por eso. Fabi quería que te recordara que vosotros traéis el vino esta noche.

—No te preocupes, no se me ha olvidado —mintió ella. Debía avisar a Lucas en cuanto colgara para pedirle que fuera a comprarlo.

—Haré que me lo creo —rio él—. Dile a tu marido que al mío le gusta el Verdejo más que el Albariño. Que la última vez se confundió.

—Vale, se lo diré —respondió avergonzada porque la hubiera pillado tan rápido en su pequeño engaño.

Estaba buscando el número de Lucas en el WhatsApp cuando lo vio acercarse hasta ella. Sonriente y guapísimo como siempre. Si le pedía a Dolores que vigilara a los niños diez minutos, podría subir con él a su dormitorio. Pensándolo bien, mejor veinte.

—He traído el vino de Fabi. Lo he metido en la nevera —anunció el abogado. A continuación, se agachó y besó a su bella mujer. Después se acercó al borde de la piscina para recibir unos húmedos achuchones de su hijo Nando y de su sobrina Marta.

—Carlota está dormida —le comentó Sofía que se había puesto de pie y caminaba hacia él.

—Tal vez Dolores…

—…me lees el pensamiento.

—Yo vigilo a los niños. Suban a «descansar» un rato —anunció la cocinera que había visto llegar al dueño de la casa, y por la actitud de la que ahora era su mujer, sabía que querían estar solos.

Juntos subieron la escalera, robándose besos y caricias traviesas. Debían darse prisa. A Sofía no le importaba. Su vida era así. Lucas no había robado el diamante blanco, pero había robado su corazón. Porque sí que era un ladrón, un ladrón de corazones.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Con esta novela he querido hacer un homenaje a las series de detectives que veía de pequeña en televisión. En ellas, él era el guapo y arrogante miembro de las fuerzas de seguridad, o el dueño de una agencia privada, y ella por lo general su secretaria.

En los años ochenta y noventa, las mujeres eran bonitos floreros que daban la nota cómica y romántica al capítulo de turno, aguardando a que su héroe regresara sano y salvo.

Los tiempos han cambiado. Mi heroína no es arrogante, es una joven de hoy en día con un hijo a su cargo, que con su modesto sueldo lucha por sacar adelante a su pequeño y subsistir.

Él no es un hombre florero. Colabora codo con codo con ella en la investigación. En algunos momentos le estorba, pero en otros su ayuda en esencial. Los empleados de Sofía en la agencia son hombres que trabajaban para ella, reconocen su valor y su inteligencia como persona, no como mujer.

Espero, mi querido lector, que hayas disfrutado leyendo estás páginas. Si es así házmelo saber en alguna de mis redes sociales. Me encantará compartir contigo tus impresiones sobre la novela.

https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/
https://www.instagram.com/marpzabala/
https://twitter.com/marawen2003
https://www.youtube.com/channel/UCJyLE78fYVWBtp4vRPMen_A/featured

BIOGRAFÍA

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crio y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas, actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Es una apasionada del cine y del teatro, actividades que le gusta realizar en su tiempo libre.

Se inició en la literatura con una novela de época: *Pasado imperfecto*, a la que le siguió la deliciosa historia basada en la infancia y juventud de su madre: *Recuerdos olvidados.*

Tiene cuatro cuentos infantiles publicados, *Buky, María y la tienda de Antigüedades, Los Sombreros Verdes,* y el último en completar la lista ha sido: *Broli, Breta y Los Sombreros Verdes.*

Una trilogía romántica con toques paranormales: *Un té con amor*, cuyas tres partes son *Un té verde con jazmín, Arándanos con mandarina y Canela y miel.* Y una bilogía, también romántica, pero con notas de suspense: *Nunca es tarde para el* amor, cuyas dos entregas *Un candado en el corazón y Cuando me miras así,* han sido publicadas este año.

Pero sin duda su gran éxito es la trilogía de misterio: *Los casos de Marina Altamirano* compuesta por *Nadie es lo que parece*, *La ciudad Oculta* y *Asesina otra vez.*



LAS PERLAS DE SABRINA

Mar P. Zabala

LAS INTRIGAS DE SOFÍA II

LAS PERLAS DE SABRINA

(Las intrigas de Sofía Vol. 2)

Mar P. Zabala

Título original: Las perlas de Sabrina.

Diseño de portada: Mar P. Zabala
Maquetación: Mar P. Zabala
Corrección: Noni García

Una verdad que se dice con mala intención supera todas las mentiras que puedas inventar.

William Blake

ÍNDICE

Prólogo

Esos ruidos otra vez. Un extraño sonido donde no debía haber nada más que silencio. ¿Pedía ayuda? No. La tomarían por loca como hizo aquel policía que acudió a verla tras su llamada a la comisaria. Puede que se hubiera puesto algo histérica. ¡No era para menos! Si encima de ella no había más que un piso vacío, y los vecinos más próximos estaban dos plantas por debajo de su casa, ¿a quiénes pertenecían aquellas voces?

Ni era gente hablando, ni una televisión muy alta. Eran poco menos que murmullos. Sin duda, esa era la mejor definición.

Desesperada, se tomó un somnífero. Aunque no era la mejor opción, no tenía otro remedio si quería dormir. Y bien sabía Dios que lo necesitaba. Si tan solo pudiera echar una cabezadita de dos horas, sería feliz. Quizá, si se cubría con las sábanas, no las escucharía. No perdía nada por probar.

—Solo quiero verla otra vez.

—Es peligroso, tenemos que irnos.

—Un segundo.

—¡No! Vámonos.

—Por favor.

—Mañana, hoy es tarde, hay que dormir.

Era inútil. Aquella noche tampoco iba a poder conciliar el sueño. Ni una caja entera de valerianas con un litro de infusión de pasiflora haría que se relajara.

1. Amanece, que no es poco

Sofía seguía sin acostumbrarse a su vida de casada. De hecho, la fina alianza de oro blanco con dos pequeños diamantes engarzados que debía adornar su dedo descansaba en un estuche granate de terciopelo, en el segundo cajón de su mesilla de noche. No le parecía que fuera necesario llevarla puesta para resolver un caso que podía implicar meter las manos en un contenedor de basura y escarbar, algo que le había tocado hacer en más de una ocasión.

—Solo será mientras trabajo —le había prometido a su flamante esposo, Lucas Gascón—. En cuanto vuelva a casa, me la pondré. Te lo prometo. No quiero perderla, ni que se me estropee.

—Por supuesto, cariño —respondió el abogado con una sonrisa, sabiendo que eso nunca ocurriría. Puede que quizá uno o dos días, al principio, pero luego las prisas por darse una ducha y estar con sus hijos podrían con sus firmes propósitos. Como decía su antigua ama de llaves Dolores: «de buenas intenciones, está el mundo lleno». Sofía era un desastre con sus cosas, y la ausencia de un anillo en el dedo no iba significar que le quisiera menos.

Nando era cada vez más independiente, pero Carlota, con su inestable gatear, demandaba la atención de sus dos progenitores y de cualquiera que estuviera en su radio de alcance. Hasta el serio e imperturbable Boris se convertía en un tierno oso de peluche ante la presencia de la pequeña, que sin ningún miedo trepaba por el cuerpo de la mole rusa, hasta que este la alzaba en sus brazos de acero. El benjamín de la familia, Javier, era lo contrario que sus hermanos. Un auténtico angelito que solo dormía y comía. Era un bebé encantador, que no protestaba por nada. Su hermana se encargaba de hacerlo por los dos.

La arrolladora figura del agente de seguridad contrastaba con la de su marido, el jovenzuelo inquieto de mirada curiosa que hacía las veces de secretario, ayudante, informático y persona de confianza para Sofía Valverde en su agencia de detectives. Aquella a la que, esa mañana, su propietaria no tenía ganas de ir. Carlota había decidido que pasar una noche en vela era divertido, y no había habido forma de que se durmiera hasta el alba.

El despertador había sonado media hora antes, y de un manotazo lo había estrellado contra el suelo. Sin embargo, la alarma del móvil, que

Lucas dejó puesto en el baño antes de irse a trabajar, la obligaba a levantarse inmisericorde. Se lo haría pagar. ¡Qué canalla! ¡Mira que hacerle algo así! Cuando supiera que tenía una de sus reuniones en el sofá, con sus inseparables amigos Juan y Diego, le dejaría a Carlota sentada en su regazo, a ser posible con el pañal cargado de las minas antipersona que constituían sus caquitas, y se iría corriendo de casa. Esa sería una justa venganza.

Un poco más tarde, bajo el agradable calor del agua de la ducha golpeando su espalda, la detective reconoció que su chico la conocía tan bien como para saber que si no había algo que la instara a abandonar el confortable nido que constituían sus sábanas, podía quedarse echa un ovillo durmiente en su colchón durante horas.

Nando, su hijo mayor de siete años, estaba con su cuñada Ana y su sobrina Marta, un año menor que el pequeño, en la isla privada que Lucas poseía en el mar de la Tranquilidad. Un lujo, solo alcanzable, para exitosos abogados que como él no escatimaba en esfuerzos ni en recursos a la hora de defender a sus clientes. Casi tanto como ella misma con los suyos.

Había sido en uno de sus casos, buscando el diamante blanco de la colección Lancaster, robado de la caja fuerte de la joyería de Cristomo González, cuando se conocieron. El elegante sospechoso pasó de ser alguien a quien investigar a ser un decisivo colaborador y pieza clave del puzle que constituyó la resolución del caso. Tan cabezota como la detective, el abogado no cejó en su empeño de ayudarla en su persecución del esquivo ladrón, entre redes mafiosas de rusos y negocios turbios de árabes, con el jeque Abil a la cabeza. Lucas aún tenía escalofríos al recordar cómo Hasim, el secuaz de confianza del temible hombre de siniestros ojos azules, le secuestró y estuvo a punto de acabar con su vida. Se salvó de una muerte segura gracias a la intervención de sus dos amigos que, en lugar de estorbar a Sofía, formaron con ella y sus ayudantes un conexionado equipo cuyo fin era evitar el fatal desenlace.

Según bajaba la escalera hacia la cocina, podía escuchar cómo Laura, su asistenta, canturreaba en la cocina. Javier, su precioso bebé, descansaba con la barriguita llena de leche, en su capacho, mientras en una esquina de la estancia, Carlota jugaba con un puñado de cereales en su trona.

—Buenos días, Laura. ¿Cómo están mis sinvergüenzas favoritos?

—Javier se ha tomado todo el biberón y duerme con un lirón su siesta matutina. Carlota está molesta con las encías y no ha querido más que un poco de compota. Le he puesto un puñadito de los cereales que le gustan y va comiéndoselos. Me da que va a quedarse dormida como su hermano.

—Claro, ella puede hacerlo sin que nadie la haga levantarse —

afirmó Sofía, depositando un suave beso en la rosada mejilla de la pequeña—. Luego por la noche, cuando su mamá quiera imitarla, decidirá que es el momento adecuado para ponerse de fiesta y no parará de llorar y de reclamar su atención.

—Pobre —rio la mujer, picando las verduras necesarias para hacer un gazpacho con el que refrescarse a la hora de comer de aquel caluroso uno de julio.

—Tiene las encías irritadas. Está saliéndole un diente y anoche debía de molestarle. Ahora dormirá unas cuantas horas, porque está cansada. Tienes en su cuarto la pomada que el pediatra la recetó para aliviarle el dolor. A Nando le funcionaba, espero que a ella también.

—Seguro que sí. ¿Ha sabido algo del niño? ¿Alguna nueva aventura?

—Cuando hablé con él anoche, estaba emocionado, porque hoy iban a llevarles a una cala a buscar un tesoro que el pirata Barba Verde enterró en su arena hace cientos de años. Ha permanecido escondido durante siglos esperando que unos osados jovencitos lo encuentren.

—¡El señor Lucas con sus historias! —exclamó la asistenta, riendo.

Adoraba a la familia con la que trabajaba desde que tenía dieciséis años y llegó del brazo de su abuela Dolores. Muy seria le dijo que si no quería estudiar, trabajaría con ella limpiando casas. No aguantaría vagos en su hogar. Su amada yaya se había jubilado y Laura ocupaba su lugar contando con la ayuda de una niñera que velaba por los bebés, y de una asistenta que iba dos horas al día para ayudarle a hacer las camas y limpiar lo que la numerosa prole ensuciaba.

El padre de los niños les contaba a sus hijos por las noches un cuento de su invención hasta que se dormían. La misma Sofía se sentaba en la puerta de la habitación de Nando para escucharlo. No podía evitar enternecerse al ver el amor que el abogado volcaba en su pequeño, a pesar de ser fruto de su primer matrimonio. No tendrían la misma sangre, pero eso era un detalle carente de importancia para aquellos dos seres tan especiales. Sin proponérselo, de manera inconsciente, el pequeño imitaba los gestos y movimientos de su padre adoptivo, pareciendo un clon del abogado. Solo sus rasgos físicos eran distintos. El pelo rizado color castaño y ojos verdes de Nando eran herencia de su madre. Por el contrario el abogado era un imponente moreno de ojos negros, que con un pestañeo hacía temblar el juicio de Sofía.

El sonido de su móvil, desde el fondo de su bolso, les sobresaltó. Era la versión del *Resistiré* del Dúo dinámico que tan popular se había hecho durante los meses de confinamiento por la covid-19. Seguro que se trataba de Fabi, su secretario, el cual era demasiado eficiente algunas veces. Podía resultar un moderno Pepito Grillo en su conciencia cuando se proponía que hiciera algo. Como ir a trabajar temprano cada día. Resignada, extrajo el dispositivo y respondió a la

llamada.

—Ya voy —aseguró, dando un último sorbo a su taza de café.

—Son las nueve y media. A las diez tienes una reunión con la nueva clienta. Tienes que estar aquí diez minutos antes para echar un vistazo a la información que he recopilado para ti.

—Lo estaré.

—No, no llegarás a tiempo si no sales de casa ahora mismo y te subes al coche con Boris. Te espera fuera. No puedes aparecer como siempre a la carrera. No da buena imagen. Debes estar trabajando en tu despacho cuando recibas a tus visitas. Da sensación de seriedad y respetabilidad.

—Vale. Pero no ha sido culpa mía si me he quedado dormida. Carlota no me ha dejado pegar ojo esta noche. No hacía más que llorar.

—Bonita, a otro con ese cuento —afirmó Fabi con retintín. Era terrible. En ocasiones como aquella, parecía su jefe en lugar de su empleado. Seguía siendo aquel muchachito espigado de mirada despierta que había conocido al recoger las cosas del despacho de su primer marido tras el fatal accidente de aquel, pero mucho más mandón—. Tu marido ha salido a las ocho en punto de vuestra casa, y ya está en la sala del juzgado donde tenía su primer juicio. No como tú, señora perezosa y remolona.

Boris se encargaba de la seguridad de la agencia y de sus trabajadores. De manera que el secretario de Sofía sabía dónde y cómo se encontraban cada uno de los miembros de la familia Gascón en cada instante. Algo que quedó confirmado con la siguiente sugerencia de Fabi.

—Aunque antes, subes y te cambias esa camiseta. Mejor te pones la camisola de rallas azules, que queda bien con esos vaqueros.

—¿¿¿Qué??? Te he dicho que nada de espiarnos por las cámaras de vigilancia.

—Y no lo he hecho, pero mi maridín te ha visto por la ventana de la terraza y me lo ha dicho. ¡Espabila!

Porque era uno más de la familia, si no, lo despediría y se quedaría tan tranquila. Dejó la taza de café en la mesa y subió a su habitación a hacer lo que le había pedido. El maldito tenía un gusto exquisito para la ropa, algo que compartía con Lucas y que ella odiaba. ¡Qué importaba lo que llevara puesto! Solo era ropa. Un trozo de tela no iba a cambiar lo que había debajo.

2. Ruidos

Dos minutos. Eso era todo lo antes que había conseguido estar Sofía a solas en su oficina antes de que llegara su nueva clienta. Fabi había colocado delante de ella una carpeta de cartón con el breve dosier de la información que poseían hasta el momento, que era mucho más de lo que la joven que estaba a punto de recibir se imaginaba.

Con solo el nombre y el teléfono de la mujer, Fabián había obrado su magia. Nadie traspasaba el umbral de la agencia sin cita previa. De esa forma, el informático podía realizar sus indagaciones.

Rosa Ruiz era una eficiente secretaria de dirección de un estudio de arquitectos de Basema. Llevaba trabajando unas semanas para ellos cuando se produjo el confinamiento provocado por la pandemia mundial del coronavirus. Se habían visto obligados a cerrar el despacho y recluirse en sus casas, funcionando de forma virtual a través de las redes y las nubes de almacenamiento de archivos digitales. Gracias a ellas, eran capaces de diseñar un plano los dos socios, a la vez que la persona que les había encargado el proyecto podía verter sus opiniones y sugerencias. De modo que Rosa había permanecido quince días en su recién alquilado piso, para regresar a su ciudad natal de Lucero antes de que dejaran de circular los trenes. Desde la casa de sus padres, con un ordenador, en la que había sido su mesa de estudio durante tantos años, había coordinado al equipo de aparejadores, diseñadores, decoradores e interioristas que los arquitectos tenían bajo su cargo.

En la fase cero tuvo que regresar a Basema para montar la infraestructura de seguridad que la nueva normalidad requería. Higiene extrema, mamparas de metacrilato y distanciamiento entre los trabajadores y clientes. Ella fue la designada por su empresa para hacer los preparativos necesarios, que requirieron mucho ingenio e inventiva por su parte. No había los materiales adecuados en el mercado. La mayoría de las fábricas seguían cerradas y no podían servirle lo que pedía. O lo que era más inquietante, no existían los artículos que iban a ayudarles en los meses venideros a compatibilizar la marcha de su negocio con la lucha contra el covid-19. Era una enfermedad nueva que demandaba medidas desconocidas hasta la fecha.

Por tanto, al cabo de unos meses, había vuelto a vivir en su

apartamento. Algo alejado del centro, pero próximo a su lugar de trabajo, lo que le ahorraba tiempo por las mañanas. Así evitaba estar mucho por la calle. Daba la impresión de que el virus estaba escondido en las esquinas acechando a los incautos que se atrevían a salir al exterior. La gente se amparaba en la seguridad de su hogar.

Ya hacía un mes de aquello. Estaban en lo que el gobierno llamaba la «nueva normalidad», que era un espejismo de lo que había sido la vida hasta que en marzo todos los países del mundo habían obligado a sus ciudadanos a recluirse en sus viviendas, a fin de frenar la propagación de la letal amenaza a la salud.

Rosa había pedido a sus jefes unas horas libres. Se las debían tras acumular extras sin ninguna retribución. Los ingresos en el estudio habían disminuido y los empleados intuían que si querían conservar su puesto de trabajo, debían poner algo de su parte.

Nunca había ido a una agencia de detectives. Le parecía cosa de películas. Algo ficticio e ilusorio. No obstante, la situación en la que estaba inmersa tenía poco de real.

Sofía la contempló con detenimiento después de saludarla e indicarle que se sentara delante de su escritorio. Fabi depositó sendas tazas de humeante café a cada lado de las dos mujeres. Esa había sido su última adquisición, una flamante cafetera con la que hacer capuchinos, *ristrettos*, solos, cortados, bombón y todo tipo de variantes del delicioso néctar marrón que su exquisito paladar demandara. El aire acondicionado bien frío, pero el café, caliente y fuerte.

—Rosa, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó la detective a su nueva clienta.

La rubia mujer tragó saliva con visible nerviosismo. Iba vestida con un impoluto modelo azul claro que realzaba su figura y manifestaba la elegancia innata de su portadora. El pelo suelto, peinado con esmero por un buen peluquero o con maña con una plancha. Aquel aspecto no lo obtenía ella en casa con un cepillo y un secador, ni en mil años. O al menos no era capaz de algo así, pensó resignada Sofía cuyos rizos escapaban rebeldes del moño que se había hecho en el coche según iba a la oficina.

—Antes del confinamiento solo estuve un par de semanas en el piso y no pasó nada, estoy segura. Pero desde que he vuelto no tengo una noche de tranquilidad.

—¿Qué ocurre en su casa?

Las ojeras oscuras que el maquillaje apenas ocultaba y la resignación en su voz denotaban el cansancio que embargaba a la mujer. Con un gesto de su cabeza la instó a que le contará lo que la preocupaba.

—Oigo voces. Son susurros —confesó Rosa, bajando la cabeza avergonzada. Iba a tomarla por una loca. Seguro. En cinco minutos la echaría del despacho. No lo soportaría.

—Cuénteme qué dicen —le pidió Sofía, acariciando una de las finas manos donde una manicura en un tono rosa pastel le hizo palidecer de envidia. Desde el embarazo de Carlota, no sabía lo que era tener unas uñas presentables. Se le habían vuelto quebradizas y se le rompían al más mínimo esfuerzo. La detective sonrió a su visita, animándola a seguir con su relato—. ¿Es mientras duerme? ¿La despiertan?

—A veces sí. Parece la voz de un hombre, aunque creo que una mujer también habla. El primer día me asusté mucho, pensé que alguien había entrado en mi casa. Me levanté y descalza recorrí el piso buscando hasta dentro de los armarios. Pero no había nadie. Solo estaba yo y mis locas ideas.

—¿Locas? Si escuchó voces, pertenecerían a alguien. Puede que fuera una radio o una televisión en otro piso, pero, sin duda, serían personas hablando.

—Los vecinos a los que pregunté niegan haber estado levantados a esas horas. Y la policía dice que sería un sueño.

—¿Ha ido a comisaria? —inquirió extrañada Sofía. Conocía a sus antiguos colegas, y no solían tomarse en serio cosas así.

—Un compañero de trabajo me sugirió que fuera a denunciarlo, pero no sé si estaba riéndose de mí. Desde luego, el agente que me tomó declaración no podía ocultar la risa que le embargaba —dijo Rosa enfadada al recordar cómo el hombre hacía muecas a sus compañeros sentados en las otras mesas. Fue humillante y la hizo sentir fatal. No había encontrado comprensión y apoyo en aquel lugar donde se suponía que debían ayudar a los ciudadanos.

—¿Qué le dijeron?

—Que investigarían el caso, pero que me tomara un somnífero si no podía dormir. «Tal vez necesite ayuda médica y este no sea el lugar donde debería haber acudido». Esas fueron sus palabras exactas.

—Yo antes era policía, conozco cómo trabajan. Si no ha habido otras quejas y tenían trabajo, puede que su denuncia haya acabado en el montón de casos de «tal vez otro día».

—Lo entiendo —aseguró Rosa, expulsando resignada aire por sus fosas nasales y poniéndose de pie, dispuesta a marcharse—. Siento haberla molestado.

—¿Adónde va? He dicho que sabía su forma de comportarse, no que la compartiera. Siéntese otra vez y cuénteme despacio todo lo ocurrido. Fabi —dijo Sofía en voz alta, llamando a su empleado que estaría con la oreja puesta en la puerta intentando averiguar cuál sería el nuevo misterio que tendría que desentrañar—, trae unas galletas de chocolate de las que escondes en tu mesa. El café está mejor con ellas —continuó la detective, haciéndole un guiño cómplice a Rosa.

Puede que después de todo no hubiera sido tan mala idea ir a la agencia que su amiga María le había recomendado. Una joven que

había conocido en una tienda de moda a la que había acudido para comprarse vestidos cómodos y frescos para trabajar. Entre perchas y probadores, una corriente de simpatía fluyó entre las dos mujeres. La encargada del local se apiadó de la angustia de Rosa. Le pidió a su compañera que se ocupara del resto de clientes. Aquella belleza rubia tenía problemas y ella era incapaz de quedarse al margen sin ayudarla.

—Y eso es todo —concluyó Rosa después de contarle la difícil situación que vivía en su hogar mientras se probaba varios modelos.

—No, no lo es. Hace tiempo conocí a una detective: Sofía Valverde. Antes trabajaba en una joyería. Mi jefe no era el intachable hombre de negocios que aparentaba, pero eso es una larga historia que será mejor que te cuente luego tomando una cerveza fresquita en una terraza.

De modo que Rosa salió de la tienda con dos bolsas y una nueva amiga. Como decía su madre, las penas compartidas eran menos amargas.

3. En calma

Rosa había tenido que regresar directa al despacho de arquitectura. Al final, el encuentro con la detective se alargó por más tiempo del que se había imaginado. Entre sorbos de café y deliciosas galletas, la tensión de su cuerpo se había ido relajando y pudo relatar con serenidad a Sofía lo que ocurría en su hogar. Sin embargo, las dos horas que se había tomado para asuntos propios, fingiendo una visita al médico para una ligera indisposición estomacal, habían llegado a su fin. Sintiéndolo, tuvo que despedirse de a la agradable mujer y regresar al estudio de arquitectura.

El resto del día transcurrió con soporífera tranquilidad. El ritmo de trabajo disminuía por las tardes. Sus jefes no recibían clientes después de comer, e incluso con el calor estival, había muchas ocasiones en las que no iban. Su cometido en esas ocasiones se limitaba a poner al día los papeles de la mañana y organizar las tareas de la jornada siguiente. Era raro que hubiera reuniones *online* vespertinas. Lo habitual era celebrarlas a primera hora. Salvo un par de delineantes que aparecían por allí ocasionalmente, los últimos minutos solía pasarlos sola en el trabajo.

Hizo una compra rápida en el supermercado logrando estar a las ocho y media en el portal del edificio donde tenía su piso. Las sandalias estaban matándole. Las tiras del empeine se clavaban con crueldad en su piel. Estaba deseando quitárselas y caminar descalza por la suave tarima.

Tenía que reconocer que el apartamento era una maravilla. Cuando lo vio, tras visitar con la agente inmobiliaria más de una docena de lugares, no lo dudó. Era justo lo que quería. Acogedor y luminoso. No se podía pedir más. Era perfecto.

Cuatro meses después, el sueño se había convertido en una pesadilla. Esperaba que Sofía pudiera ayudarla. Volvió a consultar la hora en el reloj de muñeca. Menos veinte. ¿Se le habría olvidado? ¿Le daría plantón? Quizá le había seguido la corriente por pena, para después dejarla en la estacada.

—Lo siento, lo siento —gritó una voz desde un coche. La cabeza de pelo rizado de la detective asomaba por la ventanilla de un coche que se detuvo delante de ella—. Boris, aparca donde puedas. Venga, Fabi, que llegamos tarde.

—¿Y de quién es la culpa? Te dije que no te pusieras con la impresora, que yo la instalaba mañana en un momento —replicó el joven que había conocido en la agencia.

—Solo quería ayudarte, gruñón. El comercial nos dijo que era enchufar y listo. No pensé que fuera a complicarse tanto.

—¿No te he dicho que no te creas todo lo que dicen esos cuentistas? En informática no hay nada que sea «enchufar y listo». Al menos no para alguien con tu destreza. Con tu «inestimable» ayuda, tardaré horas en configurar el desastre que has organizado en el software de tu ordenador. Mira que eres manazas.

Rosa les contemplaba sin atreverse a interrumpir su intercambio de quejas y disculpas. En esos momentos no podría decir quién era el que mandaba de aquellos dos. Parecían una pareja de amantes discutiendo.

—Perdónanos, nos hemos liado un poco en la oficina. Y no hagas caso a mi querido secretario, no he hecho nada que él no pueda arreglar en cinco minutos con los ojos cerrados. Le gusta hacerse el mártir, pero luego irá presumiendo de su habilidad con las maquinitas.

El enorme hombre de aspecto fiero, que respondía al nombre de Boris, llegó hasta ellos y juntos entraron en el portal. Ellas dos subieron primero. Con la covid-19 los ascensores eran un posible lugar de contagio por la poca separación que se podía mantener entre los ocupantes, de modo que no podían montar tantas personas como antes. Los dos hombres la siguieron poco después.

—Este es mi piso —anunció Rosa, abriendo la puerta e invitando a pasar a sus invitados.

—Es en el dormitorio donde has oído los susurros, ¿verdad? —quiso saber Sofía.

—Se podría decir así. En realidad suelo estar dormida cuando comienzo a escucharlos, luego, al revisar las habitaciones, capto los murmullos con mayor o menor intensidad.

—Vamos allí y lo vemos.

La tranquilidad reinaba entre las cuatro paredes. Las ventanas eran modernas, con un buen cerramiento que no dejaba pasar los ruidos de la calle. El ajuste era perfecto, y el aislamiento sin grietas. Era imposible que las voces se filtraran desde el exterior con los cierres ajustados. Aquella no era la fuente. Por tanto, el origen estaba en el interior.

—Fabi, ¿lo has traído?

—¿Por quién me tomas, jefa?

El enclenque joven extrajo un aparato negro de una bolsa, y tras encender un interruptor verde, lo fue acercando a los objetos que les rodeaban. Según le explicaron, era un detector de escuchas

electrónicas. Era una remota posibilidad. Un micrófono oculto por alguna extraña razón que desconocieran.

—En esta habitación no hay nada.

—Vale. Echa una ojeada en el resto. No quiero dejar nada al azar.

—Voy.

—Boris, estaría bien que dieras una vuelta por los pisos. Coteja la lista de propietarios que ha obtenido Fabi del registro para comprobar quiénes son los inquilinos.

—No van a abrirme así como así, Sofía —apuntó el grandullón, conocedor de cómo su aspecto podía asustar a la gente.

—Sí lo harán cuando te coloques está identificación del Ayuntamiento y les digas que traemos mascarillas de regalo —explicó la detective, pasándole una bandolera llena de bolsas de plástico con telas dentro que había cogido del cajón de su marido. Ella no tenía nada así entre sus posesiones. Seguro que a Lucas no le importaba el préstamo, con tal que se la devolviera luego.

—¿Y esas mascarillas tan chulas? —preguntó Fabi mirando con ojos golosos los trozos de tejido blanco ribeteados en color lila que Sofía tenía en la mano, primorosamente empaquetados.

—Las he comprado en la tienda de una amiga. Son mascarillas solidarias. Valen tres euros y uno es para donarlo al banco de alimentos. Incluso había otras en azul para niños. De esas he pillado para Nando y Marta.

—¡Yo tengo una igual! —exclamó Rosa—. Las compré en una tienda de ropa cerca de Correos.

—¡A María! —apuntó la detective.

—Exacto. Ella es quien me aconsejó que fuera a veros. Nos hicimos amigas mientras compraba un par de vestidos.

—Estuvo involucrada en cierta medida en un caso que investigamos el año pasado —explicó Sofía—. Hemos mantenido una buena relación desde entonces. Cuando necesito ropa formal, voy a verla.

—Poco vas —apuntó Fabi, quitándole una mascarilla de las manos y guardándosela en el bolsillo.

Para su gusto, su jefa no vestía de acuerdo a sus cánones. Era la cabeza visible de la agencia, lo que implicaba que debía tener un aspecto elegante sin estar reñido con la comodidad. Los vaqueros desgastados y las camisetas de algodón estaban bien para rebuscar en los contenedores, algo que para su desgracia se veían obligados a hacer más de lo que les gustaría, pero cuando tenía citas con clientes, un mínimo de clase y formalidad estaba exigido. Al menos, desde su matrimonio con Lucas Gascón, en su armario se habían hecho un lugar los vestidos y las faldas. En numerosas ocasiones, debía acompañarle a algún acto o salían solos a cenar, dejando a los niños con una canguro, entonces Sofía se veía en la obligación de estar a la altura del gusto

exquisito del abogado. Él sí lucía como un modelo de pasarela aunque solo llevara una camiseta. Igual que su maridito. ¡Qué músculos! No podía evitar babear cada noche al reencontrarse bajo las sábanas tras no haber podido robarle más que un furtivo beso de tanto en tanto en la agencia. Boris le tenía loquito de amor.

—Quieto, Fabi, no son para ti. Venga, Boris, sonríe con amabilidad y averigua quién vive en cada piso.

Rosa pensó que mejor sería que no sonriera. Aquel rostro esculpido en piedra era aterrador. Aunque le resultaba sorprendente los gestos de complicidad que había descubierto entre el tal Fabi y el bloque de hielo que parecía Boris. ¿Estarían juntos? Esa agencia de detectives era rarísima.

—Ahora está todo en calma, pero os prometo que de noche no es así. De madrugada no es tan silencioso el piso —afirmó la guapa rubia, temiendo que no fueran a creerla.

—Tranquila. Vamos a instalar un dispositivo de vigilancia consistente en unas cámaras y unos micrófonos. Sé que va a resultarte incómodo y extraño. Te sentirás observada y te será difícil relajarte, pero te prometo que en un par de días te olvidarás de que estamos ahí.

—¿En el baño también? —quiso saber Rosa asustada.

A ella le gustaba pasearse por casa en ropa interior, sobre todo, en verano. Algo le decía que ese periodo estival tendría que olvidarse de ello.

—No, allí no —gritó Fabi desde el dormitorio, donde estaba colocando un micrófono cerca de la puerta, puesto que era en esa habitación donde se oían más los murmullos y susurros. No había descubierto ningún artilugio electrónico de escucha ni de grabación previo a su llegada. Los que él iba a instalar serían los únicos que habría en el piso.

Sofía echó un concienzudo vistazo al apartamento. Todo estaba ordenado y no había nada fuera de lugar. Envidiaba a las personas capaces de mantener sus casas así. Para ella, era una meta inalcanzable. En la agencia Fabi mantenía el caos a raya, y en su casa, desde que vivía con Lucas, intentaba contenerse, pero era imposible. Aunque le echaba la culpa a los niños, le bastaba ver los ojos en blanco de él y de Laura, la asistenta, para saber que no conseguía llevar a cabo sus buenos propósitos tanto como pensaba.

—Tienes una casa preciosa. Entra mucha luz por las ventanas. Es un lugar acogedor.

—Sí. Eso sentí nada más verla la primera vez. Por eso no me gustaría tener que irme. Dudo que encontrara otro piso como este.

—No tendrás que hacerlo, te lo prometo. Descubriremos qué es lo que pasa.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, Fabi terminó de realizar su

cometido al mismo tiempo que Boris realizaba el suyo. El ruso regresó con varias mascarillas menos y unos cuantos datos más.

—¿Qué has averiguado? —preguntó impaciente Sofía, pidiéndole a Fabi que abriera el documento con las fichas de los propietarios de los pisos.

—Lo del Registro de la Propiedad es correcto. Aquí tienes apuntados los nombres de las personas que viven en cada piso —añadió Boris, tendiéndole al informático una hoja llena de nombres—. En la vivienda que hay justo debajo de nosotros no hay nadie. Se han ido a un chalet que tienen en las afueras de Basema, en una urbanización.

—¿Y arriba?

—Está vacío, que yo sepa —intervino Rosa—. Es un piso abuhardillado que pertenece a una pareja portuguesa que se marchó a su ciudad natal al principio de la pandemia en marzo, y no tienen intención de regresar hasta el otoño.

—En efecto. Eso me ha dicho la vecina del tercero. No para de hablar. Es mareante. La próxima vez va otro. Conmigo no contéis.

Sofía y Fabi no pudieron evitar echarse a reír al escuchar el comentario del hombretón. Era parco en palabras. Mucho menos de lo que era antes, cuando le conocieron en el trascurso de su búsqueda del diamante blanco de los Lancaster. Era inevitable si compartía su vida con Fabi, que no era un hombre silencioso, sino parlanchín y charlatán, le gustaba expresar sus emociones. No se guardaba nada para si mismo. Eran el blanco y negro, la noche y el día. Y, justo por eso, Cupido había estado acertado al lanzar sus flechas.

—Dejad de reíros. Si no os calláis, no os contaré el resto de mis averiguaciones.

—Venga, cariño, no te enfades. Soy todo oídos —afirmó Fabi, confirmando las sospechas de Rosa de que aquellos dos hombres eran más que amigos.

Boris había sido concienzudo y tenían una completa lista de inquilinos y pisos vacíos. Los habitantes de la vivienda de arriba estaban en Portugal, los de abajo en una urbanización y al lado residían una pareja joven de médicos que o estaban trabajando o descansando de los largos turnos del hospital.

—No hay explicación, ¿verdad? —negó resignada la secretaria de dirección.

—Necesitamos captar los susurros con mis micrófonos y grabadoras —la consoló Fabi—. Después los analizaré y podremos saber su procedencia.

—Además, con los sensores de movimiento, si alguien entra en el piso, lo detectaremos —continuó el ruso preocupado por la seguridad de su nueva clienta. Antes de unirse a la agencia, hubiera sido tan escéptico como los policías que la atendieron en comisaría. Sin

embargo, desde que Sofía se había convertido en su jefa, confiaba en su instinto. Si ella pensaba que allí ocurría algo extraño, era que debía ser cierto. Solo necesitaban tiempo, unos días para averiguarlo, y paciencia. Algo que dudaba que a Rosa Ruiz le quedara. Las ojeras de su rostro, disimuladas de forma infructuosa por el maquillaje, eran prueba de la inquietud que la embargaba.

4. Duerme, dulce niña

El café *frappe* que Fabi le había preparado debía de ser pecado. Algo tan bueno, que hacía que hasta los dedos de los pies se encogieran de placer, solo podía estar prohibido. Eso, o hacia engordar varios kilos con solo una gota. Sofía no quería pensar en la segunda posibilidad, así que se asía a la primera opción. Con cada sorbo estaba más cerca del infierno. Aunque si la aguardaba un Lucifer como el de la serie del mismo nombre, no le importaba.

Los treinta y cinco grados del exterior se veían suavizados por la acción del aire acondicionado que Fabi había hecho instalar en la oficina cuando Cristomo González, el dueño de la joyería en la que el diamante blanco de los Lancaster había sido robado, pagó los honorarios de Sofía. Incluso la detective reconocía que era un dinero bien empleado.

Lucas le había sugerido cambiar la ubicación de la agencia de detectives al edificio donde él tenía su bufete. Allí tendría un sinfín de comodidades al alcance de los ocupantes de sus oficinas con solo pulsar un botón. La noche anterior había insistido de nuevo.

—Así podríamos vernos durante el día —sugirió el abogado mientras daba suaves mordiscos a la oreja de su mujer, que permanecía relajada entre sus brazos tras experimentar un devastador orgasmo que les había llevado hasta el éxtasis unos minutos antes.

—Nos vemos a la hora de comer y al acabar la jornada. No seas exagerado. Además, a mis clientes les gusta el anonimato y la discreción que mi oficina en un modesto barrio puede ofrecerles, y que en el pleno centro de Basema no encontrarían.

—Tu clientela ya no son solo maridos cornudos y mujeres despechadas. Sé que importantes hombres de negocios han recurrido a ti en busca de ayuda contra competidores envidiosos. Por no hablar de las compañías de seguros que te encargan que investigues posibles fraudes.

—Esos clientes tan poderosos prefieren con frecuencia que sea yo quien les visite, de modo que poco les importa dónde tengo mi sede. Cielo, ten en cuenta que el tener mi antiguo piso arriba es una ventaja. Puedo dejar allí a los niños con una canguro o con mi cuñada, y estar trabajando cerca de ellos.

—No voy a convencerte —gruñó Lucas, tomando el pezón del pecho derecho de su mujer entres sus dientes.

—¡No! —gimió Sofía—, pero sigue intentándolo.

La detective privado suspiró y volvió a centrarse en los papeles que tenía sobre su mesa. Había pasado la mayor parte de las horas de aquel tórrido dos de julio redactando un par de informes para un asegurado, en tanto su secretario revisaba las grabaciones obtenidas durante la noche en casa de Rosa.

Los asuntos que iba a dar por finalizados ese día eran casos claros. Un hombre que fingía una lesión en la espalda que le impedía trabajar en la empresa cárnica en que tenía su puesto, pero que milagrosamente había sanado para ayudar a su hija con una mudanza. Y una mujer que conducía con dos copas de alcohol después de una copiosa comida, que al chocar contra una furgoneta, cambió de sitio con su marido que no había bebido más que refrescos.

La detective escribió sus conclusiones finales y anotó en una libreta los nombres de los archivos que su secretario debía adjuntar en los correos electrónicos que, con posterioridad, enviaría a sus contactos en sendas aseguradoras. Eran las seis, si se daba prisa, a las siete tendría tiempo de hacer una videollamada a la isla y hablar con su pequeño. Le echaba mucho de menos, aunque su gordita y su angelito no le daban ni un minuto de asueto.

—¡Jefa! —la llamó Fabi desde la entrada de la agencia donde se ubicaba su mesa—. Será mejor que vengas.

Resignada se levantó de la silla. Algo le decía que el Skype tendría que esperar hasta la noche. De todas formas, antes de las doce, ni su hijo ni su sobrina se iban a la cama y menos sin colegio.

—¿Qué has encontrado?

—Nuestra clienta se durmió enseguida. Se quedo grogui en el sofá viendo una película. Pobre.

—No me resulta raro, estaba agotada. Supongo que nuestra presencia le dio algo de paz y la ayudó a relajarse tras la cena.

—Escucha atenta. Con el ruido de la televisión he tardado en distinguirlos. Al pasar por un par de filtros el audio, he podido aislar los sonidos de fondo. Ponte los cascos o no los oirás.

La detective hizo lo que su ayudante le sugería. Ella no escuchaba nada. ¡A ver si el de las alucinaciones era él! Y entonces lo apreció. Una voz de hombre que repetía algo y otra voz enfadada que parecía reprenderle.

—Lo oyes. ¿A qué sí? —preguntó el informático con aire triunfal.

—Sí, pero no entiendo lo que dice.

—Eso es porque tú no compartes tu vida con un ruso. No capto todo, pero es un idioma similar. Quizá, ucraniano o rumano. Luego se lo haré escuchar para que nos dé su opinión.

—Por cierto, ¿dónde está? Debía venir a las siete para organizar el dispositivo de seguridad de la consulta de Diego. Como no lo hagamos

hoy, mi marido y su amigo nos matan. Lo hemos retrasado demasiado, y ya le han robado una vez. No quiero que se repita.

—Le he enviado al piso de Rosa, y creo que tú también vas a querer ir allí. Me da pena por el oftalmólogo, pero no va a ser posible hacerlo esta tarde. Tendrá que esperar.

—¿Qué ha pasado?

—Voy a enseñarte lo que ocurrió a las dos y veinte de la madrugada. Nuestra clienta se despertó un poco antes y se fue a su cama. Suerte que tuvo, a mí me da un ataque si me despierto y veo una figura mirándome.

En el monitor se apreciaba cómo el salón estaba iluminado por la débil luz de la luna que se filtraba por los cristales del balcón. Era difícil distinguir los muebles. Fabi había instalado una cámara de visión nocturna que daba a los objetos una extraña tonalidad verdosa que los hacía parecer irreales.

Entonces lo vio. Un minuto no estaba allí y al segundo siguiente un hombre con un largo gabán permanecía de pie junto la mesita del té. Sobre ella, Rosa había dejado olvidado un paquete de galletas que desapareció en uno de los bolsillos del sobretodo del extraño personaje. Por la forma segura de moverse, era evidente que no era su primera visita al piso de la secretaria.

Se movía sigiloso esquivando los muebles. Fue hacia la cocina y cogió un par de manzanas. Iba de camino al salón cuando volvió sobre sus pasos y se dirigió derecho al dormitorio de la inquilina del apartamento. La mujer dormía tranquila en su cama, con una sábana que cubría sus piernas, pero que dejaba el resto del cuerpo al aire. Con espanto, Sofía y Fabi observaron cómo el hombre se inclinaba sobre la bella durmiente y le susurraba unas palabras.

—¡Levántate! ¡Despierta! —gritó la detective desesperada al ver a su clienta indefensa a merced de aquel personaje.

—Sofi, no te oye. Es una grabación. Ya te lo he dicho otras veces. Cuando das voces a los protagonistas de una película toda enfadada, no pueden oírte —aseguró el informático con paciencia.

—Ya lo sé, Fabi, pero tengo que soltar adrenalina. La gente no puede ser tan tonta en el cine, no es creíble. Y Rosa no debería dormir tan tranquila. Tendremos que hacer algo al respecto.

—¿Ir a su piso, por ejemplo?

—Eso desde luego. Llámala para ver si está allí.

La detective se puso en modo activo, y cuando lo hacía, se convertía en un huracán que arrasaba con todo. Impaciente, no podía esperar a que su secretario terminara las tareas pendientes, de modo que decidió que iría sola al hogar de Rosa. En un callejón en la parte de atrás del edificio donde estaba la agencia, tenía guardada su última adquisición.

En realidad, había sido un regalo de su marido por su cumpleaños. Una flamante moto BMW último modelo en negro y plata que era una preciosidad. A Lucas no le hacía mucha gracia que su mujercita fuera montada en un bicho semejante. Se sentía mucho mejor cuando iba con Boris en el coche. Sin embargo, conocía bien a la preciosa belleza de pelo rizado con la que se había casado. La tranquilidad y la calma no eran adjetivos que la describieran. Por tanto, haciendo realidad la máxima de «si no puedes con tu enemigo, únete a él», llegó a la conclusión de que si Sofía quería un vehículo de dos ruedas, le compraría la más segura y potente del mercado.

A medida que se acercaba a su destino, apretaba con fuerza el manillar. El hombre le había dicho a su clienta tres escuetas palabras que no necesitaban traducción. Las había pronunciado en un español con un ligero acento extranjero.

«Duerme, dulce niña».

El micrófono que Fabi había disimulado en el foco que había sobre el cabecero de la cama las había captado con precisión. Después de eso, el visitante nocturno había hecho ademán de acariciar el pelo de la joven, pero una segunda figura, esta vez femenina a tenor de las curvas que se adivinaban debajo de la camiseta que llevaba, se lo había impedido, instándole a irse.

En las diversas grabaciones de las cuatro cámaras que cubrían las habitaciones del piso, se podía observar que del dormitorio iban al salón, y de allí hacia la entrada, no obstante, al vestíbulo no llegaban. Era como si se volatilizaran en el aire.

Sofía no creía en trucos de magia. Todo tenía una explicación. A veces no era algo obvio y resultaba tentador acudir a la magia, pero estaba segura de que ese no era el caso. De alguna forma, se podía acceder al hogar de Rosa sin entrar por la puerta principal, e iba a descubrirla sí o sí.

Boris aguardaba impaciente en el rellano. Aquellas cerraduras no eran un obstáculo para él, aunque dudada de que a su jefa le gustara que forzara la puerta. Cuando la vio salir del ascensor en compañía de la joven que les había contratado, suspiró aliviado.

—Ya estamos aquí. Me he encontrado a Rosa mientras aparcaba la moto.

—Podía haberte traído yo —afirmó el hombre de seguridad que conocía las preferencias de Lucas Gascón, lo que era más, las compartía. Era difícil cuidar y proteger a alguien que gustaba ir por libre la mayor parte del tiempo. Esos caballos metálicos eran poco seguros y nada fiables. Donde estuviera un buen coche, que se quitaran el resto de vehículos.

—Fabi me dijo que estabas de camino, no iba a hacerte regresar a buscarme.

—No hubiera pasado nada, es mi trabajo —respondió suspicaz Boris.
—Entremos —sugirió Sofía cambiando de tema.
A su clienta no le habían dicho nada de lo que habían averiguado. Solo sabía que la detective y su equipo tenían que hacer unas comprobaciones de rigor en el dispositivo de vigilancia. Era urgente y no podían esperar al día siguiente. De modo que cerró el estudio de arquitectura en el que ya estaba sola, para a continuación irse corriendo a casa.
—¿Está todo como lo dejaste al irte a trabajar? ¿Algún cambio?
—No, está igual.
—Mira bien, ¿no te falta nada? Algo de comer quizá.
Extrañada se dirigió hacia la cocina. No había cambios. Tenía que comprar más manzanas, se le estaban acabando. Cuando se fueran los detectives, bajaría al supermercado a hacer la compra. Había uno en la esquina de su calle que no cerraba hasta las diez.
—Vamos a sentarnos un momento. Quiero mostrarte algo que se grabó anoche.
Rosa hizo lo que Sofía le pedía. Esta extrajo su móvil de su bolso y buscó el vídeo que le había enviado Fabi. En un primer momento dudó si permitir que ella lo viera, pero puesto que necesitaba que accediera a la petición que le iba a hacer, no había más remedio.
No le hizo falta mirar la pantalla para saber por qué fotograma iba. La palidez en el rostro de su clienta era signo inequívoco de la realidad a la que se estaba enfrentando.
—No eran imaginaciones mías —afirmó Rosa. En su voz no había rastro del miedo que la detective pensaba que escucharía. En su lugar, había alivio. Como si de alguna forma hubiera encontrado paz al ver que sus temores eran ciertos.
—Para nada. Son personas reales. De carne y hueso, no entes fantásticos.
—¿Qué dicen?
—El hombre que se inclina sobre ti murmura: «Duerme, dulce niña». Hemos grabado otras palabras antes. Aún desconocemos su significado o quién las pronuncia, pero parecen dichas en ruso o en algún otro idioma eslavo. ¿Tiene algún sentido para ti?
—Ninguno. No sé cómo pude quedarme tan dormida. Estaba agotada. Demasiadas noches en vela sin conciliar el sueño. Ayer, fue diferente. Después de hablar con vosotros me sentí mejor. Como si el peso de mis temores fuera menor al compartirlos con vosotros.
—Me alegro de que confíes en mí y en mi equipo. Es muy importante porque debo pedirte algo.
—¿El qué? —inquirió confusa Rosa.
—Ignoramos qué pretenden esas personas. Por lo que hemos visto, el anciano solo coge algo de comida. Diría que es cosa del hombre

mayor. La mujer se ha limitado a seguirle y a llevárselo.

—¿Adónde?

—Esa es una de las incógnitas, así como la forma en que entran y salen de aquí.

Su conversación fue interrumpida por Boris que llegó en ese instante. Había examinado milímetro a milímetro, las paredes y el techo de cada una de las habitaciones sin encontrar nada. La cerradura estaba intacta, no había sido forzada. Se pasó una mano por la cabeza sin saber qué decirle a Sofía.

—No has encontrado nada —afirmó su jefa al ver la expresión de desilusión del hombretón.

—Es desesperante. No lo entiendo.

—Ve al piso de arriba y al de abajo. Asegúrate de que sigue sin haber personas viviendo en ellos —le pidió la detective. La ausencia de ruidos indicaba que no había inquilinos en esas viviendas, aun así, prefería asegurarse.

Antes de volver a hablar con su clienta, se puso en contacto con Fabi. Aunque el día anterior no lo habían hecho por respeto a la comunidad de vecinos, era el momento de instalar un dispositivo de vigilancia en el descansillo. Sería algo discreto que pasara desapercibido para quien no supiera que estaba allí.

—De acuerdo. En seguida estoy con vosotros. Pasaré por un restaurante y le llevaré algo de comer a Boris.

El informático suponía de forma acertada que Sofía haría que el ruso se quedará a pasar la noche en el apartamento. Con la luz apagada, agazapado en un rincón, por si los inquietantes visitantes regresaban.

—Rosa, quiero que hagas la maleta. Coge lo imprescindible para estar un par de días fuera. Tal vez tres.

—¿Qué? ¡No! De ningún modo. No pienso irme de aquí. Si él se va a quedar, estaré segura —añadió, contemplando la mole de músculos que se iba a hacer lo que la detective le había pedido.

—Ignoramos las intenciones que tienen. Puede ser peligroso que lo hagas. Si ayer no hubiera aparecido esa mujer y se lo hubiese llevado, no sabemos qué te habría hecho ese hombre.

—Dirás que soy una tonta, pero teniendo en cuenta la de veces que les he escuchado murmurando, creo que si quisieran hacerme daño, ya lo habrían hecho. No han robado nada, salvo alguna pieza de fruta. Tengo alguna joya, el ordenador, el televisor…

—No importa. Es mejor que evites correr riesgos innecesarios —reiteró Sofía.

¿Es que aquella mujer no se daba cuenta de la de cosas que podían pasarle en lo que creía que era la tranquilidad de su hogar? No, de ningún modo iba a permitir que se quedara allí. Boris era buen guardián, pero si los asaltantes eran numerosos, no podría

arreglárselas para luchar con ellos y defenderla. Era más sencillo sacarla de la casa.

5. Estás muerto

Javier chupaba con deleite del pecho de su madre. Sofía solo le daba el desayuno, el resto de las tomas las realizaba con un biberón lleno de leche, que ella se sacaba cada noche y al mediodía en la oficina. Era un milagro que sus senos aún produjeran el preciado alimento con dos bebés tan seguidos. Su primera maternidad había sido diferente, al sexto mes sus mamas se secaron, o como decía Fernando, su primer marido, el tragón que tenían por hijo había extraído hasta la última gota. Carlota había resultado menos aficionada a la leche materna y pronto había mostrado preferencia por la envasada. Aunque le dio pena que su niña no quisiera seguir dependiendo de ella, lo entendió como su primera muestra de rebeldía.

Rosa entró sin hacer ruido en la cocina. Le daba la impresión de que violaba la intimidad de la dueña de la casa interrumpiendo un momento tan especial entre una madre y su bebé. Una sana envidia la invadió al pensar lo dulce que sería estar en la misma situación que Sofía, con un chiquitín propio acurrucado en sus brazos.

—Pasa, no te quedes en la puerta. Mi bolita gordita ya no quiere más. Ahora le toca echar los aires —afirmó Sofía, colocando a su pequeño sobre su hombro y dándole un suave masaje a su espaldita mientras vigilaba que Carlota se acabara la galleta que tenía en la mano.

—Puedo desayunar de camino al trabajo.

—No seas tonta. Como ves, Laura nos ha preparado comida para un regimiento.

En la mesa de la cocina había dos jarras de zumo de naranja y pomelo, tostadas, un bizcocho troceado y una fuente de huevos revueltos. El olor a café recién hecho, que surgía de una cafetera puesta al fuego, inundaba toda la estancia.

—¡Café! —exclamó Rosa suspirando. Aquello sí que era una autentica delicia y no ese extraño granulado que tomaba habitualmente por las mañanas.

—Ponle una taza, Laura —pidió la detective riendo. Ella tampoco era persona hasta que no se reactivaba con un buen chute de cafeína. Sus neuronas lo necesitaban para despertarse.

—¿Sabes algo de Boris? ¿Ocurrió algo anoche? —preguntó la rubia, asustada, dudando si sería buena idea darle más munición a sus

nervios. Al final, se encogió de hombros y dio un sorbo de su taza. ¡Estaba delicioso! Fuerte, un punto amargo y pleno de sabor.

—Tienes leche de soja si la prefieres a la de vaca —le ofreció la detective. Sonrió al ver el placer pintado en la cara de su invitada. Tenía que reconocer que desde que Lucas había depositado en Fabián la tarea de encargarse de comprar el café para la casa y sus respectivas oficinas, no había vuelto a beberlo fuera. Cualquier otro, era un insulso brebaje frente a aquella ambrosía.

—Está bien así. No has contestado a mi pregunta —insistió la mujer rubia preocupada.

—Anoche no pasó nada. Ni susurros ni visitas inesperadas. Boris estuvo aburrido —añadió sin estar muy convencida de su afirmación. Apostaría porque Fabi había intentado quedarse a hacer guardia con él, y el ruso le habría tenido que mandar a su casa. Lo que no significaba que no estuviera llamándole a cada rato o enviándole mensajes de texto hasta la hora de acostarse.

—Vaya —dijo desilusionada Rosa. ¿Hasta cuando se prolongaría aquella pesadilla?

—No te desesperes. Dejaremos el dispositivo conectado durante el día, y después de cenar, Boris se quedará otra vez en tu piso.

La cara de Rosa fue de resignación. Era una situación extraña. Algo o alguien le obligaba a permanecer fuera de su hogar sin saber cuál era su propósito. ¿Quiénes eran? ¿Dónde se ocultaban durante el día? Los pisos, superior e inferior, seguían vacíos. Lo habían comprobado. Era un rompecabezas extraño que tenían que resolver.

Las dos mujeres subieron a cambiarse y a coger sus cosas para ir al trabajo. Lucas había salido a correr por los alrededores de la urbanización y se estaba terminando de dar una ducha cuando Sofía entró en el dormitorio.

—¡Ummm! ¡Buenas vistas! —exclamó al ver el torneado trasero de su marido. Boris le había impuesto un programa de ejercicios que hacía que cada uno de los músculos del abogado luciera tonificado y aumentado. No había ni un gramo de grasa bajo la piel de su chico. Sofía podía dar fe de ello.

Ella se acarició la barriguita con pesar. Después del embarazo no le estaba resultando fácil eliminar los kilitos que había cogido, pero es que resultaba muy difícil resistirse a los platos que Laura preparaba para la familia, en especial a los ricos dulces. Por no hablar del arsenal de chocolatinas que guardaba a buen recaudo en el cajón de su mesa de la oficina, y que Nando y su prima Marta asaltaban sin piedad en cuanto se descuidaba.

—Ven aquí, preciosa —le pidió Lucas, alargando el brazo y atrayéndola hacia él—. Tu exceso de peso está en tu cabeza. Es imposible que estés gorda con tu incansable ritmo de vida. ¿A qué

hora te acostaste?

—A la una casi. Quería ultimar unas cosas para poder centrarme en el caso de Rosa.

—Sentí que te levantabas a las tres o las cuatro —afirmó el abogado preocupado. Su chica no dormía tanto como debería.

—A Carlota se le había caído el chupete. Ya sabes que, con ese diente que está saliéndole, le molestan las encías.

—¿Y cuándo te has levantado?

—A las ocho, porque me habías dejado sola y abandonada en la cama. Eso no se hace —protestó, poniéndose de puntillas para darle un apasionado beso a Lucas que respondió deslizando una mano dentro de sus pantalones para acariciar sus nalgas.

Si no hubieran tenido a Rosa y a su chófer esperando abajo por ellos, habrían continuado jugando en el baño los dos solos, pero el deber les llamaba.

—Nos esperan.

—Lo sé, cariño. Es una pena. Tu clienta va a impacientarse.

—Quiere volver a su piso. ¡Mira que es cabezota! No comprende que puede ser peligroso.

—Ya me he dado cuenta de que es tan obcecada como tú. Os debéis llevar muy bien. Sois iguales.

—Yo no soy tan testaruda —dijo Sofía, molesta con la afirmación de su marido.

—No, mi vida. Solo un poquito más que ella —rio el hombre cogiendo su maletín.

Lucas dejó que las dos mujeres se acomodaran en la parte trasera del vehículo, y él ocupó el lugar del copiloto. Ellas conversaban sobre la película que habían visto la noche anterior, en tanto él ordenaba unos documentos. Interrumpió su tarea al notar cómo vibraba su teléfono en el bolsillo de la chaqueta. El tono de voz era único para la persona que le llamaba, así que, antes de encender la pantalla, sabía quién sería su interlocutor. Una sonrisa cruzó su rostro mientras pulsaba el icono verde para responder.

—Dime, cariño.

—¡Papi! —era su pequeño Nando. Aquel chiquitín lograba transmitirle una serenidad que hacía que cualquier preocupación desapareciera—. Cuando vengáis mañana, tienes que traerme una linterna más gorda.

—¡Y a mí también, tío Lucas! —aquella era la vocecita de Marta, la primita del pequeño.

Ese par de pillastres no eran capaces de dormir nunca más allá de las nueve. En eso no se parecían a Sofía. Su mujer podía ser una auténtica marmota que no se levantaba hasta la hora de comer como le había ocurrido en los embarazos. Aunque Lucas no se quejaba.

Adoraba preparar el desayuno para ellos dos y luego ver juntos una película de superhéroes, o leer el último comic que hubieran añadido a su colección.

—¿Y para que necesitáis las linternas?

—¡Para buscar el tesoro, papi! Lo prometiste. El de Barba Verde. Ayer no se veía nada en la cueva y la tita Ana no quiso entrar. ¡Tenemos que ir contigo!

—Por supuesto, Nando. Las compraré hoy mismo. ¿Quieres hablar con mamá?

—Vale. ¡Ah! ¡Quiero chuches! —añadió el niño.

—¡Chuches! —apostilló la pequeña.

—Entendido, colega.

Tuvo que contener la risa. Los niños se habían involucrado tanto en la caza del tesoro la primera vez que habían estado en la isla, que de tanto en tanto tenía que inventarse una nueva leyenda que hablase de barcos de piratas hundidos en las proximidades. A Barba Negra le había seguido Barba Roja y, por último, Barba Azul. En esa ocasión, sería Barba Verde, llamado así por su pasado irlandés.

—No entiendo por qué te ha telefoneado a ti y no a mi —afirmó Sofía al despedirse de su retoño.

—Mujer, ya sabes que las búsquedas de tesoros son cosas de superhéroes.

La detective tuvo que reconocer que ella era más de tumbarse en una hamaca junto la piscina, o bajar a disfrutar de un paseo tranquilo por la arena junto al mar. Dar saltos por las rocas y meterse en cuevas lo dejaba para Lucas y los niños. Antes de que se le olvidara, le mandó un mensaje a Fabi para que le comprará una bolsa de chocolatinas, a ser posible en forma de monedas de oro.

Dejaron a Rosa en su oficina, y continuaron hasta sus respectivos trabajos.

—Si hay alguna novedad, te prometo que te llamaré. Procura no agobiarte y ni se te ocurra ir a tu piso a mediodía.

—Está bien, Sofía. Como en esa cafetería de ahí al lado porque en la hora que tengo libre no me da tiempo a mucho más.

—De acuerdo. A las siete, cuando termines, estará un coche esperándote para llevarte a la agencia. Luego, volveremos las dos a casa. Lucas ya estará allí con sus dos amigos. Tienen noche de «hombres». Nosotras haremos una de chicas con una película de las de mucho llorar y nos atiborraremos de helado.

—¡Me gusta el plan! —aseguró Rosa, que tenía que reconocer que gracias a aquel embrollo había conocido a una pareja fantástica.

En el despacho de arquitectura el ritmo de trabajo esa jornada era frenético. El titular del gabinete se iba a ir quince días de vacaciones y varios proyectos debían estar ultimados antes de su fecha de partida.

Eso implicaba que Rosa debía contactar con mil y una personas, porque su jefe lo quería todo ya. Tuvo que centrarse en sus tareas y su mente dejó de pensar en susurros y paseantes nocturnos.

Para Sofía, la mañana también fue ajetreada. Un par de casos de cónyuges infieles, y uno más interesante de una madre que buscaba a su hija. Aseguraba que se la habían robado al nacer en los años setenta en un hospital de Basema. La detective abrió el expediente cada vez más amplio de casos similares. No eran ni uno ni dos los que llegaban a su agencia. Por desgracia, muy pocos eran los que lograba resolver. En esas ocasiones contaba con la ayuda del departamento policial que se había creado a tal efecto, cuando en la primera década del siglo XX se había destapado la trama en la que estaban implicados religiosos, médicos y gente acomodada. Solo de pensar que alguien le pudiera arrebatar a sus hijos de sus brazos, se le rasgaba el corazón.

Las horas de incertidumbre y desosiego que había pasado el año anterior cuando Nando y Marta fueron secuestrados por los hombres de Alexander Petrovich se quedarían marcados en su memoria como los peores de su vida.

—Sofía, es la hora de comer —dijo Fabi, asomando la cabeza por la puerta del despacho de su jefa—. ¿No te vas a casa?

—Hoy comeré con mi padre. Lucas tenía una comida con clientes, así que voy a aprovechar.

El adusto militar retirado vivía solo en su piso. Lo peor del confinamiento por la covid-19 había sido no poder ver a sus nietecitos. No sabía hacer videollamadas y se había tenido que conformar con hablar por teléfono con ellos y sus padres. Guillermo, el hermano pequeño de Sofía, había decidido pasar el verano con su progenitor, y ponerle al día con las nuevas tecnologías. Él mismo había tenido que espabilarse para dar las clases *online* que en el instituto le habían exigido. La pena había sido que la declaración del estado de alarma le había pillado en Lucero, ciudad en la que se ubicaba el centro educativo donde daba clase de lengua. Si no, se hubiera ido a vivir con Andrés. Mario, el otro hermano de Sofía, aseguraba que había sido lo mejor. El genio áspero del cabeza de familia era difícil de llevar en una convivencia normal, máxime en una tan complicada como la provocaba por la pandemia.

Sofía tenía intención de reunirse ese mediodía con él. Puesto que era un hombre de costumbres fijas, el primer plato se servía invariablemente a las dos y media en punto, según el reloj que presidía el comedor. Así se había hecho desde antes de nacer ella. Sus hermanos sabían que si no estaban sentados a esa hora en sus sillas, se quedarían sin comer. Menos mal que su madre solía apiadarse de ellos, y cuando su padre se iba por la tarde, les hacía un bocadillo para mitigar su hambre adolescente. La detective consultó su muñeca.

Desde la agencia hasta el hogar de su padre tardaba unos diez minutos, podía trabajar un poco más.

Unos golpes en la puerta principal interrumpieron su concentración. Fabi se había marchado, así que le tocó a ella ir a ver quién insistía tanto. El truco de quedarse inmóvil unos segundos para ver si desistía y volvía por la tarde había fallado. El ruido del aire acondicionado que su secretario no había apagado la debía haber delatado.

—¡Voy! —exclamó Sofía, anunciando su intención de atender el demandante requerimiento.

No estaba preparada para lo que había en la entrada. ¡Era imposible! ¡Un mal sueño! No podía ser real.

—¡Estás muerto! Moriste en prisión. Eres un fantasma que viene a torturarme. No debí comerme las chocolatinas de Nando. Estarían caducadas.

La detective estaba asustada. ¡Era el jeque Abil! Según les habían informado las autoridades a Lucas y a ella, el temible mandatario había muerto en su celda degollado por algún enviado de sus enemigos. ¡Les habían mentido! Lo tenía delante de ella. Venía a rematar la tarea que no logró completar en el pasado. Acabar con su vida y la de su marido.

¡Su arma! ¿Dónde la tenía? En el cajón de su escritorio cerrada con llave para que los niños no la encontraran. ¿No podía salirle algo bien? Si era rápida, sería capaz de hacerle una llave de artes marciales de las que Juan, el amigo juez de Lucas, le enseñaba a Nando y a Marta cada fin de semana. Se preparó poniéndose en posición, dispuesta a hacer realidad lo de que «la mejor defensa es un buen ataque».

—¡Tranquila! —exclamó el hombre, en un español adornado con un acento extraño, levantando las manos en son de paz—. No soy él. Mi hermano murió como bien dices.

—¿No eres el Jeque? —inquirió Sofía suspicaz.

—Bueno, eso sí. Soy el Jeque, pero el jeque Cabil. Abil era mi gemelo. Nació antes que yo, solo unos minutos, pero los suficientes para que él fuera nombrado heredero y no tuviera que exponerme a la vida pública.

—Aunque sabía que tenía hermanos, tan iguales no —reconoció la detective, relajando su postura.

—Yo le era útil en algunas ocasiones en que no quería asistir a una fiesta o una ceremonia con extenso protocolo. ¡Qué mejor que enviar a un doble perfecto!

—¡Increíble! —exclamó la mujer, observándole con detenimiento.

Era igual de apuesto que su difunto hermano. Los mismos ojos azules capaces de atraer la mirada de los dioses. Sin embargo, había algo en sus facciones que le hacía diferente. Quizá fuera la ausencia de

ese halo de peligro que Abil emanaba a raudales. O la vestimenta occidental que Cabil lucía. Por lo demás, el resto eran similitudes. El pelo negro, ondulado, por los hombros. La piel de un dorado intenso, que hacía que pareciera bronce.

—¿Y tus escoltas? ¿Tus guardias? ¿Dónde has dejado tu sequito? Como estén en la calle, van a dar el cante.

Sofía asomó con curiosidad la cabeza al exterior y no vio nada. Ningún coche espectacular de lunas tintadas rodeado de trajeados con malas pulgas.

—He venido solo —afirmó el hombre, que con sigilo se había colocado detrás de ella, sobresaltándola al hablar.

—¿Y cómo? —inquirió la detective, entrecerrando los ojos suspicaz.

—En metro. Es cómodo y rápido. No conozco la ciudad y ni me sé las direcciones. Buena gana de venir conduciendo. ¿Has terminado con las preguntas? Llevo un rato esperando fuera a que saliera ese jovencito que trabaja para ti, y supongo que querrás irte a comer. Solo serán cinco minutos.

—¿Qué es lo que quieres?

—Lo normal cuando un cliente te visita. Que trabajes para mí.

6. Las perlas de Sabrina

Cabil observaba con detenimiento a la guapa mujer de pelo rizado y ojos verdes que estaba sentada frente a él. Trascurridos los primeros minutos de susto e incomodidad, había recuperado de forma magnífica su compostura. Era una guerrera, fuerte y segura de sí misma. Tenía en su poder un amplio expediente sobre ella y su marido que así lo atestiguaba. Entendía por qué su difunto hermano había sentido esa atracción hacia ella que le había constado su trono.

Sofía le miraba con curiosidad. Era extraño estar ante uno de los rostros que poblaban sus pesadillas sin que en realidad fuera uno de ellas. Era evidente que no tenía intención de irse sin ser escuchado. La detective se resignó. Su padre iba a enfadarse cuando diera la hora y no estuviera en su casa para comer. Tendría que colarse en su cocina cuando llegara para calentarse algo porque a las dos y media no llegaba fijo.

—Están esperándome. Empieza a hablar que tengo prisa.

—El estrés no es bueno. Echo de menos mi vida antes de convertirme en Jeque. Nadie esperaba nada de mí. Ahora tengo que gobernar a mi pueblo, a la vez que intento enmendar el daño que las acciones de mi hermano generaron. Hay unos cuantos hombres de negocios que no están muy contentos con el cambio que he dado a mis intereses.

—El tráfico de armas es muy lucrativo —apuntó Sofía mordaz.

—Lo es, pero en mi país tenemos otras riquezas: petróleo y piedras preciosas. Su extracción no es sencilla. Implica crear una infraestructura adecuada que, por otra parte, dará la oportunidad a muchos de mis súbditos de ganarse un jornal con el que alimentar a sus familias. Mi abuelo y mi padre hicieron prosperar el emirato con sus lícitos negocios, fue mi hermano el que prefirió obtener el dinero de una forma más fácil.

—Y lucrativa —apuntó Sofía. Cabil apretó los labios en señal de disgusto. Sin embargo, no era hacia ella, sino hacia su hermano Abil.

—No le importó que cerrar los pozos y las minas implicara que cientos de personas dejaran ganarse el pan —reconoció el árabe en voz alta—. Fue un efecto cascada. Las empresas dedicadas al refinamiento posterior, al transporte, al engarce se vieron afectadas también. La economía de las poblaciones donde estaban los

asentamientos se resintió. Mi pueblo vio cómo sus comercios, sus bares, sus casas se quedaban vacías.

—Desapareció la industria básica, la cual es el soporte de un país.

—Y solo quedó la que enriquecía los bolsillos de mi hermano y sus amigos. Esos mismos que, cuando vieron que su propia libertad peligraba, hicieron que muriera en prisión. Con su muerte se cubrió con un velo de sangre los expedientes judiciales, y los rostros de la gente comenzaron a mirar hacia otro lado.

—Abil se mereció lo que le pasó —dijo Sofía, irguiéndose en su silla —. Si has venido a buscar que hablé en su nombre o algún tipo de resarcimiento, estás en el lugar equivocado.

—Eso no es lo que me trae aquí. En caso de ser una visita oficial, como bien apuntaste, habría venido con mi sequito o habrías tenido que acudir a verme en otro lugar. Desde luego, sería algo más formal, y no estaríamos tuteándonos.

—Tu gemelo me puso en peligro a mí, pero lo que es más importante, a mi familia también y eso no se lo perdonaré jamás. No voy a rendirle pleitesía a quien no se la merece.

La detective empezaba a cansarse de tanto parloteo. Al final, aquel tipo iba a ser más engreído de lo que aparentaba. Estaba a un paso de echarle de su oficina.

—Creo que ha llegado el momento de explicarte por qué he venido —dijo Cabil al percibir la creciente incomodidad de su interlocutora. Sabía lo que había hecho Abil, pero su mente rememoraba los juegos y las complicidades compartidas de niños. No podía evitar que una parte de él le echara de menos—. Necesito que me ayudes en un tema personal que requiere tu pericia como detective.

—¡Ja! ¿Y acudes a la persona que más odia lo que representas? Tu rostro me trae amargos recuerdos. Quizá no estás en el lugar adecuado.

—Eso es lo que te hace indicada para encontrar lo que busco. A ti no te importan las personas que me rodean. Si tu investigación les salpica, no te echarás atrás. Cualquier otro detective no hará lo mismo. Temerán enfrentarse a un Jeque o molestar a quien no conviene.

—Vale, piquito de oro, ya me tienes interesada. Cuenta. Soy toda oídos.

—No sé si conoces algo de la historia de mi pueblo —comentó Cabil. Al ver la negación de Sofía decidió darle algún dato más—. El linaje de mi familia se remonta en el tiempo cientos de años. Entre nosotros la poligamia está bien vista, algo que yo no comparto —se apresuró a aclarar. Mejor no enfadar a aquella bella mujer si quería su ayuda—. Creo que el amor solo se puede dar una vez, el resto es sexo sin más, un cúmulo de sustancias segregadas por el cuerpo que con la adecuada

estimulación nerviosa lleva al orgasmo.

—Puedes saltarte las clases de sexualidad. Tengo tres hijos. Algo sé del tema.

—Eres graciosa —declaró Cabil, riendo—. El caso es que no soy el único de los varones de la familia que piensa así. Mi abuelo paterno, el jeque Haral, se enamoró perdidamente de una bella mujer de ojos claros como el cielo y de largo pelo azabache. Era la hija pequeña de un comerciante de telas que poseía un prospero negocio. Sus caravanas de tejidos recorrían mi país de punta a punta, trayendo sedas de oriente, ricos otomanes y exquisitos rasos.

—No me digas más. Se enamoraron —apuntó Sofía. Tendría que hacer un resumen a Fabi porque aquella historia era de las que le gustaban. Romance y tragedia al estilo de *Romeo y Julieta.*

—¿Sigue la noche al día? Igual de cierto fue su amor. En su noche de bodas él le regaló una delicada pulsera de perlas. Nadie había visto nunca nada similar. Cada vez que la llevaba en su muñeca, los ojos seguían cada uno de sus movimientos.

El estomago de Sofía escogió ese momento para rugir reclamando alimento. De igual modo, empezó a notar cómo sus mamas pedían ser aliviadas con el sacaleches, pero con el dichoso Jeque delante de ella no podía usarlo. Si se hubiera ido a la vez que Fabi, estaría comiendo en casa de su padre y ya tendría dos botes del blanco líquido que su bebé adoraba en la nevera. Rezaba para que la tela del sujetador que llevaba fuera capaz de controlar la humedad que empezaba a filtrarse y no llegará a la camiseta.

—Lo siento —se disculpó la detective, encogiendo los hombros.

—Es tarde. Será mejor que continuemos después la charla —dijo Cabil, poniéndose de pie.

—¡Ah, no! Hablaremos luego, pero no te vas sin decirme qué quieres de mí. Sin leyendas ni palabrería. Sé conciso.

—Ayúdame a encontrar la pulsera. Fue robada la noche de la muerte de mi abuela. Quiero encontrar sus perlas. Las perlas de Sabrina.

7. Tus amigos, son mis amigos

—¡A cenar! Le has invitado a cenar —exclamó Lucas sin poder creerse lo que su mujer estaba diciéndole. Había sido lista y le había soltado la bomba informativa mientras acunaba a su hijo Javier. Así le obligaba a calmarse y no levantar el tono. Inteligente y sibilina. Si fuera abogada, sería una dura adversaria en el estrado. Al menos a él le desarmaría con un pestañeo.

—Teníamos que seguir hablando. No podía faltar a la cita con mi padre, aunque cuando llegué él ya había comido y tuve que calentarme la comida, pero estaba igual de rica. Había paella de marisco y de postre flan de naranja.

—¿Y por la tarde? —insistió él. No iba a dejar que le distrajera yéndose por las ramas—. Un café en una cafetería llena de gente con Boris y sus hombres en la puerta. El sitio perfecto. No en nuestra casa, con nuestros hijos bajo el mismo techo. ¿En qué estabas pensando?

—Tranquilo. No es malo. Es distinto a su hermano. Es buena persona, ya lo verás.

—¿Estás segura? ¿Lo ha investigado Fabi? ¿Ha preparado Boris un dispositivo de seguridad para la casa? Te recuerdo a Hasim, la mano derecha de Abil, como Cabil tenga gente similar trabajando para él, esto puede salir muy mal.

—Sí, estoy segura —respondió Sofía, frotando su nariz con la naricilla de Carlota—. Fabi ha confirmado lo que me ha dicho sobre la manera en que está reactivando la economía del país. Ha vuelto a abrir las minas y de los pozos vuelve a brotar petróleo. En cuanto al dispositivo, no será necesario. Viaja solo. Boris sigue en el piso de Rosa, pero enviará a un par de sus chicos para que controlen la situación aquí.

—No me gusta. Niños, amigos, nosotros y el gemelo de un jeque psicópata. Por no hablar de tu nueva clienta. Sofi, eres única creando situaciones difíciles. Voy a acostar a Javi.

El bebé se había quedado frito acunado por su padre. Su hermana estaba con ganas de fiesta y tenía muy pocas ganas de dormir. Madre e hija bajaron al salón a hacer compañía a Rosa, que había vuelto de trabajar agotada.

Al menos, en el despacho de arquitectura no pensaba en lo que ocurría en su apartamento, pero eso solo era durante unas horas. Al

caer la tarde, la angustia se apoderaba de nuevo de ella. Quizá lo más sencillo sería cambiarse de piso. Era ridículo tener apostados vigilantes en su cocina mientras ella se escondía en casa de la detective.

Se giró cuando la oyó entrar en la habitación. Con aquella niña encantadora, regordeta y simpática aferrada a su cuello, no daba la imagen de la tenaz detective de la que María le había hablado. Estaba claro que las apariencias engañaban.

—Hola. Cuando lleguen los chicos, empezaremos el picoteo. He puesto una mesa para nosotras en la terraza. Después de la cena, ellos que vean el fútbol, y tú y yo nos preparamos unos mojitos.

—No es un mal plan —reconoció Rosa.

—Pues sube a ponerte fresca y nos vemos en un rato.

La secretaria se levantó y fue a su habitación a darse una ducha. Escogió ropa cómoda, perfecta para una cena informal.

El timbre de la puerta anunció la llegada de sus invitados quince minutos después. Sofía colocó a la niña en su cadera y se dirigió a la entrada de la casa. Cuando abrió, dos hombres estaban en un lado mirando con incredulidad a otro que sonreía divertido.

—Hola, chicos. Pasad.

Diego y Juan no se movieron de donde estaban. ¡Las informaciones eran falsas! ¡Estaba vivo! El juez se puso en posición de ataque y el oftalmólogo dio un paso a atrás. Un gritito de alegría de Carlota, reclamando la atención de Cabil, rompió la incómoda situación. Sus ojos azules habían captado su atención como un imán. La niña se lanzó a los brazos del árabe, el cual la izó por los aires entre risas y gorgojeos.

—Sofía, ¡tiene a tu hija!

—Tranquilo, Juan, no tienes que hacerle ninguna de tus llaves. Diego, puedes acercarte sin miedo. Os presento a Cabil, el gemelo de Abil. Él es ahora el nuevo Jeque y está aquí porque lo he invitado yo. Venga, entrad los tres.

Lucas apareció detrás de Sofía y miró de arriba abajo al sujeto que sostenía a su pequeña. El parecido era asombroso. Sin embargo, según lo que su esposa le había contado, más allá de los rasgos físicos, no compartía más similitudes con su difunto hermano. Aunque no dejaba de molestarle que en un abrir y cerrar de ojos hubiera engatusado a las dos mujeres de su vida.

Juan fue el segundo en traspasar el umbral. Le dio un beso en la mejilla a Sofía y, a instancias de esta, con recelo, le dio la mano a Cabil.

—Permíteme que me guarde lo de «encantado de conocerte» para dentro de un rato.

—Lo entiendo. Abil os hizo mucho daño. Debe ser duro entender

que estás ante otra persona diferente —respondió Cabil, sin apartar sus iris azules de los de Juan, algo que gustó al juez. Una persona capaz de sostener la mirada en las más adversas circunstancias era digna de admiración.

Diego cerró la extraña comitiva. Observó en silencio el intercambio de saludos entre sus amigos y el Jeque, sin hacer ningún gesto. No obstante, fue otra persona la que le atrajo como una luciérnaga a la luz. Una bella mujer aguardaba a unos metros de ellos, escuchando las conversaciones sin entender nada. Era una rubia de ojos miel, con el pelo recogido en una coleta. Llevaba un ligero vestido verde para combatir el calor, y unas sandalias planas de color oro. ¿Quién sería? No era nadie del servicio. Sería una amiga de la anfitriona de esa noche, a la que no había conocido hasta entonces.

Rosa pensó que era difícil que en un mismo sitio se reunieran tantos hombres atractivos en tan poco espacio. Lucas, el marido de Sofía, era encantador, con su actitud protectora hacia la detective. Dos de los otros tres debían ser sus amigos. Le habían hablado de ellos al regresar de la ciudad a la casa y los gestos de familiaridad les delataban. Era un guapo árabe, con el cabello ondulado hasta los hombros, el que eclipsaba al resto del género masculino bajo aquel techo.

El moreno de su piel era natural, no el que se obtiene bajo el sol mientras te bañas en una piscina. Un aura de poder emanaba de su figura, marcando una especie de círculo a su alrededor, solo roto por los gritos divertidos de Carlota. Sus manitas se enredaban en los mechones de su portador, dándole tirones que el atractivo varón soportaba con gusto.

—Pásame a la niña antes de que te deje sin pelo —le pidió Sofía a Cabil sonriendo—. Es una sinvergüenza que debería estar en la cama como su hermanito, pero quiere juerga.

—No pasa nada. Es un encanto —aseguró el árabe con un guiño cómplice hacia la chiquilla.

—¿Tienes hijos?

—No, aún no, Sofía. Aunque espero tenerlos algún día. Los niños son una bendición.

—Pero esposas tendrás unas cuantas. Y concubinas. ¿No heredáis las de los hermanos fallecidos? —preguntó Lucas sin hacer caso del codazo mal disimulado que la detective le dio en las costillas. ¿Es que su marido no sabía tratar a los invitados?

—Es una costumbre de mi país que yo no comparto. Para mí, el amor es único. Si tienes suerte, solo lo encuentras una vez en la vida. El resto son meras vanidades y saciar los instintos.

«¿Me ha hablado a mí?», se preguntó Rosa. Al menos, eso le había parecido, sus iris azules no se habían apartado de los suyos. ¡Ese acento! Su procedencia árabe se filtraba en alguna de sus palabras, lo

que le daba un toque de magnetismo a su discurso. ¿Dónde había agua fresca? La necesitaba.

—Está soltero, Lucas, aunque eso a nosotros no nos interesa —explicó la detective. A Rosa tampoco le importaba, o al menos eso quería creer.

—Me has investigado. Ha hecho rápido sus deberes por lo que veo —afirmó Cabil, complacido por la eficiencia de la joven. Su intuición no le había fallado. Era perfecta para el caso.

—Fabi es el responsable. No podía traerte a mi casa sin saber si lo que me contabas es cierto. No soy tonta —añadió la mujer, mirando a su marido.

—¿Y esta vez qué quiere ese secretario tuyo? —quiso saber Diego.

Cuando investigaron el robo del diamante blanco de los Lancaster, el informático estaba tras la adquisición de un equipo de aire acondicionado. Era habitual, que cada vez que llegaba un caso importante a la agencia, le hacía prometer a su jefa que le compraría un cachivache nuevo para «mejorar su eficiencia al realizar las tareas que le encomendaba». Sofía protestaba y ponía los ojos en blanco al oír sus peticiones, pero terminaba accediendo a sus ruegos. Ni él ni su marido, Boris, escatimaban tiempo y descanso cuando tenían una investigación entre manos. Esa misma noche, ellos dos continuarían vigilando el piso de Rosa, a fin de que ella pudiera estar con sus hijos y averiguar más detalles de las perlas.

—Un disco nuevo y una ampliación de memoria. Al parecer, su ordenador ya no es lo suficiente veloz como para consultar cosas en las bases de datos.

—¿En esas en las que no debéis entrar? —preguntó Juan, sacando su vena de juez, algo a lo que Sofía era inmune.

—No voy a responderte. Así podrás negar tu colaboración cuando tengas que declarar ante uno de tus colegas.

Los seis, incluido el aludido, rieron la broma de la anfitriona de la noche. Con el ambiente más distendido, salieron a la terraza. Lucas se encargó de servir las bebidas en tanto la detective subía a acostar a Carlota, que había caído rendida en los brazos de Cabil.

Al árabe le encantaban los niños y estaba deseando tener los suyos propios. Se había hecho cargo de los de su hermano tras fallecer este, pero aparte del apoyo económico, no sabía nada más de ellos. Era algo que lamentaba, aunque no había podido impedirlo. Su gobierno era inestable y sus consejeros no querían que sobrevolara sobre su cabeza ninguna sombra que pudiera empañar su buen hacer. La familia de Abil había desaparecido de su vida para no volver. Tendrían todo lo que necesitaran menos su afecto.

Cabil se sentía solo en su palacio, como una bella ave encerrada en su jaula de oro. Había tenido que mentir sobre un viaje de negocios

para poder llegar hasta la agencia de Sofía. Estaba disfrutando del anonimato y había decidido dilatarlo un tiempo más. Además, desde que aquella bella rubia había entrado en su campo de visión, la experiencia adquiría nuevos matices.

—De modo que la pulsera desapareció en un palacio lleno de gente, en tu país, y quieres que yo la encuentre porque no confías en los que te rodean.

—Exacto, Sofía. Aún debo averiguar quién es leal a mí, y quién sigue venerando el recuerdo de mi hermano. Esto es algo demasiado personal como para confiarlo a gente de dudosa moral.

—¿Qué te hace pensar que está en España? Desde tu emirato a aquí hay muchos kilómetros.

—Fue una doncella de palacio quien la robó mientras se realizaban los preparativos para el sepelio de mi abuela. Cuando descubrieron que ella era la responsable, ya le había entregado la pulsera a un vendedor ambulante a cambio de unas monedas que no bastaban ni para pagar una de las perlas. Sus hijos y ella tenían hambre, lo que su marido le daba para comprar comida no era suficiente para llenar tantas bocas. Los mejores alimentos estaban destinados al padre de familia, sin importar si su esposa y su descendencia tenían tan siquiera un mendrugo de pan. La doncella creyó que muerta mi abuela no iba a necesitar una joya tan valiosa.

Rosa pensó que era una pena que los cambios que el Jeque estaba llevando a cabo no alcanzaran otros aspectos más allá del económico. Los hombres podían entrar y salir, hacer y deshacer a su antojo, en tanto ellas eran sometidas a la voluntad del padre primero y del marido después. Confiaba en que la revolución empresarial forzara a dejar en el pasado las costumbres arcaicas.

—¿Qué pasó después? ¿Qué hizo el mercader con las perlas? —inquirió la invitada de Sofía, deseando saber el final de la historia.

—El comerciante continuó su ruta sin ser consciente de lo que portaba. Sus pasos le guiaron a tierras andaluzas y fue subiendo hasta establecerse un breve periodo de tiempo en Basema y sus alrededores. Cuando la gente que mi abuelo envió tras él lo alcanzaron, había dejado de tener la pulsera en su poder.

—¿La doncella? —inquirió Juan.

—Lapidada en presencia de sus pequeños. El mercader fue interrogado sin resultado. Afirmó haberla vendido en un mercadillo en un pueblo de Castilla, pero no recordaba al comprador. Murió antes de decir el sitio exacto.

—Vamos, que los esbirros de tu abuelo le dieron hasta en el carnet de identidad —comentó Diego, que sabía cómo se comportaba la familia de Cabil enfadada.

—Supongo que tienes razón.

—Va a ser igual que buscar una aguja en un pajar —conjeturó Sofía —. En ese tipo de puestos ambulantes no se lleva ningún registro de ventas. Ni antes ni ahora. Le diré a Fabi que investigue, pero va a ser complicado.

—No dije que fuera a ser fácil. Por eso he contratado a la detective más sagaz.

La aludida sonrió al escuchar el comentario y ver la cara de fastidio de Lucas. Quedaba claro que Cabil era un seductor y empezaba a caerle bien. Estaba segura de que su infancia junto Abil no debía haber sido fácil.

—Cariño, ayúdame con el postre —le pidió Sofía a su marido a fin de llevárselo de la terraza y aligerar algo el ambiente.

—Claro —respondió el abogado, poniéndose de pie.

En ese instante, el móvil de la propietaria de la casa comenzó a sonar. Lo había dejado sobre una mesa en el interior, así que corrió a contestar antes de que sus hijos se despertaran. En la pantalla vio el nombre de su secretario.

—¡Fabi! ¿Qué ocurre?

—Será mejor que vengáis. ¡Lo tenemos!

—Querrás decir que lo tengo —escuchó Sofía que decía Boris cerca del teléfono.

—¡Tecnicismo! Estamos los dos de vigilancia, así que el rehén es de los dos. Sofi, guapa, ven pronto para que podamos irnos a dormir.

—Voy —respondió, girándose para enfrentar los rostros de los cuatro hombres y la mujer que la observaban intrigados—. Puede que tardemos un poco, Fabi, tengo algo de lio en casa.

8. ¿Quién eres tú?

Todos los presentes querían acompañar a Sofía y a Rosa a casa de la secretaria de dirección. Era ilógico que lo hicieran, máxime cuando iban a tener que interrogar a un testigo. Al final, Lucas se quedó con los niños, Diego se ofreció a llevar a Cabil a su hotel, y Juan fue con las mujeres.

—Te digo que no hace falta que vengas —le insistió sin éxito Sofía al juez.

—Boris está reteniendo contra su voluntad a una persona. Debería haber llamado a la policía, pero seguro que no lo ha hecho.

—¡Que ha entrado a robar a mi casa! —exclamó Rosa airada. Por lo que a ella concernía, Fabi y Boris estaban haciendo más que bien. Estaba deseando mirar a la cara al hombre que le había obligado a marcharse de su piso.

—Eso no lo sabemos.

—¿Y para qué otra cosa van a querer entrar de noche o cuando no estoy, Sofía?

—Las cosas no son siempre tan simples como parecen. Mi instinto me dice que hay algo más. ¿Por qué colarse en tu casa mientras duermes si pueden hacerlo durante tus horas laborales? Se arriesgan a que te despiertes y des la voz de alarma. No tiene sentido.

Era casi medianoche. Fabi les abrió la puerta con una sonrisilla de suficiencia.

—¡Lo tenemos, jefa! Mañana pido el ordenador nuevo. Espero que me llegue pronto.

—Ya. Y lo has atrapado tú solito. Sin la ayuda de tu marido. No pensarás que voy a creérmelo, ¿verdad?

Juan pasó al lado del secretario sin ocultar la risa, Rosa le siguió inquieta por ver el rostro que le aguardaba en su cocina. Sofía dejó por imposible a su ayudante y cerró la comitiva. Ninguno de los tres estaba preparado para lo que iban a encontrarse.

Boris, con un delantal de cuadros rosas y blancos que había cogido de una percha, daba los últimos toques a unos huevos revueltos en una sartén.

—Un poco más de queso, joven —rogó un anciano con la tez surcada de arrugas, y la ropa raída. Su boca salivaba de placer al oler el manjar que iba a saborear en unos instantes. Le era imposible

recordar la última vez que había ingerido algo caliente.

—Le he puesto dos lonchas —replicó el jefe de seguridad de Sofía, haciendo lo que el hombrecillo le había pedido y agregando una tercera.

—Una cuarta lo mejorará.

—Juan, como ves, mis chicos torturan a los detenidos llenándoles la panza de comida. Tú verás si debes informar a la policía —cuchicheó la detective en el oído del juez—. Boris, ¿qué significa esto?

—¡Eso mismo quiero saber yo!

Rosa estaba enfadada. ¿Qué tipo de gente empleaba aquella detective que en lugar de esposar a un ladrón se dedicaban a cocinar para ellos?

—Les presento a Peter Veladrich —comenzó a explicar el ruso—. Pedro, para los amigos. Es de Rumania. Sus progenitores vinieron a España con él en 1936, con el estallido de la Guerra Civil, junto con otros compatriotas para ayudar a los republicanos. Por desgracia sus padres murieron durante la contienda y él creció en un orfanato de Madrid.

—¿Algo de fruta? —quiso saber el anciano, señalando una fuente de manzanas y de brillantes melocotones que había en la mesa. Rosa hizo un gesto de impotencia, y Fabi escogió la pieza más grande para dársela.

—Allí creció, encontró trabajo y formó su propia familia con una expatriada de Rumania. Lleva en Basema desde los años setenta. Sus hijos nacieron en nuestra ciudad.

—¿Y qué hace en mi cocina?

—En realidad, vive de okupa en el piso de arriba —dijo Fabi, incapaz de continuar en silencio—. Sus hijos son malos y le metieron en un asilo para quedarse con su dinero y su hogar. Él se escapó. Lleva escondido arriba desde el estado de alarma.

—No duerme bien —continuó Boris—, así que se desliza por el falso techo del pasillo con ayuda de una escalera, y se da una vuelta por las habitaciones. Dice que le recuerdas a su hija de pequeña. Por eso se pone al lado de tu cama y te canta nanas.

Rosa contuvo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Era una historia de maltrato a una persona mayor. Se le encogía el alma al pensar por lo que habría pasado aquel viejito. Se acercó a él, y le dio un melocotón al que no hizo ascos su inesperado invitado.

—Habrá que llamar a asuntos sociales, ellos se harán cargo —sugirió Juan.

—A estas horas no habrá nadie —afirmó Sofía—. Será mejor esperar a mañana.

—Arriba no puede quedarse —respondió su amigo, mirándola muy serio.

—¡Abuelo!
Una mujer joven llamó al anciano desde la puerta de la cocina. No la habían oído acercarse. Detrás de ella, un chaval de unos dieciocho años asomaba la cabeza por encima de su hombro.
—¡Irina! ¡Eric! Son mis nietos —explicó Pedro con orgullo.
La chica, que según supieron después tenía veintidós años, y su hermano habían huido de casa de sus padres al saber lo que estos le habían hecho a su abuelo. Ellos habían sido quienes ayudaron al anciano a fugarse en marzo, justo antes de que se decretara el estado de alarma. Habían vagado por las calles, escondiéndose de la policía y los militares que las patrullaban, hasta que un golpe del destino les llevó al edificio de Rosa. A través de la terraza de una casa próxima, se colaron en el ático, y por una trampilla habían bajado hasta el hogar de la mujer. Al terminar el confinamiento, y volver ella a la ciudad, se habían tenido que contentar con permanecer callados y en silencio en el piso de arriba. Que pasara tantas horas fuera, era una bendición.
—Somos honrados —añadió Irina, levantando la nariz con orgullo —. No le hemos robado nada —añadió mirando a Rosa—. Tengo un trabajo en una hamburguesería y mi hermano ayuda a descargar palés de comida en el centro de transportes de mercancías. Mi abuelo… Bueno, él no quiere hacerle daño. Su cabeza…
El cariño con el que los dos chavales observaban al anciano daba credibilidad a su extraña historia. Sofía sentía la misma pena por la situación a la que se habían visto abocados aquellos tres seres. Ganaban lo justo para comer, pero no podían pagarse una vivienda propia, ni siquiera ropa nueva para su abuelo que insistía en que ellos dos debían ir siempre bien aseados a sus lugares de trabajo.
—Jefa, ¿vas a llamar a la policía?
—De momento, no, Fabi. Salvo que tú, Rosa, quieras hacerlo. Es tu decisión.
La aludida negó con la cabeza. Dudaba que si las autoridades sabían lo que ocurría, dejaran que permanecieran juntos. Al abuelo lo ingresarían en algún geriátrico y los chicos tendrían que enfrentarse a las penas que les impusiera la justicia por haber ocupado ilegalmente una casa.
—Bien, si limpiamos el ático, y arreglamos cualquier desperfecto ocasionado, no tiene nadie por qué saber que habéis estado viviendo allí.
—Sofía, no puedes hacer eso.
—Juan, estás aquí como amigo, no como juez. Puedes marcharte sin más. Ninguna persona conocerá tu implicación.
El amigo de Lucas supo que no habría forma de hacer cambiar de idea a la detective. Podía leer en su cara que ya tenía un plan. Fabi y

Boris sonreían complacidos. En tanto, Rosa parecía conforme con lo expuesto por la mujer a la que había contratado.

—¿Dónde vivirán hasta que se arregle su situación? —preguntó la secretaria de dirección.

—Sobre la agencia tengo un piso que solo uso para darme una ducha alguna vez y cambiarme de ropa. Pueden quedarse allí mientras encuentran acomodo y mi maridito se encarga de los indeseables que Pedro tiene por hijos.

—Le va a encantar cuando se lo cuentes —rio Juan. Conociendo a Lucas y a su mujer, terminarían implicándoles a todos en la búsqueda de un hogar para aquellas tres personas a las que el destino había colocado un hada de pelo rizado en su camino.

Como era tarde, dejaron a Rosa para que descansara tranquila. Esa noche no tendría ningún sobresalto. Podría dormir sin miedo.

—Haré que te lleven tu ropa a la agencia. El lunes puedes recogerla allí y nos tomamos una cervecita bien fresquita.

—De acuerdo, Sofía.

Juan llevó en su coche a Irina y a Eric, en tanto el resto se acomodaba en el vehículo de Boris. En el trayecto, descubrió que el niño, puesto que a sus ojos el chiquillo lo era, tenía una mente despierta y sagaz. Su expediente escolar era bueno, pero su huida de casa había frustrado sus planes de cursar la ingeniería que deseaba. Estaban a primeros de julio. El juez estaba seguro que lograría encontrarle una beca.

—Espero que estéis cómodos —afirmó Sofía antes de regresar a su casa—. Me voy a ir el fin de semana fuera con mi marido y mis niños, pero el lunes ya estaremos de vuelta. Fabi y Boris os echaran una mano en lo que necesitéis.

—Mañana, los cuatro a limpiar el ático —dijo el ruso con un tono de voz que no admitía réplica.

—Cariño, el polvo me da alergia —mintió Fabi con descaro.

—Una ducha después puede arreglarlo —añadió con picardía su pareja.

—Como una patena vamos a dejar el piso.

Unas alegres risas corearon la afirmación del informático. La detective se marchó satisfecha. Menos mal que el resto de sus casos no eran tan complicados ni tan emotivos o no tendría corazón para continuar. El saber que en unos minutos estaría cómoda y segura, acurrucada, bien pegadita al cuerpo de su abogado favorito, la llenaba de placer.

Una vez resuelto el misterio de los visitantes nocturnos de Rosa, podría centrarse en la búsqueda de la pulsera de Cabil. O encontraba alguna pista pronto o estarían en un callejón sin salida.

9. Un tesoro

Cabil no recordaba haber disfrutado tanto un fin de semana como aquel. Había paseado entre la multitud, con la bendición que el anonimato le proporcionaba. La obligatoriedad de llevar mascarilla y las gafas de sol, impedían que fuera reconocido. Su enorme parecido con su gemelo había convertido su rostro en una cara habitual de la prensa rosa primero, y de la crónica negra después. Eso era algo que no podía cambiar, no obstante, las extrañas circunstancias en que el mundo vivía con la covid-19 facilitaban que se camuflara entre los habitantes de Basema sin llamar la atención.

Había observado las expresiones de miedo y confusión cuando sus ojos se posaban en los de Sofía y los suyos. Salvo la inocente Carlota y la preciosa Rosa, el resto parecían haber visto al diablo. Nunca le perdonaría a Abil por eso, ni si quiera en ese momento en que estaba en una fría tumba sin nombre, proscrito por los suyos. El daño causado a su familia y a su pueblo, con el tiempo, quedaría superado, sin embargo, el odio y el resquemor que su sola presencia desencadenaba nunca le abandonarían.

Sofía le había pedido que, en lugar de ir a su oficina por la mañana, lo hiciera por la tarde. La resolución del misterio que había llevado a la guapa rubia a buscar cobijo en el hogar de la detective la iba a tener ocupada unas horas. De modo que eran las cinco de la tarde cuando llegó a la agencia comiéndose un helado de ron y pasas que había comprado en una heladería de productos artesanos. Tendría que hablar con el dueño para que le enviara a su emirato esa deliciosa ambrosía. O mejor, quizá con un incentivo adecuado estaría dispuesto a inaugurar una franquicia en su país.

En cuanto abrió la puerta, se encontró con el joven secretario. Llevaba unos vaqueros tan justos que debían cortarle la respiración, por no hablar de su camisa plateada que con sus destellos amenazaba con cegarle. A pesar del aire acondicionado, se abanicaba con ese artilugio típicamente español que las mujeres de su país codiciaban. No debía olvidarse de comprar alguno antes de regresara a su hogar.

—Buenas tardes, Jeque. Podías haber traído uno para los amigos.

—Buenas tardes, Fabi. Lo tendré en cuenta la próxima vez —rio Cabil—. ¿Está Sofía libre?

Era una pregunta formulada por mera cortesía porque se podía

escuchar su risa fresca y clara surgiendo de su despacho, acompañada de carcajadas de niños.

—Está en una reunión —afirmó el informático para a continuación añadir, al ver la ceja levantada de Cabil—. Bueno, vale, está hablando por Skype con su hijo y su sobrina. En cuanto terminen, puedes pasar.

Fabi empezó a darse aire con más fuerza. Adoraba a su ruso. Su marido tenía un cuerpazo hecho para el placer, pero tenía que reconocer que Cabil era un hombre que quitaba el hipo. Cada vez que fijaba sus ojos claros en él, sentía que le traspasaba. Una fuerza invisible recorría sus músculos haciéndole perder su voluntad. Si le pedía que se tirara de un puente, lo haría sin pestañear. Y esa lengua que lamía el helado con fruición debía de hacer maravillas sobre la piel.

—Hola —saludó la detective al árabe—. No has esperado mucho, ¿verdad? Cuando me pongo a hablar con mis niños, pierdo la noción del tiempo.

—No, tranquila. ¿Solucionaste el asunto de Rosa? —preguntó el Jeque, acomodándose en la silla que la mujer le ofrecía—. ¿Ha podido volver a su casa?

—Sí. Al final era una historia de abandono. Un anciano al que sus hijos extorsionaron y unos nietos que no dudaron en ayudarle. Mi clienta no va a denunciarlos. Pobrecillos —respondió Sofía, jugueteando distraída con las cosas que tenía sobre el escritorio.

—¡No puede ser! ¡Es imposible! —gritó Cabil, alargando la mano hacia ella.

—¡Quieto! ¿Qué pretendes? —inquirió ella enfadada, separando su sillón de la mesa para evitar que el brazo de él la alcanzara.

—Ese llavero. ¿Dónde lo compraste? ¿Cómo lo has conseguido?

—El anciano del que te hablé y sus nietos están alojándose de manera temporal en mi antiguo piso. En este mismo edificio. Esto estaba entre sus cosas, me lo he traído distraída antes, cuando subí a verlos.

—¿Está él arriba? —preguntó nervioso, poniéndose de pie.

La calma habitual que solía acompañar a Sofía estaba comenzando a quebrarse al ver la ansiedad del árabe. ¿Qué ocurría? Era un llavero sin más. Con una bola blanca con un brillo rosado, rodeada de un aro de plata. De esos que podías encontrar en cualquier tienda.

—Sí. Su nieto Eric le acompaña. Hasta que le vea un neurólogo no queremos dejarle solo y tampoco que salga a la calle. Se puede perder o alterar, por no mencionar que no aguanta la mascarilla puesta ni dos minutos.

—Tengo que hablar con él —replicó Cabil con urgencia en la voz.

—No puede ser. Le asustarías en el estado en el que estás ahora. Dime a mí lo que quieras decirle y se lo diré yo luego.

—Sofía, lo que tienes en tu mano es una de las perlas de la pulsera de Sabrina.

—¿Esta bola?

—Ese resplandor nacarado es único. Solo lo da la naturaleza. Ningún joyero podría igualarlo. No hay sustancia real o creada en un laboratorio que se asemeje.

Según iban hacia el antiguo hogar de la detective, Cabil fue contándole que la pulsera había estado formada por veinte perlas de tamaño medio, engarzadas en un fino hilo y con un cierre de oro rematado por otra perla más diminuta. En ninguna de sus hipótesis, la idea de que fueran separadas en algún instante había tenido cabida. ¿Quién en su sano juicio podría haber sido capaz de algo así?

—Tienes que tranquilizarte —le recalcó Sofía antes de abrir la cerradura—. Si le asustas y le atemorizas, no te dirá nada. Bastante confundida está de por si su mente. Quizá sus nietos puedan decirnos algo, pero todo a su tiempo.

—Lo sé —afirmó Cabil—. Después de tantos años perdida la pulsera, supongo que puedo esperar un poco más para recuperarla.

Eric estaba dándole un zumo con galletas al anciano en tanto él jugaba con uno de los viejos juguetes, de cuando Nando era un bebé, que quedaban en el piso. Era un soporte donde iba colocando aros de plásticos de vibrantes colores, ordenándolos por su tamaño. Los recién llegados se sentaron al lado de los dos hombres en la cocina.

—Hola, Pedro.

—Hola, bonita —respondió el anciano, sonriendo a la mujer con unos berretes de néctar de naranja en los labios que le recordaron a su hija Carlota.

—He traído un amigo. Se llama Cabil —dijo Sofía, presentando al Jeque, que había logrado sosegarse.

—¿Cómo está, señor?

—Bien, hijo —respondió, dejando los aros de colores y terminando su zumo.

—A mi amigo le ha gustado mucho el llavero que me diste. Él una vez tuvo una bolita similar.

Al oír el término con el que la detective se refería a la perla, el Jeque chasqueó la lengua, pero el leve pisotón que sintió en su pie derecho impidió que hiciera ningún comentario. Las arrugas de la tez de Peter no eran solo por el paso de los años. Cabil podía ver los sinsabores, los malos momentos y el duro trabajo en cada una de ellas. Su indignación se fue apaciguando al ser consciente del carácter del hombre que tenía delante.

—Mi abuela tenía algunas iguales —afirmó tranquilo—. Eran preciosas. ¿Hace mucho que la tiene?

—No me pertenecía a mí en realidad. Era de mi madre. Se parecía a

ti —añadió, volviéndose hacia Sofía, quien le sonrió con ternura.

—La querías mucho —afirmó la detective, acariciándole la mano.

—Sí. Mi padre le compró esa pulsera tan bonita en la feria de septiembre. Todas las mujeres del pueblo la envidiaban, pero el buhonero no volvió, y no pudieron hacerse con una igual. Mi mami presumía orgullosa del regalo de mi papi.

—Y las otras perlas…, las bolitas rosadas. ¿Dónde están? —preguntó Cabil como si tal cosa.

—Guardadas. Nadie las encontrará. A mi madre se le enganchó la pulsera al cerrar la trampilla del escondite secreto. Se cayeron todas por el suelo. Rodaron como pelotitas. Las recogí y las envolví en un pañuelo. Estaba sucio, pero no importaba. Lo hice rápido para que los hombres malos no me oyeran. Mamá me dijo que estuviera callado, en silencio, hasta que ella volviera. Pero no lo hizo —añadió con tristeza.

Por las mejillas de Pedro cayeron dos lágrimas que su nieto limpió con cariño.

—Fue durante la guerra, ¿verdad? —inquirió Sofía. El anciano asintió sin dejar de acariciar el llavero. La detective se giró hacia Cabil para aclararle los hechos.

—Por su edad, estoy segura de que habla de la Guerra Civil. Sus padres serían de un bando, y llegaron los del otro. Matarían a todos los que les pusieran resistencia en el pueblo. La gente se escondía en altillos, sótanos, cuevas…

—Él sería muy pequeño.

—¿Qué ocurrió después? —instó la detective a Pedro para que continuara con su narración.

—Tenía hambre y salí. Estaba oscuro. Me metí la mano en el bolsillo y acaricié la bolita que me había guardado. Era como si mi mami estuviera conmigo. Me sonaban las tripas. Mi boca estaba seca. Encontré un trozo de queso rancio y me lo comí. Aunque caminé buscando a mis padres mucho rato, no los encontré. Llegué a una carretera. Al principio estaba solo, pero aparecieron dos camiones. Tenía que haber huido. Lo sé. ¡Estaba tan cansado!

—¿Te hicieron algo, abuelo? —quiso saber Eric, que nunca había oído la historia. Su yayo pocas veces hablaba de esa época de su vida.

—No. Me dieron agua y me subieron a uno de los camiones. Yo me había hecho pis encima, pero hicieron como que no se daban cuenta. Me preguntaron qué había pasado y yo se lo conté. Estaban muy interesados en mi escondite. Sobre todo uno de los hombres. Me dieron una chocolatina y me prometieron otra si los guiaba hasta allí. Estaba rica. No lo dudé.

—¿Cómo se llamaba el pueblo?

Sofía necesitaba un nombre para poder ubicar el lugar donde un joven Pedro había ocultado las perlas. Por lo que decía, quizá ya no

estuvieran allí, pero era un buen punto de partida.

—Taima. Era pequeñito.

—No queda lejos de aquí —comentó, volviéndose hacia Cabil—. ¿Guiaste a los hombres a tu escondite?

—Sí.

—¿Se llevaron las perlas? —preguntó el Jeque impaciente.

—¡Cabil! —le reprendió Sofía. Si le aturullaban demasiado, se cerraría en banda y no les contaría nada.

—¿Cogerlas? No, ellos no las querían, ni siquiera sabían que estaban allí. Eso no se lo dije. Lo que pretendían era guardar sus cosas. Tenían un tesoro enorme —afirmó Pedro con la misma ilusión que brillaba en los ojitos de Nando cuando buscaban cofres imaginarios.

—A mi hijo y a mi sobrina les encantan los misterios así. Cuéntame más, por favor. Van a querer saber todos los detalles. ¿Era muy grande el escondite?

Cabil estaba admirado. La mujer había conseguido que Pedro se hiciera niño de nuevo y la contemplaba con la misma inocencia que un pequeño observaría a su madre. Eric y él eran meros espectadores silenciosos.

—¡Oh, sí! La entrada estaba debajo de Pandora y Lola, nadie miraría ahí.

—¿Quiénes eran?

Sofía conjeturó que serían otras niñas del pueblo. O algunas primas del pequeño Pedro.

—Nuestras ovejas. Tenían una lana blanquísima y muy suave. Era un gusto acariciarlas. Nadie se podía imaginar que en el subsuelo había un cuarto casi tan grande como el establo —rio Veladrich al recordar cómo la idea que había surgido de la mente ingeniosa de su madre y su padre, junto con otros dos hombres, la hizo realidad. Había sitio para las tres familias, pero los malos llegaron cuando los adultos estaban en la era y los niños jugaban distraídos. Su madre había ido a llevar unas manzanas a la casa, y obligó a Pedro a esconderse. Ella no le acompañó. Tenía que ayudar a su hombre. No la vio más.

—¿Pudiste ver qué portaban en los camiones? —le instó Sofía, sacándole de la ensoñación a la que sus pensamientos le habían encaminado.

—Unos cuadros muy grandes. Una parecía un armario y otro era azul. Ah, también había oro.

—¡¡¡Qué!!! —exclamaron los tres a la vez.

—Sí. De esos lingotes que salen en las películas. Les pedí uno, pero se rieron y no me lo dieron. De todas formas, no se podían comer ni beber que era lo único que yo quería hacer. Me regalaron más chocolatinas y a mí me pareció muy bien.

—Abuelo, ¿tú crees que siguen allí? Seríamos ricos.

—No te hagas demasiadas ilusiones, Eric —respondió la detective por Pedro, que había vuelto a dedicar su atención al plato de galletas que tenía a su lado. Había pasado mucho tiempo. Alguien pudo ir a por ello o el establo ser destruido y reconstruido.

—Tenemos que ir, Sofía —apuntó Cabil decidido. Cuanto antes mejor. Esa misma noche si era posible.

La detective lo hizo salir de la cocina y lo llevó al salón. Allí, lejos del anciano y su nieto, frenó las ansias del impetuoso Jeque. Habían sido demasiadas emociones para una mente tan frágil. Por otra parte, Lucas le había dicho que al día siguiente, a primera hora, Pedro tendría que ir al juzgado de familia para que una forense y un juez evaluaran su estado y le concedieran a Irina su custodia y tutela.

—Esta noche debe descansar para estar fresco mañana. Será un día duro para él.

—Pero…

—Por la tarde iremos. Diremos que quiere mostrarle a sus nietos el lugar donde vivió de pequeño. No podemos presentarnos en tropel en un pueblo sin que la gente sospeche, y menos con el coronavirus rondando.

—De acuerdo. Supongo que unas horas más no cambiarán nada.

—Por otra parte, está lo del oro y lo del cuadro azul. Si eran valiosos, volverían a por ellos.

—Y el que parecía un armario.

—¿Con una virgen pintada en la puerta? —preguntó una voz femenina que no habían escuchado acercarse. Era Rosa, seguida de Fabi. Había salido un poco antes de trabajar y acudió a buscar sus cosas a la agencia. El secretario de Sofía le indicó que estaban en el piso, y la guio hasta allí. Al ver a Cabil, se ruborizó como una quinceañera. Se alisó la falda nerviosa. Esperaba que no estuviera muy arrugada después de tantas horas trabajando.

—No lo sé. Tendríamos que preguntárselo a Pedro. ¿Por qué lo dices, Rosa?

—Déjame hablar con él y te lo diré —respondió emocionada.

Los tres regresaron a la cocina. El abuelo y el nieto estaban dando buena cuenta de unos plátanos que Irina había comprado.

—¡Mi niña! —exclamó el anciano feliz al confundir a Rosa con su hija. La mujer se agachó para darle un beso, y él le dio un trozo de fruta. Le daba pena contradecirle. Por lo poco que sabían, su propia hija pasaba de él. Sin embargo, en ella despertaba la mayor de las ternuras.

—Cuéntame como eran los cuadros. ¿Te acuerdas? —le pidió la secretaria de dirección con suavidad.

—El azul no me gustaba, con esas figuras tan alargadas. Me daba

miedo. Otro era una taberna como la del pueblo. Había jarras en una mesa, pero estaban todos dormidos. En cambio, el que parecía un armario era precioso. Con una virgen muy bonita de luminosos colores.

—¡No puede ser! Nadie ha sabido nada de ellos desde el 36.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Sofía. Estaba visto que los misterios en torno a Pedro se multiplicaban.

—¿No has oído hablar de ellos? Lo cuentan en los libros de historia. A mí siempre me gustó mucho esa asignatura. Me hubiera gustado estudiar la carrera, pero no tenía salidas profesionales y desistí.

—¿Qué tal un recuerdito para las que se nos atragantaban tantas fechas y datos?

—O para los que no conocemos a fondo la historia de España. Los torpes extranjeros.

Rosa tragó saliva. Estaba segura de que el árabe de torpe no tenía nada. A pesar de su aparente aire desenfadado, su inteligencia se destilaba en su tono de voz y en sus maneras educadas. Sus comentarios eran siempre acertados y sus opiniones eran dignas de tener en cuenta.

—Supongo que sabéis que durante la Guerra Civil española varias colecciones de arte fueron sacadas del país. Incluso el Museo del Prado de Madrid fue vaciado con la disculpa de evitar que los cuadros fueran dañados en algún acto vandálico. Muchas pinturas y esculturas terminaron en manos privadas, y nunca regresaron a sus legítimos dueños.

—Por lo que sé por novelas y películas, eso es cierto en parte, pero también hay mucho de leyenda.

—No te digo que no, Sofía. Sin embargo, hay hechos probados. En el Prado había tres cuadros en concreto de los que no se ha vuelto a saber nada. Uno era de Goya, *Armario relicario de Fuendetodos*, un oleo sobre lienzo de 180cm por 130cm. Presentaba una imagen de la Virgen del Pilar en el exterior y, al abrirlo, aparecían la Virgen del Carmen y San Francisco de Paula. Se cree que guardaría relación con *La ascensión de la Virgen y San Iñigo*.

Pedro la miraba embelesado, aquella muchacha era tan guapa y hablaba tan bien como su hija. Se parecía a ella, pero no estaba seguro. Su niña era poco cariñosa con él y la joven que tenía delante era muy dulce.

—¿Y los otros dos? —preguntó Fabi, que ya tecleaba en su móvil frenéticamente buscando información sobre lo que Rosa les estaba narrando.

—Un Velázquez de su etapa madrileña. Hacía pareja con *Los borrachos*. Era una taberna con todos sus ocupantes dormidos sobre las mesas. En tonos ocres y marrones, algo oscura.

—Concuerda con lo que Pedro nos ha contado —apuntó Sofía pensativa.

—El tercero era un Picasso de su época azul. Dos mendigos compartiendo un mendrugo de pan. En esos años, su estilo recordaba al Greco por sus figuras alargadas y distorsionadas. Daban la impresión de salir de las más tétricas pesadillas.

—¿Y el oro?

—Eso es fácil, Eric. El famoso oro de España. Desde julio de 1936 hasta marzo de 1937 se enviaron monedas y lingotes a Francia. El Gobierno de Burgos, al saberlo, dudó de su legalidad y presentó una denuncia ante la justicia gala por un delito de enajenación del oro propiedad del Banco de España. Pero no todo fue al otro lado de los Pirineos, parte fue enviado a Cartagena, a Valencia y a la URSS. Y, por supuesto, por el camino fue deslizándose en diversos bolsillos.

—O en sótanos bajo establos —la interrumpió Cabil, admirado por los conocimientos de la bella mujer.

—¿Establos? —inquirió la joven confundida. Cuando Fabi y ella habían llegado, ya les había contado Pedro lo de su escondite secreto, así que no pudieron escuchar esa parte.

—Luego te lo cuento —le dijo Sofía—. Mañana, Pedro, uno de sus nietos y yo iremos a Taima. Intentaremos averiguar qué queda allí de lo que nos ha contado.

—De eso nada. Tengo que saber si las perlas de mi abuela siguen escondidas. Es mi legado. Soy yo quien debe recuperarlas.

—Sin mi ayuda tecnológica, tú no llegarías, jefa. Seguro que te pierdes por el camino.

—Daría lo que fuera por ver los cuadros en persona, Sofía. Seríamos los primeros en volver a apreciar la majestuosidad de las pinceladas de sus autores en mucho tiempo.

—No sabemos si la pulsera o las pinturas siguen allí. Cabil y tú no hace falta que vengáis. Ya os contaré si los encontramos y los veréis después.

—¡Por supuesto que vamos! —insistió Cabil. No iba a permitir que otra persona que no fuese él se hiciera con las perlas. Y si Rosa venía con ellos, la visita sería más interesante. La secretaria asintió con firmeza. Estaba encantaba del vuelco que había dado su vida en los últimos días. La monotonía del estado de alarma y el confinamiento había quedado atrás.

Sofía suspiró. No. Aquella excursión a Taima no iba a ser sencilla.

10. Ojos azules

Rosa, con la ayuda de Fabi y Sofía, bajó sus cosas al portal del edificio donde se ubicaba la agencia. Las pertenencias de la secretaria consistían en una maleta pequeña y un par de bolsas, nada que no cupiera en el maletero de un coche.

—Lucas y yo podemos dejarte en tu casa —reiteró la detective, señalando el coche de su marido, que estaba aparcado en la puerta de la agencia.

—No es necesario, Sofía. Me pido un taxi y listo. Vosotros iros con vuestros niños.

—¡Mira! Ahí viene Lucas con Diego.

El oftalmólogo conducía su utilitario sin dejar de restregarle al abogado su derrota en el partido de tenis que habían terminado de jugar hacia una media hora. No era lo habitual. Su amigo tenía un saque imbatible, pero las noches en vela con dos bebés terminaban por pasarle factura.

—Tal vez deberías venir a que te revise la vista. Mira que no ver esa bola curva que te lancé de forma magistral. Tenía que haberlo grabado en vídeo.

—Tío, es que jugabas tan lento que no puedo evitar echar una cabezadita entre raquetazo y raquetazo —se defendió Lucas. Estaba agotado. A Carlota no la dejaba dormir su nuevo diente, y al pequeño Javier un inoportuno cólico le había hecho llorar sin descanso. ¡Con lo bueno que solía ser! Se sentía impotente al ver sus ojitos llorosos y rojos. En esas ocasiones, le gustaría poder absorber el dolor de sus retoños y sufrirlo él.

—Tu mujer no está sola —comentó Diego, silbando apreciativamente al ver a Rosa a su lado con varios bultos a sus pies.

—Es su nueva clienta, la conociste la otra noche. Bueno, ya no, el caso está resuelto. Es increíble que hayan estado residiendo tres personas en el ático sin que ni ella ni ninguno de los vecinos se percatara. Vivimos cada uno en nuestra burbuja sin querer que nadie nos moleste ni preocuparnos de los demás.

—¿Vas a ayudarlos? —inquirió el oftalmólogo a Lucas. Aunque conociéndole, suponía que la respuesta sería afirmativa.

—No me queda más remedio. Sofía ya los ha adoptado. Los tiene viviendo en su antiguo piso. Te digo yo que de ahí no se mueven a

menos que yo consiga que el abuelo recupere su dinero. Y te aseguro que lo haré. Hay hijos que no se merecen el cariño que recibieron de sus padres durante su infancia.

—Rosa tampoco va a presentar cargos —afirmó más que preguntó Diego.

—¡Qué va! Son tal para cual. No es raro que se hayan hecho amigas. Si es que Sofía parece muy dura, pero luego hasta un árabe poniendo ojitos consigue que le perdone. Es una blandengue.

—¡Hombre! Fue su hermano. Él no tuvo nada que ver —rio Diego.

—¿Te resulta divertido y buen tipo? Pues si quieres algo con Rosa, espabila, porque a mi mujer no es a la única que le dedica miradas tiernas.

Para el abogado no había pasado inadvertida la mutua atracción que entre su amigo y la joven rubia había surgido la noche anterior. No obstante, Cabil no resultó inmune a la dulce naturalidad de Rosa. Iba a ser divertido observar el triángulo amoroso que de forma tan inesperada se había originado. En su fuero interno, esperaba que Diego resultara ganador. No quería tener que ver a Cabil con frecuencia, porque se hubiera convertido en la pareja de la amiga de su mujer.

—¿Qué tal, chicas? ¿Cómo ha ido la tarde? —preguntó el abogado, besando a su esposa.

—¡Ni te lo imaginas! Ha ocurrido algo que lo cambia todo. De camino a casa te pongo al día, pero que sepas que mañana nos vamos todos a Taima.

—¿Quiénes son «todos»? —inquirió el abogado, sintiéndose inquieto. En los verdes ojos de su mujer había una chispa que solo aleteaba en ellos cuando estaba a punto de embarcarse en uno de sus locos casos. Miedo le daba. ¿Qué idea habría cruzado por aquella encantadora cabecita?

—Diego, Rosa va muy cargada —dijo, volviéndose hacia el otro hombre, eludiendo de esa forma responder a la pregunta de su marido. Le había quedado claro que Cabil no le gustaba al abogado, pero iba a tener que aceptar su compañía unos cuantos días. Dudaba que las perlas estuvieran esperándoles en el mismo sitio donde Pedro las había dejado hacía ochenta años. La búsqueda no había hecho más que empezar—. ¿Podrías llevarla a casa? Te pilla de camino.

—¡No hace falta! —se apresuró Rosa a exclamar, negando su acuciante necesidad de transporte.

—¡Bobadas! ¿A que no te importa?

—Por supuesto que no —respondió risueño el improvisado chófer—. La acompañaré encantado. Vosotros aseguraos de que mi ahijado no pasa mala noche otra vez.

—Hoy voy a darle el pecho despacito y tranquila. Me pondré música

suave de fondo. ¡Pobrecito mío! Ayer con la cena estábamos acelerados y el bebé lo notó.

Sofía se sentía culpable. Ella pasándoselo bien, y su chiquitín fastidiado. La insistencia de Lucas de que ella no había tenido la culpa, simplemente el estomaguito de Javier estaba peor ese día, no la alivió.

Los preocupados padres se marcharon en el coche del primero a su casa a las afueras de Basema.

Cabil hacía un rato que se había ido a cenar a la embajada. Determinados compromisos no podía eludirlos aunque quisiera. Además, si al día siguiente quería estar libre para viajar a Taima, debía dedicar las horas que restaban del lunes a las relaciones sociales y los negocios. Por petición suya, varios empresarios importantes iban a asistir a la velada, que el embajador se encargó de organizar, para hablar sobre futuras inversiones en su emirato. Era imprescindible su presencia a fin de firmar acuerdos ventajosos para su pueblo.

Fabi, espoleado por lo que Rosa les había contado, estaba de camino a su hogar con un único pensamiento en su mente: contactar con sus amigos de la red profunda para averiguar todo la información posible acerca de los cuadros y los lingotes. Tal vez no se conociera de forma oficial a sus propietarios actuales, pero eso no quería decir que hubiera otros medios de indagar. Boris tendría que apañárselas solo con el transporte y la seguridad que requerirían en su excursión a Taima. Cabil podría decir que quería confundirse entre la multitud, algo difícil ya que era un jeque y su rostro era conocido en todo el mundo.

Rosa notó un suave olor a «dama de la noche» en el auto. Era un aroma sutil que a ella le gustaba utilizar de ambientador en las habitaciones de su casa. No era empalagoso ni mareante, como otros olores que se podían encontrar en las estanterías de los supermercados. De un hombre como Diego hubiera esperado algo con más carácter o el convencional olor a pino o a lavanda. Aquel guapo oftalmólogo era una caja de sorpresas.

—Me ha dicho Lucas que no vas a denunciar a Pedro y a sus nietos —comentó el conductor, que de repente se sentía intimidado. Notaba la humedad de las manos con las que agarraba el volante y su ropa estaba otra vez pegajosa, como cuando habían acabado el partido de tenis. Tenía que comportarse. ¡Era un hombre adulto!

—No. Salvo comida, no se han llevado nada. Aunque Irina y Eric se preocupaban de que su abuelo tuviera lo necesario cuando se iban, había unas horas por la noche en que se quedaba solo y hacía de las suyas. En su mente, me confundía con su hija, así que nunca estuve en peligro en realidad.

—Tengo entendido que se descolgaba por una trampilla disimulada

en el techo con una escalera de esas de tijera. Podía haberse caído.
—¡Qué va! Menuda agilidad. Sofía opina que en alguna época las dos viviendas debían de ser una. El ático, en realidad, sería una buhardilla unida a mi piso, y se comunicaban por el pasillo. Imagino que habría peldaños que desaparecerían con la remodelación del edificio.
—¿Y qué es eso de Taima y unos cuadros?
Rosa le fue explicando a Diego sus suposiciones sobre lo que Pedro recordaba haber visto de pequeño. En pleno siglo XXI parecía un cuento para ser narrado a la luz del fuego, sin embargo, era posible que hubiera algo de realidad en la historia.
—Estáis creyendo a un anciano con la mente trastornada que recuerda haber visto un tesoro cuando era un crío mientras se escondía de una muerte segura en plena Guerra Civil.
—Supongo que resulta un tanto disparatado —concedió la secretaria de dirección.
—Algo más que un poco.
—Bueno, mañana saldremos de dudas. Quiero pedirles a mis jefes unas horas libres por la tarde. Tendré que recuperarlas el resto de la semana, pero es tan excitante que no quiero perdérmelo.
Diego consideró que a su compañera de vehículo le gustaban las emociones. De estar aterrorizada por las voces y las extrañas presencias en su piso, había pasado a estar planteándose una visita al pasado de Pedro. No era tan tímida y apocada como quería aparentar con esa seria ropa de trabajo. ¡Qué caramba! Haría unos ajustes en su agenda y se uniría a la aventura. Una tarde en el campo en buena compañía sería un agradable cambio.
—Tengo que reconocer que es una pasada de piso —afirmó Diego al ver las estancias de la casa de Rosa, al ayudarla a subir las bolsas—. Es antiguo, pero está muy bien reformado. Es precioso.
—La obra fue cosa del despacho de arquitectos donde trabajo. Por eso conseguí el alquiler a buen precio.
—¿Y no sabían lo del ático?
—No se me ocurrió preguntárselo. Hoy los dos jefes estaban en Olvido en una reunión. Mañana se lo contaré. Tendrán que hacer algo para cerrar la trampilla de forma definitiva.
—¿Cómo no la vieron? —preguntó Diego, observando el techo del pasillo.
—Desde aquí no se apreciaba porque estaba pintada encima. Eric la descubrió porque se le coló una moneda entre dos tablillas del suelo, y al hacer palanca para levantar una de ellas, encontró la trampilla.
—¡Increíble!
—Sí que se soltó polvillo cuando Pedro bajó. Lo sé ya que tuve que barrerlo. Pensé que lo había traído yo de la calle. En ningún momento

se me ocurrió examinar el techo.

—La escayola que lo rodea disimula las rendijas de la unión. Está ideado con ingenio.

—He buscado los planos está tarde en el ordenador —confesó Rosa, poniéndose colorada. Sus credenciales le permitían acceder a ellos aunque no tuviera un motivo real para hacerlo. Si la descubrían, estaría en un lío, pero el resto de los ocupantes de la oficina en aquellas horas estivales trabajaban, o lo fingían, sin levantar la vista de sus pantallas, lo que le había dado a ella cierta intimidad.

—¿Algo interesante?

—Nada. Salvo que la trampilla no sale en ellos. No tuvieron que bajar los techos, con lo que no los picaron. Solo los pintaron y cambiaron las luces, pero esta zona permaneció intacta. Dieron pintura sobre pintura.

—¿Y el suelo de arriba?

—Parqué. Se limitaron a pulirlo y barnizarlo sin más. Quizá, con otros ocupantes nunca hubiera sido descubierta la comunicación entre las dos plantas. Solo los ojos curiosos y sagaces de Pedro dieron con ella.

Rosa dudó si ofrecerle una copa o algo de comer al oftalmólogo para agradecerle su ayuda. Estaba cansada, deseaba colocar sus cosas, darse una ducha y tumbarse en el sofá a ver una serie y quedarse dormida. Sin embargo, sus labios se movieron sin que su cerebro lo impidiera y le preguntaron a Diego si quería beber algo.

—Muy amable. Estoy seco tras el partido.

—No tengo nada de picoteo —afirmó desolada al percatarse de que su nevera estaba vacía, a excepción de unas latas de refresco—. Podríamos pedir una pizza —añadió la mujer.

«Eso. Tú complícalo más. Una cena improvisada. Así no te irás pronto a dormir», se dijo a sí misma la secretaria de dirección.

—¡Genial! —exclamó Diego encantado.

Mientras llegaba el repartidor, él se puso cómodo dejando que ella se diera una ducha rápida y colocara las cosas que se había llevado a casa de Lucas y Sofía. La decoración del piso era femenina. Delicados tonos pasteles y toques de color que aportaban armonía al entorno. Un lugar donde se respiraba paz.

Rosa dudó entre ponerse un vestido ligero de algodón o unas mallas con una camiseta. Optó por la primera prenda, por ser menos informal que la segunda. Además, no quería que se le marcara el culo en cada movimiento. El peso que había cogido durante el confinamiento por la covid-19 se había ubicado especialmente en aquella zona de su anatomía. Le había dado por hacer bizcochos y arroz con leche. Incluso intentó las tortitas americanas, pero esas no le salieron.

Tras unas raciones de pizza, y un par de vasos de Coca-Cola, la

conversación entre ambos se había hecho relajada. Tenían gustos literarios comunes e incluso ella le confesó que había escrito un par de cuentos durante el tiempo que no pudieron salir de casa.

—Me encantaría leerlos.

—Son muy malos —negó Rosa riendo.

—Aun así —insistió él con un pestañeo seductor.

Ella pensó que él tenía los ojos de un color azul grisáceo muy suave, contrarrestando con el turquesa de los de Cabil. Estaba visto que esa tonalidad era la predominante en su entorno esos días. Ambas variedades eran igual de atrayentes y enigmáticas.

—Los buscaré en el portátil cuando tenga un rato y te hago una copia en papel.

—Puedes enviármelo por WhatsApp.

—No tengo tu número.

Según pronunció esas cuatro palabras, supo que había caído en la sutil trampa de Diego. Había sido una buena maniobra para hacerse con su teléfono, algo que en el fondo deseaba y le halagaba. La improvisada cena había resultado genial. Estaba deseando repetir. Tal vez incluso con algo de ejercicio posterior para bajar las viandas que ingirieran.

Se percató desde el primer momento de la forma en que él le miraba el escote cuando entró de la habitación donde estaba sentado. En un par de ocasiones tuvo que echar mano del refresco que estaban bebiendo para bajar la temperatura corporal. Rosa también sentía el calor que la cercanía de Diego causaba en ella. Al final iba a tener que agradecerle a Pedro que se hubiera colado en su casa. Si no hubiera sido por él, no habría conocido al oftalmólogo.

Un poco más tarde, en su cama, seguía sin poder dormirse. Debía hacer algo para relajarse. Abrió el cajón superior de su mesilla, donde guardaba su colección de vibradores. Eligió uno de doble estimulación. Sería incapaz de hacerlo en la vida real, pero en sus más ardientes fantasías eróticas un trío con Diego y Cabil resultaba muy tentador.

No se cortó a la hora de usar su juguete, ni de gemir al sentir los orgasmos arrasando sus terminaciones nerviosas. Esperaba que no la hubiesen escuchado desde algún piso. ¡Qué vergüenza!

Satisfecha, lo dejó caer sobre la alfombra. Estaba demasiado somnolienta y cansada como para colocarlo en su sitio. Ya tendría tiempo de lavarlo al día siguiente.

Esa noche, sus sueños estuvieron plagados de ojos azules que la miraban con deseo. Unos eran turquesas y otros grises, pero en ambos había la misma pasión.

11. Taima

Los arquitectos para los que trabajaba Rosa permanecían con la boca abierta mientras su secretaria les explicaba lo que había pasado en su piso. ¡Una trampilla! ¡Nadie la vio al realizar las obras! Podía haber ocurrido una desgracia. Algo irreparable. La reputación del estudio hubiera quedado seriamente dañada.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó uno al otro tras quedarse a solas—. Te dije que no valía con tapar la trampilla, deberíamos haberla cegado.

—La sellaremos y no diremos nada. Hay que echar tierra sobre el asunto. No nos interesa que se sepa fuera de estás cuatro paredes.

—El pintor, el del suelo, el electricista… Alguno debió verla. Aunque creo recordar que íbamos con prisas. Iba a formalizarse la venta del piso de arriba, y la fecha de la firma ante notario se nos echaba encima.

—Les dijimos que quitaran los escalones pero nada más. De todas formas, da igual si sabían que estaba allí o no. Ambos somos los últimos responsables de las obras. Nuestra rúbrica va en los planos y los permisos. Tendríamos que haber revisado el resultado final y no lo hicimos. Acostumbramos a delegar más de lo que debemos. Como el capataz lo ha visto, pensamos que ya vale.

—Eso es cierto. A partir de ahora uno de los dos debe ir antes de dar por finalizada una reforma.

—Desde luego.

—Llama a los hombres de Ramírez. Diles que hablen con Rosa y que queden una tarde para arreglarlo. Hay que hacerlo antes de que el ático esté ocupado por sus legítimos dueños.

—Siguen en Portugal. Me parece que hasta otoño no vuelven.

—Cuanto antes mejor no les vaya a dar por regresar en verano. Por suerte, nuestra secretaria desea limpiar el ático y dejarlo como si no hubiera habido nadie viviendo allí. Algo que nos conviene. Si corre el rumor de que dejamos trampillas ocultas en las paredes de los edificios que rehabilitamos, sin que lo sepan sus propietarios, tendremos un serio problema. Nos negarán permisos de obras y será nuestro fin.

Rosa consiguió la tarde libre del martes a condición de supervisar a los obreros el miércoles. Después llegaría el momento en que Irina y

Eric se armarían de bayetas y fregonas para hacer una limpieza intensa. Los lusos no se iban a creer que su piso estuviera tan impoluto a su vuelta. Lo achacarían al perfecto cierre de las ventanas. ¡Si ellos supieran!

Ese día escogió unos pantalones cortos amplios, y una camiseta rosa para ir a Taima. En una pequeña mochila metió lo que creía que podía necesitar y se encaminó hacia la agencia de detectives de Sofía. Era el punto de encuentro de la extraña comitiva. Procuró ir por la sombra, pero la incomodidad que ocasionaba la mascarilla, que debían llevar obligatoriamente para proteger a los demás y a ellos mismos, hacía que el calor fuera más agobiante.

El secretario de la detective era el que estaba organizando la forma en que viajarían. Había alquilado un microbús de veinte plazas. Lucas y Sofía podían sentarse juntos, así como Boris y Fabi. Pedro y sus dos nietos convivían bajo el mismo techo, con lo que no había problema. Diego, Cabil y ella eran los que debían ir sentados en asientos separados. De ahí que el informático hubiese pensado en ese vehículo para ir hasta Taima.

—Tenéis hidrogel nada más subir. Iré diciéndoos vuestro sitio asignado. Será el mismo a la ida y a la vuelta. En la compañía de alquiler me han asegurado que está higienizado, de todas formas deberéis permanecer con la mascarilla puesta todo el trayecto.

—¡Qué lata! Yo me la quito cuando estoy con mis amigos —afirmó Eric. Él, como el resto de los jóvenes de su edad, se creía inmune al virus y no tomaba las medidas de precaución adecuadas.

—Tú harás lo que te han dicho —le recalcó su hermana.

Irina había podido acompañarles cambiando el turno. Solía trabajar por las tardes, para no dejar solo a su abuelo. Eric no tenía esa posibilidad. Su horario era de cinco de la madrugada a doce del mediodía todos los días. Libraba los domingos, así que los sábados salía de fiesta hasta las tantas. No obstante, aunque sus palabras le hicieran parecer algo inconsciente, procuraba mantener las distancias y no hacer locuras. Por nada del mundo quería llevarle el virus a su abuelo.

Rosa se sentó en cuarta fila, al otro lado del pasillo estaba Diego y detrás de ella Cabil. Sentía sus respectivos iris azules clavados en su nuca. Era una situación extraña, que le provocaba una miríada de sensaciones, a cual más agradable. Había tenido sus novietes y sus tonteos, pero tener, de pronto, dos hombres tan atractivos haciéndole la corte era algo inusual. Resultaba refrescante.

—¿Dónde está Sofía? —le preguntó Fabi a Lucas al verle llegar solo.

—No lo sé. He venido directo del juzgado, se suponía que nos reuníamos aquí —respondió preocupado. ¿Le habría pasado algo? Desde el segundo embarazo había cogido la moto pocas veces, algo de

lo que se alegraba en secreto y nunca diría en voz alta. Su chica podía ser un tanto kamikaze a lomos de su caballo mecánico. Ella no lo veía así, sin embargo, a él se le ponía la misma carne de gallina que cuando pillaba a Carlota gateando cerca del borde de la piscina.

Un coche de alta gama se detuvo al lado del microbús. Lucas sabía quién era el conductor: su amigo Juan, el juez. El vehículo era un modelo único en la ciudad, inconfundible. Era extraño. Se habían visto por la mañana y no le había dicho que pensará acompañarles. Seguro que Diego le había llamado y le había convencido para que se uniera al grupo.

El abogado había persuadido a Juan para que enviara una recomendación al letrado encargado de llevar el caso de la demanda de Pedro contra sus hijos, rogándole que el expediente no se perdiera entre una montaña de papeles. Era inmoral la forma en que se habían apropiado de sus escasas propiedades. No estaban dispuestos a permitir que la lentitud de la justicia jugase también en su contra.

—Hola, cariño. ¡Sorpresa! —exclamó una voz femenina que conocía bien. Era su esposa apeándose del lado del copiloto del vehículo—. Juan me llamó para decirme que Pedro y los chicos no tenían de que preocuparse por la marcha del proceso. Ya lo ha arreglado con el juez de familia. Como tú terminabas tarde, le pedí que nos trajera. ¿A que es genial?

—¿Nos? —inquirió su marido alarmado.

—A Carlota y a mí. He considerado que Javier podía cansarse, pero que la nena podría disfrutar de una tarde en el campo.

—Sofía, esto no es una alegre excursión —protestó el hombre, cogiendo en brazos a su hija y dándole besos en sus mofletes, a los que la niña respondió con babosos lengüetazos—. Es trabajo.

—Con un bebé parecemos un grupo de turistas visitando con su guía el pueblo de Taima. Será una coartada más realista entre los lugareños.

—¿Y quién es el guía? ¿A quién otro has liado para que venga?

—A nadie, hombretón. No te enfades —afirmó Fabi a su espalda ataviado con unos pantalones cortos beige, una camiseta con un logo de una agencia que desconocía, una gorra roja y un micrófono sobre la mascarilla que le pasaba por encima de la oreja. Boris estaba a unos pasos, con el mismo atuendo y cara de fastidio. Un coro de risitas les rodeaba. Rosa, Diego y Cabil pegaban sus rostros a los cristales para ver que ocurría fuera y descubrir el motivo por el que no terminaban de subir.

—Boris, estás genial. Si te cansas de trabajar en la agencia, creo que tienes futuro en el mundo de los viajes organizados.

—Gracias, Sofía, pero creo que podía conducir igual el autobús sin tener que disfrazarme.

—¡Aguafiestas! —exclamó Fabi, dándole un abrazo a su grandullón favorito—. Así vamos conjuntados y hace creíble nuestra tapadera.

—Viajes Paraíso. Dos palmeras como logo. Tampoco te has excedido.

—Cariño, solo tenía unas horas. Sé que está trillado pero es directo y claro.

Juan dejó su coche en un *parking* cercano y se sentó junto a su amigo Diego, en el lado de la ventana. Al oftalmólogo le dejó el sitio del pasillo para que estuviera próximo a Rosa. La mujer era una belleza, algo tímida en un primer contacto, que ganaba soltura al afianzar la relación. Además, así, parapetado por el cuerpo de su amigo, podía vigilar a Cabil. Le caía bien. Era un tipo simpático, con un innato don de gentes. Si no hubiera conocido a su hermano Abil antes, tendría mejor opinión de él, pero era imposible que las difíciles situaciones por las que les hizo pasar no acudieran a su memoria cada vez que le veía. Sofía le había recriminado por ello en el coche, en el trayecto de su casa a la agencia. La detective le recordó que no debía juzgar por las apariencias. Le daría una oportunidad. Esperaba no equivocarse.

Fabi, muy metido en su papel, fue contándoles la historia de Taima. Había sido un lugar de contienda en la Guerra Civil. Muchos de los hombres jóvenes habían muerto en los campos que rodeaban el pueblo, y otros habitantes fueron fusilados en sus calles. Con gran esfuerzo, sus ciudadanos consiguieron que resurgiera de sus cenizas durante la posguerra. Seguía siendo un punto de referencia por su ganadería, logrando mantener una población estable incluso en invierno. Sin duda, en verano era cuando más se llenaban sus calles con los hijos y nietos de los abuelos que aún vivían allí.

Carlota se quedó dormida en los brazos de su padre en cuanto el microbús arrancó. De esa forma, Sofía y Lucas pudieron conversar sin hacer mucho caso a su peculiar guía.

—¿Qué esperas encontrar?

—Seguramente nada, aunque teníamos que venir sí o sí. Cabil debe ver con sus propios ojos que ya no queda nada allí. Es imposible que las perlas estén aún donde Pedro las guardó.

—¿Y con venir tú con Fabi y hacer unas fotos no valía? ¿No te has pasado un poco?

—Venga, cielo. Ese espíritu aventurero del que presumes con Nando cuando os ponéis hablar de tesoros ocultos, ¿dónde te lo has dejado?

—En el paritorio donde nació la pequeñaja que tengo en brazos. Somos padres de tres hijos. No podemos hacer locuras.

—Bobadas. Bien que te lo pasas siguiéndome la corriente.

Un poco antes de llegar a Taima, Carlota se despertó de su siesta vespertina llorando. Tenía hambre. Sofía había ido prevenida y llevaba zumos en una neverita portátil para ella.

—Esta niña es una glotona —afirmó Diego, viéndola agarrar con sus manitas el envase.

Rosa sonrió. Se notaba que al oftalmólogo le gustaban los críos. Una imagen de ellos dos con unos pequeñuelos saltando a su alrededor surgió en su mente. Sacudió la cabeza para hacerla desaparecer y se centró en lo que estaba contando Fabi.

—Nos dirigimos a la que fuera la casa de Pedro de pequeño. Ha sido difícil y laborioso dar con ella. Los registros antiguos no están digitalizados y era complicado. No me preguntéis porque no os puedo decir cómo lo he hecho, pero logré hacerme con el dato que necesitaba.

La cara del informático denotaba lo contrario a lo que decía. Se le veía más que dispuesto a contar la forma en que sus amigos *hackers* le habían ayudado. Sofía conocía lo farragosas que podían ser sus explicaciones, de modo que rezó en silencio para que nadie le siguiera la corriente.

—Cariño, iré más rápido si me dices dónde dejamos el microbús —sugirió Boris que ya había oído la narración de los hechos de labios de su chico dos veces. No quería escucharla una tercera porque alguien le alentara.

—Hay una cafetería grande en las afueras del pueblo. Aparcaremos allí. Y después iremos dando un paseo por sus calles como unos vulgares turistas. Nos pararemos en la plaza del ayuntamiento y en la iglesia, para que los lugareños no sospechen.

—Sería un poco raro que lo primero que visitáramos fuera una cuadra —añadió Sofía, colocando a Carlota en una mochila portátil en la espalda de Lucas. Ella necesitaba tener libertad de movimientos para investigar.

—Hablando con la gente se pueden averiguar cosas también —sugirió Cabil—. Una charla desenfadada abre puertas.

—No sería mala idea que alguno nos quedáramos tomando algo en la terraza. Veo que hay varias personas echando partidas de cartas. Diego, tú juegas al mus y al tute, si no me equivoco.

El amigo de Lucas tenía la facilidad de hacer hablar a cualquiera. Incluso el más tímido y reacio hombre, al cabo de un rato, le estaba contando su vida sin reparos. La detective creía que él era la mejor elección posible. Esperaba que accediera a su petición.

—Sí. Me aficioné en la universidad. Solo voy a aburrirme, alguien podría quedarse conmigo.

La mirada que le dedicó a Rosa hizo que hasta la detective se ruborizada. «Vaya con Diego, cómo usa sus encantos masculinos cuando le interesa una mujer». Por supuesto, la secretaria no tuvo otro opción y cedió al ruego de aquel hombre tan atractivo.

El resto de excursionistas iniciaron su periplo con ilusión. El pueblo

estaba cuidado y eso hacía que resultara agradable recorrerlo esa tarde. Fabi abría la marcha, muy metido en su papel de guía turístico.

En una tienda de comestibles, vieron unas cuñas de queso y unos botes de miel que llamaron la atención de Lucas. La tendera se quedó prendada del bebé que parloteaba sin descanso en los brazos de su papi.

—¡Qué niña tan bonita!

Carlota hizo una caída de pestañas, que nada tenía que envidiar a las de una estrella de cine. Era una cautivadora nata.

—Gracias —respondió Sofía orgullosa de su pequeña. Había unos dulces que harían las delicias de Nando y Marta. Se llevarían una caja para los niños y alguno caería para ella.

—No son de aquí. ¿Qué les ha traído al pueblo? —quiso saber la dueña de la tienda, estirando el cuello sin disimulo para observar a los que se habían quedado fuera.

—Turismo —respondió lacónicamente Lucas. Aquella mujer era la típica cotilla de pueblo. Estaba seguro. Mejor cortarla de raíz.

—En realidad, hemos venido con mi padre, mi hermano, un primo y dos sobrinos a ver el lugar donde vivió de pequeño. Durante la guerra.

El abogado suspiró. Sofía y sus cosas. Ahora eran familia. ¡Tenía unas ideas! Cabil había pasado a la categoría de primo. Lo que le faltaba por oír.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó con interés la tendera—. Conozco a todo el mundo. He nacido, me he casado y he criado a mis hijos aquí.

—Veladrich. Es ruso. Sus padres eran de Rumania —aseguró Sofía con satisfacción. Estaban ante una buena fuente de información. Debían ir con cuidado a fin de no espantarla.

—Voy a salir para verle la cara. Seguro que así me acuerdo mejor.

—¡Genial! Una cosita, tiene la cabeza un poquito tocada. Demencia senil. No se asuste si dice algo extraño.

—Tranquila, hija. De esos veo muchos en mi tienda y no tienen ninguna enfermedad —replicó con gracejo la buena señora.

Por gestos, la detective les indicó a los jóvenes y al Jeque que debían seguirles la corriente. Salvo Pedro, el resto prefirieron permanecer callados y no meter la pata.

—Así que Veladrich…

—Sí, señora —respondió el anciano.

—Mi madre me habló de un par de familias rusas que vinieron a Taima durante la guerra. Desaparecieron una noche en que los nacionales asaltaron el pueblo para acabar con los republicanos. No les fue fácil. Les presentamos batalla, pero como resultado murieron varios vecinos.

—Mis padres fueron quemados al lado de la iglesia. No me atreví a

acercarme a darles un beso. Tenían la cara negra y las ropas hechas jirones.

Irina ahogó un gemido lastimero. Ese episodio no se lo había contado nunca. Se limitaba a narrar cómo huyo del lugar caminando, sin dar más detalles. Cabil le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él, para que llorara contra su pecho. Eric cogió la mano de su abuelo y la apretó. Él se volvió y le dio una palmadita cariñosa en la cara. Sofía sintió el abrazo protector de su marido. ¿Cómo podían ser los hombres tan crueles con sus semejantes?

—Tenían la casa al final de esa calle, saliendo del pueblo. No queda más que un cobertizo en pie que se utiliza para que se cambien los de las orquestas cuando vienen a las fiestas. Nadie quiere esas tierras. Traen mala suerte, me decía de pequeña mi padre, supongo que sería por lo que le sucedió a los tuyos.

—Muchas gracias por su ayuda. Nos acercaremos a verlas y luego tomaremos algo fresco en una terraza —explicó Sofía con una sonrisa de felicidad. Si nadie quería arrimarse mucho al establo, por miedo o superstición, tanto mejor para ellos.

Siguieron caminando como si tuvieran todo el tiempo del mundo, cuando lo que querían era correr hacia el lugar.

—Ahora sin paradas, Fabi —le pidió Lucas al secretario de la detective—. Llévanos derechos allí.

—Así que ahora somos cuñados —bufó Juan, fingiendo estar enfadado.

—Y Cabil es nuestro primo. Sofi, inventando historietas eres inigualable.

Antes de llegar a su objetivo tuvieron que atravesar un campo sin ningún árbol, que hizo que sudaran de forma copiosa. Al menos sabían que estarían lejos de ojos indiscretos, porque con treinta y cinco grados, solo a ellos se les ocurría atravesar aquella solana.

El portalón estaba abierto, no tuvieron más que empujar para entrar. Por los restos, aquel sitio tenía pinta de ser un lugar de encuentro de los jóvenes que buscaban la soledad de la noche para emborracharse.

—¡Huele fatal!

—Una mezcla de alcohol, orines, vomitonas y mierda de animales, Irina —señaló Sofía, poniéndose unos guantes.

Boris la imitó, puesto que en aquel peculiar grupo no había nadie más dispuesto a mancharse removiendo basura y boñigas de vaca.

—Fabi, ponte unos tú también y ayúdanos.

—No, que voy a mancharme, jefa. No he traído ropa para cambiarme.

—Ni yo tampoco, guapito. Ya nos limpiaremos en alguna parte, aunque sea con una botella de agua.

Cuanto más se acercaba la detective al informático, más se alejaba él

hacia la puerta. La mujer se giró hacia el abogado, que con rapidez levantó los brazos y afirmó que tenía que atender a Carlota.

—Te ayudaría, cariño. Pero uno de los dos debe mantenerse limpio para cuidarla.

—Lo haré yo —se ofreció Eric, que deseaba encontrar lo que buscaban cuanto antes e irse de aquel lugar que tan malos recuerdos traía a su abuelo.

Mientras los demás conversaban en alegre charla, Fabi, Eric y Sofía se arrastraban por el suelo, quitando lo que les entorpeciera para ver la tarima de madera que había debajo de la paja. A primera vista, parecía sólidamente unida, pero sabían que no era así. En algún lugar existía un resquicio por el que levantar unas tablas, solo tenían que encontrarlo. Por lo que la tendera les había explicado, la detective estaba convencida de que el cobertizo no había sufrido ninguna remodelación en casi cien años.

—¡Aquí! —exclamó Fabi triunfal—. Necesito luz. Enfocad con los móviles.

En unos minutos, varios brazos apuntaban con sus linternas en la dirección indicada por el informático. Sofía se tendió en el suelo, y con la nariz pegada a unos centímetros de la madera observó con detenimiento el pavimento.

—Bien visto. Esta es la entrada.

La detective extrajo una pequeña navaja de su bota y quitó la suciedad que se había incrustado en los bordes. Una cuerda desgastada, que pasaba inadvertida entre la paja, era el asa que permitía levantar la trampilla.

—Boris, tira.

Una nube de polvo se elevó a medida que las maderas fueron desprendiéndose. No existía escalera, solo había que dar un salto para bajar. Sofía pasó sus piernas sobre la abertura y se deslizó dentro. Tuvo que bajar la cabeza para no darse con el techo.

—¡Ten cuidado, cariño! —exclamó Lucas, preocupado por lo que pudiera encontrar allí—. Toma, cógela —le pidió a Cabil. No le caería bien, pero estaba claro que a su Carlota sí. Era una pequeña traidora.

Pedro quiso descender, pero no le dejaron. Era peligroso para él.

—Iré yo, abuelo. No te preocupes —aseguró Eric, siguiendo a la detective.

Fabi decidió que ya había suficiente gente dentro. Él pensaba buscar un sitio donde asearse. Con esa mugre encima no podía volver a subir al microbús.

—Hueles fatal —rio Boris divertido al ver como su marido arrugaba la nariz al olerse la camiseta.

En el sótano no había luz, ni artificial ni natural. Las maderas del entarimado estaban muy juntas unas de otras y no quedaba ninguna

grieta libre por la que los rayos del sol pudieran colarse.

Sofía llevaba su móvil, y Eric el suyo y el de Fabi. Un ratoncillo salió corriendo de su confortable escondite para escabullirse por un rincón, huyendo de aquellos extraños intrusos.

—¿Hay algo? —quiso saber Lucas, sobresaltando a los dos Indiana Jones aficionados, que no le habían oído llegar.

—Telarañas y polvo. Poco más —respondió la detective con tristeza.

—Lo has intentado. Sabíamos que era difícil que las perlas y los cuadros estuvieran todavía aquí.

—Ni el oro —apuntó Eric cariacontecido.

—Algo hay —anunció Sofía, rebuscando entre unos sacos de arpillera raídos por los ratones, que contenían restos de trigo y cebada.

En la palma de la mano tenía unas monedas de las antiguas pesetas. Con el euro, había dejado de ser una moneda de curso legal, pero, como antigüedad, podían tener algún valor.

—Son de 1936. Habrá que llevarlas a tasar.

—¿A quién pertenecen, Sofía? ¿Son de mi abuelo? —inquirió Eric, pensando que por poco que fuera, el dinero que obtuvieran por ellas les vendría muy bien.

—Según el registro de la propiedad, ¿a quién pertenece este terreno?

—Fabi dice que no ha encontrado nada que demuestre que Pedro haya dejado de ser el propietario. Era de sus padres, por lo que él es el único heredero. Si no me equivoco, es suyo —conjeturó Sofía, mirando a su marido que asintió. Tendría que hacer un par de confirmaciones, pero si lo que el secretario de su mujer afirmaba era cierto, y con lo sagaz que era buscando información dudaba de que no tuviera razón, el establo pertenecía a Pedro. De modo que su contenido también era de su posesión.

Examinaron el resto de la superficie con cuidado usando sus linternas, no obstante, al día siguiente acudiría Ricardo con su gente a realizar una revisión más minuciosa. Era un antiguo técnico de la científica que solía colaborar con la detective en sus investigaciones.

Regresaron a la cafetería donde Diego y Rosa se habían quedado. Cabil estaba desanimado. No había ni rastro de las perlas. Los demás, con las monedas, ya sentían que el viaje había valido para algo. No podía retrasar su vuelta al emirato por mucho tiempo. Su pueblo le necesitaba.

12. Olvido

Diego y Rosa contemplaron con espanto el aspecto de Eric, Fabi y Sofía. Lucas y Boris no tenían mucha mejor pinta. ¿Dónde se habían metido? Daba la impresión de que hubieran estado revolcándose en el barro. Necesitaban una ducha y ropa limpia con urgencia. La única solución era alquilar una habitación en un hostal del pueblo para poder usar el baño, y comprarse una muda en una tienda.

—Vosotros tomaros algo fresco mientras nosotros nos aseamos —sugirió Lucas, cogiendo de la cintura a Sofía que trataba de impedir que Carlota la tocará—. Cabil, tienes un biberón en la mochila. Dáselo, por favor.

—Estás vengándote —cuchicheó la detective, siguiendo a Fabi y a Boris al hotel, con Eric a la zaga.

—No, mujer, qué mal pensada —negó Lucas que tenía que reconocer que un poquito sí estaba haciéndolo. Para ganar su perdón nada mejor que cambiar un par de pañales de Carlota con sus regalitos. Y por lo que había olido, el que llevaba puesto iba cargado de ellos.

El adolescente siguió al matrimonio a su habitación. Aunque Fabi le invitó a ducharse en la suya, Boris le daba algo de miedo. Cuando le miraba, le daba la impresión de que le analizaba y le hacia una radiografía que revelaba sus secretos más oscuros. Le daban ganas hasta de contarle cuando le robó un *chupachups* a su hermana a los seis años. No, mejor se iba con Sofía que era más divertida. Por otra parte, su marido era un buen tío que estaba ayudando a su abuelo.

—Anda, pásame a mi sobrina —le pidió Juan a Cabil. Era divertido, y de buena gana le hubiera torturado hasta la vuelta de los padres de la cría, pero la cara de repulsión del árabe era un poema—. Creo que se ha hecho cacotas. Todo lo que tiene de preciosa lo tiene de cagonceta. ¿Verdad que sí, tesoro mío?

El Jeque no dijo que no. Era genial jugar con ella, e incluso darle de comer, sin embargo, el tema pañales le superaba. Con gusto se la pasó al juez. Entre Irina y Juan la dejaron lista y preparada para tomarse un biberón. A la joven se le daban bien los bebés. Le hacía carantoñas sin descanso. La felicidad estaba pintada en el rostro de ambas.

—Te gustan los críos —afirmó Cabil apreciativo. Las niñeras que había visto en su palacio con los hijos de su hermano o con ellos de pequeño no solían tratar con ese amor a los niños. Eran un trabajo y

nada más.

—Me encantan. Hice un curso de formación profesional como monitora en guarderías, pero no he podido trabajar en ello. Piden experiencia y no la tengo. Para servir hamburguesas no son tan exigentes. Con tal que hagas turnos sin parar, les vale.

—Contadnos —pidió Rosa que se moría de ganas de saber qué ocurrió para que acabaran sus amigos en ese estado—. Además de mugre, ¿qué habéis encontrado?

Hasta que volvieron Sofía y los otros, fueron explicándoles a Diego y a ella lo que habían descubierto. De las monedas podían sacar un pellizco que al menos les ayudaría a conseguir un alojamiento.

—¿Nada más? —preguntó con tono jocoso el oftalmólogo. Ellos sí tenían novedades interesantes que compartir con sus amigos.

—Vendrá Ricardo mañana, pero me da que perderá el tiempo —se lamentó la detective—. Allí abajo hace décadas que solo hay ratones.

—Pues me parece que a Rosa y a mí se nos ha dado mejor. No nos hemos manchado, hemos conseguido información y nos han invitado a las consumiciones. Todo sin movernos de la silla.

—¡Dime que es mentira! —exclamó Fabi, pensando en los preciosos zapatos de ante marrón que acababa de tirar a la basura. En su lugar llevaba unas alpargatas sin ninguna gracia. Las había comprado en una tienda situada cerca de la plaza. Eran frescas y cómodas, eso sí, pero sin chispa de glamur.

Con indisimulada sorna, Diego inició su explicación. Unos parroquianos estaban jugando al mus en una mesa próxima a la suya. Uno de ellos había tenido que irse a trabajar, puesto que era el dueño de una carnicería cerca de la tienda donde Sofía y Lucas habían hecho sus compras. Los tres restantes jugadores creían que se les había acabado la diversión, y buscaron desolados en las otras mesas algún posible sustituto. Miraron a Diego esperanzados, el cual no hizo intención de unirse a la partida. Mejor no mostrarse ansioso. Fue Rosa la que se ofreció a jugar con ellos sorprendiendo a su acompañante.

Creyeron que les iba a resultar una contrincante fácil de ganar. Su compañero se había resignado a perder. Con su amigo el carnicero hubiera tenido una oportunidad que dudaba que se presentara compartiendo cartas con la guapa rubia. Sin embargo, la bella mujer demostró ser diestra en el tute. Diego, conocedor del juego de cartas, observaba sus movimientos lleno de admiración. Era tan buena jugando como atractiva.

—¿Y qué les ha traído a Taima? —quiso saber uno de los hombres de la pareja de contrincantes de Rosa, intentado distraerla de la partida.

—Hemos venido con unos amigos porque el abuelo de ellos nació aquí —explicó Diego—. Ya saben, al llegar la vejez se tiene añoranza

de los años felices de la infancia, y se tiende a intentar recuperar las sensaciones vividas.

—No tan felices para él —añadió la secretaria—. Estaba en Taima cuando la batalla entre los dos bandos de la Guerra Civil. Sus padres murieron en ella.

—¿No sería uno de los rusos? —inquirió el compañero de juego de ella que se llamaba Paco.

—Sí, justo. Es Pedro Veladrich.

—Mis padres me dijeron que después de esa noche no se les vio más. A ninguno. Los hombres y una de las mujeres murieron. La otra y los niños desaparecieron.

—¿Es el del establo del final del camino, Paco? —quiso saber el cuarto hombre de la partida.

—Yo diría que sí.

—A mi me contaron de pequeño que una noche de verano como ahora, pero del cuarenta y dos, llegaron unos hombres con unos camiones. Venían sin luces, pero Titín, el de la Engracia, andaba pelando la pava[1]con su Juani y tuvieron que huir por piernas del cobertizo. Dicen que entraron y salieron varias veces cargados de bultos y se fueron para Olvido. Venía una mujer con ellos, que se tapaba la cara para que no la vieran, aunque Titín asegura que era una de las vecinas rusas.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Rosa agarrando los naipes con fuerza.

—Los camiones tenían matrícula de allí. Antes se podía saber de qué provincia era un vehículo, ahora con las nuevas ya no. Aquí no pasan muchas cosas emocionantes. Algo así, en aquellos años, llamó la atención por fuerza. Si dicen que eran de Olvido, le aseguro que lo eran, señorita.

Rosa y Diego cruzaron una mirada. Sus amigos no iban a encontrar nada en el establo. Hacía varias décadas que lo habían vaciado. La secretaria y su compañero del tute ganaron la partida, y los perdedores abonaron las consumiciones satisfechos. Había sido una buena lid, y era justo que les tocase pagar. Ellos debían regresar también a sus ocupaciones.

—Gracias, zagala. Vuelve cuando quieras —se despidió Paco, llevándose una mano a la boina.

Unos minutos después, sus amigos regresaron. Como la detective tenía prisa por cambiarse, esperaron a que volviera para contarles lo que habían averiguado.

—Tu trabajo no es tan difícil, Sofía. Un café con hielo a la sombra en una terraza, y puedes averiguar lo que quieras sin mancharte.

—¿Y dónde dejas la diversión, Diego? ¿La emoción de ir tras las pistas?

—Las perdono si tengo que *enguarrarme* a cambio.

Fabi ya estaba tecleando, buscando tratantes de arte, coleccionistas públicos y privados, y algún posible contacto en Olvido. Conocía a Sofía, y sabía que querría ir allí lo más pronto posible.

La detective permaneció silenciosa en el viaje de regreso, dándole vueltas a la información que habían recopilado. La rusa que había quedado con vida, sin duda era la que guio a los camiones hasta Taima. Si hubieran sido los mismos hombres que ayudaron a Pedro de niño, no necesitarían un guía para volver. Eran otros. Serían de otro bando o con intereses yuxtapuestos a los primeros. Decidió que dedicarían un día a investigar un poco y el jueves realizarían una nueva excursión. Esa vez con destino a Olvido. Era una ciudad, no tan grande como Basema, con una importante industria en el campo de la automoción. Había crecido rápido después de la Guerra Civil, convirtiéndose en una urbe casi tan importante como la capital.

***

—¿Podrás cuidar de Carlota y Javier tú solo? —preguntó Sofía a su marido por enésima vez esa mañana. Se tenía que ir a continuar su investigación, y en esa ocasión quería hacerlo de una forma más discreta. ¿Dónde se había visto que una detective profesional fuera con familia y amigos en busca de pistas? Había sido divertido, pero no podía repetirse.

—Ya te he dicho que sí —respondió Lucas con paciencia, observando cómo su mujer acariciaba una y otra vez la cabecita de su hijo más pequeño—. La niñera se quedará hasta las dos. Cuando yo llegue, Laura, la asistenta, se irá. Los críos estarán dormidos y podré comer mientras echan su siesta.

—¿Y por la tarde? Son dos. No es como cuando me llevo a Carlota a la oficina.

—Diego se ha ofrecido a ayudarme. Además, Rosa vendrá al salir de trabajar. Creo que entre esos dos hay algo, aunque me da que Cabil tampoco le es indiferente a tu amiga. Deberías contarle lo que pasó con su hermano.

—No seas malo. Es cosa de ellos. Además, debes reconocer que el Jeque es un hombre muy atractivo. Aunque no tanto como tú —se apresuró a añadir la detective al ver cómo las cejas de Lucas se elevaban en desacuerdo.

—No me hace ninguna gracia que te vayas con él a Olvido. ¿Y si intenta algo? Seguro que tiene gente leal sin escrúpulos bajo sus órdenes.

—Mira que eres paranoico. Él solo quiere recuperar la pulsera. Además, Boris viene también.

Menos mal que contaba con el ruso para que fuera sus ojos y sus oídos. Tenía su permiso para darle un guantazo al árabe si se propasaba. Por muy jeque que fuera, a su chica no le ponía un dedo encima. Estaba deseando que las perlas de Sabrina aparecieran y perderlo de vista. Lo quería fuera de sus vidas ya.

El hombre de seguridad de la agencia conducía el monovolumen con el que viajaban hacia Olvido. Sofía llevaba una lista de peristas y de coleccionistas afincados en esa ciudad que Fabi le había dado antes de salir. El informático permanecería en contacto en todo momento con ellos, e iría proporcionarles desde la oficina la información que pudieran requerir.

En el asiento de atrás iba Cabil. Lucía algo más formal que en otras ocasiones. Un pantalón de vestir y una camisa blanca, de manga larga. La llevaba remangada y con el cuello abierto. Disimuladamente le había hecho una foto y se la había enviado a Rosa, ella le respondió con una serie de emoticones llenos de corazoncitos. Sabía que el árabe le gustaba, y que Diego le atraía. Esperaba que al final el amigo de su marido lograra conquistarla. En caso contrario, perdería una amiga porque Cabil debía volver a su país. Un amor a distancia, dada su posición, no sería factible.

Boris y la detective habían escogido unos informales vaqueros con una camiseta de algodón fresca. En el caso de Sofía, llevaba una de repuesto. A veces de sus pechos manaba algo de leche y tenía que cambiarse. Se moriría de vergüenza si le ocurría delante de Cabil. Había intentado que no fuera con ellos, pero el árabe se negó en rotundo a hacerle caso. No era por los temores infundados de Lucas. La detective dudaba de si la presencia del árabe resultaría ser una carga, más que una ayuda.

—Vienes muy elegante. ¿Tienes alguna reunión mientras nosotros investigamos? —aventuró Sofía esperanzada.

—No. Voy a ir contigo donde tú vayas —negó con una sonrisa que quería decir «de mi no te libras».

—Has venido demasiado peripuesto.

—Hoy no creo que tengamos que revolcarnos en el suelo entre boñigas y paja, así que me he vestido de acuerdo a la situación.

—Nunca se sabe —rio Sofía.

Fabi había ordenado los nombres según sus direcciones para que pudieran ir de un lugar a otro sin demorarse por el camino. Su primer destino era el Museo Provincial de Olvido. La directora les había citado a las diez en su despacho. Era una mujer con cara de agobio, que estaba parapetada tras un montón de documentos. Aunque con la mascarilla solo le veían los ojos, estos no parecían nada contentos por su visita.

—Ya le dije a su secretario que no tengo nada que decirles. Aquí no

tenemos objetos de origen dudoso o ilegal. Nuestros fondos han sido donados por sus legítimos dueños o pertenecen a organismos oficiales. Todo está en regla.

—¿Y no tienen ningún cuadro de Goya? —quiso saber Sofía.

—No. Solo exponemos obras de pintores locales, nacidos en la capital o en la provincia. No podríamos pagar tampoco la póliza del seguro que implicaría tener algo así en una de nuestras salas. Este es un museo pequeño. Nos resulta inviable. Nuestros fondos son muy limitados.

—Muchas gracias por habernos recibido, no la molestamos más —se despidió la detective. Aquella mujer no podía ayudarles. Debían dejar que retomara sus quehaceres.

Cabil salió desanimado. Contando la excursión a Taima, ya llevaban dos fracasos. Si no hubiera sido por la inesperada ayuda de Rosa y Diego, tendrían las manos vacías. La invitaría a cenar cuando volvieran para agradecérselo. Solo a ella. El oftalmólogo sobraría en una velada íntima.

—Tranquilo, Jeque —le dijo Sofía, adivinando sus pensamientos—. Las investigaciones detectivescas son así. Hay que dar muchas vueltas, hablar con decenas de personas y husmear en un montón de papeles hasta dar con algo que merezca la pena.

La siguiente parada fue una tienda de antigüedades que también funcionaba como casa de empeños. Sillas estilo Luis XV se mezclaban con lámparas *art déco*, rodeadas de tazas y platos de porcelana. El hombre detrás del mostrador les sonrió con la misma cara que pondría un gato al ver a un ratón que sería su cena.

—Buenos días, bienvenidos. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó servicial.

—¿Es usted el dueño? —inquirió la detective. Era demasiado joven para saber algo de lo que necesitaban averiguar. Alguien con años de experiencia en el mundo de los artículos antiguos sería una ayuda mejor.

—Actualmente, sí. Antes fue el negocio de mi padre que lo heredó de mi abuelo. Yo continúo con la tradición, llevando las riendas de la empresa.

—Me resultaba raro que fuera tan joven al ver en el escaparate que el negocio había sido fundado en 1930 —afirmó Sofía.

—Casa Salazar es una empresa familiar. Siempre lo ha sido. Me llamo Ramón, dígame en qué puedo ayudarles. —quiso saber el dueño de la tienda con indisimulada impaciencia. Aquellos tres iban a darle problemas. Lo presentía. Sobre todo, el hombretón con aspecto de ruso que no había mirado ni un solo artículo de las estanterías. Desde que entraron, sus ojos estaban fijos en él.

—Estamos buscando un recuerdo familiar que perteneció a nuestra

abuela —explicó Sofía, que pensaba que una mentira, envuelta en una media verdad, sería más creíble—. Una pulsera de perlas.

—Alguien la robó y la hizo desaparecer a mediados del año 1936 —añadió Cabil—. Nunca ha vuelto a saberse nada de ella.

—¿De verdad? ¿Y cómo eran?

—Rosadas. Eran unas preciosas perlas rosas.

—Como esta —afirmó la detective, recalcando las palabras del Jeque con la palma de la mano abierta y la perla que Pedro le había dado en el centro de ella.

—¡Oh, ya veo! Tengo perlas, pero son blancas, normales. Nos las han vendido señoras que ya no querían lucirlas o necesitaban el dinero. Puedo mostrárselas si quieren.

—No hace falta, gracias. Si dice que no son iguales, no son las que buscamos —negó Sofía—. No le robamos más tiempo. Solo una cosa, ¿monedas de la época de la Guerra Civil tiene? Como veo alguna en ese expositor, he pensado que tal vez tuvieran.

—En efecto. El mundo de la numismática siempre ha sido activo. No es raro que al revisar las pertenencias de un abuelo que ha fallecido aparezca algún billete o monedas antiguas. La mayoría solo valen unos euros, pero por algunas se han llegado a pagar cifras elevadas.

—Un amigo acaba de encontrar unas en un rincón de una casa familiar. Tengo que decirle que se ponga en contacto con usted.

—Por supuesto, estaré encantado de atenderle —afirmó Ramón. Quizá, después de todo, llegará a realizar un negocio rentable con ellos.

Ya en el exterior, dieron unos pasos para alejarse del escrutinio del hombre. A ninguno de los tres les había dado buena espina, pero no podían hacer nada al respecto. Al menos de momento.

—¿Una casa familiar?

—No iba a decirle que habían aparecido debajo de un establo, Cabil. No se lo hubiera creído.

—Él nos ha mentido Sofía. Desde que preguntaste por las perlas sabía que no buscábamos unas piezas corrientes. Además, quiso saber cómo eran. No pidió que le hablaras de la pulsera. Estaba interesado en las perlas, no en su engarce ni en su broche.

—Le pediré a Fabi que le investigue —afirmó Sofía, sacando su móvil. A ella tampoco le había resultado sincero aquel hombre. Ocultaba algo, y quería saber qué era.

—No hace falta. Ya le he avisado yo —anunció Boris, sorprendiendo a la pareja.

—¿Cuándo?

—Dentro de la tienda. Ese tipo no me gustó. Así que puse uno de los micrófonos que Fabi me dio por si lo necesitábamos y lo activé. Le habrá llegado una señal en el acto.

El móvil de Sofía comenzó a sonar corroborando las palabras del ruso. Cabil le miró sonriendo. El hombretón de seguridad tenía buen cerebro. Aquella había sido una excelente jugada. No obstante, él tenía sus métodos y pensaba usarlos. Podían pasar días hasta que Ramón dijera algo que les fuera útil. Él quería respuestas ya.

Fabi confirmó las palabras de su marido. Le dijo a la detective que continuaran con sus visitas y él trataría de dar con algo antes de que tuvieran que regresar a Basema. De todas formas, con el micrófono sabrían lo que ocurría en la tienda de antigüedades puesto que era de gran alcance.

Su tercera parada era un negocio de compra-venta de oro que, igual que Casa Salazar, llevaba en pie desde el siglo pasado. Estaba a unos diez minutos andando de donde se encontraban. El sol empezaba a calentar y Sofía notaba que comenzaba a sudar.

—Lo siento, no guardamos registros tan antiguos —les explicó un hombre que rondaba los cincuenta—. Desde hace quince años lo digitalizamos todo. Hacemos una foto y guardamos una ficha en el ordenador. Es un método eficaz.

—¿No tiene nada en papel más antiguo?

—Sí, pero de finales de los noventa como mucho. Antes estábamos en otro local, y al trasladarnos hicimos limpieza. No tenía sentido guardar datos de personas que estaban muertas o de piezas que no poseíamos ya.

Además, les aclaró que si les traían algo de dudosa procedencia, no lo aceptaban. Incluso daban parte a las autoridades cuando sospechaban que la mercancía era producto de un robo. Su negocio había sobrevivido a guerras y crisis económicas gracias a la transparencia de sus transacciones.

—Si les trajeran unos lingotes, ¿qué ocurriría?

—Tomaríamos sus datos y avisaríamos a la policía. No es algo que la gente tenga habitualmente en sus hogares. Las autoridades deben realizar una investigación cuando aparece algo así.

La última cita que tenían antes de irse a comer era con un matrimonio de médicos jubilados que vivían en un impresionante piso en el centro de Olvido, de más de doscientos metros cuadrados.

Sofía se percató de que Cabil iba más callado que de costumbre. Boris solía ser parco en palabras, pero el árabe era bastante charlatán. Suponía que estaba disgustado por no hacer progresos. ¡Jeques! Lo querían todo rápido y al momento.

Una joven, vestida con un vetusto uniforme blanco y negro, les abrió la puerta. Los guio hasta un saloncito donde deberían aguardar a «los señores». La detective observó su calzado. No hacía ningún ruido al andar. Su hijo Nando diría que era un fantasma que se deslizaba en lugar de caminar. El niño tenía una imaginación portentosa.

Al cabo de cinco minutos, la pareja hizo su aparición. Debían de tener unos setenta años, ambos lucían el pelo plateado y ropas caras de diseñadores de renombre. De esos que gustan de poner sus iniciales en las prendas que venden, como si no fuera suficiente con el dinero que se debía de pagar por ellas, sino que además había que ir de anuncio. Pero claro, los que vestían esos atuendos querían que se supiera a quién pertenecían.

La mujer inició la conversación dirigiéndose a Cabil, como si Sofía y Boris no existieran.

—Detective Valverde, usted dirá para qué quería vernos. Su empleado no fue muy explícito al respecto.

El árabe carraspeó incómodo ante la confusión de la doctora. Iba a sacarle de dudas cuando un gesto imperceptible de Sofía con un dedo le avisó de que no lo hiciera. Al final había sido buena idea que él acudiera hecho un pincel a las citas que tenían. La gente adinerada solía juzgar a las personas por sus atuendos.

—Estamos investigando la desaparición de una pulsera de perlas y de unos cuadros —añadió al sentir la mirada de Boris fija en él. No le hacía falta ver sus ojos para saber que estaban pendientes de sus labios, esperando que no la fastidiara.

—No sé qué tiene eso que ver con nosotros —respondió el marido—. Como puede apreciar, el dinero no es problema para nosotros. Mi mujer puede comprar una joya cuando quiera y como quiera. No me gusta lo que está insinuando.

—Perdone mis palabras, tal vez no me expresado bien. Por supuesto que no dudamos de ustedes. Discúlpenos. Hemos sabido que son unos importantes coleccionistas de arte. Las obras que poseen son de reconocido valor y prestigio. Nos han sugerido que habláramos con ustedes porque conocerían a marchantes de arte que podrían ayudarnos.

La sensación de hostilidad se fue diluyendo a medida que Cabil decía sus palabras. Las sonrisas seductoras que le dedicó a la doctora contribuyeron a ello sin dudarlo. El matrimonio se sintió halagado y se relajó en sus asientos.

—Trabajamos con los mejores. Siempre encuentran los lienzos más hermosos de los pintores más cotizados. No suelen ser baratos, pero merece la pena por solo contemplar cómo la luz incide en las pinceladas trazadas por el artista.

A Sofía tanta referencia al dinero comenzaba a hastiarle. Había que reconocer que el Jeque sabía cómo entenderse con ese par de ricachones. A ella le superaba, y habría terminado diciendo algo que no debía.

—Sé que es una osadía por mi parte pedírselo, pero ¿podríamos ver algunas de las obras que poseen? Ni en un museo tendría la

oportunidad de ver algo igual.

La pareja estuvo de acuerdo en acceder a su petición. No podían negar que les gustaba presumir de sus posesiones ante quien sabía apreciarlas y aquel hombre, sin duda, tenía la cultura suficiente para hacerlo. Lástima que estuviera acompañado por aquellos dos. Podrían decirles que esperaran en la sala, pero era de buenas personas dejar que quien no tenía fácil acceso a la cultura tuviera ocasión de deleitarse con el arte y el talento de los artistas. Aunque no supieran apreciarlo.

Los cinco subieron al segundo piso. En la zona norte, en una habitación cerrada con llave, había varios cuadros expuestos en las paredes. La temperatura era más baja que en el exterior y el aire no era tan seco. A Sofía no le extrañó que si tenían los medios para conseguir esos cuadros, los guardaran en las condiciones necesarias para su conservación.

Cabil continuó liderando la conversación, dejando el campo libre para que Sofía y Boris curiosearan tranquilos. El matrimonio se peleaba por captar la atención del Jeque sobre una u otra adquisición. Distraídos, no vieron cómo la detective se colaba tras unos gruesos cortinajes.

Había una pesada puerta con una cerradura antigua, que, aunque sólida, no se resistiría al juego de ganzúas de la joven. Hizo un chasquido demasiado sonoro para su gusto, pero que no fue escuchado en la otra sala.

En la habitación en la que se encontraba, la iluminación era escasa. No obstante, notó las mismas condiciones de temperatura y humedad que en la zona que había dejado a su espalda. Palpó la pared hasta dar con un interruptor. Tras unos segundos en que sus ojos se adaptaron a la luminosidad, consiguió ver lo que le rodeaba.

—¡No puede ser! Esto va a ser la bomba —exclamó asombrada para a continuación avisar a Fabi.

—¿Qué pasa, jefa?

—Avisa a las autoridades, habla con Lucas y que te diga si además de la policía debemos comunicarnos con alguna otra instancia.

—¿Las perlas de Sabrina? —preguntó esperanzado. La historia de amor que había detrás de ellas le parecía maravillosa.

—No, eso no. El cuadro de Goya —respondió Sofía, admirando la imagen de la Virgen que tenía delante, pintada sobre la puerta de un armario—. Los otros no los veo pero estoy rodeada de cuadros de esos que salen en los libros de historia y solo se ven en los museos. Dudo que de todos tengan facturas.

La detective apagó la luz y regresó con Boris. Tenían que distraer al matrimonio hasta la llegada de la policía. Esperaba que no tardaran demasiado porque desde donde estaba le daba la impresión de que el

tour turístico que le estaban dando a Cabil llegaba a su fin.

—Y, por último, un bodegón de la escuela de Zurbarán. Una bella obra de trazado magistral.

—¿Escuela? ¿Tenía un colegio y daba clases? —preguntó Sofía a la doctora ante la mirada incrédula del Jeque. ¿Qué estaba haciendo? Era imposible que no supiera la respuesta a esas preguntas.

Para no ser descortés con el que creía el detective, hizo una corta y breve explicación sobre lo que se entendía con escuela en el arte y acerca de la figura de Zurbarán. Boris se situó en la puerta de entrada a la pinacoteca. Fabi le había enviado un mensaje avisándole de que una patrulla llegaría en breves minutos. Eso significaba que su jefa había descubierto algo y estaba haciéndose la tonta con aquel par de arrogantes.

—Señora, hay unos hombres fuera que preguntan por la detective Valverde.

—¿«La» detective?

—Sí, soy yo —respondió Sofía—. Querida, a veces las impresiones engañan —añadió con tono de mofa.

Cabil se encogió de hombros a modo de disculpa ante los dueños de la casa. Había sido sencillo y divertido aparentar ser lo que no era. La cara de satisfacción de Sofía le indicaba que la estratagema había funcionado.

Además de a la policía, avisaron al juez, y este a un perito especializado en arte. Era necesario autentificar las obras, para asegurarse de que estaban ante el Goya desaparecido durante la Guerra Civil y comprobar que la adquisición había sido ilegal. Puede que tirando del hilo dieran con el Velázquez y el Picasso también.

—¿Nos vamos a comer, Sofía?

—Id vosotros si queréis, Cabil. Tengo que esperar a que vengan a interrogar a los sospechosos. Deseo estar presente por si obtengo algún dato que nos resulte de ayuda para encontrar el resto de piezas, incluida la pulsera de tus abuelos.

—Yo esperare aquí contigo —aseguró Boris. Su trabajo era cuidar y ayudar a la detective. El Jeque podía hacer lo que quisiera.

Quedaron en reunirse a las cinco en la puerta de una galería de arte, última parada de su itinerario en Olvido. El árabe se fue a recorrer la ciudad que no conocía hasta ese mismo día. Era más pequeña que Basema, con acogedoras plazas donde tomar algo en una terraza. Un sitio ideal para comer al aire libre y sin prisa.

No hacía tanto calor como en las jornadas anteriores y eso le permitió a Cabil vagabundear sin rumbo por las callejuelas de la zona antigua. De todas formas, él estaba acostumbrado a las altas temperaturas de su país, donde era común alcanzar los cuarenta o cuarenta y dos al mediodía. Sin embargo, por la noche la temperatura

caía en picado, agradeciendo la manga larga de sus túnicas.

En una tienda vio una muñeca de peluche cuya cara le recordó a la simpática Carlota. Sin dudarlo, la compró. Al salir de la tienda, consultó su reloj. Bien, era el momento justo de ir a su cita.

Sofía y Boris habían tenido que contentarse con comer un bocadillo en una cafetería a la carrera porque se había complicado la situación en casa de los médicos. En un primer instante, se negaron a colaborar, argumentando que ellos tenían el cuadro de Goya desde hacía años, era comprensible que no guardaran la factura, los papeles se perdían o se traspapelaban.

—De todos modos, tenemos que llevárnoslo —afirmó el perito enviado por el forense—. En el laboratorio confirmaremos si pertenece a Goya. Si es el auténtico *Armario Relicario de Fuendetodos* será devuelto a sus propietarios originales. En caso de ser una copia, podrán conservarlo.

—De acuerdo —afirmó el doctor, resignado a perder su cuadro favorito.

—En cuanto a esos otros dos del fondo —añadió el experto, haciendo que el matrimonio diera un brinco—, puedo asegurar que son los originales. Fueron robados del Museo de Berlín hace tres años. Es mucha coincidencia que también estén en su poder.

Boris y su jefa se mantenían en un discreto segundo plano. Atentos a lo que ocurría, pero sin intervenir en los registros. No querían molestar a los policías y a los técnicos para que no les echaran de allí. En una especie de despacho había un portátil. El ruso introdujo en el puerto USB un *pendrive* que su marido le había dado. Sin encender el ordenador, era capaz de hacer una copia del disco duro. La detective estaba maravillada. Fabi cada vez era capaz de más proezas informáticas, aunque no fueran todo lo legales que debieran ser. Eso no era un problema para ella; si les hacía avanzar en la investigación, no importaba su origen.

—El juez ha ordenado que nos los llevemos detenidos. Quiere que sean interrogados sobre sus contactos y que averigüemos la forma en la que obtienen las pinturas —le explicó un agente de policía a Sofía.

—Les agradecería que me mantuvieran al tanto de la investigación. Cualquier dato que se obtenga puede serme útil para encontrar la pulsera que busco.

—Lo haremos, no obstante, dudo que estos dos pájaros sepan algo sobre las perlas —apuntó el agente de policía—. Ella no tiene pinta de usar joyas de segunda mano.

—Ya, solo le gustan cosas originales. Para llevarlas puestas y adornar las paredes.

Con el tiempo justo, se reunieron con Cabil. A Sofía le resultó encantador que le hubiera comprado una muñeca a su pequeña. Al

Jeque le dio la impresión de que Boris emitió una especie de gruñido al ver la bolsa, aunque no estaba seguro.

La galerista que les recibía esa tarde era una mujer de las que destacan entre la multitud. Muy alta, con el pelo teñido en un brillante naranja, unos ojos verdes como gemas esmeraldas y unas gafas de pasta violeta que resaltaba su mirada. La sala llevaba abierta quince años y gozaba de una excelente reputación. Fabi les había enviado allí, no porque dudará de ella, sino por ser una forma de llegar a un par de tratantes de arte difíciles de encontrar. La mujer les aguardaba con una jarra de té frío de limón, que los tres agradecieron.

—Como comprenderán, no puedo desvelar mis fuentes. Mis competidores podrían aprovechar mi desliz para hacerse con ellas en exclusiva. Yo perdería mucho dinero.

—Es una investigación ajena a los negocios del arte —aseguró Sofía —. Me da igual a quién le compra sus obras. Sin embargo, su «nombre» me permitirá el acceso a los dos traficantes con los que quiero hablar.

—Tratantes o marchantes, no traficantes —recalcó molesta la galerista.

—Le puedo asegurar que estos dos no son quien dicen ser —insistió Sofía, tendiéndole el papel con los nombres apuntados—. Entiendo sus reservas. Si está más cómoda hablando con un inspector de policía, podemos ir a la comisaria. De hecho, tengo aquí el teléfono del juez con el que acabamos de estar.

—¡De acuerdo! —exclamó la mujer. Una simple sombra de escándalo podía acarrear publicidad negativa, perjudicial para la buena marcha del negocio—. ¿Qué quiere que haga?

—Llámeles y concierte una cita con ellos. Usted no acudirá, lo haré yo.

—Si son tan peligrosos como dice, puedo tener problemas si hago algo así.

—Lo dudo, nadie muerde la mano que le da de comer. Sin las galerías y las salas de exposiciones de prestigio y renombre, ellos no son nada. Necesitan hacer negocios legales para ocultar sus trapicheos.

Con reticencias, la mujer hizo lo que le pidió. Ambos vivían en París. Con uno debían reunirse el lunes por la tarde y con el otro el miércoles por la mañana. Aquello no había hecho más que empezar.

13. Dime la verdad

Eran las siete. Con un poco de suerte estarían de vuelta en casa a la hora de la cena. Sofía estaba hambrienta. El bocadillo que había comido a la carrera lo tenía en los talones. Necesitaba ingerir algo más contundente. Miró por el retrovisor. Esperaba encontrarse con el rostro desilusionado de Cabil, pero, en su lugar, se topó con una expresión risueña. Allí había gato encerrado.

—Cuéntanos, Cabil —preguntó con inocencia la detective al Jeque —. ¿Dónde fuiste a comer? ¿Qué hiciste mientras nosotros esperábamos al juez?

—Encontré una terraza muy agradable en una pequeña plaza sin tráfico. Unos árboles daban refrescante sombra sobre las mesas.

—¡Qué suerte! ¿Y luego? ¿Un paseíto? ¿Viste algo interesante? —insistió, girándose para mirar cara a cara al árabe.

—Bueno…

—Habla. Dinos la verdad. No quiero tener que torturarte para sacarte la información.

Boris sonrió al escuchar el comentario de Sofía. Para él también resultaba evidente que Cabil ocultaba algo. Su jefa no pararía hasta descubrir qué era. Si no, ya se encargaría él de ayudarla a obtener lo que deseaba.

—No vas a dejarlo pasar.

—No —negó la detective. Ya lo tenía. ¿Qué tendría que contarles? Aquel hombre sería lo opuesto a su gemelo Abil en muchos aspectos. Sin embargo, su mente astuta era la misma. Sus labios podían pronunciar unas palabras mientras sus ojos decían lo contrario.

—Volví a la tienda de antigüedades. Ni por un instante me creí que Ramón Salazar fuera tan inocente como proclamaba. Mientras le interrogabas, vi varias piezas que parecían falsificaciones recientes. No tenían los años que la etiqueta afirmaba, por tanto, no valían lo que figuraba en ellas.

—Chico observador —afirmó Sofía, que no había caído en ese detalle por haberse centrado en la persona de Ramón. Intuía que no era un empresario integro al cien por cien, aunque por los años que llevaba la tienda, sus trapicheos no debían ser a gran escala. Suponía que al día siguiente Fabi le daría un informe exhaustivo sobre Salazar. Sin embargo, Cabil había sido más impaciente de lo que suponía.

—Abría a las cuatro y media, de modo que no lo dudé y, en cuanto comí, fui a esperar a que llegara el dueño. Al verme, se puso tenso, sabía que no estaba allí para comprar una lámpara.

—Por las buenas no le sacarías nada. No hablará si no se ve obligado a ello. Tiene demasiado que perder.

—O sin el incentivo correcto —apuntó Cabil sin inmutarse.

—¡Dinero! —exclamó Sofía. Ella no podía competir con eso. Como mucho, sobornar a un raterillo con veinte euros, pero su economía no permitía más dispendios. Cabil, por el contrario, tenía un bolsillo saneado y una vida resuelta llena de privilegios. Unos cuantos de euros menos no significaban nada para él.

—Le ofrecí una recompensa por cualquier información relacionada con la pulsera. Lo que no esperaba es que me dijera que cuánto le daría por ella.

—¿La tiene él? ¡Increíble! Nunca lo hubiera imaginado —afirmó la detective asombrada.

—Toda no. Parte —respondió Cabil, abriendo su mano y extendiendo el brazo entre los asientos de delante para que los otros dos ocupantes del coche vieran su contenido. Tres perlas rosadas, idénticas en forma y color a la que Pedro tenía. Las marcas de los orificios efectuados a ambos lados de ellas, para pasar el hilo que las unía, eran similares. Haría falta un microscopio para un examen más concienzudo, pero, a simple vista, no se notaba ninguna diferencia.

—De modo que fueron separadas y vendidas de forma individual.

—Eso creo. Después de que a la madre de Pedro se le rompiera la pulsera al cerrar la trampilla, y él las recogiera, no volvieron a formar parte de un mismo engarce nunca más. Una la conservó, el resto se las debieron de llevar los mismos hombres que se hicieron con los cuadros. Quizá encontremos alguna formando parte de una joya creada en aquellos años. Por eso pienso que la mejor forma de recuperarlas es a través de Ramón. Él hará correr la voz de que hay alguien interesado en ellas, dispuesto a pagar lo que sea. Con el micrófono que Boris colocó, nos enteraremos cuando lo haga.

—Mejor será que encontremos alguna por nuestra cuenta o terminarás arruinando a tu emirato —comentó Sofía, negando con la cabeza. Aquellos árabes eran unos soberbios que pensaban que todo se podía comprar. Le daba rabia que los hechos confirmaran semejante teoría. Por amor propio, recuperaría alguna para Cabil. Aunque tuviera que registrar todas las casas de empeño del país.

Al entrar en su casa, Sofía sonrió al ver la estampa que se tendía ante sus ojos. Lucas estaba tumbado en el sofá con Carlota acurrucada entre él y el respaldo, en tanto Javier dormía plácidamente sobre su pecho. El abogado repasaba unos papeles, como si fuera lo más normal del mundo preparar un caso con dos bebés durmiendo pegados

a él.

—Hola —le saludó Sofía, besándole—. Os he echado de menos.

—Y nosotros a ti —aseguró el abogado, devolviéndole el ósculo de forma apasionada—. ¿Y esa bolsa?

—Un regalo de Cabil para Carlota.

—Puedes tirarlo antes de que la niña lo vea.

—No voy a hacer tal cosa, bobo. ¿Me hacéis un huequito? —pidió la detective, acariciando las cabecitas de sus hijos.

—Nos encantará compartir el sofá contigo cuando te des una ducha —afirmó Lucas, alejando con el brazo a su esposa de ellos. La quería mucho, pero si no se aseaba primero, a sus pequeños no se acercaba.

—Odio cuando tienes razón —aseguró la detective según se dirigía al baño. El caluroso día había pasado factura a su cuerpo y a su ropa. Agua, jabón y una muda limpia estaban entre sus necesidades inmediatas.

Lucas se extrañó cuando transcurrió una hora y su mujer no regresaba. Acostó a los dos bebés en sus cunitas y preocupado fue a su dormitorio. Tal vez Sofía se hubiera encontrado mal, y estaba mareada en el suelo del baño. Debería haber ido antes a verla. Sin embargo, la situación era otra. La detective, agotada, dormía envuelta en una toalla sobre la cama. Se había sentado a cepillarse y secarse el pelo. La tentación de echar una leve cabezadita de unos minutos había sido grande.

«Solo un ratito, y bajo. Descansar los ojos un poco y ya», pensó la detective.

No había sido así. En unos segundos, su mente desconectó y cayó en los brazos de Morfeo.

A unos kilómetros de allí, en el centro de Basema, en un alegre restaurante italiano de manteles blancos y rojos, con una preciosa terraza interior, Diego y Rosa compartían un plato de pasta regado de un suave y delicado vino tinto.

—Ha sido una tarde divertida —afirmó el oftalmólogo, pensando que el suave tono dorado que había adquirido la piel de ella durante su excursión a Taima, le sentaba de maravilla.

—Lucas no hubiera podido controlar a los dos niños él solo —comentó Rosa, recordando lo adorable que estaba su acompañante de mesa cuando le dio a Carlota su papilla. Ambos terminaron con el pelo lleno de fruta, pero ni al uno ni a la otra les importó. La pequeña era un torbellino que con sus andares inseguros trajo a los tres adultos de cráneo toda la tarde. Javier, en cambio, era un bonachón. Dormir, comer y volver a dormir. Preferiblemente, en los brazos de su papi oyendo el latir de su corazón. De esa forma les habían dejado al salir, muy diferente a la jaula de grillos que se encontró al llegar, con los dos hombres intentando convencer a la niña para que saliera de la

lavadora. En un descuido, el abogado se la había dejado abierta, y la pequeña, que prometía ser tan activa e inquieta como su madre, se había colado dentro.

Cenar juntos había sido lo más natural para rematar un caluroso día de agosto, en el que daba pereza irse a la cama. Ella notaba que el alcohol iba haciendo efecto por sus venas, elevando su temperatura corporal. Aunque quizá no fuera solo efecto del vino. Era probable que se debiera a la influencia de los grisáceos ojos que la contemplaban.

—¿Una copa? —preguntó él al salir del restaurante. Ninguno quería despedirse y dar por acabada la noche. Su mutua atracción era demasiado tentadora.

—Mañana tengo que madrugar —rehusó ella sin mucha convicción —. Otro día mejor.

—De acuerdo, caminemos hasta tu casa —respondió él, algo desilusionado.

En el corto trayecto, Rosa no fue capaz de centrarse en la conversación. ¿Por qué había dicho que no a la sugerencia de ir a un pub? Una hora más no iba a marcar la diferencia. ¿Y si le decía que fueran? Iba a pensar que era una tonta que no sabía lo que quería.

—Creo que es hora de despedirnos —dijo Diego al llegar al edificio donde Rosa vivía.

—Lo he pasado muy bien.

—Y yo. Deberíamos repetirlo.

—Estaría genial. En fin. ¡Que descanses! —le deseó ella, haciendo girar la llave.

El frescor del portal fue como una bofetada en su rostro. Tonta. Era una tonta. Se giró y salió de nuevo, queriendo encontrar con la mirada una figura de pelo castaño caminando calle abajo. Sin embargo, la calzada estaba vacía. ¿Tanto había tardado en recapacitar e ir tras el oftalmólogo?

—¿Me buscabas? —preguntó una varonil voz que reconocería entre cientos a su espalda.

Allí estaba él. Apoyado con aire indolente en la pared, sonriéndole con el deseo danzando en sus labios. Rosa no le respondió. Al menos no con palabras. Se puso de puntillas, colocó sus manos en los hombros de él y le besó. Los primeros segundos con suavidad, para continuar con pasión y sus lenguas anudabas.

—¿Seguro? —inquirió Diego. Se moría de ganas de subir a la casa de ella y hacerle el amor una y otra vez. La deseaba. De forma cruel e implacable. Tenía que ser suya. No resistiría un «no» por respuesta.

Ella le agarró por la muñeca y tiró de él hacia el edificio. Dentro del ascensor siguieron besándose. El oftalmólogo colocó sus manos en las nalgas de ella, apretándolas y amasándolas con frenesí. Rosa se dejaba hacer, notando cómo su vulva se humedecía. Era tal su nerviosismo

que apenas atinó con la llave de la puerta.
—Por aquí —le dijo a él, guiándole hasta el dormitorio. Aún olía a pintura. Esa mañana habían rematado el techo del pasillo ocultando la abertura. Solo faltaba el suelo del piso de arriba que quedaría arreglado al día siguiente. Después nadie diría que las dos plantas habían estado comunicadas alguna vez.
Diego se recolocó el pantalón. Aquella mujer le había puesto firme en un minuto. O se relajaba un poco o no iba a durar ni un suspiro, y no se trataba de causar mala impresión en el primer encuentro. Esperaba que hubiera muchos otros tras ese.
—Necesitó ir al baño un segundo —le dijo Rosa—. No tardo.
—Tranquila.
—Ponte cómodo.
Bien. Eso es lo que necesitaba. Hizo unas respiraciones y notó cómo su miembro se aflojaba. ¡Gracias al cielo! Rosa le excitaba como pocas mujeres lograban hacerlo. Decidió mirar por la ventana mientras ella regresaba. Fue rápida. Tan solo unos minutos. El ruido del picaporte le hizo comprender que había llegado el momento. Sonriendo, se dio la vuelta.
«¡Mierda!», pensó.
Le iba a ser imposible contenerse. Su pantalón amenazaba con estallar una vez más. No estaba preparado para lo que se había encontrado al girarse.
Rosa se había puesto un ajustado corpiño, recogido el pelo en una coleta alta y calzado unas botas de caña alta de infinito tacón. En su mano portaba un látigo negro de tiras. Diego tragó saliva.
—¿Demasiado para ti, cariño? —preguntó ella con voz aterciopelada.
Se había jugado el todo por el todo. A Rosa le gustaba el sexo con algo más. En su día a día podía ser una dulce y eficiente secretaria que hacía con profesionalidad lo que le pedían. Sin embargo, en la cama, ella era la que dominaba y no admitía remilgos. Podía tener sexo suave y delicado, sí, pero sería insatisfactorio. Algo le decía que con Diego sería capaz de tener una relación más allá que un escarceo amoroso. De modo que se proponía averiguar si él era el hombre que necesitaba en su vida. Alguien fuerte y seguro que supiera que entregarse a una mujer dominante en la cama no le hacía menos hombre.
¿Sería Diego la pareja que había buscado tanto tiempo?
—No, contigo nunca es demasiado —aseguró el oftalmólogo dispuesto a dejarse llevar. Cuando había probado el sexo *bondage*, él había sido el amo. Como algo ocasional, lo había disfrutado. Fueron experiencias excitantes y satisfactorias. Rosa le proponía justo lo contrario. ¿Podría con ello? Estaba listo para comprobarlo. Decidido,

dio un paso hacia la bella dominatriz que le aguardaba. Se detuvo a unos metros de ella y la miró. Listo, esperando sus órdenes.

—Desnúdate.

Diego se dispuso a complacerla y llevó la mano al primer botón de su camisa. Rosa dejó escapar el aire que habían retenido sus pulmones. Definitivamente, aquella noche, ninguno de los dos iba a dormir mucho.

14. Oh, la, la

Sofía y Lucas iban juntos en el coche que les llevaba esa mañana desde su casa en las afueras al centro de la ciudad. Boris iba a recogerlos cada día. Era una costumbre poder conversar un rato a solas sin interrupciones de los pequeños de la casa.

—¿A París? —preguntó Lucas molesto.

El sueño de una escapada romántica a la capital de Francia siempre había rondado la mente del abogado. El trabajo de ambos y los sucesivos embarazos de Sofía habían impedido que se hiciera realidad. Por eso, cuando su esposa le anunció que planeaba viajar a la ciudad del Sena sin más compañía que Boris, se sintió defraudado.

—Sí. Hay dos marchantes de arte con los que tenemos que hablar. Fabi consiguió los nombres, y en Olvido conocimos a una galerista que nos facilitó el contacto con ellos.

—¿No puedes hacerlo por teléfono o por videollamada? Dudo que sea necesario que vayas hasta allí.

—Tengo que ir, cariño. Debo verles en persona. Investigar su entorno y con quién se relacionan. Además, todo indica que los hombres que se llevaron lo que había bajo el establo lo sacaron de España vía Francia. Es un destino inevitable en el caso que investigo.

—Contrata alguien que lo haga por ti. O que vaya Boris solo. Los niños te necesitan. Luego está el riesgo del coronavirus. Creo que será mejor que no vayas. Tus empleados son eficaces. Delega en ellos.

—Solo serán un par de días, tres a lo sumo —insistió Sofía, que no entendía los recelos de Lucas. No recordaba ninguna otra vez en que su marido se hubiera puesto así. ¿Qué ocurría?

—No me convence. Es un error que vayas —replicó Lucas con cabezonería.

Habían llegado al edificio donde el abogado tenía su bufete y debía bajarse. La detective no quería despedirse de esa manera de él. Si se decían adiós enfadados, estaría horas dándole vueltas a la discusión y no sería capaz de concentrarse.

—Espera —le pidió cuando ya se disponía a abrir el picaporte de la puerta—. Dime qué pasa. La verdad. Ni los niños ni el virus es lo que está preocupándote. ¿Qué ocurre?

El abogado inspiró antes de hablar. Con gesto de pesar, se volvió hacia su mujer e hizo un vago intento de sonreír.

—Es nuestro viaje, Sofía. Pasear por sus calles, hacernos fotos en la torre Eiffel, recorrer sus puentes, tomarnos un café en una terraza.

—Lucas, podremos ir nosotros solos en otra ocasión. Esto es diferente. Es trabajo.

—Lo sé —aseguró él antes de salir del automóvil con su cartera bajo el brazo.

Cuando llegó a la agencia, se dio cuenta de que su marido no le había dado un beso antes de despedirse. Mira que era tonto a veces. Claro que hubiera preferido un viaje romántico. Le esperaba una estancia que supondría visitar a gente que no deseaba hablar con ella, y no sería agradable. Tendría que entenderlo. Era su trabajo.

Fabi la aguardaba dando saltos en su silla. El nerviosismo de su secretario no era lo habitual a primera hora de la mañana. Otros días solía estar dormido y con pocas ganas de currar. En lugar de encontrarle tomando una taza de café, lo halló tecleando frenéticamente en el ordenador. Se volvió hacia Boris y le interrogó con la mirada. Era su marido, quizá supiera por qué estaba así. El guardaespaldas negó con la cabeza. Había dejado al informático en la acera del edificio, antes de ir a recogerlos a su casa, y era como una abeja, siempre inquieto y moviéndose de un lado a otro.

—Buenos días, Fabi.

—Buenos días, chicos —saludó el joven, poniéndose de pie de un brinco—. Tengo mucho que contaros. ¿Vamos a tu despacho?

—¿Café? —pidió Sofía, soñando con una taza de fuerte brebaje negro, no como el descafeinado que tenía que tomar en su desayuno.

—No, gracias —respondió resuelto Fabi, pensando que le estaba invitando su jefa. Ardía en deseo de detallarles lo que había averiguado.

La detective ocupó su silla al otro lado de la mesa, y sus dos ayudantes se sentaron en frente de ella. Tras una pausa teatral, Fabi se decidió a hablar:

—Tengo una copia del informe policial. Por otra parte, puedo confirmaros que, tal y como sospechabas, la pareja de médicos que visitasteis en Olvido no han soltado prenda. Dicen que no recuerdan el nombre de la persona a la que le compraron el Goya.

—No me lo creo. Tienen miedo. Detrás del tráfico de obras de arte hay gente peligrosa y sin escrúpulos.

—Yo tampoco, Sofía. Gracias al programa espía que colasteis en su ordenador, he podido trastear en sus archivos cuando la policía lo encendió. Son unos principiantes, no se han dado cuenta de que estaba dentro y podía ver lo que hacían. Además, hasta un pardillo sabe cómo buscar carpetas ocultas.

—Al grano, Fabi. No tenemos todo el día —le insistió Boris para que dejara de divagar.

—Entre las carpetas con fotos de sus viajes, hay una de su estancia en Francia hace diez años.

—¿En París, quizá? —preguntó la detective esperanzada. Aquel sería otro buen motivo para ir a la ciudad francesa. Su instinto le decía que la resolución del caso estaba allí y no en Basema.

—Acertaste. Fueron en su coche, lo que es extraño. En lugar de disfrutar de las comodidades que su posición les permitía darse: viaje en avión en primera clase, traslados en coche privado con chófer…, optaron por un largo e incómodo traslado por carretera.

—Que, sin embargo, es lo adecuado para eludir controles de equipaje y llevar lo que se quiera en la maleta.

—Eso es. Como cierto cuadro que compraron a un marchante francés. El mismo que mis fuentes me dijeron que investigara.

—¿Por el que me hiciste preguntar a la galerista?

—Sí. Mathieu Lefevre.

—¿Estás seguro? ¿No hay error?

Aquella era la pista decisiva que necesitaban. Si él había tenido el Goya en su poder, puede que tuviera los otros cuadros o supiera el paradero de ellos y de la pulsera. Por fin una luz en el camino.

—Bastante —aseguró Fabi, girando su *tablet* hacia ella. En la pantalla había una foto de tres personas. Dos hombres y una mujer delante de un cuadro. A la pareja de médicos era fácil reconocerles a pesar de que lucían más jóvenes.

—¿Quién es el otro hombre? —preguntó Sofía, señalando con el dedo la tercera figura.

—Lefevre. No hay muchas instantáneas de él. Es muy esquivo. Si el matrimonio tenía esta imagen entre sus cosas, es porque les unía una buena amistad.

—El Goya no fue su primer intercambio —especuló la detective.

—Por lo que he podido averiguar, al menos se vieron en tres ocasiones después de que esa instantánea fuera tomada, y un par de veces antes. Eso según las fotografías que hay en el ordenador de sus estancias en la ciudad gala. Si hubo otras y no quedó registro, de momento no he sido capaz de hallarlas.

—¿Y el otro nombre por el que me hiciste preguntar? El de mujer. Aurora.

—No he hallado pruebas de ninguna relación entre el matrimonio y esa galerista. Mis fuentes me aseguran que bajo su aspecto de matriarca cariñosa se esconde una personalidad férrea que maneja a su entorno con mano dura. Puesto que vas a ver a uno, no pierdes nada por ver a la otra.

—Fabi, reúne la información…

—En un dosier breve y con los datos concretos. Con imágenes recientes del marchante. ¿Cuándo nos vamos? ¿Reservo para primera

clase? Cabil está forrado, puede permitírselo.
—Con clase turista nos valdrá, hay que ser discretos. Si es posible, el lunes o el martes serían buenas fechas para irnos, y así el fin de semana estaremos de vuelta. Solo dos pasajes. Boris y yo. Tú te quedas aquí, atendiendo a los otros clientes y rebuscando en el ordenador de la pareja de coleccionistas, que seguro que extraes algo más.
—Pero, Sofía, ¡es París! No podéis ir allí sin mí. Es la cuna de la moda.
—Esta visita puede ser peligrosa. Solo iremos los dos y ninguna otra persona —recalcó Sofía—. Por televisión se ven los desfiles a la perfección. No vamos a tener tiempo de ir de tiendas.
¿Qué les pasaba a todos con la capital francesa? Era un viaje de trabajo. Eso implicaba ir ligeros de equipaje y sin hacer turismo. Boris era un exmilitar entrenado en la lucha cuerpo a cuerpo, su presencia le aportaría seguridad y sería un buen compañero si la cosa se ponía difícil. Tanto Lucas como Fabi debían de entenderlo.
La detective aprovechó las horas de la mañana intensamente. Quería rematar un caso de adulterio, en el que la mujer de un presidente de futbol se había liado con medio equipo técnico, y otro de un robo en un convento. El responsable de este último era una novicia con poca vocación y muchas ganas de fiesta.
Lucas pasó a recogerla a las dos para ir al aeródromo, donde un avión aguardaba para llevarlos a la isla en la cual Nando pasaba el verano con su tía y su prima. Javier no perdonaba la hora de la siesta e iba dormido, en tanto Carlota reclamaba la atención de sus padres. El abogado seguía estando algo distante con ella, esperaba que se le pasara al compartir un tiempo juntos por la orilla del mar.
Su marido no la miraba jugar con la niña. Estaba dolido porque ni siquiera se le hubiera ocurrido pedirle que les acompañara a París. Él la había ayudado en otras ocasiones. No entendía qué hacía diferente este caso del resto. Los bebés se podían quedar con un regimiento de niñeras en la isla, y ellos dos disfrutar un poco. Estaba convencido de que si se lo proponían, hubiera sido fácil combinar el ocio con lo que fuera que Sofía iba a hacer allí.
En un descanso en el juzgado, Diego había ido a tomar un café con Juan y con él. Les había contado la discusión con Sofía y ambos habían tratado de darle ánimos.
—Lucas, no es tan grave. Déjala que vaya a hacer sus cosas. Otro fin de semana, os vais juntos. Sin Boris cerca, será más romántico.
—Juan, quería ser yo quien le enseñara la ciudad. Hay un hotelito precioso al que estaba deseando llevarla.
—Y la llevarás, pero no ahora —le dijo Juan, dándole una palmada en la espalda. El juez se giró para mirar a Diego. El oftalmólogo estaba más callado de lo habitual. Ni siquiera había dicho un comentario

mordaz sobre el tema que preocupaba al abogado—. ¿A ti que te pasa? Vas a agujerear la taza como sigas dando vueltas a la cuchara. El azúcar ya se ha deshecho.

—Es verdad. Estás muy callado. Ayer te fuiste de mi casa con Rosa. Ibais los dos tan contentos. Diría que más que a ayudarme con los niños, vino a verte a ti. Así que empieza a hablar.

—La clienta de Sofía es muy guapa. ¿No tienes nada que contarnos? —inquirió Juan, percatándose del embarazo de su amigo. Allí había tema—. ¿Os enrollasteis?

—Cómo te pasas, señor juez.

—Lucas, te recuerdo que lo tuyo con Sofía fue visto y no visto. Caíste rendido a sus pies, y eso que quería meterte entre rejas. Diego y Rosa son mayorcitos y pueden darse un gusto al cuerpo si quieren. Y por como tonteaban en Taima, estos dos quieren sexo.

—En eso te doy la razón —afirmó Lucas al rememorar cómo en sus encuentros con la detective saltaban chispas en cuanto se miraban.

—Dejadme en paz. Ya no somos universitarios con las hormonas desatadas —repuso Diego enfadado. ¿Por qué tenían que meterse donde nadie les llamaba?

Había sido intenso. Una de sus fantasías más tórridas se hizo realidad con la mujer más dulce con la que se había encontrado nunca. No tenía el carácter de Sofía, que llevaba firme a su amigo. Rosa era suavidad y ternura hasta que cogía el látigo y se convertía en un ama juguetona y sensual. Solo con recordarlo, su pantalón se había convertido en una tienda de campaña.

—Vale, por la cara que has puesto y tu silencio, diría que la respuesta es un sí rotundo —conjeturó Juan, echándose hacia tras en la silla, convencido de que estaba en lo cierto.

—Está bien, lo reconozco, cenamos y después la acompañé a su edificio. Una cosa llevó a la otra y terminamos enrollados.

—¿Y? —inquirió Lucas divertido por el azoramiento de su amigo. El conquistador había sido conquistado. Cuando se lo contará a Sofía, se reiría del oftalmólogo. Aunque no sería hasta que hicieran las paces. Mientras siguiera empeñada en ir a París sin él, no le cotillearía nada sobre Diego y Rosa.

***

En el piso que había sobre la agencia, Pedro descansaba en un sillón. Irina estudiaba los papeles para una beca que Juan le había dado. Sus nuevos amigos se habían comprometido a ayudar a su hermano a entrar en la universidad. El principal escollo era la falta de ingresos. No podrían subsistir solo con su sueldo en la hamburguesería, el poco dinero que ganaba Eric era vital. Lucas le había propuesto que

trabajara como mensajero en su bufete. Podría compaginarlo con sus futuros estudios y eso estaba bien. Se acabarían los madrugones y las duras jornadas descargando cajas. Además, creía que en unos meses Pedro habría recuperado el control de su cuenta bancaria, si es que sus padres habían dejado algo en ella. En todo caso la ayuda para la dependencia ya había sido solicitada. Sería una tranquilidad tener a alguien unas horas cuidando del anciano.

La vivienda era la otra preocupación de Irina. Sofía no tenía prisa porque dejaran el piso, pero ella no quería abusar. En cuanto les fuese posible, alquilarían algo que se ajustara a su exigua economía. Desde la mesa donde hacía números y cálculos, escuchaba roncar a su abuelo.

Llevaba un par de noches alterado. Aseguraba que venían unos conocidos del pueblo a charlar con él y no le dejaban dormir. La excursión a Taima le había inquietado demasiado. Estaba nervioso. No debería haber dejado que Sofía le convenciera. Se podían haber quedado los dos en casa y que los demás se las hubieran apañado.

Tenía que compensarle de algún modo. Ese sábado libraba en la hamburguesería y tenía planeado llevárselo a pasear por un parque cercano y convidarle a un helado. Unas horas relajados, solos los dos, como cuando ella era una niña y él la esperaba al salir del colegio para comprarle un cucurucho de dos bolas. Siempre de chocolate y nata, el favorito del abuelo y la nieta. Se sentarían en un banco al caer la tarde, viendo cómo los niños jugaban en los columpios.

15. París

Aún sentía el olor de su hijo Nando en sus fosas nasales. Crecía demasiado rápido para su gusto. Habían vuelto de la isla con él porque su hermano, su cuñada y la pequeña Marta se iban a pasar un par de semanas a casa de los padres de ella. Dejar a sus tres niños durmiendo en sus camitas y salir al amanecer con una maleta ligera había resultado duro. Ni siquiera podía llevarse de recuerdo una noche de sexo y pasión con su marido. Desde que le había hablado del viaje, él se había mostrado distante y reservado. Delante de los críos hubo fingimientos cordiales, pero sin ellos la más helada frialdad.

Tenía que ser fuerte y mantenerse firme. Él iba a trabajar a diario, defendiendo a algunos tipos que se merecían la cárcel sin dudarlo. Esa parte del trabajo de Lucas no le gustaba, y por mucho que ella se quejara, el cabezota abogado con el que estaba casada se negaba a hacerle caso.

—Todo el mundo tiene derecho a una defensa justa y que se haga justicia —le solía responder.

—Los violadores, los asesinos y los maltratadores no se la merecen.

—Mis clientes no son de ese tipo y lo sabes. Son hombres de negocios que han querido hacer fortuna por la vía rápida y les ha salido mal. Condenarles a prisión es injusto. La sociedad no gana nada enviándoles a la cárcel. Lo que hace falta es que devuelvan el dinero del que se han apropiado indebidamente. Cuando vienen a mi despacho buscando mi ayuda, son conscientes de que haré lo posible y lo imposible por librarles de la cárcel. Las penas monetarias son fáciles de reducir, pero no de eludir.

Si él podía hacer en su trabajo lo que quería, ella tenía el mismo derecho. Faltaría más. ¡Ni que con Boris fuera a ver el París romántico! En cuanto Javier y Carlota crecieran un poco, irían los cinco. Nando soñaba con viajar a Disneyland. Si contaban con la ayuda de una canguro, tendrían tiempo para ellos también. Se lo hubiera explicado la noche antes, pero su marido no quiso escucharla. Malditos hombres y su orgullo de machitos.

Fabi les reservó un apartamento turístico para tres noches en el barrio latino. En un hotel, sus entradas y salidas quedarían registradas, y en un piso estarían a su aire. La zona elegida era una de las más concurridas y animadas de la ciudad, y, precisamente por eso, pasarían desapercibidos entre la multitud. Tendrían restaurantes y

terrazas cerca, con buenos precios, para tomar algo. Era el lugar perfecto para perderse entre la gente, aunque, con el coronavirus, el número de turistas había disminuido allí y en todas partes. El miedo a contagiarse en un país extranjero, o sufrir un confinamiento inesperado, mantenía a la gente a resguardo en sus lugares de residencia.

El mismo día de su llegada habían quedado con Aurora. Así, sin apellido. No lo necesitaba. Era de esas personas tan conocidas en el mundo del arte que con solo su nombre de pila, las personas sabían quién era. Algo que muy poca gente conseguía.

Su galería estaba en Montmartre, como no podía ser de otra forma, puesto que era el barrio de los pintores. En sus callejuelas convivían en el pasado los famosos burdeles y los alegres *cabarets*. De estos últimos quedaba alguno, como el mítico Moulin Rouge, que seguía atrayendo a miles de espectadores cada noche. En la plaza Pigalle, las luces de neón de los *sex-shops* continuaban compitiendo por captar la atención de los foráneos.

Sin embargo, no era en esa zona donde Aurora tenía su reino, sino en la Place du Tertre, en lo alto de la colina. Les había invitado a cenar en su propio hogar, hecho que había sorprendido a la detective.

—Es raro ir a reunirnos para compartir unos crepes con alguien a quien queremos interrogar —dijo Boris según salían de su alojamiento.

—Lo sé, pero así será más distendido. Me pidió que la recogiéramos en la galería. Luego los tres iremos juntos a su casa —respondió Sofía.

—Quiere presumir de posesiones. Dejarte claro que ella está por encima de ti.

—Puede. No obstante, habrá que seguirle el juego. ¿Adónde vas? ¿El funicular es por aquí?

—No pensarás subir en ese trasto, ¿no? Con lo que vamos a comer y las horas que llevamos sentados en aviones y autobuses, algo de ejercicio no nos vendrá mal.

—No te digo que no, pero son 197 escalones. ¿Qué tal si tú vas por la escalera y yo te espero arriba?

—Venga —la animó el ruso con cariño—. Luego me lo agradecerás.

—Lo dudo mucho.

A la detective le aburría hacer ejercicio. Se mantenía en forma gracias a las carreras que tenía que dar para atender a sus tres pequeños y su trabajo. Admiraba a esa gente capaz de levantarse, cuando el sol no había salido aún, para ponerse unas zapatillas e irse a correr. Su marido era uno de ellos. Boris le acompañaba y juntos hacían una rutina de estiramientos y cardio que habían hecho que Lucas luciera la toga como un auténtico modelo. En su mente, daba las gracias a su hombre de seguridad en cada ocasión en que se enredaba

con su chico bajo las sábanas. Reconocía que ella tomaba dulces en exceso, que no le hacían nada bien a sus caderas. Pero ¡estaban tan ricos!

A mitad de la escalada tuvo que hacer un descanso. No era la única. En diversos escalones se veían turistas resoplando debajo de sus mascarillas. Aunque Sofía hubiera dado algo por poder quitársela un minuto, no lo hizo. Era consciente de que esa era la forma de proteger a los demás. Si lograban frenar la propagación del virus, no colapsarían el sistema sanitario y darían tiempo a que la vacuna fuera desarrollada.

—Vamos —la urgió Boris—. Cuanto más descanses, más te costará continuar luego. Es mejor subir de un tirón y luego parar un minuto.

—Habla por ti. No quiero dejar sin madre a tres niños. Si no recupero el fuelle ahora, no conseguiré sobrevivir cuatro días en París.

Con una pizca de pundonor al contemplar cómo una pareja de ancianos pasaba a su lado de la mano tan feliz, la detective decidió levantarse del escalón y continuar. Al llegar arriba y mirar hacia abajo, se sintió orgullosa de sí misma. Algo le decía que aquella no iba a ser la única vez que debieran ir hasta la zona alta, aunque sería la última que ella lo hiciera a pie. El funicular estaba para algo y pensaba utilizarlo.

La galería de Aurora se situaba en un precioso edificio de tres plantas, ocupándolas en su totalidad. La fachada estaba pintada en un delicado color gris perla en el que resaltaba el blanco de las rejas de los balcones y las ventanas. Bien conservado, el lugar llevaba más de doscientos años en pie.

La casa de la dueña estaba cerca, a escasos metros. Una villa rodeada por un jardín en el cual daba la impresión de estar a kilómetros de la capital gala en lugar de estar en la misma urbe.

El acceso a la galería se hacía mediante una puerta de cristal, tras la cual una joven con una sonrisa de anuncio y un traje pantalón en negro, les había invitado a limpiarse las suelas de sus zapatos en un felpudo higienizante y echarse hidrogel en las manos.

—Les recuerdo que no pueden quitarse la mascarilla en el recorrido expositivo y deben mantener la distancia de seguridad con el resto de clientes —les explicó en un perfecto castellano, puesto que les había oído hablar según se acercaban.

—Lo haremos. Hemos venido a ver a Aurora —respondió Sofía con afabilidad. Ella no sabía hablar francés, solo cuatro frases hechas. Ese había sido otro motivo por el que había confiado en Boris como su acompañante, sus conocimientos del idioma galo eran fluidos y serían una gran ventaja a la hora de desenvolverse esos días—. Tenemos una cita con ella.

—Oh, sí. La señora Gascón. Pasen a esa salita, que avisaré a alguien

para que les acompañe.

El hombre de seguridad de la detective la interrogó con la mirada. Era extraño que usara su apellido de casada en lugar del de soltera. No era habitual en ella hacerlo. Prefería usar el suyo, Valverde, antes que el del conocido abogado.

—Ha sido cosa de Fabi. Piensa que el término «señora» es menos informal que usar mi nombre a secas.

—Y si nos han investigado, verá que eres la esposa de un reputado abogado. Es buena idea.

—Por cierto, ni mi marido ni el tuyo están muy contentos con que hayamos venido sin ellos.

—Imagínate si fueras mi tipo —bromeó Boris, haciendo reír a su jefa.

—Pues el hombretón que viene hacia aquí tiene pinta de modelo. ¡Cómo le sienta el traje! —exclamó ella al ver a un joven de cuidada barba y pelo primorosamente peinado aproximarse hasta ellos.

—Sí, tienes razón. Pensándolo mejor, no le cuentes a Fabi que a cada paso nos encontramos con un francés guapo. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Si Lucas era celoso, su secretario lo superaba. No tenía motivos. Para el ruso, el informático era lo único importante en su vida, igual que su marido lo era para ella. Sabía que el enfado de su abogado favorito había sido algo infantil. Se prometió compensarle en cuanto regresaran a Basema.

—Buenas tardes. Soy Tristán. ¿Me acompañan por favor? Aurora les aguarda en su despacho.

Fueron contemplando las obras que colgaban de las paredes a su paso, y las esculturas que se situaban en el centro.

«A mí este arte no me gusta nada. Nando pinta mejor. Eso son unos garabatos mal hechos», pensó la detective.

Era asombroso que hubiera gente capaz de gastarse millones de euros en algo como aquello. Entendía la belleza de un cuadro de Goya o de Velázquez. Los clásicos eran otra cosa. Lucas le diría que el artista había querido representar el embrujo de la noche y la soledad del yo, o cualquier frase de muchos adjetivos y poco contenido. Él habría sabido apreciar lo que estaban viendo sus ojos, en eso tenía que darle la razón. Quizá, en su futuro viaje juntos a París, iría con él a la galería.

—¡Querida! —exclamó Aurora, poniéndose de pie en cuanto entraron en su despacho.

Aurora era una mujer con aspecto de dulce abuelita. El pelo teñido de un rubio elegante y distinguido. Sus grandes ojos marrones observaban su entorno con la emoción de un niño. Fabi les había advertido de que no se fiaran de la septuagenaria. Con su aspecto de

ama de casa tranquila, podía ser despiadada con aquellos que trataban de engañarla en un trato, o con los marchantes de arte que se colocaban en su camino hacia un buen trato.

—Cuidado con ella —les advirtió Fabi antes de dejar su apartamento y prepararse para su cita—. No te fíes de su cara de buena.

—Ni ella de mi aspecto de mamá de tres querubines. Puedo hacer trizas a un mafioso ruso sin pestañear —aseguró Sofía, recordando su encontronazo con Alexander Petrovich.

La detective lucía un vestido rosa, suelto y fresco que complementaba con una chaqueta beige. Boris se había asombrado al verla. Su *look* solía ser más informal y desenfadado. Solo se vestía de esa manera si debía acudir a algún acto con su marido. Intuía que buscaba crear buena impresión en Aurora, presentándose con un atuendo clásico que invitara a la confianza.

—Me alegro de verla.

Su español no tenía el acento afrancesado de sus empleados de la galería. Se debía a que, en realidad, había nacido en España. Conoció al que fue su esposo durante un viaje de estudios por Francia. Fue amor a primera vista. Se casaron a los cuatro meses de relación.

Él tenía un modesto estudio de arte en un local del edificio donde se encontraba ubicada la galería en la actualidad. Pronto quedó claro que la joven poseía un innato talento para conquistar a los clientes que adquirían sin dudar las obras que ella ponía ante sus ojos.

El modesto local se fue ampliando con los adyacentes hasta que lograron hacerse con todo el edificio. La galería Aurora se convirtió en un referente en el mundo del arte. Ningún coleccionista que se preciara tenía completa su pinacoteca si no había adquirido un cuadro en ella. Al quedarse viuda, algunos pensaron que no lograría seguir adelante. Se equivocaron. Con ella al mando, el imperio dio un paso importante: abrir sucursales por el mundo. Su logro más reciente había sido cruzar el charco y montar una sala de exposiciones en Nueva York, con uno de los cuatro hijos del matrimonio a la cabeza.

Fabi le había hecho un resumen de la vida privada y profesional de la mujer que iban a conocer tan exhaustivo como era habitual en él. Incluso había añadido unas notas con su talla de ropa y calzado. Solo a su ayudante se le podía ocurrir hacer algo así.

—Hay muchos que se preguntan por el origen de algunas de sus obras, Sofía —le explicó el informático—. Lienzos que se creían perdidos han aparecido al cabo de décadas y han cambiado de manos gracias a Aurora. En vida de su marido también hubo rumores de transacciones poco claras, pero, lo que entonces eran dudas, ahora son hechos probados. Aunque no han logrado imputarla por nada, el FBI y la Interpol la tienen en su punto de mira.

La detective prefirió no preguntar cómo las fuentes de Fabi habían

tenido acceso a esos datos, pero estaba segura que lo último lo había sabido gracias a sus amistades de la red profunda. Le había advertido que tuviera cuidado con ellos, no eran tipos que hicieran favores así como así. Su secretario se limitaba a mirarla con una sonrisa traviesa en sus labios que le incitaba a considerar cómo de inocente era en esos mundos Fabi. Mejor no darle muchas vueltas.

—Muchas gracias por recibirnos. Sabemos que es una mujer ocupada —saludó Sofía al entrar en el inmenso despacho, presidido por un balcón que daba a la calle por la que habían accedido a la galería. Estanterías de nogal, bellamente talladas, recubrían las paredes. Ya no se veían muebles de esa calidad. En sus baldas, los libros tenían su sitio junto estatuillas, fotos de familiares de la propietaria del lugar y algunas instantáneas en las que se le veía con presidentes de diversos países y miembros de la nobleza. En una zona visible desde la entrada, un premio por su labor a favor de los más necesitados, otorgado por las Naciones Unidas. ¿Qué pensarían esos mandatarios de los negocios ilícitos de Aurora? Eran meras sospechas, pero las dudas estaban ahí.

—¡Es una compatriota! Siempre es agradable poder hablar en español y recordar cosas de la tierra natal de una.

—Es muy amable —afirmó la detective con voz almibarada—. Una entrevista aquí hubiera sido suficiente, recibirnos en su hogar es demasiado.

—Pensé que hablaríamos con mayor comodidad en mi casa y sin testigos.

Aurora miró suspicaz a la dulce señora Gascón que tenía en frente. Había hecho que la investigaran en cuanto le llegó la petición para una entrevista en persona. Eso le había gustado. Podía haberse contentado con hacer las preguntas a través de un frío correo electrónico o por teléfono. El cara a cara era mejor. De los gestos y expresiones de un interlocutor se podían deducir aspectos que las palabras ocultaban.

Le habían dicho que Sofía Valverde era una detective cabezota, fuerte y arrogante, que no se amilanaba ante nadie. Buena prueba era que su amigo Cristomo González había salido con el rabo entre las piernas tras vérselas con aquella joven de aspecto inocente. La había subestimado, algo que el joyero tenía tendencia a hacer con el género femenino. Estaba segura de que Sofía no era el angelito que pretendía aparentar. Bien, ella había tenido que fingir serlo durante su vida de casada para que los clientes de su marido no sospecharan que era la que estaba detrás de la empresa desde hacía años.

Intuía que en el despacho no abandonaría su fingida pose y podía poner nerviosos a algunos de sus empleados. En su hogar, por el contrario, con los estómagos llenos y las venas embotadas por el vino,

las lenguas se soltarían, y las reservas bajarían. Nadie se resistía a los placeres de una buena mesa y una agradable velada bajo el cielo parisino.

—Será un placer cenar con usted.

—Tutéame querida —pidió Aurora sin quitar ojo de Boris. Más que un intérprete, parecía el guardaespaldas de la detective. Apostaría a que ese era su verdadero papel a la hora de acompañarla.

—Gracias, Aurora.

—Será mejor que nos vayamos. El *boeuf bourguignon*[2] nos espera, y no está tan bueno si queda pasado de punto.

16. Tarte Tatin

El *ratatouille*[3] no le había parecido gran cosa, el pisto manchego era más sabroso para su gusto. La carne había sido otro tema. Se había tenido que contener para no chuparse los dedos, pero con la *tarte tatin*[4], había dejado la vergüenza y había tomado dos porciones. No fueron tres por el murmullo reprobatorio de Boris, que no había dudado en advertirla de forma poco sutil cuando le vio las intenciones de continuar comiendo dulce. Con el ejercicio que había hecho subiendo las dichosas escaleras, esas calorías no eran nada.

Aurora intentó sin éxito que bebiera una copa de vino, sin embargo, la detective se negaba a hacerlo.

—Pruébalo. Es una cosecha propia. Tenemos un pequeño viñedo en la llanura de Alsacia.

—Muchas gracias, con el agua es suficiente —respondió Sofía, pensando que unas viñas que ocupaban la mayor extensión de la región no podían calificarse como «pequeño viñedo».

—Insisto. El *bouquet* es excelente.

Así no había forma de emborracharla y que se relajara. Tendría que intentarlo de otra manera.

—Tengo un bebé lactante en casa, prefiero no beber alcohol por él.

«Será pesada. Ya no me fío. ¿Y si le ha echado algo a la botella? No parece. Boris lo ha probado y ella va por la segunda copa. Se ve que es de las que no aceptan un no por respuesta. Si pido un refresco, va a mirarme raro. Mejor sigo con el agua», razonó la detective.

Pese a sus esfuerzos, Aurora no logró que la joven bajara la guardia. En cuanto al ruso, el alcohol no hacía el mínimo efecto en su organismo. Aquella cena iba a ser un fracaso.

—¡Un viñedo! No debe ser fácil mantenerlo hoy en día. Requerirá cuidados costosos y una inversión monetaria constante.

—Eso es cierto. Sin embargo, la recompensa de degustar tu propio vino en una comida no tiene precio —presumió la anfitriona.

—¿Las viñas eran de la familia de tu marido?

—No —negó Aurora, recordando cómo su difunto esposo carecía de legados familiares salvo la galería—. Fue decisión mía comprarlo. Vi una buena oportunidad, y no lo dudé. Deseaba que mis hijos crecieran rodeados de naturaleza, lejos de la tumultuosa ciudad.

—Claro, donde esté el aire puro… En estos tiempos de pandemia, es

una suerte tener una casa en el campo.

Sofía sabía que para mantener un viñedo no bastaba con un jardinero talentoso como el que tenían Lucas y ella para cuidar el césped y las flores de su casa. Era necesaria una continua fuente de ingresos. Por no hablar de la fábrica de perfumes que poseía también, y las numerosas galerías. La de París estaba en un sitio tan privilegiado como costoso, y en cuanto a la de Nueva York, en pleno SoHo, tenía que vender mucho para llegar a ser rentable. Detrás de esa falsa sonrisa había algo turbio.

—Mis nietos se lo pasan en grande allí. ¿Cuántos hijos tienes?

—Tres —respondió Sofía, haciéndose la tonta. Igual que su anfitriona, que seguro que conocía todo lo que le estaba preguntando—. Los adoro, aunque dan mucho trabajo. Tú tuviste cuatro. Debió ser complicado sacarlos adelante a la vez que ayudabas a tu marido en la galería.

—Niñeras. A veces no queda otro remedio. Es difícil dejarlos al cargo de otras personas. El corazón se divide en dos. Es el precio que tenemos que pagar las mujeres que queremos disfrutar de una vida laboral a la par que una familiar. Los hombres siguen sin verlo del mismo modo.

—Una buena cuidadora es cara. Entre nosotras, debes de tener una lista de clientes ricos que puedan permitirse invertir en arte en los tiempos que corren. Ahora, con el coronavirus, es mucho más complicado. ¿Quién tiene la solvencia monetaria para adquirir un lienzo o una escultura que valga miles de euros con una economía tan inestable como la nuestra?

—Más de los que crees —replicó Aurora, incómoda. Esa niñata no sabía de lo que hablaba, o tal vez sí. Puede que lo supiera demasiado bien—. El espíritu, el alma, la mente necesitan nutrirse igual que lo hace el cuerpo. El arte es tan vital como el agua en una vida plena.

—Eso suena muy bonito. Sin embargo, dudo que los coleccionistas deseen arriesgar su dinero en artistas desconocidos, querrán ir a lo seguro. Obras que no se van a devaluar con el paso de los años y cuyo valor siga aumentando.

—Continúan existiendo mecenas que apuestan por el talento joven.

—Los menos. No nos engañemos. Por otra parte, habrá personas que, al venirse abajo sus negocios e inversiones, hayan puesto en venta esos lienzos de los que nunca hubieran creído posible deshacerse. Eso supondrá buenas oportunidades para ti.

—Algunas hay —reconoció la galerista, pensando en el par de esculturas que acababan de llegar a su almacén provenientes de un acaudalado griego que había perdido parte de su fortuna durante el confinamiento.

—Y no todo el mundo desea que el estado se lleve un tanto de la

transacción. Un intercambio monetario sin dejar rastro, con una adecuada comisión por tus servicios, es lo más conveniente en estos casos.

—Sofía, ¿hablamos claro? ¿Qué has venido a hacer a París? —quiso saber Aurora, cansada de tanta tontería. Los rodeos no iban con ella.

Ambas se habían olvidado de Boris y del criado que les había servido la cena. El hombre había desaparecido por una puerta al ver cómo el intercambio de palabras iba subiendo de tono. Su puesto estaba sujeto a mantener la discreción sobre lo que ocurría en la casa. Si no oía lo que no debía, sería más sencillo demostrar desconocimiento.

—En tu galería, o detrás de ella, se hacen transacciones de dudoso origen. No hablo solo de ocultar un dinero al fisco, me refiero a esas obras de arte que han desaparecido de paredes de museos o de salones privados. Esas que departamentos policiales de diversos países buscan sin descanso.

—No sé a qué te refieres —negó Aurora, dando un sorbo del vino que la detective había rechazado. En realidad, necesitaba algo más fuerte que aquel líquido granate.

—Del Tiziano que en marzo un brasileño compró a un conde italiano arruinado. Sin olvidarme, del Degas de ese museo alemán que ahora está en un rancho de Texas. Y del…

—¡Está bien! —gritó Aurora, quitándose la máscara de educación y templanza que la había acompañado durante la velada—. ¿Adónde quieres llegar?

—Quiero nombres, quiero saber si cierto Velázquez y cierto Picasso han pasado por tus manos, quiero encontrar unas perlas rosadas muy peculiares. Y se me olvidaba, quiero encontrar el oro de España robado durante la Guerra Civil. Creo que eso es todo. Boris puede corregirme si me equivoco.

—No, la lista está completa. Es un buen resumen —corroboró el hombre de seguridad. Tuvo que contenerse para no ponerse a aplaudir. La impecable galerista había empezado a sudar copiosamente, después de soltar en el plato el tenedor con el que había estado comiendo la tarta. Muy contenta no parecía.

—¿Y si no te los doy? —quiso saber Aurora. Aquella vulgar detective no tenía nada, eran meras especulaciones y rumores. Sin pruebas, no sería posible demostrar sus delitos.

—Sabes, es increíble lo que puede encontrarse en internet si sabes dónde buscar. Claro, hay cierta información que no está al alcance de la gente corriente, solo de aquellos que conocen los atajos necesarios que llevan hasta ella.

Sofía hizo una pausa. Cogió su móvil y envió una foto en la que se veía a uno de los hijos de Aurora delante del Velázquez que Pedro

había visto de niño. La taberna que el maestro pintó durante su etapa madrileña era de una perfección exquisita solo superada por su pareja: *Los borrachos.*

—Es el mayor de tus vástagos, si no me equivoco. El que dirige la galería del SoHo. No quiero ni pensar el escándalo que se ocasionaría si, de manera accidental, una copia de esta imagen se filtrara a los medios de comunicación. Sería la ruina económica, por no hablar de la investigación que se llevaría a cabo.

—Puedo darte el nombre del otro hombre de la foto. Es un ricachón belga. Tiene algún que otro cuadro en su *chateau* que interesaran a la Interpol. Te lo diré si las autoridades no escarban en mis asuntos.

—Tranquila. Será un soplo anónimo. Nadie podrá relacionarlo contigo. ¿El Picasso?

—Ese es más el terreno de Lefevre. En varias ocasiones ha tenido obras del pintor en su catálogo.

—Tenemos una cita con él este miércoles. Le preguntaremos.

—No trabajo con joyas ni con oro. En ese aspecto, no puedo ayudarte.

—Tal vez, la persona que te hizo llegar el Velázquez sepa algo.

—Esa gente no usa nombres ni teléfonos. Ellos te buscan a ti. Tú no puedes contactar salvo que sea lo que quieren.

—¿Cómo funciona?

—Recibo un *e-mail* de una cuenta distinta cada vez. En él viene un archivo con una fotografía de lo que ofrecen en esa ocasión, con una fecha en la que tendrá lugar la subasta. Si quiero participar, respondo con una palabra.

—¿Cuál?

—Azul. Es el nombre de la organización que gestiona las subastas.

—¿Nada más? —preguntó Sofía intrigada.

—El día señalado, me llega un teléfono de tarjeta prepago por mensajería. A una hora determinada, me llaman y empieza la puja. Al terminar, debo tirar el terminal.

—En el caso del Velázquez eso no fue todo. Tu oferta debió de ser la más alta.

—Lo fue. Me indicaron un número de cuenta en la que mi cliente debía hacer la trasferencia. Una vez hecha, recibí un mensaje con la dirección de entrega y el momento en el que tendría lugar.

—Que fue…

—Dos días después en el puerto de Marsella. A medianoche en un contenedor.

—¿Cuándo es la siguiente subasta?

—Eso no lo sé, Sofía. Ellos me avisan.

—Aceptarás la próxima puja, pero a la cita iremos nosotros —aseguró la detective, que ya iba trazando un plan en su mente.

—Te recuerdo que antes del encuentro físico hay que hacer una trasferencia de dinero. No creo que tú tengas esa cantidad —contestó con soberbia Aurora.

—Quizá no —asintió la joven, pensando en que la galerista no había hecho bien su investigación si no sabía su posición económica actual. Lucas tenía una cuenta bancaria más que saneada. Además, Cabil podía prestarle lo que necesitaran. Lo recuperarían después, en cuanto la organización Azul estuviera desmantelada—. Pero será mi problema. En cuanto te hagan llegar el teléfono, me lo darás, y a partir de ese momento podrás olvidarte de ellos y de mí.

—No me gusta. Esa gente no son vulgares raterillos. Tienen contactos y medios para deshacerse de soplones.

—Yo también los tengo —añadió Sofía, poniéndose de pie—. La cena exquisita. Estaremos en París hasta el jueves. Si sabes algo de Azul antes de que nos vayamos, sería perfecto.

Aurora vio cómo aquella desigual pareja salía de su casa. Ella, una mujer de aparente fragilidad, dotada de una mente aguda que iba a darle quebraderos de cabeza. Él, un competente hombre de seguridad que no había dejado de analizar cuanto les rodeaba amparado en su silencio. Tenía personas contratadas así y reconocía su valía. No pararían de incordiarla hasta que Azul le enviara un *e-mail*. Esperaba que fuera cuanto antes.

17. Velázquez

La mañana del martes la pasaron en el hotel, hablando con Fabi, con un contacto suyo de Interpol de su época en la policía de Basema, con unos agentes del departamento de delitos artísticos de la policía gala y un sinfín de personas más. Mantuvo en secreto el nombre del jeque Cabil. Él no se lo había pedido, pero ella no vio motivo para desvelarles esa parte a las autoridades. Les explicó que su investigación de los hechos ocurridos en el piso de Rosa les había llevado hasta París. Al mediodía, poco antes de las dos, recibieron la confirmación de que el cuadro había sido recuperado y el belga detenido.

—Sin embargo, tardará menos en salir del juzgado de lo que hemos tardado en detenerle —le dijo el fiscal que se iba a encargar del caso.

—¿Buenos abogados?

—Mejores contactos. El lienzo ha sido recuperado, le pondrán una multa que no supondrá más que una ligera merma en sus finanzas y se librará de ir a prisión. Por desgracia, es lo habitual en este tipo de delitos.

—Hay que llegar a los responsables de la red. A los que dirigen Azul —afirmó Sofía.

—Lo haremos. Yendo sobre seguro, consiguiendo pruebas irrefutables y sin dejar cabos sueltos. Es importante que no puedan librarse de los cargos después por algún resquicio legal. Aunque nos cueste, los atraparemos. Esto es cosa de los cuerpos de seguridad. Usted ya ha hecho mucho.

La última afirmación era más un aviso para que la detective se hiciera a un lado, que un comentario dicho al azar. No le había contado a nadie su acuerdo con Aurora, solo lo sabían Boris y Fabi. Si la policía supiera lo que se traían entre manos, les pondrían en la frontera de España en un minuto.

—Fabi, quiero que te cueles en el ordenador de la galerista y te asegures de que si le llega un *e-mail* de Azul, nos enteremos.

—Si hubierais instalado mi programita en él, como hicisteis con la pareja de médicos, sería más sencillo. No sé cómo voy a hacerlo.

—No pudimos acercarnos a su portátil —le recalcó Sofía. Al llegar a su oficina, habían visto cómo lo guardaba en su bolso, y en la casa le perdieron el rastro—. Tendrás que intentar colarle un virus, un

troyano, «un algo» de esas cosas que tú haces tan bien.

—Ahora me echas de menos. No quisiste que fuera con vosotros. Estas son las consecuencias. Conmigo allí, irías más rápida con la investigación.

—Te paso a tu marido. Habla con él un ratito —le dijo la detective al informático para que dejara de protestar.

Ella, a primera hora del día, había llamado a Lucas. Los niños estaban en perfecto estado. Javier protestaba un poco al tomar los biberones, extrañaba la leche de su madre. Se había sacado lo que había podido antes de irse, pero su tragoncete no parecía tener nunca suficiente. Las rosquitas de sus muslos eran buena prueba de ello.

—Carlota sigue molesta con las encías. Ayer, Rosa le hizo una pomada casera que su abuela le ponía a ella de pequeña y funcionó. Al menos, durante un rato, se queda tranquila. Luego se pasa el efecto y lloriquea un poco.

—Rosa es un amor. Creo que ella y Diego hacen buena pareja. ¿A ti te ha contado algo tu amigo?

—Les veo bien juntos. Aunque ni Juan ni yo le sacamos una palabra de su relación con ella. Es raro, nunca ha sido tan hermético a la hora de hablar de sus conquistas. No es que vaya por ahí jactándose de sus lides amorosas, pero suele compartir con nosotros alguna cosa.

—Será porque en este caso es diferente. No es un vulgar divertimento. Lo sentirá como algo privado y no quiere contároslo. Es normal que las parejas al principio no digan nada a su entorno.

—A veces, las amistades y las relaciones se enquistan por los secretos.

Sofía entendió que habían dejado de hablar del oftalmólogo y la secretaria. Lucas seguía dolido por su viaje a París y la distancia no era lo mejor para limar asperezas. En un par de días estarían de vuelta. Cara a cara haría lo posible para que entendiera que su estancia en Francia tenía un motivo y no era un capricho. Ya estaban obteniendo frutos de su viaje.

—Te quiero. Tú y los niños sois lo más importante de mi vida —le recalcó a su marido.

—Pero no lo único.

—¿Qué quieres decir?

—Has antepuesto tu trabajo a nosotros. Cuando murió tu marido, dejaste la policía por Nando. Ahora tienes tres niños. Puede que sea el momento de replantearte tu futuro en la agencia.

—Tienes razón —respondió Sofía, que notaba cómo la ira recorría su cuerpo. Eso era peligroso. Sus emociones tomaban el control sobre sus pensamientos y no solía ser nada bueno—. Debería replantearme seguir casada con un hombre que no valora mi trabajo. Al que no le importa defender a criminales porque llevan trajes caros y pagan su

elevado salario.

—Si eso es lo que piensas, la solución es sencilla —alegó Lucas dolido con las palabras de la que creía el amor de su vida.

Al otro lado de la línea se había hecho el silencio. Sofía había colgado sin despedirse. Un temblor sacudió su cuerpo. ¿El divorcio? ¿Es lo que quería? Si tenía que volver a su piso, a ella no le importaría. Con su agencia era perfectamente capaz de mantenerse. No obstante, ¿qué ocurriría con sus pequeños? Nando había perdido un padre. ¿Soportaría perder a otro?

Ese martes, en Basema, Diego había quedado con Rosa para comer en su piso. En realidad, ella le mandó un mensaje anunciándole que saldría una hora antes de trabajar y que si quería ir a verla. El oftalmólogo canceló su cita de la una y excitado acudió a su llamada.

El sexo fue increíble. Desde que se había adentrado en el mundo del *bondage*, sus orgasmos eran demoledores. Él, que siempre había creído que era un fiera en la cama, estaba equivocado. Una dulce mujer, de aspecto tímido y apocado, le había demostrado que no. Dentro de las cuatro paredes del dormitorio, ella se trasformaba en una diosa que él adoraba y deseaba darle placer. Era un sumiso. Nunca lo hubiera sospechado.

—¿Es raro para ti? —quiso saber Rosa mientras comían. Una buena dominatriz debía asegurarse de que, tras una intensa experiencia de dominación, su sumiso estaba bien.

—No voy a negarte que es extraño. En mi imaginación de machote ibérico no entraba la idea de no llevar el control en la cama.

—No eres menos hombre por eso. Lo sabes —le recalcó ella preocupada por las sensaciones que experimentaba Diego.

—Lo sé. Como también sé que soy sumiso contigo, no creo que fuese capaz de ceder el control a otra mujer que no fueras tú.

—Eso es imposible saberlo —afirmó ella, bajando la cara para que él no viera su sonrojo.

Sus sentimientos hacia él eran demasiado fuertes. ¿Cómo podía haberse enamorado tan rápido? Aquello no era un cuento de hadas ni una novela romántica. Aunque tampoco podía negar lo que ocurría entre los dos.

—Estoy convencido de ello. De igual manera, debo aclarar que mi sumisión hacia ti se limita a las paredes de tu dormitorio. Fuera, somos una pareja que está conociéndose. Ni tú ni yo tenemos el control único. Los dos somos los capitanes de este barco, nos lleve donde nos lleve.

Rosa sonrió y asintió. Con las órdenes que recibía de sus jefes en el trabajo tenía suficiente. En su vida personal no deseaba ni darlas ni recibirlas, a excepción de cuando tenía el pecho de Diego bajo la punta de su bota de tacón. Entonces se sentía poderosa y deseada, algo

a lo que no iba a renunciar.

A unos kilómetros de distancia, Cabil preparaba una bolsa de equipaje. La inactividad podía con él. El lunes había visitado a un empresario textil con el fin de entablar los cimientos para una futura relación comercial con hombres de negocios de su emirato. Por la tarde había ido a visitar a Pedro. Irina estaba con él, puesto que era su día libre. Eric había bajado a la agencia a charlar un rato con Fabi. El informático agradecía la compañía. Sin su querida jefa y sin Boris, estaba aburrido, y hablar con las paredes no era un gran consuelo.

—¿Qué tal está tu abuelo? —preguntó Cabil a Irina, aprovechando que el anciano estaba absorto viendo una corrida de toros en la televisión.

—Estoy preocupada.

—¿Ha pasado algo?

—Insiste en que vienen hombres a verle y hablan con él. Esta mañana fui a la compra, y Eric me acompañó. Necesitábamos leche y agua, yo no podía con todo el peso. Al regresar, mi abuelo nos contó que sus amigos franceses habían subido en ese rato que estaba solo.

—¿Los que aquella noche le dieron chocolate por enseñarle en escondite?

—Los mismos. Es imposible. Eran mayores que él entonces. Ahora deben estar muertos.

—Serán alucinaciones. Es propio de la demencia senil. Es duro, pero es así.

—Lo sé. Su enfermedad está avanzando. No sé que vamos a hacer.

—Hay medicación. No la cura, pero la detiene. Un neurólogo sería lo más indicado. Le haría unos test y un examen con el fin de discernir las sustancias químicas adecuadas en su caso.

—La doctora del centro de salud ha pedido una valoración. El problema es que la lista de espera es larga. Entre el confinamiento, y las vacaciones de los especialistas, con suerte le verán en otoño. Tenemos el informe del forense que vino a verle gracias a Lucas, y por él hemos conseguido cita en octubre.

—Eso en la sanidad pública. ¿Y en la privada? ¿Has mirado? Muchos de los doctores que atienden en una por la mañana tienen sus consultas privadas en la otra por la tarde.

—Impensable. No es solo una consulta, habrá que hacer revisiones periódicas, por no hablar del precio de los medicamentos, que serán caros. Puedo permitirme una primera visita médica pero no más.

—Busca un especialista, Irina. Yo me haré cargo. Tienen que verle cuanto antes.

—Gracias, Cabil. Es demasiado. No puedo aceptarlo —replicó la joven orgullosa.

El Jeque valoraba la fortaleza y la valentía de ella para compaginar

el cuidado de su abuelo, el de su hermano y su trabajo, aunque no por ello era menos evidente que necesitaba ayuda urgente ya.

—Tuviste suerte con Rosa y Sofía. Si hubierais estado de okupas en otro piso, sus dueños os habrían denunciado. Tú estarías en prisión, tu hermano en una casa de acogida, y a saber tu abuelo. Con el coronavirus aumentando otra vez, el restaurante donde trabajas puede volver a cerrar y no tendrías dinero para alimentaros a los tres. Permíteme ayudarte. No lo aceptes por ti, hazlo por él.

Irina se removía nerviosa en su asiento. Nada de lo que le decía el hombre era nuevo para ella. Por la noche daba vueltas en la cama en tanto su mente se llenaba de oscuros pensamientos sobre su futuro.

—Sería un préstamo —afirmó tras considerar la propuesta de Cabil —. No sé cómo lo haré, pero te lo devolveré.

—Trato hecho. Tenemos un acuerdo. Busca un especialista y no te preocupes de ninguna otra cosa que no sea disfrutar con tu abuelo todo lo que puedas.

—Hablaré con Lucas y sus amigos. Ellos conocen a mucha gente. Seguro que pueden darme uno o dos nombres.

—Perfecto. Mantenme informado.

En el avión que le llevaba hasta París, Cabil iba reflexionando sobre lo que había ocurrido en los últimos días. Había conocido a una serie de personas con estrechos lazos familiares y de amistad entre ellos. En su cultura, los hombres ancianos eran venerados por los jóvenes. El patriarca era alguien reconocido en su entorno y respetado. Sus ganas de ayudar a Pedro surgían de su deseo de hacer por él lo que no había podido hacer por sus abuelos.

«Debo centrarme», pensó releyendo sus notas de nuevo.

Ramón Salazar le había llamado el día anterior desde su móvil privado, de modo que Fabi no se había enterado. A través de sus contactos supo que un joyero de París, cerca del célebre Mercado de las Pulgas, tenía en su poder un conjunto de collar y pendientes de oro blanco y perlas. Según decían, estas tenían un tamaño y una tonalidad diferente a la habitual. Eran algo más grandes y de un peculiar rosa nacarado. Podía ser una pista falsa, pero debía verlas en persona para asegurarse.

De modo que sin decirle nada a Sofía ni a los suyos, puso rumbo a la capital de Francia. Iba a hospedarse en un hotel no muy lejos del apartamento turístico donde se alojaba la detective. Si eran las perlas de Sabrina, la llamaría y se lo haría saber, para que pudiera hablar con el joyero. En caso contrario, volvería a Basema sin más complicaciones. Habría perdido un par de jornadas en una ciudad de ensueño que bien valía una visita.

Tenía pensado hacer algo de turismo. Aprovecharía para ir al Louvre. Cada vez que iba a la ciudad francesa, era un destino

obligado. Confundido entre los turistas, disfrutaría de sus salas y sus obras expuestas.

Cerró los ojos y cruzó los dedos. Esperaba estar en el buen camino para recuperar alguna perla de la pulsera de su abuela. Solo podía demorarse unos días más. Ese fin de semana debía regresar ya a su emirato. Los asuntos de estado le reclamaban.

18. Lefevre

La galería de Mathieu Lefevre no tenía nada que ver con la de Aurora. La de la mujer era moderna, actual y con un toque minimalista. La del galo era lo contrario.

Situada en las proximidades del Palacio Nacional de los Inválidos, era un lugar perdido en el tiempo. Una reliquia del pasado, anclada en el presente, que perduraría en el futuro.

La entrada podía pasar desapercibida a unos ojos poco sagaces, sin embargo, una mirada curiosa era capaz de detectar que tras esa fachada ruinosa había algo más. En el escaparate se mostraban objetos de diversa índole. Una escultura vestal, un jarrón decorado con motivos griegos y un cáliz de oro. Sofía se acercó y tuvo que usar sus manos a modo de visera para otear el interior. Aun así, no pudo ver demasiado. Una cortina de desgastado raso granate impedía ver qué había al otro lado.

Buscó la puerta, esperando encontrarla en la fachada. Se equivocó. Se hallaba en un callejón lateral, como si el propietario quisiera que solo quien tuviera verdadero interés en encontrarla pudiera hacerlo.

—Tienes cita concertada, ¿verdad? —quiso saber Boris receloso. Aquel sitio le daba escalofríos. En el escaparate había contado tres moscas muertas entre pelusas de polvo.

—A las once.

—¿Y fijo que esta es la dirección?

—Según Google Maps, estamos en el lugar correcto. Vamos allá.

La detective extendió su mano para llamar al timbre. Aguardó unos minutos y un hombre vestido con un traje tan gris como la galería le flanqueó la entrada.

—¿Qué desean? —preguntó el desconocido sin intención de dejarles pasar.

—Hemos quedado con Mathieu Lefevre. Debe estar esperándonos.

—¿Los dos? —quiso saber el hombrecillo, mirando de arriba abajo a Boris.

—Es mi ayudante. Sin él, estoy perdida. Le necesito a mi lado —afirmó Sofía, pestañeando con sonrisa bobalicona. No sabía si la argucia había funcionado, o que su interlocutor vio las pocas intenciones del ruso de quedarse aguardando fuera, el caso era que ambos, a los pocos segundos, se encontraron rodeados de cuadros por

todas partes.

No había un centímetro libre de pared donde la vista pudiera descansar, puesto que hasta debajo de los lienzos había mesas con piezas similares a las que se mostraban en el escaparate. Ahora comprendían el porqué de las cortinas y la discreta ubicación del portal. Aquello parecía la cueva de Alí Babá.

—Aguarden aquí.

Ninguno de los dos se movió demasiado. Estaban seguros de que, aunque no las vieran, habría cámaras de vigilancia mediante las que les controlaban.

—No te preguntaré si ves algo de valor.

—No lo hagas, Boris, porque lo que no veo es nada que no lo tenga.

Lefevre no se dedicaba en exclusiva a los cuadros y esculturas. En su galería, el arte sacro y antiguo tenía un lugar predominante. El jarrón con decoración griega del escaparate era digno de formar parte de los fondos de un museo arqueológico. Sofía especulaba sobre si su origen no sería precisamente ese, dudaba que fuera una copia. El francés tenía que estar muy seguro para exponerlo en una ventana abierta a la calle.

Ante ellos apareció un hombre de nariz prominente, no muy alto, delgado, con un traje gris de corte impecable y una camisa blanca. De unos cuarenta años, con el pelo corto, canoso, peinado de forma clásica.

—Buenos días, señora Gascón.

—Buenos días, señor Lefevre —respondió ella, permitiendo que el francés le besara la mano en un gesto educado algo obsoleto. Presentó a Boris como su ayudante e intérprete, aunque le quedó claro que su interlocutor no se lo creyó.

El galerista les guio hasta un despacho tan abigarrado como el espacio que habían dejado. En la mesa destacaba un ordenador de una conocida marca, que contrastaba por su modernidad con el resto de la decoración. La detective observó que las superficies estaban pulcras, ni una moto de polvo resaltaba sobre ellas, no como en el exterior. No quisiera ser la encargada de la limpieza de aquel lugar. Allí había tarea para más de una persona. Suponía que el galerista quería evitar que los turistas ávidos de llevarse un recuerdo a su casa entraran en el establecimiento. De ahí, la dejadez del escaparate. Había que ser realmente un entendido, y contar con los contactos adecuados, si se quería llegar hasta Lefevre.

—Creo que buscan información sobre ciertos cuadros desaparecidos hace mucho tiempo.

—En efecto. Ocurrió durante la Guerra Civil. Fueron depositados en un pequeño pueblo de la sierra una noche, y esa misma madrugada otros hombres se hicieron con ellos.

—Y con el mítico oro español, según me comentó su secretario. ¿Sabe qué hay mucho de leyenda? No todo eran lingotes. Había monedas y billetes que ni siquiera abandonaron su país. Simplemente, cambiaron de bolsillos.

—Cierto, pero parte de aquel tesoro vino a parar a suelo francés. Había tres cuadros. Dos de ellos ya los hemos localizado. Nos falta uno. Un Picasso. Tengo entendido que usted suele tener en su galería obras de este artista.

—Es uno de los pintores que más me interesa, o mejor dicho, a mis clientes, junto con Van Gogh, Gaugin o Tolulose-Lautrec. Aunque sus obras están inventariadas. Están en colecciones museísticas o privadas, pero no hay picassos por ahí perdidos.

—Usted y yo sabemos que de tanto en tanto aparecen cuadros de afamados artistas de los que no se sabía nada hasta entonces. De un modo más o menos legal ven la luz y cambian de manos.

—No sé. Nunca he realizado negocios de dudoso origen —afirmó Lefevre con cinismo.

—Por supuesto —contestó Sofía con la misma ironía—. Quizá haya oído hablar de cierto cuadro de Picasso. Las figuras son alargadas, a la imagen de las del Greco. Dos mendigos compartiendo un mendrugo de pan. Llegaría a Francia en los años treinta. Suponemos que estará adornando algún salón o despacho.

—Interesante, pero nunca he visto ese lienzo. Lo recordaría.

—Hay un jeque árabe que desea hablar con su propietario. Con el cuadro iba otra pieza que desea recuperar. Será muy generoso con quien le ayude —añadió Sofía a sabiendas que un incentivo cuantioso podía despertar las ganas de ayudar del reacio galerista.

—Preguntaré por ahí. Si me entero de algo, se lo haré saber.

—Cualquier detalle puede ser de gran ayuda…

Un inoportuno ataque de tos impidió continuar a la detective. Las lágrimas llenaban sus ojos y el esfuerzo la hacía doblarse en dos. Los golpecitos que Boris le daba en la espalda la hacían empeorar más que mejorar. Tuvo que quitarse la mascarilla porque se ahogaba con ella. Mathieu, asustado y temeroso de que fuera una tos debida al coronavirus, se puso de pie y balbuceó:

—Voy a por agua.

Sofía estaba ocupada intentando respirar y no fue capaz de responderle, el ruso le dio las gracias mientras sujetaba a su jefa para que no se cayera al suelo.

—Corre —dijo la mujer que parecía haberse recuperado milagrosamente—. Mete el *pendrive* de Fabi en su ordenador. Tenemos unos segundos antes de que vuelva.

—¿Tú no estabas ahogándote? —preguntó preocupado.

Como toda respuesta, Boris obtuvo un guiño. ¡Era una treta! Hasta él

se había creído su indisposición. No lo dudó e hizo lo que le pedía. En el caso del matrimonio de coleccionistas, los resultados obtenidos con el programa de hackeo de Fabi fueron fructíferos. Confiaba en que el portátil del galerista aceptará la intrusión de buen grado, o no les valdría nada el engaño.

—¿Falta mucho? —preguntó la detective con la voz ronca del esfuerzo realizado al fingir la tos.

—Segundos —contestó el ruso—. 50, 45…

—¡Oigo pasos!

—40, 35…

—Los tenemos aquí.

—¡Distráeles! 25, 20…

Una mujer vestida con un uniforme de limpieza y un carro lleno de artículos de higiene hizo su aparición. En la mano, protegida por un guante negro, portaba una botella de agua que tendió a Sofía. Se la dejó en el suelo, a unos centímetros de distancia, y después salió. No le pagaban para arriesgar su salud. Ella se lo agradeció con un ligero cabeceo, y le quitó el tapón con ansia. El fresco líquido fue un bálsamo para su garganta. Se la bebió de un trago. Cuando terminó, Boris estaba a su lado y, apoyada en él, se levantó.

—Si me siguen, les guiaré hasta la salida.

El mismo tipo que les había abierto la puerta les habló a una prudencial distancia de dos metros. Había aguardado fuera hasta que el sonido de las toses cesó. El olor a desinfectante con el que estaban pulverizando el aire, inundó su nariz según salían del despacho. Tal y como había supuesto la detective, el francés era un obseso de la limpieza. La ausencia de polvo, los botes de hidrogel y los ozonizadores distribuidos por las dependencias daban cuenta de ello.

—Monsieur Lefevre se pondrá en contacto con ustedes si tiene algo que decirles. No hace falta ni que le llamen ni que vuelvan por aquí.

En una mesa al sol, en una encantadora terraza, se sentaron para comentar su visita al galerista. Sofía pidió un cruasán y un café. Estaba hambrienta. Su estomago no aguardaría vacío hasta el almuerzo.

—Ya desayunaste esta mañana en el apartamento. Te has comido todas las existencias que nos quedaban. Tenemos que comprar algo antes de que se nos olvide.

—Es que esos cereales insípidos que te gustan a ti no saben a nada. Además según entran, salen. Para ir al baño son geniales, pero me dejan con más hambre que antes de comerlos.

—Podemos comprar fruta si quieres. Unas manzanas o unas cerezas.

—Estoy comiendo fresas —afirmó la detective, relamiéndose al morder la pieza de bollería que aún estaba caliente de la plancha donde la habían tostado.

—Es mermelada, no cuentan. Tiene más azúcar que otra cosa.

—Centrémonos en lo que hemos averiguado con nuestra visita —dijo Sofía, cambiando de tema. Había visto una napolitana de chocolate en otra mesa, y si no fuera porque no quería seguir oyendo las protestas de Boris, se la pediría también. No sabía por qué, pero aquel viaje le había abierto el apetito—. Lefevre, a pesar de querer disimular el exterior de su galería con aparente desidia, guarda obras de arte en su interior sin importarle quién las vea.

—No pudimos hacer fotos, pero te digo yo que alguna de ellas está en la lista de robadas o desaparecidas.

—Cierto. Un marchante de arte que se precie no se salta las leyes de medio mundo con el fin de vender objetos sustraídos en colecciones públicas o privadas. Eso va en perjuicio de su buen nombre. Lo mismo que hacer pasar por verdaderas falsificaciones hechas con mayor o menor acierto. Este galo no tiene miedo a una posible denuncia.

—Fabi dijo que Lefevre era conocido por haber engañado a un par de museos. No es *vox populi*, se sabe en la red profunda y en determinados círculos.

—Y no solo las ha vendido, sino que él mismo las hizo. Es un excelente pintor que malgasta su talento en copiar las creaciones de los demás. Sin embargo, tu marido no ha encontrado nada relacionado con joyas. Dudo que sepa algo de la pulsera de Cabil. Habrá que investigar por otro lado.

—El Jeque tiene algo en común con su gemelo: su escasa paciencia —le recordó Boris.

—Lo sé. Rezo para que no nos meta en problemas esta vez.

Ninguno de los dos podía sospechar que el árabe del que hablaban estaba en esos instantes caminando por El Mercado de las Pulgas, con paso enérgico hacia su destino: la joyería de la que Ramón Salazar le había informado.

Era una pequeña tienda regentada por un matrimonio entrado en años. Las piezas expuestas brillaban bajo los focos de luz estratégicamente colocados. Por lo que el español le explicó, la mercancía que vendían allí era de segunda o de tercera mano en su totalidad. Cuando alguien deseaba vender una pieza porque las deudas le acuciaban o porque la consideraba pasada de moda y deseaba algo más moderno, la gente sabía que aquel era el lugar adecuado.

Para entrar, Cabil hubo de pulsar un timbre. Una mujer de pelo canoso recogido en un elegante moño salió a su encuentro. En su rostro se reflejaba aún la belleza de su juventud. Le saludó en francés, y el árabe le respondió en el mismo idioma. Su acento no era tan bueno como al hablar español, pero era aceptable.

—¿Desea algo en concreto?

—Quiero hacer un regalo a mi madre. Le gusta mucho las perlas.

Había pensado en un collar, quizá unos pendientes —respondió Cabil sin atreverse a preguntar de forma directa por lo que le había llevado hasta allí.

La dueña de la joyería le mostró diversas piezas, que eran deslumbrantes, pero un poco convencionales.

—Son bonitas, pero mi madre tiene joyas similares. Quisiera algo original y diferente. Puede que otra tonalidad o tamaño.

—Tengo un conjunto exquisito que quizás se ajuste más a sus deseos.

La mujer guardó las bandejas y cajas que había sacado y se agachó en una zona alejada de la vista. Aunque Cabil se estiró para ver algo, no fue posible. Hasta que ella volvió a erguirse y se giró con una sonrisa, no vio el estuche azul que portaban sus manos.

Con respetuosa suavidad, lo depositó en la superficie de cristal y soltó el cierre. El suspiro de satisfacción que salió de los labios del Jeque le hizo comprender a la joyera que había acertado al mostrarle a aquel elegante hombre uno de sus artículos más preciados. No estaban al alcance de todos los bolsillos. Eran piezas únicas e inimitables.

Tal y como Ramón le había dicho, las perlas estaban engarzadas en oro blanco. En el collar contó hasta doce y en los pendientes dos en cada uno. Con las que tenía en su poder, tan solo le faltarían tres para completar de nuevo la pulsera. Dos de las grandes y la pequeña del broche original.

—Me lo llevo.

—No le he dicho el precio —dijo sorprendida la buena mujer. A su establecimiento acudían hombres ricos dispuestos a hacer regalos a sus esposas y amantes, y mujeres que buscaban una pieza con el toque *vintage* que daba lo antiguo, si bien, eran escasos los que compraban algo sin saber antes su valor.

—Ni yo le he preguntado cómo tiene estas joyas en su poder.

—¿Qué se ha creído? —preguntó la dueña de la tienda enfadada—. Todo lo que ve aquí nos ha sido vendido por sus legítimos propietarios. Este collar y los pendientes pertenecieron a la esposa de un ministro. Su hija nos lo trajo hace unos meses cuando su madre falleció.

—Siento haberla ofendido —se disculpó Cabil al reconocer la verdad en las palabras de su interlocutora. Ella debía haber adquirido las perlas de un modo legitimo, aunque suponía que el anterior propietario no tanto—. Creo lo que me dice, no obstante, hay algo que debe saber.

El Jeque decidió que debía contarle la historia de aquellas joyas. Su instinto le decía que podía confiar en ella. Al terminar su relato, los ánimos de la pareja de joyeros se habían calmado. El marido, al oír las

voces de ella, había salido alarmado para ver que ocurría.

—Si lo que dice es cierto, las perlas de su abuela fueron sustraídas hace varios años. ¿Ha considerado que los ladrones pudieron deshacerse de ellas en aquella época? Alguien de mi gremio, sin querer hacer preguntas, las compró y las engarzó de nuevo. Por desgracia, hay gente así, no son la mayoría, pero existen.

—Después habrán pasado de mano en mano a través de una herencia o un regalo —continuó ella—, hasta llegar a nosotros.

—Podemos rebajarle algo el precio, pero le prometo que las compramos sin usura —comentó el joyero, que no quería perder la venta. Por otra parte, ya no se sentía a gusto teniendo aquel conjunto en sus vitrinas.

Cabil estuvo de acuerdo en lo que le proponían. Estaba dispuesto a pagar lo que fuera con tal de recuperar las perlas de Sabrina. De las tres restantes no sabían nada, ¿qué habría sido de ellas?

—¿Qué le parece si hago una foto de una de ellas? —sugirió la joyera—. Puedo hacerla circular entre compañeros. Le aseguro que si están en Francia, daremos con ellas.

El árabe salió de la tienda contento y satisfecho. El viaje a París no había sido en vano. Tal vez debería llamar a Sofía y contarle que estaba allí y sus hallazgos. O puede que mejor no. Se molestaría si sabía que había hecho caso omiso a su petición de quedarse en Basema y no interferir. Al fin y al cabo, el matrimonio no parecía un par de malhechores. Se veía que eran unas personas formales al mando de un negocio legítimo. Decidió que lo más adecuado sería esperar a su regreso. Se quedaría hasta el viernes en París por si el encantador matrimonio encontraba alguna pista que pudiera seguir. ¡Había tantas cosas que visitar y admirar en la capital francesa!

19. Rembrant

No le gustaba salir tan tarde, pero no le quedaba otro remedio. El restaurante de comida rápida cerraba a las doce al público. Luego llegaba la peor parte, limpiar las planchas, los baños y las mesas. Con suerte, a la una Irina podría irse a casa. Su jefe decía que para qué iba a contratar a una limpiadora si ya estaban ellos allí. Era un caradura y un explotador que abusaba de la escasez de puestos de trabajo.

«Si tú no quieres hacerlo, otra querrá», solían ser sus palabras. Lo malo, que era cierto.

Aquel miércoles una compañera no había podido ir. Tenía algo de tos y debía esperar a saber el resultado de la prueba de coronavirus que le habían hecho esa mañana. El encargado la había avisado para decirle que ese día tendría que quedarse dos horas más.

—¿No puede decírselo a otro? Tengo que cuidar de mi abuelo y mi hermano.

—Ese no es mi problema. Si tú no te quedas al cierre, la persona que lo haga podrá tener el domingo libre todo el día. Si no te interesa…

—Cerraré yo —dijo Irina, a la que librar parte del fin de semana le resultaba un lujo.

De modo que allí estaba, caminado por una calle vacía, donde otra noche cualquiera de verano habría bullicio, pero que en plena pandemia por la covid-19 mostraba un aspecto desierto. Oía las voces de unos regadores unos metros más allá. El suelo estaba húmedo, por lo que dedujo que habrían pasado ya por esa zona. Con los bares de copas cerrados, los habituales grupos de jóvenes brillaban por su ausencia.

Una sombra surgió al final de su camino. Era un hombre que con la cabeza baja caminaba en su dirección. No mostraba signos de embriaguez, y llevaba una mascarilla negra. Mejor. Ya se ponía bastante en riesgo en su trabajo. Le daba miedo llevar la enfermedad a su hogar y contagiar a su abuelo. En cuanto llegaba a casa se iba directa a la ducha y metía todo la ropa que llevaba puesta en la lavadora. Aun así, el saber que una compañera de la hamburguesería podía estar contagiada la preocupaba. En otras empresa sabía que el resto de la plantilla era enviada a casa en cuarentena, de forma preventiva, con su sueldo integro. Algo le decía que en su caso, les pondrían de patitas en la calle.

Apretó el paso cuando aquel tipo cruzó a su lado sin mirarla. Respiró aliviada al oír sus pisadas alejándose. Quedaban pocos metros para llegar a su hogar temporal. El local de Sofía ya era visible con su discreto rotulo en la puerta. Unos minutos y podría poner los pies en alto.

De repente sintió un pinchazo en la espalda, a la altura del hombro derecho.

—Pero ¡qué…!

Luego oscuridad y la sensación de caer al vacío.

Nadie se dio cuenta de lo que ocurría. Los hombres que limpiaban las calles conversaban a gritos entre ellos para oír sus voces sobre el ruido del agua saliendo de las mangueras. La exclamación de dolor de Irina se perdió entre las paredes de los edificios.

Cuando amaneció ese jueves de julio, un barrendero encontró unas llaves tiradas en el suelo. Se las guardó para entregárselas al primer agente de policía que encontrara. A algún trasnochador habrían tenido que abrirle la puerta.

Sofía y Boris, en la diminuta cocina de su apartamento de París, desayunaban unos yogures y unas galletas que a la detective le sabían a poco.

—Chico, hasta que no me tome un café, no voy a sentirme despierta.

—En el aeropuerto, después de pasar el control, tendremos tiempo.

—Y algo de comer. En el avión no van a darnos nada, y hasta que lleguemos a casa, tardaremos en poder hincarle el diente a un bocadillo.

No habían tenido noticias de Aurora ni de Lefevre. Igual podían ponerse en contacto con ellos en unas horas que en unas semanas. En cualquier caso, su estancia en París había llegado a su fin y debían regresar. Tendrían que volver a tierras francesas de nuevo, pero en esos momentos la detective necesitaba ver a sus hijos y arreglar las cosas con Lucas.

—¿Has metido todas tus cosas en la maleta? —le preguntó Boris. Sabía que era muy despistada y dejarse olvidado algo en algún rincón era algo habitual en ella.

Sofía no pudo contestar porque su móvil comenzó a moverse en el bolsillo trasero de su pantalón. En el bolso nunca lo oía, por eso prefería llevarlo pegado a la piel y sentir su vibración. Al ver el nombre que surgía en la pantalla, se le quitaron las ganas de seguir comiendo galletas.

—Buenos días, Aurora —dijo, saludando a la galerista. Lo poco que había desayunado dio un vuelco en su estomago. ¿Tendría una pista?

—Se han puesto en contacto conmigo —anunció la mujer sin más.

—¿Qué te han dicho? —quiso saber sorprendida de que Fabi no les hubiera alertado antes. Sin duda, la galerista tenía un buen sistema

antihackeo de sus terminales informáticos.

—Hay un Rembrandt que ha aparecido en el mercado. Se va a hacer una puja por él hoy a las doce del mediodía.

—De acuerdo. Necesitaré ese teléfono.

—Ven a buscarlo. Te lo dejaré en una caja en recepción a tu nombre. No hace falta que nos veamos las caras de nuevo.

Sin decir ninguna otra palabra, Aurora colgó.

—¿Qué ocurre?

—Tienes que ir a la galería a recoger el móvil que los supuestos marchantes de arte le han enviado. Mientras tanto, tengo que conseguir que Lucas me preste algo de dinero.

—Sofía, no va a hacerlo. Está demasiado enfadado. Aunque me cueste reconocerlo, tu mejor opción es Cabil. No involucres al abogado en esto.

La joven suspiro. De todas formas debía hablar con su marido para avisarle de que su vuelta a Basema se retrasaría un día más por lo menos. Aquella conversación no iba a ser fácil.

—No está en el despacho, cariño —le explicó Beatriz, la secretaria de Lucas. Al no obtener respuesta en sus sucesivos intentos de contactar con él, había llamado a su bufete—. Tenía un par de visitas y una reunión con un cliente. Sabes que en la sala lo pone en silencio, así que hasta que no termine, no sabrá que le has llamado. De todas formas, ¿quieres que le diga algo?

—Solo que al final no vuelvo hoy a Basema, ha surgido una pista y debo quedarme a investigar unos cabos sueltos.

Le hubiera gustado decírselo en persona, pero no sabía a qué hora podría volver a llamarle. La charla con Lucas debería aguardar a otra ocasión. Quizá por la tarde tuviera suerte y pudiera contactar con él.

Una vez iniciada la puja, tenían que actuar rápido. Necesitaba el dinero con urgencia. Resignada, optó por la segunda opción: Cabil.

—Buenos días, ¿cómo está mi jeque favorito?

—Buenos días —rio Cabil—. No tan bien como mi detective favorita.

—¿Te pillo en mal momento? Oigo coches. Estás por la calle.

—Sí, estoy dando un paseo por Basema —mintió el árabe, que se dirigía a una terraza—. ¿Algún avance? ¿Sabes algo de las perlas?

—Aunque de la pulsera de Sabrina no, de los cuadros y de las personas que los tienen ahora sí. De hecho, estoy tras la pista de un traficante de arte que puede que sepa algo. Bueno, no he hablado con él, pero lo haré. Necesito un pequeño favor, una cosilla sin importancia.

—Claro, dime.

—Medio millón de euros. Calderilla para ti —bromeó Sofía, sintiendo que sus mejillas enrojecían. Quizá se había pasado con su petición, sin embargo, si quería alcanzar su objetivo, tenía que apostar

a lo grande.

—¿Se puede saber en qué andas metida? —quiso saber Cabil, impresionado por el ruego de su amiga.

La detective consideró que debía explicarle todo al hombre, si quería su ayuda. De modo que le hizo un resumen obviando algunos detalles como la sospecha de que Lefevre estaba detrás de Azul, y que Boris y ella no le caían demasiado bien, lo que era peligroso.

—De acuerdo, te ayudaré, pero voy contigo.

—No, de ningún modo. Boris irá conmigo, cuanta más gente seamos más sospecharán. Además, cuando sepamos el lugar de entrega, avisaremos a las autoridades —afirmó Sofía, obviando que lo harían después de interrogar a los que tuvieran el Rembrandt en su poder. Una vez que la policía se hiciera cargo de la investigación, la dejarían fuera y no podría averiguar si sabían algo de las perlas.

—Me quedaré lejos, observando. No os vendrá mal tener a alguien de refuerzo por si la cosa se tuerce.

—Cabil, la puja es dentro de una hora y esta noche será la entrega. No puedo esperar a que vengas desde España.

—En cuanto a eso, hay un detalle que no sabes.

—¿Cuál?

—Estoy en París.

Boris no podía creerse lo que veían sus ojos cuando regresó al apartamento. Sofía y Cabil estaban comiendo unos cruasanes mientras bebían un vaso de café para llevar, en la cocina. ¿Qué hacía allí el árabe?

—Hola. ¿Quieres un dulce? Están muy ricos. Ya me he comido tres. ¿Tienes el teléfono?

—Lo tengo. Voy a conectarlo al portátil para que Fabi pueda acceder a la llamada y averiguar su origen. Y gracias, pero no, ya he desayunado, y tú también.

—Hay que aprovechar. No sabemos si las cosas van a complicarse y no podremos comer en todo el día.

—Lo dudo —repuso el hombre de seguridad. Sofía solía llenar su bolso de chocolatinas y caramelos argumentando que eran para los niños. Apostaría lo que fuera a que esa mochila negra con la que caminaba por las calles francesas estaba repleta de dulzainas similares. No sabían dónde metía tantas grasas y tantos hidratos de carbono. Otra persona, en su lugar, sería una pelota andante.

Colocaron el portátil en la mesa del salón y los tres se sentaron alrededor esperando la llamada. A las doce en punto, una mujer se puso en contacto con ellos. Sofía respondió, puesto que los traficantes esperaban hablar con Aurora.

—Tiene el número quince. Nada de nombres. La puja inicial es de cien mil euros.

—De acuerdo.

La cantidad fue subiendo primero de veinte mil en veinte mil euros hasta que el número veintidós aceleró la subasta, ofreciendo medio millón de euros. Sofía no había dicho ninguna palabra aún, esperando que el precio se estabilizara. Había llegado el momento. Cabil le hizo una señal para que ofreciera seiscientos mil. El resto de pujadores se habían quedado en silencio. Creían que ya era suya hasta que el veintidós subió a setecientos mil, a lo que Sofía contraatacó con ochocientos mil. Cruzaron los dedos. Confiaban en recuperar el dinero después, pero si no lo lograban, la detective no quería pensar en cómo lograría saldar su deuda con el Jeque.

—Adjudicado en ochocientos mil euros.

—¡Conseguido! —exclamó la detective. Al menos esa parte del plan había salido bien.

—Permanezca a la espera, por favor —le pidió la mujer. Sofía le hizo gestos a sus acompañantes. Tenían que mantenerse en silencio. No quería que su interlocutora sospechase nada.

Por su propio móvil recibió un mensaje de Fabi, confirmándole que la llamada estaba hecha desde Francia. Necesitaba un poco más de tiempo para dar con la ubicación exacta, lo que iba a ser difícil porque la mujer era la única que hablaba.

—Le envío un mensaje con un número de cuenta. Haga la transferencia. En cuanto tengamos constancia de ella, recibirá otro mensaje con la hora y el lugar de recogida. Memorícelo y destruya la tarjeta SIM y el móvil.

—Podría repetírmelo… —no pudo acabar su petición porque la llamada se cortó sin previo aviso.

A los dos segundos, sonó una notificación alertándoles de la entrada de un SMS. Cabil había enviado la cantidad requerida a una cuenta opaca facilitada por Fabi. El informático se encargó de realizar el movimiento bancario final.

Ninguno se atrevía a hablar. Los segundos se hicieron minutos esperando el siguiente aviso que no llegaba.

—Ya han recibido el dinero —les comentó Fabi por el manos libres.

—Sofía, espero que no sea una estafa.

—Tranquilo, Cabil, aunque trapicheen al margen de la ley, no les interesa crearse un mal nombre. Aun entre ladrones deben mantener la reputación. ¡Aquí está! —exclamó con aire triunfal la detective.

—¿Qué dicen? —inquirió Boris nervioso.

—Es esta noche a la una. En el puerto de Marsella. Contenedor 158967. Fabi, necesitaremos un medio de trasporte.

—Tenéis un coche de alquiler reservado, en seguida te paso la dirección donde debéis ir a por él. El contrato es de veinticuatro horas. Si necesitáis más tiempo, se puede prorrogar.

—¡Eres un genio!
—Lo sé, jefa. Habrá que hablar de un aumento cuando vuelvas. Ya he clonado la tarjeta del móvil, puedes romperla y deshacerte del terminal.
Hicieron lo que les habían pedido y se pusieron en camino. Querían llegar antes para poder estudiar el terreno por el que tendrían que moverse de noche. Cabil se mantendría en un segundo plano desde donde pudiera ver sin ser visto. Sofía habló con su contacto en el departamento de arte de la Interpol.
—Esta noche te daré los nombres. Podrás hacer detenciones y desmantelar una red de tráfico de arte.
—Deja de jugar a los policías, te recuerdo que ya no eres una de ellos. Pásame los datos ahora, y apártate de la investigación. Te mantendré informada.
—No. Luego pasa como con Alexander Petrovich y Abil. Teníais todos los datos, pero mi hijo y mi sobrina fueron secuestrados primero, y después mi marido casi muere a manos de Hasim, el hombre del Jeque.
—Aquello fue un error. Demasiadas agencias y departamentos gubernamentales involucrados.
—Te he informado por cortesía. Podía haberme limitado a avisarte mañana.
—A otro con ese hueso. Me has llamado porque quieres que tenga un dispositivo listo para cubrirte las espaldas por si se pone la cosa peligrosa.
—Eso no será necesario. Estoy acompañada por mis mejores hombres.
—Y los únicos —murmuró Cabil. Boris asintió a su comentario. Había querido buscar a un par de tipos de apoyo, pero Sofía no quiso oír hablar del tema. Aurora había insistido en que no hicieran nada que asustara a la gente a la que iba a ver.
«Si sospechan que es una trampa, desaparecerán. Te quedarás sin cuadro y sin dinero», les recalcó el día de la cena en su casa.
Por los ochocientos mil euros estaba tranquila. Fabi y sus amigos de la red oculta lo controlaban. En ningún momento había ido a parar a la cuenta de Azul, solo habían hecho que lo pareciera. El truco dejaría de tener validez a las ocho de la mañana, entonces se verían obligados a permitir que la ingente cantidad cambiara de manos. Algo a lo que Sofía no estaba dispuesta. Si el intercambio se hubiera realizado dos días más tarde, como en el caso del que Aurora les habló, habrían debido acceder al movimiento bancario. Por supuesto, sería reversible, pero hubiese implicado más riesgo.
Era todo o nada. Tenía que salir bien.

20. Azul

Sofía daba golpes con sus pies en el hormigón en un vano intento para que entraran en calor. Las zapatillas de tela no eran una buena protección contra el fresco de medianoche. Sus piernas clamaban por un descanso. A ser posible en horizontal, con los pies en alto. Habían perdido horas buscando el contenedor. Era igual de complicado que encontrar una aguja en un pajar.

El puerto de Marsella era el puerto comercial de mayor importancia de Francia. Como consecuencia, era inmenso y estaba lleno de cientos de contenedores. Un operario de una grúa fue el que les dio la pista clave al informarles de que los dos primeros dígitos hacían referencia a la zona de embarque. Aunque eso redujo su particular caza del tesoro, era demasiado tarde. Ya llevaban un buen rato dando infructuosas vueltas por la zona.

—Boris, o comemos algo o exploramos el lugar. Las dos cosas no va a darnos tiempo —se quejo Sofía, acariciándose el estomago. Rezaba para que el ruso se inclinara por la primera opción.

—Cansados y hambrientos, van a tener doble ventaja sobre nosotros —añadió Cabil, que hacía rato que tenía ganas de cenar. Ser detective privado era frustrante y aburrido. Poca emoción había en caminar bajo un achicharrante sol entre cubos metálicos.

—Son las diez —concedió Boris—. Cenamos en algún chiringuito del puerto algo rápido, y luego nos separamos. Sofía, tú y yo damos un garbeo entre los contenedores. El Jeque que se esconda en un punto alto desde el que pueda vernos.

«Donde no nos moleste y no se ponga en peligro», añadió en su mente.

—No es mala idea —concedió la detective—. Seguro que nos vigilan y pueden irse sin que logremos nuestro objetivo, si sospechan que es una trampa.

Sus cuerpos y sus mentes agradecieron el breve parón. Los tres estaban sedientos. Las raciones de calamares y gambas que pidieron les supieron a poco. Tendrían que esperar a estar de vuelta en París para comer algo más consistente. Al finalizar, fingiendo despedirse del árabe, se separaron en la puerta del bar.

Cabil dio un rodeo alejándose del paseo marítimo. Una pareja sentada cerca de ellos se levantó de sus sillas al hacerlo él y sus amigos. Curiosamente, caminaron siguiendo sus pasos unos metros. Al salir del puerto, se giraron y, en un retrovisor de un coche, el Jeque observó cómo se quedaba solo. Aguardó unos segundos y regresó sobre sus huellas.

Tenía que correr o no llegaría a tiempo. Eran las doce y media. Había pensado encaramarse en la grúa que manejaba el hombre que les ayudó a encontrar el contenedor. No quedaba lejos. Sabía que le resultaría sencillo. De pequeños, él y su hermano trepaban a los árboles para ver a las concubinas de su padre bañarse. Después solían recibir una azotaina al ser descubiertos, pero no por ello dejaban de hacerlo.

Sofía se movía inquieta. Boris miraba a su alrededor sin que en apariencia le perturbara nada. Unos coches de potentes faros surgieron por un extremo del embarcadero. De cada uno descendieron dos hombres. Uno vestido de negro tenía toda la pinta de ser el jefe. Con un gesto, señaló el gigantesco depósito que tenían a su lado, tras los saludos de rigor. Los tres tipos a su servicio abrieron la trampilla y los seis pasaron a su interior.

Cabil miraba impaciente su reloj. Pasaban varios minutos y de allí no salía nadie. De pronto, notó cierto movimiento. Los hombres de los coches retornaron a ellos, cerrando el contenedor. ¿Dónde estaban Sofía y Boris? No iban con ellos. ¿Y el cuadro? Presintiendo que algo iba mal, descendió de la grúa y se acercó hasta el punto de reunión.

—¡Sofía! ¡Boris! ¿Estáis bien? —peguntó, dando golpes en la chapa metálica sin que saliera ningún ruido de su interior. Estaba cerrada con un pesado candado.

Sus amigos debían estar dentro. No habían podido salir sin que los viera. Ni por su propio pie, ni a la fuerza. Se encaramó al techo con la esperanza de que hubiera una trampilla o un ventanuco. Nada. En los laterales tampoco.

—¡Maldita sea! —le gritó al viento—. Teníamos que haber pedido refuerzos.

Él no tenía el teléfono del contacto de Sofía. Su única opción era llamar a Fabi. Sabía que el informático le había dicho a Boris que activara una aplicación en su móvil que le permitiría escuchar y grabar todo. Quizá supiera qué había ocurrido allí dentro. Tenía que intentarlo.

—¡Cabil! —exclamó aliviado el secretario de la detective al escuchar la voz del Jeque—. ¿Qué ha pasado? He perdido a Sofía y a mi marido.

—Eso quisiera yo saber. Desde donde estaba vi cómo entraban en el contenedor, pero no han salido. Los de Azul se han ido dejándolos dentro.

—¿No puedes sacarlos?

—No me he traído la sierra de cortar metal, Fabi —contestó el hombre enfadado—. ¿Tú que has oído?

—Se saludaron. Una voz masculina dijo que era el responsable de hacer el intercambio. Trabajaba para Azul. Sofía pidió ver el cuadro y le dijeron que estaba en un arcón especial preservado de la humedad del puerto. Hubo unos ruidos metálicos.

—Cuando abrieron el cerrojo y la puerta del contenedor.

—Supongo. El mismo hombre les pidió que le siguieran, entonces algo interfirió en la señal y se quedo en silencio.

—Un inhibidor de frecuencias.

—Estás puesto en el tema —dijo Fabi admirado.

—Lo usan en mi país por cuestiones de seguridad, además, he tenido que apartarme varios metros para poder llamarte. Cerca del lugar donde tienen encerrados a nuestros amigos, no tenía cobertura.

—¿Qué hacemos?

—¿Y me lo preguntas a mí? Llama al contacto de Sofía en la Interpol.

—No puedo. No sé su número. Es un conocido suyo de cuando estudió en la academia de policía.

—¡La policía! Eso es. Avisa a los gendarmes.

—¿Y qué les digo? —replicó el joven—. Mirad, mi jefa y mi marido han sido secuestrados por unos traficantes de arte a los que un jeque les ha pagado ochocientos mil euros por un cuadro que no debería de existir. Seguro que corren a ayudarnos.

—Hombre, visto así. ¡Algo tenemos que hacer!

—Déjamelo a mí. Jeque, no pierdas de vista el contenedor.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Voy a avisar a la caballería.

Lucas llevaba cuatro noches sin dormir. Las mismas que hacía que Sofía estaba en París. Los pequeños caían redondos en sus cunitas en cuanto ponían la cabeza en la almohada. Nando era el que más echaba de menos a su madre. El abogado se acostaba con él, y se relajaba escuchando la suave respiración del niño contra su pecho. Era su hijo, por muy mal que estuviera la relación con su mujer, nadie iba a alejar a aquella dulce personita de su lado.

Se arrepentía de haber hecho elegir a Sofía entre su trabajo y la familia, pero el saber que se iría a Francia sin él le había herido. Se

dejó arrastrar por el enfado y dijo cosas que no sentía. En unas horas estarían de nuevo juntos y solucionarían sus diferencias.

Estaba comenzando a adormilarse, cuando el sonido del interfono de la verja le sobresaltó. Se levantó teniendo cuidado de no despertar a Nando, y fue a la cocina. En la pantalla vio la cara de Fabi en su coche. Eran las dos de la madrugada. El secretario no tenía que estar allí. Aquello no podía ser bueno.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó nada más dejarle pasar al interior de la casa.

—Abogado, busca una niñera que tienes que irte a Francia. Me quedaré con los críos, pero con los bebés necesitaré ayuda.

—Fabi, ¿y Sofía? Estás asustándome.

—No lo sabemos. Cabil cree que encerrados en un contenedor. Te lo explico mientras te preparas.

A Lucas no le gustó nada que el Jeque estuviera involucrado. Por mucho que Sofía confiará en el árabe, él no lo hacía. Boris y ella estaban secuestrados, y el único que podía llevarles hasta los responsables era aquel hombre.

Lo primero que hizo fue avisar a sus amigos. Juan aceptó quedarse con Fabi hasta que la niñera llegará por la mañana. Diego estaba en casa de Rosa, algo que no sorprendió al abogado.

—Vamos contigo.

—No podéis hacer eso. Tenéis que trabajar mañana. Iré yo solo.

—En realidad, no. Ambos hemos cogido el día libre para irnos de fin de semana a la ciudad de Rosa. Iba a presentarme a sus padres. Por una semana más no pasa nada. ¡Ay! —exclamó al sentir un pellizco de su chica en el brazo—. Cariño, quiero conocerles, pero Lucas nos necesita.

Media hora después, los tres subían al avión privado del abogado. La secretaria de dirección miraba a su alrededor asombrada, sin creerse que pudieran viajar hasta la capital gala con todos los lujos que el mundo de la aviación podía poner a su alcance.

—¿Eres rico? —le preguntó al marido de su amiga desaparecida.

—Un poquito —respondió el aludido sin dejar de teclear en su móvil. Quería poner el altavoz para que los tres se pusieran al día con lo que estaba ocurriendo en París.

—Está forrado —apostilló Diego—. La casa de Basema no es nada comparada con la que tiene en la isla. Tenemos que ir un fin de semana para que la veas.

—Cabil, te escuchamos —dijo Lucas sin hacer caso a los comentarios de sus compañeros de viaje—. Empieza por explicarnos qué haces allí.

Durante el trayecto, el Jeque les contó lo que la detective le había dicho a él. Había detalles que desconocía y que Fabi completó, al unirse a la conversación desde el salón de Sofía.

—Tu hermano o tú, es igual cual de los dos, el caso es que nos metéis en líos siempre. Cada vez que alguno os cruzáis en nuestro camino, alguien termina secuestrado.

—Lucas, no ha sido culpa mía —se defendió el árabe.

—Si no le hubieras ido a Sofía con la historia de las perlas de Sabrina, no estaríamos en esta situación.

—Yo también soy responsable —afirmó Rosa, queriendo compartir parte de la carga que sabía que Cabil llevaría en esos instantes sobre sus hombros. Ver en peligro a sus amigos delante de él, sin ser capaz de hacer nada por ellos, debía ser angustioso.

—Cariño, no fue cosa tuya que unos okupas se colaran en el piso de arriba, y que a uno de ellos le gustara pasearse de noche —la tranquilizó Diego.

—Chicos, en cuanto a eso, hay algo que no os he contado —anunció Fabi—. Irina ha desaparecido. Salió de trabajar la otra noche del restaurante y no llegó a casa. Eric me llamó alarmado por su ausencia. Tenía que irse a su curro y no podía dejar a su abuelo solo. Así que me he quedado con él hasta que vuelva de trabajar. Juan y Laura están con tus hijos, Lucas. Nos hemos repartido para atenderlos a todos.

—¿Avisasteis a la policía?

—Sí, pero tienen que pasar más horas para que la consideren desaparecida. De todas formas, Juan ya está en ello. La policía está buscándola. He intentado localizarla mediante su móvil, pero lo tiene apagado o sin batería. No capto ninguna señal.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —quiso saber el Jeque.

Había tomado cariño a la joven. No le gustaría que le pasara nada. Conocía gente en Basema a la que encargar que la encontraran, sin tener que esperar que la policía se decidiera actuar. Hasta que llegaran a Marsella Lucas y los demás, tenía tiempo de hacer unas llamadas. Él no podía ir tras la joven, pero alguien lo haría en su lugar.

21. Irina

El aeropuerto en que aterrizaron era diminuto. Tenía poco tráfico porque estaba destinado a vuelos privados como el suyo. Un hombre les esperaba a pie de pista con dos coches detrás de él. Uno estaba destinado a los viajeros y en el otro aguardaban órdenes dos tipos de pocas palabras contratados por Fabi. Eran militares retirados, amigos de Boris a los que el secretario había llamado. No hizo mucho caso cuando le dejó el número antes de irse a París por si acaso ocurría algo. Sin embargo, esa madrugada se alegró de tenerlo.

Lucas casi no podía respirar y no por la mascarilla higiénica que llevaba. Su mujer estaba en manos de unos indeseables. Podía imaginarse lo que ella había sentido al recordar su secuestro a manos de Hasim, el hombre de confianza de Abil. No pensaba perder de vista a Cabil. Como al final estuviera implicado, por muy jeque que fuera, iba a arrancarle la piel a tiras.

—Señor Gascón —le saludó el hombre con el que había hablado solo unos instantes. En sus gestos reconocía maneras de Boris. Con que fuese la mitad de eficiente que aquel, ya inclinarían la balanza a su favor—. Soy Henry Smith, el amigo de Boris.

—¿Sabemos algo de ellos?

—Tengo gente dirigiéndose al puerto ahora mismo. Se reunirán con el jeque Cabil y abrirán en contenedor a la fuerza.

—¿A qué esperamos? —urgió el abogado, metiéndose en un coche.

Los remordimientos corroían al árabe. Debería haberse apostado más cerca. Así, quizá, hubiera tenido una oportunidad de impedir que Sofía y Boris cayeran en la trampa. Estaba seguro de que Azul lo había planeado todo para engañar a la detective. Dentro de ese cubículo metálico nunca había habido cuadros.

Cuando vio llegar los coches y descender a sus ocupantes, el único rostro amistoso fue el de Rosa. Lucas y Diego le observaban con gesto hosco. Los dos hombres que habían llegado un poco antes trataban de romper el candado con una cizalla.

Una vez abierta la gran puerta metálica, dentro solo había oscuridad. Con uno de sus móviles descubrieron un interruptor en una de las paredes que permitió que encendieran unos focos en el techo. Varias cajas de madera se apilaban a su alrededor. Forzaron una de ellas y encontraron réplicas de jarrones griegos, estatuillas egipcias y

esculturas que imitaban a las de la antigua Roma.

—Aquí no hay nadie, señor —aseguró Henry, mirando a Lucas.

—¡Cabil! —exclamó furioso Gascón.

Como les hubiera mentido, se lo haría pagar caro. Estaban perdiendo un tiempo precioso en recuperar a los suyos.

—No lo entiendo. Este es el contenedor, vi cómo se iban los tipos de Azul, pero ellos no salieron.

—Aquí hay un inhibidor de frecuencias —señaló Henry, mostrando un dispositivo que uno de sus hombres había encontrado en un rincón—. Por eso no van los móviles. No hay cobertura si está conectado. Voy a apagarlo.

—Ese es el motivo por el que tuve que alejarme unos cuantos metros para poder llamaros —recordó Cabil.

—Sería el momento que aprovecharon para sacarlos —conjeturó Henry—. Sabían que estaba con la detective y Boris. Usted creía que les engañaba…

—Pero el engañado era yo.

Miraron con detenimiento cada una de las cajas, con la esperanza de encontrar un hilo del que tirar. Salvo piezas de cerámica rodeadas de paja y cartones, no hallaron ninguna otra cosa.

—Sofía le dijo a Fabi que Lefevre tenía artículos en su galería que tenían aspecto de ser falsificaciones —afirmó Lucas, señalando con un arco de su brazo lo que les rodeaba—. Y por los detalles que dio, eran similares a los que vemos aquí.

—Podemos ir a hablar con él —apuntó Cabil.

Al apagar el inhibidor, los móviles cobraron vida llenando el aire de notificaciones acústicas. Lucas tenía varias llamadas perdidas de Fabi. Decidió ponerse en contacto con él antes de subirse a los coches. Tanta insistencia sería por algo.

—Fabi, ¿todo bien?

—Lucas, ¿por qué no me cogías el teléfono? Cabil tampoco. Estoy volviéndome loco aquí solo. Ha pasado algo.

—Tenían un dispositivo que impedía que nos llegaran los mensajes y las llamadas —explicó el abogado, poniendo el altavoz para que los demás escucharan la voz del secretario—. Creemos que ha sido Lefevre. Hay jarrones como los que Sofía vio en su galería. Este contenedor debe pertenecerle.

—¿Por qué estabas agobiado? ¿Qué ha ocurrido? —inquirió Diego, que nunca había escuchado hablar tan alterado al secretario de la detective.

—Estoy en el piso, con Pedro —comenzó a narrar Fabi. Tenía que controlar sus ganas de gritar y dar vueltas por la habitación. El anciano dibujaba tranquilo en unas hojas con unas pinturas de Nando, sentado a su lado. El informático procuró mantener un tono de voz

calmado para no asustarlo—. Hace un rato un hombre con acento francés le ha llamado. Le ha preguntado por los cuadros. El pobre no se acuerda de más detalles y no podía darle ningún otro dato. Entonces le ha dicho que tiene a Irina y que si no le dice quienes se llevaron los cuadros cuando era un niño, no volverá a verla.

—¡No! —exclamó Cabil furioso.

Fabi se había puesto unos cascos para impedir que el abuelo de la joven secuestrada escuchara los gritos de los demás. Tenía que dar gracias a su cerebro cansado. Cuando el francés le preguntó por Irina, él no supo de quién le hablaba. En ese instante, sus neuronas no le permitieron recordar que tenía nietos. En su mente era un niño pequeño asustado que se había escondido donde le había dicho su madre. Aquel simpático joven con el pelo de punta le daba todo el chocolate que quería. Estaba bien con él. No tenía que escuchar al hombre malo, el cual le preguntaba cosas que no sabía.

—¿Está Pedro contigo? ¿Está bien? No debéis quedaros solos. Voy a hacer una llamada y os mandó a alguien —aseguró Cabil, enviando un mensaje con la dirección de la agencia y órdenes de proteger al anciano y al joven, a su gente de seguridad. Era personal al margen de la embajada. No harían preguntas y cumplirían sus directrices discretamente y con eficacia. Debería haberlo hecho antes. Quizá hubiera impedido el secuestro de Irina. Bien pensado, sería mejor que también fueran a recoger a Eric al trabajo y lo llevaran junto su abuelo.

—Sí, Jeque. Habrá que comprarle a Nando otra bolsa de monedas de chocolate. Pedro no va a dejar ni una. Ha encontrado su alijo secreto debajo de la cama.

Lucas sonrió. Siempre que jugaban a buscar tesoros, los cofres aparecían oportunamente llenos de monedas de chocolate y baratijas. A Nando y a Marta no les preocupaba el estado de los dulces tras supuestos años de enterramiento. Suspiró con pesar. Debía de hacer lo posible para devolverle a sus hijos su madre, y a Pedro, su nieta. Ojalá pudiera desdoblarse y estar en Basema y París a la vez.

—¿Pudiste localizar la llamada? —preguntó Diego al informático.

—No tenía pinchado el teléfono, así que en ese instante no me resultó posible. Lo que sí he podido hacer ha sido hackear el registro de la compañía de teléfonos. Puedo daros una zona aproximada del lugar desde el que fue hecha.

—¿Cuál es? —quiso saber el Jeque.

—Francia. En concreto París.

Estaba claro que todas las pistas apuntaban en la misma dirección. Ese debía ser su destino. Debían abandonar Marsella y ponerse rumbo a la capital francesa.

Acordaron que dos de los hombres de Henry se quedarían

preguntando a la gente del puerto por el contenedor y la empresa a la que pertenecía. El resto irían con ellos al aeropuerto. Por tierra eran casi ocho de viaje, pero en el avión de Lucas no llegaría a dos horas. En la capital francesa tendrían a otros cuatro exmilitares, listos para darles apoyo si fuera necesario.

—No entiendo por qué han secuestrado a Irina. Pedro no puede darles más información. ¿Es que desconocen los años que tiene?

—Cabil, cualquiera sabe qué pasa por sus cabezas. Sofía con sus preguntas ha puesto en el centro de mira los lienzos desaparecidos en la Guerra Civil. Sin saberlo, ha destapado la caja de Pandora.

—Y el oro. No lo olvides, Lucas, eso es algo muy goloso. Aunque sea verdad que en realidad no salió de España, y se quedó en los bolsillos de los que supieron aprovecharse de la dramática situación por la que atravesaba el país, muchos siguen creyendo que está oculto en algún lado.

—Cierto, Rosa. Pensarán que le dijeron dónde se lo llevaban, o quiénes eran. Quizá incluso que oyó algo. Lo que es imposible es que sigan vivos los mismos que esa noche trasladaron los cuadros y las perlas.

—Ellos no, pero su organización puede que siga funcionando —apuntó Cabil pensativo.

—¡Azul! —exclamó Lucas, intuyendo lo que quería insinuar el Jeque.

—Por lo que sabemos, están conectados con la mafia italiana, y hacen negocios con los turcos. Esos grupos tienen jerarquías de tipo familiar. El patriarca las dirige hasta que es sucedido por sus hijos y luego por sus nietos. Algunas se remontan en el tiempo varias generaciones. Por tanto, perfectamente podían estar activas en los años treinta.

—Es buena teoría, Jeque. Los que han secuestrado a Irina pueden ser de una banda que se dedica a lo mismo, pero en lados opuestos.

El resto del viaje lo emplearon en elaborar hipótesis más o menos estrafalarias sobre lo que podía haber pasado y cuáles habrían sido las intenciones de los secuestradores. El motivo del rapto de Irina estaba claro, el de Sofía y Boris, algo menos.

—No podemos entrar los cuatro en tropel en la galería de Lefevre y preguntar por él. Sin cita, no querrá recibirnos —dijo Rosa—. Además, sería sospechoso.

—A mí si me recibirá —apuntó Cabil—. Soy un Jeque muy rico y el vende artículos prohibidos para la mayor parte de las personas. Poca gente puede pagar esos precios sin que su bolsillo se resienta.

—Es buena idea. Me gusta. Yo puedo ser una amiguita tuya a la que le quieres hacer un regalo. Así puedes preguntar si tienen joyas.

—De eso nada —protestó Diego. No iba a permitir que la mujer que

le tenía robado el corazón se expusiera de ese modo.

—Puede funcionar —valoró Cabil—. Lucas y tú seréis nuestros escoltas. Henry con sus hombres pueden entrar por otra parte y registrar la galería de Lefevre mientras le tenemos distraído.

—¡Que no! ¡He dicho que no! —reiteró el oftalmólogo ofuscado.

De poco valieron las protestas del amigo del abogado, al resto les pareció un gran plan. Antes de ir a la galería de Lefevre hicieron una parada en la zona comercial de alto nivel de París. Si iban a hacerse pasar por gente acaudalada, que en el caso del Jeque era cierto, no podían ir en vaqueros y camisetas arrugadas.

El árabe, a regañadientes, adquirió una camisola de seda y un pantalón suelto a la usanza de su país. Prefería vestir a la europea, no obstante, entendía que el engaño sería más creíble «disfrazado» de aquella manera. Lucas y Diego optaron por un traje de corte clásico que les hacía parecer modelos de pasarela en lugar de supuestos guardaespaldas.

Sin duda, Rosa les superó a los tres en elegancia. Estaba espectacular. Su opción fue un Armani rojo, de media manga, plisado en la cintura, con una abertura lateral que permitía ver sus estilizadas piernas. Por la cantidad adecuada, en la tienda les habían facilitado los servicios de una peluquera y un maquillador, que había hecho maravillas en su rostro cansado. Un semirecogido realzaba su belleza natural. Si la viera su madre, no la reconocería. Incluso a ella le era difícil hacerlo contemplando la imagen que mostraba el espejo: una mujer sofisticada y bellísima.

—Jeque, te recuerdo que ella es «mi novia» —le susurró Diego a Cabil con tono amenazante—. Vamos a hacer una representación teatral y punto. Como pongas la mano donde no debes o seas demasiado cariñoso con ella, no vuelves entero a tu emirato. ¿Queda claro?

—Cristalino.

Lucas, a pesar de la preocupación que sentía, no pudo por menos de reírse al escuchar a su amigo. Estaba tan enamorado de Rosa como él lo estaba de Sofía. Por lo menos tendría un ayudante si tenía que hacerle pagar al árabe el mal rato que estaban pasando.

Volvieron a los coches. Henry y el resto de efectivos les aguardaban preparando sus armas y estudiando los planos que el marido de su amigo Boris les había enviado a sus móviles.

—¿Seguro que es aquí?

—Eso dice Fabi, Cabil. La entrada es por un lateral, por una especie de callejón.

Llamaron al timbre y, al cabo de unos segundos, el mismo hombre que recibió a Sofía y a Boris días antes, les abrió a ellos.

—¿Qué desean?

—Hablar con Mathieu Lefevre de negocios —respondió Cabil.

—Si no tienen cita, no podrá ser.

—Dígale que el jeque Cabil ha venido a verlo. Seguro que puede recibirnos.

El hombre titubeó. Si eran quienes decían, no debía dejar que esperaran en la calle. Aunque su jefe le había dado orden tajante de que no entrara nadie sin estar citado, y con la oportuna comprobación de credenciales, no sabía qué hacer. Allí dentro guardaban mercancías que la gendarmería francesa no debía saber que existían.

—Vamos, apártate a un lado, y permítenos pasar —ordenó Cabil con una voz que hizo que Lucas sintiera un escalofrío. Era idéntica a la de su difunto hermano Abil. Siempre le había escuchado hablar con un tono afable y no había reconocido las similitudes en la entonación—. ¿No pretenderá que aguardemos fuera?

Intimidado, el francés hizo lo que aquel árabe le había dicho de un modo tan imperioso. Después de dejarlos acomodados en unas sillas tapizadas en terciopelo azul, fue en busca del dueño de la galería. Este, en un primer momento, reprendió a su subordinado por no haber cumplido sus órdenes. No obstante, al saber de quién se trataba, se colocó el nudo de la corbata y se atusó el pelo para ir al encuentro de sus inesperados visitantes.

Lucas recibió un mensaje en su móvil confirmándole que los hombres de Henry habían logrado colarse en el edificio por el tejado, a través de una claraboya. Si encontraban a Sofía y Boris, se lo comunicarían al instante. Tenían que conseguir entretener a Lefevre y a su gente todo lo posible.

—Buenos días. Estoy encantado de tenerle en mi modesta galería. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Mathieu, soñando con la cantidad de dinero que conseguiría de aquella transacción. En otras ocasiones había tenido jeques en su negocio, y solían ser generosos en sus compras.

—A mi amiga le gustaría encontrar algunos cuadros con los que decorar su nueva casa en el campo.

—¡Es tan grande! Esas paredes vacías me agobian. Quiero llenarlas de cosas —aseguró Rosa en un perfecto francés, haciéndose pasar por una tontuela ingenua, corta de luces, y con escaso gusto—. Esas esculturas me gustan, y esos jarroncitos —añadió, señalando unas supuestas ánforas griegas.

—Por supuesto. ¿Un poco de vino mientras les enseño lo que tengo en mi humilde establecimiento?

Cabil aceptó. No porque desearan beber alcohol, sino porque era la forma de tener al máximo personal de Lefevre a la vista. Entre sorbo y sorbo, miró a Lucas. El abogado negó con la cabeza. Aún no habían encontrado a nadie los exmilitares.

Llevaban una hora en el edificio y no sabían cómo alargar la visita. Habían seleccionado varias piezas que les enviarían al supuesto chalet en la campiña para que la amiguita del Jeque viera cómo quedaba. Incluso el galerista les había mostrado una sección de joyas, pero eran de oro y piedras preciosas. Sin perlas.

—Señor, tenemos que irnos ya —dijo de pronto Lucas, tras recibir un mensaje. Su impertérrito rostro estaba surcado por un rictus de angustia.

—Recuerde que tiene la reserva para comer en el *Le Bristol* con el primer ministro —añadió Diego para suavizar el nerviosismo de su amigo. Había sido demasiado cortante y autoritario. Podía poner en peligro su coartada.

—Por un poco que espere, no pasa nada —replicó Cabil con desdén —. Cariño, coge el «jarroncito» que te gustaba, a Monsieur Lefevre no le importará que nos lo llevemos ya.

—Claro, sin problema.

El Jeque quería examinar la pieza con detenimiento a fin de averiguar si era original o una imitación de buena calidad, aunque falsificación en cualquier caso. Con ella en las manos, Rosa se dirigió a la salida escoltada por Diego. Lucas iba con el árabe, conteniéndose para no salir corriendo. Los hombres que se habían infiltrado en el edificio le habían comunicado que habían encontrado a una mujer atada e inconsciente en una habitación del primer piso. Por las marcas de su cuerpo y las ataduras, no se podía dudar de que estaba allí contra su voluntad. Así que la habían cogido en brazos, y la tenían en uno de los coches, intentando reanimarla.

22. Rescate

Fuera de la galería, Lucas se arrancó la corbata del cuello. Le ahogaba. Diego le sujetó del brazo para impedir que se echara a correr. Aquello podría tirar por tierra lo que habían logrado con su treta.

—Camina despacio —le dijo el oftalmólogo al abogado—. Vas a levantar sospechas innecesarias. Deja que lleguemos a los coches y nos hayamos alejado. Estarán observándonos. He visto varias cámaras de seguridad enfocando tanto el interior como el exterior de la galería.

Le costó la misma vida hacer lo que su amigo le pedía. Quería comprobar que Sofía se encontraba bien. Acariciarla, tocarla, besarla, tenerla entre sus brazos a salvo. Se subieron a los vehículos tal y como habían llegado pese a sus protestas. La mujer estaba en el coche de Henry, y Lucas quería ir con ella. No se lo permitieron. Era el supuesto guardaespaldas de Cabil y debía permanecer a su lado.

Cuando estuvieron a una distancia razonable para no ser vistos, detuvieron los vehículos y saltó de su asiento para ir junto a ella.

Abrió la puerta lateral, y sintió como una losa invisible caía de nuevo en sus hombros. No era la detective. Estaban como al principio. Al menos para él. A su lado, Rosa y Cabil emitieron gritos de alivio al ver que la mujer tendida en el asiento trasero era Irina. De repente, se sintió fatal. Debía alegrarse de que su intervención se hubiera saldado con la recuperación de la joven. Era un egoísta

—¡Irina! ¡Irina!

Cabil acariciaba el rostro de la chica con una ternura insólita. Sus amigos le miraban absortos. ¿Desde cuándo el Jeque sentía esa atracción hacia la nieta de Pedro? Diego miró a Lucas encogiéndose de hombros. Él tampoco sabía nada. Solo Rosa sonrió satisfecha. Para ella había estado claro desde un principio que la bonita muchacha no le era indiferente al árabe. Al contrario de su primer encuentro en casa de Sofía, la lujuria que adivinó en sus ojos se diluyó en forma de anhelo al conocer a Irina.

—¡Abuelo! —gritó asustada al verse observada por tantos rostros.

—Tranquila, él está a salvo en Basema. Y tú también lo estás. Te hemos rescatado —le dijo con suavidad Cabil, tomándole de la mano.

—¿Estaba Sofía contigo? —preguntó nervioso Lucas—. ¿Has visto a Boris?

—No. Estaba sola. Volvía del trabajo cuando sentí un pinchazo. Lo

siguiente que recuerdo es despertar en esa habitación oscura con las manos atadas. Intenté escapar en un descuido de uno de mis secuestradores, pero me caí por unas escaleras, deslumbrada por el sol. Lo único que conseguí fue que me ataran de nuevo.

—¿Sabes que estás en París?

—Eso no, pero suponía que estaba en Francia por el idioma con el que me hablaban, Rosa.

—Querían que tu abuelo les dijera dónde están los cuadros —le explicó Diego.

—¡Él no sabe nada! —exclamó perpleja Irina—. Era un niño. Aunque su memoria estuviera en perfectas condiciones han pasado ochenta años.

—¿Has estado sola todo el tiempo? —insistió el abogado desesperado.

—Sí, lo siento, Lucas. No he visto a nadie. ¿Qué ha ocurrido?

—Sofía y Boris han desaparecido. Creíamos que los encontraríamos en la galería. Aunque no ha ido del todo mal, te tenemos a ti —afirmó Lucas con cariño. En el rostro de Irina se veía el mal trago por el que había pasado. Se alegraba de haberla liberado. Esperaba poder hacer lo mismo pronto con la dueña de su corazón.

—¿Qué quiere que hagamos, señor? —quiso saber Henry, con sus hombres aguardando expectantes sus órdenes.

—Cabil, llévate a Irina al hospital en uno de estos coches. Sé que estás bien —añadió al ver cómo la joven se disponía a protestar—, pero tienen que examinarte los cortes de las manos, el golpe de la rodilla y hay que dar parte a las autoridades. De hecho, en el centro sanitario lo harán por defecto. Así nosotros tendremos tiempo de volver donde Lefevre y hacerle unas preguntas.

—Buena idea. Velaré por ella.

—De eso no me cabe duda, Jeque —respondió Lucas, dándole una palmada en la espalda.

Se separaron prometiendo reencontrarse más tarde. Henry hizo que dos de sus chicos fueran con ellos. Era difícil que volvieran a intentar nada contra Irina ahora que sabían que estaba bajo la protección de uno de los jeques más poderosos del mundo, pero no se fiaba de Lefevre y Azul.

Lucas estaba muy enfadado. Esta vez no se andarían con tretas y disimulos. Harían que el francés les contara todos los trapos sueltos que escondía.

—¿Cuál es el plan? —inquirió Diego desde el asiento trasero.

—Romperles uno a uno todos los huesos del cuerpo hasta que nos digan dónde tienen a los nuestros —respondió Lucas con seriedad, dejando asombrado a Henry. Vaya con el abogado. No le extrañaba que Boris se llevara tan bien con la detective y su marido. Intuía que

eran una pareja leal y firme en sus convicciones, dispuestos a hacer lo que fuera necesario para asegurar el bienestar de los suyos. Justo igual que su amigo.

—Eso no es muy ortodoxo, señor abogado —bromeó Rosa que estaba dispuesta a todo con tal de encontrar a Sofía. Nunca había sido violenta fuera de sus gustos en la cama. Eso era algo distinto. Consensuado y pactado por ambas partes. Al ver la cara golpeada de Irina, y los cortes en sus muñecas, una sed de venganza había ido creciendo en su interior. Estaba muy cabreada.

El jefe de los exmilitares se puso a la cabeza. Henry entraría primero con sus hombres y los civiles les seguirían. En eso no admitiría discusión. Si la gente de Lefevre había descubierto que la joven no estaba en su celda, ya sabrían que les habían engañado y estarían menos dispuestos a cooperar.

Llamaron a la puerta de nuevo. Se escuchaba ruido de pisadas en el interior y voces dando órdenes en francés. Sobre el dintel, una cámara de vigilancia emitió un chirrido al bajar su objetivo para enfocarles. Lucas saludó con la mano a la vez que gritaba:

—Echadla abajo.

Cuando habían entrado antes, se habían fijado que estaba blindada. Nada que al explosivo que uno de ellos colocó en las bisagras se le pudiera resistir. Se apartaron unos metros, y un «*boom*» resonó en la calle. Trozos de madera con metal adherido, cubrieron el pavimento.

Sin perder un segundo, el grupo atravesó la oquedad que se había formado en el muro. Rosa se había cambiado los tacones por las zapatillas que tenía guardadas en el maletero. Le daba pena manchare el vestido. Nunca había poseído una prenda igual y dudaba que fuera a volver a tenerla. No importaba. Era solo tela. La vida de Boris y Sofía valía mucho más. Diego la observaba admirado. Era una guerrera valkiria lista para el combate. Eso le ponía a cien. Cuando todo aquello acabara, estaba deseando enfrentarse con ella en otro tipo de batallas.

Una ráfaga de disparos les recibió en cuanto pusieron un pie en la galería. Diego empujó a Lucas y a Rosa detrás de una cómoda. El ruido de cristales y cerámica rompiéndose se unió al de las armas.

—Por allí —les dijo Lucas, señalando un estrecho pasillo delimitado por unas sillas y un sofá. Al amparo de sus respaldos podían alcanzar el despacho donde Mathieu les había recibido un rato antes.

Creían que habían conseguido su objetivo, cuando el hombre que les abrió la primera vez que fueron, salió a su encuentro armado con una pistola. Lucas levantó la pierna, y de una patada en la muñeca, le hizo soltar el arma. Rosa le dio un empujón con el pie, haciendo que desapareciera bajo una estantería.

—¡Vamos! —ordenó el abogado—. Dese la vuelta. Queremos ver a

su jefe.
—No está. Se fue después de irse ustedes —contestó el hombre con las manos en alto.
—Miente —aseguró Rosa sin perder un detalle de sus reacciones—. Huelo su miedo.
La seguridad en la voz de la mujer hizo que ninguno de sus acompañantes dudara sobre sus palabras. Se aproximaron hasta el francés, intimidándole con su presencia. Arrinconado, entre un armario y un botellero, balbuceó asustado:
—Está arriba. En el segundo piso.
Diego le dio un puñetazo, haciendo que perdiera la consciencia y cayera al suelo.
—¿Por qué has hecho eso? Ya nos había dicho lo que queríamos.
—Lo sé, mi vida —le respondió el oftalmólogo a la secretaria—. Es que no podemos perder tiempo atándole, y puede avisar a Lefevre. Eso es más rápido.
—¿Vosotros quiénes sois? ¿Qué habéis hecho con los respetables ciudadanos de Basema?
Los dos amigos sonrieron. La mujer aún desconocía los detalles escabrosos de la última vez que ayudaron a Sofía en una de sus investigaciones. Diego tendría que ponerla al día cuando todo aquello terminara.
En la parte de atrás del despacho había una pequeña puerta por la que, por un corredor interior, se ascendía a los pisos. En la primera habitación se encontraron una mesa con cuatro monitores desde los que debían vigilar el edificio y sus alrededores. Por los gritos de peleas que llegaban hasta ellos, la gente de Lefevre debía de estar ocupaba luchando con la suya.
La primera planta estaba divida en dos. En una mitad había salas con obras expuestas en las paredes que los posibles compradores podían admirar en la intimidad. La otra parte lo constituían almacenes llenos de cajas. En una diminuta, al final del pasillo, hallaron un jergón y unas cadenas en el suelo. No tenía ventilación. El olor a sudor y a excrementos era desagradable. Carecía de cuarto de baño, siendo sustituido por un cubo de hojalata en un rincón.
—¡Pobre Irina! —exclamó Lucas—. Aquí debía de ser donde la tenía retenida.
—Sigamos buscando —les urgió Diego.
No quería que la mente de su amigo se llenara de funestos pensamientos imaginando el futuro incierto de la detective y el ruso. Habían encontrado a Irina, de igual modo hallarían el lugar donde tenían retenidos a los otros dos.
Recorrieron de extremo a extremo la segunda planta sin encontrar nada. Los disparos habían cesado. Henry y el resto de exmilitares

habían reducido a todos los hombres de Lefevre. Seis en total. Cuatro estaban tumbados boca abajo en el suelo, con las manos en la espalda. Los otros dos presentaban heridas de bala que debían ser atendidas sin dilación.

—Tenemos que llamar a una ambulancia, señor —le dijo Henry a Lucas.

—Lo haremos, pero antes deben decirnos donde está el francés escondido y el lugar en el que retienen a mi mujer.

—De ella no saben nada. Estoy seguro que es cierto. Dudo que estén implicados en su secuestro. En cuanto a Mathieu, insisten en que está en este piso.

—No lo hemos encontrado, aunque puede que esté refugiado en algún cuarto oculto a la vista —conjeturó uno de los hombres de Henry.

—¿Una habitación del pánico? —sugirió Lucas.

—Algo así.

—¡Lo tengo! —exclamó la voz de Fabi en su oído. Le había telefoneado y a través del *bluetooth* estaban conectados. El secretario conocía cada avance que hacían. Se había descargado los planos del inmueble que guardaba Lefevre en su ordenador, y en esa planta, en la zona oeste, había una distribución extraña de los metros habitables—. Creo que un armario oculta un espacio de unos cuatro metros cuadrados. Tiene un sistema de ventilación peculiar. Se asemeja a un cuarto de baño, pero dudo que lo sea.

Diego, Rosa, Lucas y Henry se dirigieron hacia donde el informático les decía. Al abrir un armario descubrieron una puerta metálica con un sistema de apertura por huella dactilar.

—¡Lefevre! Sé que estás ahí dentro. Ábrenos. Si nos dice dónde están Sofía y Boris, le dejaremos marchar.

—No te creo ni yo —le dijo Diego a su amigo—. Yo no saldría ni diría nada. No va a darnos pistas. Dejará que pensemos si al final habrá huido por una ventana.

—Pues si solo se abre con su dedo, ya me dirás qué hacemos —repuso el abogado frustrado.

—Deduzco que la cerradura va por luz. Si cortamos, se desbloqueará —sugirió Rosa.

—Tendrá algún generador —apuntó el exmilitar.

—Puede que sí o puede que no. Hay que intentarlo, no perdemos nada —afirmó Lucas animado—. Fabi, ¿nos has oído? ¿Cómo cortamos la luz?

—En el sótano. De hecho, yo diría que hay una línea principal y otra auxiliar que quizá alimente esa parte de la casa. Cortad las dos.

Diego acompañó a Henry para realizar lo que su chica había sugerido. Le gustaba la electrónica, y hacer sus arreglos

personalmente. Desde pequeño disfrutaba desmontando artilugios eléctricos, con el fin de averiguar su funcionamiento y luego volver a recomponerlos.

—Solo veo una —dijo su compañero.

—Antes de bajar la palanca, deja que eche un vistazo —le pidió, haciendo que se echara a un lado.

Podía percibir la impaciencia del hombre, deseoso de cumplir las órdenes y dar con el resbaladizo francés. Lo habían tenido al alcance de la mano. Se escapó en sus propias narices. Ya era amor propio dar con él.

—¡Lo tengo! Ese cable de la derecha no pinta nada. En una instalación eléctrica convencional no debería de estar ahí. Estoy seguro de que es lo que buscamos.

—Es una medida inteligente. Está a simple vista, y si se corta la general, no se verá afectado el suministro en la habitación del pánico.

Diego alertó a su amigo. Primero cortaría la luz, y después ese cable en concreto con unos alicates.

—Estad preparados. A la de tres. Uno, dos…

Lefevre vio desde el monitor de su escondite cómo aquellos locos españoles cortaban la luz. No importaba. Era imposible que lograran entrar donde estaba él. Solo tenía que aguantar una hora más y los refuerzos que había avisado llegarían a rescatarle. No dejarían ni uno de aquellos intrusos vivo. Les subestimó al no escapar cuando se dieron cuenta de que se habían llevado a la chica en sus narices. ¿Quién le iba a decir que aquel jeque estaba compinchado con los amigos de Veladrich?

Encontrarle había sido un golpe de suerte. Un día, durante la Guerra Civil, su padre había aparecido en casa con los bolsillos llenos de lingotes de oro. Gracias a aquella inesperada fuente de ingresos, la galería prosperó y vivió sus mejores años. La bonanza económica trajo la felicidad a su hogar. Los mejores colegios, las ropas más elegantes, los manjares más exquisitos.

Con la Segunda Guerra Mundial, la vida que conocía se vino abajo como un castillo de naipes. Sin embargo, resurgieron como el ave fénix entre sus cenizas. Siguieron haciendo negocios con los alemanes que codiciaban las obras de los pintores españoles y francés para sus mansiones. Los nazis necesitaban contactos con lo que mover las riquezas que les requisaban a los judíos. Su padre y sus socios no tenían escrúpulos a la hora de fundir cientos de muelas de oro y transformarlas en lingotes o lo que desearan sus aliados del Reich.

Al llegar la guerra a su fin, su familia debió de reinventarse de nuevo. El apellido paterno no estaba bien visto entre los parisienses, de modo que lo cambiaron por el de su madre. Necesitaban algo importante con lo que colocar la galería entre los nombres influyentes

de los marchantes de arte. Tal vez aquellos cuadros que habían dejado escondidos bajo un cobertizo en Taima fueran la solución.

El sueño de convertirse en ricos vendiendo el Goya, el Velázquez y el Picasso resultó tan falso como el cuento de la lechera que su abuela le narraba de niño. En aquel pueblucho español no había más que hambrientos haraganes. El escondite estaba vacío. Debieron regresar a Francia, y seguir haciendo lo que mejor sabían: comerciar con los que estaban al margen de la ley, a la vez que realizaban transacciones sin tacha con gente influyente que pudiera ayudarles en un momento dado.

Un golpe en la puerta le hizo volver a la realidad. ¡Ilusos! Por la fuerza no lograrían traspasar aquella capa de blindaje. Nada podría hacer que se abriera salvo un fallo de la línea auxiliar de luz y eso no iba a ocurrir. Estaba en un circuito aparte, oculta a la vista.

De pronto, los halógenos que había sobre su cabeza se apagaron. El ordenador fue lo siguiente y el sistema de extracción de aire lo último. El inconfundible sonido de las bisagras metálicas le hicieron comprender que aquello ya no era un lugar seguro.

Los ojos de un hombre de los que había acompañado antes al Jeque le observaban con odio.

—Bien, ahora vamos a hablar tú y yo. ¿Dónde está mi mujer?

—No sé de quién me habla. Ya tienen a la nieta de Peter con ustedes —respondió confuso. ¿Por qué mujer le preguntaba?

Secuestrar a la joven Irina había sido idea de su mano derecha. No debió de hacerlo. En las visitas que su gente le había hecho al viejo Veladrich, había quedado claro que su cerebro no funcionaba bien. Habían recurrido a argucias psicológicas para intentar conducir sus pensamientos a esa época. ¡Hasta había conseguido reproducir unas etiquetas de chocolate como las que comía de niño! Todo resultó inútil. La mañana que llegó a la galería y se encontró a la joven atada en aquel cuartucho que usaban para guardar las cajas viejas, supo que la situación se les había ido de las manos.

No quería matarla, tal y como el idiota de su hombre sugería. Él no era un asesino. Sin embargo, le había visto la cara en su frustrado intento de huida. Tendría que haberse deshecho de ella. Entre la vida de la chica y la de él, solo había una opción: la suya.

—No te hagas el tonto. ¿Dónde están?

—De verdad, no sé nada. Mis hombres secuestraron a la nieta de Peter en Basema. Son tontos y está claro que no saben defender mi galería de un asalto, no obstante, no van cogiendo gente a diestro y siniestro.

—Lucas, creo que dice la verdad —afirmó Rosa, poniendo una mano en el hombro del tembloroso abogado.

—Entonces, si él no ha sido, ¿quién tiene a Sofía? —le preguntó con

un hilo de voz.

—¿La detective? —inquirió Lefevre, intuyendo una posible salida a todo aquel embrollo.

—Sí, y su acompañante Boris —respondió el marido de la desaparecida, volviendo a centrar su mirada en el galerista.

—¿Un gigantón de pocas palabras?

—Exacto.

—Vinieron a verme. Conversamos un rato y se fueron. No les hice nada, salieron por la puerta que ustedes han forzado para entrar en mi galería.

—¿Dijeron algo de sus siguientes pasos?

—Nada, lo juro. Le di un vaso de agua a la detective para que aliviara su tos, y después se marcharon por su propio pie.

Aquello coincidía con lo que Fabi les había contado. Habían logrado colocar el programa espía en el ordenador y regresado al hotel sin dificultad.

—¿Qué sabes de Azul? —le preguntó Lucas al galerista. El informático no había encontrado nada en el ordenador relacionado con la misteriosa organización, pero eso no implicaba que no supiera nada de ella o formara parte de la misma.

El rostro del francés cambió. Si las personas que tenía delante le daban miedo, no era nada comparado con el pavor que aquella asociación le causaba. Sus intereses se habían cruzado con los de ellos en numerosas ocasiones.

Al principio, con la inconsciencia de la juventud, al hacerse con el mando de la galería y las empresas de su padre, quiso ganarles terreno. Peleó con ellos por hacerse con alguna que otra pieza o un lienzo. Los beneficios obtenidos nunca superaron las fatales consecuencias de burlarse de Azul. Asaltos a su galería o a su casa, solo por el afán de destruir lo que en ellas guardaba, puesto que nunca faltaba nada tras los violentos ataques. Una paliza a su hijo, seguida de una puñalada en su pierna una noche en el metro, le hizo comprender que si Azul quería algo, era mejor apartarse de su camino.

—Si ella tiene a sus amigos, es porque ha entorpecido sus planes o ha sido especialmente molesta para su organización.

—¿Ella?

—Aurora. ¿No me han preguntado por ella?

—¿Azul es Aurora?

—Están perdidos —rio Lefevre—. Nunca los encontraran.

23. Sofía

Olía a lavanda. Estaba segura. Era el mismo aroma que de pequeña notaba cada vez que abría un armario en casa de su madre. Las bolsitas con hojas y flores moradas que su progenitora guardaba entre la ropa para perfumarla eran un recuerdo grato de su infancia.

Aunque eso iba a cambiar. Los jergones sobre los que estaban tumbados estaban impregnados de aquella esencia. Se metía por sus fosas nasales y llegaba hasta su cerebro. No era un toque delicado, era fuerte y persistente. Además, el piar de los pájaros y la ausencia de tráfico confirmaban sus sospechas de que estaba en una casa en el campo. Seguramente cerca de alguno de los de lavanda que Aurora poseía para la elaboración de la línea cosmética que llevaba su nombre.

Porque ella era Azul.

Tarde, pero lo había comprendido en cuanto puso un pie en el contenedor y entendió que habían caído en una trampa. Dos hombres de negro les apuntaban con sus armas, un tercero estaba entre los dos: Tristán, el ayudante de Aurora.

—Pasen y siéntense en el suelo —les pidió el joven. Ya no era el atento ayudante de la galerista. Se había convertido en un ser arrogante y frío—. Mis compañeros van a atar sus manos y ponerles una mordaza. Cooperen. El resultado será el mismo si no lo hacen, aunque mucho más doloroso para ustedes.

Boris miró de reojo a la detective. Sería una lucha sin igual, pero si ella quería dar guerra, la darían. Con un poco de suerte, él acabaría con dos de ellos, y su jefa con el tercero. El problema eran las armas. Les ponían en desventaja. Sus oponentes las tenían listas para disparar, mientras que ellos aún debían desenfundarlas. Eso sin contar con los hombres que se habían quedado fuera del contenedor.

—De acuerdo —dijo Sofía. Tenía suficiente experiencia como para saber cuándo podía salirse con la suya, y aquella ocasión no era una de esas veces.

—Me agrada que nos entendamos. Las armas, por favor. Pueden dejarlas sobre esa caja.

El ruso titubeó. Llevaba una navaja en la cinturilla del pantalón. Pensó en quedársela, los torpes hombres de Lefevre quizá no la hubieran visto. El miedo a que los de la galerista no quedaran conformes, lo detuvo. No se

equivocó, dos de ellos les cachearon antes de tumbarse para comprobar que habían hecho lo que les demandaron.

—Así me gusta —aseguró Tristán según se dejaban amordazar y maniatar—. La sangre es desagradable. Deja manchas en la ropa que se quitan mal. Además, es una pérdida de tiempo y esfuerzo.

—Ugho *—se quejo Sofía. Puede que no se hubieran opuesto a sus exigencias, lo que no implicaba que estuvieran contentos con ellas. Aquella tela se le clavaba en la comisura de los labios. Era muy molesta. Si salían de allí con vida, no volvería a emitir una sola protesta por tener que llevar la mascarilla. Cualquier cosa era mejor que ese trapo asqueroso.*

—No se preocupe detective. Mis amigos le van a inyectar un sedante que les hará dormir unas horas. Cuando despierten, estarán libres de ataduras. Les llevaremos a un lugar cómodo y seguro.

La sustancia que les introdujeron en el organismo actuó rápido. En apenas dos minutos, ambos se quedaron dormidos. Fue un sueño profundo y oscuro, donde los rostros de su marido y sus hijos aparecían una y otra vez. Esperaba poder verles de nuevo. Sentir sus cálidos cuerpecitos contra el suyo. Los labios de Lucas posados en su boca. Primero discutirían, y luego harían las paces. Las reconciliaciones siempre eran la mejor parte de las disputas conyugales.

Boris despertó antes que Sofía. Tristán no había contado con que alguien de su peso y su tamaño necesitaría más droga para que le hiciera efecto. Sin abrir los ojos, notó que estaban tumbados en la parte de atrás de una furgoneta. El suelo era metálico, ondulado y frío. La carretera por la que iban tenía gravilla suelta que golpeaba en los bajos del vehículo. Aquel sonido estaba volviéndole loco. No obstante, hizo un esfuerzo por no mover ni una pestaña. Sus captores debían pensar que seguía en el limbo inducido por el narcótico. Aquella podía ser su oportunidad para tomarles la delantera. No intentaría escapar porque podía poner en peligro a su jefa, sin embargo, la información que pudiera asimilar en esos instantes podría serles de utilidad después.

El camino serpenteaba. Habían dejado la carretera principal e iban por alguna vía secundaria. Estaban en el campo, lejos de cualquier ciudad. Momentos antes, unos suaves balidos habían llegado hasta sus oídos. No muy lejos debía de haber un rebaño de ovejas.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó una voz masculina cuando se detuvieron. Era más gutural, no tenía la cadencia del acento francés de la capital. La entonación era diferente.

—Encerradlos en la caseta de piedra. Las mordazas se las podéis quitar, y las esposas también. Atad uno de sus tobillos a alguna argolla de la pared. En lados opuestos. Que no puedan tocarse si se acercan.

—Entendido, jefe.

Una vez a solas, Boris abrió los ojos y observó el lugar en el que estaban. Debía de haber sido un antiguo establo reconvertido en un refugio para temporeros. Los anclajes se usarían en su época para mantener controlado al ganado. La granja se había reconvertido en un campo de lavanda, y allí debían de guarecerse por la noche los jornaleros que la recogían. Estaban tendidos en unos camastros, cubiertos con mantas y sábanas viejas pero limpias. Rodeados de sacos de arpillera llenos de flores de lavanda.

—Sofía. Sofía. ¡Despierta!

Intentó caminar hasta ella para comprobar sus constantes vitales, pero la cadena no le dejó acercarse. Escuchaba sus ronquidos que evidenciaban su profundo letargo. Era hora de que despertara. Inconsciente era vulnerable. Retrocedió y cogió la almohada de su cama y se la lanzó con fuerza. Esperaba que fuese suficiente.

—Ummm.

—¡Sofía!

—¿Qué pasa? —preguntó la detective sin levantar los parpados.

Oía la voz de Boris. ¿Qué hacía en la habitación del apartamento? Quería dormir un poquito más en aquella cama incomoda que olía a lavanda. ¿Lavanda? Entonces lo recordó todo.

—Ya era hora, Bella Durmiente.

—¡Aurora! Ella es Azul —gritó, incorporándose de golpe en el camastro. El rápido movimiento hizo que su cabeza diera vueltas, obligándola a recostarse contra la pared.

—Me di cuenta al ver al figurín de su ayudante en el contenedor.

—Al morir su marido, asumió el control de la galería y de la organización. Eso si no lo ostentaba antes. Estoy segura que ella dirigía en la sombra todo el tinglado, y su esposo era un títere que seguía sus directrices.

—Vaya con la dulce abuelita.

—Lo que no entiendo es por qué nos quiere vivos. Un tiro en el pecho, un bloque de hormigón en los pies y al río, como acostumbra la mafia. Es lo que yo hubiera hecho.

—Me alegro de que no seas tú la jefa de una organización criminal. Seríamos alimento para los peces en el fondo del agua.

—Dame tiempo —bromeó Sofía, poniéndose de pie y caminando para estirar sus músculos doloridos. La sensación de mareo había remitido. ¡Menos mal! Tenía hambre. ¿Les darían de comer? Si lo hacían, significaría que su intención no era matarlos.

La luz del día entraba por cuatro ventanucos situados en las paredes del refugio. Los cristales estaban sucios, pero no lo suficiente como para no ver que había unas rejas tras ellos. Suponía que su función era que no se colaran intrusos que pudieran robar el ganado que en otra época se guardara en aquel espacio.

Volvió a su camastro y se subió a él para poder otear el exterior. Un color era el predominante: el morado. Una gran extensión de flores de esa tonalidad cubría el suelo, confundiéndose con el azul del cielo. No había ni una nube en el firmamento. Era un precioso día de verano.

Un ruido de llaves en la puerta, hizo que bajara de un salto del colchón y se sentara en él. Un tipo con una mascarilla quirúrgica y unas gafas de sol entró seguido de otro. Ambos portaban una bandeja de comida, con lo que parecían dos tazas de café y unas galletas.

—Será mejor que coman y se tomen un ibuprofeno. Se lo dejo aquí. Tristán dijo que tendrían dolor de cabeza.

—¿Vendrá Aurora? Quiero hablar con ella.

Sus dos captores se dieron la vuelta para marcharse sin contestar a sus preguntas. En su caso, más que dolor tenía pesadez de cabeza. La detective dejó en una esquina de su bandeja la pastilla, sin tocarla. Le daba miedo tomarla por si afectaba a su salud.

Por el contrario, Boris agradeció el calmante, aunque se lo tragó con algo de recelo, no fuera a ser otro tipo de droga. El ruso sentía como si unas invisibles pinzas apretaran el puente de su nariz, obligándole a permanecer en la zona más sombría de su camastro para no sentir la hiriente luz del sol en sus pupilas.

—¿Le habrán echado algo? —inquirió Sofía, oliendo su taza de café.

—Correré el riesgo —afirmó el ruso, esperando que el chute de cafeína quitara las telarañas de su cabeza.

Con las galletas tuvo menos recelos la detective. Eran de mantequilla, compradas en algún supermercado. Podían morir por una sobredosis de conservantes o aditivos, pero nada más. Se comió las suyas y parte de las de Boris que no quería llenarse el estomago de grasa e hidratos de carbono.

Mientras ellos desayunaban con relativa tranquilidad, Lucas, Rosa y Diego aguardaban noticias en el apartamento que la detective había alquilado en París. Henry se había ido a descansar con sus hombres, a la espera de que volvieran a necesitarle. En Basema, Fabi investigaba el pasado de Aurora. Ahora que sabían que ella era Azul, hechos en apariencia inconexos tenían relación.

Viajes a distintas ciudades europeas, que coincidían con robos de cuadros en museos. Ampliaciones de su galería justo después de pujas en la red oscura, a las que los *hackers* amigos de Fabi tenían acceso. La información estaba ahí, aunque era necesario saber interpretarla.

Cabil había regresado a Basema con Irina. La joven deseaba reencontrarse con su familia. Hasta que no viera a su abuelo y a su hermano, y comprobara que estaban sanos y salvos, no estaría tranquila.

—Cualquier cosa que esté en mi mano pídemela —le aseguró a Lucas el Jeque antes de subirse al avión—. Dinero, hombres, lo que

sea. Puedo conseguirlo.

—Lo haré. Tú cuida de ella —contestó el abogado, pensando en que la nieta de Pedro había encontrado algo más que un protector en la figura del Jeque.

Con envidia había visto a Diego y Rosa durmiendo abrazados en la cama. Sus caras lucían relajadas, al sentir el contacto de la piel del otro. Él no podía conciliar el sueño. Se había tumbado un rato en el sofá, pero había terminado sentado delante de una ventana sin fuerzas ni ganas de hacer nada. Le faltaba parte de su alma. Su otra mitad.

Aburrido, a primera hora de la mañana decidió bajar a por el desayuno a una cafetería que había abierta a las ocho cerca del apartamento. De regreso a su alojamiento, el móvil empezó a sonar en el bolsillo trasero de su pantalón. Tenía las manos ocupadas por los vasos y la bolsa de dulces. Pensando en que quizá fuera Fabi, dejó la bandeja de cartón sobre un banco y extrajo el teléfono. Era uno de esos números largos provenientes de una centralita. Extrañado respondió en español, para escuchar cómo su interlocutor, una mujer, le respondía en el mismo idioma con un dejé francés al pronunciar las erres.

—¿Lucas Gascón?

—Sí, soy yo —respondió confuso. ¿Sería un comercial de alguna compañía que por la geolocalización sabía que estaba en suelo galo?

—No nos conocemos en persona, pero tengo algo que seguro quiere recuperar: su mujer.

—¡Aurora! —exclamó sin dudar el abogado—. ¿Está bien? ¿Y Boris? Como les haya tocado un solo cabello, se lo haré pagar. La buscaré hasta en el infierno. No tendrá donde esconderse.

—No hace falta ser tan drástico —afirmó, chasqueando la lengua. Estaba harta de amenazas, primero ella y luego él. Desde luego, eran tal para cual aquellos dos—. Podemos llegar a un acuerdo.

Haría lo que fuera para recuperarlos. Pactaría con ella. Le daría lo que quisiera. Cuando tuviera a su mujer y a Boris bajo su amparo, iría a por sus negocios, sus bienes, sus finanzas. En ningún paraíso fiscal estaría a salvo.

—¿Qué quiere?

—Dinero.

—¿Más? Ochocientos mil euros ya me parecen suficiente incentivo.

—¿Piensa que soy tonta? No debería subestimarme. Muchos lo hicieron y ya no están en este mundo para contarlo. Su informático, ese joven, Fabi, se cree muy listo. La cortina de humo que creó en mi banco sé que es falsa. Ese dinero nunca llegó a mi poder.

—Está bien. Lo arreglaré en seguida, en cuanto me demuestre que Sofía está en su poder y no ha sufrido ningún daño.

Aurora sonrió. ¿Por qué siempre las personas a las que pedía un

rescate por sus seres queridos eran tan previsibles? Le pediría a Tristán que se encargara de ello.

—Luego recibirá una foto. Después tendrá exactamente dos horas para transferir un millón de euros.

—¡Eran ochocientos mil!

—Mejor redondeamos. Recuerde. Dos horas. Si no atiende a mis demandas, lo siguiente que recibirá será una de las orejitas de su chica en un paquetito.

Lucas sintió cómo un escalofrió recorría su espina dorsal. Aquella mujer diabólica que le acababa de colgar no bromeaba. Aunque le pesara, deberían obedecerla. Antes de subir al apartamento, habló con Cabil.

—Me temo que Sofía necesita que el préstamo sea real. Al menos de momento. Estoy seguro que luego Fabi sabrá devolvértelo, pero ahora no tengo otra opción para recuperar a mi mujer y a Boris.

—Usa el dinero —respondió el Jeque. No iba a reconocer ante el abogado que él tenía sus propios medios con los que rastrear el dinero y llegar hasta la ambiciosa Aurora. Su hermano había creado una red en la sombra de aliados que sus colaboradores le habían aconsejado no desdeñar. No le gustaba recurrir a ellos, y hasta la fecha no lo había hecho. Por la detective lo haría.

—Gracias —dijo Lucas con voz temblorosa por la emoción. Los sentimientos de desolación amenazaban con quebrar su fortaleza.

—No te preocupes. Sofía tiene mil vidas. Saldrá de esta. Y Boris también, o su marido Fabi nos volverá a todos locos.

—Te mantendré informado.

Con sus propios fondos, el abogado completaría el millón que le había pedido la secuestradora. Solo esperaba que Aurora no le hubiera mentido acerca del estado de su esposa. Hasta que no tuviera la prueba de vida, no se quedaría tranquilo.

El café se había quedado frío y los dulces ya no estaban crujientes, sin embargo, no lo notó. La comida era mero sustento para mantenerse despierto y en pie.

Mientras, en la plantación de lavanda, Sofía y Boris habían registrado cada una de las piedras de las paredes a las que podían llegar con sus cadenas. Estaban firmemente fijadas unas a las otras sin dejar ningún resquicio. Los ventanucos eran estrechos y pequeños. Aun sin rejas, no podrían salir por ellos. En un rincón, una pila y un inodoro constituían la fuente de aseo de ella. Él tenía que contentarse con un cubo de agua para lavarse, y uno vacío para sus necesidades. Habían tenido buen cuidado en que cualquier contacto entre los dos resultara imposible.

—No te canses Boris, esas argollas han resistido los tirones de reses de centenares de kilos. No puedes soltarlas de la pared.

De pronto, escucharon un ruido en la cerradura. Alguien iba a entrar. Desde que les dejaron las bandejas del desayuno, habían estado solos. No era la hora de la comida. Quien fuese, venía por otra cosa.

—Buenos días, detective —saludó el joven ayudante de Aurora—. Le traigo esto —dijo, tendiéndole un periódico.

—¿Lectura? No me interesa.

Era un ejemplar de *Le Figaro* de ese mismo día. ¡Una prueba de vida! Eso era lo que se proponía hacer. El móvil en la mano del hombre confirmó sus sospechas. Tenía que hacer algo para darle una pista a Lucas. Por desgracia, allí dentro no había ninguna flor de lavanda que poder sostener en la mano al mismo tiempo que la fotografía. ¿Qué podía hacer?

—Van a sentarse cada uno en su camastro. Primero las damas. No es tonta, ya sabrá que quiero hacer una foto para su marido. Asegúrese que se vea bien la fecha.

—¿Por dinero? ¿Han organizado esto por unos euros? —preguntó, intentando ganar tiempo.

—El mundo del arte no es lo que era, hay que buscar otros campos de negocios. Mi abuela sabe sacar provecho de cualquier situación y su visita lo fue.

—Así que eres el nieto de Aurora —comentó Sofía, intuyendo que ese era el motivo de la confianza de la jefa de Azul en aquel jovenzuelo.

—La familia debe permanecer unida hasta en los negocios —respondió él—. Ahora silencio, y mire al frente. ¿Una sonrisita?

La detective hizo lo que aquel idiota le ordenaba. ¿De verdad esperaba que fingiera alegría cuando sabía que aquella imagen iba a destrozar a su marido? Sin duda, el nieto estaba tan loco como la abuela.

Después le dio el periódico a Boris, que repitió la pose de la mujer, pero sin la forzada sonrisa. Si no fuera por el otro hombre con el arma que había entrado con Tristán, le habría hecho tragarse las páginas una a una. No sabía cómo, pero saldrían de allí y se lo haría pagar. Desde que le vio en el contenedor, él era su objetivo.

En la galería le había engañado. Aparentaba ser un cordial secretario que recibía con amabilidad a los visitantes, ajeno a los reales negocios de su jefa. El tonto había sido él por dejarse engañar y no pedirle a Fabi que lo investigara. Aquel era un error que no iba a repetir. No volvería a subestimar a jóvenes con aspecto de modelo y cabeza hueca.

24. Una sonrisa

El sonido de la notificación en el móvil de Lucas llegó poco antes de las dos de la tarde. Según alargaba la mano para cogerlo, tres nuevos avisos les alertaron de que había nuevos mensajes. Diego le dio ánimos con la mirada, a la vez que Rosa le sonreía para infundirle valor.

Nervioso, Lucas desbloqueó la pantalla de inicio para leerlos. Eran dos fotos y unas palabras. En las imágenes se veía a Sofía y a Boris sentados, con una pared de piedra detrás de ellos, sosteniendo el mismo periódico en las manos.

—¿Es de hoy? —preguntó Rosa, echando un vistazo por encima del hombro de su amigo.

—Sí —respondió el abogado, ampliando la imagen y comparando la portada con el ejemplar que él había comprado esa mañana. No había manipulación alguna. Era la misma tirada.

Suavemente acarició el rostro de su amada. Tenía una mueca extraña. Una sonrisa forzada, que seguro había fingido por petición del secuestrador, adornaba su cara. Sus uñas lucían destrozadas. Desde el embarazo de Carlota se quejaba que parecían de cristal. Se le rompían y se le hacían capas con solo mirarlas. Se había echado el pelo al lado, mostrando su blanco cuello. Cómo le gustaba hundir su nariz en él y aspirar su aroma. El perfume que solía usar, olía de forma especial en su piel.

—Un momento —dijo Lucas, observando la instantánea con otros ojos. No con los de un esposo sino con los de alguien que busca pistas en ella.

—¿Qué ocurre?

—Diego, has oído a Sofía quejarse de sus uñas cien veces, ¿verdad?

—¡O más! Y de las arruguitas de las patas de gallo. Ya le he dicho que no hay nada que hacer. Me preguntó si le podía inyectar bótox en esa zona. Una locura. Además, que yo soy oftalmólogo no esteticista.

—En una foto así, la Sofía que yo conozco querría darte ánimos y mostrarte la mejor de sus sonrisas, para que pensaras que estaba bien y no te preocuparas tanto —añadió Rosa—. En cuanto a sus manos, ambas teníamos hora en la manicura la semana que viene. Iba a llevarla donde yo suelo ir. Son muy profesionales y seguro que podían aplicar algún tratamiento que se las fortaleciera. Dudo que por

voluntad propia las muestre tan a las claras.

—Entonces, estamos de acuerdo. Aquí hay algún tipo de información oculta. ¿Qué quiere decirnos en esta foto? En la de Boris no veo nada raro. ¿Y tú, Fabi? Deja de llorar, así no les ayudas.

Rosa posó su mano en el brazo del abogado, indicándole que se calmara. Ellos se apoyaban entre los tres, pero el joven estaba solo luchando contra el miedo de perder a su media naranja, a la vez que investigaba a Aurora y cuidaba a Pedro.

—Lo siento, Fabi. Estoy nervioso. Sé que estás tan angustiado como yo.

Lucas había reenviado los mensajes al informático, el cual, desde que había visto a su marido, no había hecho otra cosa que verter lágrimas. Estaba tan guapo, tan fuerte, tan magnífico. Él era débil, necesitaba a su hombre a su lado.

—Mi chico está como siempre —afirmó, sonándose la nariz en un pañuelo de papel—. No veo nada raro en su foto. En el mensaje tampoco:

Un millón de euros. Dos horas.

—Era lo que esperábamos. Haz la trasferencia —le pidió el abogado.

—¿Seguro, Lucas? —inquirió Fabi.

Esperaba recuperar el dinero. Sus amigos *hackers* le habían dicho que lo intentarían. No era algo cien por cien posible. Asaltar los ordenadores de Lefevre había sido un juego de niños, la seguridad era mínima. La de Azul era diferente. Tenía más cortafuegos y defensas que muchos gobiernos. Iba a ser complicado colarse en sus cuentas bancarias para volver a trasferir el dinero una vez que Sofía y Boris estuvieran a salvo.

—Sí, es la única forma de ganar tiempo. Pensarán que hemos accedido a su chantaje y que nos quedaremos de brazos cruzados esperando sus noticias.

—De acuerdo, tardo un minuto. Por cierto, Sofía está de pena. Necesita un set de cosméticos y una cita con una esteticista ya. Primero una ducha, están buenos los dos. Deben oler a rosas.

—¡Eso es! ¡Fabi eres un genio!

—¿Lo dudabas? —inquirió sarcástico el secretario de la detective.

Rosa y Diego observaban expectantes al abogado, que no dejaba de reír mirando su móvil.

—Una pista para los meros mortales no estaría mal, amigo.

—Fabi, ¿dónde están los campos de lavanda de Aurora? En concreto, la fábrica de perfumes. Diego, el mapa que tenías antes en las manos. Lo necesitamos. Creo que está por aquí.

—Sigo sin comprender qué buscamos —aseguró Rosa, ayudando a su novio a desplegar el plano de París y sus alrededores.

—Sofía no se preocupa mucho de su aspecto físico, pero sí lo

suficiente como para no querer dar su peor cara en una foto que iba a ver yo, y que debía infundirme valor. Observad sus dedos, no solo nos muestra sus uñas, los dedos están en una posición extraña.

—¡Hombre! —exclamó Diego—. No creo que estuviera muy contenta cuando le hacían la foto.

—No es por eso —aclaró Lucas—. Está señalando una palabra y una foto.

—¿Qué pone? —preguntó Rosa, pegando su nariz en la pantalla del móvil del abogado—. ¿Campo? Mi francés está algo oxidado.

—¡Exacto! Es una noticia de unas reformas agrarias. ¿Y en la foto que veis?

—Un anuncio de perfumes —respondió Diego, que seguía sin comprender nada.

—Aurora tiene varios negocios, entre ellos uno de cosméticos. Sus productos están en las perfumerías más prestigiosas.

—¡Son carísimos! Buenos, pero de los de un botecito minúsculo, tres cifras —apuntó Fabi desde el otro lado de la línea telefónica.

—A ti no te hacen falta potingues, cariño —afirmó Diego, sonriendo a su chica.

Lucas puso los ojos en blanco. Su amigo enamorado era patético. Suponía que él con Sofía era igual de empalagoso, aunque esperaba no haber tenido nunca ese aspecto de gatito abandonado con él que Diego contemplaba a Rosa. ¡Pufff! Juan iba a cebarse en su común amigo cuando los viera.

—¡Tengo la dirección del laboratorio de perfumes de Aurora! Apuntad —grito Fabi excitado.

Las moradas praderas de lavanda, con sus fábricas de esencias y de cremas, no quedaban lejos de la capital. Una hora y media en coche, o algo menos si conducían rápido. No titubearon. Alertaron a Henry y a sus chicos, y se pusieron en camino.

Los siete llevaban chalecos antibalas. Viajaban juntos en una furgoneta blindada gris oscura, de lunas tintadas. No sabían a qué iban a enfrentarse y no querían dejar nada al azar. Iban a por todas.

—He tenido una idea —les anunció Fabi cuando ya habían recorrido la mitad del camino.

—Explícate —le pidió Lucas. Cualquier sugerencia era bienvenida siempre que no entorpeciera sus planes.

—Un dron. Un amigo de un amigo podría hacer sobrevolar uno por la plantación de lavanda, y así tendríais una mejor perspectiva de a lo que vais a enfrentaros.

—Señor —intervino el jefe de los exmilitares—, pueden verlo o escucharlo. Les alertará de que vamos y perderemos el factor sorpresa.

—Fabi, ¿lo has oído?

—Me ofende. ¿Con quién se cree que está hablando? Mi «amigo»

tiene un juguetito que vuela a varios kilómetros de altura, con un objetivo tan potente que puede captar si alguien pestañea. No es que haga poco ruido, es que es absolutamente silencioso.

—Estamos hablando de medios de los que solo disponen determinadas agencias gubernamentales dedicadas al espionaje —afirmó Henry asombrado de la gente que le había contratado. No eran los típicos clientes que necesitaban personal de seguridad para custodiarles en ambientes hostiles. Aquel abogado tenía dinero, medios y contactos.

—Lo mejor para encontrar a mi marido —respondió el informático.

—¿Cuándo tendremos las fotos? —preguntó Lucas divertido por la cara de asombro de los tipos que iban en el vehículo con ellos.

—En unos minutos empezarán a llegarte al móvil. Mientras hablamos, el dron estaba volando hacia allí y en breve tendremos imágenes.

—Así que no estabas consultándome.

—No. Pero he quedado mejor así.

Aquel joven no tenía remedio. Era respondón, mandón y hacía de Sofía lo que quería. Sin embargo, era leal y listo. Él solo valía por muchos departamentos informáticos juntos.

Por las fotos, observaron que a primera vista era un precioso campo de lavanda y otros cultivos más pequeños, en cuyo centro se ubicaba una fábrica de perfumes y cosméticos. Allí se creaban los productos de belleza más innovadores y los aromas embriagadores que conquistaban a las mujeres de medio mundo. Todo estaba cuidado hasta el mínimo detalle. Incluso los edificios respetaban el entorno, manteniendo los diseños originales.

Aquello había sido una ganadería en otro tiempo. Al fallecer el propietario, los hijos no quisieron seguir con el negocio, y la suculenta oferta de compra de Aurora fue lo suficientemente tentadora para que no dudaran en aceptar. Lucas se preguntaba qué se escondería detrás de aquel idílico y bello campo. Quizá nada, y fuera una empresa legal y solvente, pero tratándose de Azul, le era difícil de creer tanta inocencia.

Aparcaron el coche a un kilometro de distancia, debajo de unos árboles al lado del camino. Un poco antes, habían dejado la carretera principal para entrar en una vía de servicio llena de grava.

—Tal vez sea mejor que ustedes se queden aquí y vayamos nosotros solos —comentó Henry.

—¡No! —exclamaron Lucas, Diego y Rosa a la vez.

El exmilitar frunció el ceño. Aquellos tres no tenían miedo, estaban enfadados y dispuestos a todo. Una combinación que podía ser peligrosa para la gente de Aurora, pero también para ellos.

—De acuerdo, no he dicho nada —respondió encogiéndose de

hombros. Él les había advertido. Si resultaban heridos, no sería responsabilidad suya.

En torno a la fábrica se observaba cierta tranquilidad. Seguramente allí creaban las fórmulas, pero sería en otro lugar, a mayor escala, donde las elaboraban y envasaban. Aquello era una especie de laboratorio y una bonita forma de recibir a los clientes en un bucólico entorno. Era el sitio perfecto para esconder a dos rehenes. ¿Quién pensaría que aquellas preciosas flores escondían tanta malignidad?

Una construcción estaba aislada del resto, rodeada por un campo de césped y unos altos olmos. Tenía el aspecto de haber sido en otro tiempo un cobertizo, pero que había sido reconstruido en forma de casa del guarda o algo similar. No hubiera llamado su atención si no fuera por el hombre que paseaba a su alrededor. Iba de negro, con un arma mal disimulada en la cintura.

—No creo que para vigilar unos perfumes hagan falta guardias armados —señaló Henry.

—En el edificio principal puede que haya cosas de valor, pero en esa casucha lo dudo —concluyó Lucas.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber Diego con la adrenalina corriendo por sus venas—. Si vamos con el coche, y bajamos los seis de él como si tal cosa, van a sospechar un poquito.

—Fabi, ¿se ven más guardias?

—Por lo que observo en el monitor, en el complejo central hay un coche de seguridad privada —explicó el informático, respondiendo la pregunta de Lucas—. Me he colado en su intranet y, según consta en el registro de entrada, dos guardas hacen rondas en turnos de ocho horas durante todo el día. Es algo rutinario. El otro tipo no aparece como miembro del personal.

—¿Pueden darnos problemas?

—Estoy viendo sus fotos y sus perfiles. Uno es un aspirante a policía que no logró entrar en el cuerpo. No pasó el psicotécnico. El otro es un joven estudiante de derecho que se saca un dinero en verano. Tiene un montón de músculos muy bien puestos. Si no fuese un hombre casado, y mi amorcete no estuviera secuestrado, intentaría ligármelo.

—De acuerdo, Fabi. ¿Algún plan, Henry? —quiso saber Lucas, mirando a su compañero armado.

—Un ataque a la fuerza por sorpresa. La mayoría serán científicos o agricultores que no presentarán oposición. De los de seguridad me encargó yo. Serán fáciles de controlar. El hombre de negro es cosa de vosotros —indicó el jefe de los exmilitares a sus subordinados.

—Si me permiten decirlo, no me parece una buena táctica de asalto —afirmó Rosa en voz alta.

—Usted dirá, señorita. El tiempo corre. Si tiene otra idea, dígala ya.

—En realidad, sí.

Los cinco varones escucharon en silencio lo que la mujer había ideado.

—No me gusta nada —negó Diego.

—A mí me gusta. Pongámoslo en funcionamiento —le contradijo el abogado.

Diego y Rosa se colocaron la ropa, intentando dar la mejor de las imágenes posibles. Era difícil porque su aspecto era algo desaliñado, con las camisetas arrugadas y los pantalones desgastados. Sin embargo, debían parecer una pareja inocente. Lucas se escondió en el maletero, sujetando con una cuerda la portezuela con el fin de que no se abriera sola, pero que tampoco se cerrara del todo. Los otros hombres se separaron formando un abanico que avanzaba sin parar hacia su objetivo.

Fabi lo veía todo desde su oficina, con Juan respirando en su nuca. El juez podía resultar muy intimidante. Estaba revisando la documentación que el informático había recopilado y ya tenía las directrices con las que llevar a cabo un procesamiento de Lefevre y Aurora. Se había puesto en comunicación con un colega de la judicatura francesa que no daba crédito a lo que su amigo español le contaba. Azul había sido una mítica organización que había campado a sus anchas al margen de la ley durante décadas, amparada por policías, jueces y políticos corruptos. Sin pruebas definitivas, los intentos de destruirla habían fracasado. Hasta entonces.

Juan le había pedido unas horas de margen, para que Lucas y los suyos pudieran maniobrar a su antojo, luego empezarían con las detenciones, que serían numerosas y con gran notoriedad. La aburrida sociedad parisina iba a ver tambalear sus cimientos.

Cabil e Irina habían regresado de Francia hacia un rato y estaban en el hospital. A la joven le iban a realizar una revisión exhaustiva pese a su oposición. Ella quería estar con su abuelo y su hermano. El Jeque le prometió que en cuanto le dieran el alta, podría hacerlo. Él la llevaría con ellos. No obstante, antes quería asegurarse de que estaba bien.

¿Qué sería de Sofía? Estimaba a la detective y lamentaba no haber acompañado a Lucas, pero su deber era quedarse junto a Irina. Necesitaba saber que aquellos malnacidos no le habían causado serias lesiones.

Aquello había ocurrido por su obsesión con las perlas de su abuela. Las tres que faltaban las daba por perdidas. Ya tenía a su lado lo que de verdad importaba.

25. Aroma a lavanda

Aquel curro era el más aburrido que había tenido nunca. No entendía por qué Tristán le había puesto a él a custodiar a aquellos dos. Con las cadenas era imposible que se soltaran. Su compañero había tenido suerte, solo tenía que venir a traer la comida a los prisioneros. El resto del tiempo podía estar sentado en el cuarto de vigilancia del edificio central, charlando con el par de inútiles que velaban por la seguridad del complejo de forma habitual.

Si la situación se prolongaba, le diría que se cambiaran de puesto. Un sábado por la tarde el laboratorio estaba vacío, y el trabajo de los guardas se limitaba a hacer una ronda cada hora. Luego se sentaban a ver un partido de futbol por el ordenador, con el aire acondicionado a tope, tan fresquitos. No como él, bajo el achicharrante sol del mediodía estival.

Suponía que iban a matar a los prisioneros ese mismo día, pero había oído hablar a Tristán con Aurora y pensaban que valían más vivos que muertos. Según había escuchado, harían creer al marido de la mujer que habían cumplido su amenaza. Desesperado se arrepentiría de no haber pagado el rescate. Luego, por la noche, volverían a contactar con él para darle una segunda oportunidad. Él la aceptaría encantado sabiendo que su esposa no estaba muerta. En tanto temiera por la vida de los rehenes, no haría nada que los perjudicara. Azul podría seguir campando a sus anchas como siempre había hecho. Era un buen plan, como todos los de Aurora.

«¡Qué sueño! Si me tumbo un rato a la sombra y echo una cabezada, nadie tiene por qué enterarse», pensó el vigilante sin dejar de bostezar. No tenía que haberse tomado aquella segunda ración de carne, pero estaba deliciosa y sus prisioneros no parecían tener hambre.

Iba a sentarse en la silla de mimbre que había colocado debajo de un olmo, a la sombra, desde la que podía ver la puerta de la caseta y el camino de acceso, cuando observó un coche acercarse.

¿Por qué no le había avisado su compañero? Se suponía que su cometido era vigilar las instalaciones del laboratorio y los alrededores a través de los monitores. ¿Y la verja de entrada? Debía de haber estado cerrada. Seguro que a algún despistado perfumista se le había olvidado hacerlo al irse por la mañana. Después de la una no se

permitía que hubiera nadie trabajando ni de visita a las instalaciones. Todos los empleados tenían obligación de marcharse antes de esa hora.

—Buenas tardes —saludó Diego, sacando la cabeza por la ventanilla.

—Buenas tardes. ¿Cómo han llegado hasta aquí? El acceso está prohibido.

—Lo siento, señor, pero mi marido es tonto —respondió Rosa, tras salir del coche, sonriendo y con un contoneo de caderas exagerado desde el punto de vista de Diego. ¿Y esa camisa? No recordaba que un minuto antes tuviera tantos botones desabrochados—. Le dije que era la segunda salida a la derecha y se empeñó en que era la tercera. Hemos alquilado un coche sin navegador. Claro, porque aquí don Listo quería ahorrar. Pero en catas de vinos no ahorras, ¿eh?

Aquella mujer no se callaba. ¡Qué horror! Su marido bajaba la vista avergonzado. Sentía pena por él. Menuda arpía. Eso sí, tenía un buen cuerpo. Una delantera potente y un trasero redondo y prieto, de los que le gustaban a él. El tipo habría perdido el norte obnubilado por su belleza, pero debería haber recapacitado en cuanto la chica hubiera abierto la boca.

—Quizá pueda ayudarles —aseguró con amabilidad, mirando a la belleza que tenía delante.

¡Qué tetas! La mujer se había acercado hasta menos de un metro. Con ponerse un poco de puntillas podría verle hasta el ombligo y…

—No hacía falta que te quitaras el sujetador —protestó Diego, enfadado al percatarse de que a Rosa se le marcaban los pezones en el fino tejido de la camisa. La habían encontrado en el maletero. Debía de pertenecer a alguno de los militares. Lo difícil era que le quedara igual de sexy que a ella.

—Dos tetas tiran más que dos carretas —alegó ella, agachándose para tomarle el pulso al hombre que yacía noqueado en el suelo—. Está vivo. Un poco menos fuerte hubiera sido igual de efectivo, Lucas.

—Por si acaso —contestó el abogado con el gato del coche en la mano.

El oftalmólogo rebuscó en los bolsillos hasta dar con un juego de llaves que le pasó a su amigo. Le quitó el arma y se la puso en la cintura. Aunque tardaría en recuperar la consciencia, no quería sorpresas.

—¿Le atamos? —inquirió ella.

—No tenemos tiempo. No sabemos si nuestros hombres han conseguido llegar al cuarto de vigilancia antes de que dieran la voz de alarma. Es mejor que nos vayamos cuanto antes —explicó Lucas, dirigiéndose a la caseta.

Había tres piezas de metal y al segundo intento dio con la que necesitaban. Al abrir la puerta, notó que sobre él caía algo que olía

fatal. ¿Qué era aquello? Parecían orines y heces.

—¡*Puaggg*! —exclamó sin poder decir nada más, puesto que la boca se le llenó de plumas. Otras se pegaron a su rostro, a su cuerpo y a sus manos.

—¡Parad! Somos nosotros.

—¿Rosa? —preguntó Sofía, que subida al catre sacaba el contenido de una almohada para lanzárselo al intruso.

—Sí. Y debajo de todo lo que habéis tirado está Lucas —añadió la secretaria sin poder contener la risa, algo que el oftalmólogo, un poco rezagado, no evitó. El siempre impoluto abogado Gascón estaba cubierto de desechos orgánicos y pelusas blancas. Fue superior a él, sacó su móvil y le hizo una foto que rápidamente envió al chat del grupo de WhatsApp que ellos dos compartían con Juan.

—Boris, quieto, no le tires el cubo que no hace falta —alertó la detective a su compañero de secuestro, que subido a su propio catre se colocaba en posición para acertar en la cabeza de la figura blanca que estaba bajo el dintel.

—Deja que te guie hasta el lavabo. Allí podrás quitarte esta mugre —le dijo la detective a su marido, que ayudado por Rosa llegó hasta la voz que le hablaba.

Pudo desprenderse de los pegotes que había en su piel y en su ropa, sin embargo, estaba seguro de que el olor perduraría en sus fosas nasales hasta que se diera una ducha de varias horas y se frotara con ganas.

—¿Se puede saber qué pretendíais?

—Tumbar al tipo de negro que entraba a vernos cada dos horas, cariño.

¿Iba a ponerse a discutir? Ella solo quería que la abrazara y le diera un beso. O puede que mejor esperara a que estuviera limpio. Apestaba.

—No llegarías a la puerta con esas cadenas, Sofía. No hubieras podido escapar.

—Bueno, había pensado dislocarme el dedo pulgar para sacar la mano por la argolla.

—Le dije que era mala idea. No me hizo caso —afirmó Boris.

—Lo he visto en las películas, y cuando trabajaba como policía, un chico lo hizo. Claro, que el muy tonto no se dio cuenta que en la puerta de los juzgados hay agentes de la ley que no iban a dejarle salir. Un minuto duró su fuga.

—¿Y qué hubierais hecho fuera de aquí? —preguntó Lucas—. No hay gente en varios kilómetros a la redonda. Ni vehículos con los que huir.

—Correr, escondernos entre la vegetación. Cualquier cosa. Iban a matarnos. Lo sabes, ¿verdad?

—Te quiero.

Aquellas dos simples palabras consiguieron que la ira de Sofía se deshiciera como un azucarillo en un vaso de agua. Dejó de importarle el olor de su ropa o la humedad que detectaba en su camiseta. Lo esencial era el calor de sus brazos rodeándola y la firmeza del pecho sobre el que recostaba la cabeza.

—Lo siento, no quise preocuparte. No pensé que fueran a secuestrarnos.

—Sofía, no tienes que disculparte. Eres así, loca, impulsiva, cariñosa, generosa, ocurrente y un sinfín de cosas más. Te quiero tal y como eres. No cambies nunca. Olvida lo que te dije de dejar tu trabajo.

Los ojos de la detective se abrieron como las compuertas de un embalse. Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas sin parar. La tensión acumulada durante tantas horas la desbordó en cuanto vio a su marido manchado, con ojeras y cansado, pero tan guapo como siempre, venir a rescatarla.

—Estoy embarazada.

—¿¿¿Qué??? —preguntaron cuatro voces a la vez.

—Lo supe el mismo día que me subí al avión para venir a Francia.

—Han podido herirte —le dijo Boris entre un coro de reproches de Diego y Rosa.

—¿Te encuentras bien? No puede ser buena tanta tensión para el bebé —aseguró su amiga.

—¡Otro niño! Me vais a hacer tío de nuevo. Ya podéis montar una guardería en lugar de una agencia de detectives, porque va a haceros falta.

—Cariño, dime algo —le pidió Sofía a su marido, preocupada.

El abogado permanecía en silencio con uno de sus habituales gestos de perturbación. La detective tuvo miedo. Su marido no quería al bebé. Cuatro hijos eran demasiado. Lo sabía. No se había cuidado pensando que su cuerpo no estaría preparado para engendrar de nuevo tan pronto tras el nacimiento de Javier. Se había equivocado. Aquel error le iba a costar el matrimonio y el trabajo. Ella sola no podría hacerse cargo de los niños y continuar investigando. Con suerte, Fabi y Boris encontrarían un puesto con Lucas. Era su culpa. No iba a permitir que se quedaran sin sus empleos.

Entonces, el abogado alargó su mano y tocó el vientre de la detective, acariciándolo con veneración.

—¿Un bebé?

—Aja

—¿Es niña?

—Aún es muy chiquitín para saberlo.

—Así estarían igualados. Dos y dos.

—Entonces —dijo Sofía, haciendo una pausa con temor—, ¿estás

contento?

—¿Cómo no voy a estarlo? —inquirió feliz el abogado—. Reduciré mi jornada. Yo seré quien los lleve y los traiga del colegio. Las tardes a partir de ahora las tendré libres para estar con mi familia. Así tú podrás seguir con tus intrigas. Eso sí, procura que no te secuestren, yo también lo haré. Con una vez cada uno creo que es suficiente para mis nervios.

—Me alegro mucho por vosotros pero tenemos que marcharnos ya —les pidió Boris con urgencia.

Probaron con las otras dos llaves a abrir las esposas de sus muñecas, ninguna entraba en la cerradura. Nervioso Lucas registró de nuevo los bolsillos del hombre que permanecía tendido en el exterior.

—Nada. Aquí no hay más llaveros.

—Seguro que la tiene Tristán. Ese sádico. El nieto de Aurora —aventuró la detective—. Al final tendremos que dislocarnos los pulgares. De lo que no estoy segura es si en el caso de Boris valga de algo. Casi tiene la argolla clavada en la piel.

—No será necesario —aseguró Rosa, acercándose a Sofía a la vez que quitaba la arandela del llavero. Lo estiró hasta formar un alambre recto. Satisfecha, sonrió al comprobar el resultado—. Hay veces que las esposas se bloquean, y las llaves no van. Un movimiento fuerte puede fastidiar el mecanismo, es muy endeble.

—¿Y tú como sabes eso? —quiso saber su amiga, observándola con curiosidad.

Diego se ruborizó hasta la raíz del pelo. Lucas y Boris le miraron y, por la forma en que tragó saliva, intuyeron el juego que se traían aquellos dos. Vaya con la secretaria de dirección. Era una caja de sorpresas.

—Ya está —anunció la mujer—. Ahora tú, Boris.

La detective, con placer, se masajeó la muñeca. Tenía una marca que el tiempo haría desaparecer. Le recordaba a la que las manitas de Nando y Marta mostraron cuando los retuvieron en aquella oscura carnicería, cuando buscaba el diamante blanco de los Lancaster. Estaba claro que de secuestros ya habían tenido suficientes.

Se asustó cuando cuatro hombres armados irrumpieron en la caseta con gritos y ordenes. Boris sonrió al reconocer a Henry entre ellos. Fabi le había llamado. Sabía que había hecho bien dejándole a su chico el teléfono de su amigo por si las cosas se complicaban. Una parte de él confiaba en que no hiciera falta recurrir a su antiguo colega, pero otra le instaba a cubrirse las espaldas.

—¡Lucas!

—Tranquila, cariño. Son amigos.

—¡Debemos irnos ya! —exclamó el que debía de ser el jefe.

Lucas vio la expresión de susto de Sofía y la de alerta de Boris, y

decidió explicarles de forma breve quiénes eran y lo que habían hecho durante las últimas horas para encontrarles.

—El hombre de ahí fuera estaba despertándose, así que le hemos inmovilizado. El problema ha sido dentro. Contábamos con la pareja de vigilantes. A ellos ha sido fácil reducirlos, no tenían ganas de pelear y se han rendido sin oponer resistencia. Pero había otro tipo que al vernos por los monitores se ha escapado. Salió por una puerta metálica antes de que pudiéramos alcanzarlo —apostilló Henry.

—¡Nos vamos! A los coches —les dijo Boris, tomando el mando. El jefe de los exmilitares saludó a su amigo, y con un asentimiento de cabeza, le cedió el control del equipo. Más tarde habría tiempo de ponerse al día. En ese momento, debían centrarse en huir.

Diego y Rosa dejaron que Lucas, Sofía y el ruso fueran solos en el mismo vehículo en el que habían llegado a la campiña. Se apretujaron con los otros en el segundo coche, cualquier cosa antes de ir con el abogado. Su olor era repulsivo.

—¡Al aeropuerto!

—No, Boris. No hagas caso a Lucas. Volvemos a París —le dijo Sofía a su marido.

—¿A París? De eso nada. Regresamos a Basema —protestó su marido.

—Te digo que no. Aurora no va a librarse de mí con tanta facilidad. Voy a hundirla y a su organización con ella. Déjame tu móvil. Tengo que llamar a Fabi. Tristán se quedó con el mío. Están las fotos de mis niños. Ese idiota no va a quedarse con ellas.

Boris cruzó una mirada con Lucas. Ambos sabían que Sofía no iba a parar hasta hacer lo que se proponía. Con un ligero cabeceo, el abogado le indicó que hiciera lo que su chica le había pedido. No iba a cometer el mismo error dos veces. La seguiría hasta donde fuera. Aunque eso implicara meterse en la boca del lobo.

26. Eso es mío

Tristán recibió la llamada asustada de uno de los hombres que había dejado vigilando a la detective y a su acompañante. Unos intrusos habían entrado en el complejo. No sabía cuántos eran porque, a los segundos de responderle, la línea se quedó en silencio. ¡Inútil! Seguro que había corrido a esconderse, en lugar de dar la cara. Cuando lo pillara, se encargaría de él. Su abuela no admitía errores. Por su parte, no pensaba admitir que le hiciera responsable de la cobardía de un idiota.

Cuando él estuviera al mando de Azul, se desharía de aquella colección de franceses e italianos que llenaban la organización. No valían para nada. Ni sabían cumplir órdenes. Solo les pedía obedecer, no pensar, y ni para eso servían.

Los ucranianos y rumanos que habían contactado con él hacía unos meses le ofrecían ponerle a cargo de todo a cambio de una participación en los negocios. Ellos serían su brazo armado a cambio de una comisión adecuada. A Tristán la proposición le había gustado. Habían iniciado el proceso socavando la autoridad de Aurora al mando de Azul. Consiguieron echar por tierra una serie de transacciones, lo que enfadó a un número creciente de antiguos aliados de su abuela, que decidieron ponerse de su parte. Ideas nuevas que demostrarían ser más eficaces que las antiguas formas de décadas pasadas.

Aquella detective, surgida de improviso, entorpecía sus planes. Estaba decidido a matarla en cuanto llegara al laboratorio. A ella y a ese ruso. En su opinión, ya tendrían que haberlo hecho, en cuanto los tuvo dentro de aquel contenedor en el puerto de Marsella.

¡Un secuestro! Aurora había recurrido a esa fórmula en numerosas ocasiones para obtener dinero rápido y seguro. Sin embargo, con aquellos dos había sido un error. Él creía que era mejor cortar de raíz el problema y eso pasaba por un disparo en la nuca de cada uno de sus rehenes, y una fosa más entre las flores de lavanda. Iba a saborear el momento. No delegaría en nadie. Sería él el encargado de apretar el gatillo. Eso asentaría su liderazgo entre sus hombres y sus nuevos amigos. Esa noche cambiaria su futuro.

—¡Jefe!

El cretino que conducía el coche le sobresaltó con su grito.

—¿Qué ocurre?

Fue innecesario que le respondiera. En frente de ellos había un vehículo detenido. El ruso, que debía estar esposado en su camastro, iba al volante, y en el asiento trasero veía dos cabezas. Una de ellas tenía el pelo rizado. ¡Imposible! Era aquella dichosa detective.

De acuerdo. Habían escapado. Ya averiguaría cómo. Sin embargo, lo primero era acabar con ellos. Se bajó quitando el seguro de su arma. Puso los pies firmes en el suelo y apuntó hacia delante.

—Fuera del coche. ¡Ahora!

Sus dos subalternos se colocaron a sus costados con sus pistolas desenfundadas. La mujer y los dos hombres hicieron temblando lo que les había ordenado.

—No nos dispares —imploró ella.

¿Quién era el moreno? No lo conocía. ¿Era por su culpa por lo que había tenido que ir precipitadamente al laboratorio? Daba igual. Tres hoyos se cavaban igual de rápido que dos.

—¿Tú les has soltado? —le preguntó Tristán a Lucas sin dejar de apuntarle.

—Sí —respondió el abogado con las manos en alto—. Son mi mujer y mi amigo.

—¿Eres su marido? —preguntó divertido. ¿Aquel tío con pinta de haberse revolcado por el fango era el afamado abogado Lucas Gascón del que su abuela tenía tanto miedo? ¡Increíble!—. Bueno, al fin y al cabo le prometiste serle fiel hasta que la muerte os separara. Eso lo has cumplido.

—¿Tú crees? —preguntó una voz masculina a su espalda, a la vez que sentía algo metálico y frío apoyado en su nuca.

Lucas sonrió e hizo un gesto con la mano para que se diera la vuelta. Tres hombretones tan grandes como el ruso les estaban apuntando, con cara de malas pulgas, mientras que un cuarto tenía el cañón de su arma en su cabeza. El que tenía más cerca le observaba sin pestañear. Los cobardes que estaban a sus flancos tiraron las armas al suelo sin dudarlo.

—Deberías imitar a tus amigos, Tristán —le recomendó la dichosa detective.

No tenía otra opción. Hizo lo que le pedían y, acto seguido, otra mujer salida de la nada le puso unas esposas en las muñecas.

—Pero ¿qué…?

—Hablas mucho —le dijo, poniéndole un pañuelo de cuello a modo de mordaza.

Uno de aquellos tipos con pinta de militares lo puso sobre su hombro y lo llevó hasta un vehículo aparcado unos metros más atrás. Habían caído en una trampa. Un sudor frío recorrió su piel. Ni su abuela ni sus nuevos socios iban a estar contentos con él. Había tenido

una oportunidad y la había perdido. ¡Ojalá nunca hubiera aparecido en su vida Sofía Valverde!

La detective y sus amigos, más relajados, volvieron a ocupar sus lugares en los coches. Fabi y su dron habían resultado esenciales para coger a Tristán. Él les alertó de que se aproximaba hasta ellos. Había pirateado las líneas eléctricas y de internet del complejo, dejando sin posibilidades de conexión al laboratorio y sus entornos. El hombre de negro que había escapado de Henry se quedó atrapado en un cuarto cerca de los ascensores al bloquear Fabi la cerradura de la puerta. Allí dentro no había cobertura, por lo que no pudo explicarle a Tristán lo que había ocurrido. Si Aurora quería saber que acontecía allí, debía enviar a su nieto a averiguarlo.

—Vamos a la casa de la galerista —afirmó con rotundidad Sofía—. Con su querido Tristán en nuestro poder, nos recibirá. De todas formas, he avisado a mi contacto en la Interpol y a la gendarmería francesa.

Lucas contempló a su mujer con infinita ternura. Estaba preciosa. Cansada pero resplandeciente, como siempre que rozaba la solución de un caso. Podían haberse ido a casa y olvidarse de todo. No obstante, eso hubiera sido una china en el zapato. Algo pequeño, insignificante, pero molesto. Él la ayudaría. Esa noche acabarían con Azul.

Cuando llegaron a la calle donde se encontraba el hogar de Aurora, casi no pudieron ni aparcar. Varias dotaciones de la gendarmería y unas furgonetas negras, que sus compañeros armados identificaron como de la Interpol, no dejaban espacio libre.

—Jefa, es mejor que no nos vean —le dijo por el intercomunicador Henry. Lucas sonrió. En cuanto Sofía había entrado en escena, se había hecho con el control de la situación. Todos se dirigían a ella en busca de instrucciones. ¡Esa era su chica! Una mujer embarazada, con tres hijos esperándola en Basema, incapaz de quedarse quieta. Y justo por ese motivo era incapaz de dejar de quererla—. Digamos que a las autoridades no les gusta que estemos en medio de sus operaciones.

—No os preocupéis. Dejadnos a Tristán y podéis iros. Os habéis ganado el descanso. Gracias por vuestra ayuda.

—¿Seguro? Azul puede revelarse e intentar asestar un aguijonazo final.

—No lo hará. Aurora está detenida y tenemos a su nieto. Es su ojito derecho, su heredero. Constituye nuestra garantía.

—Alguien tendrá que vigilarlo.

—Cuento con las personas adecuadas —aseguró Sofía. Lo había hablado con su amiga Rosa. Ella junto con Diego se quedarían en el coche con el joven. Estaba maniatado y amordazado. No les daría problemas.

Boris se despidió de Henry, prometiendo llamarle después para contarle cómo había terminado todo y ponerse al día sobre sus últimos años. Hacía una década que no se veían. En aquella ocasión, también había sido con armas en las manos, custodiando a un importante hombre de negocios. La seguridad privada, en un mundo cambiante y en continuas contiendas, era esencial en determinados ámbitos. Ambos sabían que aquella no sería la última vez en que sus caminos se encontraran.

Con paso decidido, la detective, escoltada por su marido y su particular ángel de la guarda, se aproximaron hacia el cordón policial.

—Señora, no pueden estar aquí.

—Yo diría que sí. Avise al agente de la Interpol al mando que Sofía Valverde ha llegado.

El gendarme los observó de arriba abajo. ¿Quiénes eran esos tres, con aspecto de necesitar un baño y ropa limpia, que con tanta seguridad habían llegado a la galería? En cualquier otro caso, les hubiera ordenado que se dieran la vuelta, pero la determinación en los ojos de la mujer que tenía delante le disuadió de hacerlo.

Un poco después, Sofía estaba en un salón de la casa de Aurora. La galerista sufría por la preciosa tapicería de su sofá. Esa mujer iba a dejarla hecha un asco con la mezcla de polvo y barro que llevaban encima. No tenía que estar allí. Debía de seguir atada a una argolla en el cobertizo de su laboratorio.

La detective había tenido que persuadir a su antiguo compañero para conseguir quedarse a solas con la responsable de Azul. Necesitaba que fuera así a fin de obtener la información que quería.

—Voy a comprobar lo que me habéis dicho y la información que Fabián me ha enviado. Si es correcto, podréis marcharos.

—Falta una pieza esencial. Tristán, el nieto de Aurora y su mano derecha. Cinco minutos con ella, y te diré dónde está.

—¿Estás haciéndome chantaje? Puedo hacer que te detengan —aseguró enfadado su amigo de la Interpol.

—No, no lo hará, salvo que quiera que un juez pare su investigación y le mande a rellenar informes a un escritorio. Sería una pena terminar su carrera en una oficina, sin una buena pensión de jubilación. ¿Cuántos años serían? ¿Más de veinte? No quiero ni imaginármelo.

—Sofía, ¿se puede saber con quién estás casada?

—Con el mejor hombre del mundo. Tiene que serlo. Me aguanta a mí y a mis hijos —respondió la detective con orgullo, irguiéndose firme al lado del amor de su vida.

Dudaba de que Lucas pudiera llevar a cabo las amenazas que había vertido sobre el agente, pero Juan, en su calidad de juez, podría hacer eso y más. Ambos amigos tenían contactos influyentes, que le harían la vida muy difícil al hombre de la Interpol si no les dejaba regresar a

Basema ese mismo domingo. Soñaba con darse un baño y dormir durante horas, pero sabía que con sus tres pequeños sería imposible. Tendría que contentarse con echar una cabezada mientras volaban y una ducha rápida al llegar a casa.

Como era de esperar, la detective se salió con la suya y a las tres de la madrugada, con una taza de café en la mano y recostada en el mullido respaldo de su asiento, se disponía a iniciar una conversación con Aurora.

—Debo reconocer que has engañado a medio mundo durante años. Una encantadora mujer que hace perfumes, dirige una galería y cuida de sus hijos y sus nietos.

—Es lo que hago.

—Claro, y en tus ratos libres mandas sobre una organización cercana a la mafia. Lo normal.

—¿Sabes que estás muerta? Aunque a mí me detengan, no saldrás libre. Mi nieto acabará contigo.

—En cuanto a eso… Hay un detallito que no le he contado a mi amigo. Tristán está fuera, en el maletero de un coche.

—¿Cómo te has atrevido?

—Del mismo modo que tú me secuestraste a mí y a Boris. De todas formas, no deberías apenarte. Voy a explicarte lo que ese dechado de virtudes planeaba hacer contigo y tu organización.

No fueron cinco minutos, sino quince los que requirió Sofía para ponerle al tanto del golpe de estado que Tristán se proponía hacer, que incluía no solo conseguir el control de Azul, también desmantelar la organización, deshaciéndose de franceses e italianos.

—Los ucranianos y rumanos le hubieran usado de títere ante la justicia. Él sería la cara visible de Azul y al que cargarían con los cargos y las culpas si eran interceptados por las autoridades —conjeturó Aurora con pesar.

Aquello no se lo esperaba. Desde niño, Tristán había despuntado sobre sus otros nietos, e incluso sobre sus propios hijos que preferían lucirse en sociedad y disfrutar del dinero que con tanto esfuerzo había logrado reunir durante décadas. Era un joven despierto, guapo e inteligente, que se las arregló para compaginar sus estudios en la Sorbona con un duro aprendizaje al lado de su abuela. Cuando ella le abrió los ojos, y le explicó lo que había realmente tras la galería, lejos de asustarse, manifestó sus ansias de ayudarle en lo que fuera posible. Con ideas brillantes e innovadoras, la galería se hizo un nombre entre los jóvenes mileuristas con ganas de invertir en arte. Era su sucesor natural. Para su pesar, los hechos apuntaban a que no quería seguir por más tiempo en el banquillo. La ambición de la que tan orgullosa se sentía su abuela había dado al traste con una organización cuyo funcionamiento había sido impecable durante décadas.

—Esa gente no va a conformarse con un «lo siento» —dijo en voz baja Aurora. Sus aliados habituales le darían la espalda, sino lo habían hecho ya, al ver a la gendarmería en su puerta. Los de Europa del este iban a acabar con ellos en un suspiro.

—Veo que nos entendemos.

—Esto no es una conversación banal, ni quieres alardear de habérmela jugado.

—No. Ese no es mi propósito. No tengo dobles intenciones como tú.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Una parte de mis negocios?

—¿De verdad crees que ambiciono alguna de esas cosas? Me juzgas mal. Mi único deseo es volver a mi hogar con los míos sin tener que mirar por encima del hombro por si un hombre de Azul viene a matarme.

—La organización está desmantelada, según me has dicho. No tengo poder.

—Me engañaste una vez —rio Sofía—. ¿Quiere hacerlo otra vez? Las dos sabemos que esto es un bache en el camino. Sí, por supuesto, durante unos meses, quizá años, Azul se quedará en un segundo plano, hibernando como un oso en su caverna, para luego despertar en primavera.

—Desde la cárcel puedo seguir dirigiendo mi imperio —aseguró la galerista, mirando a la detective con odio—. No necesito pactar nada contigo. En cuanto a Tristán, sé que volverá al hogar y recapacitará sobre lo que ha hecho.

—Ya. ¿Solo o acompañado? Si quieres que sus amiguitos no vengan con él, tendrás que aceptar mi oferta. Yo mantengo lejos a sus colegas, y tú haces que Azul se olvide de nosotros.

—De acuerdo —dijo Aurora, dándose por vencida. Después de lustros de lucha, el momento de parar había llegado. No era una ilusa. Era consciente de que los ucranianos y los rumanos irían tras su nieto para hacerle pagar su derrota. Sin embargo, no podía evitar quererle. A pesar de su error, era sangre de su sangre. Seguía siendo su mejor sucesor.

La detective se levantó y salió del salón. Lucas y Boris aguardaban con los agentes al mando en la cocina.

—¿Ha funcionado? —preguntó su amigo de la Interpol impaciente.

—Sí —respondió Sofía, levantándose la camiseta para desprenderse del micrófono oculto—. Lo ha admitido todo. ¿Tristán?

—Rosa y Diego lo han traído hace un rato a la casa —respondió Lucas—. En cuanto te encerraste con Aurora en el salón, y ella no podía verle llegar. Está cantando como un pajarito.

—Era de esperar. No tiene otra opción si quiere seguir con vida.

—Seguramente tendrás que volver para declarar ante el juez —le comentó su antiguo compañero.

—No será necesario. Lo hará por videollamada desde España —aseguró Lucas, poniéndose en modo abogado. Aun con el pelo pegado por los restos de heces y barro, la ropa arrugada y una barba de dos días, para Sofía seguía siendo el hombre más atractivo de la tierra.

—Cariño.

—Dime —respondió él, cogiéndola de la mano.

—Llévame a casa.

Epílogo

La primavera se olía en el aire. Las flores abrían sus pétalos al sentir los rayos de sol calentando las ramas de los árboles. Era una deliciosa tarde de finales de marzo en vísperas de la Semana Santa. El duro invierno había quedado olvidado, y la covid-19 empezaba a dar tregua a la sociedad.

Habían planeado pasar los cuatro días festivos en la mansión de la isla que poseían en el Mar de la Tranquilidad. Después, con el nacimiento de su cuarto vástago, no podrían volver en un tiempo. Tenían que aprovechar esas jornadas de asueto, sin trabajo, ni colegio, ni casos que investigar.

Sofía tenía los pies en alto sobre una silla de la cocina. Estaba vigilando que Carlota y Javier se tomaran su bol de frutas. La niña intentaba pinchar los trocitos de plátano con un tenedor de plástico. Javier se había cansado, y lo había tirado al suelo. ¿Quién necesitaba aquel instrumento teniendo los dedos? Con su manita aplastaba la manzana y se la llevaba a la boca con un gruñido de satisfacción. Era un tragón, y todo lo que fuera comida le venía bien. Daba igual si era carne, verduras o dulces. En eso era clavado a ella.

Carlota se asemejaba a su padre. Era más exquisita comiendo, y no le valía cualquier cosa. La ocasión en que la vio compartiendo con su papi un filete de ternera con crema de queso y finas hierbas, que Rosa había preparado una noche en su casa, decidió que no volvería a entrar en la cocina.

Nando hacía tiempo que se negaba a probar sus recetas. Su marido prefería pedir una pizza antes que dejar que ella elaborara algo. Menos mal que Javier era distinto. Él sí sabría apreciar sus macarrones con chorizo y tomate requemados.

La detective volvió a fijar la vista en el documento que debía repasar. Era un informe que Rosa había escrito para ella, acerca de una investigación que había realizado con Fabi en una óptica. Los dueños sospechaban que uno de sus empleados había robado tres pares de gafas de alta gama. Los dependientes aseguraban que algún cliente se las había llevado en un descuido. La antigua secretaria de dirección no se creyó la cara de aparente inocencia de una de las optometristas y le pidió al informático que indagara en sus redes. En una aplicación de compra-venta de segunda mano, se había creado un

perfil donde ofrecía los artículos robados a buen precio. Tras informar a los dueños de la tienda, la habían puesto de patitas en la calle con una renuncia firmada a no recibir el finiquito[5] a cambio de no ser llevada ante la justicia.

La antigua secretaria de dirección había demostrado ser un excelente fichaje para su agencia de detectives, además de ser la solución perfecta para compaginar su trabajo y el cuidado de los niños. Rosa era su mano derecha. Siempre podía contar con ella para suplirla cuando necesitaba dedicar tiempo a sus pequeños o a su marido.

Lucas había cumplido lo prometido y no hacía tantas horas en su bufete. Se traía trabajo a casa y en su despacho había instalado un parque de juegos donde Carlota y Javier se entretenían vigilados de cerca por su padre. Nando solía sentarse en una mesa a su lado a hacer los deberes. Sofía sonreía al contemplar la estampa. El niño, inconscientemente, le imitaba en sus gestos y en sus maneras. Se estaba convirtiendo en un pequeño dandi y en un futuro abogado, porque de eso estaba segura, su hijo seguiría los pasos de su padre adoptivo.

Ellos no eran los únicos que aumentaron la familia. Boris y Fabi habían adoptado a Samuel, un chiquillo de Colombia de cuatro años, que reía y jugaba con alegría desbordante.

Contando también con su sobrina Marta, reunían a cinco niños más la pequeña Vega, que estaba a punto de llegar al mundo. La antigua vivienda de Sofía sufrió remodelaciones obligadas a fin de transformarla en una guardería y en un colegio cuando alguno de los críos no podía asistir a clase debido al cierre preventivo de su centro escolar por la covid-19.

Sofía se acarició el vientre con ternura. Había sentido una patada en las costillas. Con diferencia, Vega era el bebé que menos la dejaba descansar durante sus embarazos. Como siguiera igual de inquieta al nacer, les aguardaban años de noches en vela.

Una musiquilla atrajo su atención. Era una videollamada desde cierto emirato en el que un flamante Jeque se había casado días antes.

—¡Cabil!

—¿Cómo está mi gordita favorita?

—Redonda. Hoy no he podido vestirme sin ayuda. El suelo está muy bajo.

—Lucas estará encantado de socorrerte.

—Siento mucho que no pudiéramos ir a vuestra boda. No sé por qué razón a las embarazadas de ocho meses no nos dejan montar en motos ni volar en avión. Ni cuando eres el dueño de uno te dejan. Y menos si tu marido te cuida como una madre a sus polluelos. ¡Hasta a Javier le deja hacer más cosas que a mí!

—No te quejes, que sabes que te adora. En unos meses podréis venir a vernos toda la familia. Los niños no tendrán colegio y estaréis despreocupados. Playa, compras y restaurantes de ensueño.
—¡Qué tentador! ¿Y niñeras? Me harán falta. Somos una *troupe* andante.
—Las tendrás. Así se van entrenando para cuando les toque cuidar a mis hijos. Por cierto, Irina te manda saludos y te da las gracias por el velo que le enviaste.
—En España es costumbre llevar algo prestado. Solo lo use en mi boda, pensé que le gustaría, aunque hubiera entendido que prefiriera uno nuevo.
—El tuyo era perfecto. Ya viste las fotos, estaba preciosa. Entre Rosa y Fabi se lo colocaron.
—Eric estaba guapísimo de traje y a Pedro le vi con buena cara.
—Los mejores neurólogos están tratándolo, no puede evitarse que avance, pero sí que lo haga lento. Irina pasa horas jugando con él a las cartas.
—Me alegro. Fue una suerte que Lucas lograse que sus hijos le devolvieran el control de las cuentas, aunque casi sin dinero.
—Eso es lo de menos. Aquí tiene todo lo que necesita. Esos indeseables pueden seguir pudriéndose en la cárcel unos cuantos años, es lo que se merecen.
—¿Y Eric?
—Tiene unas notas excelentes en la rama de ingeniería que ha elegido —explicó el Jeque con orgullo a su amiga—. Siento habérselo robado a Juan.
—Él fue el primero en ver el potencial del chaval. Fueron afortunados por colarse justo en la casa de Rosa.
—Tu nueva ayudante.
—Es brillante. Se ha sacado la licencia en tiempo récord. Compagina la agencia con los estudios de criminología y la búsqueda del oro de España. Yo creo que nunca salió de aquí o si lo hizo eran solo billetes, pero ella insiste en que los lingotes que vio Pedro están por ahí, aguardando a ser encontrados.
—Si ella lo piensa, seguro que es cierto.
—Diego protesta porque Rosa se pasa horas investigando sobre el tema. Dice que ve poco a su novia por mi culpa.
—¿Y esos dos cuándo se casan? —rio Cabil.
—Ni ideaaa.
—¡Sofía! ¿Estás bien?
—Nooo. Vega ya viene.
—Pero ¡si falta un mes!
—Díselo a ella.
—Avisaré a Lucas.

—Valeee. Por cierto, Jeque, mañana va a llegarte un paquetito.

—¿Qué contiene?

Cabil intuyó que la mujer doblada sobre sí misma no podría responder a su pregunta. Llamó al abogado, el cual estaba entrando en la urbanización justo en ese momento. La experiencia de dos partos anteriores le convertía en un profesional. La bolsa con la ropita para el bebé y las cosas de Sofía aguardaban en el vestíbulo desde hacía una semana. Al llegar a la puerta, solo tuvo que ayudar a su querida mujer a subirse al coche.

—¿Laura está con los niños?

—Sí, cariño —respondió Sofía entre contracciones—. Nando aún no ha llegado del colegio con Ana y Marta. Mi cuñada ya sabe lo que pasa.

—Entonces, está todo listo.

—Sí, cielo, pero al hospital se va en otra dirección.

Lucas buscó con la mirada la siguiente rotonda para girar. Después de todo, no tenía la situación tan controlada como creía. Sofía, a su lado, a pesar del dolor y el miedo a lo que ocurriría en las siguientes horas, era capaz de mantener la mente fría y pensar por él.

Ella miraba por la ventana, él la contemplaba.

***

Irina y Cabil desayunaban en la terraza aprovechando el frescor de la mañana. Un hombre interrumpió su paz trayendo un paquete.

—¿Qué es? —inquirió ella al ver la ansiedad con la que su guapísimo marido rompía el papel que envolvía un cofre de terciopelo rojo y una carta.

—Es de Sofía.

Mi querido Jeque:

Te prometí que encontraría las perlas de Sabrina. No me creíste e hiciste tu propia búsqueda. Cuando te aburras de gobernar un emirato, tienes un puesto asegurado en mi agencia.

En tu mano tienes las tres perlas que faltaban para completar de nuevo la pulsera. Será un bonito regalo para Irina.

Una de ellas, la más pequeña, era el adorno de una caja de puros de un joyero italiano. No fue fácil ni barato, pero la recuperamos para ti, Lucas y yo. Te debemos la vida. Salvo a mis niños, te daríamos todo lo que tenemos en agradecimiento.

La segunda apareció engarzada en un collar, en un catálogo online *de joyas antiguas. Fabi hizo de las suyas, y en una semana la conseguimos.*

La tercera apareció en mi antigua casa al hacer reformas hace unos meses en el baño. Estaba en el desagüe de la bañera. Creo que Pedro la

tenía y de algún modo fue a parar allí. Debía poseer dos en lugar de una. Fue la última que recuperamos. En cierta forma, cerraba el círculo donde empezamos a trazarlo.

Siento el dolor y la pena que trajo su robo, pero sin esas etapas difíciles del camino, Irina no hubiera llegado a tu vida. Seguro que Sabrina jugó con tu destino para que ocurriera.

Cuídate, Cabil, pero cuida más a tu mujer o te las verás conmigo.

Un amiga que te quiere.

Sofía Valverde

FIN

Nota de la Autora

Cuando creé el personaje de Sofía Valverde, una detective privada, intrépida, fuerte y decidida, sabía que su lado familiar sería una constante en su historia. Su marido, Lucas, se convertiría en un aliado a la hora de resolver sus casos, aunque él no lo quisiera ni lo buscara.

El Jeque nunca entró en mi cabeza como un personaje a tener en cuenta en futuras entregas de *Las intrigas de Sofía*. Sin embargo, al publicar *El diamante blanco*, numerosas lectoras me pedían una historia de él. Creo que la imagen de Abil que utilicé en los post publicitarios influyó mucho en esa petición. Como sabréis los que leísteis la primera entrega de la serie, no tenía un final que me permitiera hacer eso, además de ser un malo malísimo. De modo que decidí crear a su gemelo. Un hombre que es y está bueno buenísimo.

El diamante blanco me ha traído grandes alegrías y un montón de seguidores nuevos que me escriben desde todo el mundo. Eso es algo que me encanta, y sin duda una de las mejores partes de esta aventura de la literatura. Nunca dejéis de hacerlo.

Los personajes son inventados y fruto de mi imaginación. Me cuesta desprenderme de ellos y acabo adoptándolos, a la vez que añado más personajes en sus historias. Espero que os gusten los recién llegados. Contádmelo en las redes.

Biografía

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crio y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas, actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Es una apasionada del cine y del teatro, actividades que le gusta realizar en su tiempo libre.

Se inició en la literatura con una novela de época: *Pasado imperfecto*, a la que le siguió la deliciosa historia basada en la infancia y juventud de su madre: *Recuerdos olvidados.*

Tiene cuatro cuentos infantiles publicados: *Buky; María y la tienda de Antigüedades; Los Sombreros Verdes;* y el último en completar la lista ha sido: *Broli, Breta y los Sombreros Verdes.*

Una trilogía romántica con toques paranormales: *Un té con amor*, cuyas tres partes son *Un té verde con jazmín, Arándanos con mandarina* y *Canela y miel.* Y una bilogía, también romántica, pero con notas de suspense: *Nunca es tarde para el* amor, cuyas dos entregas son: *Un candado en el corazón* y *Cuando me miras así.*

Durante el confinamiento escribió una loca aventura de humor negro: *¿Y qué hago yo con este muerto?,* que ha arrancado sonrisas y carcajadas entre sus lectores.

En *Contigo en Nueva York* mezcló el romance con la intriga y los fenómenos paranormales una vez más.

Pero sin duda, su gran éxito es la trilogía de misterio: *Los casos de Marina Altamirano* compuesta por *Nadie es lo que parece*, *La ciudad Oculta* y *Asesina otra vez;* y la intriga entre ladrones de *El diamante blanco.*

Un nórdico en mi vida fue su primera novela publicada en 2021 y *Amor en reformas* la segunda.

La tumba del highlander fue candidata al Premio Literario Amazon 2021.

Sus Redes Sociales son:

https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/

https://www.instagram.com/marpzabala/

https://twitter.com/marawen2003

https://www.youtube.com/channel/UCJyLE78fYVWBtp4vRPMen_A/featured

En ellas podrás descubrir más cosas sobre la autora y sus

inquietudes.

[1] Pelando la pava: expresión coloquial usada en España, para referirse a dos jóvenes que inician una relación amorosa. En la escena que nos ocupa, buscaban la intimidad para dar rienda suelta a su pasión.

[2] Boeuf Bourguignon: carne de ternera estofada en vino tinto.

[3] Ratatouille: pisto de berenjenas, tomate, calabacín, pimientos y albahaca.

[4] Tarte Tatin: tarta de manzanas caramelizadas

[5] Finiquito: retribución económica en función de los años trabajados en una empresa, que un empleado recibe al ser despedido de una empresa.


EL
VESTIDO
AZUL
Mar P. Zabala
LAS INTRIGAS DE SOFÍA III

EL VESTIDO AZUL

(Las intrigas de Sofía Vol. 3)

Mar P. Zabala

Título original: El vestido azul.

Foto de portada: Mar P. Zabala
Diseño de portada: Mar P. Zabala
Maquetación: Mar P. Zabala
Corrección: Tamara López

Pues nadie conoce la muerte, ni siquiera si es, precisamente, el mayor de todos los bienes para el hombre, pero la temen como si supieran con certeza que es el mayor de los males.

Platón

ÍNDICE

PRÓLOGO

Marta miró por la ventana una vez más. Estaba nublado y tenía pinta de ponerse a llover de un momento a otro. ¡Ya era mala suerte! Toda la semana trabajando y, cuando podía ir a caminar un rato con su amiga María, llegaba una borrasca. No entendía aquella manía de bautizar con nombre de mujer a los temporales. De pequeña, los pronósticos del tiempo se limitaban a avisar de que se acercaban lluvias y viento, y la gente seguía con sus vidas. En la actualidad, bastaba con que dijeran que un frente frío llamado Filomena azotaría el país de norte a sur para que nadie se atreviera a salir. Bueno, o casi nadie. Ellas dos sí, y algún que otro loco más. Se puso unos pantalones impermeables, un forro polar y un chubasquero con capucha. Así estaría calentita y protegida del agua.

María la aguardaba en su portal con un chubasquero rojo sobre su ropa deportiva. Se había cambiado las cómodas zapatillas por unas gruesas botas con las que poder embarrarse los pies sin mojarse. Un grueso gorro de lana le protegía la cabeza y los oídos. El aire helado que la había sacudido al salir a la calle dejó de importarle tras unos vigorosos primeros pasos.

—Vamos por el paseo fluvial y luego nos metemos por el nuevo acceso del hospital —sugirió Marta al reunirse con su amiga.

—¡Perfecto! Me han dicho que lo están dejando muy bonito. Para la primavera estará precioso —afirmó María dispuesta a darse una buena caminata que desentumeciera sus músculos después de una semana de teletrabajo frente al ordenador.

Las calles del centro de Basema estaban vacías, si bien, al alejarse de las zonas comerciales, se empezaron a cruzar con numerosos ciclistas y *runners* que, como ellas, se habían animado a disfrutar de la mañana de domingo haciendo un poco de ejercicio. Las dos amigas andaban ligeras, sin dejar de hablar, por lo que el esfuerzo era mayor. Confiaban en que, al terminar su paseo, la aplicación del móvil les dijera que habían recorrido más de catorce kilómetros y consumido setecientas calorías, con lo que podrían comerse un dulce de postre sin complejos.

—Sigamos un poco más —sugirió Marta a María al finalizar el sendero flanqueado por bancos y matorrales.

Aunque el camino seguía paralelo al río, no estaba urbanizado de la misma forma que el resto del parque que acaban de atravesar. Se habían limitado a desbrozar la orilla para permitir la construcción del

muro que sostenía la circunvalación de la ciudad por encima de ellas, a su izquierda. No era fácil caminar a causa de las irregularidades del terreno y lo escabroso de algunos tramos. Las piedras eran resbaladizas y algunas mostraban bordes afilados.

—¿Sigue hasta el puente? —le preguntó María a una mujer que venía en dirección contraria a la suya.

Habían abierto esa semana la zona al tránsito de peatones y vehículos, por lo que eran numerosos los curiosos que habían acudido a fisgonear.

—No. Se puede avanzar un poco más, pero luego no hay espacio para pasar. Hay que dar la vuelta.

Entretenidas con su charla, las amigas decidieron continuar hasta el final y ver cómo había quedado el terreno. Sin duda, en unos meses construirían alguna escalera que permitiera subir hasta el nuevo hospital o, al menos, eso suponían ellas.

—No tiene sentido dar la vuelta hasta el parque si lo único que se quiere es airearse un poco. Los acompañantes de los pacientes agradecerán este pulmón verde a fin de escapar del aire viciado de las habitaciones —argumentó Marta mirando bien el suelo que pisaba. Era algo patosa. No quería resbalarse y acabar comprobando de cerca las recién inauguradas instalaciones médicas.

—Puede ser, pero de momento no tiene pinta de ello —contestó María.

—¿Qué es eso? —preguntó Marta señalando un punto azul algo separado de la zona de paso, y cubierto por unas ramas cortadas por el viento.

—No veo nada —respondió María sin comprender a qué se refería su amiga.

Marta, curiosa por naturaleza, se acercó a lo que había captado su atención. Era una tela azul claro, con flores rosas, adherida a un trozo de forro beige.

—Cuando abren las compuertas del pantano de Olvido, el caudal del río crece y esta zona queda cubierta por el agua. Alguien tiraría ese vestido pensando en que se lo llevaría la corriente. Se habrá quedado enredado en una rama. ¿Qué haces? —inquirió alarmada María al ver a su compañera levantado uno de los extremos del tejido.

—Quiero ver dónde está pillado. Es raro que siga enganchado a pesar del agua y de las excavadoras. No se le ve muy desgastado. Dudo que lleve muchas semanas aquí.

—¿Ahora eres del CSI? Venga, que casi es la una y tengo que comprar el pan.

—Pues más te vale llamar a tu marido —le anunció Marta apartándose hacia un lado del camino—. Dile que vaya comiendo con los niños. Tú te vas a retrasar.

—¿Por qué? ¿Qué se te ha ocurrido ahora? No te pondrás dar más vueltas buscando cosas, que te conozco. ¿Marta? ¡Marta! ¿Qué te pasa?

La deportista no pudo responder, estaba demasiado ocupada vomitando lo que quedaba del desayuno en su estómago. No podía haberse estado quietecita y haber continuado su paseo sin detenerse. Le estaba bien empleado por cotilla.

—Llama a la policía —pidió Marta limpiándose la boca con un pañuelo.

—¿Qué? —María estaba alarmada por el ruego de María.

—Está muerta, bueno, creo que es una chica, yo no…

Una segunda ola de arcadas le impidió terminar la frase. Su amiga marcó con manos temblorosas el 112, lo que no sabía era lo que iba a decirle a la persona que respondiera a su llamada. Lo único seguro era que el domingo había dejado de ser divertido.

1. NO LLORES POR MÍ

Juan fue a buscar a su hija a casa de Patricia, su exmujer. Ella también quería haber asistido al funeral de Laura, al fin y al cabo, las niñas eran amigas desde el jardín de infancia. Sin embargo, entendía que sus otros dos vástagos la necesitaban, eran demasiado pequeños para comprender la situación. Con ojitos asustados habían visto a su hermana llorando en brazos de su madre, gritando el nombre de Laura. Aquel día, ni Juan ni Patricia quisieron llevarlos al colegio. Era un inútil intento de mantenerlos alejados de la realidad. No podían esconderlos dentro de una urna de cristal, pero, al menos, durante unas horas sus oídos no escucharían hablar de la muerte de la amiga de su hermana mayor.

Marieta se agarró a la mano de su padre con fuerza, en un gesto que enterneció al duro magistrado. Estaban sentados en un banco de madera, en la iglesia, escuchando la homilía del sacerdote. A sus catorce años, su hija luchaba por demostrar que era mayor, que ya no era una niña. No obstante, en aquellos duros momentos en el entierro de una de sus mejores amigas, necesitaba la fortaleza de su padre como una tabla de salvación un náufrago en un mar desolado.

Laura y ella habían sido inseparables desde el primer día de colegio. El azar hizo que compartieran pupitre, lo que facilitó que los llantos por abandonar las faldas de sus respectivas madres se apagaran en el mismo instante en que sus risas comenzaron. Marieta recordaba los chispeantes ojos azules de su compañera de juegos cuando estaba a punto de proponerle hacer alguna travesura, a la que, por supuesto, no iba a negarse.

Al nacer sus hermanos, Juan y Natalia, sus padres repartieron el cariño entre los tres. Marieta se sintió desplazada por aquellos bebés llorones con los que, al crecer, debía compartir juguetes y afectos. Por eso le encantaba ir a casa de Laura. Su amiga era hija única y tenía una gran habitación llena de juegos. Allí no era la hermana mayor que debía ser responsable y ayudar en el cuidado de los niños. Podía ser ella misma sin pensar en los demás. Con lealtad de camaradas, intercambiaban sus cosas, desde los útiles del colegio hasta la ropa y complementos.

Cuando se separaron sus padres, Antonio y Cristina, Laura se desubicó. Aunque le aseguraron que todo seguiría igual y que ambos la querían mucho, algo que no cambiaría nunca, a veces se sentía como una pelota de tenis: lanzada de un lado a otro de la pista sin remisión. Con su maleta y su mochila siempre listas para ir a casa de su padre los días que le tocaba estar con él, y volver a la de su madre

poco después. Si Marieta no hubiera sido la hija de Juan, uno de los mejores amigos de su progenitor, no sabía qué habría hecho. Gracias a la relación de los dos hombres, las niñas habían podido continuar su amistad sin importar el lugar en el que Laura viviera. Marieta era el ancla de su vida. La única constante que permanecía inalterable con el transcurrir de los años.

La mañana en que la adolescente desapareció, las niñas debían haber vuelto juntas del colegio, como era habitual. Residían en la misma calle, a unos metros de distancia. Marieta no había ido a clase porque se levantó con unas décimas de fiebre. Su hermano había sido el primero en contraer la gripe y, al cabo de unos días, Natalia y ella mostraron los mismos síntomas, por lo que ninguno de los tres había acudido a su centro educativo.

Del lugar donde cursaban sus estudios a la casa de Laura se tardaban unos diez minutos a buen ritmo. Aquel mediodía, la jovencita traspasó la verja junto con el resto de sus compañeros mientras hablaba con su madre por el móvil.

—Avísame cuando llegues —le dijo Cristina—. Una clienta de última hora me ha entretenido más de lo esperado. Además de las piernas, quiere que le depile las axilas. Espérame, dejé la comida casi lista y no tardaré nada en calentarla.

—Vale. No te preocupes. En cuanto esté en casa te mando un mensaje.

Laura miró su reloj. Eran las dos y diez, su madre tardaría al menos veinte minutos, si no más. Tenía tiempo de subir una foto a Instagram y ver qué habían puesto sus conocidos. En clase no podía tener el móvil encendido. ¡Era un rollo! En los recreos, entre comer el bocadillo e ir al baño, apenas podía cotillear los perfiles de sus amigos. De modo que, al terminar la jornada escolar, siempre era una de las primeras cosas que deseaba hacer.

«¡Me he quedado sin datos! ¡Qué fastidio!», pensó la niña al darse cuenta que su terminal no se conectaba a su aplicación favorita.

Si se daba prisa, podría engancharse al wifi de su casa. El problema era que, si seguía por el camino de siempre, tardaría más que si se metía por el callejón. Le habían dicho que no fuera por ahí sola. Dudó un segundo. No le gustaba desobedecer a sus padres, pero no se veía a nadie. ¡Qué más daba! Su madre no se iba a enterar. Iría rápido. Ya no era una cría. Sabía cuidarse sola.

Pero no dio igual.

Semanas después, una fría mañana de primavera, yacía en un ataúd delante del altar de una iglesia. El día había amanecido triste y sombrío, como el ánimo de los asistentes al sepelio. Habían pasado cuatro meses desde que María y Marta se toparon con los restos de Laura en la orilla del río. En la oficina del forense habían quedado

varios botes con muestras de su cuerpo. Tuvieron suerte y el juez encargado del caso había accedido a que se realizara el sepelio, atendiendo al ruego de Juan.

Marieta se agarró con fuerza a la mano de su padre. Juntos se unieron a la pequeña comitiva que, tras el responso por el alma de Laura, se internó en el cementerio próximo al templo. Juan había dudado. No sabía si sería adecuado que su hija viera aquello, pero, al observar que otros compañeros de clase de la fallecida, además de algunos profesores y del director del centro, iban con ellos también, decidió que era lo oportuno. No podía ocultarle el lado malo de la vida. Marieta estaba creciendo y era un proceso de la madurez entender que todo no era juego y diversión.

Fue un acto sencillo y emotivo. Un tío de la niña leyó unas palabras que conmovieron a los presentes. Ya casi habían terminado. Los asistentes permanecían en un respetuoso silencio, sobrecogidos de dolor, cuando escucharon unos pasos acercándose hasta la zona de la sepultura. Juan levantó los ojos por encima de la cabeza de su hija, y frunció el ceño al ver a dos agentes uniformados con un inspector al frente. Le conocía de algún caso que había llegado a su mesa del juzgado. Un cruce de miradas le bastó para saber que algo sucedida. Aquella no era una visita de cortesía a la familia de la víctima.

—Antonio Gómez —dijo el inspector en voz alta, pronunciando con cuidado cada sílaba del nombre—, queda usted detenido por el asesinato de su hija.

—¿Qué? ¡No! —gritó el interpelado sin entender qué estaba pasando.

Estaban enterrando a su niña. Aquello no podía ser cierto. Era una pesadilla y quería despertar. Volver a cuando su Laura era una dulce muñequita que le pedía que le empujara con fuerza mientras se columpiaba.

—¿No pueden aguardar unos minutos más? —pidió Juan en voz baja aproximándose al inspector.

Estaban rodeados de chavales compungidos, padres que agradecían al cielo que no hubiera sido su vástago el que descansaba entre seda y madera, y familiares de Laura aún demasiado impactados por el desgraciado suceso. La aparición de los agentes había hecho que sus corazones se aceleraran, disparando el nivel de ansiedad de los incrédulos espectadores.

—Lo siento. Hemos esperado todo lo posible, pero tenemos que llevárnoslo para interrogarlo. El fiscal lo ha ordenado —respondió el interpelado encogiéndose de hombros para, a continuación, añadir en voz baja—: Quería que lo detuviéramos antes del funeral. Le dijimos que se nos había pinchado una rueda y nos retrasaríamos, pero ya me ha llamado dos veces. Es capaz de abrirme un expediente si me

demoro.

—Gracias —contestó Juan, que conocía al encargado del caso. Un fiscal con ganas de escalar en el escalafón judicial, que veía en la resolución del asesinato la forma de lograr el deseado ascenso.

—¡Es mi hija! ¡Mi bebé! ¿Cómo son capaces de imaginar que yo la he matado? —preguntó indignado Antonio, escuchando la conversación entre los dos hombres.

—Váyanse a buscar al verdadero culpable y déjenos en paz —pidió el abuelo paterno de la fallecida.

Un coro de voces airadas de familiares de Antonio expuso sus protestas. Los parientes de Cristina, la madre de Laura, habían formado una piña a su alrededor, a modo de escudo defensor. Permanecían callados, con los labios apretados y expresiones de odio. El ex de Cristina nunca les había caído bien. Todos se alegraron cuando anunció su divorcio. ¿Él había matado a Laura? Las oscuras sospechas se reflejaban en sus rostros.

Juan dejó a su hija con la madre de una niña de la misma clase y regresó al lado de su amigo Antonio.

—Debes ir con ellos —le recomendó posando su mano en el hombro del tembloroso padre—. Es lo mejor. No compliques la situación.

—Juan, tienes que creerme, yo no…

Las lágrimas le impidieron continuar. Era una situación injusta. Debía ser un error. Su niña era su tesoro más preciado. Ni siquiera cuando era una chiquilla revoltosa que trepaba a los árboles sin permiso y rompía todo lo que se ponía en su camino, había sido capaz de darle un azote.

—Hazme caso —insistió el juez—. Llamaré a Lucas.

Lucas Gascón era un amigo cercano de Juan que ejercía la abogacía desde su afamado bufete. Antonio compartía profesión con él. Se conocían, pero sus intereses eran diferentes. Sin embargo, la fama de Lucas como defensor a ultranza de sus clientes era *vox populi* en los juzgados. Una pequeña luz de esperanza se encendió en la mente del detenido al escuchar su nombre.

—De acuerdo —asintió cabizbajo.

Uno de los agentes se acercó para esposarle, pero el inspector al mando le indicó que no hacía falta. Sabía que incumplía las normas, pero no quería que aquellos ojos infantiles y las personas que tanto habían sufrido presenciaran aquello.

*****

Cuando Lucas recibió la llamada de Juan, estaba en la agencia de detectives de su esposa Sofía. En el antiguo piso de ella, situado en la

planta superior del edificio donde trabajaba, habían montado una guardería para Carlota, Javier y Vega, sus hijos más pequeños. A veces, si era pronto para volver a casa, su primogénito Nando se quedaba también allí con el pequeño Samuel, el niño colombiano adoptado por Fabi y Boris, los colaboradores de Sofía.

—Te digo, Lucas, que esos dos pillos tenían preparado un entramado financiero que ni te imaginas —le comentó Rosa, la pareja de Diego, el otro amigo íntimo de Lucas y Juan, que se había convertido en la mano derecha de Sofía al mando de la agencia de detectives.

—¡Increíble! —exclamó Lucas sin dejar de hacer pedorretas en el cuello de su pequeña Vega. No podía evitar hacer una escapada a media mañana para ver a sus chicas favoritas—. Parecían unos pobres hombres en la ruina que habían perdido sus ahorros con la pandemia de la Covid19.

—Pues no. Aprovecharon la coyuntura para evadir impuestos y llevarse el dinero a paraísos fiscales cuando se pudo viajar un poco en verano de 2020. No contentos con eso, prendieron fuego al local de copas que tenían, buscando cobrar el seguro. La compañía sospechó algo raro al revisar el caso.

—Y por eso os contrataron.

—Exacto —afirmó Sofía entrando con Carlota en brazos, que se estaba comiendo una galleta y tenía una segunda firmemente sujeta con su otra mano. Javier le seguía gateando, moviendo el culete envuelto en un pañal de un lado a otro—. Saben que Rosa es la mejor.

La joven se había ganado una fama bien merecida de sagaz sabueso al desvelar el resultado de su investigación sobre el oro desaparecido en España en el trascurso de la Guerra Civil. No había sido fácil, pero consiguió demostrar que la mayor parte había ido a parar a los bolsillos de hombres sin escrúpulos, capaces de sacar beneficios en una lucha entre hermanos. Con tesón, encontró las cuentas secretas en lugares donde la Hacienda española no podía llegar. Desde entonces, los casos con delitos fiscales llegaban en mayor número a la agencia, convirtiéndose en la especialidad de Rosa.

Sofía Valverde seguía encargándose del resto de los casos, aunque procuraba compaginarse con Lucas para que uno de los dos estuviera siempre por las tardes con los niños. Los fines de semana eran sagrados. Estaba prohibido cualquier tema de trabajo en casa de los Gascón Valverde. Un acuerdo al que Sofía y Lucas habían llegado antes del nacimiento de Vega.

El abogado sonrió al ver a su esposa con su hija mediana. Cada día daba gracias al cielo por haberla conocido. No podía concebir su vida sin ella y sus retoños. El apuesto hombre se levantó, cogió a Javier, y dio unos pasos hasta la detective para, a continuación, besarla con

ardor.

—Chicos, conteneos un poco —les riñó Fabi desde su mesa—. Hay niños delante.

El joven era un experto informático que trabaja para Sofía como secretario y ayudante para todo. Su gran amor era Boris, un gigantesco ruso con aspecto de gruñón con malas pulgas que era puro corazón. Entre el fiero hombre de seguridad y el pizpireto Fabi, surgieron unos fuertes sentimientos que ninguno de ellos quiso eludir. La llegada de Samuel al hogar fue el pilar que faltaba en su relación.

—¿Eso es envidia? —preguntó Lucas divertido.

Aquel día, el secretario de su mujer llevaba una camisa de rayas rosas con una corbata de lunares azul oscuro que dañaban la retina. Si iba vestido así, sería porque era «lo más in» del momento. Fabi era un fiel seguidor de la moda que se desesperaba al ver la manera en que su jefa solía ir ataviada. En todos aquellos años trabajando para ella, no había conseguido transformar su estilo casual en algo menos informal y más acorde con su labor profesional. Solo lograba que siguiera sus consejos cuando debía acudir a algún acto con Lucas. Entonces, quería lucir glamurosa y se ponía sin dudar en manos de Fabi.

—Ni una mijita. Mi maridín besa como nadie.

La melodía que anunciaba una llamada entrante en el móvil del abogado interrumpió la conversación. Sofía, ayudada por la niñera, cogió a sus bebés de brazos de su chico y se los llevó al piso de arriba. El descanso se había terminado y tenía que volver a la tarea.

Al bajar, ya no encontró a Lucas. Rosa le informó de que Juan le había pedido que acudiera raudo y veloz a la comisaria.

—Creo que han detenido a Antonio Gómez —comentó la rubia mujer.

—¿El padre de Laura? —inquirió Sofía sorprendida.

—Eso me ha parecido entender.

2. LÁGRIMAS DE COCODRILO

Juan esperaba a su amigo, paseando nervioso por la acera. Había llevado a su hija Marieta a casa con su madre y, de camino, pidió ayuda a su amigo Lucas. Gascón era el mejor abogado que conocía. Confiaba en que todo fuera un error y en pocas horas el detenido fuera puesto en libertad.

—¿Quién es el fiscal? —quiso saber Lucas mientras subían los escalones que daban acceso a la comisaria.

—Raúl Castañeda. ¿Lo conoces?

—Tiene ansias de poder. Si no fuera un caso tan mediático, sería accesible, pero, para desgracia de Antonio, la foto de su detención ya está en todos los medios de comunicación digitales. Ha sido un golpe efectivo. Conociendo a Castañeda, poco le habrá faltado para hacer el arresto en persona.

—El inspector no se dejó manipular. Permitió que el funeral trascurriera con normalidad, pero no pudo evitar hacer su trabajo al final.

Tras identificarse en el control de acceso, entraron a las dependencias policiales. Se encontraron en una sala pintada de gris, con carteles en las paredes con diferentes avisos y recomendaciones.

—Juan, deberías irte —le sugirió Lucas a su amigo. Le gustaba hablar en privado con sus clientes sin la presencia de testigos.

—No, de ningún modo. Él no te conoce tanto como yo y puede sentirse cohibido en tu presencia.

—¡Lo dice el juez que hace llorar a los testigos! —exclamó el abogado divertido por la rotundidad con la que había hablado su amigo. A su lado, en una sala, Juan daba más miedo que un capo de la mafia.

—Eso solo pasó una vez. Y aquel idiota se lo merecía por mentirme.

—Claro, y por eso te llaman «Juan, el juez destructor de testigos».

—Eso fue cosa de Sofía, y tú lo sabes. Le tenía inquina a Cristomo González tras acusarte de robar el diamante blanco[1], y me pidió que fuera duro con él en estrado. No me pareció mala idea teniendo en cuenta que por su culpa secuestraron a vuestro hijo Nando y a ti casi te mata el jeque Abil.

—Pero tendrás que reconocer que la fama de juez severo te ha venido muy bien. En tu sala no se andan con tonterías, ni los abogados ni los fiscales.

—En eso te doy la razón —aseguró Juan sonriendo orgulloso.

—Y por eso mismo es por lo que quiero que te vayas antes de que esto se llene de fotógrafos y periodistas. Si me has llamado, es porque sabes que puedo ayudar a Antonio. Tu labor ha terminado. Debes irte antes de que el circo que se va a montar te salpique.

Aunque Juan seguía dudando, tuvo que reconocer que Lucas estaba en lo cierto. Además, debía volver a los juzgados para una vista a la una.

—De acuerdo —aceptó el juez a regañadientes—. Mantenme informado, por favor.

—Lo haré.

Un policía alertó a los hombres de que en la entrada había una furgoneta de la televisión. Habían sido rápidos en averiguar la comisaria en la que estaba detenido el padre de Laura. Sin duda, había sido cosa del fiscal.

—Será mejor que abandone el edificio por la puerta lateral —le sugirió el agente a Juan—. Venga, le acompaño.

—Gracias. Le sigo.

Gascón vio marchar a su amigo con un gesto de preocupación. Castañeda debía contar con pruebas irrefutables para haberse comportado así. Un paso en falso podía arruinar una carrera intachable en un segundo, sin importar los años que hubiera costado levantarla.

Tras unos minutos más de espera, un policía judicial con un abultado expediente en sus manos se acercó hasta la sala donde el abogado aguardaba. Lucas podía haber pasado a ver a su defendido nada más llegar, pero antes quería averiguar qué tenían contra él. No deseaba darle falsas esperanzas si no las había.

—Buenos días, señor Gascón. Me han informado de que usted es el abogado de Antonio Gómez.

—En efecto. El *señor* Gómez es mi defendido —respondió Lucas, haciendo hincapié de un modo sutil en que su cliente recibiera un trato formal—. ¿Por qué ha sido detenido?

—Tenemos indicios para creer que él es el responsable del asesinato de su hija.

—Quiero verlos —exigió Gascón.

—Tenga —respondió pasándole la carpeta que había traído consigo —. Compruébelo usted. Creo que es padre de cuatro hijos. Le advierto, le pueden causar pesadillas.

Y, diciendo eso, el adusto policía judicial salió de la habitación. El mismo inspector que había detenido horas antes a Antonio, le ofreció su mesa para ver el expediente y aclararle las dudas oportunas.

—Acompáñame. Al menos, estaremos solos y podré ayudarle a entender lo que tiene en sus manos. Hasta donde pueda, claro.

—¿Eso qué significa? —preguntó el abogado tomando asiento en la

silla en la que el policía le invitaba a acomodarse—. ¿Me oculta información o tiene dudas sobre la culpabilidad del padre de Laura?

—¿Off de record? —inquirió el inspector, reclinándose hacia atrás en su asiento.

Lucas observó durante unos segundos a Jorge Lamela antes de responder. Sabía que era un buen investigador. Algunos de sus defendidos habían sido arrestados por él, y nunca había encontrado un fallo en sus argumentaciones y en sus pruebas con el que poder invalidar las detenciones. Era un escrupuloso cumplidor de la ley, que no se la saltaba bajo ningún concepto. Algo que él compartía. Lucas reconocía que, en ocasiones, bordeaba ciertos artículos del código penal a fin de que sus clientes no fueran a prisión o vieran sus penas reducidas, pero nunca permitía que un culpable por delitos de sangre eludiera la cárcel. Si Antonio era el responsable de la muerte de Laura, por muy amigo que fuera de Juan, entre rejas se quedaría.

—Adelante. Mis labios están sellados.

—Lo que le voy a decir no puede contárselo a su amigo el juez. Entre los magistrados hablan y podría meterme en un lio.

—El secreto profesional y la ética me obligan a no desvelar información a terceros, por muy amigos que sean de la víctima.

—Bueno, hay otra situación en la que se puede mantener silencio y un testigo potencial no estaría obligado a declarar ante nadie.

—Ahora me he perdido —afirmó el abogado, confuso. ¿A qué venía aquella extraña afirmación?

—En un matrimonio —comenzó a decir el inspector con cara de inocencia—, una esposa no está obligada a declarar contra su marido y viceversa. Si «por un descuido» deja un dossier en su mesa y su mujer pasa por allí y lo lee, nadie le podría hacer responsable. Si le acusaran de haber desvelado información sobre su cliente, no podrían obligar a «esa persona» a testimoniar.

—Sofía. Está hablando de mi esposa —afirmó Lucas, que intuía lo que Lamela le quería decir. Algo no estaba claro y él no podía hacer nada. Sin embargo, una detective privada, ajena a la comisaría, podría llegar hasta donde él no era capaz o no le permitían.

El inspector asintió con la cabeza en un casi imperceptible gesto. Raúl Castañeda tampoco era santo de su devoción.

—La familia de la madre de Laura es poderosa —comenzó a explicar Lamela—. Tiene amigos influyentes en la altas esferas que saben qué tecla tocar para encauzar la investigación hacia donde les interesa.

—Más bien, hacia quien les interesa.

—¿Qué sabe del divorcio de Antonio Gómez y Cristina Martín?

—Nada, en realidad. Leí en los periódicos que se separaron hace tiempo y que la custodia la tiene la madre.

—Aún no ha trascendido a la prensa, pero algo me dice que no acabará el día sin que sea *vox populi*. Cuando iniciaron los trámites de separación, ella le acusó de malos tratos físicos y psicológicos durante el matrimonio. De hecho, ese fue el principal motivo que alegó para solicitar el divorcio.

—¿Es cierto? —quiso saber Lucas. Juan no le había comentado nada. Si su defendido era un maltratador, renunciaría a ayudarle pese a los ruegos de su amigo.

—No hubo pruebas suficientes que permitieran acusarle de ello. No había partes médicos ni ingresos en urgencias. Era la palabra de ella, apoyada por su familia. Sin embargo, la mera sospecha bastó para lograr una sentencia de divorcio favorable en todos los sentidos hacia la madre de Laura. Quisieron impedir que el padre pudiera ver a la niña, pero no lo lograron. De incumplimiento del régimen de visitas por parte de Cristina Martín sí que hay registro en los juzgados. Sobre todo, durante los primeros años de separación. No le abría la puerta cuando Antonio iba a buscar a Laura, u organizaba un viaje ineludible que, por casualidad, coincidía con el fin de semana que él tenía derecho a estar con su hija.

—Y ahora han argumentado que mi cliente es un hombre violento y que en un arrebato pudo acabar con la vida de Laura.

—Lo sé, es ilógico. A mí tampoco me convence esa hipótesis.

—Si esa hubiera sido su intención, ¿por qué no esperó a que la niña estuviera con él, en lugar de secuestrarla a plena luz del día?

—Según el fiscal, a Antonio le cegó la ira —respondió el inspector —. No me culpe —añadió levantando las manos—. Esta mañana, mi superior me llamó a su despacho y me ordenó que procediera a la detención inmediata de Antonio Gómez. No le voy a negar que, al principio, él formó parte de nuestra línea de investigación. Por desgracia, en la mayor parte de las desapariciones infantiles, el secuestrador es alguien de su entorno familiar más cercano.

—Pero lo descartaron.

—En efecto, a él, a la madre, a sus tíos, a sus abuelos. Hicimos perfiles de todos, y no encontramos nada.

—¿Qué ha cambiado?

—Esto —respondió Jorge mostrándole una foto de una chaqueta azul ensangrentada.

—¿Qué estoy viendo?

—Según la madre de Laura, la niña solía llevar esta chaqueta con el vestido con el que desapareció. Hemos estado buscándola desde entonces. Hace dos noches, una vecina de Antonio estaba paseando con su perro. A la mujer se le olvidó llevar bolsas para las deposiciones del animal, así que no tuvo más remedio que abrir el contenedor y utilizar lo que encontró para recogerlas: unos papeles

que había en una caja de cartón con trastos que Antonio había tirado. Entre ellos, estaba la prenda de vestir de la víctima. Se fue corriendo a casa y nos avisó. Los forenses han hecho los análisis correspondientes.

—Era la sangre de Laura —concluyó Gascón—. Así que mi cliente es un asesino desalmado y tonto que en lugar de deshacerse inmediatamente de una prueba inculpatoria, la tira en su contenedor. ¡Qué oportuno!

—Mi superior cree que Antonio pensó que no la íbamos a encontrar.

—Registrarían su casa cuando Laura desapareció —argumentó Lucas—. ¿No la hallaron entonces?

—En realidad, ese registro nunca se produjo. La coartada del padre para el día del secuestro era irrevocable. Estaba fuera de Basema, en Lucero, reunido con unos clientes. Tenemos testimonios, vídeos de cámaras de seguridad y billetes de viaje que demostraban, sin lugar a dudas, que no estaba en la ciudad. No vimos motivo a alguno para ir a su casa.

—Un cómplice —conjeturó Lucas—. Creen que alguien hizo el trabajo sucio por él. Especulan con que estuvo retenida contra su voluntad en casa de Antonio hasta que él se cansó, o ella hizo algo que le enfureció, y acabó con su vida.

—Esa es la idea. En estos momentos, un equipo está registrando su casa y su despacho en busca de más pruebas. Aunque me parezca una patraña, no puedo descartar una vía de investigación —afirmó el inspector con gesto de impotencia.

—Bien. Ha llegado la hora de hablar con mi defendido —repuso Lucas dando por finalizada la entrevista.

—He pedido que le lleven a una sala de interrogatorios. Esta tarde pasará a disposición judicial y estoy seguro de que esta noche dormirá en prisión.

—No, si puedo evitarlo —negó enfadado Gascón.

*****

Lo primero que pensó Lucas al ver a Antonio fue que aquel hombre parecía llevar sobre sus hombros el peso del mundo. Su piel presentaba un extraño color gris. Varios mechones de pelo negro se adherían a su frente por el sudor. La camisa la llevaba desabrochada, con la chaqueta de su traje oscuro abierta. Desde la última vez que Lucas le vio en un juzgado, debía de haber perdido, al menos, diez kilos.

—Buenos días, soy Lucas Gascón. Juan Castro es mi amigo. Él me ha pedido que sea tu abogado.

¿Le habría oído? Antonio tenía la mirada perdida en algún punto

de la pared de su lado derecho y no daba la impresión de haber escuchado nada de lo que había dicho. Con alivio, vio sus labios despegándose y su cabeza girarse hacia él. Los ojos de aquel demacrado hombre se fijaron en los suyos.

—Sé quién eres. Juan me dijo que te llamaría.

—¿Necesitas agua? ¿Un médico? No tienes buen aspecto.

—He enterrado a mi hija. Unos policías se han presentado en su funeral y me han acusado de haberla asesinado delante de todos mis seres queridos. ¿Cómo quieres que esté?

Lucas no podía imaginarse lo que él haría si alguien hacía daño a sus hijos. Nando, el mayor, no era de su sangre, y aún se despertaba con pesadillas recordando en el estado en que lo había encontrado junto con su primita Marta en aquella carnicería.[2] Por no hablar de cuando su esposa fue secuestrada también.[3]

—Siento mi pregunta. Lamento mucho lo que le ocurrió a tu hija. Te prometo que no solo te ayudaré a salir de prisión, sino que averiguaré quién es el responsable.

—¿Me crees inocente? —inquirió Antonio vislumbrando por fin un rayo de esperanza.

—Juan es mi amigo. Confío en él. Además, las pruebas que poseen contra ti no me parecen concluyentes.

—Nadie me ha explicado nada.

—Una vecina tuya encontró por casualidad en tu contenedor de basura una prenda manchada de sangre que tu mujer asegura que pertenecía a Laura.

—¿Qué? Sé de qué vecina me hablas. Te aseguro que de casualidad tiene poco, es una metiche. La he pillado alguna vez colándose en el jardín y cotilleando por la ventana. ¿Qué prenda es?

—Una chaqueta. Al parecer, estaba entre unos papeles. ¿Te suena de algo?

—He hecho limpieza del garaje el fin de semana. Quiero poner unas estanterías para las cosas del coche y del jardín, en lugar de tenerlo todo amontonado por los rincones. Recuerdo haber tirado un par de cajas con periódicos y revistas atrasados. No vi ninguna chaqueta, pero tampoco las registré a fondo. Me limité a abrirlas, atisbé su contenido, y las deseché. No entiendo qué podía hacer allí ropa de Laura, y mucho menos ensangrentada.

—Aún tienen que demostrar que es sangre de tu hija. Los análisis de ADN no tardan dos días. Se han basado en meros indicios para detenerte. Por lo que sé, han esperado a que te fueras al funeral para registrar tu garaje, y lo de presentarse la policía en el sepelio ha sido de cara a la prensa.

—La familia de mi mujer tiene muchos contactos entre las altas instancias administrativas del país. En mi divorcio alegó que yo la

maltrataba. No pudieron probar nada, pero, aun así, la simple sospecha impidió que aceptaran mi solicitud de custodia compartida.

Lucas no le dijo que ya sabía eso por boca del inspector Lamela. Sin embargo, le gustó ver a su colega de oficio con ganas y fuerzas para defenderse.

—Pueden tenerte detenido un máximo de 72 horas. Luego pasarás a disposición judicial y decidirán si vas a prisión preventiva o te ponen en libertad condicional. Te prometo que conseguiré esto último, pero dudo que pueda evitar que duermas esta noche aquí. Apurarán el plazo alegando que esperan resultados del laboratorio y demás. Tú niégate a declarar sin mi presencia. El inspector que lleva el caso no me ha parecido un mal tipo, del policía judicial no puedo decir lo mismo.

—Se me va a hacer muy largo estar aquí encerrado —afirmó Antonio. Estaba agotado tras las largas horas velando el cuerpo inerte de su hija en el tanatorio.

—Te traeré algún libro esta tarde cuando vuelva. Lamela me ha dicho que tu interrogatorio será sobre las cinco.

Los dos hombres se despidieron con un apretón de manos.

El detenido estaba algo más aliviado después de su charla con el abogado. No iba a dejarse arrastrar por el desánimo y hundirse en una depresión. Su querida Laura no lo hubiera querido. Si Cristina, su madre, pensaba que él era el responsable de los abominables actos, estaría solo en la búsqueda de la verdad. Nada le detendría.

Lucas se marchó, convencido de que la mejor forma de ayudar a Antonio era encontrar al secuestrador y asesino de Laura. Tendría que hacer caso a Jorge y pedir ayuda a Sofía. Como letrado, su labor no era ejercer de policía, sin embargo, ninguna ley podía impedir que alguien lo hiciera por él.

3. SOFÍA

Las comidas familiares en casa de su suegro eran algo que Lucas añoraba cuando debía ausentarse de Basema. El esquivo y serio militar era un excelente conversador con el que se llevaba muy bien. Andrés había visto en su yerno a un hombre capaz de aguantar las locuras de su hija, y un buen padre para su querido Nando.

A Sofía y sus hermanos les divertía ver la forma en la que consentía a sus nietos. Ni a Guillermo, ni a Marcos, ni a la detective les permitió nunca comportarse de la manera en que lo hacían los pequeños.

Nando había sido el único varón en un mundo donde las niñas reinaron hasta la llegada del pequeño Javier. Andrés adoraba contarles anécdotas de su vida profesional. El niño y Marta, la hija de Ana, escuchaban atentos sus historias, jugando con las gorras de los uniformes de su abuelo, que aún guardaba en un armario. Incluso Carlota y Javier, a pesar de ser unos bebés, se dejaban seducir por la cadencia de su voz.

—*Es un encantador de serpientes* —solía susurrarle Sofía a Lucas.

—*¡Chis! ¡Que no te oiga!* —replicaba conteniendo la risa su marido.

El padre de la detective había comprado dos cunitas para que los chiquitines pudieran dormir la siesta, cuando sus progenitores y Nando comían con él. La asistenta que antaño acudía un par de veces por semanas a limpiar la casa, se había vuelto indispensable a diario. Era la forma de tener la comida lista para todos al mediodía y de que el abuelo disfrutara de sus nietos. Algún fin de semana aceptaba la invitación de su hija y su yerno, y pasaba el día en la gran casa en la que vivían en las afueras de la ciudad. Sin embargo, no lo hacía con frecuencia, porque también le gustaba deleitarse con la tranquilidad de su hogar.

Aquel día no fue diferente al resto. Terminada la comida, Sofía y Lucas recogían la cocina y lavaban los platos, mientras Nando le contaba sus aventuras del colegio a su abuelo.

—¿Qué impresión te causó Antonio Gómez? —quiso saber la detective.

—Creo en su inocencia, y no solo porque Juan confíe en él. Hay algo turbio. Incluso el inspector del caso lo sospecha. No está convencido de tener al culpable entre rejas.

—¿Quién es?

Sofía había trabajado como policía durante varios años. Tras la muerte en un accidente de tráfico de su primer marido, el padre de Nando, decidió que su pequeño no podía quedarse desprotegido si le

pasaba algo a ella. Abandonó el cuerpo y fundó su propia agencia de detectives. Nunca se había arrepentido de su decisión. No más turnos extraños que le impidieran ver crecer a sus vástagos. Ella era la que decidía su horario.

—Jorge Lamela.

—Lo conozco de algún curso, pero no llegué a trabajar con él. Estaba destinado en otra ciudad cuando yo formaba parte de la comisaria de Basema. Siempre me pareció un tío sensato. Hablaban bien de él en el cuerpo.

—Me sugirió que dejara el expediente del caso en algún sitio donde, accidentalmente, tú pudieras verlo.

—¿Y a ti qué te parece su idea? —le preguntó Sofía a Lucas a la vez que rodeaba su cintura con sus brazos.

—Si la mujer de Antonio tiene el apoyo de su poderosa e influyente familia, yo puedo contar con la mía también —respondió el abogado acercando sus labios a los de su mujer y besándola con ardor.

Su idea era hablar con su cliente y convencerle de la necesidad de contratar a Sofía. La policía había tenido cuatro meses para encontrar al culpable y había fracasado. Tal vez otros ojos, con un punto de vista nuevo, pudieran lograrlo.

—¡Puagg! ¡Qué asco! Vámonos, abuelo, que mamá y papá ya están haciendo guarrerías —protestó Nando al entrar en la cocina a por una chocolatina seguido por el anciano, que sonrió al escuchar el comentario del chiquillo. En unos años, la situación cambiaría y sería un adolescente Nando el que buscaría los rincones tranquilos para besar a una chica. Los mayores que le rodeaban esperaban que aún tardara mucho tiempo en hacerlo.

—¿A por chuches? —preguntó Sofía poniéndose las manos en la cintura y contemplando con enfado al nieto y al abuelo—. Papá, tu glucosa estaba alta en el último análisis y a ti, pillastre, se te van a caer los dientes.

—¡Mira, mami! —respondió el niño con desparpajo—. Este ya se mueve. Tú avisa al ratoncito Pérez, no se vaya a despistar.

—Yo diría que se te mueven dos —señaló Lucas observando la dentadura de Nando.

—¡Biennnnnnnnnn! Propina doble —declaró feliz—. Mami, no pongas esa cara, se me van a caer igual, qué más da que coma un poquito de chocolate de ese que guarda en el abuelo detrás de las infusiones en la balda de arriba.

—¡Chivato! —gruñó Andrés molesto al ver a su hija subiéndose a una silla para rebuscar donde el pequeño había dicho.

—No te preocupes, abuelo. Te guardo un poco. Mejor eso que nada —cuchicheó el chaval en el oído del anciano en un tono de voz no tan bajo como él creía.

Lucas le hizo un sutil gesto a Sofía para que no dijera nada. Resultaba entrañable ver la complicidad entre dos generaciones separadas por setenta años. De penitencia, Andrés aceptó llevar a Nando al colegio dando un paseo. Sofía les acompañó con los demás niños, y luego se los llevó a casa. Esa tarde era tarea suya cuidar de sus hijos. Su marido recogería, al salir de entrevistarse con Antonio, al mayor, y juntos irían a la urbanización donde vivían. El abogado prefería trabajar allí en lugar de hacerlo en su despacho. Sin las risas de los suyos de fondo, había demasiado silencio para su gusto.

Al llegar a comisaría le condujeron a la sala de interrogatorios donde su cliente le aguardaba. El inspector Jorge Lamela y el policía judicial enviando por el fiscal aparecieron con media hora de retraso. Lucas aprovechó ese tiempo para poner al tanto de sus intenciones a su defendido.

—Me gustaría intentar algo —empezó a explicarle a Antonio—. Tal vez no sea muy ortodoxo y no estés de acuerdo en un principio, sin embargo, estoy seguro de que es la mejor opción.

—Comprenderás que cualquier idea que evite que vaya a prisión y se haga justicia me va a parecer bien.

—¿Te suena el nombre de Sofía Valverde?

—Puede que lo haya oído en alguna parte o leído algo sobre ella en la prensa —respondió confundido Antonio.

—Es una detective privado. Ella descubrió quién robó el diamante blanco de los Lancaster. La mafia rusa y un jeque árabe estaban implicados.

—¡Eso sí que lo recuerdo!

—Si hay alguien capaz de descubrir quién se llevó a tu hija, es ella.

—¿Querrá investigar el caso? —quiso saber, esperanzado, el padre de Laura.

—Estoy seguro de que sí. Es mi mujer.

Su conversación fue interrumpida por la llegada de los dos agentes de la ley. Como era de esperar, resultó una pérdida de tiempo. Antonio no tenía explicación para el hallazgo de la chaqueta manchada, supuestamente, con sangre de la niña. Los análisis de ADN todavía no habían terminado y no se podía afirmar nada ni en un sentido ni en otro.

—¿Cuándo pasará a disposición judicial mi defendido? Es un hombre honorable, conocido en su comunidad. No va a escapar del país. No tiene sentido que le obliguen a permanecer aquí. Solo tienen hipótesis sin fundamento.

—Tendremos pruebas —aseveró el policía que acompañaba al inspector.

—Pero aún no las tienen. Esta detención es del todo improcedente. Exijo la inmediata puesta en libertad de Antonio Gómez o seremos

nosotros los que les acusaremos de arresto improcedente. No nos engañemos, buscaban la foto con la que saldrán las portadas de los periódicos locales mañana. Ya la tienen. Acaben con este circo de una vez.

El inspector bajó la cabeza a fin de que su compañero no viera sus labios apretados. Aquel abogado tenía razón. A primera hora le habían dicho que debía arrestar al padre de la joven, algo que no veía claro ni necesario. Y mucho menos con semejante premura. Cada palabra de Gascón estaba cargada de verdad. Raúl Castañeda, su jefe, le había presionado para que realizase la detención pese a sus reservas.

—Tenemos 72 horas —alegó el enviado del fiscal, removiéndose inquieto en su silla—. El laboratorio tiene tiempo de analizar los residuos y las fibras que hemos encontrado. El juez no le verá antes.

—Le recuerdo que los hallazgos se han realizado en la vivienda de mi cliente. Un lugar que Laura visitaba con frecuencia, por lo que la presencia de sus huellas, cabellos y cualquier otro resto biológico es del todo natural.

—Hemos concluido por hoy —afirmó el policía judicial poniéndose en pie—. Señor Gómez, ahora vendrán por usted para llevarlo a su celda. Espero que descanse, así va acostumbrándose a lo que será su futuro.

Lucas se despidió de Antonio prometiéndole que al día siguiente acudiría con Sofía. En otras ocasiones, la detective había formado parte del equipo de defensa de su marido en calidad de asesora. Con esa argucia podría ver al padre de Laura. No era del todo necesario, pero el abogado sabía que su mujer preferiría ver cara a cara a su cliente a fin de hacerse una idea de a qué se enfrentaban.

Al salir de comisaría, según iba a recoger a Nando, telefoneó a Juan. Al segundo timbrazo, el juez respondió a la llamada.

—Ya estabas tardando —espetó Juan al abogado después de saludarse.

—Quería esperar al interrogatorio. Ha sido a las cinco.

—¿Y bien?

—Está todo cogido por los pelos. Una vecina descubre por casualidad una chaqueta de la víctima que el padre, el presunto asesino, decide echar a la basura justo el día que entierran a su hija.

—Supondrán que, si es culpable, pecó de un exceso de confianza.

—No te voy a engañar. Si la sangre es de la niña, no sé si podré sacarlo bajo fianza. Por lo que he visto y oído, el fiscal no va a mostrar clemencia.

—¿Conoces a la familia de Cristina, la madre de Laura?

—No mucho, pero no te preocupes, mañana tendré todos los datos. Sofía le ha pedido a Fabi que investigue. Cuando se tiene tanto poder, hay trapos sucios escondidos bajo la alfombra.

—¿Sofía? ¿Le has pedido ayuda? —preguntó Juan al escuchar el nombre de la detective.

—Sí. No fue idea mía. Si te digo quién me lo sugirió, no te lo crees.

—Venga, dímelo. Lo estás deseando.

—El inspector Lamela. El encargado del caso.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—Haré todo lo que esté en mi mano por ayudar a tu amigo —le prometió Gascón.

—Cuando Marieta y Laura eran pequeñas, y ni Antonio ni yo nos habíamos divorciado, salíamos los cuatro juntos con las niñas. Fueron buenos tiempos. Comidas, excursiones al campo, viajes a la playa. Primero me separé yo, y Cristina tomó partido por Patricia y, por ende, Antonio. Después, él fue el que se divorció, y nuestros caminos volvieron a encontrarse.

—¿Cómo está Marieta?

—Sigue afectada. En el colegio hay un psicólogo para los niños que lo necesiten. Patricia piensa que eso es suficiente. Yo creo que hablar con alguien ajeno a su entorno le haría bien.

—¿Y tus otros hijos? ¿Juan y Natalia?

—Ellos son más pequeños. Tienen diez y ocho años. Sus amigos son compañeros de clase o del equipo de fútbol, en el caso de Juan. No se relacionaban con Laura más que lo indispensable. Marieta y ella los veían como unos críos. No les prestaban atención. En cierto modo, es lo que les pasa a ellos dos con tus hijos menores.

—Eso lo cura el tiempo. En unos años, puede que formen pandilla y pasen de sus padres por ser unos viejos carcamales.

Los dos amigos se despidieron riendo. Había sido un día largo. Ambos hombres estaban deseando llegar a casa y dejar que el agua caliente de una buena ducha destensara su espalda.

4. MARIETA

El análisis del ADN fue concluyente: la sangre de la chaqueta hallada en el contenedor de basura era de Laura. El fiscal convenció al juez de que a Antonio Gómez no se le debía conceder la libertad bajo fianza dada la gravedad del delito y la alta posibilidad de fuga. De nada valieron los argumentos presentados por Lucas a favor de su defendido, la decisión estaba tomada antes de que hubiese pasado a disposición judicial.

—Es solo un contratiempo. Tranquilo —le dijo el abogado a su cliente antes de que subiera al furgón policial que le conduciría a prisión—. Sofía ya está investigando.

No le quiso preocupar explicándole que, salvo lo adjuntado al expediente que el inspector Lamela le había facilitado, no tenían más datos. No habían logrado que el juez diera permiso para que un laboratorio externo realizara un segundo análisis de los restos recogidos al producirse el hallazgo del vestido azul a la orilla del río. La detective debía empezar desde cero con sus pesquisas.

Lo primero que hizo fue ponerse en contacto con Marta y María, las dos amigas que habían encontrado la tela enterrada en la arena. Algo reticentes, accedieron a su petición de verse en persona en una cafetería.

—Gracias por venir —les dijo Sofía nada más reunirse con ellas. Como siempre, se había entretenido y llegaba tarde a su cita. Si Fabi no le hubiera metido prisa, en lugar de un cuarto de hora, habría sido una hora. No sabía qué hacía, pero el tiempo se le escurría entre los dedos sin remedio.

—No sé por qué quiere hablar con nosotras. Ya le contamos todo a la policía —afirmó Marta dando un sorbo a su café.

—Además, han detenido al padre —añadió María—. Un horror pensar que haya podido matar a su hija. Se me pone la piel de gallina.

—Trabajo para la defensa de Antonio —explicó Sofía, que prefería ser sincera con ellas, sin entrar en detalles de su relación con Lucas—. Queremos revisar las pruebas por si hay algún detalle que haya pasado desapercibido hasta ahora.

La detective les pidió que le relataran la manera en la que habían encontrado el vestido. Ellas se lo contaron con tranquilidad y algo de aburrimiento. Al principio, fue emocionante. Sus familiares y sus amigos escuchaban asombrados su relato. Después de repetir la historia tantas veces, empezaban a pensar que casi hubiera sido mejor que otra persona lo descubriera.

—¿Y no hicisteis una foto? —les preguntó Sofía. Había decidido

tutearlas tras las presentaciones para que se relajaran y lograr una mayor confianza con ellas—. No os estoy juzgando —añadió al notar el rubor cubriendo las mejillas de Marta. Si la mujer tenía alguna imagen en su poder, tenía que conseguir que se la dejara ver—. Hoy en día, todos somos fotógrafos improvisados. Es muy fácil sacar el móvil y tomar una instantánea en un segundo.

Marta miró a María y esta le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Se lo dirá a la policía? —inquirió temerosa Marta. Le había pesado en su conciencia haber tomado aquellas imágenes. Más de una vez había pensado en borrarlas, pero algo le impedía hacerlo.

—No. Quedará entre nosotras. ¿Las tienes ahí? ¿Puedo verlas?

Marta desbloqueó la pantalla de su teléfono y accedió a la galería de instantáneas. Las había guardado en una carpeta separadas del resto, como si, de alguna manera, la maldad implícita en ellas pudiera contaminar a las personas que salían retratadas en sus otras fotografías.

—Son estas. Hice cuatro.

La joven fue deslizando su índice por la pantalla táctil del móvil y Sofía pudo apreciar el vestido asomando entre el barro. Tuvo que contenerse para no dar saltos de alegría. Esas capturas habían sido hechas antes de que una marabunta de técnicos, policías, forenses y curiosos irrumpiera en escena.

—¿Podrías enviármelas por email a la dirección de correo electrónico que te acabo de enviar por WhatsApp? De esa manera, tendrán más calidad. Por mensajería instantánea, las aplicaciones comprimen los archivos restando nitidez.

—De acuerdo —respondió Marta aliviada. Si aquello era todo, había sido sencillo aligerar su conciencia.

Sin dejar de teclear mientras hablaba, Sofía avisó a Fabi de que iba a recibir unas imágenes que tendría que tratar con alguno de sus mágicos programas. Si allí había algo que pudiera conducir hacia otro lado la investigación, lo hallarían.

—Tenéis mi número. Estoy segura de que es un sitio por el que soléis salir a caminar. Veréis a decenas de personas cada día, pero si hay alguien que atraiga vuestra atención, o viene a vuestra memoria algún detalle por insignificante que sea, llamadme sin dudar.

Las dos amigas asintieron y se despidieron de la detective. Sofía recordaba la época en la que ella y Fernando, el padre de Nando, hacían deporte juntos cada mañana. Ahora, su ejercicio diario consistía en correr detrás de Carlota, que aprovechaba el menor descuido para escabullirse por cualquier rincón. Lucas había aprendido que más le valía guardar copias de su trabajo en el ordenador y en la nube. Varias veces había tenido que volver a

imprimir una documentación que necesitaba en un juicio, porque, al sacarla de su maletín, se la había encontrado decorada con algún dibujo de su hija. Tenía papel y pinturas a su alcance en su cuarto de juegos, en el salón e incluso en la cocina, pero, sin duda, los documentos de su padre eran mucho más interesantes.

Al llegar a su oficina, Fabi había conseguido aumentar varias veces la tela azul con flores rosa que constituía el vestido de la fallecida Laura.

—¿Has encontrado algo?

—Aún no. Se las he enviado a Ricardo. Su opinión, desde el punto de vista forense, puede ser útil.

El hombre que había mencionado el secretario de Sofía era un antiguo miembro de la científica que la detective conoció cuando estaba en el cuerpo. Se jubiló por obligación, no por deseo. Seguía asesorando a la detective cuando ella requería su ayuda, e incluso, de forma extraoficial, algún forense le pedía una segunda opinión en un caso abierto.

Deseaba ayudar a Antonio. Su intuición le decía que era inocente. Juan y su marido compartían su opinión. Sin embargo, las pruebas y los turbios aspectos que rodeaban la desaparición y posterior muerte de Laura indicaban lo contrario.

Pensativa, arrastró su silla hasta colocarse detrás de Fabi. Quería ver lo que el joven informático iba haciendo.

—¿Por qué no te vas a tu despacho? Luego te las paso y las ves con calma en tu ordenador.

—Aquí estoy bien —alegó la detective, estirando las piernas.

—No puedo trabajar con tu respiración en mi cogote. Me distraes.

—Si no sería demasiado fácil para ti, así le damos más vidilla al asunto.

Fabi se calló la contestación que estaba a punto de brotar de sus labios. Si decía lo que pensaba, luego Boris lo sabría y le acusaría de no guardarle el debido respeto a su jefa. Esa tarde estaban los dos solos en la agencia. Su marido había acompañado a Rosa a hablar con un par de personas. Lo que prometían ser unas horas vespertinas, sin agobios, víspera del fin de semana, se habían convertido en una tortura. Se sentía igual de nervioso que un alumno con el profesor observando sus respuestas en un examen por encima de su hombro.

—¡Espera! Vuelve a la anterior —le pidió Sofía con urgencia.

El informático hizo lo que la detective le pedía y, al no ser capar de ver lo que ella veía en la pantalla, se volvió para observarla. Ahí estaba esa mirada. Aquel brillo especial en sus verdes ojos. Una sonrisa de triunfo en sus labios. Había encontrado algo.

—Sofi, cuéntamelo. Lo estás deseando —le pidió Fabi apretando las manos contra sus rodillas. Si no le explicaba lo que ocurría, iban a

tener más que palabras. No podría acusarlo de nada. Él, el rey del cotilleo, tenía que saber lo que surcaba la mente de la mujer sentada a su lado.

—No hay sangre. Laura murió estrangulada, después de ser violada y apuñalada catorce veces en pecho y abdomen. La chaqueta que ha llevado a su padre a la cárcel tenía varias manchas. Y ese vestido no tiene ni una gota.

—Será que, al estar sumergida en el río durante estos meses, el agua la ha disuelto.

—Imposible. Tienes a Samuel. Se habrá caído varias veces causándose heridas. Te habrá tocado lavar pantalones y camisetas más de una vez.

—Bueno, en realidad, la colada en cosa de Boris —argumentó Fabi sin inmutarse.

—Eso es cierto. Este adonis ni se plancha la ropa —bramó una voz masculina con un ligero acento ruso desde la entrada de la agencia, coreada por una fresca risa femenina.

—Yo me encargo de otras cosas —alegó el informático—. La compra, la limpieza, las tareas del cole de Samuel...

—Los dibujos los tiene que hacer él, no tú —respondió Boris—. He tenido que comprar dos juegos de pinturas y rotuladores porque se pelean por ellos. Ambos quieren el mismo color a la vez —añadió el ruso poniendo los ojos en blanco.

—Pues, si lavaras la ropa de tu hijo —continuó Sofía ajena a las pullas que se lanzaban los dos hombres—, sabrías que las manchas de sangre no se quitan solo con agua. Hace falta jabón o un blanqueante.

—Cuando estaba en el ejército, nos dejábamos los puños frotando los restos resecos del uniforme —corroboró el ruso.

—Si observáis las fotos, el vestido está limpio —argumentó Sofía—. Sé que la hipótesis es que el secuestrador la desnudó para abusar de ella y después la volvió a vestir.

—La autopsia reveló restos de sangre seca en la piel de la víctima, que un posterior análisis confirmó que era de la propia Laura —añadió Rosa consultando el informe forense—. La vistió tras asesinarla, pero no acto seguido.

—Me inclino a pensar que se masturbó viéndola morir, o que tomó fotos del cadáver para luego contemplarlas —dijo Sofía lanzando una hipótesis al aire.

—Eso es muy retorcido, jefa.

—He visto cosas peores en la guerra, Fabi —respondió Boris.

—Por tanto, la chaqueta tampoco debería estar manchada de sangre y, según veis en esta foto del expediente, hay bastante —conjeturó la detective—. Incluso parece que hubieran tratado de cortar una hemorragia con ella.

—No tiene sentido —negó Rosa.

—Ninguno.

Esa tarde, los niños estaban al cargo de Lucas. A ninguno de los dos les gustaba hablar de trabajo delante de ellos, y menos de un tema tan escabroso como la violación y el estrangulamiento de una niña, así que Sofía aguardó a que los pequeños estuvieran acostados. Más tarde, con una taza de infusión caliente, tumbada en el sofá, mientras Lucas le daba un agradable masaje en los pies, le contó sus hallazgos.

—Si estás en lo cierto, ¿cómo llegó la chaqueta a casa de Antonio? —inquirió el atractivo moreno sin dejar de acariciar la suave piel de su mujer.

—O bien el verdadero asesino la dejó después para que el padre de Laura fuera inculpado, o esa chaqueta ha estado allí siempre y la sangre que hay en ella no tiene que ver con el secuestro.

—Mi defendido desconocía que esa prenda estaba entre sus cosas, así que tampoco sabe el origen de la sangre.

—Bueno, puede tener una explicación razonable. Hay temas de los que un adolescente no habla con sus progenitores, y sí con una amiga.

—¡Marieta! —exclamó Lucas comprendiendo lo que la detective quería decirle.

—Has invitado a Juan y a Diego a ver el partido y, por lo que dijiste, el juez vendrá con sus tres hijos.

—Sí, no protestan cuando vienen. Se lo pasan en grande jugando con Nando y Carlota. Si les preguntas, dicen que nuestra niña es muy pequeña, pero pronto se les olvida y la sabandija acaba dirigiendo a los mayores—rio Lucas.

—Natalia y Nando solo se llevan unos meses —calculó Sofía—. La última vez tenías que haber visto a Juanito explicándole a Carlota los ruidos que hacían los animales de una granja mientras leían un cuento de ella.

—Voy a tener que hablar seriamente con su padre —aseguró el abogado, medio en broma, medio en serio—. Se empieza con un cuento y se termina enrollándose bajo un árbol del jardín. Es pronto para convertirnos en consuegros.

—Eso es lo que hacemos tú y yo —respondió la mujer picarona, lamentando que la noche fuese tan fría. La última vez que ella y Lucas tuvieron sexo bajo las estrellas fue apoteósico—. De momento, el pequeño Juan se tiene que conformar con los besos babosos de Carlota.

—Hablando de besos...

Lucas no dijo más. Dejó que las palabras dieran paso a los actos y, cogiendo en brazos a su mujer, la llevó hasta su habitación. No era cuestión de desaprovechar las dos horas de tranquilidad que tendrían antes de que Vega se despertara pidiendo un biberón.

*****

Marieta iba en el asiento del copilo del coche de su padre, en silencio. Sus hermanos, atrás, peleaban en sus sillas por ver quién elegía los dibujos en la pantalla que los respaldos llevaban incorporadas. Con esos dos era difícil disfrutar de un minuto de tranquilidad.

—Rosa también estará —comentó el juez.

La pareja de Diego era un encanto de mujer que lograba hacer reír a su hija siempre que la veía. Sofía y ella eran maravillosas. Sabían tratar a su adolescente primogénita como a una amiga, logrando que les contara cosas que ni él ni su madre conocían. Ese sábado tenía la secreta esperanza de que con ellas se abriera y dejara salir la pena que la embargaba desde que su amiga había desparecido. Era su última opción. Si aquello no funcionaba, le pediría cita con un psicólogo, aunque su exmujer no quisiera. El del colegio no estaba preparado para temas así.

Sofía salió a recibirles con Javier adosado a su cadera con un biberón en la mano. Carlota reía al fondo mientras Diego la levantaba en alto ante la atenta mirada de Rosa. Estaba seguro de que aquellos dos no tardarían en ser padres, puede que, incluso, antes de casarse. Diego afirmaba que se lo pedía cada noche y que ella siempre rehusaba.

—Hola, chicos. ¡Qué bien que hayáis llegado ya! Nando tiene un nuevo juego para la PlayStation que está deseando probar, y ni Lucas ni yo sabemos cómo se juega.

—Nosotros le enseñamos —aseguró Natalia dando un par de besos a Sofía y al bebé a la vez que tiraba de su hermano Juan hacia el salón, donde su amigo les aguardaba.

Los dos pequeños terremotos corrieron esquivando a los adultos, que apenas alcanzaron a revolverles el pelo al pasar. Marieta continuaba en la puerta, algo rezagada. A veces se sentía algo desubicada. No era una mujer, pero tampoco era una cría para revolcarse por el suelo.

—Menos mal que has venido, Marieta —le dijo Rosa dándole un abrazo. Sofía se unió a la pareja, fundiéndose con ella, pasándole el bebé a Juan.

—Dejadme respirar —pidió la hija mayor del juez entre risas.

—Tengo un problema —anunció la detective tomando las manos de la adolescente entre las suyas—. Me he comprado dos camisetas. Fabi asegura que no puedo ir con ellas a trabajar. Yo creo que con vaqueros quedan genial, pero me ha dicho que no se me ocurra aparecer así por la agencia.

—Es que unos flamencos rosas son poco serios para una detective privado de prestigio —comentó Rosa poniendo los ojos en blanco. En

cuanto a su vestimenta en la oficina, estaba cien por cien de acuerdo con Fabi: era un desastre.

En realidad, Sofía le había pedido a Rosa que, antes de ir a su casa, le comprara algo de ropa a la jovencita. Fingirían que era para la detective, pero que no le quedaba bien, y, por tanto, Marieta le haría un favor quedándosela ella. La avispada investigadora conocía la debilidad de la chiquilla por los flamencos. No podría resistirse.

—Vale, os acompaño —respondió la hija de Juan con genuina curiosidad.

En la habitación del matrimonio, la dueña de la casa extrajo las camisetas de la bolsa de papel, mirándolas con pena. Eran monísimas. Quizás antes le hubieran valido, pero con los senos llenos de leche por un bebé que aún lactaba, su talla de pecho había aumentado. Las prendas le quedaban justas.

—¿Ves lo que te decía? —le comentó Rosa a Marieta, que a duras penas podía contener la risa.

Las tres mujeres se carcajearon un buen rato. Al final, Sofía le «cedió» las camisetas a la niña, que, contenta, las dobló para llevárselas a casa. Estaba deseando estrenar una el lunes. Sus compañeras de clases iban a querer otra igual. A su amiga Laura le hubieran encantado. El recuerdo de su querida hermana putativa le entristeció.

—Cariño, ¿estás bien? —le preguntó con ternura Sofía pasando un brazo por sus hombros y atrayéndola hacia su cuerpo.

—Duele perder a un ser querido —afirmó Rosa—. Poco a poco la pena se lleva mejor. No es que los olvides o deje de doler, pero la angustia se mitiga. Las lágrimas se transforman en añoranza.

—Es que —balbuceó Marieta—, si yo no hubiera estado mala, ella estaría viva.

—Escúchame —le pidió Sofía haciendo que los enrojecidos ojos de la chiquilla se fijaran en los suyos—. El único responsable es el malnacido que la secuestró. Aún no sabemos si fue algo casual o iba tras ella. En ese caso, habría aguardado a que estuviera a solas en otro momento para llevársela.

—O si ese día hubierais vuelto del colegio las dos, tal vez estaríamos lamentando tu falta también —añadió Rosa abrazándola—. Hay algo que no sabes y que te va a gustar.

—¿Qué? —sollozó Marieta.

—Tu tío Lucas es el abogado del padre de Laura, y yo, mejor dicho —afirmó Sofía sonriendo a Rosa—, nosotras, Fabi y Boris, vamos a investigar el secuestro de tu amiga y encontrar al que lo hizo.

—Yo creo que Antonio no fue. Era un buen padre para Laura. Ella siempre lo decía —dijo entre lágrimas la niña.

—Eso nos ha dicho tu papá. Erais muy amigas, ¿verdad? —le

preguntó Rosa.

—Las mejores. La echo mucho de menos.

—Tendrás otras. No reemplazarán el lugar que ocupa Laura en tu corazón, pero serán buenas amigas también.

—Hay dos compañeras de clase con las que nos llevábamos bien —admitió la jovencita—, y ahora salimos juntas, tía Sofía.

—Me alegro. Ya sabes que si quieres hacer cosas de chicas o contarnos algún secreto, ni tu tía Rosa ni yo le diremos nada a nadie. ¿Algún noviete?

La detective quería que Marieta se sintiera cómoda y relajada. Necesitaba recabar una serie de datos y estaba segura de que un intercambio de confidencias sería más fructífero que un interrogatorio.

—No —negó ruborizándose sin poder remediarlo. Las dos mujeres se dieron cuenta de ello y sonrieron con indulgencia.

—No sé yo. Pones la misma cara que tu tía Rosa cuando le preguntaba por tu tío Diego.

—Es que, al principio, cuando no estás segura de hacia dónde va la relación, no te gusta dar datos y luego parecer una tonta si él no está interesado en ti.

—Yo creo que sí lo está —confesó la jovencita—. Es un niño de la otra clase.

—Cuenta, cuenta —le instó la detective dando palmas.

—Ni una palabra a mis padres —les recordó a las dos mujeres.

Ellas mostraron su conformidad, pero ambas sabían que iban a investigar al muchachito y a su familia a fondo. Marieta era su sobrina, y no iban a permitir que cualquiera se acercara a ella. No se lo dirían a Juan, pero contaban con Boris para darle un susto al presunto Romeo si fuese necesario.

—¿Cómo es? —inquirió Rosa.

—Es alto, rubio, con los ojos azules. Juega en el equipo de baloncesto del colegio. Yo estoy en el de chicas. A veces coinciden nuestros entrenamientos y hablamos en los descansos. Saca buenas notas porque sus padres le han dicho lo mismo que los míos, que si bajo del siete se acabó el deporte. Se llama Ángel.

Sofía sonrió con orgullo. Marieta siempre había sido una estudiante aplicada que deseaba seguir los pasos de su padre y de Lucas y estudiar derecho. Los dos hombres habían acordado que, cuando estuviera en bachillerato, podría hacer unas prácticas en verano en el bufete del abogado para ver el ambiente e incluso ir a algún juicio. Así confirmaría su decisión.

—¿Laura también estaba en el equipo? —preguntó la detective.

—Sí. Aunque no se le daba muy bien.

—¿Había algún chico que le gustara?

—A las dos nos gustaba Ángel. Sin embargo, era conmigo con

quien hablaba. Otro chico del equipo estaba tras ella, pero Laura no le hacía caso.

—Suele pasar —comentó Rosa provocando las risas de sus compañeras.

—Normalmente vais con vaqueros y chándal al colegio. ¿Por qué llevaba Laura un vestido ese día? —quiso saber Sofía, que creía que había llegado el momento de orientar las preguntas hacia donde querían.

—Se lo ponía con leggins. Ya se le había quedado corto y casi era más una camisola larga. Le gustaba y le quedaba gracioso con la cazadora de cuero.

—¿No se lo ponía con la chaqueta azul de lana?

—Ya no, tía Sofí. Tenía más pecho que yo. Se le quedó estrecha, además, hace tiempo que la tiró.

—¿Cómo lo sabes?

La urgencia con la que la detective le había cuestionado asustó a la joven, que se quedó callada mirando a la mujer.

—Es importante, cielo. ¿Qué pasó con esa prenda?

—Si te lo digo, tampoco se lo puedes contar a mi padre. Se enfadaría.

—Claro, no te preocupes —respondió Rosa confusa. ¿Qué pasaba con esa rebeca? ¿Cuál era el misterio?

—Fue una tarde de principios de curso. No teníamos deberes y salimos a dar una vuelta. Cuando nos cansamos, fuimos a casa del padre de Laura. Él no estaba. Teníamos sed. En la nevera no había refrescos, pero encontramos otra cosa.

—Continúa, cielo —la instó Sofía.

—Había latas de cerveza. Alguna vez habíamos dado un sorbo, pero nunca habíamos bebido una entera. Cogimos una cada una y nos fuimos al garaje.

—¿Por qué allí?

—No hay ventanas. Tiene una vecina súper cotilla que siempre estaba curioseando tras los cristales. No queríamos que nos pillara y luego se chivara a su padre.

—Te entiendo —aseguró Sofía recordando la manera en que ella y sus hermanos se atiborraban a caramelos de menta al volver a casa, a fin de que su progenitor no pudiera oler el alcohol ni el tabaco.

—El caso es que la arandela de la lata de Laura se atoró y al tirar se rompió, ocasionándole un buen corte en el dedo. Se lo enrolló con la chaqueta. La tenía allí, en una caja, porque ya no se la ponía. Era gruesa. Empapó bien la sangre. Luego le puse una tirita y les dijimos a todos que se había herido con un alambre al pasar por una valla.

—¿Qué hicisteis con la chaqueta luego?

—La volvimos a poner en la caja, pero más abajo, escondida entre

unas revistas. Laura sabía que estaban allí para tirarlas. Su padre se lo había dicho.

Las dos mujeres se miraron satisfechas. Aquello lo cambiaba todo. Era la explicación a la presencia de sangre de la niña en la prenda. El único problema iba a ser que Marieta iba a tener que confesar su pequeña fechoría no solo ante su padre. Debían convencerla de que lo hiciera por muy asustada que estuviera. Era la única posibilidad de que Antonio saliera de la cárcel libre de cargos.

—Cariño, hay una cosa que vas a tener que hacer y no te va a gustar —afirmó Sofía cogiendo una mano de la niña.

—Estaremos a tu lado.

La adolescente observó los rostros de las dos mujeres y tragó saliva. Se había metido en un lío por confiar en ellas. Solo esperaba que no fuera muy grande.

5. CONFESIONES

Rosa y Diego se encargaron de distraer a los más pequeños de la reunión, a fin de dejar que Sofía y Marieta hablaran con el padre de la niña y el marido de la detective. No iba a ser una conversación distendida. Los ojos rojos de la hija mayor de Juan, junto con el pañuelo retorcido en sus manos, indicaban que se enfrentaba a un mal rato.

—Estaremos a tu lado en cada paso. No te vamos a dejar sola ni un instante —le prometieron las dos mujeres al salir del dormitorio de la dueña de la casa y dirigirse al salón.

Lucas miraba a Sofía sin entender nada, no obstante, intuía en sus gestos y en su tranquilidad que lo que tuvieran que decirle le iba a gustar. Solo lamentaba que Marieta fuera a sufrir. Por el rabillo del ojo observaba a su amigo. Juan estaba preocupado por su hija. Sus labios se fruncían con seriedad.

—Marieta nos ha contado lo que ocurrió con la chaqueta —empezó a explicar la detective tomando una mano de la jovencita entre las suyas. La niña se había sentado en el sofá, flanqueada por las dos mujeres. Juan y Lucas ocupaban unos sillones enfrente de ellas—. Enseguida sabréis de qué se trata, pero, ante todo, Juan, recuerda que tú también fuiste un adolescente con ganas de probar cosas, especialmente las que te prohibían tus padres.

La niña repitió lo que antes narró a sus tías. A medida que escuchaba sus palabras, Lucas planeaba las etapas a seguir para lograr la excarcelación de Antonio. El testimonio de Marieta suponía su libertad.

—Así que una lata de cerveza —repitió Juan arqueando la ceja.

—Sí, papá.

—¿Y te gustó?

—No mucho. Es muy amarga —respondió su hija arrugando la nariz.

—Ya. Eso cambiará con el tiempo, pero, hasta que no tengas dieciocho años, no volverás a probarla. ¿Está claro?

Sofía sacudió la cabeza, negando la propuesta de Juan. Marieta podía prometer cualquier cosa en ese instante, si bien, estaba segura de que, antes de que lo que el juez suponía, la niña probaría la bebida de cebada en alguna fiesta con sus amigos.

Acordaron que el lunes Lucas hablaría primero con el inspector Lamela. Jorge sería más accesible que el fiscal. Después, Marieta debería declarar. Tanto el abogado como su padre iban a hacer lo que estuviera en su mano para que solo tuviera que hacerlo una vez, a ser

posible a puerta cerrada en el despacho del magistrado encargado del caso. No sería fácil. Pero lo lograrían.

*****

Con la oposición del fiscal Castañeda, que tuvo que ceder ante el frente unido que formaron Lucas, Jorge y el policía judicial que se sentía utilizado por sus superiores, el martes a las once de la mañana quedó fijado un encuentro privado entre el juez y Marieta. Sofía no obtuvo permiso para estar presente, pero, fiel a su promesa, aguardó en la antesala con Rosa a que la declaración terminara. De ese modo hacían compañía a Patricia, la exmujer de Juan, que estaba más nerviosa aún que su hija.

—Sabes que una menor no puede beber alcohol, ¿verdad? —le preguntó el magistrado a la niña. Él tenía dos gemelos de la misma edad. Estaba claro que había llegado el momento de tener una charla con ellos.

—Sí, señor.

—¿El corte fue muy profundo?

—Bastante —respondió la hija de Juan—. Esa noche se le abrió durmiendo y su madre tuvo que llevarla al día siguiente al centro de salud. Le dieron dos puntos. Tenía miedo de que le quedara cicatriz. No parecía que fuera a ser el caso. Aunque ya no importa.

Una lágrima rodó por la mejilla de Marieta al recordar a su amiga. Su padre le acarició el brazo con afecto. Estaba siendo muy valiente. Ni él ni Patricia la habían reñido demasiado por beber. Las inesperadas consecuencias que ese hecho había tenido iban a dejarla marcada de por vida. Tardaría en volver a sentir la tentación de llevarse una cerveza a los labios.

—¿Tenemos constancia de ese hecho? —le preguntó el juez al fiscal.

—No, señoría.

—Pidan un informe al centro de salud que corrobore que Laura Gómez fue atendida ese día por un corte en el dedo. Espero tenerlo esta tarde en mi mesa.

—¡Es poco tiempo! —protestó el fiscal.

—Cuando quiso obtener los resultados de ADN para enviar a prisión al padre de la víctima, me consta que supo acelerar los trámites. Seguro que hoy puede ser igual de diligente.

El tono velado de amenaza en las palabras del magistrado no pasó desapercibido a los presentes. Aquello confirmaba sus sospechas de que las presiones de la familia de Cristina, la madre de Laura, habían recaído sobre el fiscal, inclinando la balanza en perjuicio de Antonio. Juan se alegró de comprobar que su colega seguía siendo un firme cumplidor de la ley. Odiaba pensar que un compañero de profesión

pudiera dejarse influir por la tentación del dinero o del poder a la hora de dictar sentencia en su sala.

—Mañana a las diez y media quiero que venga la madre de la niña. Deberá corroborar los hechos y explicar por qué no dijo nada.

Aunque a Lucas le fastidiara reconocerlo, no creía que Cristina hubiera ocultado a propósito el corte en el dedo de su hija. Desconocía que la niña no se ponía la chaqueta, y mucho menos que había servido como improvisada gasa para taponar la herida. Por experiencia, había descubierto que los críos eran unos linces a la hora de ocultar sus travesuras a los padres. Él encontró, detrás de un libro en su despacho, varios envoltorios de chocolatinas que Nando y su prima Marta se comieron a escondidas. En su inocencia, creían que nunca serían pillados. El abogado averiguó lo que había pasado cuando recordó que, dos noches antes, su hijo mayor, inexplicablemente, tuvo un fuerte dolor de barriga. Le hizo prometer que, si quería chocolate, se lo pediría a uno de sus padres. Sin embargo, Lucas sabía que, con una madre igual de golosa que el niño, la reprimenda había sido un gasto inútil de saliva.

Juan le pidió a Patricia, al salir del despacho del juez, que llevara a Marieta al colegio. Su exmujer opinaba que era mejor que aquel día no fuera a clase ya, pero él no estaba de acuerdo.

—Necesita normalidad y eso se lo da la rutina. Estar con sus compañeros, tomar nota de los deberes, escuchar a los profesores.

—No sé, Juan. Ha sido un día duro, creo que en casa conmigo estaría más tranquila. El psicólogo del colegio dice…

—Patricia, con todos mis respetos hacia ese hombre y su profesión, estas circunstancias le vienen grandes —afirmó Juan, que estaba harto de decirle a su ex que lo más adecuado sería llevar a Marieta a un psicólogo externo al colegio y ajeno a cuanto le rodeaba, que viera la situación con perspectiva—. No dudo que en otras situaciones el terapeuta del centro escolar sea bueno en su trabajo, pero ahora no lo es. No me parece capaz de orientar a nadie que ha perdido a su mejor amiga de una forma tan cruel.

—Mamá, yo quiero ir a clase —intervino Marieta, que odiaba escuchar a sus padres discutir—. A última hora tengo examen de matemáticas y he estudiado mucho. No quiero perdérmelo. El profesor no lo repite.

—Está bien —accedió Patricia sabiendo que tenía una conversación pendiente con el juez—. Vamos.

Juan observó a Marieta yéndose con su exmujer. Sofía y Rosa se despidieron de él y de Lucas. Debían regresar a la agencia. El abogado debía quedarse allí porque tenía otra vista en otro tribunal.

—Tu hija está dejando de ser una niña —le dijo la detective al amigo de su marido antes de irse—. Va ser una joven madura e

inteligente. Lo ocurrido con su amiga la ha cambiado, y lo ha hecho para bien.

—¡Ojalá!

Al llegar a la oficina descubrieron que les aguardaba una visita. Un hombre de pelo canoso charlaba de forma distendida con Fabi y Boris. Era Ricardo, el antiguo forense y colaborador ocasional de Sofía.

—¡Hola! Me alegro mucho de verte —aseguró la detective abrazando al hombre al que apreciaba como a uno más de su familia —. No esperaba que vinieras en persona.

—Mi gente está analizando las fotos y las muestras que nos enviasteis. El inspector Jorge Lamela y el tipo de la policía judicial se han vuelto muy serviciales desde que Marieta habló con ellos.

—Han metido la pata y lo saben —argumentó Rosa—. Les interesa aclarar las cosas si no quieren recibir un aluvión de peticiones de revisión de sentencias por pruebas de dudosa procedencia.

—El juez del caso me ha parecido sensato a tenor de lo que me ha contado Lucas. Dudo que deje que Cristina y sus poderosos parientes interfieran más en la investigación.

—En cuanto a eso —intervino Ricardo removiéndose inquieto en su silla—, creo que tengo algo que puede ayudaros. Quizás tengáis que hablar después con Jorge.

Sofía se sentó en la mesa de Fabi, y Rosa ocupó la otra silla libre de la recepción. No tenían a nadie citado. Podían quedarse todos allí para escuchar lo que el forense jubilado tenía que contarles.

—Cuando leí acerca de la desaparición de Laura en la prensa no me di cuenta. Por desgracia, no es la primera vez que ocurre un hecho así, ni será la última. Hay mucho desgraciado suelto en este mundo.

—Demasiados —asintió Rosa pesarosa.

—Después supe que había sido encontrado su cadáver y me olvidé de ello. Confieso que creí que el padre era el responsable al leerlo en la prensa. Es increíble que un hombre piense que la mejor forma de vengarse de su expareja porque esta tenga un nuevo novio o porque se le cruzan los cables sea matando a sus propios hijos. ¡A alguien de su propia sangre!

—Y aunque no lo fuera, Ricardo —afirmó Fabi—. Si tocan un pelo de la cabecita de mi Samuel, me lo cargo.

Boris asintió. Su marido, el joven informático, se convertía en un guerrero feroz en lo que concernía a su hijo adoptado. Cuando un niño le insultó en el colegio, tuvo que ir él a hablar con los otros padres y la profesora, porque el secretario de Sofía estaba fuera de sí. Resultó que había sido una disputa por un balón y ahora los dos eran tan amigos. Sin embargo, la sombra de un posible *bullying* flotó en el ambiente durante un tiempo.

—Entonces, Lucas se hizo cargo de la defensa del padre de Laura, y

vosotros me enviasteis las fotos. Algo hizo clic en mi cabeza y recordé un caso sin resolver de hace años. Se llamaba Sonia. Fue secuestrada una noche al bajar la basura. Tenía catorce años, el pelo largo, castaño y liso, los ojos azules. Era delgada, pero alta para su edad.

—Parece que estuvieras describiendo a Laura —señaló Sofía. El resto permanecía en silencio, absortos en la narración de Ricardo.

—Podían haber sido hermanas. Su cadáver fue hallado tres meses después por un excursionista en un bosque cercano a Olvido. Había sido violada, apuñalada y estrangulada.

—¿Cuántas veces? —quiso saber la detective—. Ese detalle no se ha dado a la prensa.

—Tampoco se dio entonces. Fueron catorce puñaladas. Necesitaría tener acceso a las fotos y al informe de la autopsia de Sonia, a fin de confirmarte si el arma es similar. Quizás mi memoria este distorsionada y no recuerde bien las cosas.

—Eso no te lo crees ni tú —rio Sofía, que de sobra sabía que su amigo tenía un disco duro por mollera—. Voy a llamar a Jorge.

La detective entró en su despacho en busca de intimidad para hacer la llamada. Los otros se quedaron fuera conjeturando cuáles serían las posibles consecuencias de que los dos secuestros y posteriores asesinatos hubieran sido cometidos por la misma persona.

—Chicos, estaríamos hablando de alguien que empezó a matar en 2007 y que continúa haciéndolo en 2021 —argumentó Rosa.

—De ser así, el responsable no sería alguien de la familia, sino una persona externa, relacionada con ambas niñas de un modo que aún desconocemos —arguyó Ricardo.

—Y lo que es peor —dijo Sofía volviendo de su despacho—, puede haber más niñas asesinadas por él o ella. He hablado con Jorge. Quiere que vayamos a verlo ahora —añadió mirando al antiguo forense—. Amigo, quizás gracias a ti resolvamos no solo la muerte de Laura, sino la de otras pequeñas.

En el despacho del inspector Lamela se había desencadenado una febril actividad. Los agentes a su cargo revisaban en los ordenadores expedientes antiguos, en busca de detalles similares a la desaparición de las dos niñas. Sofía y Ricardo se quedaron en la puerta sin atreverse a entrar. Jorge levantó la mirada y, al reconocer al forense, sonrió. Sus ya de por sí ojos saltones aumentaron de tamaño al reconocer al acompañante de la detective.

—Es bueno tenerte de vuelta.

—No te acostumbres, yo no echo de menos vuestros caretos por la mañana —replicó Ricardo abrazando al inspector.

Varios agentes se acercaron a saludar al antiguo miembro de la científica. Los integrantes más jóvenes del cuerpo policial observaban cómo los más veteranos celebraban con alborozo la presencia de

aquella pareja.

—Pasad —les invitó el inspector, haciendo una indicación a sus subordinados para que acercaran unas sillas.

—El otro día esto estaba más tranquilo —señaló Sofía tomando asiento.

—Tu llamada ha sido un revulsivo.

—Dale las gracias a Ricardo. Su memoria es prodigiosa. Ni un archivo nacional alberga tantos datos.

—Aquel caso nos dejó marcados —replicó el forense quitando importancia a las alabanzas de su amiga—. La desolación de la madre y el estado en que encontramos el cuerpo de la víctima no son fáciles de olvidar.

—Tengo aquí el expediente —explicó Jorge cogiendo una carpeta arrugada del montón que tenía delante. Con la mano libre se rascó pensativo la barbilla. ¿Habrían encontrado una conexión? Por una parte, deseaba que fuese así, tendrían un hilo del que tirar, pero, por otra, de estar en lo cierto, se estarían enfrentado a un psicópata que llevaba décadas matando—. El inspector que se hizo cargo de la investigación murió por la Covid19 y, por lo que he visto, salvo tú, el resto de personas implicadas en el caso ya no están en Basema.

—No encontramos al culpable. Interrogaron a la familia, amigos, vecinos y a cualquiera que pudiera haber estado en contacto con Sonia —rememoró Ricardo—. Todos tenían una coartada más o menos creíble. Su madre venía cada semana a la comisaría para ver si había logrado avanzar en la investigación. Un día dejó de hacerlo. Pensamos que se habría resignado.

—¿Y no lo hizo?

—No, Sofía. Se suicidó. El dolor de perder a su hija pudo con ella.

—Eso no va a pasar ahora —respondió con seguridad la detective —. Encontraremos al que secuestró a Laura y a Sonia.

—¿Crees que es la misma persona? —quiso saber el inspector.

—Sí, Jorge. Ambas fueron violadas, apuñaladas y estranguladas. Primero las desnudó y, por algún motivo que aún se me escapa, no las vistió inmediatamente. De lo que estoy segura es de que las niñas mueren el mismo día de su secuestro. No presentan signos de deshidratación, ni sequedad en la piel, ni nada que indique que estuvieran encerradas sin comer ni beber donde quiera que tenga su escondite.

—En el caso de Sonia, en su estómago se observaron restos de lo que había ingerido en el desayuno —apuntó en antiguo forense.

—Con Laura igual —dijo Jorge leyendo el informe de la autopsia —. «*Se hallaron restos de jamón y queso, presumiblemente del bocadillo que su madre le había preparado*». Tienes razón, Sofía. La vejaron y asesinaron la misma tarde del secuestro.

—Al menos, eso fue rápido —respondió ella partiendo furiosa un lápiz que había cogido de la mesa del inspector.

—De acuerdo —asintió Jorge—. Si unimos la similitud de su apariencia física con la manera de morir y la coincidencia en el número de puñaladas, señores, estamos ante el mismo asesino. Eso implica que entre 2007 y ahora hay más muertes que, o permanecen sin resolver, o se atribuyeron a otros culpables.

Mientras hablaba, el inspector desplegó una pantalla en un lateral del despacho. Con un adhesivo colocó la foto de Sonia, y debajo escribió su nombre y 2007 en tinta roja. A continuación, en una fila inferior y a la derecha, puso una imagen de Laura y anotó un brillante 2021.

—Señor, tengo algo. Una niña llamada Nuria. Su descripción coincide con las otras víctimas.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Sofía a la agente que había hablado. Esta buscó la aprobación de sus superior antes de responder a la cuestión.

—La detective Valverde va a ser asesora especial en esta investigación. Su agencia trabajará con nosotros y compartiremos datos, ¿verdad?

Sofía captó la indirecta. Lamela le tendía una mano, dándole la oportunidad de tener acceso directo a los expedientes policiales, pero, a cambio, esperaba idéntica colaboración por parte de la gente de la detective. Era un buen trato, aunque, por supuesto, se guardaba la carta en la manga de informar primero a su marido, puesto que, al fin y al cabo, era el abogado de Antonio Gómez, el cual era un cliente de ambos. Un apretón de manos con el inspector, con los agentes al mando de Jorge y Ricardo por testigos, bastó para sellar el trato.

—La violaron, apuñalaron y estrangularon. Su cuerpo fue hallado en un contenedor en obras en un pueblo cerca de aquí, Taima, aunque la niña vivía con su madre en Basema.

—¿Separada? —preguntó Jorge.

—No. Viuda. Es veterinaria, por lo que viaja a las zonas rurales que rodean la ciudad. De hecho, la investigación se centró más en la gente del pueblo. Pensaron que el agresor habría visto a la madre y a la hija en las ocasiones en que la niña la acompañaba. Era habitual verla jugar por las calles con otros niños, mientras su progenitora atendía un parto de algún animal.

—No buscaron en Basema, por lo que no hubo oportunidad de relacionarlo con otras muertes violentas de niñas —reflexionó Sofía.

—¿Cómo se llama la madre?

—Fátima Villeja, señor.

—Tendremos que interrogarla. Llámala y pídele que venga esta tarde. ¿Cuento contigo, Sofía?

—Mándame un mensaje con la hora. Te dejo apuntado mi número.

Jorge contempló a la detective cuando salía de las dependencias policiales del brazo de Ricardo. Era una mujer muy atractiva e inteligente. El abogado Gascón era un hombre afortunado.

6. FÁTIMA

La cita era a las cuatro de la tarde. Sofía tenía el tiempo justo de ir a comisaría, recoger a Nando al salir del colegio y regresar a casa con sus otros niños. Lucas se quedaría con ellos hasta su vuelta, pero luego debía dejar que trabajara tranquilo en su despacho durante un par de horas para preparar un juicio. Eso implicaba conseguir que la inquieta Carlota no se colara en la habitación donde su padre leía informes de peritos en busca de mimos. Solo Nando tenía permiso para hacer sus deberes en el pequeño pupitre que permanecía junto al gran escritorio desde que vivían juntos. El niño, muy formal, hacía sus tareas y se entretenía en silencio hasta que Lucas terminaba. Ambos, padre e hijo, habían rechazado la idea de poner una mesa de estudio en la habitación del chiquillo.

—Necesita espacio para sus libros y sus cosas —le indicó Sofía a su marido una tarde.

Al día siguiente, un estante de los manuales de derecho había sido vaciado y puesto al alcance de los bracitos del joven estudiante. Lucas y Nando estuvieron ocupados durante horas colocando las cosas del colegial de la forma más adecuada posible.

La detective no volvió a decir nada al respecto, Mientras a ellos les funcionara bien el arreglo, ella no se metería. Llegaría un momento en que su primogénito querría un ordenador y gozar de cierta intimidad en su propia habitación. Cuando eso ocurriera, tendría que consolar al desolado padre.

—No sé por qué has insistido en que viniera contigo —protestó una vez más Fabi desde su asiento de copiloto.

Sofía iba tras el volante. Su forma de conducir tenía un punto de kamikaze. A veces olvidaba que iba en un coche en lugar de subida a su querida moto. Esa había sido una de las condiciones de Lucas cuando nació Vega. Tuvo un par de accidentes sin importancia que al abogado le parecieron un mundo.

—¡Vas a dejar huérfanos a tus hijos y a mí viudo! ¿Qué haríamos sin ti? —le preguntó cuando la vio con una brecha en la cabeza y cuatro puntos de sutura.

Si no había vuelto a montar a lomos de su querida BMW, había sido porque siempre iba con uno o dos de sus pequeños a cuestas, y un vehículo con sus sillas homologadas era lo más adecuado para ellos. Fabi podía contarse entre sus hijos, era igual de caprichoso y protestón que ellos.

—Es necesario encontrar los casos relacionados con el asesinato de Laura y Sonia para establecer una pauta —le iba diciendo la detective

a su secretario—. No es lo mismo que secuestre a una niña cada quince años a que lo haga cada mes.

—Una es suficiente, Sofía —replicó el secretario de la detective al recordar la cara desolada de Marieta. ¿Y si hubiera sido ella? ¿O si también buscaba niños pecosos morenitos de cuatro años como su Samuel? Prefería no imaginarlo. Había que encontrar a ese cabrón.

—Lo sé. Por eso tu ayuda es imprescindible —respondió ella dándole coba a su subordinado, algo que solía funcionar. Fabi no era inmune a los halagos.

—Tendré que conectarme al sistema informático interno de la comisaría —comentó el joven, menos enfadado tras escuchar las palabras de su jefa.

—Jorge me prometió que podrías hacerlo bajo supervisión de uno de sus hombres.

—¡No necesito niñera! —protestó de nuevo un iracundo Fabi—. Y ya sabes que lo que quieras que haga allí, sería capaz de hacerlo desde la oficina.

—Hackeando el sistema. No me cabe duda de que sería más cómodo para nosotros. Sin embargo, ni Lucas para exonerar a Antonio ni Jorge para coger al asesino podrían usar las pruebas que obtuvieras de esa manera. Además, piensa en la de hombres uniformados que vas a ver.

—Yo le soy fiel a mi ruso.

—Y yo a mi Lucas, pero no estoy ciega, y una alegría visual nunca viene mal.

Una de las colaboradoras de Jorge, Amanda, fue la encargada de guiar al acompañante de Sofía hasta un despacho dotado de un par de ordenadores que podrían utilizar. El joven informático se proponía introducir un programa de su creación que obraría su magia en un breve lapso de tiempo. Con la puerta cerrada, nadie ajeno a la investigación se daría cuenta de lo que estaban haciendo. Así, desde la comodidad de su mesa en la agencia, tendría acceso a la intranet de la comisaria. Ya se las arreglaría para que sus hallazgos tuvieran la pátina legal necesaria.

—Si te cargas el sistema o descubro que has dejado instalado un troyano, me da igual que trabajes con «esa detective privado» tan amiga de mi jefe, no habrá piedra bajo la que te puedas esconder.

La amenaza de Amanda en cualquier otro que no fuese Fabi hubiera bastado para asustarle, no obstante, el pizpireto informático la miró con una fingida sonrisa inocente y le respondió:

—«Esa detective privado» es Sofía Valverde. Es la mejor investigadora que hay en Basema. Por si no lo sabes, era policía y lo dejó porque quiso, con disgusto de sus superiores. Y estate tranquila, que dejaré tus ordenadores como están. No sé por quién me has

tomado —añadió Fabi haciéndose el ofendido.

Aquella chica estaba tonta si creía que podría encontrar la puerta trasera que iba a dejar oculta al escrutinio de los agentes. Ni siquiera se lo diría a Sofía, pero él sabía que, en algún momento, de ese o de futuros casos, le sería muy útil. Podía notar la atención de la agente puesta en sus dedos y en lo que las pantallas les mostraban. Ajena a los comandos que viajaban ya hacia lo más profundo de los servidores de la comisaria.

En un despacho contiguo, Sofía y Jorge conversaban con Fátima Villeja. Una mujer rubia, de pelo liso y bonitos ojos azules cuya piel mostraba una miríada de pecas. El sol no había sido misericordioso con ella. Por su trabajo de veterinaria pasaba muchas horas al aire libre y con frecuencia se le olvidaba ponerse crema protectora.

—Tu hija era muy guapa —comentó Sofía observando una foto de Nuria.

—Salvo el color de mis ojos, era igualita a su padre. Su mismo color de pelo e idéntica sonrisa.

—¿Cómo murió él? —preguntó Jorge.

—Un atropello con fuga. Conmoción cerebral. Cuando la ambulancia llegó, ya había fallecido.

—Lo siento —aseguró la detective recordando el impacto que supuso la defunción del padre de Nando en sus vidas. Es su caso fue un trozo de una valla metálica que salió volando por una fuerte ráfaga de viento—. Mi primer marido también falleció en el acto por un fatal accidente. Sé lo difícil que es encontrarte de pronto sola con un hijo a tu cargo.

—Se ve que no lo hice muy bien, porque ella está muerta —respondió Fátima acariciando con manos temblorosas el retrato de su pequeña.

—Tú no tienes la culpa de que exista el mal en el mundo y se cebe con los más inocentes —afirmó el inspector con su ronca voz.

—¿Por qué me habéis pedido que venga? Han pasado dos años desde la última vez que supe algo de vosotros.

La veterinaria había sacado fuerza de su interior y se había recompuesto en unos segundos. Aunque todavía se percibía una ligera debilidad en su voz, sus emociones volvían a estar bajo control. Ella no era débil. Le había enseñado a su hija a ser un junco frente a las adversidades. Flexible y maleable, pero inquebrantable. Sabía que la estaría observando y riñéndole por haberse venido abajo.

—Te hemos llamado porque hemos encontrado similitudes con otros dos casos —le explicó el inspector.

—¿Laura Gómez?

—En efecto —contestó Sofía sorprendida favorablemente por la sagacidad de la veterinaria. Cada vez le caía mejor. Por su

personalidad, por lo que había pasado en la vida y porque, además, ambas tenían la misma edad. La detective acababa de entrar en la cuarentena, y a Fátima le quedaba poco para alcanzarla. La madre de Nuria era una luchadora igual que ella.

—El día que vi su foto en la televisión, hablando de su desaparición, creí que era mi niña. Mismo pelo, mismo ojos…

—¿La conocías? —preguntó el inspector.

—No. A su padre tampoco, si es lo que me vais a preguntar ahora.

—Quizás ellas sí se conocían. Algún amigo común —argumentó Jorge—, clases en una academia, ese tipo de cosas.

—Se ve que no tienes hijos —negó riendo Sofía—. A esa edad, dos años de diferencia son muchos. Natalia, la hija de mi amigo Juan, ve a mi Nando como a un crío, y solo es un poco más mayor. Nuria estaría en el instituto cuando Laura aún estudiaba primaria.

—Supongo que tienes razón —reflexionó el inspector—. Al fin y al cabo, iban a colegios y vivían en barrios distintos. Sin embargo, sigo creyendo que algo las unía.

—Puedo haceros una lista de sus amistades, las actividades que hacía o los sitios donde solíamos ir —sugirió Fátima al ver la desazón del policía. Al menos, se veía que aquel hombre tenía interés en resolver el caso. El que llevó la desaparición de su hija se limitó a hacer lo mínimo indispensable. Una vez que el cuerpo de su pequeña apareció, no supo más de él. Se cansó de preguntar por la investigación. Suponía que dormía olvidada en algún cajón.

—Nos sería de gran ayuda —contestó Jorge—. Te daré una cuenta de correo electrónico y nos la envías cuando la tengas.

—Otra pregunta —intervino Sofía—. ¿Esta otra niña te suena? Es una foto antigua. Del 2007 —añadió la detective mostrándole una imagen de Sonia.

—¿También murió asesinada y vio…? Me cuesta decirlo en voz alta. Las atrocidades por las que pasó mi niña fueron tan crueles...

—No podemos devolvértela, pero quizá hallar al culpable te de algo de paz. Esto es algo confidencial —añadió la detective—. Te agradeceríamos que no le cuentes a nadie nuestras sospechas.

La detective notó invisibles dardos clavados en su espalda al sacar la instantánea de la joven cuya muerte había recordado Ricardo. Aunque se estaba extralimitando, siguiendo las reglas no iban a llegar a ninguna parte.

—No la conozco. Sus ojos me recuerdan a los de Nuria. Aunque la verdad es que la veo en cada niña de su edad con la que me cruzo por la calle. Una me hace rememorar su sonrisa y otra su forma de caminar. El psicólogo dice que es normal.

—Se me ocurre una idea. Tengo un rato hasta que mi hijo salga del colegio. Si Jorge nos da su permiso, ¿qué tal un café en la cafetería de

la esquina?

—Por supuesto. No hay más preguntas por hoy. ¿Fabi continuará trabajando en la comisaría con mi gente?

—Sí, creo que él y Amanda tardarán toda la tarde en recopilar la información que necesitamos.

Las dos mujeres se despidieron del inspector. La detective le mandó un mensaje a su secretario avisándole de su marcha. Conociéndole, a esas alturas estaría con la nariz pegada a la pantalla, tecleando sin descanso. Cualquier mensaje que entrara en su móvil, sería ignorado sistemáticamente. Ella estaba tranquila porque todo permanecía bajo control. Rosa y Boris se habían quedado al cargo de la agencia; y Ana, la cuñada de Sofía, recogería al pequeño Samuel cuando fuera a por su sobrina Marta y se lo llevaría con ella hasta que acabara la jornada.

Fátima y la detective se sentaron en la terraza del establecimiento hostelero. Varias mesas estaban ocupadas. Aquella tarde de primavera la temperatura era suave e invitaba a disfrutar del aire libre.

—Tienes una clínica veterinaria en la ciudad, ¿verdad? No solo atiendes a los animales de los pueblos cercanos.

—Sí. Con dos compañeros de carrera abrí, hace unos años, un lugar para asistir a los animales de compañía en Basema, a la vez que íbamos consiguiendo hacernos un hueco entre los veterinarios de la provincia.

—Debe ser un trabajo duro. Cuando una vaca o una oveja se pongan de parto no van a esperar a que sea por la mañana y puedas ir.

—Eso desde luego. Atendemos las 24 horas. Las pequeñas mascotas también tienen urgencias nocturnas.

—¿Os turnáis?

—No hay más remedio. Así es posible compatibilizar la vida familiar y la profesional.

Poco a poco, el interrogatorio policial se transformó en una charla distendida entre dos personas que se acaban de conocer y se habían caído bien. Sofía no se equivocó al pensar que Fátima y ella podían ser amigas. Al fin y al cabo, a Rosa, su flamante gerente, el destino la puso en su camino de manera similar al investigar un caso.[4]

Dando un paseo, la veterinaria acompañó a la detective hasta el colegio de su hijo. En la puerta se despidieron prometiendo estar en contacto.

—Ha sido genial tomar un café y ser solo Sofía. Entre la agencia, mi marido y los críos, hay ocasiones en las que se me olvida que soy una mujer.

—Pues eso no está bien. No eres egoísta por pensar en ti. Te lo dice alguien que estaba todo el día a la carrera, cuidando de su hija sin desatender el trabajo.

—Podemos quedar otro día. Sin mencionar la investigación. Ni yo

debo desvelar detalles, ni tú tienes que agobiarte reviviendo la tragedia. Te aseguro que el inspector es un buen tío y te mantendrá al tanto —añadió la detective, acompañando las palabras con un guiño cómplice.

—¡Me encantaría! —respondió Fátima.

Lo dijo de corazón. Sus amistades se habían distanciado con el transcurrir de los meses. En parte porque, al faltar Nuria, no la invitaban a fiestas infantiles ni reuniones de madres. No obstante, había sido ella misma la que había ido quedándose relegada voluntariamente de aquel círculo de personas. Demasiados recuerdos y planes rotos.

—¿Tarde de chicas? Me apunto. ¿Cuándo y dónde? —inquirió una jovial mujer acompañada de dos niños que se abrazaron a Sofía y un tercero que se agarró a su mano. A la veterinaria le resultó sencillo adivinar quién era hijo de cada una. El chavalín de pelo rizado era un calco en miniatura de su madre.

—Te presento a mi cuñada Ana, a mi hijo Nando, a mi sobrina Marta y a Samuel.

—Encantada de conoceros. ¿Qué tal el colegio?

—Aburrido. Quiero ser mayor para no tener que ir por la tarde —protestó el hijo de la detective.

—¡Y yo! —exclamó la niña que siempre estaba de acuerdo en todo lo que proponía y afirmaba su primo, incluidas las travesuras, para horror de sus madres.

—Pues a mí me gusta —aseguró el hijo Fabi y Boris—. Es divertido. Hoy he aprendido a contar hasta veinte.

—¡Muy bien, Samuel! —dijo Ana acariciando con cariño la cabecita del pequeño.

—Tenemos que irnos. Lucas debe hacer una videollamada de trabajo a las seis y va a quedar poco profesional si tiene una niña en cada brazo y un bebé en el regazo. ¡Nos llamamos, chicas!

Fátima sintió por primera vez en meses el corazón más ligero. Nunca hubiera imaginado que una llamada que tanto le había turbado esa misma mañana, pudiera convertirse en un encuentro que cambiaría su existencia.

7. COMIENZA EL HORROR

Nunca eran buenas noticias cuando el teléfono sonaba a medianoche. Eso era algo que Sofía y Lucas sabían por experiencia. Los niños estaban acostados y ellos veían una serie en la televisión, abrazados en el sofá. La detective se había despistado y no había vuelto a pensar en su secretario. Suponía que habría terminado y se habría ido a su casa hacía ya horas. Sin embargo, su nombre llenando la pantalla del móvil la puso en alerta.

—Fabi, ¿qué pasa? ¿Samuel está bien?

¿Le ocurriría algo al pequeño? Esa tarde no le había parecido enfermo, pero con los niños nunca se podía estar segura.

—Sí, tranquila, está con Boris —respondió el joven. La ausencia de la habitual alegría en su voz asustó más aún a la detective—. Sofía, te llamo desde la comisaría. Debes regresar sin falta.

—¿Otra niña desaparecida? —inquirió alarmada con una idea surgiendo en su mente como un rayo. Esa hipótesis no la habían barajado. Si las evidencias apuntaban a que no había sido un hecho aislado, el secuestrador podía volver a actuar en cualquier momento.

—Sí y no. Será mejor que vengas y lo veas tú misma. No tardes.

Lucas había escuchado la conversación. Sabía que su mujer debía irse rápido. Mientras ella se cambiaba de ropa y le daba un beso a sus hijos, él le preparó un termo de café bien cargado.

—Toma, coge la bolsa —le dijo el abogado a la detective cuando esta bajó las escaleras lista para marcharse—. Te he metido también un paquete de galletas. Me da que la noche va a ser larga y agradeceréis tener algo de comer. Tienes un taxi esperando en la puerta. Yo cuidaré a los niños. Si necesitas algo, me llamas.

—¿Te he dicho que te quiero? —preguntó Sofía poniéndose de puntillas y pasando sus brazos por el cuello de su guapo marido para atraerle hacia ella y besarlo con ardor.

Las manos de Lucas recorrieron su espalda, haciendo que su deseo fuera en aumento. Sus cuerpos juntos eran plena combustión. Con pesar, se separaron.

—Debo irme —afirmó ella apoyando su frente en la de él.

—Lo sé.

—Pero no quiero. Aquí contigo estoy muy bien —refunfuñó frustrada la detective.

—Mañana nos dejamos de series y, en cuanto la tropa esté dormida, nos vamos a nuestra habitación a terminar lo que acabamos de empezar.

—Me parece una gran idea.

El taxista la llevó rápido a su destino. A esas horas, el tráfico era escaso. El conductor escuchaba la radio en silencio. Sofía agradeció que no fuese uno de los que charlaban sin parar. Iba sumida en sus pensamientos, agradeciendo el amparo de la oscuridad. Debía de estar roja hasta la raíz del pelo. Imágenes de ella y Lucas en la cama, en múltiples posturas, la asaltaban sin descanso. Él habría encontrado alivió en el baño, pero a ella más le valía echarse una botella de agua fría por encima, o no se lograría centrar en la investigación.

Le sorprendió encontrar a Ricardo y Fabi charlando en la puerta de la comisaría como si fuera lo más normal estar de palique en la calle a medianoche.

—Hola, chicos. ¿También te ha llamado a ti? —le preguntó la detective al hombre mayor.

—Jorge lo sugirió —le explicó su secretario—. Consideró que su ayuda nos vendría bien. Están todos dentro esperándote para que lo veas.

Las expresiones en los rostros de sus amigos la habían hecho poner los pies en la tierra y dejar sus tórridas fantasías arrinconadas. Nunca había visto tan apagado a su siempre inquieto joven ayudante ni tan circunspecto al forense.

Además de Amanda, estaban David y Javier, los otros dos miembros del equipo que dirigía el inspector Lamela. La informática llevaba el pelo corto, dejando que sus grandes ojos negros destacaran en su rostro. David era delgado y altiricón, de unos cuarenta años. El segundo hombre era más joven, con cara de mal genio y de pasarse horas en el gimnasio, a juzgar por la musculatura que lucía.

Al entrar la detective en el despacho, sus rostros se volvieron hacia ella.

—Buenas noches, Sofía.

—Hola, Jorge y compañía.

—Le pedí a Fabi que te llamase. Lo que Amanda y él han encontrado no podía esperar hasta mañana.

Con una inclinación de cabeza, el inspector le señaló la pared donde, en una pizarra, aparecían las fotos de Sonia, Nuria y Laura, junto con las de otras niñas. La detective tuvo que sentarse. Había esperado que encontraran algún expediente más, pero aquello era demasiado.

Catorce dulces caritas, ajenas a lo que les iba ocurrir en el futuro, la contemplaban.

—¡Son muchas! ¿Cómo es posible que no se diera nadie cuenta antes?

—Porque ningún policía se molestó en cruzar los datos de todo el país —respondió Jorge a la pregunta de Sofía—. Incluso, en una misma ciudad, cada caso le fue asignado a un inspector diferente. De

las catorce, ocho fueron en Basema, tres en Olvido, dos en Lucero y una en Taima.

—Gracias a Fabi, hemos encontrado nexos entre ellas —explicó Amanda en voz alta.

Al principio, cuando su jefe le ordenó colaborar con aquel chico rubio de pelo corto, inquieto y bocazas, no le hizo ninguna gracia. Ni a ella ni a sus compañeros David y Javier. Su concepto de detective privado era un tipo que había intentado acceder al cuerpo de policía y no había podido porque no daba la talla en sentido físico o figurado. La mayor parte de las veces, los frustrados aspirantes fracasaban en los test psicológicos.

Sin embargo, Sofía y los suyos eran diferentes. La detective era una expolicía de la que aún se hablaba en la academia. Su nombre era un ejemplo a seguir por muchas mujeres que aspiraban a alcanzar puestos importantes en un mundo en el que aún quedaban restos de machismo.

A Amanda le hervía la sangre cuando, en alguna misión, sobre todo mientras fue agente de calle, la gente la miraba de distinta manera que a sus compañeros hombres. Era como si les resultara menos intimidatoria que un varón. Con tesón, y sin dejarse avasallar, había logrado demostrar su valía. Un puesto en el equipo del inspector Jorge Lamela era envidiado por muchos colegas, y ella lo había conseguido por sus propios méritos. Con la llegada de la detective Valverde, su unidad iba a ponerse en el nivel más alto de la comisaría.

—Quiero detalles. Años, lugares, testigos. Empezad a contarme —les pidió Sofía quitándose la cazadora y remangándose la camisa. Lucas y su loca pasión quedaron arrinconados en algún lugar de su cerebro. Su mente se había puesto en modo activo, lista para recibir datos y analizarlos de igual forma que el mejor de los procesadores informáticos.

—Los secuestros y posteriores asesinatos comenzaron en 2006 con una niña llamada Eva —dijo David iniciando la exposición de los hechos—. Sus padres denunciaron la desaparición en esta comisaría el 11 de enero. Esa fecha se repite de forma macabra en cada uno de los casos hasta llegar a Lucía, la última víctima.

—Algo marcó al asesino un 11 de enero. Tendremos que averiguar qué es —continuó Jorge—. Después de Eva, la siguiente niña asesinada fue Sonia, la pequeña de la que nos habló Ricardo. Los años posteriores, Luz y Beatriz, también aquí, en Basema. De esta última no se encontró el cadáver, pero la similitud física con las otras víctimas y la fecha del secuestro nos indican que es una más de la lista.

—Nos pasa lo mismo con Natalia, desaparecida en 2012 en Olvido —apuntó Fabi—. No hay rastro de su cuerpo. Pilar y Mar lo hicieron después en esa misma ciudad. El sujeto se trasladaría allí por trabajo,

familia o algo parecido. ¡Cualquiera sabe!

—Y supongo que misma fecha de desaparición —comentó Sofía viendo las fotos de las niñas mencionadas. Delgadas, pelo castaño más o menos largo, ojos azules. Una descripción que seguía marcando un patrón.

—En efecto —corroboró Javier—. En 2015 y 2016, los secuestros tuvieron lugar en Lucero. María Jesús y Ana fueron las víctimas.

—Nazarí fue echada en falta por sus padres en Taima en 2017 —siguió Amanda—. Como es un pueblo cerca de Basema, no descartamos que volviera aquí de nuevo. Puede que no encontrara en la ciudad a una niña que se adecuara a sus deseos y, en un gesto desesperado, cogió un coche y fue en su busca.

—¡Malnacido! —exclamó Sofía apretando los puños. Si lo encontraba ella antes que Jorge y sus chicos, le iba a corta sus atributos con unas tijeras de podar.

—A partir de entonces, se ha quedado en Basema, jefa —le informó Fabi—. De Rocío, la víctima de 2018, no se halló el cuerpo. En 2019 fue Nuria, la hija de Fátima. Le siguió Alicia en 2020, y este año Laura tuvo la mala suerte de ponerse en su punto de mira.

La detective tuvo que hacer un esfuerzo para asimilar toda aquella maldad. Tantas vidas truncadas por un desgraciado al que sus sucios deseos le poseían una vez al año.

—Hay un lapso de tiempo. 2010 y 2011 —dijo la detective señalando las fotos.

—Seguimos buscando por si estuvo residiendo en otra ciudad distinta a las que ya sabemos —respondió Amanda.

—Creo que hubiéramos dado con los expedientes del caso —aseguró convencido Fabi. Su programa era muy riguroso. Comprobaba datos más allá de lo que le había comentado a Amanda. Incluso en archivos digitales de periódicos y redes sociales. Era un software que, de caer en malas manos, podía meter en serios problemas a gobiernos y empresas importantes. Sofía asintió con la cabeza muy sutilmente. La detective era consciente de que, si su ayudante afirmaba que en aquellos dos años no había habido una desaparición de una adolescente que se adecuara al perfil, es que el sujeto que tenían en el punto de mira no había actuado.

—Mañana enviaremos peticiones formales de expedientes a las comisarías de Olvido, Lucero y Taima —dijo Jorge—. Iniciaremos una ronda de entrevistas con los padres de las niñas, testigos, amigos y todo lo que se nos ocurra.

—Es mejor no dar parte a la prensa —rogó Sofía—. Entorpecerían nuestra investigación. Cundiría el pánico entre la población, y eso puede ser peligroso. Empezaríamos a recibir llamadas de padres que han visto a un vecino mirando mal a su hija o, lo que es peor, algunos

se tomarían la justicia por su mano, y algún inocente podría acabar malherido.

—Por no hablar de que nos acusarían de que un psicópata lleva actuando desde 2006 delante de nuestras narices sin que hayamos hecho algo al respecto —añadió Jorge furioso. No iba a expresar en alto que él mismo pensaba eso. ¿A ninguno de los inspectores de los secuestros anteriores se le ocurrió consultar la base de datos? Tenía que calmarse. No era justo culparles. Estaba seguro de que habían hecho cuanto había estado en su mano para encontrar al responsable, sin embargo, no contaban con Amanda y Fabi. Cualquiera de los dos por separados era bueno, pero juntos eran la bomba. Su subordinada conocía programas que ni le sonaban a la mayoría de los informáticos. Jorge dudaba de la legalidad de muchos de ellos, si bien, las circunstancias obligaban a bandearse al límite de la ley. El ayudante de Sofía era un hacker, Amanda se lo había dicho. No había duda de que era mejor contar con él como amigo que como enemigo.

—Son las dos. ¿Os parece bien si nos vamos a dormir un rato y mañana retomamos la investigación? —sugirió la detective. Ella estaba cansada, y se imaginaba que ellos, que llevaban horas en aquella habitación, no estarían mucho mejor.

—Venga, chicos. Todos a casa. Dormid —les ordenó Jorge—. No vengáis hasta las nueve.

Ricardo había ido en su coche, de modo que Sofía y Fabi se marcharon con él, declinando el ofrecimiento de David de acercarlos a sus hogares. La detective dejó que el informático fuera delante y ella se recostó en el asiento trasero.

—Quiero un informe…

—…detallado de los padres de las niñas y su entorno. Con sus finanzas, historial médico y hasta la talla de ropa interior —continuó el ayudante de la detective haciendo sonreír a Ricardo.

—No tanto —rio Sofía—. En el caso de las niñas cuyos cuerpos no han sido hallados, no estaría mal saber cuáles son las propiedades de sus familias y conocidos.

—¿Por si están enterrados allí los cadáveres? —inquirió Ricardo—. Eso significaría que una persona cercana a sus familias las asesinó.

—Lo sé —respondió la detective con pesar—. En alguna parte tienen que estar. Las otras adolescentes fueron encontradas unos días más tarde de su desaparición. No las oculta demasiado. Da la impresión de que quisiera decirnos: «Miradlas. Se lo merecían. Esta es mi forma de castigarlas».

—En cuanto llegué mañana a la oficina me pongo con ello, Sofi.

—Gracias, Fabi. También quiero más detalles de la primera víctima. En su caso, hay dos opciones posibles. Una, que ella fuera la responsable, sin saberlo, del trauma que atormenta al asesino, y las

demás sean su forma de revivir lo que le ocurriera una y otra vez, castigándola de nuevo cada año. Y dos, que sea una más de la lista de sustitutas con las que reproduce la tortura y asesinato original.

—Jorge ha pedido los informes de los laboratorios forenses de todos los casos —añadió Ricardo—. La mayoría están digitalizados. Me va a enviar copia para poder estudiarlos en mi despacho con calma. Además, me ha dicho que puedo repetir o hacer una prueba si lo deseo, en calidad de asesor externo.

—¡Qué majo! —exclamó Fabi—. Amanda es bastante guay. David es más callado, pero se enrolla. Javier es otra cosa. Lleva un palo metido por el culo y es de lo más antipático que he visto nunca.

—No seas malo. A ti tampoco te gustaría que llegara de repente un equipo externo a la oficina y yo te dijera que tienes que compartir tus informes y tus ordenadores con ellos. Me dirías que tú trabajas solo y que se marcharan por donde habían venido.

—Hemos tenido suerte con el inspector Lamela —aseguró Ricardo—. Quiere encontrar al psicópata que hay detrás sin escatimar medios ni recursos.

—Las que han tenido suerte son las víctimas. Ha llegado la hora de que se haga justicia.

8. CONFIDENCIAS

Juan se alegraba de haber acudido a Lucas y a Sofía para ayudar a Antonio. Su amigo le había informado de que el inspector encargado del caso y la detective privado había aunado esfuerzos.

—No puedo darte detalles —le confió el abogado mientras el juez se preparaba para dar una clase a sus pequeños alumnos una mañana de sábado—. A mí no me ha querido contar tampoco mucho. Solo puedo decirte que es más complicado de lo que nos imaginamos. La noche que Fabi la llamó para que fuera a comisaría, Sofía regresó casi a las tres de la madrugada. Cogió a las niñas y las metió en nuestra cama. Estaba temblando. ¡Y a ella le asustan pocas cosas!

—Rosa me ha dicho que hay más víctimas —susurró Diego. No quería que los hijos de sus amigos les oyeran—. El tipo ha estado secuestrando adolescentes desde hace años.

—A mí me aterra que le pase algo a mi Marieta —confesó el magistrado—. Juan y Natalia tienen menos años y no van solos a ningún sitio, pero ella ya reclama su independencia. Aunque me gustaría, no puedo prohibirle quedar con sus compañeros de clase.

—Nando y mi sobrina Marta tampoco salen sin la supervisión de un adulto—corroboró Lucas—. Aún así, Sofía le ha pedido a Boris que extreme su vigilancia en el entorno del colegio.

—¿Podrías pedirle que buscara a alguien para Marieta? Una persona que se mantuviera cerca de ella, sin que mi hija lo supiera. Ni mi ex. No estoy seguro de que fuera de su agrado.

—Juan, no puedes estar pensando en ponerle un guardaespaldas a tu hija. Es demasiado —afirmó Diego negando con la cabeza.

—¿Y un hombre vigilando el instituto como hace Boris con tus hijos? —insistió el juez al abogado, haciendo oídos sordos a las palabras de su amigo.

—Está bien. Hablaré con él.

Lucas suspiró y cruzó una mirada con Diego. El oftalmólogo se encogió de hombros. Los dos sabían por sus parejas que Sofía ya tenía a una joven haciendo justo eso.

—¿Qué pasa? —inquirió Juan con perspicacia. Aquellos dos le ocultaban algo. Gascón había accedido, sin hacerse mucho de su rogar, a su petición. Aquello era muy raro.

—Mi mujer ha contratado a una agente de seguridad que no se separa de tu hija. Lo hace de un modo discreto. Sospecha que, si secuestraron a Laura, y la mayor parte de su tiempo libre lo pasaban juntas, quizás el violador sea alguien próximo o conocido por Marieta. Puede ser cualquiera. El padre de un alumno, un profesor, un

camarero de un bar, un repartidor…

—Dale las gracias de mi parte.

—¿No te enfadas? —preguntó con sorpresa Diego. Cuando Rosa se lo contó, a él le pareció un poco paranoico vigilar a la hija de su amigo sin que él lo supiera.

—No he dormido tranquilo una noche entera desde que Laura desapareció. Pienso que podía haber sido Marieta. La sensación de alivio que siento porque no fuera ella la secuestrada, me hace experimentar culpa por la muerte de la hija de Antonio.

—Es normal —afirmó Lucas—. No te alegras por las desgracias ajenas, pero consuela saber que no ha sido uno de los tuyos.

—Papi, ¿vamos? —pidió nervioso Juan a su padre. Su hermana Natalia les aguardaba en la zona de práctica, con Nando y Marta listos para la acción.

El juez les daba clase de artes marciales en un parque a las afueras de la ciudad, junto al río. Antes lo hacían en un gimnasio, pero, tras la pandemia de la Covid19, descubrieron las ventajas de practicar ejercicio al aire libre. Eso permitía a Lucas pasear con sus bebés por los alrededores. Diego se unía al grupo con gusto. Adoraba a sus sobrinos putativos. Entre semana no tenía ocasión de verlos, de modo que no se perdía ni un sábado la deportiva reunión. Incluso, a veces, aprovechaba para correr un poco por los alrededores, o se quedaba con Carlota, Javier y Vega a fin de que Lucas pudiera echar unas carreras. En el último año, un nuevo miembro se había unido a las clases: Samuel. Boris lo traía con él, y los niños se habían acostumbrado a que el ruso impartiera durante un rato sus enseñanzas también. Aquel sábado no sería diferente, y padre e hijo no tardarían en llegar.

Diego y Lucas dieron un largo paseo con los bebés por la ribera del río, observando la bella forma en que la primavera explotaba en una sinfonía de verdes, con tantos matices que el ojo humano era incapaz de captarlos.

—Fue ahí —indicó Lucas a Diego—. Ese es lugar donde se encontró el cuerpo de Laura.

—Es una zona muy despejada —afirmó el oftalmólogo preguntándose cómo pudo pasar desapercibido tantos días.

—Ahora lo está porque han limpiado los márgenes del río para hacer un paseo de varios kilómetros que discurra paralelo a la ciudad. La semana de la desaparición de Laura había nevado abundantemente. Después llegó la lluvia y, con ella, el deshielo y la crecida del caudal. El agua anegó zonas que suelen estar descubiertas.

—De modo que pudo tirar el cadáver sin testigos, porque la gente estaba en sus casas a salvo del temporal, y confiaría en que la corriente se lo llevaría lejos de aquí.

—En efecto —respondió Lucas—. No contó con que el vestido se enredaría en una rama y el cuerpo, en lugar de deslizarse, quedó atrapado.

—¿Te imaginas? Seguirían buscándola durante años. Sus padres no habrían perdido la esperanza. No creo que, en un caso así, los familiares de los desaparecidos dejen de pensar en que volverán sanos y salvos, y que todo quedará en un mal sueño.

—Al menos, los que recuperan sus restos tienen el consuelo de una tumba donde llorarles.

Los dos hombres regresaron caminando hasta donde los pequeños entrenaban. Juan estaba sentado bebiendo agua, contemplado a los cinco niños seguir atentos las instrucciones de Boris. Carlota, inquieta en su sillita, sollozó y puso morritos hasta que su padre la soltó y la dejó unirse al grupo. El ruso simuló no ver a la chiquitina de dos años y medio, que, con gracioso estilo y soltura, imitaba sus movimientos a su lado.

El abogado sacó el móvil y grabó un vídeo. A la madre de la criatura le iba a encantar verlo. Sofía había quedado con Ana, Rosa y Fátima para ir de tiendas y tomar el aperitivo juntas. Aquellas mañanas de los sábados, sin niños ni trabajo, eran un descanso. Cuando le preguntó a su cuñada y a Rosa si les importaba que una cuarta mujer se uniera a su grupo, ellas aceptaron encantadas.

La detective no se equivocó. A los pocos minutos, las cuatro intercambiaban recetas, recomendaban libros y se probaban prendas, como si se conocieran de toda la vida. Fátima no recordaba haberse reído tanto desde la desaparición de su hija. Era balsámico estar con gente que la conociera y la valorara por ser ella, Fátima Villeja, y no la «viuda de» o «la madre de».

—¿Y no es solitario trabajar en el campo? —quiso saber Ana, que era una urbanita en toda regla. Ella necesitaba asfalto y tiendas para ser feliz. Le daba igual comprar una barra de pan que un bolso último modelo. Con tal de ver edificios y gente, le valía.

—¡Para nada! Siempre estoy rodeada de animales y de sus cuidadores o propietarios. Los ratos que paso en coche en la carretera, conduciendo de un lado a otro, son hasta relajantes. Voy escuchando la radio y poniéndome al día de las noticias, o cantando las canciones de alguna emisora musical.

—A Nando le he dicho que tengo una amiga que trabaja con animales y no para de pedirme que le lleve a verlos un día. No sé si te importaría —rogó la detective.

—Por supuesto que no. Tengo unos buenos clientes en Taima que cuentan con mucho y variado ganado. Incluso tienen caballos que utilizan para realizar terapias con niños autistas los fines de semana. Vente con los tuyos y con Marta.

—¡Gracias!—exclamó feliz Ana. Su hija, al igual que su primo hacía con sus padres, le pedía una mascota contantemente. Los pequeños adoraban a los animales. Ella y Mario se escudaban en que en un piso no podían tenerla, pero sus cuñados lo tenían más complicado. Con su gran casa, esa disculpa no valía.

—Sofía, ¿cómo es que no tienes un perro? Me has dicho que vives en una urbanización. Tendrás un jardín donde pueda corretear. Para los críos es genial.

—Para ellos tal vez, pero para su padre y para mí, no tanto. Además, hasta las plantas se me terminan suicidando, y solo tengo que regarlas. Un animal sería demasiada responsabilidad —negó convencida de lo que decía.

—Cariño, eso es porque o te pasas o te quedas corta —le reprendió Rosa—. Si un día no las riegas, no puedes hacerlo el doble al siguiente en compensación. Ni echarles tres veces más agua de la que necesitan porque te vas a ir fuera. Deja a José, tu jardinero, que se ocupe de ellas, y tú limítate a admirar sus flores.

Unas voces masculinas mezcladas con carcajadas infantiles se acercaban hasta donde las mujeres estaban sentadas. Boris se había ido a su casa con Samuel para disfrutar del resto de fin de semana en familia. Lucas, Diego y Juan llamaban la atención al caminar rodeados de siete niños. Unas cuantas mujeres se volvieron a su paso, suspirando. Aquel trío era un alborotador de hormonas. No había nada más sexy que un atractivo hombre cuidando de sus pequeños. Y aquellos hombres iban en compañía de varios.

—¡Madre mía! —exclamó Fátima al ver al grupo que se aproximaba.

—No son todos míos —rio Sofía ante el desconcierto de su amiga —. Bueno, cuatro niños y el guapo moreno, sí. Ya ves que un perro sería demasiado.

—¿Un perro? —preguntaron Nando y Marta emocionados. La alegre pandilla estaba demasiado cerca de las mujeres cuando la detective habló, y su comentario había llegado hasta las ansiosas orejitas infantiles.

—¿Vamos a adoptar un perrito? —quiso saber la sobrina de la detective.

Ana le dedicó una ceñuda expresión a su cuñada. ¿Por qué no se había estado calladita?

—No, cariño, no tenemos sitio en casa para un cachorrito —le dijo la mujer a su hija.

—Nosotros sí —apuntó Nando esperanzado.

—¡Perrito! —exclamó Carlota. No sabía lo que pasaba, pero si su hermano y su prima hablaban de ello, era algo interesante.

—Papá, deberíamos tener uno en tu casa —sugirió la hija pequeña

de Juan.

—¿En mi casa? —inquirió intrigado el juez.

—Claro, así no estarás solito cuando no estamos contigo —explicó su pequeño tocayo con una sonrisa desdentada. Aquellas dos sabandijillas habían hablado entre ellos. Su exmujer se oponía a tener un animal. Decía que les tenía alergia. La realidad era que no le gustaban por el trabajo que implicaba tener que sacarle a pasear. Marieta compartía la opinión de su madre. Sin embargo, sus pequeños vástagos tenían otras ideas y llevaban tiempo soñando con tener un perrito.

—No te dejes persuadir —le susurró Lucas al oído—. Como ceda uno, estamos perdidos. Con cuatro hijos tengo suficiente. Nada de amigos peludos por casa.

—Os voy a presentar —dijo Rosa, salvando la situación con su oportuna intervención—. Él es Diego, mi pareja.

—Y futuro marido —afirmó el oftalmólogo saludando a Fátima.

—No te cansas —negó la rubia mujer.

—Pues no. Hasta que me digas que sí y vayamos juntos al despacho de Juan, no voy a parar.

—¿Cuántas veces voy a decirte que no oficio bodas? —resopló el juez.

—Las mismas que te he explicado que, cuando esta preciosa mujer acepte hacer de mí un hombre respetable, tendrás que formalizar nuestra unión.

—Como habrás supuesto, él es Juan —continuó diciendo Rosa, sin hacer caso a las palabras de Diego. No veía necesarios unos papeles que dijeran que eran pareja. Lo eran y punto.

Los ojos color miel del juez fueron lo que llamaron la atención de Fátima. Era alto, no llegaba al uno noventa, pero no le faltaba mucho. El pelo corto, algo ondulado, aunque estaba segura de que cuando presidía su sala en el juzgado lo llevaba engominado. En forma, ni delgado ni demasiado musculado. Igual que los otros dos hombres, vestía ropa cómoda, con una bolsa deportiva a la espalda. La camiseta ajustada permitía intuir un estómago plano y unos abdominales bien marcados. Su mirada la taladraba. ¿Observaría así a los detenidos en los juicios? Resultaba un poco intimidatorio.

Juan le dio un par de besos a Fátima a modo de saludo. Un suave olor a flores inundó su nariz. Era un aroma tenue y delicado. Natural. Sin sofisticación. Los ojos azules de la veterinaria destacaban entre el mar de pecas de su rostro. En su rubio cabello centelleaban mechones aclarados por el sol. Se sentía hechizado por ella. Podía notar las sonrisas de sus amigos pendientes de él y de la guapa mujer.

—Ellos son Natalia y Juan, mis hijos.

No se le había ocurrido otra cosa más que presentarle a sus

pequeños con el fin de salir del estado de turbación. Se enfrentaba a tipos sin escrúpulos, y una bella mujer, con la sonrisa más bonita que había visto nunca, le hacía comportarse como un vergonzoso quinceañero.

—¿Tienes perro? —le preguntó la niña a Fátima haciendo reír al grupo de adultos. El juez sacudió la cabeza. Aquello iba a terminar mal. Como a Natalia y a Juan se les hubiera metido entre ceja y ceja la idea de tener un perro, no iban a parar hasta que su sueño fuese cumplido.

—En casa no. Mi piso no es el lugar adecuado para que un animal viva —afirmó ganándose la aprobación de los mayores y los mohines de los pequeños—. Pero trabajo con gente que tiene muchos en sus granjas. Hay vacas, ovejas, caballos, conejos…

—¿Os gustaría ir un día a verlos? —quiso saber Sofía mirando a sus hijos. Hasta Carlota estaba atenta. Vega dormía en la mochila que su padre llevaba contra su pecho, y Javier estaba concentrado en una hoja arrastrada por el viento sentado en su sillita.

—¡Sí! —aseguraron un coro de voces infantiles cuyos propietarios daban saltos emocionados.

—Hablaré con mis amigos y quizá el sábado que viene podamos ir por la tarde.

Fátima no pudo terminar su propuesto. Una marabunta de bracitos y cabecitas se apoyaron en sus piernas y envolvieron su cintura. Una lágrima rodó sin remedio por su mejilla. Su querida Nuria era igual de cariñosa y espontánea que ellos. Daría media vida por volver a tenerla solo un segundo entre sus brazos.

9. LUCERO

Sofía iba en el coche sentada delante con Jorge. Ese martes habían decidido ir a Lucero a hablar con los padres de Ana, la niña desaparecida en 2016. Por desgracia, los de María Jesús, la pequeña asesinada un año antes, habían muerto. La madre víctima de un cáncer al que no había tenido fuerzas de combatir, y el padre por una sobredosis de somníferos.

—No son solo las niñas. Ese desgraciado se lleva por delante la vida de sus familias —apuntó Rosa, la mano derecha de la detective, que les acompañaba ese día, puesto que ella era de la ciudad hacia la que se dirigían. De hecho, conocía a las personas con las que iban a hablar. Tenían un supermercado en el que compraba su madre desde hacía años.

—¿Seguís pensando que es un hombre? —preguntó el subordinado de Jorge, que también iba con ellos en el vehículo.

—Las violaciones no dejan lugar a dudas. No hay semen, pero las connotaciones sexuales están presentes —apuntó el inspector.

—¿Leísteis los análisis químicos? —inquirió Sofía. Ricardo le había explicado los efectos de la droga que les administraba el secuestrador a las niñas. Una ola de repugnancia la recorría cada vez que lo recordaba.

—Es otra forma de torturarlas —argumentó Rosa—. Paraliza sus cuerpos, pero deja que sus mentes sigan conscientes de todo el proceso. Saben que son violadas y no pueden hacer nada. Después las estrangula, seguramente para alcanzar el clímax, quizá no llegue al orgasmo si no las asfixia.

—Pero las apuñala cuando ya han fallecido —reflexionó Jorge—. Las castiga por algo que, en su mente, cometieron contra él.

—Al menos ya no sufren cuando él hunde el cuchillo en sus pechos y en su abdomen.

—No lo hace por piedad, Sofía. Estoy seguro de ello. Lo hará para que sangren menos o porque así recrea lo que sea que atormente su cerebro.

—Alguna chica que le abandonó o se rio de él —especuló la detective—. Quizá sufrió malos tratos o abusos de niño.

—Me da igual lo que fuera —intervino Rosa—. Cuando lo atrapemos, espero que le sentencien a cadena perpetua no revisable, en una cárcel llena de tipos grandes que le hagan pagar por las tropelías que les hizo a esas niñas.

—Estoy de acuerdo. Las personas que piensan que es una lástima que no exista en España la pena de muerte, deberían darse cuenta que

una condena de por vida es mucho más castigo en estos casos. Para estos tipos, la muerte sería una liberación.

Sin darse cuenta, habían llegado a su destino. Lucero era una ciudad pequeña en comparación con Basema. Se podía ir de un sitio a otro sin necesidad de usar el transporte público o coger el coche. Aunque había franquicias de moda, los comercios locales eran aún una fuente importante de ingresos para sus vecinos. De hecho, el supermercado de los padres de Ana era una tienda de alimentación que no pertenecía a ninguna gran cadena conocida.

—¿Te criaste cerca de aquí? —quiso saber David, que caminaba al lado de Rosa. La detective y Jorge iban delante especulando sobre la personalidad del hombre que buscaban.

—Sí. Justo dos calles más abajo está la casa de mis padres. Por cierto, a Sofía ya se lo he dicho, mi madre nos ha invitado a los cuatro a comer cocido. Si vosotros preferís algo menos pesado, podéis ir a algún restaurante. Hay varios baratos por la zona. Pero te advierto que le sale riquísimo.

—¿Cómo vamos a rechazar una propuesta así? Hace siglos que no lo pruebo. Demasiada tarea para uno solo.

—¿Estás soltero? —Rosa se dio cuenta de que la pregunta podía haber sonado más personal de lo que pretendía. A ella le daba igual que fuera casado, soltero o separado. Era mera curiosidad—. Me refiero a si vives solo.

—No. Con mi mujer y mi hijo. Lo que pasa es que ninguno tenemos demasiado tiempo para cocinar y acabamos comiendo cualquier cosa rápida.

—¿Y eso? —quiso saber riendo Rosa.

—En la comisaría, los horarios son un caos. Mi pareja tiene que dividirse entre su trabajo online y el cuidado del niño. Digamos que alimentarnos en condiciones no está entre nuestras prioridades.

—¡Eso está muy mal!

—Lo sé. Los sitios de comida casera preparada para llevar son un gran invento.

—Tengo que darte la razón —rio Rosa, que más de una vez había comprado en alguno de ellos un menú para Diego y ella.

Jorge protestó cuando Sofía sugirió que, en lugar de citar a los apenados padres en la comisaría, sería mejor visitarlos en su entorno. Según caminaba con la detective por las calles de Lucero, iba quejándose de nuevo de lo inapropiado que era haber hecho ese viaje.

—No es aceptable. Esto es saltarse el protocolo. En un despacho en comisaría estaríamos más tranquilos.

—Han pasado cinco años —insistió la detective—. Créeme si te digo que lo que menos ganas tienen de ver es a más agentes uniformados que no han sido capaces de encontrar al asesino de su

hija.

—Eres injusta. Han hecho lo que han podido.

—Lo sé, inspector. Te pido que confíes en mí y me des carta blanca.

—Ya lo estoy haciendo, Sofía. Contra la opinión de mis colegas de Basema. Si nos estalla en la cara, perderemos nuestros curros.

Jorge se detuvo y se giró para asegurarse de que la detective había entendido sus dudas. Él no tenía el colchón que implicaba estar casada con un abogado importante y millonario. No quería terminar sus días vigilando la puerta de unos grandes almacenes. Valverde no se amilanó. Le miró con la determinación marcada en cada uno de sus rasgos. El duelo de voluntades duró unos segundos, hasta que el inspector suspiró resignado.

—David, Rosa. Venid un momento.

—Dime, inspector —dijo el subordinado de Lamela.

—Vosotros dos vais a dar una vuelta por ahí. Tenemos el nombre del colegio al que Ana asistía. Igual que en el caso de Laura, la secuestraron una tarde que volvía de hacer un trabajo con unos compañeros en la biblioteca pública.

—Está a cinco minutos a buen paso en esa dirección—informó Rosa.

—Bien. Id y hablad con la directora y los encargados de la biblioteca. No sé si serán los mismos que estaban al mando entonces, pero vale la pena intentarlo.

—¿No vamos a la comisaría?

—No, David. De momento no. Nuestra amiga Sofía tiene otra idea.

Las dos mujeres sonrieron al escuchar al inspector. La detective solía seguir sus impulsos y corazonadas, y algo le decía que, con una taza de café en las manos, los padres de Ana estarían menos reticentes a hablar con ellos.

La pareja ya sabía que iban a verles esa mañana. Rosa había contactado con ellos para informales. Era una tarea de la que Fabi se encargaba habitualmente. No obstante, dada la relación personal existente, la detective le había pedido a su colaboradora que lo hiciera ella.

El supermercado estaba tranquilo. Dos personas esperaban a ser atendidas por un dependiente en el mostrador de la fruta. La madre de Ana estaba sentada en la caja y, al ver entrar a Sofía y Jorge, supo que no eran clientes. No miraban los artículos, sino a la gente que había en la tienda. La mujer le pidió a un joven que estaba reponiendo una estantería de leche que la sustituyera en su puesto.

—Avisaré a mi marido —le dijo a los recién llegados después de que ellos se presentasen.

El padre de Ana solía estar en su oficina hablando con los

proveedores y controlando las cuentas y el papeleo. Aquel día no era diferente. El hombre se unió a su mujer en cuanto ella requirió su presencia. Luego, el matrimonio guió a los investigadores hasta una cafetería algo alejada.

—Aquí estaremos mejor, ¿saben? Menos ojos indiscretos —explicó la dueña del supermercado.

Esperaron a que el camarero les sirviera sus consumiciones charlando del tiempo y de temas insustanciales. El inspector tuvo que reconocer que Lucero era una pequeña ciudad con encanto. Complacido por lo que veía, prometió al agradable matrimonio que, cuando sus ocupaciones se lo permitieran, volvería sin prisas.

—¿Por qué no han encontrado al cabrón que mató a mi hija?

—Paco, no son los mismos policías —afirmó la mujer intentado apaciguar los ánimos de su marido—.

—Lo sé, Silvia. ¿Van a hacer algo diferente a los otros? —preguntó el hombre para el que todos los policías eran iguales. Distintas caras, idénticos resultados.

—Son amigos de Rosita —añadió conciliadora la madre de Ana—. Ella me ha prometido que hará todo lo posible por dar con ese desgraciado.

—Eso no me vale —gritó su marido—. Quiero tener delante al cabrón que violó y mató a Ana. Le voy a cortar las pelotas y se las voy a dar a los perros…

El hombre comenzó a sollozar. Su ira era una muestra del dolor que había anidado en su alma desde el momento en que supo que no volvería a ver a su hija. El psicólogo al que él y su esposa habían ido, logró apaciguar la ansiedad que no le dejaba ni comer ni dormir. Sin embargo, era una ilusión. La pena se había quedado enquistada en un rincón de su mente, como un depredador esperando un instante de debilidad para atacar.

—Hay unos padres que ahora están pasando por lo que ustedes sufrieron hace años —empezó a contarles Jorge en un tono suave, intentando que sus palabras calmaran un poco al desesperado progenitor—. Su hija Laura fue secuestrada y asesinada hace unos meses.

—Lo oí en las noticias —dijo Silvia—. También dijeron que el padre la mató.

—Él no lo hizo. Un error a la hora de analizar las pruebas llevó a esa conclusión falsa—añadió Sofía observando por encima del borde de su taza al inspector, que, visiblemente incómodo debido a la velada acusación de la detective, cambió de posición en su silla.

—¿Creen que es el mismo asesino? —preguntó la madre de Ana—. ¿Hay más niñas muertas? Aquí hubo otra más. María Jesús. Conocíamos a sus padres. No superaron el dolor. Pudo con ellos.

Silvia alargó su mano y cogió la de su marido. La apretó con cariño, transmitiéndole su amor, tal y como había hecho cada día de su vida. Juntos. En lo bueno y en lo malo. Paco levantó sus acuosos ojos y le sonrió.

—Lo siento —se disculpó mirando de nuevo a los investigadores—. No han venido hasta aquí para verme llorar.

—Tranquilo. Cuéntennos cómo fue la desaparición de su hija —le pidió Jorge.

Las similitudes entre las niñas secuestradas iban más allá de lo físico. Sus vidas y sus muertes podían haber sido intercambiadas. Ningún detalle difería. Sofía estaba convencida de que el secuestrador no era un miembro de su familia. Con tantas víctimas, esa hipótesis quedaba eliminada. Tenía que ser alguien que se ganaba su confianza de un modo suficiente como para que ellas permitieran que se les acercarse. En las autopsias habían encontrado un pinchazo en sus cuellos. Sin duda, era la forma de inyectarles la droga e inmovilizarlas a fin de hacer con ellas lo que le viniera en gana.

—Me preguntaba si aún tiene su habitación como Ana la dejó o ya han recogido sus cosas —inquirió la detective.

—No he sido capaz —confesó Silvia—. Su almohada huele a ella. Algunas veces me siento en su cama y hundo mi nariz en la funda.

—¿Podríamos ir a su casa y ver el dormitorio?

El inspector hizo la petición rezando por una respuesta afirmativa. No quería tener que pedir una orden de registro. Confiaba en que la amistad que tenían con Rosa bastara para abrir las puertas del hogar de los padres de Ana.

—Claro —respondió Silvia—. Paco debe volver al supermercado, pero yo les acompañaré. Vivimos en el edificio que hay enfrente.

Los dos investigadores se despidieron del triste hombre. Jorge consideró que la detective no debía de haberles hecho promesas que quizás no pudieran cumplir. Aunque estaba seguro de que lo lograrían, era imposible dejar de considerar que, si el responsable había sido tan astuto como para ocultarse a plena vista de la policía durante años, podía seguir haciéndolo mucho más tiempo.

La vivienda donde Ana había crecido era sencilla y acogedora. Sin grandes lujos, pero con lo necesario para llevar una vida agradable. El dormitorio de la niña estaba pintando en un suave rosa. Los peluches y muñecos compartían espacio con neceseres de maquillaje y bandejas con anillos y pendientes. Era el fiel reflejo de una adolescente que dejaba la niñez para adentrarse en la madurez.

En una mesa situada al lado de la ventana, había libros escolares mezclados con cuadernos y botes llenos de bolígrafos de colores. A Sofía le recordó a la mesa de su hijo Nando. No pudo evitar sonreír al ver un bolígrafo de cuatro colores, similar a uno que su pequeño

atesoraba y ocultaba de las manitas de su hermana Carlota desde que Juan se lo había regalado. «Es un boli de mayores, mami», solía decir emocionado cada vez que lo usaba.

—Era una buena estudiante. Sacaba unas notas excelentes —recordó la madre de Ana—. Quería estudiar magisterio. Yo le decía que no se preocupara, que tenía tiempo para decidirlo. Pero no lo tuvo.

La detective se agachó y abrió un cajón del escritorio por el que asomaba una hoja de papel. Lo raro era que pudiera cerrar. Estaba hasta arriba de paquetes de folios, carpetas de plástico, gomas y lápices. La mayoría todavía sin usar en su envase original. Aquello superaba con creces lo que ella misma tenía en su hogar.

—¿No son demasiados artículos de papelería? —cuestionó el inspector tan sorprendido como Sofía.

—Demasiados, Jorge. Te lo garantizo. Tengo un marido y cuatro niños. Con esto tendrían para un año.

La detective y el investigador se volvieron hacia la madre de Ana en busca de una respuesta a aquel interrogante. Silvia estaba tan asombrada como ellos dos.

—No sé qué deciros. Siempre estaba haciendo trabajos y le gustaba tener las cosas del colegio ordenadas. Como veis, lo tenía todo en carpetas clasificadas con etiquetas. Si nos pedía dinero para ir a la papelería, se lo dábamos. Aunque supongo que también compraba material con su paga —añadió al observar con detenimiento el contenido de los cajones. En ningún momento le había llamado la atención, sin embargo, viéndolo con los ojos de los policías, sí que resultaba un pelín exagerado.

—¿Dónde adquiría el material? —quiso saber Sofía.

Jorge estaba pensativo. ¿De verdad era tan excesiva la cantidad de bolígrafos? Él no tenía hijos y, por lo que recordaba, de niño le encantaban los estuches llenos de lápices y rotuladores. Quizás aquella idea solo sirviera para que perdieran un par de horas. Una tontería sin importancia. No obstante, habían ido a Lucero a investigar. Tampoco pasaba nada. No sería la primera vez que dedicaban tiempo a pistas que no conducían a ninguna parte.

—En una papelería cerca del mercado —explicó Silvia respondiendo a la pregunta de la detective—. Es grande, y los chavales suelen ir allí en busca de este tipo de cosas.

—Nos acercaremos antes de irnos —afirmó Jorge—. Si era un lugar frecuentado por su hija, tal vez recuerden a alguien extraño que estuviera en esa zona por aquella época —se apresuró a añadir el inspector.

Lo que menos necesitaban era una caza de brujas. Nunca salía nada bueno cuando las personas desesperadas se tomaban la justicia por su

mano. Aunque desconocía quién sería el dueño del establecimiento, no quería ponerle en la diana de unos padres iracundos.

Cuando salieron de casa de Ana, era la hora de comer. Los comercios ya estaban cerrados, de modo que los investigadores fueron al encuentro de David y Rosa, que les aguardaban en el portal del hogar de la infancia de este última. Antes de subir, intercambiaron información sobre lo que habían averiguado.

—La directora solo lleva al frente del colegio dos años —dijo David releyendo sus notas—. Ni siquiera vivía aquí cuando las niñas fueron secuestradas. Hemos hablado con profesores que sí que las conocían. Ambas eran aplicadas, de carácter afable, con amigas, nada problemáticas.

—De María Jesús no hemos encontrado ningún pariente que siga viviendo en Lucero —continuó Rosa—. Como ya sabíamos, sus padres murieron. Era hija única. Sus tíos y primos no residen aquí.

—Fueron cuestiones de trabajo las que les trajeron a esta ciudad —añadió el subinspector—. Él era empleado de banca.

—¿Habéis ido a la sucursal, David?

—Sí, pero la cerraron el año pasado.

—Chicos, mi madre me ha llamado cuatro veces —les interrumpió Rosa—. O subimos ya, o la comida no va estar tan rica.

Fueron dos horas de asueto que los cuatro disfrutaron al máximo. El cansancio del viaje y las preocupaciones que les ocasionaba la investigación agarrotaban sus músculos y embotaban sus mentes. Al marcharse, cada uno se llevó un recipiente con las deliciosas sobras que habían quedado del cocido. ¡Aquella amable mujer había cocinado para un regimiento!

El paseo hasta la papelería les ayudó a bajar parte de los alimentos que se habían metido entre pecho y espalda. Como no iban a entrar todos a interrogar al hombre que estaba tras el mostrador en la tienda, se dividieron de nuevo. David y Rosa se encargarían de dar una vuelta por los alrededores y sus jefes serían los que hablarían con él.

—Sí, soy el dueño —respondió el interpelado. Un hombre de mediana edad, con una prominente barriga y el pelo canoso.

—¿Estaba aquí hace cinco años? —inquirió Sofía. Se había puesto de acuerdo con Jorge en que ella haría las preguntas. Era su corazonada y, por tanto, era la más indicada para llevar a cabo la tarea.

—Por supuesto. Abrimos en el 2009.

—Vienen muchos niños a por artículos para sus clases, ¿verdad?

—No solo ellos. Los universitarios y todo aquel que necesita material de oficina sabe que aquí lo va encontrar. Tenemos una gran variedad —explicó orgulloso el propietario de la tienda.

—Supongo que tendrá clientes asiduos que conocerá por sus

nombres, incluso.

—No tanto, pero por sus caras puede estar segura que sí. Nunca olvido una. Si ha comprado aquí una vez, y vuelve dentro de tres años, le recordaré —afirmó complacido. El trato personal era algo que le gustaba destacar y que inculcaba a sus empleados. Era lo que les distinguía de los grandes almacenes o de la fría e impersonal compra por internet.

—¿Recuerda a Ana y a María Jesús? —inquirió Sofía mostrándole dos fotos de las niñas.

—¡Oh, sí! —exclamó con pesar—. Las pequeñas asesinadas. Venían por aquí a menudo. Hay varios colegios cerca. Fue una pena. ¿Saben? Tengo cuatro hijas. Solo de pensar que el secuestrador las pudiera haber tenido en su punto de mira, se me pone la carne de gallina.

—Veo que tiene dependientes. ¿Ese chico que está abriendo cajas en esa esquina trabajaba aquí entonces?

—No. Él solo lleva dos años.

Por primera vez desde que entraron, el dueño de la papelería se había puesto nervioso. Hasta entonces había respondido a las preguntas con tranquilidad, pero unas gotas de sudor cubrieron su frente al escuchar la cuestión de la detective. Ni a Jorge ni a Sofía les pasó desapercibido el cambio de actitud.

—Debo revisar unos pedidos —afirmó el hombre queriendo dar por concluida la inoportuna visita—. Si no necesitan nada más…

—¿A quién tenía empleado cuando ocurrieron los secuestros? —Insistió Jorge rompiendo su silencio—. Es una tienda grande con mucho movimiento. Demasiado para usted solo.

El hombre titubeó asustado. Comenzó a retorcerse inquieto las manos. ¿Por qué no se iban con sus preguntas a otra parte?

—Somos de la policía, no inspectores de trabajo. Puede hablar con confianza —afirmó Sofía. Se acercó al mostrador y, en tono cómplice, le comentó al dueño de la papelería que a ellos no les importaba cómo hiciera sus contratos a sus ayudantes.

—En aquella época el local no era tan grande. Ahora son dos unidos. Entonces era menos de la mitad. Había pedido un préstamo para hacer la reforma y no podía gastar en otras cosas.

—Por ejemplo, en la Seguridad Social de sus trabajadores —remarcó el inspector.

—Solo fueron unos meses. Se lo prometo —aseguró azorado el hombre—. Pagaba a un chico para que me ayudara en las horas de más jaleo, pero sin darle de alta.

—¿Cuál era su nombre? —le preguntó Sofía.

—Pedro Gómez.

—¿Conserva sus datos?

—Sí. Los tengo por aquí —respondió el dueño de la papelería

rebuscando en una carpeta. Le tendió una hoja a la detective, y ella apuntó en su móvil la dirección y el teléfono a fin de enviárselos a Fabi.

—Una última cosa. ¿Por qué no le contrató en regla cuando terminó la obra? —quiso saber la detective—. ¿No estaba contento con él?

—Les he dicho que tengo cuatro hijas —comenzó a decir el hombre resignado a contarles toda la verdad. Aquella mujer parecía leerle la mente. Sabía exactamente qué era lo que trataba de ocultar en vano—. Hay ocasiones en que alguna de ellas me ayuda. Al principio de curso, con los libros de texto, a las horas de entrada o salida de los colegios, ese tipo de cosas. Fue una de las pequeñas la que más coincidía con Pedro. Ella venía a la tienda al salir de clase. Al cerrar, nos íbamos juntos a casa a comer. Se quejaba de que él la miraba raro y la hacía sentir incómoda. Aunque yo no vi nada, preferí no correr riesgos, y el mes que cerramos para la reforma le despedí. Al reabrir, él no estaba aquí.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió Jorge interviniendo de nuevo en la conversación.

—En enero de 2016, justo después de reyes. Al comenzar el segundo trimestre escolar, hicimos la fiesta de apertura.

—Descríbanos a su hija —le pidió el inspector.

—Se parece a su madre —afirmó el hombre sonriendo—. Es alta, delgadita, con los ojos azules y el pelo castaño claro.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve. Estudia periodismo. Es muy lista.

Sofía y su acompañante se despidieron y salieron de la tienda, no sin antes pedirle también sus datos por si requerían hacerle alguna otra pregunta.

—¿Piensas lo mismo que yo, Jorge?

—La hija de este hombre tuvo suerte de que su padre hiciera la reforma antes del 11 de enero.

—Sí. Estoy de acuerdo. Si la hubiera hecho más tarde, en lugar de a Ana, el secuestrador se habría llevado a su pequeña.

10. THOR

Sofía puso el móvil en altavoz para que los cuatro ocupantes del coche pudieran escuchar lo que Fabi y Amanda habían averiguado.

—Pedro Gómez residió durante un periodo de dos años de la ciudad de Lucero. Antes y después de esa época, no hay nada sobre él —comenzó a explicar el ayudante de la detective—. Desapareció de forma tan misteriosa cómo llegó.

—En la dirección que os dio el dueño de la papelería hay un piso de estudiantes. El casero cobra en mano a primeros de mes. Los números que tiene de DNI y de la cuenta bancaria de Pedro no nos valen para nada —añadió Amanda.

—Son falsos —le interrumpió el informático—. No corresponden a una persona real. Son aleatorios. Al propietario de la vivienda solo le importa que le paguen. No hace comprobación alguna al admitir a un nuevo inquilino.

—Hemos hablado con la policía de Lucero y van a intentar encontrar a alguien con quien Gómez se relacionara fuera de la papelería. Los chicos que viven ahora en el piso no son los mismo de hace cinco años, aún así, también van a interrogar a los vecinos.

—Gracias, Amanda. Es una buena idea —alabó Jorge. La joven no dejaba nada al azar. Era una buena investigadora. Estaba seguro de que llegaría alto en el escalafón policial.

—Sofía, ahora estamos mirando en las redes sociales. Tal vez usara ese apodo en algún perfil. El problema es que es un nombre relativamente común y tendremos que hacer un cribado.

—Perfecto, Fabi. Mantenednos informados.

—¿Estáis trabajado juntos? —preguntó David desde el asiento de atrás.

—Claro, es más rápido y eficiente hacerlo en un mismo sitio que conectados en red —respondió su compañera policía.

—Por como cruje la silla en la que estás sentada, diría que estáis en la oficina —comentó Rosa. Estaba segura que ese ruido era el que hacia el asiento en el que pasaba tantas horas.

—¿Es eso cierto? —quiso saber el inspector—. Desde la agencia de Sofía no tendréis acceso a las bases de datos oficiales ni a la intranet de la comisaria.

—Jorge, no conozco mucho a Amanda, pero sospecho que se parece a Fabi bastante en cuanto a habilidades informáticas —dijo la detective sonriendo benévolamente al conductor ceñudo del vehículo —. Dudo mucho que su lugar de trabajo influya en lo que hacen. Tú ya me entiendes.

Unas risitas al otro lado de la línea telefónica, coreadas por David y Rosa, hicieron comprender a Lamela que aquella investigación no era como las anteriores que había realizado. Iban a bordear los límites en más de una ocasión. ¿Cuándo había ido a comer con los padres de sus subordinados? Nunca. Y, sin embargo, lo había hecho, y estaba más que contento con los resultados. Tenían a un huidizo sospechoso del que, sin los lazos de amistad entre los padres de Ana y de Rosa, jamás habrían oído hablar.

—Prefiero no saberlo —afirmó resignado, recordando el dicho «ojos que no ven, corazón que no siente»—. Pero recordad que, si hay algo, tendréis que gestionarlo a través de los cauces legales convencionales o no nos valdrá de nada en un juicio.

—No te preocupes, inspector. Para eso está Javier en la oficina —le aseguró Amanda—. Las peticiones de colaboración a la comisaría de Lucero las ha tramitado él desde allí.

—De acuerdo, seguid trabajando.

El resto del viaje lo pasaron analizando lo que habían averiguado. Pedro Gómez era un sospechoso consistente. Su interés por las niñas y su estancia en Lucero durante su desaparición no podían ser mera coincidencia. Si al menos tuvieran sus huellas para cotejarlas en alguna base de datos o con las halladas en los lugares donde habían encontrado los cuerpos, podrían avanzar más rápido en su búsqueda. Una foto que mostrar a los familiares y amigos de las víctimas tampoco les vendría mal. Lamentablemente, aquel no era un episodio de una serie americana en la que en un chasquido resolvían un caso y realizaban análisis de ADN instantáneos.

—Confía en Fabi —le dijo Sofía a Jorge al despedirse de él y David en la puerta de comisaría—. Es bueno en lo que hace, y creo que forma un buen equipo con Amanda.

—Ya veremos qué consiguen —respondió el inspector encogiéndose de hombros.

Rosa y la detective dieron un paseo hasta la agencia que les vino bien a ambas para estirar las piernas. Cuando llegaron, la policía ya se había ido. Solo quedaba Fabi, que jugaba con Samuel en sus rodillas frente al ordenador.

—Menuda profesionalidad —le reprendió Rosa fingiéndose enfadada—. ¿Te das cuenta, Sofía? Nos despistamos un poco y esto es el caos.

—Mientras vosotras estabais de excursión, comiendo en casa de tus padres, aquí hemos estado trabajando mucho —afirmó el informático mientras dejaba que su hijo corriera hacia las dos mujeres. Ambas adoraban al pequeño morenito que con sus ocurrencias y dulce carácter había conquistado a todos los que le conocían.

Fabi sabía que si algo les pasaba a Boris o a él, Sofía y Lucas

cuidarían de su niño igual de bien que a los suyos, sin hacer distinción alguna. Incluso Rosa y Diego serían unos buenos tutores si hiciera falta. No podía estar más agradecido al destino por haber puesto en su camino a aquel maravilloso grupo de seres. Eran su familia, aunque no les unieran lazos de sangre.

*****

Fátima le mandó a Sofía un mensaje con la ubicación de la granja que iban a visitar el sábado. Su marido había optado por quedarse en casa con Diego y Juan viendo un partido por la televisión.

—Será divertido. ¿Por qué no quieres venir? —le preguntó la detective cuando descansaban después de un orgasmo demoledor que se habían regalado mientras su pequeña troupe dormía.

Los fines de semana, sin colegio, eran una bendición. No había que madrugar. Vega se había despertado a las seis pidiendo un biberón, pero después de tomarlo se había vuelto a quedar grogui, dejando a sus padres disfrutar de su mutua compañía.

—Cariño, es la final —respondió Lucas dándole un suave mordisco en el cuello—. Les prometí a los chicos que la veríamos en casa en la pantalla grande.

—¿Y no puedes grabarla y ponértela luego? ¿Cuándo vas a tener otra oportunidad de observar vacas y ovejas en persona? —insistió Sofía poniendo morritos.

—No es lo mismo. Una cosa es disfrutar un partido en directo, y otra en diferido. Antes daba igual pero, ahora, con las redes sociales, saltan notificaciones en los teléfonos que te informan de todo quieras o no.

—Los podéis apagar.

—La gente estará en las terrazas dando gritos. No llegaríamos a casa sin saber el resultado.

Era inútil. No iba a convencer a su marido y a sus amigos de que les acompañaran. Su intención era doble: disfrutar del aire libre con una actividad en familia y propiciar un encuentro entre Fátima y Juan. Se le había pegado la vena casamentera de Rosa y Fabi. Hasta su cuñada Ana decía que hacían buena pareja. No se resignaba a no salirse con la suya, así que intentó otro plan al que Lucas no se negaría.

—Está bien. Me llevaré a Nando, Carlota y Javier y tú te quedas con Vega. Es demasiado chiquitina para apreciar nada.

—Lo que tú quieras, mi vida —aseguró él sin dejar de dejar un reguero de besos en los pechos de la detective.

—Y nos tendréis preparada la cena para cuando volvamos. Sin complicaros —añadió ella al ver la cara de susto que había puesto Lucas—. Unas pizzas y una ensalada nos valdrán.

—¿Para todas?

—Claro, mi vida. ¡Ah! No se te olvide invitar a mi hermano. Ana y Marta se unen a la excursión, no se va a quedar Mario solo en casa aburrido.

Sofía no le dio opción a protestar. Era hora de levantarse y preparar el desayuno a sus judocas favoritos. Lucas se iría con Nando en una hora y ella se quedaría disfrutando de sus hijos más pequeños. No había nada mejor en el mundo que revolcarse en la alfombra con ellos y sus peluches, sin prisas por ir al colegio o a la agencia. Bueno, pensándolo bien, retozar en la cama con su ardiente marido tampoco estaba nada mal.

Después de comer, Sofía se puso tras el volante de su coche familiar. El biplaza deportivo de Lucas había quedado aparcado en el garaje, junto la moto de ella, desde hacía tiempo. Viajar con cuatro niños requería la instalación de igual número de sillitas homologadas. De forma que, tras el nacimiento de Javier, se compraron un vehículo de ocho plazas. Las dos extras les venían bien cuando se unían Ana y Marta u otra persona a sus desplazamientos. Diego y Juan le tomaban el pelo a Lucas diciéndole que tenía sitio para dos niños más. El abogado solía responder con un «no» categórico a sus chanzas. Cuatro hijos eran suficientes.

—Venga, chicos. La próxima vez gemelos y ya tenéis la media docena —le gustaba bromear al oftalmólogo.

El abogado adoraba a sus pequeños, pero no tenía la más mínima intención de aumentar la familia. Sofía era de su misma opinión. Por ello, la detective tomaba la píldora y obligaba a su marido a ponerse condón cada vez que tenían relaciones.

—Cariño, gozo al sentir tu piel cuando estoy dentro de ti —le pedía Lucas a su amada cuando el deseo le nublaba la mente.

—Y yo. Pero la fábrica de bebés está cerrada. O te lo pones, o me hago un cinturón de castidad.

Aquel mediodía, Lucas ayudó a Sofía a colocar en sus lugares correspondientes a los niños. Nando ya se sabía abrochar solo el cinturón. Aunque Carlota protestaba, ambos sabían que se dormiría en cuanto el coche arrancara. ¡La de vueltas que había dado Lucas de madrugada a la urbanización con su pequeña en el asiento trasero hasta que le entraba sueño! Javier, bonachón como siempre, se dejó acomodar por su madre sin dejar de sonreír. La detective puso un par de peluches en sus manitas. Serían suficientes para entretenerle todo el camino.

—Cuida de Vega. Tienes dos biberones en la nevera. Creo que serán suficientes.

—Tranquila, Sofi. Se despertará tarde, y ya estarán aquí sus tíos Juan y Diego para mimarla. El problema será que luego se vuelva

dormir después de tanta fiesta.

—Pues algo habrá que hacer, porque estos tres quedarán agotados y mañana no hay que madrugar.

La detective se puso de puntillas para besar a su marido a la vez que dejaba que sus manos bajaran hasta su culo y lo apretaran con fuerza. Sus intenciones eran bien claras. Esa noche quería sexo. Deseaba y anhelaba a su abogado favorito. Nunca tenía suficiente.

—Vega no va a dormir más siesta —afirmó decidido Lucas—. Así, tras la toma de las once, caerá como un tronco en su cuna.

—¿Somos malos padres? —preguntó Sofía al sentir algo de culpa por sus planes.

—No, mi vida. Adoramos y veneramos a nuestros hijos. Los cuidaremos mejor si estamos felices y satisfechos. Si estamos frustrados, lo acabaremos pagando con ellos. Un ratito de intimidad será bueno para todos.

—Me has convencido. Tendremos sexo salvaje por el bien de los niños.

—Hay que sacrificarse por la familia —aseguró Lucas entre risas.

Sofía no había llegado a la puerta de la urbanización cuando el abogado ya tenía en brazos a su pequeñita Vega. Ni mucho menos era su intención despertarla, pero sabía que no iban a tener más bebés y quería disfrutar de esa cosita tan tierna contra su pecho antes de que llegaran sus amigos.

Rosa, Ana y Marta iban en el vehículo de la primera. Habían acordado reunirse con la detective y la veterinaria en una gasolinera a las fueras de Basema, situada en la carretera que llevaba hasta la granja que iban a visitar.

—¿Y habrá caballos, mami?

—Fátima me dijo que sí, Nando.

—¿Y pudo subirme en uno? —preguntó esperanzado el muchachito.

—Hoy no. Aunque en verano, si quieres, os podéis apuntar tu prima y tú a una escuela de equitación que hay allí. Será divertido, ¿qué te parece?

—¡Genial! ¿Lo sabe papá? —inquirió lleno de dudas el niño. Lucas no se caracterizada por ser muy permisivo en el tipo de actividades que implicaran algún riesgo físico. Si salía a montar en bici con él, le hacía ponerse casco, coderas y rodilleras.

—Aún no. Marta y tú debéis pedírselo poniendo morritos y cara de pena —respondió la detective. Aunque no era correcto dar esos consejos a Nando, su marido podía ponerse muy serio en algunas cosas. Teniendo en cuenta que era su primogénito, su deber de madre consistía en ayudarle a abrir camino a sus otros hermanos.

—¿Como cuando tú querías ir en moto con Carlota en una

mochila? Porque no te funcionó —le recordó con inocencia el niño.

—Ya, bueno, sí —reconoció Sofía—. Pero a ti se te da mejor.

La granja a la que se dirigían era una gran extensión de terreno que no se abarcaba con la vista. En una zona vallada estaban las reses, pastando en la verde hierba que la primavera había hecho crecer. Unos suaves balidos les indicaron que cerca estaban las ovejas.

—¡Mami! ¡Corre! ¡Bájame!

—Ya voy, Nando.

Como dos salvajes potrillos, los primitos corrieron emocionados a ver de cerca a los animales. Ana fue tras ellos, preocupada.

—No lo les va a pasar nada —rio la veterinaria.

—Las que deben tener cuidado son las vacas. Tienen más peligro esos dos que ellas —aseguró la detective.

—Están acostumbrados a que los niños las acaricien —respondió Fátima desechando cualquier preocupación por los críos—. Entre los de la escuela de equitación y los nietos de los dueños, hay mucha chiquillería por aquí. A mi Nuria le encantaba tirarles de la cola cuando era pequeña.

La voz de la veterinaria se quebró al recordar a su hija. Al reabrirse la investigación, lo habían hecho también sus heridas, y sus emociones estaban a flor de piel. Intentaba no pensar en su pequeña centrándose en el trabajo y haciendo turnos extra en la clínica.

—¿Desde que nos reunimos el sábado pasado has vuelto a descansar? ¿A tomarte un tiempo para ti?

—No, Rosa —confesó Fátima notando cómo la tensión acumulada pesaba sobre sus hombros.

—Eso está muy mal —dijo Sofía dejando a Carlota en el suelo para que siguiera a su hermano—. Desde ya, los fines de semana te unes a nosotras. De hecho, al irnos de aquí, tenemos cena en casa. Contamos contigo.

—No puedo ir —rehusó la veterinaria, reacia.

Había perdido la costumbre de socializar y le costaba un mundo hacer cualquier cosa que no fuera trabajo.

—¡Claro que puedes! —exclamó Sofía mientras sentaba a Javier en la silla de paseo que tenía preparada para él—. Míranos. Estamos rodeadas de niños. ¿No pensarás que nuestros planes son alocados?

—No te fíes de ella —le advirtió Rosa—. En uno de sus casos alquiló un autobús y nos metió a todos en él para ir a investigar a Taima. Tuvimos que fingir que íbamos por turismo.

—¿A sus hijos también?

—Sí. Y bien que os lo pasasteis —replicó la detective yendo en pos de la traviesa niña que se disponía a colarse entre los listones de la valla. Suerte que Nando le quitó la intención. Carlota era igual que ella. Algo que le aterraba y le encantaba a la vez.

Fátima olvidó las sensaciones tristes que le habían invadido minutos antes en cuanto empezó a mostrarles los animales a sus nuevas amigas. Sin ninguna timidez ni miedo, los chiquillos acariciaron con cuidado a los terneros recién nacidos, dieron de comer a las gallinas y consiguieron subirse a uno de los mansos caballos de las cuadras.

Ana y Sofía contemplaron aterradas a Nando y Marta paseando a lomos de un bello equino. El encargado de atender la escuela de equitación les aseguró que no había ningún peligro.

—Saben lo que hacen. Es cien por cien seguro —les dijo la veterinaria sonriendo.

—¿Y si sale una serpiente, el caballo se asusta y al levantar las patas de delante, los tira de la montura? —preguntó la detective.

—¿Puede pasar? —Quiso saber su cuñada—. Es mejor que los bajemos de ahí.

—Sí, lo he visto en las películas.

El monitor se unió a las carcajadas de Fátima y de Rosa. Era divertido ver a la siempre intrépida Sofía convertida en una temerosa madre. Carlota, desde el suelo, pedía ir con su hermano y su prima. Ella también quería subir en aquel animal tan grande y bonito.

—Sofi, aquí no hay serpientes.

—¿Estás segura, Rosa?

—Te prometo que no las hay —respondió la veterinaria cogiendo en brazos a la niña para ponerla delante de Marta, que la rodeó protectoramente con su cuerpo—. Venga, hazles algunas fotos y envíaselas a Lucas.

—Mejor que mi marido las vea cuando estemos de regreso, o en cinco minutos lo tenemos en la finca. Es capaz de alquilar un helicóptero para rescatar a sus hijos de su inconsciente madre.

Javier se limitaba a señalar con su dedito a sus hermanos y a su prima. Cuando se volvió con carita de pena hacia Sofía, esta se alejó con la silla unos metros. Como viera a otro de sus niños subido al caballo, se desmayaba.

—¡Fátima! —gritó una mujer que llegó corriendo hasta ellos. Debía de ser alguien de la familia de los dueños que, sin duda, conocía bien a la veterinaria. Se notaba la cercanía entre ambas.

—¿Qué ocurre?

—En *Canela*. Te necesita. Se ha puesto de parto.

Al ver la indecisión en los ojos de la Fátima, la recién llegada se apresuró a añadir que ella seguiría enseñándoles los animales a sus acompañantes, pero que *Canela* estaba en el cobertizo rojo y no podía esperar más.

Media hora después, se reunieron todos cerca de la casa principal para ver cuál era la urgencia. Creían que se iban a encontrar con una

vaca o alguna yegua enferma. Sin embargo, era una preciosa perrita la que había requerido la asistencia de la madre de Nuria. Lamentablemente, los esfuerzos de la veterinaria fueron en vano, y no pudo salvar la vida de la madre, aunque sí la de sus hijos. Una camada de seis cachorritos que, en esos instantes, se apretaban en busca de calor.

—Mami, mira —gritó Nando alborozado.

El niño se arrodilló para verlos de cerca, su prima hizo lo mismo a su derecha, y Carlota lo imitó a la izquierda.

—Es una pena —se lamentó la dueña de la finca—. Si no encontramos dueños para ellos, tendremos que…

No terminó la frase, pero las invitadas entendieron a qué se refería.

—Nosotros podemos cuidarlos —afirmó Nando volviendo la cabeza a fin de ver el rostro de su madre.

—Y nosotros —le secundó Marta.

—Cariño, ya te he dicho que en un piso no podemos tener un animal —dijo Ana con una voz no demasiado firme. Sofía tenía que apoyarla o saldrían de allí con los perritos en las manos.

—Tres alumnos de la escuela de equitación se van a llevar uno, y otro se quedará aquí en la granja. Nos faltan dos hogares más —añadió la veterinaria.

—Lo siento, Fátima, no puedo —negó Sofía—. A Lucas le da algo si aparezco con un perro.

—Perrito, mío.

Las mujeres se habían despistado hablando y no habían prestado atención a lo que ocurría a sus pies. Carlota tenía una bolita de pelo marrón en sus manitas, a la que Nando acariciaba con ternura el lomo.

—Nene. Quero —gritó Javier con lengua de trapo desde su sillita señalando a otro cachorrín al que Marta sonreía agachada en el suelo.

—Vale —claudicó la detective—. Esos dos se vienen con nosotras. Ana, no te molestes en protestar. Si yo voy a tener un perro, tú también. Aquí la lianta será la encargada de darles los cuidados médicos que requieran, ¿verdad?

—¡Encantada! —exclamó Fátima sonriendo. Sabía que sus nuevas amigas no le fallarían. No había planeado que coincidiera el parto de *Canela* con su excursión, pero fue una magnifica casualidad dadas las adversas circunstancias.

—Y la comida que necesiten con las pautas para administrársela —añadió Ana sin saber cómo habría que cuidar a un bichito tan pequeño.

En el viaje de regreso a Basema, los pequeños protestaron por separarse de sus recién adquiridas mascotas, sin embargo, en eso se mantuvieron firmes sus madres. Sería muy peligroso que se les escaparan en el coche mientras ellas estaban ocupadas conduciendo.

La veterinaria tenía un portaanimales en su vehículo, donde los cachorritos irían cómodos y protegidos.

—Chicos, nos le digáis nada a papá de *Thor* hasta que yo hable con él —les indicó Sofía a sus hijos antes de bajarse del coche.

Nando había bautizado a su perrito con el nombre del dios nórdico, en tanto Marta había decidido llamar al suyo *Sultán*. Ninguno de los dos tenía un aspecto demasiado amenazante como para recibir aquellos apodos, pero los críos no habían dudado ni un instante, así que sus madres no osaron decir nada en contra. Lo que si habían hecho era asegurarse de que ambos fueran machos, no querían tener que lidiar en un futuro con una situación parecida a la que había desencadenado el aumento del número de miembros de sus respectivas familias.

—¡Jo, mami! Yo quería jugar con él —protestó el niño. La detective suponía que Ana estaba teniendo una conversación similar con Marta. Su hermano se pondría muy contento al ver al perrito. Tanto él como Guillermo, su otro hermano, siempre les pedían a los Reyes Magos un cachorro, y ellos jamás atendieron sus súplicas. Ella esperaba que Lucas no se enfadara al saberlo.

—Cariño, se va a quedar en el garaje hasta que se vayan los invitados. Luego hablaré con papá y bajaré a por él.

—Puede dormir en mi habitación, yo le hago un sitio —afirmó risueño Nando.

—Hasta que aprenda a hacer sus cositas en el jardín, mejor se queda en la cocina. Allí será más fácil limpiar el desastre que haga.

A Lucas no le extrañó que las mujeres quisieran dejar los coches bajo techado, porque amenazaba lluvia, aunque, por lo embarradas que estaban las ruedas de los tres vehículos, un poco de agua no les vendría mal. El pobre abogado no sabía lo que la traviesa de su mujer tramaba.

11. LAS COINCIDENCIAS NO EXISTEN

Juan saludó a las mujeres y a los niños cuando llegaron de su excursión. Fue incapaz de comportarse con indiferencia al notar el cálido tacto de la piel de Fátima al besar sus mejillas. Era un gesto tan casto como el que había intercambiado con el resto, pero su cuerpo no lo sintió igual. Una parte de su anatomía reaccionó con vida propia. Azorado, se bajó la sudadera que llevaba puesta hasta tapar sus piernas unos cuantos centímetros por debajo de su cintura, y tragó saliva.

—¿Cómo os lo habéis pasado? —preguntó Mario a su hija.

—¡Muy bien! —exclamó emocionada Marta que, igual que sus primos, había sido advertida por su madre de que hasta que no se fueran no dirían nada del perrito.

Ana confiaba en que el portaanimales que Fátima le iba a prestar permanecería oculto de forma discreta detrás del asiento del conductor, disimulado entre la silla de Marta y la bolsa de comida para el cachorrito. Si estaba dormido y no hacía ruido, con suerte estarían ya en casa en el momento en que su marido descubriera que tenían una mascota. Sabía que se iba poner contento, pero dudaba de que su cuñado fuese de la misma opinión.

—Fátima, ¿le das la cena a Javier mientras yo me encargo de Vega, por favor? Nando y Carlota cenarán con nosotros, sin embargo, estos dos querubines deben irse pronto a la cama.

—No sé, tal vez Lucas prefiera hacerlo él —dudó la veterinaria.

—Te lo agradecería —dijo el abogado interrumpiéndola. Había captado el guiño de su mujer. La dulzura de tener un bebé en brazos podía aliviar las heridas emocionales del alma—. Tengo que dar los últimos toques a la ensalada.

—Está bien —accedió Fátima.

—¡Genial! Ven conmigo —le pidió Sofía.

Rosa y Diego se encargaron de entretener a los niños, permitiendo que el resto de adultos preparase la gran mesa en la que se iban a sentar.

—Si no dejas de mirarla así, la tortilla que estás haciendo se va a quemar —le susurró divertida Ana al juez, que no prestaba atención a la sartén en la que se estaban cuajando los huevos y las patatas.

—Dejaremos que te sientes a su lado —añadió Lucas, que picaba tomate en una tabla—. No te preocupes.

—A mí me da igual estar en un sitio que en otro —se defendió Juan.

—¡Claro! —rio el abogado.

La detective y la veterinaria cogieron la papilla de Javier y el biberón de Vega antes de subir a la habitación de los bebés. Cada una se había acomodado en una de las mecedoras con uno de los pequeños en brazos.

—Ahora duermen juntos, pero, cuando crezcan, él se irá con Nando y ella con Carlota. Pondremos dos camitas en cada cuarto —explicó Sofía.

Fátima no la escuchó. La manita de Vega agarraba la suya, posada en el biberón. Un tenue aroma a colonia de bebé llegaba a sus fosas nasales. Era la misma que ella usaba con su Nuria cuando era chiquitina. Los tristes recuerdos se fueron diluyendo en una serena paz que la envolvió, aislándola de lo que le rodeaba. Se encontraba en el interior de una burbuja de serenidad que desde el asesinato de su hija no había experimentado. Hubiera jurado que una voz similar a la de su niña le decía al oído que estaba bien y que debía seguir viviendo. Una mano apretó su hombro y, al levantar la cabeza, vio el bello rostro de Sofía observándola con ternura.

—Se lo ha terminado todo. ¿La acostamos?

La mujer que bajó las escaleras hacia el comedor en compañía de la detective no era la misma que las había subido tres cuartos de hora antes. Su aspecto relajado la había rejuvenecido. Si antes era atractiva, en esos momentos lo era aún más. Juan la observaba con una sonrisa en los labios. No hizo falta que nadie se encargara de sentarlos juntos, de forma natural ellos los hicieron.

—Nando me ha dicho que se lo ha pasado muy bien. Tal vez algún día puedas enseñarnos lo que han visto hoy, a mis hijos y a mí —le preguntó el juez a Fátima. Quería volver a verla y no sabía si aceptaría quedar a solas con él.

—Por supuesto —respondió encantada la mujer.

El hombre que tenía a su lado era muy guapo y seductor. Sin embargo, lo que más le atraía de él era la singular mezcla de seriedad y empatía que emanaba de su persona al hablar. No tenía el don de gentes de Lucas, ni la simpatía innata de Diego, ni la campechanía de Mario. Podía imaginarlo en su sala impartiendo justicia. Aunque, lejos de ser una ensoñación intimidante, le resultaba tremendamente sexy. Su libido parecía haber despertado de su letargo.

—Creo que a Marieta le va a gustar tanto como a sus hermanos pequeños. Además, le vendrá bien —añadió él preocupado.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Fátima al notar su tono inquieto.

—Desde la desaparición de Laura, no ha vuelto a ser la misma. Estaban muy unidas. Tiene otras amigas, sale y se divierte. Pero he visto su carita cuando cree que no la ve nadie y sus ojos se apagan a veces. En cierta forma, se culpa por no haber estado aquel día con ella.

—La entiendo. A mí me pasa lo mismo. Me culpo por lo que le pasó a mi hija y sé que no es verdad. Si tú quieres, yo podría hablar con ella.

—Sí. Seguro que la ayuda —afirmó Juan al recibir aquel apoyo inesperado.

—Entonces, el sábado que viene os venís los cuatro conmigo a la granja.

—¿No les importará a sus dueños? Hoy ya habéis sido muchos.

—Créeme si te digo que están muy contentos de que hayamos ido esta tarde.

—¿Y un café? —preguntó de pronto Juan haciendo parpadear a Fátima.

Estaban comiendo una empanada y él no era el anfitrión. ¿A qué venía esa propuesta? ¿Aquel hombre le estaba pidiendo una cita? Tuvo que contenerse para no gritar un «sí» a pleno pulmón que despertaría a los bebés. Inspiró, sosegó los latidos de su corazón, y pensó una contestación apropiada a su cuestión.

—Mañana por la tarde no trabajo —respondió como si tal cosa, fingiendo una calma que no sentía.

—¿A las cinco te va bien? ¿En *El Costanza*?

—Perfecto.

Los dos continuaron cenando y hablando con el resto de comensales, que, aunque no decían nada, se habían dado cuenta de todo. Diego, que estaba al otro lado de Fátima, había escuchado cada palabra. Se alegraba por su amigo Juan. Con el trato, las personas llegaban a ver su riqueza interior que, desde fuera, en muchas ocasiones, se confundía con cierta antipatía. En cuanto a Fátima, por lo que sabía, era una bella mujer que había pasado por la peor experiencia que un padre nunca debería sufrir. Hacían buena pareja. Rosa y Sofía lo habían dicho desde el primer momento, y tenían toda la razón.

A medianoche, Nando y Marta estaban adormilados en las rodillas de sus padres. Carlota hacía una hora que se había acostado, no porque tuviera sueño, sino a instancias de su madre, que pensó que sus amigos necesitaban un rato de tranquilidad. Aquel terremotillo no quería perderse la fiesta y, divertida, pasaba de unos brazos a otros dispuesta a recibir mimos. La detective, con infinito amor, observó los ojitos cerrados de su hija, que, a los segundos de poner la cabecita en la almohada, se dejó acunar por Morfeo.

—Debemos irnos —le dijo Mario a su mujer al notar cómo su hija dormía plácidamente, con la carita apoyada en su pecho.

—Creo que es hora de que todos nos vayamos —comentó Juan.

—Ana, Fátima, venid, que os doy la mermelada de la que os hablé. Dolores, la antigua señora que se encargaba de ayudar a Lucas con la

casa, se habrá jubilado, pero siempre nos manda recipientes con dulces y comida con su sobrina Laura.

Aquello era la excusa pactada por las tres mujeres a fin de separar a los cachorritos que aún permanecían en el mismo portaanimales. En lugar de ir por la cocina, atravesaron por la habitación que la detective usaba a modo de despacho que daba al jardín exterior. No fue su intención cotillear, no obstante, una foto que había sobre las carpetas atrajo la atención de la veterinaria.

—Sofía, ¿quién es?

—Lo siento, no debería estar así —respondió colocando los documentos en un cajón—. Procuro dejarlo recogido por si entran los niños. No suelen, solo es una precaución. No quiero que vean nada que les pueda causar pesadillas luego.

—¿Es un sospechoso? —insistió Fátima sin moverse del sitio en el que estaba.

—Sí. Puede estar relacionado o no. Estamos investigándolo.

La foto era una instantánea del rostro de Pedro Gómez. Había sido una sorpresa encontrársela. Dudaban de que él supiera que existía, o no hubiera permitido que le retrataran. Fabi la había hallado en la edición digital de un periódico local de Lucero. Se le ocurrió probar con el nombre de la papelería y se topó con una breve reseña del día del libro de año 2015. El dueño posaba con su esposa en la acera, justo delante de un tenderete que habían ubicado en la puerta de la tienda. El gran escaparate permitía ver el interior. Aunque la resolución era escasa, un programa informático había hecho el resto. Tenían una imagen, algo desenfocada, que podían enseñar a la gente. Amanda la había introducido en una aplicación que localizaba rostros en la red. Solo debían esperar con paciencia a que se topase con alguna coincidencia a lo largo del fin de semana.

—Le conozco.

—¿Qué? ¿Estás segura, Fátima?

—Del todo —afirmó con rotundidad la veterinaria. Ana permanecía en un discreto segundo plano. Por la expresión de su cuñada, estaban ante una pista importante—. Antes lo veía varias veces a la semana, ahora menos.

—¿Dónde? —quiso saber Sofía, a la que se le había ido el cansancio del día por ensalmo.

—En una papelería cerca del colegio donde iba a clase mi hija. Adoraba los bolígrafos de colores y siempre estaba comprando alguno nuevo. Allí tienen de todo, de hecho, una vez al mes voy a por material de oficina para la clínica.

—¿En qué calle es? —insistió Sofá.

—Hay un instituto y dos centros concertados en esa zona. Creo que Juan lleva a sus hijos a uno de ellos —le comentó Ana a la detective al

escuchar la dirección—. Lo sé porque ya estamos barajando lugares posibles donde inscribir a Marta en bachillerato.

—¿No es un poco pronto para eso?

—Bueno, Sofí, es su futuro. Hay que ver opciones.

La detective se recuperó del asombro que las palabras de Ana le habían causado para centrarse en las no menos inesperadas de Fátima. ¿Sería el hombre que buscaban, o solo era alguien que se le asemejaba? El lunes a primera hora deberían ir allí y comprobarlo en persona. Estaba visto que las causalidades no existían.

12. NO TE ENFADES

Sofía había aguardado a escuchar el motor del último coche de sus amigos saliendo por la verja, para llamar al inspector Lamela. De nada valieron las protestas de Lucas advirtiéndole de que no era una hora apropiada de telefonear a nadie.

—Le he mandado un mensaje primero. Me ha dicho que estaba despierto.

El abogado dejó por imposible a su chica y fue a acostarse, no sin antes revisar que sus hijos estuvieran bien en sus respectivas camas y cunitas.

—Jorge, espero no haberte pillado durmiendo. Es algo importante que no podía esperar hasta el lunes. Bueno, tendremos que hacerlo, pero…

—Sofía —la interrumpió el policía, que estaba leyendo un libro cuando la detective contactó con él—. Al grano, que no son horas.

Brevemente, le explicó que Fátima cenó con ellos y, en un descuido, había visto una foto de Pedro Gómez, reconociéndolo como un dependiente de una papelería que frecuentaba su difunta hija. Ya le había mandado a Fabi la información y suponía que él se encargaría de remitírsela a Amanda.

—Ya sé que sin pruebas una detención no es legal, aunque para un interrogatorio sí tenemos suficientes indicios, Jorge.

—Estoy seguro de que nuestro particular equipo informático buscará información sobre las personas que trabajan en esa papelería. Ven el lunes a comisaría a primera hora. Revisamos juntos lo que Amanda y Fabi hayan conseguido, y luego nos vamos a la hora de abrir la tienda a hablar con él.

—A las nueve estoy allí.

Sofía colgó. Solo le faltaba hacer algo más antes de irse a dormir: hablar con Lucas sobre *Thor,* que dormía hecho una adorable bolita en el garaje. A la detective le dio miedo que pudiera pasar frío allí y lo trasladó a la cocina. Le puso agua fresca, y lo tapó con un trapo de felpa. Después, subió al segundo piso y realizó la misma ruta por los dormitorios de sus hijos que su marido había hecho unos minutos antes. Él aún estaba despierto esperándola en la cama. Solo llevaba la parte inferior del pijama y su torso desnudo atrajo la mirada femenina con deseo. ¡Cómo podía estar tan bueno! Era un pecado de hombre.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Lucas divertido al percatarse del acaloramiento de su mujer que, desde la entrada de la habitación, le observaba.

—Mucho —afirmó Sofía. Se aproximó a la cama y se sentó al lado

de él—. Pero antes de que me beses, hay una cosita que tengo que contarte.

—¿Debo preocuparme?

—Solo un poquito.

—Han liado alguna los niños en la granja y tenemos que pagar los daños. Lo sabía. Nando y Marta se pusieron rojos cuando les pregunté por la excursión. Carlota, con su media lengua, no me pudo informar.

—No —negó Sofía riéndose—. Y, teniendo en cuenta que esa gamberrilla va a ser peor que los otros dos juntos, nunca se chivará de sus trastadas.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—No te enfades. La responsabilidad es mía. Debí imaginarme que ocurriría algo así. Me pilló con la guardia baja. Al fin y al cabo, es un bebé. Uno más en la familia. Será una alegría para todos.

—¿Vamos a tener otro hijo? —gritó el abogado levantándose de la cama—. Creí que tomábamos precauciones. Habrá que hacer algo más drástico. Una vasectomía. Así no nos preocuparemos de condones defectuosos o de que te despistes al tomar la píldora.

—Para, para —le pidió la detective poniendo sus manos en su pecho—. No estoy embarazada. Y yo «no me olvido» de tomar nada, Fabi me instaló una alarma en el móvil que me lo recuerda cada mañana.

—Súbele el sueldo, se lo merece.

—Tontito mío —suspiró Sofía abrazando a Lucas—. Pero sigo teniendo que contarte lo de nuestro nuevo bebé —afirmó con su rostro pegado en el tórax de él, escuchando los latidos de su corazón, algo alterado por el susto.

—Te escucho —aseguró el hombre cada vez más confuso.

—Acompáñame. Será mejor que lo veas tú mismo.

De la mano, la pareja bajó a la primera planta procurando no hacer ruido. Sofía encendió una luz para que Lucas pudiera ver al perrito durmiendo.

—Se llama *Thor*. Ha nacido esta misma tarde, cuando estábamos en la granja, Fátima tuvo que asistir el parto de una perra que murió sin que ella pudiera hacer nada. La camada quedó desamparada.

—Es muy pequeño —dijo el abogado enternecido—. Tomará biberón.

—Lo normal es que no se lo den a los nuevos dueños hasta que estén destetados. Pero, en este caso, eso no era posible.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—Tengo una bolsa con todo lo que va a necesitar —respondió Sofía feliz por haber escuchado aquel «vamos» en plural que implicaba la aceptación del nuevo miembro de la familia por parte del abogado—. Si te sirve de consuelo, Ana también tuvo que acceder a que Marta

adoptara uno. Si no les encontraban un hogar, ya sabes lo que les iba a pasar. Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina. No lo podía permitir.

—Hiciste bien. Debo estar agradecido de que no volvierais con un corderito o un cerdito —bromeó Lucas, que de sus hijos y la locuela de su mujer podía esperar cualquier cosa.

Asegurándose de dejar al cachorrito en buenas condiciones, regresaron a su dormitorio. Lucas había tenido una idea que le hizo merecedor de una agradable recompensa por parte de Sofía.

—Vamos a por el vigilabebés que tenemos de reserva en la cocina. Si se despierta, habrá que darle de comer y una ración de mimos. El pobre ha pasado por mucho hoy. Ha perdido a su mamá. Hay que darle cariño y hacer que se sienta seguro.

—Yo sí que te voy a dar mimos a ti —afirmó la detective acariciándole por debajo del pantalón de una manera tal que dejaba claras sus intenciones.

Lucas sonrió travieso. Después de todo, no iba a estar tan mal tener un nuevo pequeño en casa.

*****

Sofía llegó diez minutos tarde a su cita con Jorge en comisaría. Sin darse cuenta, se había entretenido hablando con su cuñada sobre *Sultán* y *Thor*. Tal y como suponían, sus maridos se habían doblegado ante la imposibilidad de rechazar dar cobijo a un ser que apenas cabía en la palma de la mano y que se había quedado huérfano nada más nacer.

—Creía que no venías —fue el saludo del inspector al verla entrar a la carrera en su despacho sin llamar.

—Lo siento. No volverá a pasar —afirmó la detective sabiendo que lo que decía era mentira. Llegar a tiempo a una cita no estaba entre sus virtudes.

—Tranquila, Fabi ya nos advirtió —dijo Amanda, que había hablado la tarde antes con el informático para coordinarse en la búsqueda de datos sobre Pedro Gómez en Basema. El aprecio que sentía el joven por su jefa era algo que ella compartía por el suyo. Solo Javier mostraba su rechazo a la intervención de civiles en la investigación. No le gustaban. Si Sofía Valverde quería jugar a los policías, que no se hubiera ido del cuerpo. Era una renegada. No pintaba nada allí—. La puntualidad no es lo tuyo.

—Lo intento, pero siempre surge un contratiempo.

—A un verdadero policía, esas cosas no les pasan —masculló Javier entre dientes. Todos le escucharon. Jorge, David y Amanda le miraron incómodos, mientras Sofía prefirió hacerse la despistada. Aquel tipo no la tragaba y punto. Mejor ignorarle.

—Creo que Fabi y tú habéis confirmado que los empleados de la papelería que nos dijo Fátima tienen los papeles en regla.

—Sí, Sofía —asintió la joven—. Al menos que haya alguien más en nómina que desconozcamos, todo está en regla.

—A las diez, cuando abran, iremos allí —explicó Jorge—. En caso de no estar el dueño, iremos a su domicilio. ¿Tenemos su dirección?

—Te la envío al móvil, jefe —dijo David.

—¿Y fotos? Con los números de DNI podríamos acceder a ellas —sugirió Sofía.

—Lo hemos hecho, y creemos que hay cierto parecido entre Carlos Prieto y nuestro sospechoso —contestó Jorge—. ¿Qué opinas?

Pedro Gómez era un varón delgado, con el pelo corto y facciones angulosas. La persona que le mostraban poseía una constitución más robusta, tenía el cabello más largo y llevaba gafas.

—Puede haber ido al gimnasio —contestó la detective observando con detenimiento los rostros de los dos hombres—. El resto de cambios quizás sean un intento por modificar su fisonomía. Necesitaríamos que alguien de Lucero que le conociera entonces viera una foto de cómo es ahora.

—Enviad una copia a la policía de esa ciudad y que vayan a hablar con el dueño de la papelería y los padres de Ana —le indicó Jorge a David—. Igual que Fátima acompañaba a Nuria, la madre de la niña en alguna ocasión iría con ella a por bolígrafos y cosas así. ¿Qué más sabemos de él?

—Soltero, sin hijos, vive de alquiler en un apartamento cerca del río —respondió Amanda—. Al contrario que en el caso de Pedro, no es un nombre salido de la nada. Nació aquí, y su domicilio anterior era la casa de sus padres.

—¿Incluso de 2012 a 2017? —quiso saber Sofía. Aquellos eran los años en los que el asesino actuó en Olvido, Lucero y Taima.

—Según los datos de empadronamiento del ayuntamiento, de aquí no se ha movido —señaló David.

—Eso no quiere decir nada. Desde hace dos años vivo con Lucas, y en mi DNI aún figura la dirección de la agencia. Son ese tipo de cosas que no te molestas en cambiar si no hace falta. Cuando me toque renovarlo, lo haré. En el ayuntamiento no lo modifiqué hasta que nació Vega y Lucas decidió adoptar formalmente a Nando.

—Eso es cierto, jefe —corroboró Amanda—. Yo sigo empadronada en el pueblo de mis padres y, cuando hay elecciones, voy allí a votar.

—En 2017, la niña que desapareció fue Nazarí, en Taima. Ese año no lo tengamos en cuenta, porque se pudo desplazar desde aquí.

—Estoy de acuerdo, Sofía, pero no está de más averiguar si compraba en la papelería a la que vamos a ir ahora. David, ve con Javier a Taima mientras Sofía y yo vamos a hablar con Carlos Prieto.

Amanda, recopila la información sobre los secuestros de Olvido y concreta una cita con los inspectores que se encargasen de sus investigaciones, a ser posible para mañana.

Una vez asignadas las tareas, Jorge y la detective fueron dando un paseo hasta la tienda. Ambos eran personas activas que agradecían tener esos momentos para estirar las piernas. Las largas horas sentados detrás de una mesa eran un suplicio.

—Si estamos en lo cierto, Carlos Prieto usó un pseudónimo en Lucero, por lo que es posible que en Olvido hiciera lo igual. ¿Qué opinas, Jorge?

—No es descabellado. Unas lentillas, un corte de pelo y listo. Incluso un tinte o la ropa harían que la gente lo describiera de forma diferente.

—Desviando la atención a unos rasgos en detrimento de otros.

—Me siguen preocupando los dos años de los que no sabemos nada: 2010 y 2011.

—Fabi no ha encontrado expedientes de ninguna muerte o secuestro similar a los que investigamos en ese periodo de tiempo —corroboró Sofía—. Amanda y él son buenos buscando en las redes. Estoy segura de que, si hubiera algo, lo habrían descubierto.

—Entonces, supongamos que no hubo. ¿Por qué? Lleva matando desde 2006. ¿Qué fue lo que le ocurrió?

—Hay que averiguar si estuvo en prisión, hospitalizado por alguna enfermedad suya o de sus padres, en rehabilitación…

La detective dejó de hablar porque habían llegado a la papelería. Prefería ser discreta allí y no alarmar a su sospechoso.

—Buenos días, ¿qué desean? —les saludó una joven nada más entrar en el establecimiento.

Otra chica limpiaba unas estanterías al fondo y dos clientes miraban unos sobres. No había más personas a la vista, pero debía de existir un almacén en algún lado.

—Soy el inspector Lamela y ella es la detective Valverde. Quisiéramos hablar con el dueño, por favor.

—¿Es por el robo de la otra tarde? ¡Qué rápidos!

—¿Robo? No, me temo que venimos por otro tema.

—Nosotras somos las dueñas —dijo la joven de las estanterías acercándose al mostrador—. Somos socias.

—¿Y su empleado? —preguntó Sofía—. Carlos Prieto. ¿Hoy no ha venido?

—Está enfermo desde ayer. Algo del estómago. Esta tarde creía que ya podría venir a trabajar.

—¿Lleva mucho con ustedes? —inquirió el inspector siguiendo con sus pesquisas.

—Desde antes de ser las dueñas. Cogimos el traspaso de la

papelería en 2019, y él ya había trabajado, al menos, dos años aquí. De hecho, controla más que nosotras en muchos aspectos. Fue de gran ayuda cuando empezamos.

—Eso sería en el 2017.

—Supongo que sí.

—Vienen muchos niños de los colegios de la zona, ¿verdad? —quiso saber Sofía.

—Algunos, casi a diario. También hacemos fotocopias.

—Entonces, tendrán un trato muy cercano con ellos. Se habrán ganado su confianza.

—Puede estar segura. Yo creo que a muchos los vemos más que sus padres.

—¿Y Carlos? ¿Es amable o serio?

—Es un encanto con los niños. Se los gana en un minuto, lo que nos viene bien para afianzar clientela. Hay alguna otra tienda que vende lo mismo que nosotros y la competencia es dura.

Todas las preguntas las había respondido la joven que se había aproximado en segundo lugar. La primera, la que les saludó al entrar, los observaba sin decir nada, hasta que se decidió a preguntar el verdadero motivo de su visita.

—¿Por qué nos preguntan por Carlos con tanta insistencia?

—¿Estas niñas compraban aquí?

Jorge respondió con otra cuestión a la vez que de su bolsillo sacaba cuatro fotos. Eran imágenes de las adolescentes secuestradas entre 2018 y 2021. Sofía reconoció con pena a Nuria. Con los mismos ojos azules que su madre, pero el pelo un poco más oscuro. Era muy guapa.

—Ellas dos sí —confirmó una de las dueñas de la papelería señalando los angelicales rostros de Alicia y Laura—. Fueron las que secuestraron, ¿verdad?

—Y violaron y asesinaron —les recordó el inspector.

A Sofía le había dado la impresión de que la mujer del mostrador estaba a la defensiva. No le había gustado que preguntaran por Carlos. ¿Algún tipo de interés amoroso hacia su empleado? Pudiera ser. Tal vez debieran interrogarla en la comisaría más adelante.

—¿Pueden darnos los datos de contacto de su empleado? —les pidió Jorge. Ya los tenían, pero quería corroborar que coincidían con los suyos.

—No sé si eso es legal. Ya saben. La protección de datos.

Aquella mujer estaba poniendo a prueba la paciencia del policía. Enfadado, puso las manos en la superficie de cristal que les separaba y, mirándola a los ojos, le hizo una advertencia que pensaba cumplir si no les daban lo que querían.

—Señorita, tiene dos opciones. O me da el teléfono y la dirección de Carlos Prieto, o cierran la papelería y se van en un coche patrulla a

la comisaría y hablamos allí con calma.

—¿Eso es una amenaza?

—Teresa, por favor, tranquilízate.

La mujer que estaba limpiando estanterías a su llegada, puso una mano en el brazo de la otra, rogándole que se sosegara. Después, abrió un cajón y en un papel anotó los datos de Carlos.

—Aquí tienen. Cualquier otra cosa que necesiten, nos lo piden. Estaremos encantadas de colaborar en la investigación.

—Gracias…—dijo Sofía cogiendo la nota y sonriendo a la joven. Sin que las dueñas de la tienda se dieran cuenta, le había dado un suave pisotón a Jorge. De malos modos no iban a lograr nada.

—Soy Carla. Detrás les he anotado mi móvil.

—Por curiosidad, ¿qué les robaron? —quiso saber la detective.

—Tres calculadoras científicas —respondió la mujer—. De las caras. Fueron un grupo de chavales. Dos nos distrajeron y, cuando quisimos darnos cuenta, se habían ido de la tienda con nuestros artículos.

—No quiero desilusionarla, pero, si eran para ellos o se las han vendido a algún estudiante por poco precio, será difícil dar con ladrones —afirmó Jorge.

—En lugar de amenazar a inocentes dueñas de papelería, podía hacer su trabajo y buscar a los rateros.

—¡Teresa! —exclamó Carla avergonzada.

La detective y el policía se despidieron sin hacer caso de las brocas palabras de la joven, y salieron de la papelería. Cuando se habían alejado unos metros, el rostro del inspector se relajó y miró a su compañera.

—¿Poli bueno, poli malo?

—Nunca falla, Sofía. Aún así, creo que Teresa ha defendido demasiado a su empleado. No hemos valorado que el secuestrador tenga una cómplice.

—No es eso. Está enamorada de él. Si ha mirado raro a una niña, ninguna de las dos se ha dado cuenta.

—Si tú lo dices…

—Vamos a su casa. Con un poco de suerte, Carlos estará allí.

La dirección que David le había enviado al móvil a Jorge coincidía con la que Carla les había dado. Como estaba algo lejos, volvieron sobre sus pasos para coger el coche de él, que estaba aparcado cerca del edificio policial. Su sospechoso cada vez era más esquivo.

13. TAIMA

Javier conducía sin dejar de quejarse por la presencia de Sofía y Fabi en la comisaría. Llevaba mejor que Ricardo, el antiguo miembro de la científica, estuviera consultando los expedientes, porque era un compañero que se había jubilado después de trabajar varias décadas en el cuerpo. No como aquella insufrible mujer.

—Le permite cosas que a nosotros no.

—Es una excelente investigadora —le repitió David por enésima vez—. De acuerdo que en una agencia de detectives la mayor parte de los casos que tienen son de cónyuges cornudos y de estafas al seguro, pero la suya no es de ese tipo.

—Lo de la mafia rusa fue pura casualidad.

—¿Y lo de los traficantes de arte? ¿Sabes que grandes empresas les piden ayuda? Incluso han hecho investigaciones para gobiernos.

—Eso os lo ha contado el tal Fabi, y os lo habéis creído como tontos.

—No. Amanda me lo dijo porque cuando supo que Sofía Valverde iba a trabajar con nosotros buscó información sobre ella.

Su llegada a Taima dio por finalizada la conversación. El GPS les condujo hasta la puerta de la casa de Nazarí, la niña asesinada en 2017. Era una edificación unifamiliar de dos plantas. David llamó al timbre y, al abrirse la puerta, ambos investigadores dieron un respingo. Ante ellos tenían a una joven que era la viva imagen de la fallecida, lo que produjo un escalofrío a los dos policías.

—Buenos días —le saludó David explicándole brevemente el motivo de su visita.

—Pregunten lo que quieran —les instó Marta, la gemela de Nazarí, tras ponerles una taza de café delante a cada uno.

—¿Ibais mucho a Basema? —preguntó David, que, como oficial de mayor rango, estaba al cargo de las pesquisas esa mañana.

—Algunas veces, pero no a diario. Mis padres trabajaban allí en una tienda de muebles, y siguen haciéndolo. En esa época, nosotras estudiábamos secundaria en el colegio de aquí. Ellos se iban por la mañana y nos quedábamos al cargo de nuestra abuela, porque no regresaban hasta la noche.

—¿Ahora también?

—No. Cuando empecé el instituto, me iba con ellos a las siete y media, y regresaba con la madre de una amiga en su coche. Este año es mi primero en la universidad. Tengo las clases por la tarde, así que me voy en autobús.

—Me imagino que aquí no tenéis muchos comercios. Las compras

las haréis en Basema.

—Aquí no hay nada —les confirmó Marta—. Es un pueblo orientado a los turistas. Un par de supermercados y muchas tiendas de productos locales.

—Por lo que las cosas de papelería, informática, ropa y demás las adquiriréis en la capital.

—No hay más remedio.

—¿Recuerdas dónde ibas con tu hermana a por bolígrafos, carpetas, libros…?

—Al mismo sitio al que voy todavía. Está cerca de donde trabajan mis padres. Es cómodo encargarles lo que necesito. Solo tiene que acercarse un momento y me lo compran.

—¿Cuál es la dirección?

Una vez más, la niña desaparecida había sido clienta del establecimiento donde Carlos Prieto trabajaba. David le hizo una seña a Javier, y este le mostró a la joven una foto del dependiente que se había convertido en su sospechoso número uno.

—¡Es Carlos! Lo conozco desde hace años. Siempre nos atendía a las dos cuando íbamos a por cuadernos y esas cosas. Ahora voy menos porque hay una gran papelería cerca del campus y los universitarios vamos allí.

—¿Cómo es el trato con él? —quiso saber David—. ¿Te ha dado la impresión de que alguna vez fuera demasiado atento o que se propasase con las chicas?

—No, para nada. ¿Alguien le ha acusado de eso? ¡Qué tontería!

—¿Y con tu hermana? —insistió el policía. En Lucero había dado muestras de un excesivo interés por la hija del dueño. Le extrañaba que no hubiera sido así en Basema, aunque puede que las jovencitas confundieran su acoso con un coqueteo. A esas edades, los halagos de un chico mayor y atractivo resultaban seductores. Su sospechoso no era un adonis, pero era guapo.

—Éramos unas niñas, nos gustaban los chicos de bachillerato. Cuando iba con Nazarí a la tienda, él tendría veinticinco o veintiséis. Diez años de diferencia no le hacían un viejo —rio Marta—, pero tampoco entraba en nuestro radar, en especial en el de mi hermana. Ella era muy inocente.

La joven dejó de sonreír y se quedó callada. Los recuerdos de las confidencias a medianoche y los juegos de la niñez empañaron sus ojos.

—El día que desapareció tu hermana, ¿dónde estabas tú? —preguntó Javier que, a sus veintiocho años, no le había hecho gracia que le tildara de viejo.

—Nos habíamos peleado por un bolígrafo. Uno de esos de cuatro colores. Ella perdió el suyo y me cogió el mío. Me enfadé. No quise ir

con ella a reunirnos a la plazuela con las amigas. Se fue sola y yo me quedé en casa leyendo. No la vi más. ¡Un bolígrafo! Daría todo lo que tengo porque aquello no hubiera pasado.

—Siento que aún no hayamos podido atrapar al que la secuestró —añadió David enternecido. Sus compañeros le solían acusar de ser un blandengue. Era incapaz de evitarlo. Las lágrimas de los familiares estrujaban su corazón. Y, en aquella ocasión, no resultó diferente—. Seguimos trabajando, es cuestión de tiempo.

—¿Piensan que fue él? —quiso saber Marta señalando con la cabeza la foto de Carlos.

—Solo puedo decirte que es alguien que estamos investigando. Nada más.

David y Javier se despidieron de Marta y regresaron a Basema. Mientras el segundo conducía, el primero llamó a su jefe para ponerle al tanto de lo que habían averiguado.

—Señaló sin dudar a Carlos Prieto, jefe.

—Bien, David. Amanda ha recibido una llamada desde Lucero. Los padres de Ana no están seguros, pero el dueño de la tienda donde trabajó Pedro Gómez sí encuentra parecido entre él y Carlos.

—Es nuestro hombre, inspector.

—Todo apunta en esa dirección. En la papelería a la que hemos ido Sofía y yo no estaba —le explicó Jorge—. Vamos hacia su casa. Luego nos vemos en comisaría.

Sofía había escuchado la conversación del inspector con sus agentes. Esperaba que Carlos siguiera en su piso. Cuantas más personas estuvieran al tanto de que lo buscaban, aumentaban las posibilidades de que alguien se lo dijera y huyera.

Era un edificio de cinco plantas con dos viviendas en cada una de ellas. Nadie respondió al interfono en la de su sospechoso. Tuvieron que aprovechar la oportuna salida de una mujer con su carro de la compra para entrar. En el ascensor acordaron que Jorge haría las preguntas, y Sofía echaría un vistazo por las habitaciones.

—No se oye nada —dijo la detective poniendo la oreja en la puerta. Habían tocado tres veces el timbre y, salvo sus voces, allí no se escuchaba ningún ruido.

—Tendremos que pedir una orden de registro —afirmó el inspector. Esperaba que un juez se la diese a tenor de las pruebas que empezaban a reunir. No tenían nada tangible, pero sí motivos suficientes que justificaban un interrogatorio—. Nos retrasará, pero no queda más remedio. Pondré una patrulla vigilando la zona. ¿Qué haces?

Sofía se había agachado después de sacar de su bolso un pequeño estuche negro. Abrió la cremallera y extrajo una pieza metálica que el inspector no pudo ver bien, hasta que la introdujo en la cerradura.

—¿Eso es una ganzúa? ¡No podemos entrar así! Lo que encontremos no valdrá de nada, por no hablar de que es allanamiento de morada.

—Tranquilízate o te saldrá una úlcera. Tanto estrés no es bueno.

La detective no se inmutó por las protestas de Jorge. Estaban allí, delante del piso de Carlos Prieto. Como que se llamaba Sofía Valverde, que de ese sitio no se movía sin entrar en la casa.

—Nos han dicho que está malo. Algo del estómago. Puede haberse desmayado por la fiebre y dado un golpe en la cabeza. ¡Imagínate que está tendido en medio del pasillo, agonizando, y tú y yo nos vamos sin hacer nada! No me lo perdonaría. Hay que ser buenos samaritanos.

—El que no te va a perdonar es tu amigo Juan cuando lo sepa. Es juez. Este tipo de cosas no les suele gustar a los de su gremio.

—Te aseguro que Juan no es tan fiero cumplidor de la ley como tú te crees —alegó Sofía al recordar cómo los amigos de su marido Lucas la habían ayudado a liberarle cuando los hombres del jeque Abil la secuestraron.[5]

El inspector iba a decir algo, pero el inconfundible sonido de un pestillo liberándose le indicó que su impredecible compañera había logrado su objetivo.

—Vamos —susurró la detective, deslizándose despacio en el interior del piso.

Un pasillo de unos cuatro metros se abría delante de ellos, apenas iluminado por la luz del sol. En silencio dieron unos pasos hasta llegar a la cocina. A su derecha había un salón con la persiana a media altura, y a su izquierda un dormitorio con un pequeño aseo.

—Mira —dijo Sofía en voz alta, señalando una mesa donde se veían los restos del desayuno—. Un vaso de yogurt y unas galletas. No lo ha recogido. Es raro. Yo, cuando tomo uno, me deshago del envase rápido para que no huela.

—En el baño, la toalla está aún húmeda en el suelo. Hace poco que se duchó.

—Veamos el dormitorio.

Los armarios estaban abiertos, y los cajones sin cerrar. Varias prendas tiradas por el suelo, perchas sobre la cama, y un par de zapatillas en una esquina de la habitación.

—Se ha ido —afirmó Sofía. Carlos había huido avisado por alguien. Una de sus jefas, Teresa, tenía todas las papeletas de ser la responsable.

Jorge había llegado a la misma conclusión que la detective y, sin dudarlo un instante, llamó a su subordinado.

—Javier, quiero que vayáis a la papelería según volvéis de Taima y detengáis a sus dueñas. Llevadlas a comisaría. Hay que volver a interrogarlas.

La detective le sugirió al inspector que un equipo forense debería personarse en la tienda a fin de tomar huellas. En las zonas abiertas al público habría muchas, pero, en las privadas, solo existirían de las personas que trabajaban allí. Con la pandemia de la Covid-19 las medidas de higiene se habían extremado, sin embargo, no creía que limpiaran uno a uno cada artículo de los que vendían.

—Será mejor que no toquemos nada aquí tampoco —señaló Jorge—. He pedido que vengan los de la científica lo antes posible y que un coche patrulla se quede en la puerta por si Carlos Prieto vuelve.

—Hay que hablar con los vecinos. Aunque hoy en día no hay mucho contacto entre los que viven en un piso y en otro, pueden haber oído algo. El lugar donde encontraron a Laura está muy cerca.

—¿Piensas que la retuvo aquí? Sería muy arriesgado. Las paredes son de papel. No hay buenos aislamientos y se escucha todo.

—La drogó, por lo que no hubo gritos ni peleas. Creo que la secuestró al salir del colegio, aprovechando que iba sola. Sería la hora de cerrar la tienda. Tendría el coche aparcado cerca. La metió en el maletero y la subió al piso. Ya has visto que es una zona tranquila. No pasa mucha gente. Solo debía esperar el momento adecuado para sacarla del vehículo y meterla en el portal.

—Y, después, de madrugada, llevó su cadáver hasta la otra orilla y la lanzó al agua —concluyó el inspector, que empezaba a considerar que la hipótesis de Sofía no era tan descabellada.

—Con la esperanza de que la fuerte corriente que había por la lluvia se la llevara lejos de aquí.

Se pusieron unos guantes de plástico de una caja que había en la cocina, sin duda, comprada por su sospechoso cuando durante el confinamiento todo el mundo iba con ellos puestos por la calle, y revisaron con cuidado lo poco que había en los cajones. Se limitarían a echar un vistazo. No querían mover las cosas de lugar hasta que los forenses hicieran fotos.

Una caja de madera que descansaba sobre la mesa del salón llamó la atención de Sofía. Le recordó a las que usaba su marido para esconder los supuestos tesoros abandonados por fieros piratas en la isla[6], y que su hijo y su sobrina disfrutaban buscando en verano. Movida por la curiosidad, levantó la tapadera con un bolígrafo. Al ver su contenido, avisó al inspector.

—Sé que no debemos tocar nada, pero…

—Haré una foto y los revisamos —afirmó Jorge. No podían irse sin más de allí, y aguardar a que les pasaran un informe para averiguar a quién pertenecían los tres juegos de pasaporte y DNI que descansaban en el fondo del pequeño arcón de madera—. Con los guantes no dejaremos huellas que entorpezcan la investigación.

Tras leer los nombres impresos en ellos, comprobaron que

correspondían a otras tantas identidades diferentes: Carlos Prieto, Pedro Gómez y Manuel Hernández. Con distintos cortes de pelo, con gafas en un sitio y lentillas azules en otro; sin duda, eran el mismo hombre.

—Carlos Prieto tiene un número real de Seguridad Social asociado a un DNI emitido legalmente. Así que podemos aventurar que Luis García es otro alias como el de Pedro Gómez.

—Estoy de acuerdo, Jorge. Ya sabes con que nombre hay que buscarlo en Olvido. Le diré a Fabi que averigüe si un chico de veintidós años trabajó en alguna papelería allí con ese apodo. Podemos suponer que esa sería su edad, tomando como válida la fecha de nacimiento de Prieto.

—Si ha dejado estas identificaciones aquí, es porque no las necesita.

—Con lo cual, usa una nueva de la que no sabemos nada.

Una patrulla llegó unos minutos después, permitiéndoles regresar a comisaría. Carla y Teresa habían sido detenidas y aguardaban en salas separadas a ser interrogadas. Sofía presenció, tras un espejo que no permitía que la vieran, las preguntas que Jorge y Amanda les hicieron.

Como habían imaginado, fue Teresa la que le envió un mensaje por WhatsApp a Carlos informándole de que la policía le buscaba. Ella se había enamorado de él. Habían tenido encuentros sexuales fortuitos que la habían conducido a pensar que él la correspondía, en igual medida que ella le amaba.

—Me da penita —le dijo Fabi cuando, poco antes del mediodía, la detective se fue a su agencia.

—Van a investigar un poco más antes de soltarla, pero Jorge también comparte la opinión de que es una víctima y no una cómplice de Carlos. Carla ya está libre y colabora con los de la científica en su tienda, ayudándoles a recopilar datos del que creían un modélico empleado.

—¿Vais a ir a Olvido?

—Sí. Mañana.

—Amanda os hará un resumen esta tarde de lo que hemos recopilado sobre las niñas secuestradas en esa ciudad y su entorno. Sin embargo, siento decirte que Luis García es tan invisible en las redes como lo es Pedro Gómez. Seguiré buscando, pero no esperes que halle nada.

—Gracias, Fabi. Haz lo que puedas.

La detective se despidió de él y fue a recoger a Nando al colegio. Tenía que comer ligera porque a las cuatro le esperaba Jorge y los suyos. No quería llegar tarde y darle otro motivo para enfadarse a Javier. Aquel chico era un perfecto idiota engreído.

14. JAVIER

Amanda estaba colocando las fotos ampliadas que habían obtenido de la documentación hallada en el domicilio de su principal y único sospechoso. En Basema, su rasgo distintivo habían sido unas gafas de montura de pasta; en Olvido, sus ojos azules que contrastaban con su pelo oscuro, y en Lucero su delgadez.

—Hemos encontrado en Tráfico un carnet de conducir a su nombre. En él aparece registrado que debe llevar lentes.

—Por tanto, usó lentillas fuera de Basema —conjeturó David balanceándose en la silla.

—Sí. Fabi ha encontrado la óptica donde las encarga —confirmó la policía.

—Mejor no pregunto cómo lo ha hecho —dijo Jorge, el cual no quería saber nada de acceso a cuentas bancarias y tarjetas de crédito sin una orden que lo autorizara.

—Tranquilo, jefe. Cuando pedí la orden de registro del piso, añadí también una para indagar en el estado de sus finanzas. Nos han concedido las dos.

—¿En serio, Amanda? —preguntó el inspector sorprendido.

—El fiscal, Raúl Castañeda, está interesado en que encontremos al asesino. Su detención de un inocente está empezado a repercutirle negativamente. Quiso que fuera mediática, y se ha vuelto contra él. No tenemos que preocuparnos. El visto bueno nos llegó un poquito más tarde de que Fabi se pusiera a teclear en su ordenador, y justo antes de acceder a sus cargos en cuenta.

—Lo que nos ha venido muy bien para descubrir sus compras más frecuentes —añadió Javier—. Os digo que la agencia esa de detectives funciona gracias a él. Son las cuatro y media. Ni rastro de Valverde. ¡Menuda jefa!

—Tenía que llevar a su hijo al médico —le recordó Jorge a su subordinado. Sofía le había avisado de su retraso, pero el joven policía seguía pensando que se tomaba poco en serio la investigación.

—Ya estoy aquí —afirmó la detective anunciando su llegada—. No os preocupéis, que Fabi me ha hecho un resumen y he venido escuchándolo por el camino. Vamos, cariño, te bajo un ratito de la silla, pero no les molestes.

Cuatro rostros se volvieron hacia la puerta, donde una atareada Sofía desabrochaba el cinturón de la sillita de paseo de su hijo, a la vez que hablaba con ellos y dejaba el bolso sobre la mesa. Como un solo ente, los integrantes del grupo pensaron lo mismo: ¿Qué hacía aquella loca con un bebé en la comisaría?

—Ahora somos una guardería —dijo Javier en voz alta sin inmutarse porque ella lo oyera.

—Lo sé. No es el sitio adecuado para un niño, pero vengo derecha del médico. Si volvía a casa a llevarlo con sus hermanos y la niñera, no habría venido hasta dentro de una hora, y eso habría sido peor. Por cierto, se llama Javier. Como tú.

El pequeño no sabía andar todavía, pero le gustaba dar algún pasito ayudado por su madre. Al quitarle la chaqueta, los policías vieron que tenía una manita vendada.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó David, que tenía un bebé de la edad del niño.

—Le quitó una galleta a su hermana Carlota, y ella le dio un mordisco. Es un poco guerrera. Tiene que aprender que hay cosas que, aunque se quiera, no se pueden hacer.

—Igualito que una que me sé yo —rio Amanda. Sin duda, la cría debía ser como su madre.

Con el chavalín en la cadera, la detective se acercó hasta la pantalla donde la agente había colocado antes las fotos. El sospechoso le sonreía con aire inocente. Con las lentillas azules estaba guapísimo. No le debió ser difícil coquetear con Natalia, Pilar y Mar, las tres niñas secuestradas en Olvido.

—Si ahora tiene treintaiún años, cuando asesinó a Eva en 2006 tenía dieciséis. Era un niño.

Sofía era consciente de que no se podía culpar a los padres por las acciones de los hijos, pero, ¿tan mal lo habían hecho los progenitores de Carlos para que se convirtiera en un asesino en serie? Un gritito procedente de su pequeño la hizo volverse. Incrédula, observó cómo Javier, el adusto policía, le hacía muecas a su pequeño, haciéndole agitar los bracitos y las piernitas tan contento. El pobre hacía una hora estaba berreando. Le habían tenido que dar un punto en el dedo. Le quedaría una cicatriz de por vida gracias a la salvaje de su hermana mayor. Lucas y ella la habían regañado. Sin embargo, solo consiguieron que rompiera a llorar. Tenían que hacerle comprender que había actuado mal. No obstante, ser inmunes a sus lágrimas era igual de duro que ver la sangre en la mano de su otro hijo. Tomó nota mental de colocar las sillas de los bebés en la cocina, separadas más de un metro, a fin de evitar futuras peleas. Rezaba para que Vega no se pareciera a su hermana y fuera más como su hermano.

—Déjame al niño, si quieres —le sugirió Javier tendiendo los brazos hacia ella. David tuvo que obligarse a cerrar la boca del asombro, mientras que Amanda valoraba la opción de hacerle una foto. Sus compañeros de comisaría no se lo iban a creer cuando se lo contase—. Así puedes ver mejor los informes.

—Vale —respondió Sofía sin poder contener a un inquieto

Javiercito, que pugnaba por irse a jugar con su tocayo. Si así conseguía domesticar a ese antipático, al día siguiente llevaría a Vega. Carlota podía hacerle enfadar más aún. A ella la mantendría apartada de allí.

—En esos registros que Fabi «no ha obtenido», ¿hay algo que nos indique dónde estaba en 2010 y 2011? —inquirió Jorge cuando se recuperó de la sorpresa de ver a los dos Javieres jugando en feliz compañía.

—Aquí, en Basema —afirmó categórica Sofía—. Viviendo con una joven que se llamaba Eva, como su primera víctima. Me lo ha dicho Rosa según venía hacia la comisaría—añadió al ver la confusión de los agentes—. Compartían un piso cerca del supermercado dónde trabajaban los dos. Ella de cajera y él de reponedor.

—¿Y eso lo sabemos por…? —inquirió el inspector.

—A través de un informe de su vida laboral podemos saber en qué sitios ha currado estos años. Siempre que utilice su verdadero nombre y no un pseudónimo, claro.

—Habría que hablar con esa chica.

—Lo sé, Jorge. Pero hay un problema: desde finales de 2011, no hay datos de ella en España. Rosa llamó al supermercado en cuanto descubrió que ese fue el primer empleo oficial de Carlos Prieto. La encargada lo conocía porque entonces era una cajera que se llevaba bien con Eva. Eran amigas.

—Podemos ir mañana David y yo a hablar con ella mientras vosotros estáis en Olvido —propuso Javier sin dejar de sonreír a aquel pequeño desdentado. Ojalá su madre fuera como él. El niño debía haber salido a su padre.

—Buena idea —reconoció el inspector.

—Fabi me ha enviado una copia de los informes a casa. Los revisaré esta noche. Si lo atrapamos y nos dice dónde están los cuerpos que no hemos hallado, será un descanso para sus familias —afirmó la detective acariciando la foto de Natalia, la niña desaparecida en 2012, de la que no habían hallado su cadáver.

—¿Seguro que tienes que irte? —le preguntó Amanda—. ¿Nos dejas al niño?

Jorge siguió las miradas de las dos mujeres y tuvo que reconocer que nunca había visto tan relajado a Javier. Era un excelente investigador, un hombre de confianza que sabía que le apoyaría ciegamente al entrar en una casa llena de potenciales agresores, pero era insufrible en el trato cercano. David era todo lo contrario, poseía una paciencia infinita, Por eso solía ponerles juntos. Dejaba a Amanda la parte informática, que a Jorge le resultaba tediosa. Él prefería ir por libre, salvo contadas ocasiones en que escogía a uno de los tres para ser su compañero. Aunque no tenía por qué dejar que Sofía se

involucrara tanto en la investigación, le agradaba su mente ágil y despierta. Era un soplo de aire fresco, siempre y cuando dejara las ganzúas en el bolso.

*****

A unos metros de la comisaría, un hombre y una mujer se habían reunido en torno a una mesa de café. Era la primera vez que estaban solos, algo que les provocaba cierto nerviosismo.

—Me alegró cuando me llamaste, Juan.

—Siento haber tardado tanto, Fátima. El fin de semana que quedé en ir con los niños se complicó con mi ex. Su madre cumplía años y Patricia quería que fueran a la fiesta de celebración.

—No podías decir que no.

—Procuro llevarme bien con ella por el bien de nuestros hijos. Ahora los tendré yo dos fines de semana seguidos y asunto arreglado.

—¡Genial! El sábado vamos.

—Y recuerda: nada de perritos, ni gatitos, ni ningún otro animalito abandonado y triste. Lucas no está muy contento con *Thor*.

—¡Pero si es adorable! —rio Fátima.

—No tanto si usa tus zapatos como inodoro —le explicó Juan—. En teoría, tiene su «habitación» en un rincón de la cocina, pero Nando baja a buscarle a medianoche y se lo lleva a su dormitorio a dormir con él.

—Conociendo a Sofía, no me extrañaría que ella fuera la que se lo lleva al niño.

—¡Es capaz! Por cierto, ¿hoy no tenías que trabajar en la clínica? —le preguntó Juan buscando conocer a la veterinaria un poco más.

—Anoche me tocó guardia, de modo que es mi día libre. Tuve que ir a hacer una par de visitas cerca de la ciudad esta mañana, pero tengo la tarde para mí. ¿Y tú?

—También descanso. He estado desde las ocho en el juzgado, hasta hace un rato. He venido directo.

—¿No has comido?

—Un bocadillo. Aunque quizás me pida algo ahora. ¿Has visto las tartas que tienen?

—Prefiero no verlas. Un minuto en el paladar, cien años en las caderas.

—¿En serio? A mí me parece que estás perfecta. ¿Pedimos una y la compartimos?

—¡Puff! Es una tentación —respondió Fátima notando el corazón acelerado. El hombre que tenía delante era un pecado, mucho peor que la gula. Él sí que estaba para comérselo enterito. Había visto tipos guapos, incluso más que Juan, pero ninguno la había mirado de la

manera en que lo hacía él. No solo bailoteaba el deseo en sus ojos, algo más se reflejaba en ellos. ¿Admiración? Ese era el sentimiento que el atractivo juez despertaba en ella. Se notaba que era un hombre elegante que podía tener a cualquier mujer con él y, sin embargo, allí estaba, sentado con ella, vistiendo ropa informal y luciendo una sonrisa de infarto.

Fátima no había pensado mucho en qué ponerse para ese café. En su armario, los vestidos y las faldas ocupaban espacio en un lateral sin que les dedicara ni una mirada durante días. No resultaban cómodas para ayudar a parir a una vaca, y su vida social era tan reducida que se podría calificar como inexistente. Haber conocido a Sofía estaba suponiendo un gran cambio para ella. Paradójicamente, el hecho que la había llevado a la más profunda de las depresiones, el secuestro y posterior asesinato de su hija, era el mismo que había ocasionado que una tarde de primavera estuviera sentada con un hombre a punto de introducir la cuchara en una deliciosa porción de tarta de queso con arándanos.

¿Cómo podía ser el contacto de dos cucharillas al hundirse en la dulce crema tan erótico? El roce casual de los dedos al chocar los diminutos utensilios de metal enviaba calambres de placer que excitaban cada terminación nerviosa de sus cuerpos.

Juan observó la atrevida lengua de Fátima lamiendo un trocito de bizcocho que había quedado adherido a sus labios. Tuvo que apretar la mano con la que no estaba comiendo al borde de la mesa para evitar levantarla y quitárselo él con sus yemas. Tan pendiente estaba de los femeninos gestos, que no prestaba atención a lo que hacía él.

—Tenías un poco de mermelada —afirmó Fátima tras quitarle con su índice una mota granate de su barbilla. Después, bajó la vista hasta su taza para dar tiempo a reaccionar a Juan, que se había quedado petrificado con la cucharilla a medio camino de la boca. La veterinaria no pudo evitarlo. Su mano había actuado antes de que su pensamiento reflexionara sobre lo que iba a hacer.

—Gracias.

¡Dios! Aquella voz de barítono era capaz de provocar un orgasmo solo con llenar el aire con sus vibraciones. Levantó la mirada y sus iris azules se toparon con los de color miel del juez.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Me encantaría.

Y, de ese modo, el café a media tarde se convirtió en una cena temprana que terminó a las once en el portal de Fátima. La veterinaria dudaba. ¿Le invitaba a tomar la última copa? ¿Era demasiado para una primera cita? Porque estaba claro que aquello lo había sido. «Un café» no duraba cinco horas si no había cierta química entre la pareja que lo tomaba.

—Me lo he pasado muy bien, Juan.

—Y yo. Tenemos que repetir otro día, conozco una pizzería italiana cerca de la agencia de Sofía en la que no hay nada en la carta que no esté rico.

—Entonces, habrá que ir.

—Un sábado que no tenga a los niños. Así podemos alargar la velada. Con las noches tan templadas, es un gusto sentarse en una terraza para tomar una copa.

—Claro, es un buen plan —contestó Fátima. Por ella, como si la alargaban esa noche. Le daba igual no dormir. Debía ser el vino de la cena, porque notaba mucho calor. Quizás se había puesto un jersey demasiado gordo para unas temperaturas tan suaves.

—Te mando un mensaje pasado mañana y me dices a qué hora quedamos. Juan y Natalia están ansiosos por ir a la granja. Quieren un perrito como el de Nando y Marta. Tenemos que mantenernos firmes y negarnos. A mí no me importaría, pero su madre no es muy partidaria. Marieta también tiene ganas de ver a los animales, pero no sería una adolescente si no protestara por todo y se opusiera a los deseos de sus hermanos menores solo por considerarlos demasiado pequeños.

—De acuerdo. Yo te digo el viernes cuando hable con los dueños de la finca.

Se despidieron con dos besos en las mejillas en los que Juan se demoró unos segundos de más. ¡Fátima olía tan bien! Su piel era suave y su cabello prometía ser sedoso al tacto. Había hecho un gran esfuerzo por no abalanzarse sobre ella y besarla. Si hubiera sido una mujer que hubiera conocido en un bar, no habría dudado en hacerlo. Incluso en acostarse con ella. Sin embargo, no quería que la veterinaria fuera un instante fugaz de placer.

La conversación había fluido entre los dos de un modo distendido. Las horas pasaron sin sentirlas. Deseaba volver a verla. Esperaba que los niños se entretuvieran con los animales de la granja y pudiera estar algún rato a solas con ella, aunque solo fuese a unos metros de separación. Los dos días que faltaban hasta el fin de semana se le iban a hacer eternos.

15. OLVIDO

Sofía se había puesto un vaquero y una camiseta de manga larga con una cazadora ligera. La temperatura era algo baja a las nueve de la mañana, pero, según avanzara el día, iría subiendo hasta alcanzar los veintidós grados al mediodía.

Jorge iba conduciendo, escuchando cómo Sofía repasaba en voz alta los datos que tenían. Tres niñas desaparecidas entre 2012 y 2014: Natalia, Pilar y Mar. De la primera, ni el menor rastro de su cuerpo. Todas con la misma edad e idénticos rasgos que el resto de víctimas.

—11 de enero. Algo tuvo que pasarle en esa fecha para que, de forma macabra, la recuerde año tras año.

—No hay informes médicos relevantes —explicó Sofía—. Ningún trastorno psicológico, ni depresión ni estrés. Si los tuvo, fue a un médico privado, porque en la sanidad pública no hay constancia de nada similar. Sobre el papel, Carlos es un joven normal como cualquier otro.

—Salvo por su afición a secuestrar, violar y asesinar a niñas de catorce años —apuntó Jorge.

—Por lo que veo, ambos padres muertos —añadió Sofía—. Él de cáncer, y ella atropellada por un coche. Un conductor borracho. Ninguno de los decesos fue en enero. Aunque tampoco explicaría su obsesión por la jovencitas. Espero que David y Javier tengan más suerte con la amiga de su exnovia.

—¿Crees que Eva está muerta?

—No se ajusta al perfil de las otras víctimas. Puede que simplemente se haya mudado de ciudad. Fabi iba a ampliar la búsqueda. Rosa le va a ayudar porque Amanda es nuestro soporte en la comisaría hoy.

—Bien. Hemos conseguido reunir a los padres de las tres niñas desaparecidas en Olvido y al inspector que se ocupó de los casos —explicó Jorge—. Nos esperan en la jefatura de policía.

Continuaron analizando los informes forenses y los expedientes que tenían. Sofía estaba segura de que el cuerpo que no habían encontrado fue arrastrado por la corriente hacia el mar, a kilómetros de Olvido. De haber estado sumergido en el río, atrapado entre las raíces y las ramas, ya hubiera reflotado. Suponía que, al igual que en Basema, los pescadores iban a las orillas de los regatos a lanzar sus cañas. Ellos, o alguna otra persona, se habrían topado con el cadáver de seguir ahí.

Varias caras con gestos de enfado se volvieron a su paso al entrar en la comisaría. En cuanto le dijeron sus nombres al policía que custodiaba la puerta, su amabilidad mutó en reserva.

—Suban esa escalera, y luego a la derecha.

Jorge y la detective siguieron sus indicaciones notando los ojos del hombre en su espalda. El edificio era viejo y obsoleto. Necesitaba una buena reforma.

—¿Soy yo o no les caemos bien?

—Es lo habitual, Sofía. Venimos de la capital a leerles la cartilla. No les gusta.

—¡Pero si no vamos a hacer eso! Pedimos colaboración a cambio de ayuda para encontrar a un asesino.

—Lo que tú llamas beneficio mutuo, ellos lo califican de interferencia. Somos intrusos, no invitados.

La sala donde se iban a reunir ya estaba llena. Tres parejas que suponían que eran los padres de las niñas, les aguardaban sentados en sus sillas. Un hombre mayor, hastiado y cansado, se presentó como el inspector que investigó los secuestros. Un policía más joven, el subinspector, les ofreció un café, oferta que Jorge y Sofía declinaron.

Al cabo de media hora, comprendieron que no iban a sacar nada nuevo. Sus declaraciones eran similares a las de los familiares de las demás niñas. A excepción de los nombres y los años, nada las diferenciaba.

—Encuentren a mi niña —imploró entre sollozos la madre de Natalia—. Quiero tener una lápida a la que poder ir a poner flores.

—¿Dragaron el río? —preguntó Lamela.

—Sí —respondió el inspector de Olvido—. De todos modos, hace dos años se cerraron las compuertas del embalse y el nivel descendió hasta que solo unos milímetros cubrieron su fondo. Un joven se suicidó y para hallar su cuerpo hubo que hacerlo. Lo encontramos, pero no había más cadáveres salvo el de algún perro muerto.

—Lo dicen por la niña asesinada en enero, ¿verdad? —inquirió uno de los padres—. La que apareció enterrada en la arena de la orilla del río.

—Nuestras investigaciones apuntan a que pudo ser el mismo agresor —respondió Jorge.

—Otros cuerpos han sido hallados en contenedores o tirados en alguna calle desierta —añadió el inspector de Olvido a la defensiva. Ellos habían hecho su trabajo bien. Si el cadáver de Natalia no fue encontrado, era porque no estaba en los alrededores de Olvido. ¡A saber qué había hecho el asesino con ella!

Pilar, la niña secuestrada en 2013, fue hallada en un vertedero, y Mar, en 2014, entre cartones en la trasera de un supermercado. Daba la impresión de que a la hora de deshacerse de los cuerpos sin vida no le importaban ni el cómo ni el dónde.

—Voy a enseñarles una foto —anunció Sofía abriendo una carpeta y extrayendo un par de imágenes ampliadas de la foto del DNI falso de

Carlos Prieto, alias «Luis García»—. ¿Podrían decirme si le han visto alguna vez?

—Es el chico de la papelería —respondió la madre de Pilar, secundada por las otras progenitoras. Las tres habían acompañado a sus hijas con frecuencia a por material escolar a la tienda.

—¿Es el asesino? —preguntó el padre de Natalia poniéndose de pie y apretando los puños con fuerza—. Le sacaré a golpes la verdad. Tendré que hacerlo yo, puesto que vosotros no valéis para nada.

—Entiendo que se sienta así —aseguró el policía más joven tras situarse enfrente del hombre que temblaba de ira—. No puedo ni imaginar por lo que han pasados todos estos años, pero esa no es la forma de actuar. Hay que atraparle, juzgarle y dejar que se pudra en la cárcel. Sin embargo, debo decirle que si va hasta allí no va a encontrar nada. Conozco la papelería de la que hablan. Yo también compraba cosas en ella, pero cerró el año del confinamiento por la Covid-19.

—¿Seguro? —inquirió el padre de Mar. El rayo de esperanza que había vislumbrado, se apagó tan rápidamente como había aparecido.

—Fijo. Además, ese chico ya no trabajaba allí. Llevo destinado en Olvido desde 2016 y nunca le vi en la tienda.

—¿Podemos averiguar quiénes eran los dueños y hablar con ellos? —sugirió Sofía.

—Por supuesto —contestó el inspector observando con desprecio a aquella mujer de pelo rizado. Otra detective jugando a ser policía. ¿Cómo podía su colega de Basema colaborar con alguien así?

Prometiendo mantenerles al tanto de la investigación, se despidieron de los padres de las niñas. Jorge y Sofía aceptaron tomar un café con el subinspector mientras unos agentes trataban de localizar a los propietarios de la papelería.

—Disculpen al inspector. Es un buen policía, pero chapado a la antigua.

—No se preocupe —negó Jorge restando importancia al comportamiento de su homólogo en Olvido.

—Cuando me llamaron, revisé los expedientes a fin de ponerme al día. Conocía los asesinatos de las niñas por los detalles de la presa, pero nada más. Por lo que he leído y comprobado, se hicieron las pertinentes pesquisas con rigor. Si no encontraron a la pequeña Natalia o a su secuestrador, no fue por falta de ganas.

—Carlos Prieto es astuto —comentó la detective—. Sabe ocultar su malignidad con una máscara de inocencia y encanto que le hace muy peligroso.

—No creen que sus jefes en esa época nos digan nada que nos valga de ayuda, ¿verdad?

—Me temo que no —respondió Jorge.

Al regresar a comisaría, un hombre estaba reunido con el inspector. Era el dueño del establecimiento en el que su sospechoso estuvo empleado en Olvido. Avergonzado, les confesó que aceptó la propuesta del joven de no firmar un contrato en regla.

—Me dijo que si le daba una comisión por las ventas sería suficiente. Aseguraba que sus padres gozaban de una buena posición económica y le pagaban un seguro médico privado. Él quería demostrarles que podía valérselas solo, sin su dinero. Aunque con el sueldo mínimo no le llegaba para todos los gastos, el plus extra le permitía hacerlo. Le creí.

—Ya. Era una oportunidad de tener un empleado a tiempo completo y ahorrarse la Seguridad Social —le recriminó Sofía—. Le convenía tragarse sus mentiras.

No pudieron obtener del hombre ninguna información que les permitiera avanzar en su investigación. El supuesto Luis nunca le había presentado ni a amigos ni conocidos. Por lo que él sabía, no tenía novia. Un día le dijo que se iba, pensaba regresar con sus padres y retomar los estudios.

—Me dio pena que se fuera. No solo por la parte económica. Era bueno con los clientes. Si no teníamos algo que ellos buscaban, siempre lograba venderles otro artículo. Tenía paciencia infinita con los niños y sus caprichos.

—¿Se tomaba alguna libertad con las adolescentes o las jovencitas? —inquirió Jorge.

—No me lo pareció. Bromeaba con ellas igual que con los chicos.

—Tampoco le vendría mal que se camelara a la clientela femenina con su atractivo —apuntó Sofía. El hombre no fue capaz de sostener la mirada a la detective. Aquello valió para confirmar su hipótesis de que Carlos Prieto seducía a sus víctimas con sus palabras—. Así se aseguraba la fidelidad de sus compradoras.

Durante el viaje de regreso a Basema, la detective y Lamela fueron intercambiando impresiones. Habían conseguido confirmar que las niñas secuestradas en Olvido eran víctimas del mismo agresor que las de Lucero, Taima y Basema. Por tanto, estaban ante un asesino en serie con catorce muertes a sus espaldas.

Mientras ellos hacían sus averiguaciones, David y Javier se habían entrevistado con la encargada del supermercado en el que el agresor conoció a su única novia conocida.

—A mi me parecía un tío raro. A ver, era guapísimo, eso sí, pero siempre tenía esa mirada extraña cuando creía que no le observaban.

—¿Tuvieron algún problema con él? —le preguntó David.

—No que yo sepa. Era puntual, trabajador y atento con la gente.

—¿Y con Eva?

—Al principio eran como todas las parejas. Disfrutaban pasando

juntos el poco tiempo que teníamos libre. Creo que fue el primer amor para los dos. Antes habían tonteado con otras personas, pero nada serio. Eva estaba muy enamorada, así que, cuando él le sugirió irse a vivir con ella, aceptó la propuesta encantada.

—¿Qué pasó después? —inquirió Javier que, al igual que David, se había percatado de que Carlos no era santo de la devoción de la encargada.

—Comenzó a venir a trabajar con manga larga —respondió la mujer apretando los labios al recordar—, y a no quererse cambiar delante de nosotras. Se volvió tímida y apocada. Dejó de quedar con las amigas. Solo salía con Carlos. Él convenció al que era el encargado entonces de que les pusiera siempre en el mismo turno, a fin de librar a la vez.

—De esa forma, la vigilaba y nunca la dejaba sola —reflexionó David. Había reconocido un típico patrón de maltrato psicológico y físico de un hombre hacia su pareja.

—Una tarde me la encontré llorando en el servicio. La noche antes le dio una paliza que le había provocado la rotura de una costilla. No le permitió ir al médico, y la obligó a ir a trabajar para no perderla de vista. Lo vi claro. No habría más oportunidades.

—Decidiste ayudarla —concluyó Javier.

—Le di las llaves de mi casa y dinero para un taxi. Le dije que se fuera allí. Tal cual estaba, sin cambiarse. Eva tenía miedo, pero hizo lo que le sugerí. Luego volví a la tienda y fingí normalidad. De hecho, para disimular, pasados unos minutos, le pregunté a Carlos por ella. Se volvió loco. La buscó en el almacén, en los despachos de los jefes, en el cuarto de la limpieza. El resto de compañeros estaban igual de extrañados que él. Con aparente inocencia, le sugerí llamar a la policía. Por supuesto, rechazó la idea. Dijo que iría a casa a buscarla, que se habría sentido mal y se habría ido sin avisarle. No le volví a ver.

—¿Y Eva? ¿Qué fue de ella?

—Al terminar mi turno, regresé a mi piso, obligándome a caminar tranquila por la calle. Me daba miedo que él estuviera esperándome a la salida del supermercado. Sabía que éramos amigas. Gracias al cielo, no fue así. Eva se había tomado un paracetamol y se había tumbado en mi sofá. Estaba dormida, no quise ni preguntarle y llamé a la policía. Enviaron una ambulancia que la trasladó al hospital y a él fueron a buscarlo al domicilio que habían compartido hasta entonces. Luego supimos que no lo encontraron. Eva tenía miedo hasta de su sombra. Una asociación que ayuda a mujeres maltratadas le ofreció una solución: salir del país. Puesto que la policía no era capaz de encontrarle —añadió la encargada a la vez que dirigía una mirada de enfado a los hombres que tenía delante de ella—, no iba a ser

necesario su testimonio en ningún juicio.

—¿Dónde está ahora Eva?

—En Lisboa.

16. TARDE DE FIESTA

Juan y sus hijos habían comido rápido al regresar de los entrenamientos de kárate. Marieta no fue porque tenía que estudiar para un examen, excusa que también quería usar con el fin de librarse de la excursión a la granja. ¡A ella no se le había perdido nada allí! Con lo a gusto que se quedaba chateando con sus amigas. Pero no. Su padre estaba empeñado en que fuera.

—El aire puro te vendrá bien. El sol en tu piel es una fuente natural de vitamina D.

—Salgo de casa todos los días para ir colegio, papá. Ayer estuve por la tarde en la calle muchas horas. No me hace falta más.

—Pues yo creo que sí. Tienes la nariz pegada al móvil demasiado tiempo. Es una oportunidad única de estar en contacto con la naturaleza y hacer algo los cuatro juntos.

Ojalá su hija adolescente volviera a ser la niña dulce y complaciente que era hacía no tantos años. Por el contrario, los dos pequeños, Juan y Natalia, casi no habían comido de la emoción. En el entrenamiento, sus despistes fueron desesperantes. Que Nando y Marta no pararan de hablar de *Sultán* y *Thor* tampoco ayudó a la concentración.

—Papi, si hay un perrito abandonado, nos lo traemos —afirmó Juan secundado por Natalia.

—¡Eso! Mejor una perrita y así tenemos cachorritos.

—¡Qué buena idea! —exclamó Marieta divertida. Sabía que a su madre la daría algo si aparecían con un animal en casa al volver del fin de semana con su padre.

—Ya os lo he dicho. Nada de animales. Podéis jugar con los de vuestros amiguitos cuando queráis, pero nada más.

—¿Y un caballito? —insistió Juan, que se veía yendo a clase subido en uno.

El juez decidió que era mejor dejarles fantasear, total, no le escuchaban. Aunque solo por ver la cara de su exmujer, la idea de volver con un ternerito era muy atrayente.

Fátima les aguardaba en su furgoneta en la carretera secundaria que daba acceso a la finca. Estaba de pie, apoyada en la puerta del vehículo, con el pelo recogido en una coleta de la que se escapan unos mechones. El maquillaje ligero y la ropa informal: unos vaqueros que moldeaban sus piernas espectacularmente y una camiseta azul claro de manga corta.

—Hola, chicos —les saludó la veterinaria al verlos llegar.

—¡Hola! —respondieron contentos los pequeños desde el asiento

trasero del coche.

Juan hizo las presentaciones notando cómo Marieta se retraía un poco. Antes no era nada tímida con los desconocidos. Solía comportarse de manera extrovertida y abierta. La muerte de su amiga Laura provocó el cambio de carácter. Los psicólogos aseguraron a sus padres que volvería a ser la de antes. Sin embargo, a veces a Juan le costaba creerlo.

La veterinaria le sonrió con dulzura. Marieta era una jovencita bonita que se parecía mucho al juez. Ambos tenían los mismos ojos color miel que la luz del sol convertía en caramelo líquido. Natalia y su hermano, por el contrario, la observaban con un iris del color del mar. Sin duda, los genes de su madre estaban más presentes en ellos.

—Seguidme —les dijo volviendo a su coche para indicarles el camino.

Según avanzaban, las lindes mostraban un vallado que mantenía a las vacas lejos de la carretera. Los espléndidos animales marrones pastaban tranquilos, ajenos a la presencia de los extraños.

—Papi, no son como las de mi libro —afirmó Juan algo confuso.

—Ni como las de la tableta de chocolate —añadió Natalia con el ceño fruncido.

—Se refieren a que no son negras con manchas blancas —le explicó Marieta a su padre, que no entendía lo que decían los niños.

—¡Ah! No todas son así. Su piel puede ser de otros colores. Luego le preguntamos a Fátima —les sugirió el juez.

El dueño de la granja sonrió al ver llegar los coches. Esa tarde tenían también un grupo de niños con los caballos en la escuela de equitación. Le encantaba ver tan llenas de gente sus tierras. Las nuevas generaciones eran las que debían conseguir que el mundo rural no cayera en el olvido. Muchas personas pensaban que la comida que consumían surgía por arte de magia en las estanterías de los supermercados. No se daban cuenta de que alguien debía cultivar las cosechas y cuidar los animales que les proveían de alimento.

—Bienvenidos —dijo el hombre saludando a los recién llegados.

—Muchas gracias por invitarnos —respondió Juan pasando los brazos por los hombros de sus hijos.

—Un placer. ¿Por dónde queréis empezar, jovencitos?

—¿Dónde están las vacas del chocolate? —quiso saber Natalia, que seguía sin estar convencida de la explicación de su padre.

—¿Las negras y blancas? Tenemos alguna en el campo de atrás —respondió el hombre que estaba acostumbrado a las ocurrentes preguntas de los críos—. Seguidme.

—Te lo dije, papá —afirmó la niña resuelta, cogiendo la mano del dueño de la finca. El ocasional guía sonrió divertido. Aquella pequeña les iba a hacer la tarde entretenida.

Hasta Marieta dejó sus temores arrinconados al entrar al redil de las ovejas y coger un corderito en brazos.

—Ándate con ojo, que veo que te llevas uno de mascota —le susurró Fátima al juez.

—¡Chist! No les des ideas.

La veterinaria les explicó las características de los animales que fueron viendo sin dejarse intimidar por las numerosas preguntas que le hacían sin descanso. La emoción alcanzó el pico más alto al acercarse a la cuadra. Los alumnos de equitación se habían ido, y los cuidadores estaban atendiendo a los caballos. Uno de ellos le ofreció un cepillo a Marieta, la cual, para sorpresa del juez, aceptó encantada la propuesta.

El pequeño Juan, sospechando que no le iban a dejar llevarse un pony a casa, se acercó a la veterinaria y al dueño de la granja, que conversaban con su padre.

—¿No tienes perritos? —le preguntó a la mujer mirándola con el mismo gesto de pena que le ponía a su madre cuando quería salirse con la suya.

—Me temo que no, cariño.

—Un caballito no nos lo podemos llevar, ¿verdad, papi?

—Creo que no se sentiría bien en casa —afirmó Juan revolviendo el cabello de su hijo—. Como ves, necesitan mucho espacio para correr y nosotros no lo tenemos.

—Bueno, hay otras posibilidades —afirmó el dueño de la finca sin querer darse cuenta del gesto de reproche del padre del niño. Todos los pequeños deberían tener la posibilidad de ver crecer una animalito.

—No te molestes, no es necesario —negó Juan sin hacer caso de las protestas de su hijo.

—No es molestia.

Media hora más tarde, escuchando a sus hijos decidiendo cuál sería el nombre de su mascota, Juan pensaba en cómo le iba a explicar a su exmujer que no había sabido mantenerse firme en la granja. Había sido una encerrona en toda regla. Le hubiera gustado verla a ella, enfrentándose a tres niños suplicantes y a un granjero taimado. Fue la alegría en la mirada de su Marieta, al tener al animalito en sus manos, lo que le terminó de decidir. Al menos, a un conejo no había que sacarlo a pasear. Él solo se entretendría en su jaula.

Fátima sentía latir tan fuerte el corazón que estaba segura de que si hubiera alguien en el coche con ella podría escucharlo. Las manos le sudaban, y no por el calor del volante. Parecía que se había convertido en una costumbre ir a cenar con sus invitados después de la excursión a la granja. La otra vez fue en casa de Sofía. Sin embargo, en aquella ocasión iba feliz por la oportunidad de alargar la alegre jornada en

compañía de aquellas encantadoras mujeres y sus familias. Ese sábado era diferente. Natalia y Juan habían insistido en que compartiera con ellos las pizzas que solían tomar los fines de semana que estaban con su padre. Incluso Marieta se había unido a la invitación. Cuando el guapísimo Juez la miró con aquella sonrisa de anuncio, su boca habló por ella, pronunciado un sonoro «sí».

La casa de Juan era una vivienda unifamiliar en las afueras de la ciudad, pero dentro de la urbe, no como la de Sofía, que estaba en una urbanización. Era perfecta. La libertad de vivir en una zona ajardinada combinada con la posibilidad de ir de tiendas o a tomar una café a media tarde, sin prisas.

—Aquí estaremos más cómodos —le dijo el juez, sacando la bolsa con el alimento para el conejo del coche.

Habían decidido que, puesto que debían ir a casa a dejar a la mascota, entre ducharse y darle de comer se iban a entretener demasiado. De modo que hicieron un pedido a domicilio por una aplicación del móvil. En lo que ellos ponían la mesa y los niños se aseaban, llegaría el repartidor.

—El lunes acércate a la clínica. Me toca turno de tarde. Lleva a *Hociquitos* y le echaré un vistazo.

Los niños habían puesto ese apodo al animalito por su sonrosada naricilla, que no dejaba de mover de un lado a otro. Su padre, con la ayuda de Fátima, buscó en Amazon una jaula y todo lo que iban a necesitar para cuidarle. Eligió la opción de que se lo llevaran en veinticuatro horas, así lo tendrían cuando llegara el momento de que sus hijos volvieran a casa de su madre el domingo por la noche.

—Lo haré —prometió Juan—. ¿No haces un descanso? No estarás todo el tiempo trabajando.

—Si no hay ninguna operación programada y no hay pacientes, suelo escaparme al bar de al lado a tomar un refresco y un pincho de tortilla.

—¿Y sobre qué hora lo haces? —quiso saber el hombre como si tal cosa, mientras seguía colocando las servilletas de papel al lado de los vasos. Aunque era maravilloso estar con sus hijos y que se llevaran bien con Fátima, deseaba volver a disfrutar a solas de su compañía. No le importaba que fueran solo unos minutos.

—A eso de las siete. Mi turno es de tres a diez. Necesito una buena merienda repleta de calorías para poder resistir después de una mañana visitando fincas como la que hemos estado hoy.

—Papá, ya he terminado —anunció una voz adolescente cerca de ellos.

Marieta se había duchado y pensó que su padre querría cambiarse antes de cenar. Ella haría compañía a la veterinaria. Le gustaba. Era una mujer sencilla y natural. Le recordaba a Sofía, aunque menos

alocada y no tan directa como Rosa. No era tonta, y veía cómo su padre y Fátima se miraban. Eran más que amigos, estaba segura, o lo serían muy pronto. Él tenía derecho a rehacer su vida, puesto que con su madre la relación nunca fue buena. Se llevaban mejor ahora que cuando estaban casados. Aquellos años en los que sus hermanos eran prácticamente bebés, y se los tenía que llevar a su dormitorio a fin de que no escucharan las discusiones, fueron horribles. No entendía cómo algunos de sus compañeros de clase deseaban que sus padres separados se reconciliaran. Había veces que la vida en familia podía ser un infierno.

—Te has cambiado de ropa —le dijo a la veterinaria al verla con una sudadera gris. La noche se había tornado fresca y el aire olía a humedad. No tardarían en empezar los truenos anunciando una tormenta.

—Siempre llevo una muda en el coche. Trabajando con animales y en el campo, lo más normal es que termines cubierta de barro u otras sustancias.

—¡Puagg! Prefiero no pensarlo.

—Nunca, nunca lleves el pelo suelto si vas a atender a un paciente de cuatro patas.

Marieta rio divertida imaginándose la estampa. Si bien, los hijos pequeños de Sofía y Lucas a veces podían ser igual de «peligrosos». A Javier le encantaba enredar los deditos en el pelo de quien le tuviera en brazos, sin importar dónde hubiese estado antes metida esa manita.

Juan no tardó ni diez minutos en ducharse y ponerse un atuendo cómodo. Le provocaba cierta inquietud dejar a Fátima con su hija mayor. Los pequeños eran más inocentes, pero Marieta era lista, y, por la forma en que les observaba, se había dado cuenta de que la veterinaria le atraía. Debería hablar con ella antes de que se fuera con su madre al día siguiente. Natalia o Juan mencionarían a «la amiga de papá», y no quería que hubiera malos rollos. Patricia, su ex, salía con un tipo majo que le caía bien por su buena relación con los niños. Esperaba que, si su relación con Fátima se afianzaba y no era solo un tonteo, la situación fuese igual de relajada.

La improvisada cena transcurrió en armonía y buena sintonía. Sus risas y carcajadas no les dejaban escuchar la lluvia que caía con fuerza en el exterior. Un poco después de las once, la tormenta paró, y su invitada anunció que iba aprovechar para irse a su casa. Sus hijos se despidieron de ella con besos y abrazos, de modo que él no quiso ser menos y le dio dos castos ósculos en las mejillas. Al separarse sus rostros, la cara de ambos estaba un poco más enrojecida que unos segundos antes.

Natalia y Juan subieron a acostarse sin protestar, estaban agotados. Se despidieron de *Hociquitos* y de su hermana, y se fueron a lavar los

dientes. Su padre les dijo que enseguida subiría a arroparles.

Marieta le ayudó a recoger la cocina. El juez decidió que era la ocasión oportuna para sincerarse con su hija mayor.

—Cariño, me gustaría saber qué te ha parecido Fátima. Yo, bueno, nosotros…

—Papá, eres tú el que va a salir con ella, pero sí, nos cae bien.

Y, después de decir eso, Marieta le dio un beso a un atónito Juan. Su hija estaba creciendo más rápido de lo que creía.

17. AGUAS REVUELTAS

La encargada del supermercado les había dado un número de teléfono a través del cual mantenía la relación de amistad con Eva Martín.

—Si ella quiere, les dará su dirección. Yo no voy a hacerlo. Sufrió mucho por Carlos. Se merece la vida que ha conseguido rehacer.

Amanda se puso en contacto con ella. Al principio, Eva hizo intención de colgar y no escuchar lo que la policía tenía que decirle, pero esta última insistió confesándole que pensaban que su antiguo novio podía ser el responsable de la muerte de unas niñas. Acordaron hacer una videollamada la mañana siguiente, a fin de que Jorge y Sofía estuvieran presentes.

—Todo listo, jefa.

—Gracias, Fabi. Recuerda lo que te dije, vamos a procurar localizar su ubicación por si en un futuro necesitamos su testimonio ante un juez. No se lo diremos a ella para no alarmarla.

—Confía en mí, no se enterará.

Dejaron que la joven policía hablara un poco con Eva antes de hacer las presentaciones. Después, el inspector y la detective ocuparon su lugar frente la cámara del ordenador. Detrás de ellos habían colocado la pantalla con las fotos. Querían que Eva tuviera presente los rostros de las niñas. Aunque era una jugada sucia apelar a su sentimentalismo y mentirle sobre que no les interesaba su actual lugar de residencia, no podían andar de puntillas si querían atrapar a Carlos.

David le había dejado su mesa a Fabi y se había sentado al lado de Javier, dispuesto a escuchar cada palabra que la mujer les pudiera decir.

—No he oído nada en la radio ni he leído noticias en la prensa sobre lo que me están diciendo —afirmó Eva con recelo.

—Hasta ahora hemos conseguido mantenerlo en secreto —respondió Jorge—. Lamentablemente, Carlos sabe que vamos tras él.

El instinto de Eva le decía que colgara y volviese a su mundo y a su vida, lejos del hombre que le había hecho tanto daño. Solo la mención de su nombre le provocaba pesadillas. Sin embargo, observar aquella cantidad de fotos causaba en su interior ira y ganas de venganza. Por lo que le había hecho a ella, y por el mal que continuaba sembrando a su paso.

—¿Recuerdas dónde solíais ir cuando estabais juntos? —preguntó Sofía al percatarse de las grietas que empezaban a aparecer en la fortaleza de su interlocutora. Tal vez los lugares que le gustaba visitar a Carlos con su novia de juventud, fueran los mismos donde ocultó los

cadáveres o donde se escondía.

La mujer les fue enumerando las zonas boscosas o las riberas de los ríos en las que pasaban sus ratos de ocio mientras mantuvieron la relación.

—Nos gustaba salir al campo y respirar el aire puro sin contaminar. Íbamos incluso a Olvido o Lucero. Pasábamos la noche en una tienda de campaña. A mí me parecía romántico dormir bajo las estrellas. En esas ocasiones, volvía a ser el hombre tierno del que me enamoré. En la ciudad, cuando el cansancio de los largos turnos hacía mella en su cuerpo, se volvía taciturno y violento.

Eva se encogió al recordar las palizas. Bajó la cabeza asustada, sintiendo de nuevo el terror que había quedado olvidado tras su huida.

—A las niñas las viola, las estrangula y luego las apuñala —le explicó Sofía, ganándose una mirada de repulsa de Jorge. No veía la utilidad de entrar en detalles escabrosos.

—Le ponía el sexo violento. A mí las primeras veces me excitaba, luego dejó de gustarme. Fijaba sus ojos en los míos y repetía mi nombre, mientras entraba en mi cuerpo sin importarle si estaba preparada para recibirle. Cuando me quejé, me acusó de ser una frígida. Entonces, todo fue a peor, porque leyó que se podía alcanzar un brutal orgasmo por la asfixia, y decía: «Eres una guarra, esto es lo que te gusta. Me calientas y luego te quejas». ¡Yo no hacía eso! —gritó Eva rompiendo a llorar—. Ya no le deseaba. ¿Cómo podía pensar que trataba de seducirle si procuraba mantenerme lo más alejada de él? Y más si estábamos en casa de sus padres. Vale que estaban muertos, pero hacerlo en su cama, rodeados de sus objetos personales, me resultaba morboso.

—¿La casa de sus padres? —inquirió Jorge verbalizando las palabras que Sofía estaba a punto de decir.

—Sí. En un edificio al otro lado del río.

—¿Podrías decirnos la dirección?

—No me acuerdo del nombre de la calle, pero sí de cómo se llega y del aspecto de la fachada.

La videollamada había sido mucho más fructífera de lo que habían pensando que sería antes de hacerla.

Tenían una lista de lugares en los que realizar una búsqueda exhaustiva de los cuerpos de las niñas que no habían conseguido localizar hasta entonces. Jorge le pidió a David que se pusiera en contacto con sus homólogos de Olvido y Lucero para que enviaran perros y equipos capaces de detectar restos humanos enterrados a varios metros de profundidad.

—Es una posibilidad remota, pero no perdemos nada por volver a hacer un rastreo en esas zonas —dijo Jorge—. Puede que no hayamos

encontrado los cadáveres aquí, porque estén enterrados allí.

—Sabéis —comenzó a decir Sofía—, creo que Carlos busca una sustituta a la primera niña que mató. Se llamaba Eva también. Algo debió de hacer que él sintió como una ofensa. Estoy segura de que, si hablamos con los padres de ella, nos dirán que conocían a Carlos.

—David, busca el expediente de Eva, la niña asesinada en 2006, y concierta una cita con su familia.

—De acuerdo, inspector.

—Amanda, ¿sabemos la ubicación exacta de la casa de los padres de Carlos?

—Sí, jefe. Ya habéis estado allí. Era el piso en el que él vivía.

—¡Maldita sea! —exclamó frustrado Jorge. Confiaba en tener una pista sobre el lugar donde se escondía su sospechoso, y resulta que era un callejón sin salida en su investigación.

—No exactamente, Amanda —intervino Fabi. No había dejado de teclear en su portátil desde que había escuchado el estremecedor relato de Eva. Sus pesquisas informáticas le llevaron al registro de la propiedad y allí realizó un descubrimiento curioso.

El secretario de la detective disfrutó de su momento de gloria al darse cuenta de que cinco pares de ojos le observaban expectantes. El ceño fruncido de la detective le indicó que no podía alargar más la espera. Una pena. Ya se lo cobraría en forma de una nueva silla para la agencia de detectives, una que llevaba un sistema de masaje incorporado. Sofía le había dicho que no, pero Lucas le confirmó que él mismo la pagaría si con su ayuda lograban encontrar al asesino de Laura y exonerar más allá de toda duda a Antonio Gómez[7].

—En realidad, son dos pisos. Carlos Prieto compró la vivienda situada en la misma planta que su hogar de infancia en 2014.

—¿Por qué no lo sabíamos? —preguntó Jorge enfadado a sus colaboradores.

—A todos los efectos, esa casa sigue al nombre de sus padres —respondió Fabi sintiendo pena por Amanda. Era un descubrimiento reciente y no había tenido tiempo de contárselo la policía—. Ningún organismo ha protestado, ya que no hay deudas pendientes sobre el inmueble. Los recibos se pagan con regularidad. Padre e hijo se llaman igual. Nadie sospechó que el propietario hubiera cambiado.

—¿Continúa la patrulla vigilando la zona? —inquirió el inspector.

—Sí. Hacen controles rutinarios cada hora —confirmó Javier.

—Amanda, avísales de que no se muevan del portal. Luego, tú y Fabi averiguad si los padres del sospechoso tenían más propiedades que desconozcamos. Javier, te vienes con Sofía y conmigo.

El joven agente no estaba muy conforme en ir con la detective. Ella se había sentado junto al inspector y hablaban entre ellos, dejándole al margen. Si iban a realizar una detención, aquella mujer no pintaba

nada allí.

—Los agentes que hablaron con los vecinos de Carlos Prieto dejaron anotado en su informe que enfrente no les habían abierto la puerta —explicó Sofía leyendo las notas que Amanda les había dado antes de salir—. La comunidad pensaba que el piso estaba vacío, puesto que no escuchaban ruidos procedentes de él.

—Aunque los oyeran, no sospecharían —comentó Jorge—. Los sonidos viajan por los falsos techos o los conductos de ventilación. Nunca sabes a ciencia cierta la procedencia de ellos.

—Además, a determinadas horas, con la televisión, las voces o el trastear en la cocina, una ducha corriendo pasa inadvertida. Con un poco de cuidado con las luces, nadie podía imaginar que permanecía oculto allí. Espero que lo siga estando.

—¡Ojalá, Sofía!

No había ningún coche patrulla en la acera cuando ellos llegaron. Más tarde supieron que los agentes se habían visto retenidos por una trifulca en un bar. Una mujer que sacaba de paseo a su perro les abrió el portal.

—Mantente apartada. Es una detención oficial, no puedes intervenir —le recalcó el inspector a la detective para satisfacción de Javier.

—Sin mi ayuda, no sé qué vas a hacer con las cerraduras —protestó inútilmente Sofía.

Jorge tocó el timbre y, en silencio, los tres se mantuvieron expectantes. Si no les abrían, deberían llamar a un cerrajero de la policía. Entonces, un fuerte golpe surgió desde el interior de la vivienda seguido de un cristal rompiéndose.

—¿Qué ha sido eso?

—A mí me ha sonado como un mueble cayéndose, jefe —respondió Javier.

—¡Eh! ¡No se pueden tirar muebles por las ventanas! —gritó una voz de mujer en la calle—. ¿Qué estás haciendo, idiota?

—¡Abre, Jorge! —exclamó Sofía nerviosa—. Está intentado escapar.

—¡Es un tercero! —dijo en voz alta Javier. Era imposible que pensara saltar desde allí hasta el pavimento. Lo mínimo sería que terminara con una pierna rota.

Jorge no lo dudó. Le indicó a su subordinado que pusiera el hombro y, los dos a la vez, dejaron caer su cuerpo con fuerza sobre la lámina de madera, astillando el marco. Una patada más, y el camino quedó despejado. Al entrar, sus ojos se encontraron con los de Carlos Prieto, el cual sonrió y se llevó una mano a la frente a modo de despedida. A continuación, saltó por la ventana.

—Hay dos colchones —explicó el inspector a sus dos acompañantes

al asomarse por el hueco por el que había desparecido su sospechoso —. Lo que hemos oído eran los golpes secos al chocar la espuma y los muelles contra el suelo.

—Y los cristales que se ha llevado a su paso al traerlos desde los dormitorios —afirmó Javier mirando alrededor.

—¿Dónde está Sofía?

La detective, al ver cómo Carlos saltaba, se había dado la vuelta y bajaba las escaleras de dos en dos hacia la calle. Alguien llamó al ascensor y ya no estaba en el tercero. No había tiempo de esperar a que volviera a subir.

—Creo que se ha ido tras él —respondió el joven policía—. ¡Inspector!

Jorge pensó que, si Prieto había salido indemne del salto, él podía hacerlo también. Recordó las palabras de su instructor en la academia: «Si por algún motivo caes desde una gran altura, haz que tu cuerpo ruede en el suelo, absorbiendo el impacto. Terminarás igual de dolorido, pero con menos huesos rotos». Así que, tras guardarse su arma en la cartuchera, se subió al alfeizar y se lanzó al vacío.

—¿Es que es el día de los pirados? —gritó una mujer al verle levantarse y perseguir al hombre que antes había impactado en los colchones.

Sofía salió del portal al mismo tiempo que el coche patrulla llegaba a la zona. Ya se ocuparían ellos de calmar a los asustados viandantes.

Carlos se escabullía por calles estrechas que conocía como la palma de la mano desde su niñez. Jorge corría detrás de él sin prestar atención al sordo dolor que le impedía respirar. Estaba seguro de que una o dos de sus costillas habían resultado dañadas en la caída. Escuchaba unos ecos de pasos a su espalda. No podía volverse por miedo a perder de vista a su sospechoso. Confiaba en que fuera Javier. Le iban a hacer falta refuerzos.

El terreno asfaltado finalizó abruptamente, cambiando las firmes baldosas por un barro húmedo y blando que dificultada el avance. Las zapatillas de Carlos se mojaron y cada vez le costaba más escapar de su perseguidor que, inmisericorde, acortaba la distancia que les separaba. Llegaron a una pasarela peatonal que cruzaba el río por una zona donde el caudal se estrechaba. Un ciclista distraído al ver a dos hombres corriendo, uno de ellos con pistola, se cayó de la bicicleta en la que iba montado. Decidió que era mejor salir por piernas. Ya la recogería más tarde.

Jorge aprovechó la momentánea distracción de Carlos que, sin darse cuenta, había disminuido su velocidad al ver al hombre pedaleando. El inspector no lo dudó y se lanzó en plancha sobre Prieto, rodando los dos por el suelo. Del impacto, perdió su arma, que se deslizó por el pavimento lejos de su alcance.

—Carlos Prieto, quedas detenido —gritó a la vez que trataba de darle la vuelta y sujetarle las manos a la espalda.

Creía que lo había conseguido, pero su perseguido hizo algo inesperado: rodar sobre sí mismo, arrastrándole con él por debajo de la barandilla metálica. El impacto contra la superficie del agua envió una ola de dolor por todo su cuerpo. Si antes pensaba que sería una fisura o dos lo que sentía en las costillas, en ese momento se habían convertido en roturas. Sus pulmones buscaban desesperados una brizna de aire que no entraba en ellos. El agua inundó sus fosas nasales. Entre el fango del fondo y los juncos, vio una mancha oscura alejándose. Carlos se escapaba y él no podía hacer nada por impedirlo. De pronto, la angustia que sentía desapareció. Dejó de importarle lo que le ocurría a medida que un extraño sopor se apoderaba de él. Lo último que pensó fue que mejor morir en acto de servicio que no en una cama de hospital lleno de cables y tubos.

Sofía se tropezó con una bicicleta, cayendo al suelo.

—¡Qué asco!

Desde que empezó a perseguir a Jorge y a Carlos por aquel lodazal, tenía barro en toda su ropa y su calzado. Tras la caída, aquella masa arcillosa le cubría el pelo y la piel. Había perdido de vista al inspector. Si no llega a ser por un ciclista que salió gritando por una calle, asustado porque había dos hombres peleándose, no habría sabido por dónde continuar corriendo.

De pie, en medio de la pasarela, miró a su alrededor. Una figura huía por una pequeña loma hacia el camino del cementerio, iba a ir tras ella cuando su pie chocó con un arma. Era la del inspector. ¿Dónde estaba? Solo veía a Carlos a lo lejos. ¿Y Jorge? Se apoyó en la barandilla y un trozo de tela flotando en el agua llamó su atención. Era del mismo color que la cazadora de Lamela.

No reflexionó. Simplemente, valoró la situación y llegó a la conclusión que Prieto huía tras deshacerse del inspector. Podría estar equivocada y aquel pedazo de tejido no ser más que un trozo de arpillera. Su corazón le dijo que saltara y acallara la voz de su mente, que gritaba por justo lo contrario.

El agua estaba más fría de lo que había imaginado. Olía mal y flotaban islas de espuma de dudoso origen. De cerca estaba claro que aquello no era solo una prenda de vestir. Hizo un esfuerzo y, con la fuerza de sus dos brazos, logró girar el deforme bulto. El rostro ya de por sí pálido del inspector presentaba un tono violáceo. De la sien y parte de la frente brotaba sangre por una brecha grande. Sin embargo, lo que inquietó a la detective fue la ausencia de respiración de Jorge. El abdomen no subía y bajaba como hubiera sido lo normal. Tiró de él hacia una orilla del río. Aunque no fue capaz de sacar el cuerpo del agua del todo, si logró apoyar la espalda del policía en el barro. A

continuación, inspiró, y, abriendo la boca del hombre con sus manos, le insufló el aire que había tomado. Al no apreciar ningún cambio, optó por realizarle compresiones en el pecho a fin de practicarle una reanimación cardiopulmonar. Deseó haber prestado más atención cada vez que un instructor de la academia de policía les daba algún cursillo de primeros auxilios, pero una cosa era ejercitarse con un muñeco y otra devolver la respiración a un ser humano en medio del río. Frustrada, le dio un golpe en las costillas. Escuchó un crujir de huesos que le heló la sangre.

—Lo siento, Jorge. Te he roto un par de huesecitos. Nada importante si consigo salvarte la vida.

Al borde de sus fuerzas, le puso de lado y, en ese instante, ocurrió el milagro. Al policía le sobrevino una arcada que le hizo expulsar agua por la nariz y la boca a borbotones.

—Respira, respira —le pidió la detective entre lágrimas al inspector.

Una mano apretó su hombro, al girarse observó el rostro de Javier inclinado sobre ellos.

—Lo has hecho bien, Sofía. Ya viene la ambulancia.

A su lado, Jorge había vuelto a quedarse inconsciente, no obstante, con gran alivio para ambos, su pecho subía y bajaba rítmicamente.

18. LA JEFA

Sofía estaba sentada en una silla envuelta en una manta térmica. David y Amanda conversaban cerca de la máquina del café. Javier permanecía en silencio junto a la detective. Los dos tenían la mirada fija en el suelo.

—Le has salvado —susurró el joven policía con una voz tan queda que la detective casi no fue capaz de comprender lo que murmuraba.

—Han dicho que tiene perforado un pulmón por una costilla rota. Seguro que fue por mi culpa —añadió con tristeza la mujer.

—Puede, pero al tirarse por la ventana y al caer por la barandilla, también se dio buenos golpes. En cualquier caso, sin ti se hubiera ahogado.

—¡Sofía!

—¡Lucas!

Javier se apartó para dejar que el abogado abrazara a su mujer, que no dejaba de temblar. No tenía heridas físicas, si bien, su mente revivía una y otra vez la angustia de pensar que Jorge había muerto.

—¿Los niños? —preguntó asustada.

—Tranquila, mi vida. Rosa y Diego están con ellos. Hasta que no volvamos a casa no se moverán de su lado.

—No me iré del hospital sin saber que Jorge no morirá —negó Sofía con lágrimas en los ojos.

—Lo sé. Me quedaré a tu lado —afirmó Lucas besando los labios de la detective.

Al recibir la llamada de Fabi anunciándole que había ocurrido un accidente y Sofía estaba en el hospital, su corazón se aceleró de tal forma que parecía que se le saldría del pecho. Hasta que el informático le aclaró que ella no estaba herida, no volvió a recuperar la serenidad.

Un doctor vestido de verde entró en la salita de espera en la que ellos aguardaban.

—La operación ha ido bien. Hemos tenido que repararle la herida del pulmón y la pared dañada del corazón.

—¿Fui yo con el masaje cardíaco? —inquirió Sofía, a la que la duda seguía corroyéndole por dentro.

—Sus compresiones le rompieron una costilla que ya estaba dañada. Al caer desde el tercer piso, el colchón no amortiguó el impacto del todo y en ese instante fue cuando una de sus costillas se quebró, perforándole en pulmón. Otras más tenían pequeñas fisuras. Aunque una de ellas es la que usted le fracturó, no le ocasionó lesiones internas. De hecho, su masaje cardíaco le ha salvado la vida. Enhorabuena.

La detective bajó la cabeza azorada a la vez que dejaba que Lucas la abrazara orgulloso. Pegada a su cuerpo, escuchó que Jorge debería permanecer sedado un tiempo para facilitar su recuperación, ya que, si estuviese consciente, los dolores serían insoportables.

—¿Ahora qué hacemos, David? —preguntó Javier.

—Irnos a casa a descansar. Hay policías registrando la zona donde perdimos a Carlos Prieto.

—No tiene más propiedades a su nombre ni al de sus padres —explicó Amanda.

—Ni al de ninguno de sus alias conocidos —añadió Fabi.

—¿Sabemos algo de los padres de Eva, la primera víctima? —quiso saber Sofía.

—Están fuera de Basema, volverán el lunes —respondió David—. Vendrán a la comisaría a primera hora de la tarde para que hablemos con ellos. Les he dicho que a las cuatro. ¿Te va bien la hora?

Sofía miró sorprendida al subinspector. En ausencia de Jorge, él era el designado por su superior para estar al mando.

—Sí, pero tú eres el que manda.

—Sobre el papel, Sofía. La investigación la llevas tú —afirmó David.

—Haremos lo tú nos digas, jefa —añadió Javier, sorprendiendo a los presentes con sus palabras.

Aquella mujer era extraña, lo contrario a lo que se esperaba en una policía. No seguía el protocolo, traía a sus hijos a la comisaría y trataba a los testigos como amigos. Sin embargo, el inspector Lamela confió en ella desde el principio. Sus intuiciones habían sido siempre acertadas, y lo que era más importante para ellos: había arriesgado su vida para salvar la de Jorge. Prieto lo hubiera tenido muy fácil si hubiera querido acabar con ella también mientras auxiliaba al inspector. Un tiro por la espalda y, en lugar de estar hablando en la sala de espera de un hospital, estarían velando dos cadáveres. Aunque tarde para el inspector, Javier había comprendido, al fin, que sin ella no resolverían el caso. La necesitaban al mando.

—En la comisaría dejaremos que crean que soy quien lidera la investigación, pero de puertas para dentro tú eres nuestra jefa, Sofía —corroboró David.

La detective paseó sus ojos por los tres rostros de los policías que la contemplaban. Podía sentir en su cintura los brazos de su amado Lucas, prestándole el apoyo silencioso que ella admiraba en él. Era consciente de que no se lo ponía fácil a veces, puesto que arriesgaba su vida en más de una ocasión. Mientras aguardaban noticias de la operación de Jorge, su mente imaginó mil y un escenarios futuros con sus pequeños creciendo sin ella guiando sus pasos si hubiese muerto aquel día. No se arrepentía de haberse tirado al río sin valorar las

consecuencias. Aquella maldita pasarela estaba situada a unos metros de la salida de una depuradora, en unas aguas que hacían remolinos sobre pozas ocultas a las vistas. Había sido una locura. Sin embargo, lo volvería a hacer para salvar a uno de los suyos.

—Necesitamos descansar. Hay agentes buscando a Carlos Prieto. ¿Tienen fotos de sus diferentes identidades, David?

—Sí. He ordenado controles en las salidas de la ciudad. Es complicado. Los fines de semana hay mucho movimiento de coches entrando y saliendo de Basema.

—Y yo he enviado patrullas a las estaciones de tren y autobús —informó Javier—. Suele haber personal de seguridad controlado que no haya alborotos ni robos, pero he pensado que mejor reforzar la vigilancia. Ni siquiera a Carlos le extrañará ver agentes por allí.

—Y Fabi y yo hemos activado un protocolo informático que buscará la cara de Prieto a través de las cámaras de vigilancia de cajeros automáticos, tiendas, edificios públicos…

—¿Tenemos programas así en la policía? —inquirió el subinspector sorprendido.

—Bueno, nosotros exactamente no —confesó con reticencia Amanda al ser interrumpida por David—. Otros organismos más secretos, que no son muy amables a la hora de ceder sus juguetes, tienen softwares así que usan sin que lo sepan los ciudadanos.

—Vale, yo no sé nada ni quiero saberlo —negó el hombre al escuchar la respuesta de su subordinada.

—Entonces, mi primera orden como jefa es que nos vayamos todos a casa —les dijo Sofía, a la cual le empezaban a fallar las fuerzas. Se sentía muy cansada. Necesitaba dormir un día entero para recuperarse —. Jorge va a estar bien atendido y su familia llegará en breve.

—Yo me quedo hasta que vengan —prometió Amanda—. Marchaos tranquilos.

—De acuerdo. El lunes nos vemos, chicos.

La detective se quedó dormida en el asiento trasero del coche, cobijada en los brazos de Lucas. Boris había ido a buscarles al salir del hospital. El hombre de seguridad y el abogado acordaron que, a partir del lunes, se uniría a Sofía en su investigación. No iba a estar muy contenta cuando se lo dijera. Diría que ella no necesitaba una niñera. Lucas utilizaría el chantaje emocional de sus hijos. ¿Cómo iba a dejarlos sin madre? Estaba decidido. Boris sería, una vez más, la sombra de la detective. Nunca le había venido mal su ayuda, y en esa ocasión no sería diferente.

*****

El sábado por la mañana, Sofía se despertó al sentir unas manitas recorriendo su cara y unos ligeros tirones en el pelo.

—Ñam, ñam, mami —dijo una voz exigente en su oído. Sin abrir los ojos, supo que era Carlota reclamando el desayuno, a la vez que Javier le daba un particular masaje de rostro.

Despacio, levantó los párpados y vio a sus dos pequeños acostados a su lado. Lucas, con la benjamina de la familia en su regazo, la observaba sentado en un sillón. Vega estaba tomando con gula su biberón.

—¿Y Nando? —preguntó la detective echando de menos a su primogénito.

—No quería irse antes de que tú te despertaras, pero son las once, así que Juan ha venido a recogerlo con sus hijos para ir al entrenamiento. He pensado que los cinco podíamos desayunar en la cama contigo.

—Se llenará de migas —le recordó la mujer a su chico, puesto que sabía cuánto odiaba que eso pasara.

—Cambiamos las sábanas luego y listo. Toma —dijo Lucas pasándole a Vega que, al ver a su mamá, dejó de prestar atención a su biberón.

Terminaron los cinco con manchas de mermelada en la ropa y restos de cereales en el pelo. Aunque había valido la pena por el rato de diversión tan maravilloso que disfrutaron. Hasta el pequeño *Thor* tuvo oportunidad de comer un trocito de bizcocho y recibir su ración de mimos por parte de aquellos simpáticos humanos que le cuidaban.

Después, aseados y limpitos, los niños y el cachorro jugaron tirados en la alfombra del salón, mientras Lucas iba a buscar a Nando. Aquel día no comerían en casa. Boris y Fabi les habían invitado a todos a celebrar el quinto cumpleaños de Samuel en un restaurante con una gran zona de juegos ajardinada. Diego iría con Rosa, Juan con sus tres hijos y Fátima, que había sido añadida a la lista de invitados como una integrante más de aquella gran familia.

Lucas y Diego observaron sorprendidos la llegada de la veterinaria en el coche del juez.

—¿Desde cuándo son tan amigos que vienen juntos? —le preguntó el abogado al oftalmólogo.

—Ni idea. ¿Has visto la manera en que se miran? Aquí hay temita.

Rosa y Sofía rodearon a Fátima, separándola de su acompañante para someterla a su peculiar tercer grado que no tenía nada que envidiar a un interrogatorio a un sospechoso de un delito.

—¿Sois pareja? —inquirió la detective con Vega en brazos—. ¿Qué tal con los niños?

—¿Os habéis acostado? ¿Qué tal en la cama? Con esos movimientos tan gráciles que tiene haciendo artes marciales, debe ser capaz de adoptar posturas interesantes bajo las sábanas, o en el sofá, o en una mesa…

—¡Rosa! Frena un poco, que hay niños. Hablad bajito para que no se enteren —rio Sofía—. Y luego nos cuentas tú, que me da la impresión de que con Diego te lo pasas en grande.

—Igual que tú con Lucas, bonita. Tienes tres niños que lo demuestran.

—¡Chicas, sois tremendas! —exclamó Fátima entre carcajadas—. No somos pareja como tal. Hemos salido a cenar y a tomar un café. En plan tranquilo. Nada más. Aún no nos hemos acostado.

—¡Aún! Así que tienes ganas de probar la rectitud del juez en la cama —afirmó Rosa con un guiño que provocó que la veterinaria se ruborizara hasta las cejas.

No pudieron seguir conversando porque Boris se acercó para avisarlas de que iban a empezar a servir la comida. Sofía se aseguró de que la incipiente parejita se sentara junta, con ella y Rosa enfrente a fin de observarles bien.

Imágenes de su cuerpo enredado con el de Juan llenaban la mente de Fátima, impidiéndole llevarse la comida a la boca. Su libido estaba prendida y sus hormonas gritaban sexo. Dudaba que ese fin de semana pudiera averiguar si el juez la deseaba tanto como ella a él, puesto que tenía a los niños en casa. El martes no tenía que trabajar por la tarde, le preguntaría si le apetecía quedar y le invitaría a tomar una copa al despedirse en su portal. Con suerte, el guapo hombre aceptaría y la próxima vez que viera a sus amigas tendría cosas que contarles.

Al terminar la comida, con la disculpa de dar un paseo a los bebés y que se durmieran, Lucas hizo que Juan le acompañara. Diego, imaginándose que el abogado le iba a sonsacar al juez detalles de su romance con Fátima, se apuntó también.

—Es muy guapa. Tiene unos ojos preciosos.

—Nos hemos fijado, Juan —confirmó el oftalmólogo, instando a su amigo a que continuase hablando.

—Además, es inteligente, divertida, buena conversadora. Podemos estar horas hablando.

—¿Solo hablando?

—Hemos ido a cenar, Lucas.

—¿Y luego? ¿Ha habido rollo?

—No, Diego. Vamos poco a poco. Somos amigos que se están conociendo.

Los dos hombres sacudieron la cabeza. El juez era demasiado formal hasta a la hora de ligar. En su época universitaria era el único que no hablaba de sus conquistas y sus hazañas sexuales. El abogado creía que por respeto a sus ocasionales compañeras, pero el oftalmólogo lo dudaba.

—Se lleva bien con tus hijos, habéis venido juntos —apuntó el marido de la detective cambiando el objeto de sus preguntas, puesto

que veía que Juan se cerraba en banda.

—El sábado pasado en la granja se los ganó. A los dos pequeños era fácil. Animales y aire libre. Les encanta.

—¿Volviste con un cachorro?

—Un conejito, Diego. Natalia lo bautizó como *Hociquitos*. Ya podéis suponer quién lo tiene en casa.

—¡Tú! —exclamaron sus amigos a la vez.

—Acertasteis. Patricia no quiere ni verlo. Alega que con sus múltiples alergias es imposible. Sospecho que es porque no quiere cuidarlo. El pobre no da problemas. Le pones comida, agua, limpias la bandeja de la jaula una vez al día, y listo.

—Suertudo. *Thor* ahora es un apenas un bebé y no lo sacamos de casa. En unos meses habrá que darle un paseo tres veces al día. Cuando llegue ese momento, nos tocará a Sofía o a mí hacerlo.

—Por la mañana serás tú —aseguró convencido Juan—. Dudo que la dormilona de tu mujer se levante con tiempo de sacar al perro e ir a trabajar.

—Fijo —corroboró el abogado.

—¿Y Marieta que tal ve que su padre tenga una relación con una mujer que no es su madre? —preguntó Diego preocupado por la reacción de la adolescente.

—Me dejó de piedra la otra noche. Después de la excursión a la finca, invitamos a cenar a Fátima a nuestra casa. Encargamos unas pizzas, nada complicado.

—Reunión familiar, eres un valiente —declaró Lucas recordando su primer encuentro con Sofía y Nando en un restaurante italiano. Ambos le conquistaron desde el primer segundo en que los vio. Nando no llevaba su sangre, pero lo sentía tan suyo como al bebé al que estaba paseando.

—Fue idea de Natalia y Juan. No pude negarme —explicó el juez —. El caso es que, al acostarse ellos y marcharse Fátima, me quedé con Marieta recogiendo la cocina. Yo no sabía cómo afrontar el tema de una nueva relación sentimental. Una vez más, mi hija demostró su madurez diciéndome que los tres estaban felices por mí y que ella les gustaba mucho.

—Así que te vas a lanzar.

—Sí, Diego. Es mi turno de intentar encontrar el amor igual que vosotros os arriesgasteis y ganasteis.

19. LEVE CONSUELO

Basema amaneció cubierta por una ligera bruma primaveral esa mañana de lunes de primeros de mayo. Los habitantes de la ciudad sabían que al mediodía levantaría, quedando una perfecta tarde de paseo, sin embargo, los más madrugadores debieron abrigarse. Era una de esos días en que el frío traspasaba la ropa al ir a trabajar o al colegio, pero, al regresar a casa, los abrigos y las cazadoras sobraban.

Sofía olía con deleite el suave aroma de la piel de Vega. ¿Por qué desprendían los niños una fragancia tan dulce de bebés? Las mejillas de su niña eran dos suaves melocotones tiernos y jugosos. Lucas intentaba que Javier se tomara su desayuno a la vez que vigilaba que Carlota se comiera los cereales en lugar de jugar con ellos. Nando veía dibujos en el móvil de su padre, masticando su segunda tostada.

—Buenos días, diablillos —saludó Laura entrando en la cocina.

La recién llegada sustituyó a la detective a fin de que pudiera terminar de arreglarse. A las ocho y media, Boris les recogería a los seis. La rutina habitual era ir primero a la agencia, donde la niñera ya aguardaba para ayudar a Sofía con los tres pequeños. Fabi también esperaría allí con Samuel. El chavalín disfrutaba subiendo al gran coche con su amigo Nando. Lo miraba con la adoración que a sus cinco años despertaba el mayor de los hijos de la detective.

Ninguno de los niños se percataba de la expectación que suscitaba en el colegio la aparición del vehículo familiar. Las madres de los otros alumnos remoloneaban charlando en la acera. Ver bajarse a Boris y a Lucas para, a continuación, llevar de la mano a Samuel y Nando hasta el edificio, era lo mejor de la mañana. Los hombres solían ir hablando de sus cosas. El abogado no prestaba atención a lo que le rodeaba, al contrario que su acompañante, que sonreía divertido. ¡Qué miraran! No tenían nada que hacer. Ambos estaban plena y totalmente enamorados de sus parejas.

El sonido del móvil de Sofía a las ocho y veinte iba a desbaratar la rutina matutina, sin que la detective fuera consciente de ello al responder la llamada.

—Hola, David. No te preocupes, que no me voy a retrasar. A las nueve estoy allí.

—Ha surgido algo. ¿Podríamos quedar en tu agencia a las nueve menos cuarto? Tenemos que ir a un sitio a medio camino entre Basema y Olvido.

—¿Una nueva víctima? —preguntó la detective preocupada. Aunque no estaban en enero, Carlos Prieto podía haber dejado salir su frustración por haber sido descubierto, matando a otra niña. De ser

así, pesaría en su conciencia. No se arrepentía de no haberle perseguido. Salvar la vida de Jorge fue la decisión adecuada y la volvería a tomar. Sin embargo, sabía que si el inspector y ella hubieran interrogado a los vecinos del inmueble donde el asesino tenía su vivienda la primera vez que fueron, en lugar de delegar en otros, tal vez habrían dado con él.

—No exactamente. Creemos que puede ser el cuerpo de Natalia, la niña desaparecida en 2012.

La detective cogió su bolso y se lo colgó al cuello. Se abrochó la chaqueta larga de lana que se había puesto sobre una camiseta, a juego con unos vaqueros azules y sus zapatillas rosas de una conocida marca para caminar, y salió del dormitorio. Si iban a ir por el campo, mejor llevar calzado cómodo.

Lucas tenía a los niños preparados en el coche. Al escuchar hablar a Sofía por teléfono, se imaginó que había ocurrido algo que requería la presencia urgente de su mujer en algún sitio.

—¿Dónde tienes que ir? —preguntó el abogado mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y comprobaba que Carlota no soltaba el suyo.

—Me recoge David en la agencia. Tenemos que ir a Olvido. Han encontrado «algo» —respondió la madre de los niños sin querer entrar en detalles delante de ellos. No podía imaginarse por lo que habrían pasado Fátima y los otros padres. Ella aún temblaba al ver la herida en el dedito de Javier, y eso que había sido su propia hermana la causante. Si alguien ajeno a su familia pusiera una mano encima a sus pequeños, se volvería loca.

—¿Muy antiguo?

—2012. No sé si habrá llegado la niñera —añadió preocupada—. Fabi no puede hacerse cargo de los tres bebés si tengo que marcharme antes de las nueve.

—Tranquila —le dijo Lucas cogiéndole la mano—. Ya está todo solucionado. Boris llevará a Nando y a Samuel al colegio mientras yo me quedo con los niños en tu antiguo piso. Luego volverá a buscarme para llevarme al despacho. No me iré hasta que llegue la niñera.

—Te quiero —afirmó Sofía emocionada. Su marido estaba en todo. No solo era el mejor de los padres, sino que la apoyaba en su vida laboral y ponía luz en la personal. Sin importarle los testigos, le echó los brazos al cuello y le besó con pasión.

Nando arrugó la nariz. Aquellos besos sonoros que se daban sus padres eran «asquerosos». Su tío Diego le decía que de mayor él también querría dárselos con su novia. No estaba muy convencido de que aquello fuese verdad.

Al llegar a la agencia, la detective salió del coche familiar y se subió al del subinspector. Con pena, se despidió de sus hijos. Adoraba

su trabajo, la hacía sentir plena como mujer. No obstante, a veces añoraba pasar más tiempo con los niños. Crecían demasiado rápido.

—Cuéntame detalles —le pidió a David procurando concentrarse en la investigación.

—Como ahora los días son largos, los agentes que fueron a ver la zona boscosa cerca de Olvido de la que Eva nos habló, prolongaron la búsqueda hasta las diez. Uno de ellos es un guardia civil que conocía a los abuelos de la niña. De hecho, es de un pueblo cercano a ese bosque. Se lo conoce como la palma de su mano. Solo unos pocos saben que detrás de la cascada hay una pequeña gruta a la que se accede saltando unas rocas. Él ya no está tan ágil, pero hizo que uno de los agentes jóvenes que le acompañaban se metiera bajo el agua.

—Y encontró a Natalia.

—De momento puedo confirmarte que son huesos de alguien no muy alto. Supongo que, cuando lleguemos, ya habrá ido el forense y podrá decirnos sus impresiones iniciales.

—¿Sabes cómo está Jorge?

—Sigue en coma inducido.

*****

Tuvieron que dejar el coche a un kilómetro de la cascada donde habían aparecido los restos. Era una zona rocosa de difícil acceso para los vehículos. La guardia civil había acordonado un perímetro de varios metros en torno a la corriente de agua. Con un perro, unos agentes inspeccionaban el terreno.

—Están buscando más cadáveres —les explicó el oficial al mando —. Sabemos que hay otros cuerpos que no han aparecido. No queremos dejar un centímetro sin examinar. En un rato traerán un radar que nos permitirá saber si hay restos enterrados.

A la detective le pareció una buena idea, aunque dudaba de su efectividad. Si era un sitio habitual de acampada, era raro que en aquellos casi diez años ningún excursionista se hubiera topado con los huesos de las niñas. No, el único lugar posible era en la gruta oculta por la cortina de agua.

Sofía y David querían ver con sus propios ojos el que suponían era el cuerpo de Natalia. El forense les permitió acercarse a condición de que se pusieran la protección adecuada, a fin de no dejar restos que contaminaran la escena.

—¿Qué puede decirnos? —le preguntó la detective a un hombre agachado junto al cadáver.

—En otras circunstancias les conminaría a esperar mi informe, pero tengo una hija de la edad de estas criaturas. Dormiré más tranquilo cuando le atrapen.

—Puedo asegurarle que haremos todo lo posible —le prometió David—. El inspector encargado de la investigación está tumbado en la cama de un hospital por culpa del asesino. Tenemos un interés personal en ponerle las esposas a este psicópata.
—¿La violó? —quiso saber Sofía mirando con pena los huesos que yacían en el suelo cubiertos por girones de tela.
—Eso no lo sabré hasta que no le haga la autopsia —negó el forense—. Sí me es posible confirmar que es una adolescente, que fue estrangulada y apuñalada varias veces. En un bolsillo del pantalón tenía una pequeña cartera con un carnet de biblioteca descolorido por la humedad, pero con el nombre aún legible. Es Natalia, la pequeña secuestrada en 2012. No me gustaría ser la persona que deba llamar a sus padres y darles la noticia.
—Llegados a este punto, creo que agradecerán esa llamada —reflexionó David—. Es peor la angustia de no saber. Al menos, ahora podrán darle sepultura e intentar rehacer sus vidas.
Sofía miró a su alrededor. La niña había sido la primera víctima de Carlos tras su ruptura con Eva. Seguramente la había llevado a aquella cueva porque tenía un significado especial para él. Al torturar a la pequeña, volcó sus ansias de venganza contra las dos Evas que habían marcado su vida. Necesitaban averiguar qué había dejado tanta huella en la mente de Carlos Prieto para provocar su posterior macabra celebración de aquel lejano once de enero de 2006.
La detective aceptó el ofrecimiento del subinspector de comer algo rápido antes de volver a Basema para hablar con los padres de Eva.
Había habido un ligero cambio de planes. Al llamarles Javier a primera hora de la mañana, a fin de confirmar el encuentro en comisaría, la pareja se había negado a ir. No querían recordar lo que tanto les había costado olvidar.
—Es vital para la investigación —insistió el policía—. Mis superiores necesitan hablar con ustedes. Tenemos que encontrar al asesino de su hija antes de que siga matando. Sin su ayuda, no podremos hacerlo.
—Está bien —concedió reticente el padre de Eva—. Pero mejor vengan a casa. Mi mujer no quiere volver a entrar en la comisaría. Allí tuvimos que ir para reconocer el cadáver de nuestra niña. No fue fácil.
De modo que David y Sofía siguieron las indicaciones del GPS hasta la dirección que Javier les había enviado mediante un mensaje. No les sorprendió que fuera en una calle cerca del hogar de la infancia de su asesino.
—Se conocían. Misma edad, mismo vecindario.
—Estoy de acuerdo, Sofía.
Les abrió la puerta una mujer de unos cincuenta años que debía ser la madre de la niña. Su marido estaba en la cocina terminando de

comer.

—Disculpen, me han pillado aún con el postre —se disculpó el hombre—. Llego de trabajar a las tres y media. A las cinco vuelvo a empezar.

—No se preocupe, coma tranquilo —afirmó Sofía quitándole importancia a la situación.

—Estoy preparando café. ¿Les apetece una taza? —les ofreció la mujer. Ambos aceptaron encantados. Les vendría bien para espabilarse del sopor del viaje.

Cuando todos tuvieron su bebida caliente entre las manos, David se decidió a empezar con las preguntas que les habían llevado hasta allí.

—¿Les suena el nombre de Carlos Prieto?

—Creo que es un chico que trabaja en una papelería —respondió el hombre—. Sus padres murieron jóvenes. Eran buena gente. Sigue viviendo en el barrio.

La mano de la madre de niña se crispó en el asa de la taza, provocando que el oscuro líquido se desbordara sobre la mesa y su piel sin que ella se diera cuenta. La serenidad de la que ambos habían hecho gala hasta entonces, había desaparecido del rostro de la mujer al escuchar el nombre del sospechoso. Su marido, por el contrario, no parecía haberse inmutado.

—¿Podría ver la habitación de su hija? —le pidió Sofía a la dueña de la casa. Después de tantos años, cabía la posibilidad de que la hubieran destinado a otro uso y no quedara ninguna de las pertenencias de la niña, sin embargo, no solía ser lo normal. En desapariciones tan traumáticas, los familiares se aferraban a los objetos que las víctimas habían poseído y a la ropa que habían llevado, en un lastimero intento de mantener su último aliento entre las manos.

—Claro, venga conmigo.

La detective siguió a su anfitriona por el angosto pasillo. Sentía que quería decirle algo que callaba en presencia de su marido.

—Esta es.

El cuarto, decorado en rosa, era una triste cápsula del tiempo. Las paredes estaban pintadas en un suave tono, similar al de la colcha que cubría la cama. En una balda sobre ella, una colección de peluches contemplaba con sus inanimados ojos de cristal a las recién llegadas. Una estantería llena de libros con un joyero de plástico situado junto a la ventana atrapó la mirada Sofía. Se parecía a uno que ella tuvo de pequeña.

—¿Era buena estudiante? —quiso saber la detective acariciando la mesa donde debía de haber pasado las horas Eva estudiando.

—Sí. Siempre sacaba las mejores notas. Sus profesores estaban contentos con ella. Podía haber sido lo que hubiera querido —aseguró

con orgullo la madre de Eva—. Pero, al cambiar del colegio al instituto, los estudios se resistieron. Le gustaba salir con sus amigas. Estaba creciendo y ya se aburría con nosotros —concluyó con pesar.

—¿Solo amigas? A esa edad empiezan a buscar la compañía de los niños. Lo normal sería que en su grupo cercano hubiera habido de los dos géneros.

—Tiene razón. Iba al instituto que hay cruzando el puente. Coincidía con chavales del barrio y de su antiguo colegio. Entre ellos estaba Carlos.

La mujer hizo una pausa. No le gusta recordar aquella época. Su mente se llenaba de dudas. «Y si no la hubiera cambiado al instituto y hubiera continuado en el colegio privado. Y sí no la hubiera dejado salir con esos nuevos amigos de la ciudad. Y si hubiera hecho algo cuando llegaron los primeros suspensos...». La lista era interminable. Se unían nuevos interrogantes a medida que el tiempo pasaba.

—En el instituto hizo amistad con chicas y chicos del centro de Basema, y solía salir con ellos —continuó la madre de Eva con su explicación—. Yo estaba tranquila porque iba con amigos del barrio, entre ellos Carlos. Sus padres eran personas serias y formales, y su hijo también nos lo parecía. Sabíamos que, al volver a casa, vendría todo el grupo junto. Ninguno supimos ver la realidad.

—Carlos.

—A mi Eva le gustaba. Era un chaval bien parecido, simpático, que no lo tuvo difícil para ganarse su afecto. Mi marido no lo sabe, pero mi niña me confesó que eran novios. A mí me hizo ilusión. Esos amores juveniles se recuerdan con cariño. Son inocentes y puros, al menos, eso pensé.

—¿Qué ocurrió?

—La acosaba. No podía poner un pie en la calle sin encontrarse con él. Incluso cuando iba conmigo a la compra. De repente, lo teníamos a nuestro lado en la frutería ofreciéndose a llevarnos las bolsas a casa. Eva se ruborizaba al verle. ¡Era tan inocente!

—¿No le dijiste nada?

—No. Mi padre fue muy estricto conmigo en mi adolescencia, y yo no quería que ni hija pasara por lo mismo. Está visto que me equivoqué.

Sofía asintió con la cabeza. Andrés, su propio progenitor, había tratado con distinto rasero a sus hermanos y a ella. Ellos podían salir de fiesta y regresar a casa mucho más tarde que la detective. Era injusto, pero a nadie le importaba.

—Una semana antes de su desaparición, discutieron. Eva llegó muy enfadada una tarde. Había ido al cumpleaños de una amiga del colegio. Carlos, junto a otros compañeros de clase, estaba invitado también. Mi pequeña era abierta y le gustaba charlar con todo el

mundo. Según me contó, él la había avergonzado al apartarla con malas formas de un grupo con el que estaba charlando. Había un par de chicos mayores, que, como ocurre siempre, engatusaron a las niñas más pequeñas. Él le reprochó que mirara a otros en lugar de dedicarle su atención a él, su novio.

—¿Eran pareja? —preguntó Sofía intuyendo un patrón de machismo adolescente y maltrato psicológico.

—¡Qué va! Se gustaban y punto. Visto en la distancia, no supe ver que la acosaba. Ella se sentía importante al recibir los halagos de uno de los chavales más guapos de su curso. Creí que era un amor adolescente.

—No se martirice. El único culpable es el hombre que la mató.

—La violó. Mi inocente pequeña. ¿Cómo pudo?

La detective abrazó a la madre de Eva. A pesar de los años transcurridos, la pena y el dolor seguían agazapados bajo una tenue sombra de fingimiento. La vida era una sucesión de altibajos. Los momentos felices se alternaban con los infernales. ¿Cuándo se superaba una muerte? ¿Dejaba de doler alguna vez? ¿O solo se aprendía a subsistir con un agujero en el alma?

—¿Fue él? ¿Carlos? —quiso saber la angustiada mujer.

—No lo sabemos. Hay nuevos indicios que nos han conducido hasta él.

—¿La niña que murió en Navidad? Al ver sus fotos en el periódico, me recordó a mi Eva. ¡Eran tan parecidas!

Sofía estaba segura de que los rasgos físicos habían marcado el perfil de las víctimas escogidas por Prieto. Todas eran sustitutas de su primer amor no correspondido. En lugar de superarlo y buscar en otra chica el afecto, él se obsesionó con Eva, de forma que, aunque los años pasaban, en su mente ella seguía igual. Tal cual le había rechazado hacía tanto tiempo.

David y la detective se despidieron de los apenados padres. El subinspector sabía que Amanda le había llamado insistentemente, pero no quiso interrumpir su visita a los progenitores de Eva.

—¿Qué ocurre? No podía atenderte.

—Sofía, ¿estás ahí?

—Sí, Amanda —respondió intranquila la detective. ¿Le habría pasado algo a sus hijos?

—Deberías llamar a tu marido y decirle que te vas a retrasar. David, tú deberías hacer lo mismo con tu mujer.

—¡Amanda! —exclamó el policía empezando a perder la paciencia —. ¡Al grano!

—En un solar abandonado que se usa como vertedero desde hace décadas, han encontrado un brazo humano y parte del tórax. Aún lleva una pulsera de oro abrochada la muñeca. Por eso la hemos

reconocido. Figura en el expediente.

—¿Quién es? —inquirió Sofía a la vez que sacaba su teléfono para llamar a Lucas. Con suerte, aún podría estar en casa en el momento de acostar a sus pequeños y arroparles.

—Rocío. La niña secuestrada aquí en Basema en 2018. Javier va de camino. Han precintado la zona y removerán los escombros a fin de encontrar el resto del cuerpo. No hay basura orgánica. Casi todo son bloques de cemento, neveras y muebles viejos. Necesitan maquinaria pesada, no se puede hacer a mano.

—Enseguida estamos allí —prometió David a su subordinada.

—Antes no era una escombrera. Había un parque. Recuerdo haber ido con mis hermanos de pequeña —afirmó Sofía—. Había bancos y columpios. Algo de verde. Árboles diría que pocos.

—Yo también iba. Había un campo de futbol donde jugaba con mis amigos de la academia partidillos los fines de semana. Lo clausuraron en 2012 porque iban a construir unas viviendas de lujo que con la crisis al final no hicieron.

—Es otro de los sitios donde nos dijo Eva que solía ir con Carlos.

—¿Piensas lo mismo que yo?

—Creo que sí. Puede que Rocío no sea la única niña enterrada allí.

20. UN CAFÉ DE MEDIANOCHE

Juan había preparado con esmero la velada. Por un amigo de Lucas consiguió entradas para una obra de teatro que sabía que a Fátima le gustaba. Ya no quedaban a la venta, pero, de las asignadas a la compañía, al final sobraban algunos sitios que fueron ofrecidos rápidamente a la gente que tenía contactos y aguardaba en la lista de reserva. Después irían a cenar a un buen restaurante de comida mediterránea. Era un poco caro, si bien, merecía la pena darse el gusto de vez en cuando.

Habían seguido quedando los días laborables y los fines de semana que Juan no tenía a los niños. Diego y Lucas se metían con él por no haberse acostado aún con la veterinaria. Aquel sábado, después del entrenamiento, no fue diferente.

—Chicos, ella es especial. No quiero precipitarme y fastidiar la relación. ¡Estamos empezando!

—Eso está bien, Juan —afirmó el abogado—. Aunque te recuerdo que los dos sois adultos y libres de compromiso. Nadie os va a recriminar porque os vayáis a la cama.

—Además, el sexo es sano para el cuerpo y la mente —apostilló Diego—. Un buen orgasmo es liberador.

—Habló la voz de la experiencia —se rio el juez al ver la cara de seguridad con la que el oftalmólogo le dio su consejo.

—¿No será por tus hijos? —inquirió Lucas.

—No, no, ya os comenté que ellos adoran a Fátima. Incluso mi hija mayor habla con ella por teléfono. La excusa es algo relacionado con *Hociquitos*, pero luego terminan hablando de moda y de música. Según Marieta, ni su madre ni yo estamos al loro de lo que se lleva ahora.

—Pues a Sofía no le pidáis consejo. Sigue enfadada porque no dejé que Vega llevara un peto vaquero en su bautizo. Aunque reconozco que estaba monísima con él puesto, eso se lo puede poner cualquier día, y el faldón solo es para una ocasión especial.

—¿Era el que llevaste tú en tu bautizo? —preguntó Diego levantado una ceja.

—Justo —respondió el marido de Sofía. Era una tradición familiar que le gustaba mantener. Él no pudo llevar el de su padre porque era un bebé grande, sin embargo, sus pequeños estaban preciosos con él.

—Ya lo has reutilizado tres veces. Desde luego, a tu madre le salió rentable.

—Guárdalo bien, no te haga falta otra vez —bromeó Juan.

—Cuando Nando nos dé nietos, que espero que tarde mucho. Con

cuatro ya tenemos el cupo. Aunque tú con Fátima podías ir a por un bebé de ojos azules como los de ella y pelo castaño similar al tuyo.

—Quita. Tengo tres niños y un conejito que cuidar. Es suficiente. Diego y Rosa podrían decidirse. Si quieren ponerse a nuestro nivel, ya deben empezar a practicar.

Lucas esperaba escuchar una sonora protesta a su comentario, sin embargo, el oftalmólogo permaneció en silencio. Aquello hizo que el abogado y el juez se giraran para mirarle. El hombre apretaba los labios, mientras una gota de sudar brillaba en su frente.

—¡Diego! Tú estás callándote algo —le recriminó Juan entrecerrando los ojos.

—Os lo íbamos a contar cuando estuviéramos los seis juntos. Rosa quería que fuera una sorpresa para todos.

—Tarde. Te hemos descubierto. Se ve que se me han pegado las dotes de detective privado de Sofía.

—Rosa está embarazada de tres meses —confesó al fin Diego—. Queríamos estar seguros de que iba todo bien antes de deciros nada.

—Tranquilo. Es una mujer sana y fuerte, no tiene por qué ir mal —le dijo Lucas apretando su hombro.

—Es algo más complicado. Esperamos gemelos.

—¡Dos! Tío, sí que os habéis puesto las pilas —rio Juan.

—En su familia hay varios pares de mellizos y gemelos, así que no nos ha pillado por sorpresa.

—¿Buscabais un bebé?

—Sí, Lucas. Veros a vosotros con los niños, tener a Javier o Vega en brazos, incluso a la pequeña terremoto de Carlota, hace que no queramos retrasarlo más. Estamos bien juntos, y es el momento adecuado de formar una familia.

—Me alegro, Diego. ¿Vais a casaros?

—Lo haremos por los niños, Juan. Antes de que nazcan, en verano si es posible.

Los dos amigos felicitaron al futuro padre con sentida alegría. Ambos prometieron que no le dirían nada a sus respectivas parejas, aunque los tres hombres sabían que esas promesas iban a ser rotas en breve.

Fátima pestañeó incrédula al escuchar de labios de Juan durante la cena que Rosa estaba embarazada de gemelos. Desde luego, la genética era benévola con ella. No se le notaba nada, ya que seguía luciendo una envidiable figura.

—Van a ser unos padres geniales. Solo hay que ver como tratan a tus hijos y a los de Sofía. Los críos les adoran.

—Claro, porque son unos titos enrollados que les dan todos los caprichos que piden por sus boquitas. Las regañinas y los lloros son para los padres.

—¡Exagerado! Marieta es una mujercita que te ayuda con Natalia y Juan. Los tres son buenos chicos.

—Al menos, eso lo hicimos bien mi ex y yo. Estamos concienciados en actuar de la misma forma en lo referente a su educación tanto escolar como personal. Estoy orgulloso de haberles inculcado unos valores que les ayudarán a enfrentarse a los retos de la vida.

—Nuria era una adolescente maravillosa. Además de mi hija, me gusta pensar que éramos amigas. Entiéndeme, sabía que como madre tenía que marcarle límites, pero podía contarle mis problemas igual que ella podía confiar en mí. Por supuesto que tendría sus secretos, cosas que solo sabrían sus amigas. No obstante, la policía no descubrió ningún esqueleto en el armario del que pudiera avergonzarse.

—Criar a un hijo es un trabajo que dura veinticuatro horas al día sin vacaciones ni descansos. Por ejemplo, ahora no estoy físicamente con ellos, pero sé que Marieta estará estudiando para el examen de lengua de mañana, y que Natalia se estará peleando por el mando de la televisión con su hermano.

—¿Y *Hociquitos*? —preguntó riendo Fátima.

—Es el que mejor vive de todos. Come, duerme, juega y vuelve a dormir. Se va a poner como una bola.

—Ya te dije que puedes soltarle por casa para que corretee un poco.

—Lo hice. Y me dejó regalitos esparcidos por el baño y el despacho. Mejor me lo llevo a al campo o a la casa de Lucas y que se distraiga por allí. ¿O *Thor* será un peligro para él? —quiso saber Juan recordando al cachorro que tenían los hijos de Lucas.

—No, tranquilo. O se hacen amigos y corretean juntos, o se ignoran el uno del otro y ni se miran.

Entretenidos con conversaciones intrascendentes y disfrutando de las exquisiteces elaboradas por el chef del restaurante, llegaron a los postres.

—¿Un paseo para estirar las piernas? —sugirió Fátima. Estaba agusto con el juez. Le daba pena que la velada terminase. Llevaban juntos desde las siete, hora a la que habían quedado para el teatro. No se sentía lista para decirle adiós todavía.

A Juan le ocurría lo mismo. Su percepción del trascurrir del tiempo se distorsionaba en compañía de la veterinaria. Su calidez le envolvía como una manta que le hacía sentir seguro y feliz a su lado. Sin embargo, durante la cena, su instinto animal se había desperezado. Había dado gracias a la largura del mantel, que cubría su entrepierna. La forma en que la lengua de Fátima había salido al encuentro del helado de coco con frambuesas que había tomado de postre, resultó demasiado para su polla, que decidió presentarse. Tentado estuvo de echarse por encima la jarra de agua fría que permanecía sobre la

mesa. Hasta que no recuperó la compostura, no fue capaz de pedir la cuenta y salir del restaurante.

Las fosas nasales de Fátima captaban el varonil aroma de su acompañante. Era embriagador sin resultar mareante ni pesado. La camisa azul grisáceo que llevaba con las mangas remangadas a la altura del codo, dejaba adivinar la musculatura trabajada por las horas de entrenamiento en el gimnasio. Los veinte centímetros que le sacaba de altura hacían que se sintiera femenina al caminar a su lado. Esa noche había elegido un fresco vestido rosa fucsia con discretos lunares blancos, que combinaba con unas sandalias blancas de poco tacón. Como a su amiga Sofía, no le gustaban. De bajita no iba a pasar, así que buena gana de arriesgarse a caerse o hacerse una torcedura por un inoportuno tropiezo. Era agradable cambiar los vaqueros y las zapatillas por una vez. No se había vestido así solo por agradar a su acompañante, sino por ella. Para verse diferente a lo habitual.

Al llegar a su portal, Fátima se subió a los escalones. Quería que sus ojos quedaran a la altura de los de su acompañante. Él sonrió y la miró con deseo y anhelo.

—No es muy tarde. Mañana no hay que madrugar —comenzó a decir Juan sin estar seguro de la reacción de la atractiva mujer que le observaba tan detenidamente—. Puedo irme a casa o puedes invitarme a tomar una última copa.

El juez no fue consciente de que estaba conteniendo el aire y apretando los puños, hasta que escuchó su propia exhalación al oírla responder:

—Ven.

La veterinaria cogió la mano de él y, con suavidad, tiró de su brazo haciendo que le siguiera. Desde luego, quería que subiera, aunque no para beber alcohol, como le demostró en el ascensor enroscando su cuerpo al del hombre igual que un koala a un árbol.

Juan, sin soltar a su ardiente presa, siguió caminando hacia la puerta que Fátima le indicó. Nervioso, esperó a que dejara de pelease con las llaves. Rezaba para que no hubiera ninguna vecina cotilla tras la mirilla de la vivienda de enfrente. Lo que iba a ocurrir entre ellos dos sería algo privado e íntimo. Al menos, hasta que al día siguiente sus amigos le sometieran a un exhaustivo interrogatorio. Diego era un tremendo alcahuete, pero Lucas no le iba a la zaga.

A unos kilómetros de allí, el abogado descansaba complacido en el sofá, con su preciosa esposa sobre él. Habían acostado a los pequeños a las once, y habían dado rienda suelta a su pasión en el salón. Sus intenciones eran ver un capítulo de una de las series de intriga que tanto les gustaban, no obstante, los botones desabrochados de la camisa de Lucas y el brillo intenso de los ojos de Sofía, les hizo comprender a ambos que sus cuerpos querían sexo.

Después del nacimiento de los bebés, la detective necesitó unas semanas para adaptarse a los cambios de su cuerpo, pero ninguno de sus cuatros partos le había provocado la más mínima depresión. Cansancio, sí, mucho. No poder dormir una noche entera era un suplicio al que había terminado por acostumbrarse.

—Hoy Fátima cenaba con Juan. Rosa le ha prestado unos pendientes para un vestido que se ha comprado esta mañana. Es tan desastre con la ropa como lo soy yo, aunque con mejor gusto —rio Sofía al recordar lo cómodas que las dos se sentían en vaqueros y zapatillas, algo que desesperaba a Rosa. A su fiel colaboradora en la agencia de detectives le gustaba vestir a la última y disfrutaba con Fabi hablando de las tendencias más *in* en las colecciones de las tiendas. Fátima solía lucir prendas más *casual*, pero sí que estaba al tanto de las novedades en el mundo de la moda.

—Lo sé. Me pidió que le ayudara a conseguir mesa en ese restaurante que hay cerca de mi despacho.

—¿Ese tan pijo? Menos mal que decidió ponerse mona. Si vas con deportivas, te echan.

—Bueno, si son de Gucci, de esas que valen casi mil euros, seguro que no —bromeó Lucas.

Antes de conocer a la detective, el abogado no hubiera considerado aquel restaurante como un lugar snob. Era un sitio al que solía acudir con Diego y Juan por la exquisitez de los platos. El solomillo con setas y reducción al jerez debería ser considerado patrimonio de la humanidad. Con la llegada de Sofía y Nando a su vida, las pizzas y las hamburguesas se convirtieron en algo común en su dieta. Compartir un plato de patatas bravas con su familia era el mejor de los planes.

—Rosa y Diego suelen ir —comentó Sofía. Debía de reconocer que las pocas veces en que compartió mesa y mantel con ellos había comido bien. Al menos, las raciones eran cuantiosas. De otros restaurantes de Basema salías con hambre y con la tarjeta de crédito en números rojos—. Por eso sabía que debía ponerse un vestido elegante para la ocasión.

—Cuando nazcan los bebés, cambiarán —respondió Lucas. En cuanto pronunció la palabra «bebés», supo que había metido la pata.

Sofía se sentó a horcajadas sombre el cuerpo de su marido y le miró fijamente.

—¿Bebés? ¿Qué secretito me estás ocultando?

—Le prometí a Diego que no diría nada a nadie.

—Esas promesas no se aplican a las esposas. Ya estás tardando en contármelo todo.

Resignado, le contó lo que el oftalmólogo les había confiado mientras tomaban café. En cualquier caso, los futuros padres no iban a poder ocultar por mucho más tiempo la buenanueva. El vientre de

Rosa comenzaría a redondearse en breve, y los cambios en su figura serían evidentes.

—Me alegro por ellos. Van a ser unos papis geniales —aseguró la detective—. Y nos vamos a reír mucho viéndoles bregar con dos críos sin más experiencia previa que cuidar de los nuestros.

—No seas mala.

—Déjame disfrutar. Estoy desando que llegue el lunes para obligarla a que nos lo confiese a Fabi y a mí.

—Vais a tener que contratar a otra niñera —dijo Lucas. Con Javier y Vega, además de los gemelos, serían cuatro infantes los que habría que atender en el antiguo piso de Sofía. Cuando nacieran los bebés, Carlota ya habría iniciado su etapa escolar. En lugar de una agencia de detectives, quizás deberían montar una guardería. Desde luego, iba a ser muy entretenido.

21. ETERNA COMPAÑÍA

Sofía y David estaban sentados en los tablones de madera de lo que había sido un banco tiempo atrás, contemplando la frenética actividad que se estaba desarrollando ante sus ojos. Varias personas vestidas de blanco examinaban cada centímetro de terreno de una zona acotada por cinta de plástico azul.

El fin de semana, la búsqueda en el vertedero se detuvo, pero a primera hora de la mañana de un templado lunes de mayo, el resto del cuerpo de Rocío apareció. Los forenses se sorprendieron por la actitud de los perros que habían encontrado las partes del cadáver que faltaban. A pesar de haber sido retirados, seguían tirando de la correa de sus compañeros humanos.

—Los perros no se mueven —comentó Sofía observando cómo los animales olisqueaban la tierra removida.

—Ahí abajo hay algo más —apuntó el subinspector—. Veinte euros a que aparecen más huesos.

—No quieras timarme —protestó jocosa la detective—. Ambos sabemos que será Beatriz, la niña desaparecida en 2009.

—Tienes razón. Hoy van a tener trabajo los forenses. ¿Tu amigo Ricardo podrá enterarse de algo? Si esperamos a los cauces reglamentarios, pueden demorarse semanas.

—Le llamaré —respondió Sofía sacando el móvil.

El antiguo jefe de laboratorio de la científica de la policía seguía teniendo contactos en el cuerpo que gustosos le pasarían la información que necesitaban. Además, tratándose de un caso de secuestro, violación y asesinato de menores, estarían encantados de colaborar.

—¡Aquí! ¡Traed el detector!

Uno de los agentes vestidos con la equipación protectora pidió a sus compañeros el radar que les permitía escanear el terreno. De esa forma, evitaban dedicar esfuerzos inútiles excavando sin resultados fructíferos.

Cerca del mediodía, unos huesos cubiertos de un tejido que tenía aspecto de ser un uniforme escolar, aparecieron a cuatro metros de profundidad, en una improvisada tumba. Sofía y David, una vez confirmadas sus sospechas, decidieron que era el momento de irse del antiguo parque.

La detective iba inusualmente callada en el asiento del copiloto. El policía estaba extrañado. Ella era por naturaleza charlatana. Si no iban conversando sobre el caso, iban riendo por las últimas travesuras de sus hijos. Incapaz de quedarse por más tiempo a su lado sin averiguar

qué estaba pensando, David decidió preguntarle.

—Oigo a tus neuronas funcionado. ¿Me lo vas a contar o tengo que ponerme a hacer hipótesis?

—Tras su ruptura con Eva, se marchó a Olvido y luego a Lucero —respondió Sofía—. No creo que tengamos mucho tiempo para atraparlo en Basema antes de que huya.

—Si no lo ha hecho ya —replicó David frustrado.

—Su vivienda está vigilada y Fabi controla sus cuentas bancarias. Si se va, deberá empezar de cero. Sin su ropa ni su documentación. No es tan fácil. Puede conseguir otras, pero sin dinero no podrá.

—¿Piensas que sigue en Basema?

—Sí. Está escondido en algún sitio. Alguien le está dando cobijo y comida.

—Que sepamos, no tiene amigos.

—Salvo cierta mujer que ha intentado entorpecer nuestra investigación.

—¡Teresa! —exclamó el policía—. La dueña de la librería.

—Creo que no vive con su hermana. Sería un buen lugar para esconderse. Y hay otro aspecto a tener en cuenta. No sé si te has fijado en que físicamente se parece a Eva y a las niñas secuestradas. Ojos azules, pelo liso y castaño. No sería extraño que Carlos se hubiera sentido atraído por ella.

Por el manos libres, el subinspector se puso en contacto con Amanda. Solo le llevó un minuto averiguar que Carla residía en el antiguo piso de sus padres, mientras que su hermana se había marchado a un zona tranquila de las afueras. Era más huraña y, al carecer de vida social, prefería residir en el campo sin los agobios de la ciudad.

—Es una zona residencial que permanece casi vacía durante el día —les informó la agente—. Los niños están en el colegio y los padres trabajando.

—Un lugar perfecto para esconderse —afirmó la detective nerviosa —. Tenemos que ir ahora mismo. Hemos perdido un tiempo valioso.

—Sofía, no podíamos retener a Teresa por el solo hecho de sentir debilidad por Carlos Prieto. Vale, vale —claudicó David—. Amanda, envía una patrulla a la papelería y que vuelvan a llevar a sus dueñas a la comisaría. Dile a Javier que vaya hacia la casa de Teresa, pero que no haga nada hasta que nosotros lleguemos.

El recuerdo de Jorge tendido en la cama de un hospital era difícil de olvidar. El subinspector no quería más policías heridos por no asegurarse de contar con los suficientes recursos a la hora de enfrentarse al asesino de las niñas. Ninguno de los tres se aproximaría a la puerta de la dueña de la papelería en solitario, y mucho menos sin protegerse con un chaleco antibalas.

Las calles cercanas a la casa de Teresa estaban desiertas. Era una vivienda unifamiliar adosada a otras, con un pequeño jardín delante. A los lados había un terreno vacío que en un futuro albergaría una nueva fase de la construcción.

—Menudas vistas —afirmó Sofía al bajarse del coche y darse la vuelta. Enfrente de ella estaba el río, rodeado de una frondosa vegetación. Lo que parecían las bases de una pasarela que permitiría cruzar a la otra orilla, resaltaban en el agua con varias garzas sobre ellas.

—Diría que lo que hay allí son los huertos urbanos —indicó David señalando una zonas de terrero acotadas por unos muros bajos de piedra donde se veía a gente agachada en el suelo.

—Unas florecitas están bien, pero si quiero tomates me voy al supermercado —aseguró Javier acercándose al vehículo de los recién llegados.

—¿Has visto movimiento por las ventanas? —preguntó el subinspector.

—Nada de nada. Salvo los pájaros y algún pato, sois los primeros seres vivos que veo desde que estoy aquí.

—De acuerdo. Poneos los chalecos. Sofía, tengo uno para ti también.

—¿Qué? No es necesario —protestó la detective. No le gustaban. La dificultad de movimientos que sentía al llevarlo sobre la ropa, no compensaba la posible seguridad que obtuviera con él.

—Hoy no va a ser el día en que cuatro niños se queden sin madre. O te lo pones, o te quedas dentro del coche con la llave echada.

La intensidad de la mirada del policía le dejó claro a la mujer que su orden no admitía discusión. Refunfuñando, se quitó la cazadora y se colocó el chaleco. Le quedaba algo grande. En lugar de abrocharlo a la cintura, la trabilla la tenía en la cadera.

—¡Es enorme!

—Mejor, Sofía. Más protegida estás —replicó David. Estaba valorando si darle un arma, pero algo le dijo que de eso sí venía servida de casa la detective. El pantalón le hacía un pliegue raro en tobillo izquierdo.

Javier se dirigió a la parte trasera de la fila de casas mientras David se acercaba a la puerta delantera y Sofía se mantenía rezagada unos pasos. Los tres timbrazos no obtuvieron respuesta en el interior.

—Desde aquí es imposible escuchar nada —se quejó el investigador. Una verja blanca les impedía el acceso al jardín que separaba la pared de ladrillo rojo de la calle—. Jorge me habló de cierta habilidad tuya.

Sofía sonrió enigmática, sacando del bolsillo de sus vaqueros un pequeño estuche del que extrajo una diminuta ganzúa.

—Supongo que te refieres a esto —dijo a la vez que sostenía la pieza metálica entre sus dedos—, porque a mis escasas dotes culinarias lo dudo.

—Adelante. Diremos que nos la encontramos abierta.

—Me gusta como piensas, David.

No era de los que acostumbraba a saltarse el protocolo. Siempre había creído que las normas estaban para cumplirlas. Por seguridad, y para cerciorarse de obtener una condena sin recovecos a los que un abogado defensor pudiera agarrarse después. Sin embargo, Jorge merecía que le hicieran justicia, y lo iba a hacer.

—Está. Ahora la puerta de madera de la casa. Estoy segura de que está vacía.

—Eso no lo sabemos.

—Mira esas plantas. Están mustias. No han sido regadas en varios días. Te lo digo por experiencia. A mí también se me suicidan a veces. Y, por lo que veo, son de las caras, de las que compras en viveros. No te gastas el dinero en ellas para luego dejarlas morir.

—¿Eres una experta en jardinería? —inquirió David sorprendido. Nunca hubiera imaginado a su compañera con una pala y una regadera zascandileando por el jardín.

—Yo era de esas que iban al supermercado, veían una planta con flores bonitas y se la llevaban a casa. Luego no sabía ni dónde ponerla sin que se le cayeran las hojas o se me helara en la repisa de la ventana. Desde que me casé, sigo haciéndolo alguna vez, con los mismos desastrosos resultados. Lucas me ha dicho que no compre más seres verdes indefensos. Él tiene contratado a un jardinero. Yo solo me limito a apuntar con el dedo las que me gustan cuando mi marido me arrastra a un vivero, y no me preocupo de más. Según mi hijo Nando, la naturaleza me lo agradece.

—¿Podéis dejar de hablar de tonterías y entrar de una vez en la casa? —les gritó enfadado Javier desde la acera, con los brazos en jarra en la cintura. Se había cansado de esperar en la parte de atrás de la vivienda, donde había un muro demasiado alto para ser saltado aun estando en plena forma. Al menos medía tres metros de alto. Por allí no había posible escapatoria.

—Sí, ya vamos —respondió Sofía azorada.

Introdujo la ganzúa en la cerradura y después en el cerrojo, que se le resistió un poco sin que por ello evitara que la detective se saliese con la suya. David hizo que se apartara a un lado, entrando primero en la residencia, seguido de Javier. Al cabo de un par de minutos, confirmaron que estaba deshabitada, y los policías permitieron que su acompañante femenina entrara en ella.

—Hay restos resecos de un desayuno en la cocina —informó Javier saliendo del pasillo que había a la izquierda de la entrada principal—.

Se fueron sin recoger los platos. La fruta de la nevera está pasada.

—Siento deciros, chicos, que Teresa nos la ha jugado. Carlos Prieto huyó de nosotros y corrió a refugiarse aquí. Por esa pasarela que se ve desde la ventana se llega a estas casas en unos minutos.

—¿No fue allí donde rescataste a Jorge del agua? Cerca de la depuradora.

—Sí, David.

—¡Maldita sea! —exclamó Javier—. No se nos ocurrió cotejar dados y ver quién vivía en la zona. Pensamos que había corrido en esta dirección porque le empujamos a ello.

—Era justo lo que quería hacer —afirmó Sofía—. No huía, buscaba refugio.

Durante un rato, los tres curiosearon entre las pertenecías de Teresa con unos guantes de látex que David se sacó de un bolsillo. No encontraron nada interesante, sino, más bien, la ausencia de ello. Ni cartillas, ni documentación, ni tarjetas. La dueña de aquella casa se había ido para no volver.

—¿Qué ocurre?

Sofía estaba mirando unas fotos de las dos hermanas de cuando eran pequeñas, sin prestar atención a los policías. Sin embargo, el tono con el que Javier había preguntado a David le hizo levantar la cabeza y dejar el álbum que tenía en las manos en sus rodillas.

—Se ha filtrado a la prensa que hemos hallado los cuerpos de las dos niñas en el vertedero, y algún periodista avispado ya ha hecho la conexión con las muertes de Laura, Nuria y las otras víctimas.

—¿Qué hacemos, jefe?

—Coge una piedra y rompe la cerradura de la verja; luego dale una patata a la puerta. Así podemos asegurar que había una causa justificada para que entráramos en la casa. Sofía, haz todas las fotos que puedas. En cuanto llegue el coche patrulla que he pedido y los de la científica, nos echarán de aquí.

—De acuerdo. Se las enviaré a Fabi y a Amanda —respondió la detective sobresaltada por los golpes que Javier daba fuera de la casa. Menos mal que no había vecinos, o sus mentiras no serían creíbles. Al final, Rosa iba a tener razón cuando le decía que era una mala influencia en la policía.

No podía evitarlo. Se implicaba demasiado emocionalmente en sus investigaciones. Fátima era una más de su «familia» desde que salía con Juan. Y todos ellos se protegían y cuidaban entre sí. Buscar al asesino de la hija de su amiga era su máxima prioridad.

En la puerta de la comisaría se había organizado tal revuelo que varios agentes habían formado un cordón de seguridad para impedir la entrada de periodistas en el edificio. Por lo que Sofía había visto tras las ventanas del coche, no solo eran fotógrafos e informadores de

prensa local. Medios de comunicación a nivel nacional no habían tardado ni una hora en enviar a su gente a Basema.

—El teléfono no deja de sonar, David —le dijo Amanda cuando entraron en el despacho de Jorge, que ahora utilizaba el subinspector. Les gustaba porque podían bajar las venecianas que cubrían las ventanas a fin de gozar de cierta intimidad en el habitáculo. Así, nadie podía ver desde el exterior las pizarras con sus fotos y anotaciones—. Ha llamado el comisario dos veces, de la oficina de la alcaldía una, y de la delegación del gobierno insisten en que vayas a verlos esta mañana.

—¿Y Carla?

—En una sala de interrogatorios, pero debes hablar antes con el comisario.

David tuvo claro cuál era la decisión acertada. Él debía dedicarse a apagar los fuegos que habían prendido tras sus macabros hallazgos, y dejar que sus compañeros continuaran con la investigación solos. Al menos, hasta que hablase con todas aquellas personas que le buscaban.

—Bien. Voy a verle a su oficina. Javier, tú y Sofía seréis los encargados de interrogar a Carla.

—De acuerdo —respondió el agente de policía levantándose de su silla a fin de hacer lo que su superior le había encargado.

—¿Puedo ir yo con Sofía en lugar de Javier? —pidió Amanda sorprendiendo a todos por su ruego.

Ella rehuía el contacto físico con los detenidos o testigos, prefería dedicarse al papeleo y la investigación desde su mesa, algo que sus compañeros agradecían. Los tres hombres eran tipos de acción, y lo de rellenar formularios o leer expedientes durante horas les resultada agobiante. Por el contrario, la agente disfrutaba cotejando datos y siguiendo rastros con la nariz pegada a los informes. Amanda era un buen complemento al exceso de testosterona del grupo que capitaneaba Jorge Lamela.

—Por mí no hay problema, David —aseguró Javier—. Intentaré calmar los ánimos en la calle. No podemos tener la entrada a la comisaría bloqueada.

—De acuerdo —respondió el subinspector aceptando de buen grado el cambio de roles. Siempre había querido que Amanda participara de forma más directa en los interrogatorios, y aquella sería una buena ocasión. Jorge no insistía, porque ninguno de los tres varones podía suplir los conocimientos informáticos de la única mujer del grupo, algo que para David era injusto. La joven no se había hecho policía con el fin de estar todo el día ante un teclado—. Diles que pronto haremos un comunicado o una rueda de prensa, lo que las instancias superiores manden. No des datos que puedan convertirse en

armas de doble filo contra nosotros, pero calma a las fieras.

—Tranquilo. Tendré cuidado con lo que digo.

—Amanda, aunque legalmente serás la agente al mando en la sala de interrogatorios, deja que Sofía te guíe.

—Sí, jefe.

La detective miró con suspicacia a la que se había convertido en gran amiga de Fabi. Podía haber engañado a David y a Javier, pero a ella no. Lo que le había movido a solicitar participar en el interrogatorio a Carla era algo más personal. Estaba segura.

—Hay algo que debes saber —afirmó Amanda poniendo la mano en el picaporte—. Estaba en la tienda, pero la tenía cerrada. Esta noche han llenado los escaparates de pintadas, y le metieron palillos con silicona en las cerraduras.

—¿En serio? —preguntó Sofía asombrada. David y ella no sabían nada. Javier no les había contado lo que había ocurrido al llegar a casa de Teresa y reunirse con él.

—Estabais en el vertedero cuando los del turno de noche nos pasaron el informe del vandalismo en la papelería. De algún modo han sabido que habíamos encontrado los restos de las niñas, y han ido donde Carlos Prieto trabajó. En la prensa local de Olvido hablan ya del hallazgo del cuerpo de Natalia.

—Me extrañaba que tardara tanto en saltar la noticia. Al aumentar el número de personas interrogadas, es fácil que haya filtraciones. No solo en el ámbito de las familias de las víctimas. En las mismas dependencias policiales habrá amigos o parientes de ellas que piensan que la justicia está siendo demasiado lenta en hallar al culpable —explicó Sofía—. El nombre de Carlos Prieto y el lugar donde trabajaba habrá conseguido saberlo un periodista avispado. Incluso un vecino del edificio donde él y sus padres vivían puede haber sido tentado con una gratificación económica para que hablara.

—A mí me parece inocente —afirmó Amanda antes de abrir la puerta. Sofía no respondió. Prefería esperar a hablar con la detenida antes de dar su opinión.

La dueña de la papelería había perdido peso. Unas grandes ojeras violáceas destacaban en su rostro exento de maquillaje. Era un claro contraste con la mujer jovial y lozana que habían interrogado Jorge y ella no hacía tanto.

—No sé nada de Teresa desde hace una semana —aseguró Carla al ser cuestionada por la detective.

—¿Desapareció sin más? ¿No le extrañó? —insistió Sofía—. Tienen un negocio juntas.

—Que gracias a ustedes se ha ido a pique —afirmó enfadada la mujer para, acto seguido, bajar la cabeza con desesperación y tristeza —. Perdónenme. No estoy siendo justa. El culpable es Carlos. Los

rumores de la gente tampoco son de gran ayuda. Han dejado de venir a comprar. ¿Saben? Es un barrio pequeño, y a los clientes no les pasó desapercibida su visita a la papelería y que nos trajeran aquí en un coche patrulla. Los padres de la zona ya no entran a comprar con sus hijos. Algún despistado, pero cada vez menos.

Sofía y Amanda comprendían la situación. Bastaba un breve desliz para que todos los logros anteriores y el buen hacer quedaran en el olvido. A ojos del mundo, ellas habían ayudado a Carlos. Aunque, en el caso de la mujer que tenían delante, puede que no fuera cierto, su hermana sería acusada de ayudar a un prófugo de la justicia. Ojalá solo fuese esa su implicación en los últimos secuestros y asesinatos.

—El lunes pasado, Teresa me dijo que se iba a tomar una semana de vacaciones. Según ella, con los pocos ingresos que obteníamos perdíamos dinero abriendo la tienda. Reconocí que su razonamiento era acertado, si bien, quería seguir intentándolo. En la papelería están puestos mis sueños y mis esperanzas. Es doloroso verse obligada a renunciar a ellos.

—Le han roto los escaparates dos veces —añadió Amanda girándose hacia Sofía.

—La Covid-19 acabó con el colchón monetario que teníamos en el banco. Ahora estábamos apenas remontando. ¿En serio piensan que si hubiéramos sabido que Carlos era un violador le habríamos contratado?

—Tenemos sospechas de que ha huido en compañía de su hermana —recalcó la detective—. Hemos ido a casa de Teresa esta mañana y estaba vacía. Un equipo de la científica va a revisarla buscando indicios de la presencia de Prieto. Si los hallan, será culpable de ayudar a un fugitivo.

—Les puedo ahorrar el trabajo —dijo Carla sin poder contener las lágrimas. Amanda le ofreció un paquete de pañuelos para que secara sus ojos—. Tenían una relación. Creían que yo no lo sabía, pero les oía hablar en la trastienda cuando pensaban que no podía hacerlo. Incluso una noche que tuve que volver a buscar unos documentos, no llegué a entrar porque estaban en el almacén manteniendo relaciones íntimas. Yo veía feliz a mi hermana. No pensé que el causante de sus sonrisas fuese un depravado asesino.

Continuaron con las preguntas durante una media hora, buscando un resquicio en su narración que les indicara que Carla estaba mintiendo. No lo hallaron. La detective reconoció en la dueña de la papelería a una víctima más en la estela de Prieto.

—La crees, ¿verdad? —le preguntó Amanda a Sofía al salir de la sala de interrogatorios.

—Sí. Puedes dejar que se vaya a casa, pero controlando sus comunicaciones por si mantiene contacto con Teresa. Aunque nos ha

prometido decírnoslo, es su hermana. Dudo que si la llama pidiéndole auxilio se lo niegue.

—Lo haré.

—Y otra cosa. Sientes algo por ella.

—No, yo no…

—No me mientas—remarcó la detective al ver los gestos de negación de la policía—. Entiendo perfectamente la situación. Yo me enamoré de Lucas cuando era mi principal sospechoso.

—¿Intentaste evitarlo?

—Sí. Pero fracasé —reconoció Sofía con una sonrisa soñadora.

—Aunque me guste, eso no tiene nada que ver para que crea en su inocencia.

—Ten cuidado. Las emociones pueden evitar que pienses con claridad.

—¿Se lo dirás a David? —preguntó avergonzada Amanda.

Sofía la había pillado. Le atraía mucho Carla, pero entendía el consejo que le acaba de dar. Tendría que esperar antes de desvelarle sus afectos a la dueña de la papelería.

—No. Es cosa tuya hacerlo o no. Si pones distancia, tal vez no sea necesario. Aunque te recuerdo que ninguno de tus compañeros está en la brigada por enchufe. Sois cuatro mentes privilegiadas. Habéis llegado aquí por méritos propios. Ellos lo van a saber sin que tú les digas nada.

Amanda vio salir a Sofía de comisaría tras despedirse de Javier y de David, el cual había regresado de hablar con el comisario. ¿Sería buen momento para hablar con ellos? ¿Esperaba unos días? ¿Qué debía hacer?

22. VUELTA A LA RUTINA

Juan y Fátima disfrutaban de su café en el silencio que invadía la cocina aquella fría mañana de invierno. Las navidades habían terminado y la rutina había regresado con las primeras nieves. El día anterior, los hijos del juez habían vuelto a casa de su madre, dejando a *Hociquitos* en el hogar paterno. Patricia seguía negándose a admitir al conejito bajo su techo.

—¿Lo oyes?

—No. No oigo nada —respondió perpleja la veterinaria.

—Exacto. No hay ruidos. Adoro a mis niños, pero bendita tranquilidad.

La mujer rio al escuchar el comentario de su pareja. Por mucho que protestara y gruñera al ver el caos que dejaban Natalia y el pequeño Juan cada vez que pasaban tiempo con ellos, al cabo de unos días sin sus hijos les echaba de menos. Era un padre fabuloso.

Cuando murió su preciosa Nuria, nunca pensó que el deseo de ser madre volvería a despertarse en ella. Sin embargo, después de cinco meses de dulce convivencia con Juan, el anhelo de tener un bebé en los brazos era un gusanillo que cicateaba sus hormonas. Dudó a la hora de expresarle sus inquietudes al juez. Él ya tenía a sus hijos criados y sería comprensible que no quisiera volver a empezar de cero de nuevo. Al final, una noche se decidió y se lo dijo mientras cenaban.

—¿Un hijo?

—Sí. ¿Te gustaría? Un bebé de los dos. Sabes que para mí Marieta, Natalia y Juan son muy especiales. No soy su madre, pero les quiero como si lo fuese. Tampoco pretendo sustituir a Nuria, es solo que yo…

—¡Chist! —susurró Juan cogiendo las manos de Fátima entre las suyas—. Me encantaría. Es algo con lo que he fantaseado desde que nos conocimos. Quería darte tiempo y no presionarte. Además, puedes estar segura de que mis hijos te quieren mucho. Recuerda lo contentos que se pusieron al darles la noticia de que te venías a vivir conmigo. No quiero ni imaginarme los gritos que darán si les anunciamos la llegada de un hermanito o hermanita.

—Entonces, ¿vamos a por un bebé?

—¿Empezamos ya? —preguntó picarón Juan atrayendo a la veterinaria hasta su regazo y besándola con pasión.

De común acuerdo, optaron por dejarlo en manos de la naturaleza. Sin anticonceptivos de por medio, esperarían a que sus cuerpos obraran la magia. De todas formas, Fátima y Juan debían reconocer que era difícil resistirse a la seducción innata de los recién nacidos estando rodeados de ellos por doquier.

Los gemelos de Rosa y Diego habían llegado al mundo de la mano de Papa Noel en plena cena de Nochebuena. Luca y Teo eran dos pequeños tan rubios como su madre y con los ojos azules de su padre. Sofía hacía rabiar al feliz oftalmólogo recordándole que todos los bebés tenían los iris azules y que luego cambiaban de color.

—En unos meses serán tan marrones como los de Rosa. No te preocupes, en algo se terminarán pareciendo a ti.

—No me importa. Su madre es preciosa. Por mí pueden ser un calco de ella.

Fátima y la detective suspiraron al oír las palabras que el enamorado hombre dedicaba a la madre primeriza, que sonreía con amor al contemplar a su recién formada familia.

—En cualquier caso, el siguiente ya será una niña castaña con ojos azules grisáceos como yo —afirmó acunando a sus mellizos en sus brazos.

Si hubiera mirado hacia su esposa, habría visto cómo ella negaba con la cabeza. Dos eran suficientes. La fábrica se cerraba. No iba a correr el riesgo de ir a por una nena y acabar con dos varoncitos más. Diego lo comprendería en cuanto llegaran las noches en vela por cólicos infantiles y dientes rasgando encías.

No obstante, la decisión más difícil para Rosa fue tener que dejar de trabajar. Al menos hasta que los chiquitines cumplieran un año quería dedicarse por entero a su cuidado. Llevaba desde agosto sin ocupar su cargo en la agencia de detectives, obligada a reposar por pasar a ser de alto riesgo su embarazo tras una pérdida de sangre.

—Te apoyaré sea lo que sea lo que hagas al final —le aseguró Diego la noche del nacimiento de los gemelos—. Si quieres quedarte en casa con ellos, perfecto. Aunque me parecerá igual de bien contratar a un niñera y que regreses a tu puesto en la agencia.

—Sé que del mismo modo que los hijos de Sofía están cuidados arriba en el antiguo piso de ella, podrían estar los nuestros —reflexionó Rosa.

—Están allí de nueve a tres, ¿verdad?

—Sí. Luego se los llevan a su hogar y Lucas se alterna con Sofía para estar por las tardes con los ellos.

—Nosotros podemos hacer lo mismo. En lugar de consulta cinco tardes a la semana, puedo ir solo dos o tres. Eso no es problema. De hecho, mi idea es hacerlo de todas formas. Quiero disfrutar de cada segundo de su vida. Darles biberones, cambiares los pañales, jugar con ellos, incluso verles dormir me resulta maravilloso.

—Es que yo quiero eso también —replicó la recién estrenada mamá con lágrimas en los ojos—. Adoro mi trabajo. Me encanta desentrañar misterios e intrigas con Sofía, Fabi y Boris, pero solo de pensar en separarme de Luca y Teo tan solo un segundo, hace que se me

desgarre el corazón.

—Entonces, está decidido. Le diremos a Sofía que te tomas una excedencia de un año. Lo entenderá. Además, tu sustituta estará encantada.

Rosa sonrió al pensar en Amanda. Desde que la conoció hacía casi un año y vio cómo se compenetraba con el informático a la hora de navegar por la red oscura, supo que podía ser un buen fichaje para la agencia. No obstante, fue el amor el responsable de traer a la policía hasta ellos.

A pesar de los consejos de Sofía, los sentimientos de Amanda hacia Carla eran demasiado intensos, imposibles de disimular. La atracción era recíproca. La dueña de la papelería quedó hechizada por los ojos negros de duende de la agente. No se imaginó que la visita de Jorge y Sofía a su tienda, además de desgracias, pudiera acarrear consigo la posibilidad de conocer a la mujer de su vida.

—Me alegro de que me lo hayas dicho —dijo David cuando su compañera le confesó que se había enamorado de la hermana de la cómplice del asesino que buscaban. Él lo sospechaba por la forma en que Amanda la defendía si alguno de ellos lanzaba la hipótesis de que Carla pudiera saber que Teresa se proponía huir con Carlos. Se sentía orgulloso de tener a su cargo a alguien valiente que anteponía la verdad a continuar ocultando su relación amorosa—. Sabes que debo apartarte de la investigación. No quiero que nos acusen de favoritismo o de no ser diligentes por una supuesta simpatía hacia los implicados en el caso.

—Por eso te lo he contado. Sé lo que puede pasar, y creo que es mejor apartarme a tiempo.

—¿Tu marido? —preguntó David. Intuía que su compañera no era feliz con su pareja, puesto que no solía hablar de él en el trabajo. Sin embargo, nunca le había cuestionado directamente, ya que no quería inmiscuirse en vidas ajenas.

—Hace un mes firmamos los papeles del divorcio. Se ha marchado de Basema. No hubiera empezado una relación sin estar libre. Me hubiese sentido una miserable engañando a los dos.

—Siento que tu matrimonio fracasara —aseguró de corazón David —. Te deseo lo mejor con Carla.

—Gracias, jefe.

—Tendré que solicitar tu traslado temporal a otra unidad. Tal vez al departamento informático. ¿Qué te parece?

—En cuanto a eso —comenzó a decir titubeando Amanda. La segunda parte de la noticia que tenía que darle a David le iba a costar más verbalizarla. Habían sido años de duro entrenamiento con un único fin. Pero estaba convencida de cambiar de aires. Era una de esas raras ocasiones en que mente y corazón se abrazaban abarcando una

misma idea—. Será mejor que te sientes, hay otra cosa que debo contarte.

Poco después, del despacho del subinspector salió una mujer liberada en muchos aspectos. En su vida laboral, dejando un trabajo que no la llenaba del todo, y en lo personal, luchando por establecer las bases de una relación que constituía un salto al vacío. Cupido había acertado al lanzar sus traviesas flechas por primera vez en su existencia.

Durante tres meses, Amanda se dedicó a crear páginas web a pruebas de hackers para diversas empresas, incluyendo la del nuevo almacén de papelería que Carla había abierto online tras cerrar la tienda física. La ausencia de clientes y los tortuosos recuerdos la habían abocado a hacerlo.

—Llámala —le dijo una tarde Carla al observar cómo su chica miraba al vacío sin prestar atención al libro que tenía entre las manos.

—¿A quién?

—A Sofía —respondió Carla, que se sentía impotente al ver cómo la chispa que había iluminado cada rincón de la habitación que ocupara Amanda, se iba apagando al deprimirse ella. Estaba convencida de que no le desagradaba su nueva rutina, pero era evidente que echaba en falta la emoción de su ocupación anterior—. Te ofreció un puesto en su agencia. Tal vez la propuesta siga en pie. No pierdes nada por intentarlo.

Y así lo hizo.

Sofía y Fabi dieron saltos de alegría al recibir la llamada de la antigua policía. Rosa llevaba una semana en casa después del susto de una hemorragia vaginal mientras estaba de compras con la detective y con Fátima. Ambos se resistían a admitir que necesitaban un sustituto para ella. Los clientes adoraban a aquella guapa mujer elegante que trataba sus asuntos personales tan discretamente. Al fin, Sofía podía dedicarse a investigar mientras Rosa se ocupaba de las relaciones públicas. Al saber que su amiga estaba embarazada, la detective intuyó que su periodo de felicidad se iba a terminar. No obstante, si quería seguir ocupándose de sus hijos sin dejar de trabajar, necesitaba contratar a alguien. De esa forma, la proverbial aparición de Amanda en busca de un puesto en la agencia fue recibida con alborozo.

—¡Es fantástica! —le contó Sofía a Rosa, que sentía haber dejado a su amiga en la estacada con la agencia. Sabía que necesitaba delegar en ella si quería dedicarles tiempo a sus pequeños. Le había hecho una faena—. Igual ayuda a Fabi a buscar en internet lo que nuestros clientes no quieren contarnos, como realiza investigaciones por su cuenta. Boris y ella hacen prácticas de tiro juntos. Se pelean por ver quién acierta más veces en el blanco.

—Eso es genial.

—Lo único malo es que he tenido que volver a desempolvar mis camisas para recibir a las visitas. Fabi es muy estricto con ese tema.

—¡Sofía! Nunca cambiarás. Seguro que encuentras otros momentos para lucir tu colección de camisetas.

Todos en la agencia sabían que Amanda no se iría aunque Rosa volviera a ocupar su mesa. La exagente se había convertido en una pieza esencial en el engranaje que capitaneaba Sofía. Así que, cuando la radiante madre anunció a su amiga su decisión de seguir quedándose en casa, la detective se alegró por ella.

—Tranquila, te echaremos de menos, pero seremos capaces de arreglárnoslas los cuatro sin meternos en muchos líos un año más.

—¡Ojalá! —exclamó Lucas que, desde el rincón de la habitación en el que estaba hablando con Diego, había escuchado la afirmación de Sofía. Su mujer era sinónimo de problemas. No obstante, eso era precisamente lo que la hacía tan especial.

El ocho de enero los colegios habían vuelto a abrir sus puertas tras el paréntesis navideño. Carlota, de la mano de su hermano Nando y su prima Marta, se había bajado del coche de sus padres riendo a carcajadas. Aunque los dos niños mayores la cuidaban, no le hacía falta. Desde su primer día de cole, había demostrado que pocas cosas le asustaban. Era una pequeña líder que traía de cabeza a su profesora.

—¿Cuánto tardará en llamarnos la directora este trimestre? —preguntó Sofía sin quitar un ojo de Vega y Javier, que seguían sentados en sus sillas en el asiento trasero del vehículo.

—¿Una semana?

—¡Qué optimista, Lucas! Estamos a miércoles. Del viernes no pasa.

—¡Ilusos! —exclamó Boris, que regresaba junto a sus jefes y amigos después de dejar a Samuel en el patio—. A última hora os tocará venir a pedir perdón a algún padre. Voto por los del niño que le acaba de tirar de la coleta.

—¿Cuál? —quiso saber Lucas poniéndose en modo asesino. El que iba a necesitar un abogado defensor sería él si alguien le hacía daño a su niña.

—No te preocupes —aconsejó el hombre de seguridad de la pareja—. Nando ya se ha encargado. Mejor que en las discusiones de los niños no se metan los padres. Siempre terminan por estropearlo.

—Es el niño morenito con ojos azules, ¿verdad?

—Sí, Sofía. ¿Ya ha pasado más veces?

—Unas cuantas, Boris. Carlota le ha roto ya dos camisetas. Su madre es un encanto —explicó volviéndose hacia su marido, que respiraba acelerado. Tenía que calmar a la fiera que se ocultaba bajo los trajes de tres piezas que tan bien le sentaban—. En la primera reunión que tuve con ella en el despacho de la directora, nos hicimos amigas. Sabemos que son cosas de críos. Se llama Ruth, tiene dos

niñas, Rebeca y Sonia; y un niño, José.

—El que se ha metido con Carlota.

—El mismo. Está muy consentido por las mujeres de la familia. Creo que nuestra niña ha supuesto un reto para él. A pesar de las apariencias, son amiguitos. Su cumpleaños es en dos semanas y Carlota está invitada a la fiesta en su casa.

—Es muy pequeña para ir a convites sola —replicó Lucas. Por nada del mundo iba a dejar que su hijita fuera al cumpleaños de aquel gamberro. Se quedaría en casa con sus hermanitos.

Nando le había prometido que cuidaría de Carlota en el colegio y que no permitiría que nadie se le acercara sin su visto bueno. Era raro que no le hubiera dicho nada del tal José.

—Unas cuantas madres vamos a ir con los niños. Nosotras charlaremos de nuestras cosas mientras ellos se divierten. No te preocupes, los vigilaré. Además, Nando vendrá con nosotras. Se lleva bien con la mediana de Ruth, Sonia. Es una niña monísima, como su hermana mayor. Los tres tienen los ojos azules, pero el pelo diferente. José es morenito y las nenas son castañas tirando a rubias.

Así que era por eso. Su primogénito ya se sentía tentado por el sexo opuesto. Aunque no era de extrañar que las compañeras de clase de Nando se fijaran en él. Era guapo, buen estudiante y mejor persona. Por el contrario, Carlota era una mini Sofía, incapaz de ver el peligro aunque estuviera al borde de un precipicio. Tal vez debería sentir pena por José. No sabía lo que le esperaba. Las Valverdes eran de armas tomar.

—Ya veremos —concluyó Lucas pensando que quizás sería bueno darse una vuelta por el cumpleaños. Se ofrecería a llevarlos y así conocería en persona a los hijos de Ruth—. Volvamos al coche, que la niñera de Javier y Vega ya estarán en la agencia y tú tienes que irte a comisaría.

Sofía asintió. Se aproximaba el 11 de enero y seguían como al principio. Carlos y Teresa habían desaparecido de la faz de la tierra. Ni Amanda ni Fabi lograban encontrar su rastro. La pareja de fugitivos se las ingeniaba para permanecer en la sombra. Habrían cambiado sus rasgos físicos de forma que ningún programa de reconocimiento facial los localizaba. Aquello frustraba al informático. Su software era perfecto, pero no obraba milagros. Era desesperante.

23. UNA FRÍA MAÑANA

Jorge observaba las mismas fotos que le daban la bienvenida a la comisaría cada mañana desde que volvió a su puesto hacía cuatro meses. El rostro de Carlos Prieto en una de ellas parecía reírse de él. No debería dejarse llevar por el odio, pero aquel hombre casi acaba con su vida. Sofía fue su ángel de la guarda. Ella le rescató de aquellas aguas llenas de fango. Las largas semanas en cama, provocaron que sus músculos se quedaran laxos y que tuviese que ir a fisioterapia a fin de recuperar su fortaleza. Nunca se lo perdonaría.

David conversaba con Joaquín, el informático que había sustituido a Amanda. Esa fue la peor de las noticias que recibió al regresar a la comisaría. No porque el recién llegado no fuese bueno en su tarea, sino por el cariño que le había tomado a la agente con la que había trabajado durante diez años. La conoció cuando ella era una joven policía recién salida de la academia que casi pedía perdón cada vez que tenía que detener a alguien. Poseía una mente rápida y despierta, que Jorge intuyó enseguida, y le llevó a colocar un ordenador en sus manos. El inspector sabía que era cuestión de tiempo que la ficharan en la brigada de delitos informáticos, sin embargo, fue Sofía quien lo hizo. Estaba seguro de que la relación amorosa con Carla había sido el empujón final, aunque, de no haberse producido el fortuito cruce de destinos, la oferta de la detective habría terminado tentando a Amanda.

—¡Sofía! Buenos días —saludó Jorge a su amiga al verla entrar por la puerta de su despacho con una bandeja de cartón y cuatro cafés de la cafetería de la esquina—. ¿Uno es para mí?

—Por supuesto. Javier ya tiene el suyo. Me lo he encontrado en la calle antes de subir.

—No sé si debería tomar tanta cafeína. Estoy demasiado nervioso. Apenas consigo dormir —confesó el inspector.

—Te entiendo —afirmó Sofía—. Es día 8 y seguimos igual que hace un año.

—Bueno, ahora sabemos quién es el culpable —apuntó David cogiendo su vaso y pasándole uno a Joaquín.

—Nos vale de poco si no logramos dar con él —dijo Jorge sin disimular su frustración.

—Hemos pasado su retrato robot a los medios —informó el sustituto de Amanda—. Tal y como nos indicó el comisario.

—Carlos Prieto no es tonto —negó Sofía—. Si ha visto las noticias y se ha reconocido, se habrá teñido el pelo, o puesto gafas, o cualquier otra cosa. De todas formas, Fabi y Amanda creen que ya lo ha hecho.

Ese es el motivo de que no demos con él.

—¿Y Teresa? —inquirió David—. A estas alturas debe haber averiguado que su novio es un asesino. Por muchas palabras bonitas que le diga, no puede ser tan tonta.

—Creo que está muerta —confesó Sofía—. En la agencia no lo puedo decir en voz alta para que Amanda no me oiga y se lo diga a Carla. La pobre sigue esperando que su hermana vuelva un día arrepentida por haberse ido con un violador.

—Estoy contigo —corroboró Jorge—. Al principio buscábamos a un hombre solo. Yendo con ella, Carlos pudo eludir los controles policiales con facilidad. En aquellos momentos no íbamos tras una pareja. Después, imaginaría que ataríamos cabos e iríamos a la casa de Teresa.

—Una vez lejos de Basema, era más seguro volver a ser solo uno, eso sin contar que ella comenzaría a hacer preguntas y a inquietarse —continuó Sofía.

—No podía dejar testigos —argumentó Joaquín interviniendo en la conversación.

—Por lo que mataría a Teresa sin ningún remordimiento —concluyó David—. Era un medio para un fin: escapar.

—Javier, llama a las comisarías de Lucero y Olvido y pídeles que vuelvan a echar un vistazo en los lugares en que aparecieron los cuerpos de las niñas.

—Ahora mismo, inspector.

—¿Os habéis dado cuenta de que Teresa es una versión adulta de la primera Eva? —les preguntó Sofía poniendo juntas las dos fotos de las mujeres de las que hablaba—. Pelo castaño, ojos azules, delgada. Normal que captase su atención.

—Si no le encontramos rápido, dentro de tres días habrá una foto más en esa pizarra —afirmó David en voz alta, expresando con su reflexión el sentimiento de los demás.

—Eso si vuelve a Basema.

—Lo hará, Joaquín —aseveró la detective—. Se cree más listo que nosotros y querrá demostrarnos que es capaz de salirse con la suya delante de nuestras narices.

—Pues no se lo vamos a permitir —espetó enfadado Jorge.

Los tres asintieron. Carlos Prieto no secuestraría a otra niña, aunque tuvieran que poner un policía en la puerta de cada colegio.

*****

Sin embargo, los días fueron pasando y ellos estaban como al principio. Las patrullas destinadas a las estaciones de autobús y tren comprobaban la documentación de cada hombre que llegaba a Basema que se ajustara al perfil de Carlos. No podía cambiar su altura, metro

ochenta; ni su edad, treinta y dos años. En todos los casos, su complexión había sido entre delgada y normal, por lo que dudaban que hubiera engordado en un año. Ciertos hábitos como la comida y la práctica de deporte era difícil cambiarlos.

—¿Y si ahora se atiborra a hamburguesas grasientas? —sugirió Fabi a la detective.

—No creo —negó Amanda—. Carla dice que siempre estaba muy obsesionado con comer sano y salir a correr.

—En cualquier caso, es día 11 y, que sepamos, no ha desaparecido ninguna niña —apuntó Sofía.

Jorge se había encargado de avisar a todas las comisarías del país. Amanda y Fabi habían creado una web de alertas que coordinaba Joaquín desde la central de Basema.

—Eso es bueno.

—No lo sé, Fabi. Ahora mismo me da la impresión de estar en la calma que precede a la tempestad. En fin, vámonos a comer. No podemos hacer nada.

La detective se despidió de sus colaboradores y se encaminó al colegio en busca de Nando y Carlota. Antes les había dado sendos achuchones a Javier y Vega, que se fueron con la niñera a casa de su abuelo Andrés para ir comiendo ellos en lo que llegaban su madre y sus hermanitos.

Conversaba con su cuñada Ana, que iba a recoger a Marta, cuando escucharon unas sirenas. Al acercarse a la calle del centro escolar, notaron cierto revuelo y un griterío diferente al habitual. Un grupo de madres trataban de calmar a otra que llamaba desesperada a su hija. Sofía reconoció a Ruth que, al ver a la detective, se soltó de los brazos que la sujetaban y corrió hacia ella y su cuñada.

—¡Sofía! ¡Sofía! Tienes que ayudarme —gritó entre temblores Ruth.

—Claro, ¿qué ocurre?

—Es Rebeca. No volvió al colegio después del recreo y, en lugar de llamarme y avisarme, su tutora se calló. Al preguntar a Sonia y José por ella, me dijeron que no la habían visto. Es su hermana mayor la que les busca en el patio y los ayuda a salir del edificio.

Sofía asintió. Desde la vuelta a clase tras la pandemia de la Covid-19, los padres y abuelos debían esperar a sus niños en las aceras, manteniendo las adecuadas distancias entre ellos. Por ese motivo, Marta y Nando aguardaban a Carlota en la puerta de su clase y luego los tres iban afuera a reunirse con su mami.

La detective observó cómo Sonia y José permanecían abrazados y sollozando junto las faldas de su madre, sin entender bien lo que estaba ocurriendo. Al verla salir al encuentro de Sofía, habían ido detrás de ella.

—Ya estamos aquí —anunció Nando con su hermanita en brazos y Marta a su vera. Intuían que pasa algo, y permanecían pegados como lapas. Ni siquiera Carlota decía nada. Se limitaba a rodear con sus bracitos el cuello de su hermano.

La detective y Ana les dieron un beso e intercambiaron una mirada por la que la segunda comprendió que debía llevarse con ella a sus sobrinos.

—No te preocupes, llamo a tu padre y le digo que los niños mayores comen conmigo. Luego Mario que se los lleve cuando se vaya al trabajo.

—Gracias. Voy a avisar a la niñera para que vaya con Javier y Vega a casa de mi padre. Lucas irá directo allí al salir del juzgado. Aunque hoy tenía una vista y no creo que termine antes de las cinco.

—No pasa nada, nos arreglaremos entre todos.

—Otra vez, gracias, no sé qué haría sin ti —suspiró aliviada Sofía. Tenía una mala corazonada respecto la ausencia de Rebeca. Confiaba en estar equivocada y que sus pellas[8] se debieran a un chico con el que estuviera tonteando. No podía irse. No iba a quedarse tranquila hasta encontrar a la hija de su amiga—. ¿Te importaría llevarte a otros dos niños?

Ana miró hacia donde la detective le señalaba. Sonia intentaba tranquilizar a su hermanito, que observaba mudo como su madre lloraba. Una mancha oscura en sus pantaloncitos le indicó que el chiquitín de tres años se había hecho pis encima.

—Claro. Sonia es amiga de Marta y Nando. Tengo ropa guardada de cuando mi niña era pequeña —añadió en voz baja.

—Perfecto —respondió Sofía.

Después se volvió y posó su mano en el hombro de la angustiada mujer que temblaba a unos centímetros de ella.

—Ruth, me voy a quedar contigo. Voy a llamar al inspector Lamela. Él nos ayudara a encontrar a tu hija.

—Sí, por favor.

—¿Te parece bien si estos dos pillastres se van con mis niños a casa de Ana? —preguntó la detective agachándose para coger las manitas de los críos y atraerlos hacia su cuñada y sus propios hijos. Era indignante. Decenas de padres y profesores observando lo que ocurría sin hacer nada por aquellos dos pobres y traumatizados pequeños—. Después Lucas se los llevará a todos a nuestra casa. Tenemos un jardín donde pueden correr y jugar. Te aseguro que cuidarán de ellos para que tú y yo nos centremos en encontrar a Rebeca.

Ruth asintió y se inclinó. Besó y apretó contra su cuerpo a sus dos hijos menores. Esperaba que pronto pudiera volver a tener a los tres bajo sus alas.

—Venga, chicos. *Sultán* nos espera en casa —afirmó Ana pensando

en que tendría que pedir un par de pizzas con las que saciar aquellas tripitas.

—¿*Sultán*? —preguntó Sonia caminando entre Marta y Nando, que habían rodeado a sus amigos protectoramente.

—Es mi perro—explicó la sobrina de Sofía.

—Y luego conoceréis a *Thor* —añadió Nando.

—Mi perrito —añadió Carlota sonriendo al recordar a su mascota.

Mientras, una patrulla de policía había llegado al colegio. Sofía les explicó lo que había pasado.

—Tal vez esté con amigos. No es la primera vez que una adolescente se escaquea de ir a clase.

—Lo sé, agente. Pero le aseguro que hay sospechas fundadas para preocuparnos —le respondió la detective, que tenía que hacer esfuerzos por controlarse. Aliviada, vio cómo David aparcaba el coche y Jorge se bajaba de él con diligencia para, a continuación, hacerse cargo de la situación.

—¿Cómo lo ves, Sofía?

—Son más de las dos y, según sus amigas, la perdieron de vista en el recreo, que fue a las once y media. Les dijo que iba a comprarse una bolsa de patatas y no regresó al colegio.

—Por los análisis forenses, sabemos que en otras ocasiones solo pasaron cuatro o cinco horas entre el secuestro y la muerte —añadió David en voz baja para que no le escuchara la madre de Rebeca.

Algunos compañeros de clase aún no se habían marchado a sus casas. La policía les había pedido que se quedaran. Jorge quería hablar en persona con ellos por si podían aportar algún detalle que ayudara a encontrar a la adolescente.

El supermercado al que se había dirigido Rebeca estaba a unos minutos del colegio. David se ofreció voluntario para ir a preguntar si habían visto a la jovencita. En la puerta del establecimiento, varias motos estaban aparcadas aguardando a que sus dueños las cogieran. Por los logos, pertenecían a una conocida pizzería que tenía uno de sus locales en la misma acera que el super.

—Lo siento —le dijo el encargado de la tienda de alimentación—. A esa hora vienen chavales de varios institutos de la zona a por cosas de comer y de beber. Es difícil recordar quién lo ha hecho hoy y quién no.

—¿Tienen cámaras de vigilancia?

—Sí. Puedo enviarle una copia de las grabaciones donde me digan.

—Uno de mis compañeros se pasará en un rato por aquí. Es informático y entiende de estas cosas mejor que yo.

David salió fuera del supermercado para llamar a Joaquín. La cobertura allí dentro era escasa y hasta la conexión por datos iba lenta. Un par de repartidores apostados en un bordillo, que

aguardaban a que estuvieran preparados los pedidos que debían entregar, escucharon su conversación.

—Díselo —le dijo uno con una cazadora roja al otro que llevaba una igual pero en negro.

—No quiero líos.

—Tío, están buscando a una niña. Cuéntaselo.

El subinspector se había percatado del cruce de comentarios y de los codazos que intercambiaban aquellos dos sin dejar de mirarle. Después de guardar el móvil en su bolsillo, se acercó hasta ellos.

—¿Habéis visto algo?

—No, nada —afirmó el de la cazadora negra.

—¿Seguro? A lo mejor prefieres contármelo en comisaría.

—Estaba en el callejón —empezó a explicar con rapidez. Tenía un par de asuntillos que prefería mantener fuera del alcance del radar de los policías. Además, mejor se lo decía entonces y evitaba pasar la tarde en una sala de interrogatorios perdiéndose las propinas de los clientes—. Hasta la una hago entregas de pedidos para el supermercado. Muchos lo hacemos. Con lo de la aplicación del Glovo[9], la gente pide cosas pequeñas que los repartidores habituales del super no llevan.

—Al grano. No tengo todo el día —le interrumpió David cansado de aquella perorata sin sentido.

—El caso es que estaba trabajando sin parar desde las nueve. Tenía que mear, no aguantaba más. Al jefe no le gusta que lo hagamos ahí detrás porque dice que da mal olor, pero tampoco deja que entremos en la tienda. Así que, cuando no nos ve, aprovechamos para aligerar la vejiga. Esta mañana, sobre las once, vi a un tipo raro metiendo un bulto en el maletero de un coche. Parecía un montón de ropa.

—Pero…—le alentó David.

—Jo, tío. Yo diría que vi un mechón de pelo rubio.

—¿Podrías describir al hombre? ¿O el coche?

—Solo lo vi de espaldas. En cuanto al vehículo, era blanco. No estoy seguro.

—Hay cámaras —dijo el joven de la cazadora roja—. De la pizzería.

—¿Y me lo dices ahora, tío? —preguntó enfadado el de la cazadora negra.

—Pensé que lo sabías. ¿Por qué te crees que te digo siempre que no vayas allí a mear?

—Por si sale el tocapelotas del encargado.

El subinspector volvió a llamar a Joaquín. Debían conseguir las cintas del restaurante de comida rápida con urgencia. Si el secuestrador no se había fijado en que le estaban grabando, quizás tuvieran una posibilidad de encontrarlo. Lo rastrearían con las

cámaras de tráfico. Fabi y Amanda darían con él.

24. VUELTA AL PRINCIPIO

Sofía llamó a Andrés, su padre, para asegurarse de que los niños estaban bien y de que a él no le había dado nada al tener bajo su techo a seis pequeños. Eran casi las cinco y ya llevaba un buen rato haciendo de canguro. Aunque contara con la ayuda de la niñera, el griterío de tanto infante podía acabar con la paciencia de un santo.

—Papi, lo siento. Sabes que me encanta ir a comer contigo, pero me ha sido imposible.

—No te preocupes. Algo habrás tomado, ¿no?

—Unos sándwiches envasados de la máquina de comisaría.

—Eso no es suficiente. Comes peor que tus hijos.

—¿Cómo están Sonia y José? No quería que vieran a su madre llorando. Nadie les hacía caso. Mucho mirar a los agentes de policía, pero pasaban de los chiquillos.

—Ya sabes que hay ociosos en todas partes. Son unos peques encantadores. Además, si son amigos de mis nietos, son bienvenidos en casa. ¿El niño es con el que se pelea Carlota?

—¡Sí! —respondió Sofía con un suspiro—. ¿Han hecho alguna? Si rompen algo, te prometo que te lo pagaré.

—No, todo lo contrario. Nando y el resto se están comportando como perfectos anfitriones. Javier y Vega están durmiendo, pero los demás están jugando al parchís en el salón. Además, tu marido llegó hace un rato. Está comiendo en la cocina. O más bien merendado, menudos horarios tenéis.

—¡Menos mal! —dijo preocupada por su padre.

—Son buenos niños. Tienen la misma sensibilidad que su madre para saber cuándo necesitan apoyar al amigo que tienen al lado. Lucas y yo les cuidaremos.

—Gracias, papá —contestó Sofía emocionada.

—Tú encuentra a ese malnacido y rescata a la hermana mayor de este par de soles.

—Lo haré.

No dudaba en que, de un modo u otro, Carlos Prieto terminaría con sus huesos entre rejas, de lo que no estaba tan segura era de que rescataran con vida a Rebeca. La detective, sumida en sus funestos pensamientos, regresó al despacho de Jorge.

—No te acomodes, que nos vamos —le dijo el inspector haciéndola salir de nuevo a la calle.

—¿Qué pasa?

—Fabi ha intentado ponerse en contacto contigo, pero estabas comunicando.

—Hablaba con mi padre.

—Tranquila. Al no poder contactar contigo, Amanda me ha llamado a mí. Con las grabaciones que consiguió Joaquín este mediodía, han comprobado, sin lugar a dudas, que un hombre muy parecido a Carlos Prieto secuestró a eso de las once a Rebeca y la metió en el maletero de un Dacia blanco. Tenemos la matrícula, y ese par de genios que tienes trabajando contigo han logrado seguir su rastro entre la marabunta de vehículos de la hora punta.

—Mejor no preguntes la forma exacta en que lo han hecho, jefe —comentó David, que iba con ellos hacia el aparcamiento de la comisaria.

Joaquín se había quedado revisando las grabaciones y Javier estaba en la zona de la pizzería entrevistando a posibles testigos del secuestro. No descartaban tampoco que hubiera frecuentado esas calles durante días, buscando a su nueva víctima. Cuantos más detalles pudieran averiguar, les sería algo menos complicado dar con él.

—Vale, chicos. ¿Dónde vamos?

—A la Noria de Sangre —informó David a la detective, que levantó una ceja sin saber a qué lugar se refería el subinspector.

—Venga, que lo estás deseando, suelta por esa boquita todo lo que sabes sobre ese sitio —dijo Sofía, que era conocedora del amplio nivel de datos históricos y culturales que aquel hombre almacenaba en su cerebro. David era un amante de la etnología y de las tradiciones populares de la comarca de Basema.

—Las norias de sangre o norias de tiro se usaban en el pasado para extraer el agua de la capa freática[10] para el regadío de las huertas próximas al río. Aquí en Basema se empleó también para otras industrias, como la textil, lavar ropa, pesca…

—La fábrica de harina —apuntó Sofía—. ¡Ey! No me miréis así, que ahora es un restaurante con una terraza muy chula. Lucas y yo vamos a cenar a veces con amigos.

—Iré con mi mujer cuando Jorge me suba el sueldo y el peque se quede con los abuelos.

—Tendrás que esperar sentado. No hay presupuesto —rio el aludido.

—Cuando detengamos a Carlos Prieto, nos darán un despacho para cada uno y más fondos. Ya lo verás —afirmó David.

—Siempre te puedes venir conmigo. En mi agencia hay sitio para todos. Rosa no va a incorporarse por los gemelos en una larga temporada. Amanda, Fabi, Boris y yo no damos abasto.

—Ni la escuches —protestó Jorge—. Ya te has llevado a mi mejor informática. Mi brigada no es un mercado para que tú vayas y me robes a mis chicos.

—Pago bien —insistió la detective entre risas.

—Calladita, que David tiene que seguir contándonos lo que sabe.

—Al limpiar la margen del río para habilitar una zona de paseo —continuó el subinspector divertido por escuchar a aquel par de investigadores, a los que tanto valoraba, peleándose por sus servicios—, en 2003, la descubrieron al retirar la maleza que la cubría. Otro tipo de construcciones estaban adosadas a ella y no permitían verla bien. Aunque planean incluirla en una ruta turística por la orilla del río, aún no está abierta al público. Fabi y Amanda han podido seguir a través de las cámaras el coche con el que Carlos secuestró a Rebeca hasta una zona próxima. Luego perdieron su rastro, pero está cerca de donde Teresa vivía y la pasarela por la que huyó cuando lo perseguíais desde la casa de sus padres.

—A mí me vale —dijo Jorge expresando con palabras lo que sus dos compañeros de coche sentían—. Si vemos indicios de que tenga retenida allí a Rebeca, pediremos refuerzos. Mientras tanto, estamos solos. Mucho cuidado. No quiero volver al hospital ni de visita.

Ya había oscurecido cuando llegaron al punto en que Fabi y Amanda perdieron la pista del coche. No había semáforos, ni radares, ni locales comerciales en esas calles, por lo que no había ningún objetivo que pudiese captar imágenes de quien se aventuraba por allí.

Sofía se subió la cremallera del abrigo y se abrochó el chaleco antibalas. La niebla comenzaba a ascender desde el río, llenándolo todo con sus largos tentáculos blancos. Hacía mucho frío. De sus bocas salía un ligero vaho cada vez que hablaban o exhalaban aire por la nariz.

—Es allí abajo —les indicó David.

—Veo unas ruinas de piedra —afirmó Sofía—. Nada más. Ni coche ni nada.

—Eso es la Noria de Sangre. A esta distancia y tan oscuro, es complicado vislumbrar algo.

—Iremos cada uno por un lado, ocultándonos entre los árboles —ordenó Jorge—. Aunque la niebla juega a nuestro favor, las hojas del suelo están secas y será como tocar mil campanas anunciando nuestra llegada. Tened cuidado por donde pisáis.

Sofía, al ser la de menor tamaño, avanzó de frente, con Jorge y David a sus costados. La detective no las tenía todas consigo. Si Carlos miraba por algún hueco entre las piedras de la casucha abandonada a la que se dirigían, podría verles a cualquiera de los tres. Esperaba que la niebla siguiera igual de espesa durante un rato y no dejara pasar la luz de la luna.

Mucho más complicado era caminar sin pisar hojarasca seca. El suave susurro de la gravilla al ser aplastada por la suela de sus botas llegaba a sus oídos, sobresaltándola. Lo intentaba, pero era imposible

no hacer ruido. Incluso en algún instante le dio la impresión de oír los pasos de sus compañeros. Esperaba que en el interior de la construcción no se captara igual.

A medida que se acercaba, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Había una especie de murete rodeando lo que debía de haber sido la casa del encargado de hacer funcionar la noria en el pasado. Lo bordeó y pudo captar un tenue resplandor que se filtraba por un ventanuco. Estaba demasiado alto para ver a través de él. Ni de puntillas alcanzaba el alféizar. De pronto, sintió una presencia a su espalda y una fría mano tapó su boca, dándole un buen susto. Iba a levantar el arma que portaba, dispuesta a disparar a quien fuera que se había aproximado a ella de forma tan silenciosa, cuando reconoció la voz de Jorge pidiéndole calma.

—Tranquila. Soy yo.

—¿Está dentro? —preguntó Sofía en voz baja, respirando con calma a medida que se le pasaba el sobresalto.

—Creo que sí. En el otro lado, hacía el río, está el coche que se ve en las cámaras de vigilancia del restaurante. David se ha quedado allí porque es donde se encuentra la puerta de acceso. Estoy buscando otro punto de entrada.

—Hay una ventana. Aunque es pequeña y está muy elevada, si me izas podré alcanzarla.

—De acuerdo, pero un vistazo rápido para evaluar la situación y te bajo. Luego decidimos si es seguro que te cueles por ahí.

La detective asintió y se guardó el arma en la cintura a fin de tener las manos libres. Con ligereza, se encaramó a los hombros del inspector. Después, se puso de pie sobre ellos. Jorge la agarró con fuerza por los tobillos. Como Sofía se resbalara, se iba a dar un buen trastazo contra el suelo.

Enseguida los vio. Rebeca estaba tumbada en una especie de catre. Desnuda. Con su pálida piel brillando en la oscuridad. Su vientre subía y bajaba al ritmo de su respiración. Sofía experimentó una infinita alegría al saber que habían llegado a tiempo. Carlos estaba erguido junto a ella, despojándose de su ropa, con un cuchillo de afilada hoja al alcance de la mano sobre una repisa de madera. Con horror, comprobó que su polla estaba erecta. Sin duda, estaba excitado. La niña lo contemplaba con los ojos abiertos, aterrorizada e inmovilizada por la sustancia que corría por sus venas.

Carlos se colocó sobre Rebeca y la penetró de una única y profunda estocada. Sofía iba a sacar su pistola para dispararle cuando sintió que Jorge la bajaba.

—¿Qué haces? —le gritó enfadada sin darse cuenta de que el violador podía oírla desde el otro lado de la pared.

—Te dije que un vistazo.

—La está violando. En un segundo comenzará a estrangularla y la habrá matado. ¡Corre!

El inspector siguió a Sofía que a grandes zancadas acortaba la distancia que les separaba de la entrada de la cabaña. Estaban a un par de metros de su objetivo, cuando un disparo retumbó en la oscuridad, ensordeciéndoles.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la detective en voz alta.

—¡David! —llamó a gritos el inspector a su compañero.

«No, no, otra vez no», pensó ella yendo tras el policía, desesperada.

Era tarde.

David yacía en un charco de sangre tumbado cerca del coche. Una bala le había alcanzado de lleno en la femoral y el líquido rojo salía a borbotones por la herida. Jorge trataba de parar la hemorragia con sus manos. Sofía se giró, cegada por el odio, lista para enfrentarse a Carlos.

El asesino no tuvo tiempo de vestirse. Había escuchado el grito de Sofía y supuso que le habían encontrado. De modo que había alcanzado su arma para, a continuación, asomarse desnudo al exterior y ver a un hombre apuntándole con una pistola al lado de su coche. Sin vacilación, le disparó. Después, regresó a la cabaña para recoger su ropa y su cuchillo tan rápido como pudo.

—Es una pena —pronunció mirando el cuerpo inmóvil de Rebeca. Una lágrima brillaba en su mejilla. Le hubiera encantado lamerla y disfrutar de su salado sabor, pero debía irse.

Fuera se topó con la detective. Se lanzó contra ella, derribándola de un empujón, y subió la ladera tan deprisa como sus pies desnudos se lo permitieron. Aquellos malditos policías estaban al lado de su vehículo, impidiéndole huir en él. Se había confiado. Debería haberse llevado a la chica lejos de Basema, pero la tentación había sido demasiado grande. ¡Su piel era tan suave y su cabello tan brillante! Era igual que ella. Eva. Su chica. Su amor imposible.

Jorge había pedido dos ambulancias y efectivos de policía. Si se daban prisa, quizás David tuviera una mínima oportunidad de vivir.

La detective se incorporó notando una ligera punzada en la nuca, en el lugar donde su cabeza había golpeado el suelo. Durante unos segundos, sintió un ligero mareo.

—¡Sofía! ¡Jorge!

El inspector observó con alivio cómo Javier surgía entre los girones de la niebla. El agente intuyó que su jefe y los otros irían en busca de Carlos al río, por lo que, al recibir la llamada de Joaquín diciéndole que el inspector quería que siguiera interrogando a los comerciantes y camareros de la zona del supermercado, hizo caso omiso de la orden y se fue tras sus compañeros.

La detective pensó que sería más útil en el interior de la cabaña,

puesto que Jorge ya estaba auxiliando a David. Rebeca permanecía tumbada sobre una losa de granito. Su piel estaba fría. Un reguero de sangre fluía entre sus piernas. Con ternura, acarició su rostro, secando sus lágrimas con las yemas de sus dedos.

—Ya estás a salvo. Enseguida vendrá una ambulancia y te pondrán un suero que ayudará a que elimines más rápido la droga que te ha dado.

El abrigo de Rebeca estaba en una esquina. La detective lo cogió y cubrió con él las piernas y el pecho de la pequeña. Al menos, le daría cierta intimidad cuando entraran los sanitarios a atenderla. Ojalá pudiera ocultar con un manto igual de fácil las heridas no visibles de su mente, y hacer que olvidara las vejaciones a las que le había sometido.

—¿Vive? —inquirió Javier bajo el quicio de la puerta, sin querer entrar a fin de no asustar más a la niña.

—Sí. Necesita a su madre —afirmó Sofía con el corazón encogido.

—Ve tras él. Me quedaré con ella hasta que llegue la ambulancia. Avisaré a Joaquín para que llame a Ruth y vaya directa al hospital.

—¿Y David? —quiso saber Sofía al pasar al lado del joven agente.

La ligera negación de su cabeza le bastó para saber la respuesta. Un bebé de la edad de su pequeño Javier crecería sin un padre que le guiara en sus primeros pasos. Rebeca, una preciosa adolescente, había quedado marcada de por vida por ese maldito canalla. Tantas ilusiones truncadas en un momento.

Jorge, sumido en su pena, no vio pasar a la enfurecida mujer que salió de la cabaña y se perdió en la niebla. Permanecía atento a las balbuceantes palabras del mejor de los subinspectores y el más leal compañero que un policía pudiera desear.

—Cuida de mi hijo.

—Lo haré —le prometió Jorge agarrando su mano con fuerza.

Había dejado de taponar la herida al comprender que era inútil. Tampoco el improvisado torniquete, que había anudado en el muslo de su compañero con su cinturón, podía hacer nada por la vida de David. Solo era un ficticio consuelo que ambos entendían que era infructuoso.

Como un animal herido, Jorge gritó a la luna al notar el preciso instante en que la vida abandonaba el cuerpo de su amigo.

Sofía escuchó el aullido desesperado del hombre que había dejado atrás. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. De un manotazo, las apartó furiosa. Habría tiempo de llorar, pero no sería en ese momento. Debía cazar a un asesino.

25. LA CAZA

Con los instintos alerta y la tensión agarrotando sus músculos, Sofía agudizó el oído. Las ramas que antes habían impedido su acceso silencioso a la noria eran sus fieles aliadas. Incluso creyó percibir la respiración fatigosa de su presa. No debía confiarse. El viento podía traerla consigo desde varios metros alrededor. Aunque le llevaba ventaja por los minutos perdidos atendiendo a Rebeca, no creía que hubiera avanzado una gran distancia. Había salido a medio vestir, con las botas en la mano. Por fuerza se habría visto obligado a detenerse para calzarse, no sin antes haberse cortado las plantas de los pies con las piedras y las hojas. Aquello le ralentizaría.

No quería que la brigada perdiera más hombres, así que hizo lo único que podía hacer en esa situación. Silenció el móvil y se puso el intercomunicador que Fabi siempre insistía en que su jefa llevara consigo. No permitiría que Javier la localizara.

—¿Fabi? ¿Estás ahí?

—¡Sofía! Estábamos preocupados. He perdido la señal de tu móvil, y por la emisora de la policía sabemos que hay un agente herido y su asesino a la fuga.

—Ha matado a David y ha huido.

Al otro lado de la línea escuchó unos sollozos ahogados provenientes de Amanda. No la culpaba. Ella también tenías ganas de llorar, gritar y dar patatas a algo, pero así no encontrarían a Carlos Prieto.

—¿Y Rebeca?

—Viva. Está inconsciente. No pudimos evitar que la violara, aunque sí que la asesinara. A un alto coste. David dio su vida por ayudarla —explicó con pena Sofía—. Amanda, no quiero lágrimas ahora. Te quiero centrada. Estoy rodeada de niebla y oscuridad. No veo ni el aire que sale por mi nariz. El psicópata asesino al que persigo igual puede estar junto a mí que a un kilómetro de distancia. Necesito que seáis mis ojos. ¡Ya!

—Hace un par de minutos, un chico ha colgado en Instagram una foto de un tío medio desnudo que ha pasado al lado de él y de sus amigos —les contó Amanda entre sollozos. Sofía tenía razón. Había que encontrar a ese bastardo y acabar con él de una vez. Si no lo atrapaban esa noche, podía pasar otro año hasta que volviera a aparecer—. Estaban de botellón y creyeron que era la policía.

—¿Has visto la foto?

—La estoy ampliando, jefa —intervino Fabi, dándole un golpecito cariñoso en la espalda a Amanda. La detective había sido dura con ella, si bien, no la culpaba. David no se merecía morir a manos de

aquel ser ruin y despreciable—. Se le ve de espaldas, pero la cazadora es la misma que la del hombre que vimos secuestrando a Rebeca.

—Ubicación.

—Te la mando al móvil.

—Bien. Ni una palabra a Jorge ni a Javier. No quiero más policías muertos ni heridos hoy.

—¡Sofía! ¡No puedes ir sola tras Prieto! —exclamó asustada Amanda, preocupada por la seguridad de la detective.

—Boris está de camino —les informó Fabi. Ya tranquilizaría después a su amiga y compañera. La joven no conocía lo suficiente a su jefa aún. Sus casos habituales no entrañaban peligro, pero no siempre era así. Estaba seguro de que su marido agradecía soltar un poco de adrenalina.

—¿Y Samuel? —preguntó la detective, extrañada de que un día entre semana por la tarde ninguno de los dos estuviera con el niño.

—Con tu marido, Sofía. Lucas es un amor. Dijo que ya daba igual siete que seis, y se lo ha llevado a tu casa. Cuando llegues, la tienes destrozada. Al subirse mi pequeño al coche de mi abogado favorito, te juro que allí dentro tenían una fiesta montada. ¡Menudos gritos!

La mujer sonrió. Conociendo a Lucas, los tendría viendo la televisión, jugando sobre la alfombra de su despacho, atiborrados a dulces y refrescos. Esperaba que la canguro se hubiera podido quedar un poco, al menos hasta que los más pequeños estuvieran en sus cunitas ya cenados.

La niebla se había elevado un poco, permitiéndole ver a unos metros de distancia. El sendero continuaba paralelo al río hasta llegar a un punto en que se cortaba y había que trepar por unas empinadas escaleras hasta uno de los puentes. Justo en ese punto era donde los jóvenes habían sufrido la inesperada interrupción de su fiesta.

—Fabi, ¿cruzo a la otra orilla o sigo por la acera?

—Sigue. Amanda ha hackeado las cámaras de tráfico y he podido seguir la figura de Carlos por el restaurante ese al que sueles ir con Lucas.

—Allí le perdí el rastro —continuó la joven investigadora que, al centrarse en el trabajo, había logrado controlar sus nervios—. Sin embargo, el objetivo de una cámara de una gasolinera que hay a la entrada del siguiente puente le ha captado continuando por el paseo fluvial. Con la mala noche que hace, no creo que haya gente corriendo o en bicicleta por allí.

—Mejor. Está armado y es peligroso. ¿Qué ventaja me saca?

—Unos cinco minutos —calculó Amanda—. Al encontrarse con los chicos se demoró. Un par de ellos se le enfrentaron. Menos mal que no se puso a disparar.

—Jorge ha llamado. No puedo seguir dándole largas, jefa.

—Está bien, Fabi. Dile que acordone los accesos al camino que usan los senderistas y que ponga controles en los dos puentes que hay hacia la carretera de Olvido. Va en esa dirección. Puede que tenga algún vehículo preparado u otro refugio. No podemos permitir que llegue hasta él.

La detective iba dictando las órdenes sin dejar de correr. Si fuera ella y quisiera evitar las zonas más transitadas, iría por un estrecho caminito que bordeaba un solar abandonado donde la vegetación había crecido sin control. Hacía una década habían construido un gran supermercado que se suponía que sería el centro neurálgico de una urbanización de alto nivel adquisitivo. Las viviendas nunca fueron edificadas, y el centro comercial cerró al cabo de dos años. El que fuera su gran aparcamiento era el sitio perfecto para dejar un coche. Las altas ramas de los arbustos que se habían multiplicado por doquier en la explanada, ocultarían el vehículo de la vista de los ocasionales transeúntes.

Desde lo alto de la pasarela que debía atravesar si quería cruzar el río y llegar al sendero, Sofía creyó detectar una silueta perdiéndose por un recodo. Distraída, no se percató de que un hombre salía por su derecha desde una zona de columpios que aquella noche invernal permanecía sin sus revoltosos ocupantes. La figura iba directa hacia la detective, que no se dio cuenta de su presencia hasta que una mano como una garra la sujetó por el brazo.

—¡Ah!

—No chilles. Soy yo. Boris.

—¡Me has dado un susto de muerte! —protestó Sofía.

—Eres demasiado ruidosa y gritas como un ratón —se mofó el hombre de seguridad de la agencia de detectives. Ambos sabían que aquello era mentira. Boris la había visto entre la niebla porque la buscaba, pero sus pasos eran silenciosos, amortiguados por las suelas de sus zapatos. En cuanto al alarido, no podía haber sido captado por nadie más allá de unos centímetros de donde ellos se encontraban.

—Creo que le he visto.

—¿Va hacia el sendero de gravilla que bordea el supermercado?

—Sí. Yo sigo detrás de él. Tú ve por arriba y hacia el aparcamiento.

Boris asintió e hizo lo que su jefa le indicaba. Era un buen plan. La otra opción que tenia Carlos era continuar por el caminito hasta un puente metálico de unos cuatro metros que conducía a una isla frecuentada por las familias en las calurosas tardes de verano. A esas horas, y siendo invierno, el acceso estaría cerrado. Ambos estaban convencidos de que el asesino conocía ese dato y no continuaría por él más allá de la explanada.

Sofía escuchó unos pasos delante de ella. Sin el ruido de los coches pasando por la carreta, y con el agua medio embalsada bajando

tranquila por el cauce del río, cualquier ruido podía ser detectado por unos oídos atentos. El aire jugaba a favor de la detective porque venía hacia ella, trayendo las ondas sonoras con él. Además, al ser su peso más ligero que el de su esquiva presa, las piedras del suelo no se desplazaban cuando ella caminaba sobre ellas.

La detective se detuvo. Algo o alguien se estaba moviendo entre la maleza unos metros delante de ella. Debía de ser Carlos. Tanteó con la mano buscando una de las oxidadas escaleras de metal que salvaban el desnivel entre el sendero y el aparcamiento. La oscuridad total la rodeó. No veía nada. Aguardó impaciente unos segundos a que sus pupilas se adaptaran y continuó avanzando.

Era asfixiante. El oxígeno que entraba en sus pulmones estaba enrarecido por la falta de ventilación. Podía sentir cómo sus pies se hundían en el lodo sin remedio. ¡Era asqueroso! Incluso sintió unas violentas arcadas que tuvo que contener para que Prieto no se percatara de su presencia. No esperaba que, al ir a dar un paso, su bota tropezara con el bordillo que limitó la acera en el pasado. Sofía perdió el equilibrio y cayó de bruces contra el duro hormigón.

—¡Ay! —exclamó más alto de lo que debía al intentar apoyar las piernas en el suelo y comprobar que su tobillo izquierdo se resentía.

Carlos Prieto casi había salido de la trampa de arbustos que la naturaleza y el abandono habían creado en aquel aparcamiento. Aquello era un grito femenino. ¡Maldita fuera esa mujer de pelo rizado que parecía que leía su pensamiento! Cuando se creía a salvo en el piso de sus padres en primavera, apareció ella. Tuvo suerte al deshacerse de aquel policía y evitar que le siguiera hasta la casa de Teresa.

Y esa noche le había vuelto a estropear la diversión. La niña que había secuestrado era una réplica perfecta de su Eva, aunque mucho menos dócil. Había tenido que sedarla con el doble de la dosis que solía utilizar con las chicas que le ayudaban a recordar el día en que su Eva le dijo que no, aquel lejano 2006. Todo era por su culpa. Si ella hubiera aceptado acostarse con él y que fueran novios, nada de todo aquello hubiera ocurrido. Era una puta. Le había calentado como hacían todas aquellas jovencitas de pelo castaño y ojos azules. Luego, cuando un hombre les decía que sí, ellas cambiaban de idea. ¡Zorras! No sabían a quién se enfrentaban. No permitió que su Eva se riera de él, y mucho menos iba a permitir que ellas lo hicieran. Una puñalada por cada una de las veces que su Eva se mofó y le dijo que no saldría con él. Estrangularla mientras se corría dentro de ella era un pago muy pequeño por haber soportado sus burlas delante de sus compañeros de clase.

La mujer que le perseguía era como ella. Insistente y cabezota. Igual que Teresa, a la que disfrutó estrangulando aquella tarde de

agosto bajo el sol en aquel parque solitario de Lucero. La había dejado allí enterrada, bajo un ciprés. Un lugar adecuado para ella. Sombrío, como su corazón. Había planeado sepultar el cuerpo de Rebeca con Teresa a fin de que se hicieran compañía hasta la eternidad. Bueno, si aquella policía le había impedido hacerlo, era justo que ocupara el lugar destinado a la niña.

Carlos sacó la pistola que guardaba en su bolsillo y esperó a que ella se aproximara. Por el retrovisor vio que cojeaba y que le apuntaba con un arma. Fingiría que se entregaba. No podría resistirse a hacer el arresto. Bajaría la guardia, y entonces sería el momento preciso de matarla. Tal vez podía dejarla inconsciente y follársela allí mismo. No se parecía a su Eva, pero solo de imaginarla desnuda, a su merced, se había excitado. Estaba empalmado. Sí, se la metería hasta el fondo y la estrangularía. Y después se la volvería a follar como hacía con las otras «Evas». Aquello lo hacía mucho más tórrido.

—¡Quieto! —le ordenó Sofía ajena a los pensamientos que surcaban la mente de Carlos.

El hombre se volvió despacio, levantando las manos con expresión contrariada.

—Tira el arma hacia esa papelera —le pidió la detective señalando un cilindro de metal oxidado que había conocido tiempos mejores—. Y luego ponte de rodillas con las manos en la nuca.

—¿Y si no lo hago?

—Acabas de matar a un amigo, he visto la sangre en las piernas de Rebeca, y estoy harta de desenterrar cuerpos de niñas asesinadas. Créeme si te digo que no supondría un cargo en mi conciencia matarte aquí y ahora.

Prieto chasqueó la lengua y lanzó la pistola hacia donde Sofía le había dicho. La detective dio unos pasos hacia él, escuchando cómo Fabi le decía que Jorge y Javier estaban de camino. Solo fue un segundo. Su mente se distrajo al evocar el rostro ceniciento de David tirado en el barro. Carlos se estaba agachando, y ella pensó que tenía controlada la situación. Se equivocó.

Con un rápido e inesperado movimiento de su brazo derecho, agarró su tobillo lesionado, lo apretó y lo atrajo hacia él, provocando que Sofía cayera hacia atrás, golpeándose de nuevo la nuca en el mismo sitio que unos minutos antes. Quiso levantarse, pero la oscuridad que la rodeaba se fue haciendo más densa hasta que sus párpados se cerraron y su mano quedó laxa, soltando su arma.

Carlos se sentó sobre sus piernas y cogió la pistola que hasta hacía unos segundos los dedos de la detective habían apretado. No iba a arriesgarse. La mataría y se la llevaría. Al fin y al cabo, tanto le daba follársela viva que muerta. Accionó el gatillo y apuntó entre las cejas de la mujer.

Jorge y Javier se bajaron del coche que habían dejado en la parte delantera del aparcamiento.

—¿Dónde te ha dicho Amanda que vayamos?

—A la parte de atrás. Al parecer, hay una especie de sendero que…

Javier no pudo continuar respondiendo a Jorge. Un disparo rompió el silencio de la noche. Ambos policías se miraron y desfundaron sus armas. ¿Habían llegado tarde? ¿Carlos había asesinado también a Sofía?

EPÍLOGO

No fue Sofía la que murió por la bala del disparo que el inspector y su compañero escucharon. Boris había presenciado la escena desde un discreto segundo plano sin que ninguno de sus dos protagonistas se diesen cuenta de su presencia. Supo que algo iba mal cuando discernió una extraña sonrisa en el rostro de Carlos al arrodillarse.

Al ver que derribaba a la detective de un violento manotazo, corrió hacia ellos. Prieto, sumido en sus macabras ensoñaciones, no escuchó las pisadas del ruso acercándose hasta él. El doloroso aguijón de la pequeña pieza de metal introduciéndose en su cráneo fue tan sorprendente como inesperado. Su último pensamiento se lo dedicó a ella, a su Eva, tal y como la conoció años atrás. Al azul de sus ojos le sucedió el vació, la nada. Su cuerpo sin vida cayó igual que una marioneta desmadejada sobre Sofía.

—¿Está viva? —gritó desesperado Jorge mientras ayudaba a Boris a mover el cadáver de Carlos para liberar el de la mujer que había quedado debajo.

—Sí. Se ha golpeado en la cabeza. La tiene dura. En unas horas estará dando órdenes —respondió el gigante ruso acariciando con ternura la mejilla de su jefa.

Los siguientes días fueron un caos para todos.

Jorge informó al comisario de lo ocurrido. Ni él ni Javier dudaron un segundo en mentir a sus superiores y a quien quisiera oírlos, asegurando que habían llegado justo a tiempo de ver cómo Sofía y Carlos forcejeaban, y que Boris se había visto obligado a disparar al hombre para salvar la vida de la detective. Las fuerzas del orden público agradecían su participación con alivio. Los medios de comunicación por fin dejarían de hablar de la ineptitud de la policía a la hora de encontrar al asesino en serie que había acabado con la vida de tantas pequeñas.

—Así que colaboraban con la brigada —afirmó el comisario releyendo el informe que Jorge le había presentado.

—Sí, señor. Contaban con mi autorización —aseguró el inspector.

—Aunque entiendo que era un caso especial, no puede volver a repetirse. La policía no debe poner en peligro la vida de civiles. No importa que sean antiguos agentes del cuerpo.

—No volverá a ocurrir.

—Eso espero, puede irse.

Jorge salió del despacho de su jefe con las manos en los bolsillos. Su superior no había visto cómo cruzó los dedos en un gesto infantil que invalidaba una promesa[11]. No pensaba renunciar a la ayuda de Sofía y su equipo de la agencia de detectives cuando tuviera un caso

que escapara de su control en un futuro.

Sofía, desde su cómodo sofá, veía las noticias de una cadena nacional. Daba igual el canal de televisión que pusiera, puesto que la muerte de Carlos y su ristra de asesinatos se habían convertido en *la noticia* de la semana y puede que del mes a tenor del morbo que despertaba.

Javier y su hermana Vega jugaban con unos muñequitos de peluche en forma de animales que Fátima les había regalado. Algo le decía a la detective que aquellos dos iban a ser inseparables. Nando tenía a su prima Marta y a su amiguita Sonia. Formaban un trío que se apoyaba en los estudios a pesar de estar en diferentes cursos. Carlota y José seguían con su particular guerra de amor odio que traía de cabeza a sus padres.

—¡He vuelto! —anunció Lucas, que había salido a dar un paseo con *Thor*.

Tras el susto que se llevaron con el accidente de la detective, el abogado se había cogido una semana de descanso, ya que esa era la única forma de asegurarse de que su mujer se tomaba las cosas con calma y no se escapaba a la agencia. Fabi le había prometido que, si se le ocurría aparecer por allí, no la dejarían entrar.

—Estás preciosa —aseguró Lucas dándole un beso a su mujer.

—Medio calva —respondió compungida Sofía.

Los médicos debieron raparle una zona del cuero cabelludo para tener acceso a la herida y cerrarla. Hubo de permanecer un día en observación, por lo que no pudo asistir al funeral de David. Iba a echar de menos su buen humor y su disposición a colaborar con ella en cualquier nimio detalle de la investigación.

Rebeca evolucionaba de forma favorable de los daños físicos. Su mente iba a requerir un poco más de tiempo y la ayuda de un psicólogo. Fátima le recomendó a su madre el mismo que le había ayudado a ella a superar la muerte de su hija.

—No será fácil, pero lo logrará —le aseguró la veterinaria a Ruth.

—Que ese malnacido esté muerto ayuda —afirmó esta.

Una semana más tarde, Jorge llamó una mañana a la agencia de detectives.

—¿Qué tal está esa cabeza?

—Sobre los hombros —rio Sofía.

—¿Está Amanda? Va a tener que ir con Carla a Lucero.

—¿Ha aparecido el cuerpo de Teresa?

—Sí. En la tumba de Ana, la niña asesinada en 2016. Seguro que es ella, pero alguien debe identificar el cadáver y procurar al forense alguna muestra de ADN para que la pueda cotejar.

—Ahora te paso con ella.

—He intentado que trasladaran aquí los restos. No ha sido posible.

—Es lógico. No te preocupes.

Aunque los trámites se alargaron casi un mes, a últimos de febrero, la agencia de detectives permaneció cerrada unas horas a fin de que sus miembros pudiesen acompañar a Carla a dar el último adiós a su hermana. El único delito de Teresa fue enamorarse de un asesino psicópata que la ilusionó con tiernas palabras. Al terminar el sepelio, Fátima y Carla se fundieron en un abrazo. Ambas habían perdido al ser que más querían a manos de Carlos Prieto. Era hora de pasar página y volver a construir sus vidas.

Antonio se iba recuperando poco a poco de la pérdida de su hija. Juan y Lucas permanecieron a su lado, apoyándole en la nueva causa que se había abierto para investigar la implicación de la familia de su exmujer en su inculpación por el asesinato de su niña. Sus presiones a altos funcionarios de la justicia no podían quedar impunes.

*****

Una calurosa tarde de julio, Sofía contemplaba orgullosa, y con una pizca de miedo, cómo Carlota y Javier avanzaban por la alfombra roja con la que habían cubierto el pasillo central del templo donde iba a asistir a una peculiar ceremonia. El niño lanzaba pétalos de flores de una cestita que llevaba en la mano mientras su hermana iba distraída saludando a los invitados.

—Parecen angelitos.

Eso afirmaban algunas mujeres al ver la adorable estampa. Su madre escuchaba los comentarios divertida. Salvo sus amigos, nadie sabía lo diablilla que podía llegar a ser su hija. Vega aplaudía con sus manitas, sentada en su regazo. Para que estuviera tranquila le había dado una cestita vacía, como la de su hermano, con la que poder jugar.

Detrás de sus hijos aparecieron Natalia y Juan, los pequeños del juez, que portaban las arras. Su padre aguardaba en el altar con su amigo Diego. Ambos saludaron a los chiquillos que, al terminar su labor, corrieron a reunirse con Nando y Marta en un banco lateral. Marieta estaba situada al lado de su padre. Nadie podía ser mejor madrina que ella en el feliz enlace de Juan con Fátima.

La marcha nupcial comenzó a sonar anunciando la entrada de la novia, aunque, en esa ocasión, eran dos las felices mujeres que se iban a casar. La primera en aparecer fue Rosa del brazo de su padre; la segunda, una embarazada Fátima acompañada por Lucas. El abogado no pudo negarse a ser el padrino de la encantadora mujer que había conquistado el corazón del juez.

Fabi, sentado al lado de Sofía con su hijo y su marido, se secó emocionado las lágrimas.

—¡Y todavía no se han dado el «sí, quiero»! —exclamó Boris poniendo los ojos en blanco.

Su jefa sonrió, gesto que no pasó inadvertido a su apuesto marido, que le guiñó un ojo provocando más de un suspiro entre las invitadas. Tenía suerte, mucha suerte. Aquella llamada de Cristomo Gonzales pidiéndole que encontrara el diamante Lancaster que le había sido robado cambió su vida.

Lucas siempre sería un ladrón de corazones que había cogido el suyo en prenda a cambio de entregarle todo su amor. ¿Por qué se querían tanto? Aquel era un misterio que ni la detective Valverde podía desentrañar.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela es un nuevo caso de la serie *Las intrigas de Sofía*. Me gusta pensar que mi detective Valverde es como el mítico Hércules Poirot o la Señorita Marple de mi adorada Agatha Christie.

Cada entrega es una novela conclusiva en sí misma en cuanto a la trama de misterio, que mantiene cierta continuidad en lo que se refiere a la historia personal de sus protagonistas.

Está situada en las ciudades de Basema, Lucero, Olvido y Taima, fruto de mi invención. Mis fieles lectores sabrán que muchas de mis novelas y varios de mis cuentos transcurren en ellas. Esto me da más libertad a la hora de crear paisajes y situar escenas amoldando la realidad a lo que la historia precisa. Sin embargo, en esta ocasión hay mucho de mi ciudad, Salamanca, en ella.

Lo primero, la portada. Es una imagen que tomé una mañana de otoño durante uno de mis paseos acompañada por mi amiga María. Estaban remodelando el margen del río en vistas a construir un acceso al nuevo hospital. Enterrada entre la arena, apareció ese trozo de tela azul que disparó mi imaginación, haciéndome elucubrar sobre su origen. Supongo que a alguien se le cayó una prenda o la tiró al río a propósito. La maleza la ocultaría durante meses hasta que las palas de las excavadoras la hicieron salir a la luz.

Esa misma orilla aparece en la persecución final del libro. Los márgenes del río Tormes se han convertido en unos paseos frecuentados a diario por decenas de salmantinos ávidos de aire puro y de verdes paisajes.

El supermercado y el aparcamiento que menciono no están abandonados. Continúan en funcionamiento, puesto que hay numerosas viviendas a su alrededor.

Quiero agradecer su paciencia a mis compañeras de paseos Cristina, Pili, María Jesús, María y Ana, que aguantan mis momentos locos de inspiraciones y mis «espera, que hago una fotito».

Por último, un enorme GRACIAS a mis fieles lectores por estar a mi lado con sus comentarios y sus reseñas, algo muy valioso para los autores.

BIOGRAFÍA

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crio y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas, actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Es una apasionada del cine y del teatro, actividades que le gusta realizar en su tiempo libre.

Se inició en la literatura con una novela de época, *Pasado imperfecto*, a la que le siguió la deliciosa historia basada en la infancia y juventud de su madre, *Recuerdos olvidados.*

Tiene cuatro cuentos infantiles publicados, *Buky, María y la tienda de Antigüedades, Los Sombreros Verdes;* y el último en completar la lista ha sido *Broli, Breta y Los Sombreros Verdes.*

Una trilogía romántica con toques paranormales: *Un té con amor*, cuyas tres partes son *Un té verde con jazmín, Arándanos con mandarina y Canela y miel.* Y una bilogía, también romántica, pero con notas de suspense: *Nunca es tarde para el* amor, cuyas dos entregas son *Un candado en el corazón y Cuando me miras así.*

Durante el confinamiento, escribió una loca aventura de humor negro, *¿Y qué hago yo con este muerto?,* que ha arrancado sonrisas y carcajadas entre sus lectores.

En *Contigo en Nueva York* mezcló el romance con la intriga y los fenómenos paranormales una vez más.

Pero, sin duda, su gran éxito es la trilogía de misterio *Los casos de Marina Altamirano,* compuesta por *Nadie es lo que parece*, *La ciudad Oculta* y *Asesina otra vez;* y la intriga entre ladrones de *El diamante blanco.*

En 2021 publicó las comedias románticas *Un nórdico en mi vida, Amor en reformas, La tumba del highlander,* candidata al premio literario amazon storyteller y *Las perlas de Sabrina*.

En 2022, *El fuego de la memoria* fue su apuesta al premio literario amazon storyteller.

Sus Redes Sociales son:

https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/

https://www.instagram.com/marpzabala/

https://twitter.com/marawen2003

https://www.youtube.com/channel/UCJyLE78fYVWBtp4vRPMen_A/featured

En ellas podrás descubrir más cosas sobre la autora y sus inquietudes.

[1]*El diamante blanco:* Es el título de la primera entrega de la serie *Las intrigas de Sofía*. Durante la resolución del robo, la detective conoció a Lucas y se enamoró de él.

[2] Nota de la Autora: Durante el trascurso de la investigación de Sofía Valverde en el caso de *El diamante blanco*, su hijo y su sobrina fueron secuestrados por el jeque Abil. Lucas ayudó a la detective a rescatarlos.

[3] Nota de la Autora: Para saber más detalles de lo sucedido, los lectores pueden leer *Las perlas de Sabrina*, segundo libro de la serie *Las intrigas de Sofía.*

[4] Nota de la Autora: Sofía y Rosa se conocieron en la segunda entrega de la serie *Las intrigas de Sofía* titulada *Las perlas de Sabrina.*

[5] Nota de la Autora: Los hechos a los que hace referencia Sofía tienen lugar durante la búsqueda de *El diamante blanco*, la primera novela de la serie *Las intrigas de Sofía.*

[6] Nota de la Autora: en *El diamante blanco*, Sofía Valverde descubre que su entonces principal sospechoso, Lucas Gascón posee una isla privada, puesto que es un rico abogado.

[7] Nota de la Autora: En cada caso importante que investigan, Fabi le pide a Sofía un premio en forma de costoso artilugio para la agencia de detectives. El su primer investigación, *El diamante blanco*, fue un equipo de aire acondicionado.

[8] Pellas: En algunas zonas de España se denomina «hacer pellas» a saltarse las clases para irse con amigos en lugar de asistir al colegio.

[9] Glovo: Aplicación que se instala en el teléfono móvil, a través de la cual se puede pedir cualquier cosa. Por un pequeño suplemento en el precio, se recibe en casa en pocos minutos.

[10] Freático: termino por el que se conoce en Geología a la capa o manto de agua subterránea acumulada por la filtración de las gotas de lluvia, que alimenta a los manantiales y pozos del subsuelo.

[11] Cruzar los dedos mientras se realiza una promesa es una treta que los niños utilizan cuando mienten al afirmar que harán los que sus padres o amigos le dicen. El origen de esta creencia es antiguo, cuando los cristianos eran perseguidos. Por una parte era una forma de invocar a Dios recordando la forma de un pez, símbolo de la iglesia cristiana. Sin embargo, también hacían ese gesto cuando contaban una mentira a su verdugo.